Marzo 77

LA PLURALIDAD
DE
MUNDOS HABITADOS
ANTE
LA FÉ CATÓLICA.

ESTUDIO

EN QUE SE EXAMINA LA HABITACION DE
LOS ASTROS EN RELACION CON LOS DOGMAS CATÓLICOS, SE DEMUESTRA
SU PERFECTA ARMONÍA CON ESTOS, Y SE REFUTAN MUCHOS
ERRORES DE MR. FLAMMARION.

POR
D. NICETO ALONSO PERUJO.
CANÓNIGO DOCTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE VALENCIA,
DOCTOR EN TEOLOGIA Y EN DERECHO CANÓNICO, ETC.

BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID
IMPRENTA DE GASPAR EDITORES,
CALLE DEL PRINCIPE NUM 4
1877

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA PLURALIDAD

DE

MUNDOS HABITADOS

ANTE LA FÉ CATÓLICA.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA PLURALIDAD
DE
MUNDOS HABITADOS
ANTE
LA FÉ CATÓLICA.

ESTUDIO

EN QUE SE EXAMINA LA HABITACION DE LOS ASTROS
EN RELACION CON LOS DOGMAS CATÓLICOS, SE DEMUESTRA SU PERFECTA ARMONÍA
CON ESTOS, Y SE REFUTAN MUCHOS ERRORES DE MR. FLAMMARION.

POR

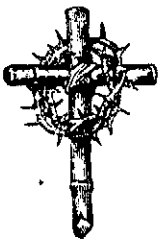
D. NICETO ALONSO PERUJO.

CANÓNIGO DOCTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE VALENCIA,
DOCTOR EN TEOLOGIA Y EN DERECHO CANÓNICO, ETC.

Con licencia y aprobacion de la autoridad eclesiástica.

Cælum cæli Domino, terram autem
dedit filiis hominum.

Salmo CXIII, v 16.



MADRID
IMPRENTA DE GASPAR, EDITORES
CALLE DEL PRINCIPE NUM 4.
1877.

Biblioteca Nacional de España

Es propiedad de los editores y se reservan todos los derechos.

Biblioteca Nacional de España

PRÓLOGO.

Soy católico apostólico romano, y doy gracias á Dios por ello, pidiéndole que conserve con su gracia siempre vivo é inmaculado en mi alma el tesoro de mi fé. Creo todo lo que cree y me propone la Santa Iglesia romana, maestra infalible de la verdad. Creo la divina inspiracion de la Sagrada Escritura con todas y cada una de sus partes, segun la interprete y explique la misma Iglesia, á quien corresponde de derecho ser el órgano de la revelacion. En religion, en moral y en política tengo por norma la doctrina católica, desde Jesucristo y los Apóstoles hasta sus mas recientes esposiciones en el *Syllabus* y en el *concilio Vaticano*.

Digo esto, porque es bueno que se conozcan de antemano las ideas y sentimientos del escritor, que nos dirige la palabra. Me gusta confesar con claridad y en alta voz mi fé, y al mismo tiempo declarar que no tengo otro criterio para resolver todas las cuestiones sino el criterio católico. *Fides ante omnia*.

Soy tambien sincero y entusiasta admirador de las ciencias, las amo y las tributo ferviente culto; tanto como otro cualquiera, y mas acaso, por ser mas ignorante; semejante en esto á los que contemplan un objeto grandioso y elevado que no pueden alcanzar, pues generalmente se aprecia mas lo que ofrece mayor dificultad. He pasado una gran parte de mi vida sobre los libros, fieles amigos que solo nos causan placeres, y quisiera haber tenido mil ojos para leer todo lo escrito, mil inteligencias para comprenderlo, y mil memorias para conservarlo. Por lo tanto amo los progresos de las ciencias, y respeto mucho sus descubrimientos, en los que me complazco vivamente; y

Biblioteca Nacional de España

quisiera que todos los hombres tuviesen una instruccion vasta y sólida. Entonces se realizaria el bello ideal de la humanidad sobre la tierra. Yo tengo viva fé en el progreso, y espero que llegará ese tiempo venturoso, por mas que todavía parezca lejano.—Pero no temo que los adelantos de las ciencias hayan de perjudicar á ninguno de los artículos de mi fé católica.

Y si no fuera católico por gracia de Dios, por fé y por conviccion, seria por el amigable consorcio que esta divina religion tiene con todas las ciencias, porque las ha salvado del naufragio de una nueva barbarie, porque ha fomentado sus adelantos, y ha contribuido eficazmente á su desarrollo. Por eso las ciencias, como amigas agradecidas, concurren de comun acuerdo á dar nuevo brillo á las verdades de la fé, manifestando con sus descubrimientos que el asentimiento que prestaba á aquellas el católico, solo por la autoridad de Dios, no podia ser mas racional. Esto ha sucedido siempre y siempre sucederá. Los rayos de las ciencias convergen como en un foco prodigioso para iluminar con esplendorosas claridades la doctrina revelada; y cuando algunos filósofos modernos, mal aconsejados, tratan de desviar la direccion de aquellos rayos para buscar con su luz armas contra la fé de nuestros mayores, solo consiguen ó producir ilusiones fantasmagóricas para seducir á algun incauto, ó iluminar mónstruos, ó lo que es mas frecuente, abrir insondables y espantosos abismos.

Sin embargo, es ya achaque antiguo presentar á las ciencias como contrarias á las doctrinas del catolicismo, y á pesar de los brillantes triunfos que consiguió este en el terreno científico en fin del siglo pasado y principios de este, todavía se pretende aquello mismo, con mayor insistencia que nunca en los tiempos modernos. Los católicos hemos combatido en defensa de nuestra fé, en donde han querido los adversarios, sea en las profundidades de la tierra, sea en el fondo de los mares y de los rios, sea en la cumbre de las montañas, sea en los profundidades no menos oscuras de la historia; y en todas parte hemos salido vencedores.

Hoy Mr. Flammarion nos lleva á combatir sobre los astros, y allá le seguiremos, lanzándonos en las profundidades de la inmensidad. Se ha constituido en campeon de la *pluralidad de mundos habitados*, ha consagrado los mayores desvelos á sostenerla, ha hecho los mayores esfuerzos de ingenio para demostrarla, pidiendo argumentos á todas las ciencias, con profunda y vastísima erudicion y brillante estilo, y ha conseguido estender su opinion lo mismo entre el mundo ilustra-

Biblioteca Nacional de España

do que entre las clases populares, y aun hacerla de moda. Las obras que ha dedicado á defender esta tésis, han adquirido la mayor celebridad, y no solo han visto multiplicarse rápidamente sus ediciones, sino que han sido traducidas en casi todas las lenguas de Europa.

Nada tendríamos que oponerle sobre el particular, si se contentara únicamente con defender su tésis, independientemente de la doctrina católica. La Iglesia nada ha definido sobre esta materia, y por lo tanto es libre todo católico de abrazar aquella opinion si le parece razonable. La Iglesia solo prohibe ver en las humanidades posibles de los astros *una descendencia de Adam*.

Pero no queda aquí la cuestion, sino que con ocasion de ella se remueven las principales verdades de la teología, como la inspiracion de los Libros Sagrados, el fin de la creacion, la predestinacion, la Encarnacion del Verbo, la redencion y sus efectos, la resurreccion y los destinos futuros; presentando falsamente estas verdades como únicamente apoyadas en la idea de que la Tierra es el centro del universo, y recibiendo de este supuesto toda su firmeza, lo cual es falso. De esta manera las socava por sus cimientos, dando á entender que deben ser rechazadas, en cuanto queda demostrado que nuestro planeta solo es un átomo en el universo. ¡Singular lógica, que se contenta con tan pequeño fundamento para deducir tan temerarias consecuencias, y para introducir las mas graves perturbaciones en las verdades seculares de la religion y la filosofía!

Además, al desarrollar los argumentos en confirmacion de su tésis, da por demostrados muchos supuestos, que están muy lejos de ser ciertos. Apoyado falsamente en ellos, deduce las mas atrevidas consecuencias, que no puede dispensarle la fe, ni la sana filosofía, cayendo al fin en tan gravísimos errores, y en tan monstruosos absurdos, que parecen inconcebibles en su ilustracion. Tal es, entre otros que notaremos en el cuerpo de la obra, el delirio de la pluralidad de existencias de nuestra alma, en relacion con la pluralidad de mundos habitados, como si el hombre tuviera muchas vidas sucesivas sobre los astros.

Estamos, pues, en el caso de oponer á estos errores la verdadera doctrina católica, fijando el estado de la cuestion, y en qué sentido puede admitirse la habitacion de los astros. Examinaremos esta opinion bajo el criterio católico en relacion con las diversas cuestiones teológicas que agita, y al mismo tiempo vindicaremos á la teología de los persistentes ataques de Mr. Flammarion, pues esta ciencia no

Biblioteca Nacional de España

tiene por objeto esplicar el sistema físico del universo, ni puede ser responsable de los antiguos errores astronómicos.

Admitida la hipótesis de la habitacion de otros mundos, probaremos que nada se infiere de ella contra los dogmas católicos, y refutaremos las temerarias y absurdas consecuencias que de ella saca Flammarion. Haremos mas: probaremos que esta doctrina, lejos de oponerse á nuestros dogmas, los hace aparecer con mayor brillo y credibilidad.

La fé y la ciencia se dan la mano en el terreno de la verdad. Si la pluralidad de mundos puede aspirar al honor de ser una verdad, ya demostrada, será una nueva confirmacion de la doctrina católica. La fé estará en armonía con ella, y aun la utilizará para su defensa. Si por el contrario solo fuese una hipótesis, mas ó menos probable, que se emplea como arma contra el catolicismo, este pasaria magestuosamente á su lado, sin ser alcanzado por sus tiros, y la dejaria desprestigiar por la misma ciencia, en que al parecer viene apoyada.—La astronomía apenas ha penetrado en el vestíbulo de sus inmensos dominios: cuando llegue á tomar plena posesion del trono luminoso que le está reservado, ella misma depositará lealmente su cetro y su corona á los pies de la divina revelacion.

N. A. P.

Biblioteca Nacional de España

LA PLURALIDAD

DE

MUNDOS HABITADOS

ANTE LA FE CATÓLICA.

CAPITULO PRIMERO.

Reseña de las obras de Mr. Flammarion.—*La pluralidad de mundos habitados*, y *Los mundos imaginarios y los mundos reales*.

La primera vez que resonó en nuestros oidos el nombre de Mr. Flammarion, fue para proponernos una objecion de su doctrina contra el dogma católico de la futura resurreccion general. Indudablemente aquella objecion estaba sacada del libro v de su obra *La pluralidad de mundos habitados*, en el que hace singulares apreciaciones sobre la humanidad colectiva, y nuestros destinos futuros. Entonces estábamos muy lejos de sospechar que, andando el tiempo, llegaria un dia en que tendríamos el honor de constituirnos en adversarios ó impugnadores de las ideas del célebre astrónomo.

Más tarde la curiosidad nos movió á echar una rápida ojeada sobre aquella obra, deseosos de conocer su mérito, que debia ser muy grande, á juzgar por el crecido número de sus ediciones. Entonces pudimos apreciar el gravísimo peligro que ofrece su lectura á muchos incautos y sencillos católicos, que atraidos por la novedad de una hipótesis tan estraña como seductora, estaban espuestos á

Biblioteca Nacional de España

acceptar insensiblemente los muchos y trascendentales errores, que contiene: no precisamente por el fondo, la idea capital que desarrolla, ó sea la habitacion de los mundos, sino principalmente por el modo de esponerla, por algunas razones que presenta, por los falsos supuestos en que la apoya, y por las arbitrarias y temerarias consecuencias que deduce.

Nos parecia mayor el peligro, por la ingeniosa manera con que el autor presenta sus argumentos, como revestidos de rigor científico, y colocados por encima de toda razonable contradiccion, asi como tambien por la galanura de su decir, la belleza de su estilo y la moderacion de sus formas; semejante á un abogado que no omite cosa alguna para ganar su pleito, y procura no dar el mas mínimo pretexto para perderlo.—Entonces concebimos el pensamiento de impugnar los errores en que incurre el señor Flammarion al defender su hipótesis de la habitacion de otros mundos, y examinar ésta en sus relaciones con los dogmas católicos, ó de otro modo, bajo el punto de vista teológico. Tal es el motivo de esta obra.

Ante todo nos parece oportuno empezar nuestro trabajo, haciendo una breve reseña de las obras del citado Flammarion relativas á este objeto, reseña suficiente sin embargo para que los que no las han leido, puedan formar juicio de ellas, y los que ya las conocen, no tengan necesidad de repetir su lectura.

Flammarion se propone demostrar que los planetas y los astros son mundos habitables y de hecho están habitados por criaturas racionales, si no iguales, al menos semejantes á nosotros. Para esto escribió *La pluralidad de mundos habitados*, y como complemento de ella, *Los mundos imaginarios y los mundos reales*; y además no deja pasar ocasion de inculcarlo en las demás obras que ha escrito.

Biblioteca Nacional de España

Sus trabajos sobre esto han sido tan serios y tan persistentes, de tal manera se ha apropiado los argumentos de los que antes de él han defendido la misma hipótesis, y la ha elevado á tal altura, con tal habilidad inventa pruebas originales, y las presenta con tal arte del modo mas favorable á su causa, que pasa con razon como el principal corifeo de esta opinion en nuestra época, y por decirlo asi, como la personificacion de esa hipótesis.—Por cierto no escasearemos nuestros elogios á su talento, aunque quisiéramos que lo hubiera empleado en defender mejores causas.

La pluralidad de mundos habitados va precedida de una introduccion, en la que el autor trata de probar la importancia de la doctrina que defiende, en el órden científico, filosófico y religioso, considerándola como una de las cuestiones mas trascendentales de la filosofía, y aun como la filosofía del universo, necesaria para que el hombre pueda comprender su razon de ser y su verdadero destino: como si la humanidad no hubiera alcanzado todavía respecto á esos puntos el conocimiento de la verdad, y hubiera estado hasta ahora ignorante de lo que es, de su pasado y de su porvenir por tener una idea falsa é insensata de la inmensa creacion.

Flammarion se lisonjea de haber establecido sobre bases sólidas esta cuestion, probando que la vida y la verdad resplandecen en ella, y que es la mas oportuna para hacer brillar la grandeza de la creacion y la magestad del Criador. Despues la proclama como uno de los elementos mas eficaces del progreso intelectual de la humanidad, que la despertará del letargo en que ha estado sumergida por espacio de muchos siglos, la librará de la triste incertidumbre en que fluctúa, y la dará la seguridad que hoy no tiene.

Preciso es confesar que estas atrevidas ideas, espuestas con tan ruda franqueza, no son las mas apropósito para

Biblioteca Nacional de España

prevenir en favor de la obra, y menos de las conclusiones á donde el autor quiere llevarla: sobre todo cuando se oye al mismo confesar ingénuamente que la certeza filosófica de la pluralidad de mundos no existe todavía, y por otra parte que la mayoría de los lectores, por no decir la totalidad, piensan que importa muy poco á la filosofía que los astros sean la morada de familias inteligentes, por mas que añada, que aquellos deberán resolverse á cambiar de opinion.

Al leer en sus primeras líneas, «que el hombre ha per»dido su fe, y que la humanidad inquieta espera una filo»sofía religiosa en la cual pueda depositar sus esperanzas;» no podemos menos de exclamar con alarmante estrañeza: ¿Cómo? ¿Con que la humanidad no tiene hoy fe, ni filosofía religiosa? ¿Con que no sabe en dónde poner sus esperanzas? ¿Y esto se escribe en nombre de la ciencia, en Europa, en medio de los esplendores del catolicismo? «Hubo un tiempo, añade, en que la humanidad pensa»dora estaba satisfecha con unas creencias que colmaban »sus aspiraciones; hoy ya no es asi; los vientos críticos »han secado sus labios, y la han apartado de las fuentes »vivas de la fe.» ¿Desde cuándo no es asi? Los que creen todavía, los que están completamente satisfechos con las antiguas creencias, ¿no merecen el honor de ser contados entre la humanidad pensadora? ¿Y es por ventura cierto que los vientos de la crítica han apartado á la humanidad de su fe, ó es por el contrario mas cierto que la han confirmado y arraigado mas y mas en ella?—No negaremos que la incredulidad ha hecho espantosos progresos, y lo prueba esa filosofía desoladora que tanto lamenta el señor Flammarion, pero tambien es cierto que todavía hay fe en Israel, que todavía hay ilustres filósofos católicos que creen. Por lo tanto es injusto nuestro adversario, al afir-

Biblioteca Nacional de España

mar que los doctores católicos «se mantienen aislados en »su *statu quo* de hace cinco siglos, que repudian desdeño»samente á la ciencia, y que nos aseguran formalmente »que nada tiene que temer la fe cristiana.» Participamos de su opinion respecto á esto último, y negamos resueltamente lo primero. Ni los católicos se mantienen estacionarios, como lo prueba el movimiento de sus escuelas, y las contínuas y brillantes polémicas que sostienen, ni la fe tiene algo que temer de los progresos de la ciencia. Por grandes que éstos sean, aseguramos al señor Flammarion, sin temor de engañarnos, que no llegará á fundar «*la religion por la ciencia*,» como él dice, sobre las ruinas de la fe cristiana. Él sin embargo parece que opina lo contrario, pero no podemos creerle bajo su palabra, sabiendo por esperiencia que para que una filosofía se desacredite, basta que se ponga en contradiccion con la fe católica.

Si tal es la introduccion, juzgue el lector cuántas proposiciones erróneas ó temerarias contendrá el resto de la obra. Refutarlas una por una seria tarea interminable, y no es ese nuestro propósito, ni tenemos tiempo para ello, debiéndonos concretar únicamente á examinar la opinion de la pluralidad de mundos en su relacion con los dogmas católicos, y á impugnar las consecuencias que deduce de ella. Señalaremos sus principales errores en su lugar oportuno.

La pluralidad de mundos está dividida en cinco libros. En el primero empieza previniendo los ánimos á su favor, haciendo ver la antigüedad de esta opinion, defendida, segun dice, por la casi totalidad de los mas grandes filósofos conocidos; lo que es por lo menos cuestionable. No seria difícil citar en contra de esta idea tantos y tan ilustres filósofos como ha tenido defensores. Además, en esta materia pesa muy poco la autoridad de los filósofos, que no tenian

Biblioteca Nacional de España

ningun dato positivo en qué apoyarse, y solo la defendian como un corolario del sistema materialista sobre la creacion ó formacion del mundo, ó bien de las absurdas teorías sobre la *metempsicosis* ó trasmigracion de las almas. Ellos no conocian el verdadero sistema del mundo, y lejos de eso tenian sobre este punto las ideas mas groseras, y por lo tanto su hipótesis de la pluralidad de mundos no podia menos de ser, segun los conocimientos de aquellos tiempos, puramente arbitraria. Mas bien podria verse en esta creencia de los filósofos y pueblos antiguos, los vestigios de una tradicion primitiva adulterada ó desfigurada sobre la suerte de nuestras almas, destinadas á habitar despues de la muerte las mansiones celestiales.

No es esto decir que muchos no tuvieran esta opinion, aunque no acertamos á esplicarnos cómo pudieron adquirirla, sino que no podian fundarla en ningun argumento sólido, fuera de algunas congruencias metafísicas. Esto no impide á Flammarion afirmar que «semejante doctrina no »es debida al espíritu de sistema, ni á opiniones efímeras »de sectas y de partidos, *sino que es innata en el alma hu»mana*, y que en todos tiempos y en todos los pueblos el »estudio de la naturaleza la ha desenvuelto en el espíritu »de los hombres.» Nos parece que afirmar esto es llevar demasiado lejos el entusiasmo por su opinion, y preferimos suponer que al escribirlo padeció alguna distraccion. Si ésta fuera idea innata no habria hombre que no la tuviera, sea elevándose á ella por sí mismo, sea prestándola asentimiento á su simple enunciacion; y apenas se comprenderia que haya tenido tan numerosos y sabios impugnadores, y que aun hoy mismo, «escritores de nombradía se »hayan encogido de hombros impunemente al oir hablar »de las tierras del cielo, sin que se haya podido replicarles »con hechos, y clavarlos al pie de sus ineptos raciocinios.»

Biblioteca Nacional de España

—Además, él mismo nos dice que para persuadirse de la habitacion de los astros es preciso hacer un grande esfuerzo de inteligencia, de que no todos son capaces, y contemplar la creacion con ojos ultra-terrestres. Por otra parte, en otro lugar atribuye el orígen de esta idea á la propension á lo maravilloso, que reside en el fondo de toda alma humana. Indiquemos de paso que esta es tambien la opinion de muchos escritores notables.

A continuacion se lamenta de la decadencia de esta doctrina, despues de la aparicion del cristianismo, al cual acusa de que hizo retroceder la ciencia. No sabemos cómo puede sostenerse esto por lo serio. Ninguna persona medianamente instruida ignora que en los siglos que precedieron y siguieron á la ruina del imperio romano, los cristianos estuvieron á la cabeza de las ciencias y aun casi fueron los únicos que las cultivaron. En medio de la confusion de las antiguas escuelas, escogieron y cultivaron aquella filosofía, que les pareció mas sólida, mas razonable y mas conforme con sus creencias, en lo cual nada hay ciertamente reprensible, á no ser que queramos que estuviesen dotados del don de adivinacion para descubrir los progresos del porvenir. Más tarde los cristianos, los monges, en medio de los cataclismos que agitaban al mundo, nos conservaron las ciencias, las propagaron, y nos trasmitieron las obras de la antigüedad; y si no por ellos no sabria Flammarion que los antiguos filósofos creyeron la pluralidad de mundos. Los trastornos generales que sepultaron entre escombros á las ciencias y á las artes fueron agenos al cristianismo, y se debe esclusivamente á los esfuerzos de éste su salvacion y su restauracion. Los que se precian de amantes de las ciencias, serian unos ingratos en olvidarlo.

Si la idea de la pluralidad de mundos estuvo mucho tiempo oscurecida ó contrariada, se debe atribuir á la in-

Biblioteca Nacional de España

dole de la época, y al estado de los espíritus, que tenian que ocuparse de cosas mas importantes y mas sérias. Despues, no apoyándose en ningun dato positivo de la ciencia, sino antes bien teniendo en contra suya los principios de aquella, que á la sazon parecian indiscutibles, no es estraño que la rechazasen las personas razonables y sensatas, y mucho mas viendo en aquella idea un argumento posible contra la fe. Lo estraño seria que hubieran obrado de otro modo.

Las ideas, lo mismo que los frutos de la tierra, necesitan tiempo para desarrollarse y madurar. Cuando los espíritus recobraron su calma, cuando las ciencias abrieron nuevos horizontes, cuando se comprendió la importancia y magnitud de los cuerpos celestes, y especialmente quedó demostrado el movimiento de la tierra, la idea de la pluralidad de mundos tuvo de nuevo numerosos defensores. Pero esta idea no podia ser aceptada sin discusion, como ha sucedido con todas las ideas nuevas. Por lo tanto no hay motivo para censurar á los teólogos que la combatieron.

Flammarion prosigue marcando hábilmente los progresos que hizo la referida idea, hasta llegar á nuestros tiempos, confesando sin embargo, «que la mayor parte de »los filósofos que cita, así como el mayor número de los de »la época siguiente, admiten simplemente la posibilidad de »la existencia de otros mundos mas allá del nuestro, pero »sin afirmar por esto su realidad. Es un paso que no se »podia dar antes que hubiese brillado la antorcha de las »ciencias modernas.» Ahora bien, ninguno ha negado jamás la posibilidad de que Dios crease otros mundos. Además, si aquel paso no se podia dar, ¿por qué censura á los que no lo dieron?

Por último, como fruto de sus investigaciones históricas acerca de esta opinion, establece la conclusion siguiente:

Biblioteca Nacional de España

«El estudio de la naturaleza engendra y afirma en el espí-»ritu del hombre la idea de la pluralidad de mundos.» No discutiremos sobre esto. Diremos únicamente que era preciso que ese estudio se hiciera, y no nos atrevemos á afirmar que esté ya del todo bien hecho.

Este rápido bosquejo histórico que hace el libro I de *La pluralidad de mundos* es desarrollado estensamente y con mayor erudicion en toda la segunda parte de la obra, *Los mundos imaginarios y los mundos reales*, que es como un complemento de la primera, y está escrita con el mismo espíritu, y dictada por la misma idea. El autor pasa una «revista crítica de las teorías humanas, científicas y romancescas, antiguas y modernas, sobre los habitantes de los astros,» y presenta un cuadro de todo lo mas interesante que ha concebido el genio, ó creado la fantasía relativamente á este punto.

Desde luego remonta el orígen de la idea de muchos mundos habitados á la antigüedad mas remota, la vislumbra entre la bruma de las primeras edades, en los Vedas, libros sagrados de los Aryas, que llegan, dice, á los últimos límites de los orígenes conocidos, y despues la descubre entre los Persas, los Chinos, los Egipcios, los Caldeos, y en general en los pueblos que creyeron la trasmigracion de las almas, como si esta creencia implicase necesariamente la de la pluralidad de mundos. Digamos de paso que esto confirma la exactitud de las apreciaciones que hemos hecho arriba sobre el orígen de esta idea.

Parece que Orfeo fue el primero entre los griegos que defendió esta opinion, á juzgar por unos versos que se le atribuyen. Los filósofos de la escuela jónica, Anaximandro, Anaximenes, Empédocles, Aristarco y otros, enseñaron la pluralidad de mundos. Fueron de la misma opinion Hiponax, Demócrito, Heráclito, y en general todos los

Biblioteca Nacional de España

pitagóricos; asi como tambien el fundador de la escuela de Elea, Xenofanes y sus principales discípulos; y Petronio de Himera escribió un libro sosteniendo la existencia de 183 mundos. La escuela de Epicuro sostenia, no solo la pluralidad, sino la infinidad de mundos, fundada en que siendo infinitas las causas que han producido al mundo, deben ser infinitos los efectos. En general, los materialistas creian en muchos mundos por considerar al universo como la obra inconsciente de fuerzas ciegas, y por lo tanto que seria poco probable que el concurso fortuito de los átomos hubiera formado un solo mundo. Los idealistas creian que la inteligencia que habia formado el mundo, no se habia limitado á nuestro globo, y que siendo inmortales nuestras almas debia vivir en lo sucesivo en otros mundos. Los escépticos estaban dispuestos á reirse de los que profesasen esta opinion: los místicos por el contrario, creian tener á su favor una infinidad de razones.

Por nuestra parte sin entrar en discusion sobre estas apreciaciones de Flammarion, y creyéndole bajo su palabra, hallaríamos la esplicacion de esas diversas tendencias filosóficas, en el error comun á todas sobre la eternidad de la materia, por ignorar ó rechazar la doctrina de la creacion del mundo de la nada por la voluntad omnipotente de Dios.

Despues de aquel período brillante, la creencia de muchos mundos es eclipsada de repente, y la opinion general se pronuncia contra ella, con rarísimas escepciones. Sin embargo parece que se inclinaron á su favor algunos Padres de la Iglesia, ó la insinuaron al menos, tales como Orígenes, San Atanasio, San Gerónimo y otros. En otro lugar nos ocuparemos de esto, y veremos que no discurre bien el señor Flammarion sobre la influencia que tuvieron en aquel eclipse las ideas cristianas. Lo que nos llama la

Biblioteca Nacional de España

atencion es que este autor, que mira con tanta benevolencia los errores astronómicos y físicos de los antiguos filósofos, no es tan indulgente con los escritores cristianos, y se burla finamente de su sistema teológico, y desfigura, para ridiculizarlas, las enseñanzas de nuestra fe. Pero para todo hombre imparcial, aquellos escritores son doblemente disculpables, ya por seguir el espíritu de su época, ya porque creian de buena fe que era tal la mente de nuestros Libros Sagrados. No creemos que la humanidad perdiera nada por ello.

Durante diez siglos apenas se levantó una voz á favor de tal idea. Unicamente el *Zohar*, libro de los rabinos judíos, cuya autenticidad y antigüedad no constan, proclama abiertamente, si hemos de creer á Pezzaní, la pluralidad de mundos, y la pluralidad de existencias del alma. Sin embargo no podemos menos de decir, que los testimonios que se citan de aquel libro en apoyo de esa opinion, no nos parecen claros ni menos decisivos.

Pasando este largo período, y divirtiéndose á costa de las opiniones y leyendas de la Edad media, Flammarion pone en escena las opiniones de Santo Tomás de Aquino y otros teólogos contra la pluralidad de mundos, suponiendo que esta era una enseñanza dogmática, lo cual no es exacto, como veremos en otro lugar. El dogma está por encima de tales cuestiones, que solo atañen á la interpretacion mas ó menos feliz de la doctrina, y en todo caso pertenece su responsabilidad á sus autores, no á la Iglesia. Asi es que no han faltado teólogos, que sin dejar de ser buenos católicos, y sin ser reprendidos por la Iglesia, admitieron la existencia de muchos mundos; y todos, como ya hemos dicho, admiten su posibilidad.

Testigo entre otros, ese célebre cardenal de Cusa, restaurador de aquella idea tanto tiempo oscurecida, á quien

Biblioteca Nacional de España

considera Flammarion como el precursor de los grandes descubrimientos de la astronomía moderna y de la filosofía que debia fundarse sobre ella. Este, en efecto, sostiene la pluralidad de mundos, y enriquece esta hipótesis con argumentos nuevos, no menos curiosos y fuertes que los empleados por los que defienden lo mismo en nuestra época. Sin embargo, el sabio cardenal nada tuvo que sufrir por sus opiniones, y esto prueba que cualquiera podia libremente defenderlas. Si Jordano Bruno fue condenado, no fue ciertamente por defender la pluralidad de mundos, sino por sus doctrinas heréticas y panteistas, y por su escandalosa apostasía. Cuando la Inquisicion estaba en su apogeo se publicaron sin obstáculo innumerables obras sobre la materia, y nadie molestó á sus autores. Bien lo sabe el señor Flammarion, que analiza algunas de aquellas obras. En cuanto á la decantada condenacion de Galileo sabemos que nada tuvo que ver con su sistema físico, que antes de él habia enseñado Copérnico sin peligro, sino que se refería únicamente á su obstinado empeño de conciliarlo arbitrariamente con la Biblia, violentando sus textos.

Despues de Copérnico y de Galileo, cuando ya se llegó á formar una idea verdadera del sistema del mundo, y cuando se inventó el telescopio, abundan los escritos de todos géneros relativos á la hipótesis que nos ocupa. Flammarion cita entre los partidarios de esta doctrina á los hombres mas ilustres de la ciencia en los siglos siguientes, y examina sus escritos y la índole de sus argumentos. Entre ellos merecen especial mencion Descartes, Gassendi, Borel, Cirano de Bergerac, el P. Daniel, Fontenelle, y Huigens: y más tarde Baile, Leibnitz, Bernovilli, Burnet, Newton y Wolff. A los cuales hay que añadir Voltaire, Condillac, Bonnet, Diderot, D. Alembert, Neker, Maistre, Cousin Despreaux, Kant, Krause, Schelling, y los mas ilustres astrónomos

Biblioteca Nacional de España

modernos, por no citar una larga lista de nombres. Como se ve, no faltan nombres sospechosos. Justo es sin embargo reconocer que tampoco faltan escritores notables, que creen que la doctrina de la pluralidad de mundos es perfectamente conciliable con el lenguaje de las Escrituras y las enseñanzas cristianas. Tales son el doctor Eduardo Nares, Chalmers, Brewster, el obispo Porteous y otros que cita Flammarion en el libro I de la *Pluralidad de mundos,* de que antes hemos hablado (1).

Tal es la historia de la idea de la pluralidad de mundos: y despues de haberla hecho, se lisonjea Flammarion de que la série de tantos defensores notables de esta tésis, hará inclinar la balanza en su favor. Por nuestra parte confesamos que si esta opinion no estuviera apoyada en otros argumentos mas sólidos que ese, no seríamos nosotros del número de sus partidarios.

Despues de este estudio preliminar, Flammarion va elevando por escalones metódicos la demostracion de su tésis. En el libro II, que titula *Los mundos planetarios*, hace una descripcion del sistema solar, empezando por el Sol, foco gigantesco de vida y de fecundidad, y centro glorioso de las revoluciones de los planetas que dependen de él, encadenados por la fuerza misteriosa á que se ha dado el nombre de *Gravitacion universal*. Su accion sobre la tierra y sobre los otros planetas es de la mas alta importancia; él es el agente directo ó indirecto de todas las trasformaciones y fenómenos de la vida que se operan sobre los planetas, y le debemos hasta los principios de nuestra existencia. El calor que este formidable foco produce en un año, es igual al que suministraria la combustion de una capa de carbon

(1) A pesar de nuestras vivas gestiones por adquirir estas últimas obras, no hemos podido conseguirlas, no siendo en inglés, que nos eran del todo inútiles. Solo hemos visto los sermones de Chalmers en la *Razon del Cristianismo* por M. Genoude.

Biblioteca Nacional de España

de piedra de 27 kilómetros de espesor, cubriendo enteramente al Sol, teniendo en cuenta que *este astro es un millon y cuatrocientas mil veces mayor que nuestra Tierra.*

A continuacion dá una breve noticia de cada uno de los planetas, su distancia al Sol, la duracion de su año y de su dia, su volúmen y densidad, el calor y la luz que reciben del Sol, sus satélites, y las analogías que enlazan á todos entre sí. Segun esto, parece que los planetas deben dividirse en dos grupos, separados por la region de los asteroides. El primero, formado por Mercurio, Vénus, la Tierra y Marte, estará caracterizado por su proximidad relativa al Sol, por la exigüidad de cada uno de estos planetas, por la brevedad de sus años y la duracion equivalente de sus dias, y en fin, por elementos geodésicos análogos, y el mismo rango en el sistema. Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno forman el segundo grupo, que se distingue por las dimensiones colosales de sus esferas, la multitud de sus satélites, la lentitud de sus revoluciones anuales y la brevedad de sus dias, y su importancia en los mivimientos celestes.

Hecho esto, entra en un estudio comparativo de los planetas, y hace notar que la Tierra no tiene ninguna preeminencia entre ellos, y que éstos poseen iguales ó mejores condiciones de habitabilidad que aquella. Examinando sus distancias respectivas al Sol, la luz y calor que de él reciben, el número de sus satélites y sus destinos, las atmósferas que los rodean y sus benéficas propiedades, las relaciones de las magnitudes y superficies que caracterizan á los planetas entre sí; como tambien sus volúmenes y densidades, y los efectos de la gravedad ó sea el peso de los cuerpos en la superficie de los planetas, íntimamente ligado á su volúmen y densidad, y por consiguiente á las manifestaciones posibles de la vida; y recordando que los

Biblioteca Nacional de España

planetas tienen estaciones y años, dias y noches análogos á los nuestros, y que se descubren en ellos mares y continentes, montañas, volcanes, nieves y nubes como en nuestro globo, infiere que tienen todos análogo destino en el universo, y deben estar igualmente poblados. De todo lo cual deduce la conclusion siguiente: *que la Tierra no tiene preeminencia alguna marcada en el sistema solar que la constituya como el único mundo habitado, y que, astronómicamente hablando, los demás planetas están tan bien dispuestos como ella para residencia de la vida.*

Llegado á este punto, abre su libro III, que titula *Fisiología de los seres*, presentando otro órden de pruebas que esclarecen las anteriores, y levantan la cuestion á una gran altura. Sus inducciones, basadas por lo general en las observaciones de la ciencia, preciso es confesar que son á veces algo aventuradas, segun son mas ó menos discutibles los principios en que las apoya.—Empieza examinando el aspecto general de la vida sobre la tierra, y halla esta vida arraigada en todos los lugares del globo, cualesquiera que sean sus condiciones, robusta, poderosa, múltiple y variada hasta lo infinito; observándose que los organismos vivientes están en íntima relacion con la naturaleza de los centros en que nacen y se desarrollan. De aquí deduce que debe haber sobre los otros mundos una infinita diversidad de séres y de organizaciones difiriendo no solamente de un mundo á otro, sino tambien sobre cada uno de los mundos, en sus diferentes edades, sus climas y sus condiciones biológicas; advirtiendo que casi no es posible concebir que ninguno de ellos sea habitado por séres semejantes á los que viven sobre la tierra. Esto aun cuando el análisis espectral ha descubierto que se hallan en los astros muchas sustancias, que hay igualmente en la constitucion de nuestro globo. Con esto quiere probar que ciertas con-

Biblioteca Nacional de España

diciones biológicas que nos parecen incompatibles con las funciones de la existencia sobre la tierra, pueden en realidad ser favorables á séres organizados de otro modo desconocido.

Siendo pues habitables los planetas, infiere que deben estar habitados: y de aquí entra en una série de apreciaciones sobre la existencia de Dios, y las causas finales de la creacion, á las que no dejaremos de poner en su lugar oportuno el debido correctivo: como si la existencia de los planetas implicase rigorosamente la necesidad de su habitacion. ¿Pero quién es el hombre para querer determinar tan absolutamente la razon y los fines de la creacion? *¿Quis consiliarius ejus fuit?* Si la consecuencia que saca Flammarion parece probable, dista mucho de ser tan cierta, que envuelva la imposibilidad de lo opuesto.

A continuacion hace ver que esta vida vigorosa rebosa por todas partes como el licor de una copa llena, manifestando que la fecundidad de la naturaleza es infinita, y mientras el telescopio nos revelaba la inmensidad de los mundos del universo sideral, el microscopio nos descubria millares de poblaciones invisibles, acumuladas unas sobre otras, y escediendo en número á los cálculos mas atrevidos, sin que el frio, ni el calor, ni la altura, ni la profundidad, ni la oscuridad hayan podido impedir la difusion de los séres vivientes. Puede decirse que en la Tierra no hay un átomo despoblado. ¿Y seria posible que esta naturaleza tan fecunda en la Tierra, no hubiera producido cosa alguna en los otros mundos? ¿Solamente aquí habia de haberse acumulado la vida, dejando á los otros globos en una eterna soledad? Esto no es concebible siquiera.

Mas ¿acaso podria suponerse que la Tierra tiene alguna fecundidad escepcional, algun privilegio especial para ser la morada de la vida? Flammarion estudia la habitabilidad

Biblioteca Nacional de España

de nuestro globo, y demuestra que lejos de estar privilegiado para la vida, es de condicion inferior que los otros mundos, ya por la oblicuidad de la eclíptica que produce la diversidad y desigualdad de las estaciones, y en general por todo su régimen astronómico, ya por su constitucion geológica especial, y porque todos los séres, y en particular el hombre, tienen que estar en perpétua lucha con la naturaleza, á fin de procurarse las cosas necesarias para la vida. Por el contrario, las diferencias de edades, de posiciones, de masas, de densidades, de magnitudes, de centros, de condiciones biológicas, etc., colocan á un gran número de mundos en un grado de habitabilidad superior al de la Tierra, sobre el anfiteatro inmenso de la creacion sideral.

Como confirmacion plena de lo que ha dicho, desarrolla ante nuestros ojos el grandioso espectáculo del Universo sideral, en su libro IV, que tiene por título *Los cielos*. Ante la inmensidad del espacio, ante la multitud innumerable de los soles que la pueblan, al conocer la prodigiosa distancia y magnitud de los astros, y las incomprensibles maravillas de todo género que nos ofrece la consideracion de los cielos, se comprende perfectamente que la Tierra es un átomo perdido en el infinito, y que no puede ser la única residencia de la vida. Por otra parte aquellas ricas creaciones que se ciernen en la inmensidad á distancias que no puede calcular la mas soberbia fantasía, aquellos millones de estrellas, no menos brillantes y voluminosas que nuestro Sol, dobles, múltiples y coloreadas, y las trasformaciones que en ellas se observan, manifiestan que el campo de la vida es infinito, como lo es el campo de la creacion. Aquí solo haremos observar que Flammarion parece creer formalmente en la infinidad del espacio, sin considerar que no hay cosa mas absurda que el infinito ex-

CASPAR-EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

tenso, y que hay una contradiccion palpable entre el infinito y el número. Acumulad millones, amontonad cifras, escribid cantidades en un pliego tan extenso como los cielos; este número necesariamente tendria límites y distaria un infinito del infinito.

Si al llegar á este punto hubiera colgado su pluma el señor Flammarion, habria terminado noblemente su tarea. Pero desgraciadamente, en el libro v, *La humanidad en el universo*, hace filosofía por su cuenta, y sobre la base de la pluralidad de mundos edifica las mas atrevidas teorías acerca del orígen, la condicion y los destinos de la humanidad. Para adornar y engrandecer su tésis, bajo un aspecto nuevo, intentando profundizar el plan divino de la creacion de los mundos, resuelve de una plumada los mas árduos problemas filosóficos y religiosos acerca del hombre, negando todo lo que nos enseña sobre este punto la fe católica, ilustrada por la revelacion, y aun la sana filosofía, guiada por la recta razon. Flammarion no quiere ser discípulo de ninguna escuela, no quiere mas oráculo que la *Naturaleza*, interrogándola y haciéndola responder á su gusto por medio de repetidos sofismas. De este modo levanta laboriosamente un edificio sobre arena, tomando las piedras prestadas de los mas absurdos y encontrados sistemas.

En primer lugar analiza las diversas concepciones sobre las humanidades de los astros, que ha creado la fantasía humana, y las rechaza como desprovistas de todo fundamento científico, y basadas en ideas esencialmente terrestres; y despues establece que debe haber una gran diversidad entre las humanidades planetícolas y la nuestra, tanto en su constitucion física, como en su elevacion intelectual y moral. Examina luego la inferioridad del habitante de la tierra, y se pregunta cómo puede conciliarse

Biblioteca Nacional de España

el estado imperfecto de la humanidad con la idea de Dios soberanamente perfecto, como si estas dos ideas se rechazasen mútuamente. En otros términos: plantea la cuestion de la existencia del mal, y como buen racionalista, pide su solucion á la naturaleza. La clave que adopta para esta solucion es la gradacion insensible que se observa en las obras de la naturaleza, aplicada á la pluralidad de mundos.

Esos mundos y las humanidades que los pueblan componen una série progresiva de séres racionales, ó sea la gran *humanidad colectiva*, formada por un séquito no interrumpido de humanidades individuales, asentadas en todos los grados de la escala de la perfeccion. Asi esplica el estado de la humanidad terrestre, suponiéndola colocada en los grados inferiores de esta vasta gerarquía, y «la uni»dad del plan divino, dice, queda establecida.» Reconoce sin embargo que «esta teoría tiene el inconveniente de ser »nueva, y de lastimar algunas ideas antiguas, inveteradas en nuestras almas, y generalmente admitidas.» pero «es »digna de Dios, y tiene muchas razones en su favor, y »ninguna en contra.»

¿Cuáles son estas razones?—«La ciencia del reino material, prosigue, enseña que todo marcha por gradacion en el mundo del ser; la unidad admirable, que establece una solidaridad universal desde el último al primero de los organismos terrestres, desde el molusco al hombre es una ley primordial, aplicada á todo y en todas partes.»—«Si preguntáramos en seguida á la ciencia del reino intelectual qué es lo que piensa de nuestra teoría, tambien tendriamos su asentimiento. Ella nos enseñaria los destinos de nuestras almas mas allá del tiempo en las esferas radiantes del cielo: nos diria dónde dormian estas almas antes del nacimiento de nuestros cuerpos, y quizá nos enseñára como, bajo este sueño aparente, se elaboraba nuestra ter-

Biblioteca Nacional de España

restre existencia: ella nos descubriria, en fin, en la sucesion gerárquica de los mundos, el camino que se eleva á las regiones de la serenidad y de la tierra prometida.» ¡Singulares razones, y singular ciencia, especialmente la segunda, que se apoya en la preexistencia de las almas y en la pluralidad sucesiva de sus existencias! ¡Y tales absurdos se toman por lo sério! ¡Y estas son las razones que no tienen contra sí ningun argumento perentorio de ciencia ni de filosofía!

Mr. Flammarion está satisfecho con ellas, y cree que asi se esplica que el hombre ha debido nacer en un estado de debilidad y de ignorancia, para elevarse progresivamente á la perfeccion; y se lisongea que de este modo se comprende mejor á Dios y á su obra. Sin embargo le falta que esplicar la existencia del mal, y para eso apela á una imperfeccion de orígen, á la limitacion de la criatura, y al rango inferior que ocupa la Tierra en la série de los mundos. Segun él, todos los males que afligen á la humanidad, todas sus miserias y aun todos su vicios, tienen su gérmen en las necesidades inherentes á nuestra organizacion terrestre: deriva de la naturaleza misma de nuestro planeta que no nos proporciona medios suficientes para conservar nuestra vida sino á costa de la vida de otros séres, que á su vez sacrifican á otros para su propia conservacion.—De aquí deduce que siendo la humanidad tan imperfecta, tanto en lo físico como en lo moral, no puede ser única: es necesario que haya otras humanidades mas perfectas, superiores á nosotros en el organismo material, en inteligencia y en moralidad.

Pero estas humanidades, segun Flammarion, no pueden estar aisladas, no pueden ser estrañas la una á la otra, sino que forman una sola familia, una humanidad colectiva enlazada armoniosamente por la profesion de los mis-

Biblioteca Nacional de España

mos principios absolutos sobre la belleza, la verdad y el bien, que unen á todas las inteligencias á la inteligencia suprema. Y no solo eso, sino que estamos unidos por relaciones mas íntimas. Aquellas humanidades están compuestas de individuos que han sido lo que somos; las tierras celestes son las estaciones de nuestra alma en la via de su progreso, son las regiones de nuestra inmortalidad. La pluralidad de mundos, concluye el señor Flammarion, supone la pluralidad de existencias del alma, como su complemento: y es la base, añade, de nuestras creencias religiosas.

Tales son las últimas consecuencias que Flammarion saca de su tésis. Tal es el fruto de su libro. No nos estenderemos ahora en largas consideraciones, pues nuestra obra tiene por objeto principal impugar estos groseros errores, y hacer ver que aun admitida la pluralidad de mundos, no se infieren de ahí las temerarias consecuencias que aquel deduce. Allí donde se pretende ver la ruina de nuestras doctrinas religiosas, nosotros encontraremos su triunfo, y veremos engrandecerse las vastísimas relaciones de los misterios de nuestra fe. La Providencia reservaba su mas elocuente revelacion, la inmensidad de la creacion y el órden del universo, para la época de la mayor incredulidad.

Aquí termina la obra de Flammarion, y aquí empieza nuestra principal tarea. En un estenso apéndice que añade, propone las dificultades que la pluralidad de mundos suscita, al parecer, contra el misterio de la Encarnacion y otros dogmas cristianos, y espone las diversas opiniones que se han seguido para resolverlas. Más adelante nos ocuparemos de ellas con la estension debida, y tendremos el honor de emitir otra opinion nueva mas conforme segun creemos, con la doctrina católica. En cuanto á las interpretaciones de los Libros Sagrados, y los sistemas físico-

Biblioteca Nacional de España

astronómicos arbitrariamente fundados sobre ellas, nada pueden perjudicar á la autoridad de los mismos Libros, desde que conste que son erróneas, y no han llegado á penetrar fielmente su espíritu. Sólo las interpretaciones que dá la Iglesia son las que tienen autoridad para fijar nuestra creencia: mientras aquella no hable, será libre á sus hijos seguir la opinion que les parezca mas probable. Esto probará por otra parte que las inteligencias de los católicos no están servilmente ligadas, como muchos pretenden, y que pueden ejercitarse libremente en investigaciones filosóficas, y ensayar esplicar científicamente los artículos de su fe, por mas que algunos no hayan estado siempre afortunados.

Por último, en la primera parte de la obra, *Los mundos imaginarios y los mundos reales*, que puede llamarse el complemento de los estudios hechos en la obra precedente, examina las relaciones astronómicas de cada uno de los planetas que componen nuestro sistema, las condiciones de la existencia sobre ellos, segun su posicion é importancia en el mismo, y las relaciones de semejanza que acercan á algunos de ellos al estado de habitacion de la tierra. «Este »estudio, dice, sobre los elementos de la vida fuera de la »tierra, está fundado en los últimos descubrimientos de la »astronomía y de la física general.»—En la segunda parte, como ya hemos dicho, hace una reseña de las principales obras que se han escrito á propósito de la pluralidad de mundos, sea para defenderla sériamente, sea sirviéndose de esta hipótesis para la crítica de las costumbres y otras cosas de nuestro mundo, que es el mayor número. Estos últimos se cuidaban muy poco de que la habitacion de los planetas fuese ó no una realidad.

Como se ve por este rápido bosquejo, los trabajos de Mr. Flammarion sobre los mundos habitados, han apurado la materia, presentando la cuestion bajo todos sus aspectos,

Biblioteca Nacional de España

y reforzándola con argumentos de todo género. Si sus razones no llevan la conviccion al ánimo del lector, en vano acudirá á buscarla en otros escritores.

Pero conviene distinguir con cuidado la índole especial de sus demostraciones y la mayor ó menor fuerza intrínseca que llevan, de las apreciaciones personales del autor, y de la forma que las reviste. Lo primero nada tiene que ver con lo segundo. La tésis podia muy bien ser defendida con los mismos argumentos sin hacerlos servir á una filosofía determinada, y sin tomarla como punto de apoyo de sistemas absurdos. Menos todavía debia tomarse como pretesto ú ocasion para dirigir multiplicados ataques, manifiestos ó embozados, contra las creencias mas sagradas, ó contra los hombres que mas beneficios han hecho á la humanidad. Por esto, prescindiendo del valor de su hipótesis, á la cual no nos referimos ahora, no recomendaríamos á los católicos sencillos la lectura de las obras de Mr. Camilo Flammarion.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO II.

Qué objeto se proponen los defensores de la pluralidad de mundos habitados.

Lo que acabamos de decir puede dar una idea general de las tendencias de los que sostienen la pluralidad de mundos: iluminar esta hipótesis con todos los reflejos de la ciencia, y presentarla como antitética á la doctrina revelada. Plantean la cuestion de tal manera, que si la una es verdadera, la otra deba rechazarse como falsa, como si fueran dos cosas absolutamente incompatibles.

Desde luego se hacen el eco de aquella filosofía altanera y pretenciosa, que bajo el pretesto de emanciparse de todas las preocupaciones, destruye todos los principios, sin acertar á poner otros en su lugar.—«Anuncian magistralmente que vienen á librar del yugo de la ignorancia á la humanidad, que empieza ya á tener la edad de la razon, y abandona poco á poco los ídolos para acercarse á la verdad. Añaden que el pasado ha muerto; y que ha llegado la época, en que el hombre, ignorante hasta aquí de su pasado, de su porvenir y de su destino, despierta de su entorpecimiento secular, presta oidos á la enseñanza de la naturaleza,» y siente el ridículo de las ideas antiguas: y dicen modestamente, que vienen á inaugurar la era lumi-

Biblioteca Nacional de España

nosa, á que aspira la humanidad, y que no ha alcanzado todavía (1).

Despues de tan pomposas prevenciones, debíamos esperar alguna revelacion maravillosa, que libertase á la filosofía del círculo de sectas y de sistemas, á que hasta ahora ha estado relegada, de lo cual se lamentan: algun sistema nuevo y luminoso, que nos enseñase lo que hasta ahora hemos ignorado, y nos abriese los horizontes de la verdad, llevando la luz á las inteligencias, y la persuasion á los ánimos. Habia fundamento para esperarlo, al leer que «el conocimiento del universo es indispensable para saber »apreciar á nuestro mundo en su justo valor, no conside- »rarlo ya como el centro y el fin de la creacion, ni conser- »var las falsas ideas apoyadas durante tantos siglos sobre »esa antigua ilusion: que sin la astronomía es imposible »discurrir con exactitud sobre cualquiera cosa, ni en filo- »sofía, ni en religion, ni siquiera en política. Porque el »destino del hombre no es el mismo si la tierra constituye »por sí sola el universo, ó si no es mas que un punto im- »perceptible perdido en el gran todo: el Dios de los ejér- »citos deja de recibir holocaustos inspirados por el conven- »cimiento; la humanidad terrestre no es la única familia »del Criador: el principio y el fin de la tierra no son el »principio y el fin del mundo: en una palabra, los princi- »pios que creíamos absolutos, no son mas que relativos, »y una nueva filosofía, grande y sublime, se levanta por »sí misma sobre el moderno conocimiento del universo (2).»

Los que esto esperasen, habrian llevado un triste desencanto. En lugar de esa filosofía levantada, solo hallarian

(1) Frases textuales de Flammarion en varios lugares de su obra *La Pluralidad de mundos*, etc.—Nos servimos casi siempre de la traduccion de Moreno y Bailén, y la edicion de Gaspar y Roig. Madrid, 1873.

(2) Advertencia de la XVII edicion francesa.

Biblioteca Nacional de España

un empeño sistemático de desdeñar las creencias católicas, envuelto entre pueriles alardes de «hollar la vanidad de creernos reyes de la creacion, y considerarnos como el fin de la obra divina.» Y como bello ideal de esa filosofía, quieren edificar sobre las ruinas de lo antiguo la *Religion por la ciencia*, como dicen; esto es, el desacreditado naturalismo, ó si place mejor, «el espiritualismo racional, á igual distancia del ateismo y de la supersticion religiosa.»—El lector adivinará facilmente que esta supersticion religiosa quiere significar el catolicismo.—Muchas gracias por el favor.

A los que sigan la marcha de las corrientes filosóficas de nuestra época, y observen como las vá enturbiando el mas soberbio racionalismo, no debia sorprenderles este resultado. La pseudo-filosofía moderna se coloca en frente de la doctrina revelada, y no hace ni puede hacer otra cosa que renovar de diversos modos los antiguos absurdos del naturalismo, panteismo, materialismo etc., si bien procurando cubrirlos con un fastuoso oropel científico. Esas aberraciones, por adornadas que se presenten, nunca merecerán el nombre de filosofía; ni ocuparian un lugar entre sus páginas, á no ser porque precisamente la verdadera filosofía tiene el deber de impugnarlas, y poner de relieve su monstruosidad.

Es singular la insistencia con que aseguran que las creencias religiosas están apoyadas en la falsa idea de la dualidad del cielo y de la tierra, conforme á la ilusion de los sentidos, como si estas creencias fueran de invencion humana. Esto es completamente falso. La religion católica está basada sobre Jesucristo, que es la piedra angular del edificio, y no sobre el sistema del mundo, enteramente estraño á sus enseñanzas. Que se mueva la tierra, y que haya otros mil mundos habitados; enhorabuena. Esto no podrá

Biblioteca Nacional de España

alterar las relaciones directas que la divina Encarnacion creó entre Dios y los hombres. ¿Se negará esta Encarnacion, por causa de la pequeñez de la tierra? Esta negacion no seria digna de una persona ilustrada, pues á los ojos de Dios no hay grande ni pequeño. La religion trata de las relaciones entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. En cuanto á los otros mundos nada afirma ni niega. Podrá haber entre el Criador y otras criaturas relaciones semejantes á los que tiene la humanidad sobre la tierra, ¿pero esto puede alterar por ventura la índole de las que tiene con nosotros?

El conocimiento del sistema del mundo es por lo tanto estraño á las creencias religiosas, y á las prácticas de sus preceptos. Que hubo un tiempo en que se creyó que la tierra era el centro del universo, es indudable: pero nada valen los argumentos que quieran fundarse sobre esto, mientras no se probase que aquella opinion *era un punto dogmático de nuestra religion*, lo cual jamás podran hacer los adversarios. Si segun la época algunos individuos tuvieron personalmente ideas falsas sobre las cosas físicas, siempre dejan á salvo el dogma, y los errores de física ó astronomía no son errores de fe. Importa mucho distinguir esto, para prevenir los sofismas de los adversarios, y tenerlos resueltos desde su punto de partida. Se puede ser muy buen católico, aunque se ignoren por completo la física y la astronomía.

Ademas, las verdades religiosas son de otro órden que las verdades físicas, y si alguna vez se dan la mano, en lo general viven independientes y se desenvuelven cada una en su esfera. La religion jamás discute sobre física (1); pero

(1) Entendemos por esta palabra todas las ciencias naturales, y sus diversas ramificaciones.

Biblioteca Nacional de España

como muchas veces se ve atacada por esta, ó mejor dicho, hay empeño por los incrédulos en ponerlas en contradiccion, se ve obligada á pesar suyo á descender á su terreno, para demostrar que no es así. En este caso acepta los principios de esta ciencia, tal como ella se los propone, dejándole empero toda la responsabilidad de sus asertos, y tiene la costumbre de seguir la opinion que comunmente se cree mas sólida; y cualquiera que sea el estado de la ciencia, y de cualquiera manera que se esponga, no rehusa la Iglesia que sus dogmas sean discutidos á su luz. Aquí se detiene, y nunca avanza mas allá. Seria una prueba de mala fe exigir á la Iglesia conocimientos sobre ciencias físicas, superiores á su época. Si hoy se defendiesen en nombre de la teología los crasos errores sobre el mundo, que dominaban hace ocho siglos, podrian acusarla los adversarios, pero cuando la ven ponerse con prontitud á la cabeza de todos los progresos, y fomentarlos ella misma, contando á sus iniciadores entre sus hijos, cuando se ve al génio humano desenvolverse incesantemente con la ayuda de esta teología tan calumniada no hay ninguna razon para acusarla.

De manera que los errores de física no pueden afectar al dogma, que intentan explicar ó defender: son accidentes de la polémica religiosa, que se corrigen por sí mismos, mientras el dogma subsiste invariable. Por el contrario sucede con frecuencia que cuando estos errores se disipan por nuevos progresos de la ciencia, suelen dar lugar á una brillante demostracion de la doctrina católica. Los dogmas son inmutables, y la Iglesia tiene cuidado de conservarlos, cualesquiera que sean los progresos de las ciencias, pero estos progresos contribuyen á que la forma de esposicion sea variable y progresiva. Si se distingue bien esto, se podrán resolver muchas dificultades. Por eso aunque las esposiciones resulten erróneas, el error será de los indivi-

Biblioteca Nacional de España

duos que las hicieron, pero no de la Iglesia, que nada ha definido, y los dogmas nada pierden de su verdad y solidez; á la manera que el sol nada pierde de su claridad por las diversas opiniones acerca de su naturaleza y constitucion física, y brilla lo mismo hoy que se ha apreciado su inmensa mole, que cuando se creia que no era mas grande que el Peloponeso.

Digamos tambien que cualquiera que sea el conocimiento que se tenga sobre el sistema del mundo, la dualidad del cielo y de la tierra, (supuesto que así la llaman) existe siempre de *hecho* para el hombre, no precisamente por el testimonio de los sentidos, no precisamente porque asi lo crea toda la humanidad, escepto un número relativamente corto de personas ilustradas, sino porque sus relaciones con el Criador son necesariamente independientes y aisladas de las que aquel puede tener con las humanidades de los astros, dado que existan: absolutamente como si el hombre fuera la única criatura racional del universo. Aquella dualidad supone las relaciones mutuas directas que hay entre el cielo y la tierra, y estas no varian ni pueden varian, por mas descubrimientos que haga la astronomía. La religion solo debe ocuparse de la humanidad terrestre, prescindiendo de que haya ó no otras humanidades en los espacios.

¿Pues qué? Aun sin tener en cuenta la divina revelacion, y aunque la humanidad hubiera discurrido por si misma, ¿solo por no saber astronomía habria vivido miles de años sin poseer mas que verdades aparentes, en filosofía, en religion¦, y aun en política? ¿No es esto ridículo? Solo por juzgar del universo por el testimonio de los sentidos, ¿no habria tenido principios absolutos de verdad? ¿Habria de depender la religion, la moral y la filosofía del conocimiento de que la tierra gire ó esté inmóvil, de que sea el

Biblioteca Nacional de España

único mundo ó sea un átomo perdido en los espacios?— ¿Porqué la tierra sea tan pequeña, no habria sido digna de que el Criador al hacer su obra, entre los altísimos fines de su sabiduría infinita, hubiera tambien tenido presente la utilidad de sus moradores? ¿Es acaso la mole material la que atrae las miradas divinas? ¿No sabemos que el hombre vale tanto á los ojos de Dios, que este se dignó hacerse hombre por salvarle, y le redimió á costa de su preciosa sangre?— Cuando el alma contempla la grandeza del mundo de la gracia, ese universo prodigioso que se revela principalmente á los humildes y se oculta á los soberbios, queda empequeñecido á su lado el universo material, á pesar de los mundos innumerables que le forman. La claridad del Sol místico, del Dios-Hombre, oscurece á todos los soles que brillan en la inmensidad: y el hombre que sabe lo que aquel Dios ha hecho por él, no se sorprende, á pesar de su pequeñez, de creerse el rey de la creacion.

La revelacion es un *hecho*; hecho palpable, evidente é innegable, como lo manifiesta, por no descender á otras pruebas, la misma existencia y desarrollo del cristianismo, que es su espresion viviente. Ahora bien, Dios que se dignó hacer la revelacion, conocia muy bien la importancia astronómica de nuestro globo, y su valor relativamente á todos los otros que forman su creacion. Sin embargo la pequeñez de la tierra no fue un obstáculo para que la hiciese el objeto de sus infinitas misericordias. ¿Hizo tambien lo mismo en otros mundos? Es probable, pero solo Él lo sabe, y no ha querido revelarnoslo. A nosotros solo nos toca agradecer y conservar fielmente nuestro tesoro, y amar y bendecir á aquel Dios bondadoso, que tanto nos amó.

Para esto, como se ve, importa poco conocer la pequeñez de nuestro planeta, y la ley de sus revoluciones, y la existencia de otros mundos habitados. Este conocimiento,

Biblioteca Nacional de España

por mas precioso que por otra parte sea, nada añade ni quita en las relaciones del hombre con Dios. La verdad de estas relaciones de orígen, dependencia, amor y destino subsiste siempre invariable, y no variarán por mucho que la astronomía ensanche las fronteras de la creacion.

De lo dicho se infiere cuan falso es el supuesto de los adversarios, cuan débiles los argumentos que sobre él edifican, y cuan arbitrarias las consecuencias que deducen. Sí, afirmamos tambien nosotros con los teólogos de hace cinco siglos, y mejor dicho, con los teólogos de todos los siglos, que nada tiene que temer la fe cristiana de los adelantos de la astronomía ni de cualquiera otra ciencia, y en particular de la pluralidad de mundos, y afirmamos tambien que esta pluralidad no puede ser la base de una nueva filosofía opuesta á la que conocemos.

Sin embargo no lo entienden asi los adversarios y persisten en creer que esta hipótesis es incompatible con nuestras creencias, y suscita dificultades insolubles á nuestros dogmas. Por eso muchos la defienden con tanto calor.

Todos los que andan á caza de argumentos contra nuestra religion y sus enseñanzas, todos los partidarios de esos sistemas de filosofía anticatólica, cualquiera que sea su denominacion, que pueden comprenderse bajo el nombre general de incrédulos, se alistaron con gozo entre los partidarios de la pluralidad de mundos. Esto hizo naturalmente que los católicos la mirasen con recelo, temiendo un lazo pues acontece con frecuencia que una causa ó una doctrina puede ser juzgada con anticipacion por la índole de sus defensores. Sin embargo no han faltado católicos ilustres, que abordando la cuestion de frente, hallaron que lejos de ser contraria á ninguno de nuestros dogmas, es por el contrario muy digna de la grandeza de Dios. Por su parte los teólogos protestantes, á quienes su sistema de espíritu pri-

Biblioteca Nacional de España

vado permite interpretaciones mas latas de la Sagrada Escritura, se inclinaron tambien á esta opinion, con pocas escepciones: contribuyendo no poco á esto las tendencias cada vez mas acentuadas del protestantismo hácia el racionalismo.

La cuestion principal entre unos y otros se reduce á lo siguiente:—¿La pluralidad de mundos habitados es conforme á la doctrina católica? ¿Está de acuerdo con la Sagrada Escritura?

Los primeros se pronunciaron unanimemente por la negativa. Veremos en el trascurso de esta obra que no tienen razon. Algunos de los segundos siguieron la misma opinion haciendo de esto el principal argumento para rechazar aquella hipótesis: y estos á nuestro parecer tampoco se colocan en el verdadero terreno. Los otros responden afirmativamente, y apoyan su sentencia con muchos y fuertes razonamientos; y son los que van mas acertados.

Digamos de paso que la cuestion puede ser resuelta indirectamente, como sigue:—En primer lugar ¿la pluralidad de mundos es una verdad? En este caso no puede ser contraria á la verdad religiosa. *Verum non potest vero contradicere.* Toda verdad viene de Dios, y este no puede ponerse en desacuerdo consigo mismo. El gran libro de la naturaleza no puede ser contrario al gran libro de la revelacion, porque ambos tienen un mismo autor, que no cambia de opinion ni olvida en una parte lo que ha dicho en otra. Si á veces no obtante, os parecen contradictorios, es que no los leeis bien; buscad su enlace, profundizad su sentido, y los hallareis conformes.—Por el contrario, ¿la pluralidad de mundos es una utopia? En este caso importaria poco su contradiccion aparente. Mientras no pase al rango de verdad bien demostrada, no se pueden fundar en ella argumentos, pues serian puramente hipotéticos. Ahora bien, si

GASPAR E HIJOS EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

vale argüir con hipótesis ¿qué verdad quedaria en pie? Si replican que esta respuesta es evasiva, no por eso la quitarán su fuerza, y á ellos corresponde probar que es vicioso alguno de sus dos estremos. Sin embargo no eludimos la dificultad, y no rehusaremos, cuando llegue el caso, dar otras respuestas mas directas.

Los que creen que la pluralidad de mundos es incompatible con la enseñanza católica, discurriendo con una lógica peculiar suya, consideran el valor de los mundos por su importancia física, y violentando la ciencia y haciendo suposiciones gratuitas, siempre que bien les viene, afirman que son superiores á la tierra; lo cual es muy aventurado, y discutible en todo caso. Deslumbrados por el universo físico, ya que no aceptan sino lo que les dice la razon, nada ven del mundo espiritual, ó creen que ha de seguir las mismas gradaciones. Por eso niegan que la tierra haya merecido ningun privilegio especial de parte de Dios, que la tuviera presente al sacar el mundo de la nada, y que la haya hecho el teatro de sus mas gloriosas maravillas.

No creemos que este modo de raciocinar se recomiende en las cátedras de lógica.

La pluralidad de mundos les sirve como base para negar lo que la fe cristiana enseña acerca del orígen y destino del hombre. Por no admitir la antropogonia de Moisés, se refugian en el estúpido darwinismo, y por no admitir la gloria cristiana, ó la bienaventuranza eterna aceptan una nueva metempsicosis, mas absurda que la de los pitagórica, ó siguen los delirios del fourierismo del espiritismo ú otros sistemas análogos. Por esto hacen consistir la importancia de esta hipótesis, en que explica la mejor teoría de nuestro destino. El naturalismo no pudiendo elevarse á la concepcion de la vision beatífica, no puede asignar á nuestra alma otro destino que un círculo interminable de vidas, ó lo que es lo

Biblioteca Nacional de España

mismo una infelicidad que nunca se le acaba. La falsa nocion de la inmortalidad del alma y su estado futuro es una fuente de los mayores y mas funestos errores de nuestra época. No se comprende la inmortalidad con esas continuas mudanzas de estado: es preciso que la vida perpetua tenga algo de inmutable como la eternidad.

Como consecuencia de este error niegan las relaciones sobrenaturales de la gracia entre Dios y el hombre. Si admiten alguna religion, pretenden que son todas iguales, y todas invencion humana, lisonjeándose de descubrir, no se porqué procedimiento privilegiado, el orígen de todos los dogmas religiosos en el desarrollo natural del pensamiento humano, á través de todas las edades de la historia. De aquí es toda su religion, y su bello ideal para la humanidad sobre la tierra, se reduce «á adorar á Dios sin encerrarse bajo un cielo de piedra; que la naturaleza sea el templo, y el hombre sea el sacerdote.» No quieren pues culto externo, templos, sacerdotes, ni ritos: y en una palabra, quieren una religion que sea como el vestíbulo del ateismo.

Por eso tambien se declaran partidarios de la *moral universal*; entendiendo por esta palabra «no aquella moral cu»yos principios residen en la doctrina de la sensacion, ni »la preconizada por Epicuro, ni la moral fundada sobre el »interés, las cuales conducen al despotismo y á la decaden»cia; ni la moral del sentimiento, opuesta á la moral del »egoismo, que no es suficiente; ni la que se funda sobre el »interés del mayor número, que es incompleta; ni tampoco »la moral fundada sobre la sola voluntad de Dios ó sobre la »espera de las penas y de los premios futuros, que es igual»mente defectuosa: sino aquella que se apoya en la consti»tucion misma de la naturaleza humana, y *cuyos principios »universales pueden ser establecidos con el asentimiento general »del género humano.*»—Si sobre esta base se habria de le-

Biblioteca Nacional de España

vantar la moral, no tendríamos una regla de nuestras acciones. Recordemos lo que los diversos pueblos han creido y creen todavía lícito, justo y honesto, y no se podrá hallar unanimidad sobre un solo punto. Comparad lo que la humanidad entera ha creido en diversas épocas, y se verá que la opinion ha cambiado esencialmente sobre la apreciacion moral de muchos actos: y se verá tambien que cualquiera que sea el estado de la humanidad el mayor número siempre se deja dominar por la parte animal, y rinde culto á las pasiones. Por consiguiente hacer consistir la moral en el asentimiento del género humano, es lo mismo que proclamar la licitud de todas las aberraciones humanas, es destruir la moral, y es no tener sentido moral.—Solo la moral evangélica merece este nombre, y es digna de Dios y digna del hombre; solo esta tiene principios universales del bien, antes del asentimiento general, y á pesar de él, y solo esta se funda en la recta conciencia, disipando de ella las nieblas de las pasiones. Esta moral no se practica por la esperanza de los premios ó el temor de las penas, sino por amor á Dios, que ama infinitamente el bien, y aborrece el mal, y que ha grabado indeleblemente en nuestras almas el sentimiento del órden, de la justicia y de la rectitud (1).

En resúmen, la cuestion de la pluralidad de mundos, tal cual la plantean los adversarios, no es otra cosa que una fase de la eterna lucha del naturalismo, ó si se quiere mejor, del racionalismo contra la doctrina revelada.

Hemos dicho, tal cual la plantean los adversarios, porque estos violentan arbitrariamente sus conclusiones, llevándolas á un terreno en que no deben ser colocadas. Lo que ellos pretenden es muy distinto de lo que la hipótesis enseña, examinada con ojos imparciales.

(1) Aunque no hubiera cielo yo te amára.—Y aunque no hubiera infierno te temiera. San Francisco de Sales.

Biblioteca Nacional de España

De esta manera muchos católicos la aceptan sin ningun temor, unos creyéndola independiente, otros perfectamente conciliable con todos los puntos de su fe. Estos deducen consecuencias enteramente distintas y aun contrarias, y apoyados en esta grandiosa hipótesis se elevan á las mas sublimes concepciones sobre la grandeza y la misericordia de Dios, sobre su amor inmenso á los hombres, y sobre la nobleza y dignidad de nuestra alma, cuya inteligencia ha sabido penetrar tan adentro en los abismos de la inmensidad, y descorrer un poco el velo de la gloriosa herencia que le espera. Entusiasmados con la contemplacion del universo, ven engrandecerse nuestros dogmas, los ven brillar con nuevos resplandores, y ven que los progresos de la ciencia facilitan la inteligencia de muchos pasages de los Libros sagrados, y confirman su verdad con luminosas interpretaciones.

Los católicos marchando con mas seguridad que los incrédulos sobre el terreno de esta hipótesis, no tienen que lanzarse á temerarias escursiones filosóficas, que hagan sospechosa la idea que defienden. Apoyados en su fe llevan resueltas de antemano todas las cuestiones que turban á aquellos. La revelacion ha sentado sobre bases firmísimas la verdad acerca de Dios y del mundo, del hombre y de sus destinos, de la sociedad y sus relaciones, y en una palabra ha fundado la verdadera filosofía, fuera de la cual no hay, ni puede haber otra.

Desde la aparicion del cristianismo no ha habido pretension mas vana, que la de fundar una filosofía nueva. Las tentativas ensayadas han conducido á sus autores al absurdo, y no han sido otra cosa que una renovacion ó una forma nueva de los antiguos errores opuestos á la doctrina revelada. Al amontonarse los sistemas filosóficos, se han trasformado, combinado y mezclado unos con otros, y no

Biblioteca Nacional de España

han logrado otra cosa que sumergir á las inteligencia en el mas tenebroso caos.

La verdad es una; y no puede dejar de ser tal, porque se averigüe que los planetas están habitados. Por eso los católicos pueden sacar mas ventajas de esta opinion, que los incrédulos novadores.

Conocidos ya los diversos aspectos de esta cuestion segun las diversas ideas de sus defensores, estaremos en disposicion de apreciar mejor los argumentos en que la apoyan.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO III.

Estado de la cuestion.—Diverso significado de la palabra *Mundo*.—Cosmos.—Universo—La unidad del mundo.—El Optimismo.

Los que estudian con atencion la doctrina de la pluralidad de mundos en sus varios aspectos, relaciones y consecuencias, se sorprenden sobremanera del empeño que hay por parte de algunos de presentarla en oposicion con las verdades reveladas, con los Libros Sagrados, y con la Iglesia católica. Sin embargo ya hemos visto que tal es la conducta de los incrédulos. Este es el principal interés de esta cuestion, y nos atrevemos á decir que es la verdadera causa de que haya adquirido tanta boga, como sucede á las hipótesis nuevas. Se desean ocasiones y pretextos nuevos para atacar al cristianismo, y se acepta con fruicion *á priori* todo lo que parece que le es contrario. Se olvida con frecuencia, que asi como todas las estrellas giran alrededor de la Polar, asi todas las verdades, de cualquier órden que sean, giran alrededor de Jesucristo.

Para evitar equivocaciones y prevenir de antemano algunas dificultades respecto á las enseñanzas teológicas, conviene esplicar con claridad los diversos significados de la palabra *Mundo*.

Las Sagradas Escrituras emplean en diversos sentidos

Biblioteca Nacional de España

la palabra *mundo*. A veces designan con ella el género humano: *De tal modo amó Dios* al mundo, *que dió á su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él, no perezca, sino que tenga vida eterna* (1). A veces significan los hombres perversos de este mundo, ó la corrupcion de costumbres: *¡Ay del* mundo *por los escándalos!* (2).—*Si el* mundo *os aborrece, tened presente, que primero me aborreció á mi* (3).—*Todo lo que hay en el* mundo *es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida* (4). Otras veces entienden solamente el globo terráqueo: *Id por el universo* mundo *y predicad el Evangelio á toda criatura* (5). Pero con frecuencia toman la palabra mundo en su sentido propio y filosófico, para espresar la universalidad de las criaturas: *El* mundo *fue hecho por Él* (6).—*Entregó* el mundo *á las disputas de los hombres* (7): *Puede destruir el universo* mundo *con sola su voluntad* (8). *La mirada de Dios abarca los límites del mundo* (9). Y no es raro que espresen la misma idea por las palabras «*el cielo y la tierra,*» ó tambien por «*las cosas visibles é invisibles* (10).»

Aristóteles y su escuela, y en general casi todos los antiguos filósofos definian al mundo «un compuesto del cielo y la tierra y todas las naturalezas que hay en ellos.» Los estóicos afirmaban que el mundo era un todo compuesto de Dios, como alma, (mundo invisible) y de la materia, como cuerpo, (mundo visible). Del alma universal del mun-

(1) Joan III, 16.
(2) Math. XVIII, 7.
(3) Joan XV, 18.
(4) Joan II, 16.
(5) Marc. XVI, 15.
(6) Joan I, 10.
(7) Eccles. III, 11.
(8) II. Mac. VIII, 18.
(9) Job. XXVIII, 24.
(10) Colos. I, 16.

Biblioteca Nacional de España

do los estóicos hacian provenir los espíritus, los génios, y los dioses inferiores. Colocaban estos dioses en el cielo, sobre la tierra, en el mar y en todas las partes mas notables del universo, asignándoles las estrellas como sus moradas especiales. Casi todas las escuelas admitian la eternidad del mundo ó de la materia, su formacion en el caos, y la necesidad fatal de sus leyes, admitiendo sin embargo una accion mas ó menos directa de Dios, de la naturaleza, ó del destino, lo cual no hace por ahora á nuestro caso.

Los Etruscos se imaginaban el mundo como una bóveda invertida y simétricamente opuesta á la bóbeda celeste; error que se hizo general. Tomado en una acepcion mas limitada aun, el mundo parece haber sido para los godos, la superficie terrestre rodeada por una cintura de mares: lo llamaban *merigard*, que quiere decir literalmente *jardin de los mares*. Bajo la influencia de las limitadas aspiraciones propias de la infancia de los pueblos, las ideas de *tierra* y de *mundo* se confundieron desde el principio en el uso de todos los idiomas. Las vulgares espresiones; *Viajes alrededor del mundo, mapa-mundi, nuevo mundo*, son ejemplos de esta confusion. Las mas exactas y mas nobles; *Sistema del mundo, mundo planetario, creacion y edad del mundo*, se refieren unas, á la totalidad de las materias que llenan los espacios celestes, otras al orígen del universo entero.

En su orígen la palabra latina *mundus* tiene la misma significacion que la voz griega *cosmos* (κόσμος), que indicaba primitivamente, en los tiempos homéricos, las ideas de *adorno y órden* á la vez. La etimología de aquella palabra proviene, segun Pott, de la raiz sanscrita *mand*, que reune el doble significado de brillar y adornar. En el lenguaje científico la palabra *cosmos* se aplicó progresivamente á la armonía que se observa en los movimientos celestes, al órden que reina en el universo entero, y al mundo mismo en

Biblioteca Nacional de España

el cual este órden se refleja. Segun la asercion de Philolao, y segun el testimonio general de toda la antigüedad, Pitágoras fue el primero que se sirvió de la palabra *Cosmos* para designar el órden que reina en el Universo, y el Universo ó el mundo mismo. De la escuela de la filosofía itálica, la espresion pasó en este sentido al idioma de los poetas de la naturaleza, Parménides y Empédocles, y de allí al uso de los prosistas. Algunos, tomándola en acepcion mas restringida, la emplearon tambien en plural para designar las estrellas, ó los innumerables sistemas diseminados como otras tantas islas en la inmensidad de los cielos, y formados cada uno, segun creian, de un Sol y una Luna. Posteriormente se emplea en un sentido mas vasto por la «reu»nion de cuanto llena el espacio, desde las mas lejanas »nebulosas hasta los ligeros tejidos de materia vegetal, »repartidos segun los climas, que tapizan y coloran diver»samente las rocas,» ó sea conforme á la definicion de Aristóteles, la universalidad de las cosas que componen el mundo sensible. Abraza el cuadro de lo que coexiste en el espacio, de la accion simultánea de las fuerzas naturales, y de los fenómenos que estas producen.

Pero los filósofos cristianos, los Santos Padres, y los Escolásticos tan calumniados como sabios, acostumbrados á la precision metafísica con que saben esclarecer todas las cuestiones, dieron del mundo una definicion mas grande y mas exacta, que por sí sola destruye por su base el panteismo. El mundo es «la coleccion de todas las cosas existentes distintas de Dios, ó mejor, la coleccion de todas las cosas criadas:» «la série una y absoluta de todos los entes contingentes, finitos, mudables, y relacionados mutuamente entre sí, ya sean animados, ya inanimados, ya inteligentes.» La definicion no puede ser mas clara, pero todavía para prevenir todo género de dificultades, quisieron acla-

Biblioteca Nacional de España

rarla mas, haciendo la célebre distincion del mundo en *Arquetipo* y *Exemplado*. El mundo Arquetipo ó ideal significa las ideas de todas las cosas que hay en la mente divina, segun las cuales el supremo Artífice crió todas las cosas. San Pablo llama á este mundo; *Siglo invisible*. El mundo *Exemplado* es el mundo real que Dios produjo *ad extra*, y que comprende los séres espirituales y corporales. El primero contiene las criaturas inmateriales, los Angeles y las almas, y es llamado por Santo Tomás; *Siglo de las inteligencias*. Este es tan escelente, que como decia Platon, el mundo sensible solo es una sombra del mundo inteligente. El segundo contiene toda la materia, todos los cuerpos y sus elementos, la tierra, las estrellas y los espacios, en una palabra, toda la creacion exterior. El hombre es como el epílogo y el compendio de estos dos mundos, *microcosmos*, porque encierra en pequeño el *Todo* ó el *Universo*.

De esta nocion del mundo, tan exacta como verdadera, se infiere que es impropio el hablar de pluralidad de mundos. Siendo la coleccion de todas las cosas existentes fuera de Dios, el mundo es uno: es el resultado de su accion creadora, la manifestacion *ad extra* de sus infinitas perfecciones, la reunion de lo visible, el *todo*, en una palabra; y el todo es por necesidad y esencialmente único. Mas como el bien sumo es infinitamente participable, aunque de un modo finito, no se halla límite razonable á la comunicacion de su bondad, y la creacion puede extenderse cuanto se quiera. Por eso los globos que lucen en los espacios no son propiamente mundos; no son otra cosa que partes del todo, números de la sérié, individuos de la coleccion.

Flammarion es injusto con los Santos Padres, y en especial con el Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino, y los Escolásticos, al hacerles cargos porque defendian la unidad del mundo. Las anteriores ideas metafísicas tan ciertas

Biblioteca Nacional de España

como profundamente arraigadas en su mente, la idea cosmogónica, bien que errónea, de que la Tierra era el centro del universo, y su fe cristiana sobre la verdad de la creacion y la intervencion de la providencia divina en el órden admirable de lo visible, les obligaban á rechazar, casi como indigna de los honores de la discusion, la opinion de la pluralidad de mundos: no refiriéndose primariamente á globos habitados de este *cosmos* visible, sino á la existencia de otros séres, distintos é independientes de esta universalidad. En este sentido colocaron aquella opinion en el número de las heregías.

Y precisamente en este sentido la defendian los materialistas paganos. El mismo Flammarion nos dá la prueba al esponer, como sigue, la doctrina de Lucrecio. «Es singular y sorprendente, dice, que esta creencia haya podido adquirirse fuera de la observacion física, por consideraciones completamente estrañas á los conocimientos cosmográficos. Hoy uno de los argumentos mas poderosos que podemos aducir para establecer nuestra doctrina es la semejanza de las otras tierras con la nuestra, y la paridad de esta con los demás cuerpos celestes, entre los cuales ha sido lanzada sin ninguna distincion. Pues bien, no solamente esta idea de la similitud de los astros á la Tierra no ha sido invocada por los antiguos partidarios de nuestra doctrina, sino que fue eliminada y desechada por esta opinion; que los astros no son mas que resplandores fugitivos, alimentados segun muchos de las emanaciones de la Tierra.»

«De manera que, para los antiguos de que hablamos, el mundo no se reducia á la Tierra, sino que comprendia todo lo que la rodea, los aires, los cielos, las estrellas, y opinar que hay muchos mundos, no es decir que la Luna, Venus ó Júpiter pueden estar habitados; es decir que mas allá de de los límites de nuestro mundo, mas allá de las estrellas

Biblioteca Nacional de España

fijas, pueden existir otras tierras como las nuestras por otros cielos...»

«Sin necesidad de ampliar mas esta manera de ver, se reconoce la gran teoría espuesta por Lucrecio, segun la cual la Tierra está en su sitio natural en el centro de su mundo, mientras las antorchas celestes no son mas que ornatos pertenecientes á ella. Sin embargo, el poeta canta la Pluralidad de mundos, pero es en el sentido que hemos relevado mas arriba:—«El gran Todo no tiene fin. Aquí, »allí, bajo nuestros pies, sobre nuestras cabezas, el espacio »es ilimitado. Yo te lo he dicho y la voz de la Naturaleza »lo proclama. Asi, en el espacio inconmensurable que se »estiende eternamente y en todos sentidos, si las innume»rables olas creadoras de la materia, desde la eternidad, se »agitan y nadan bajo mil formas variadas, al través del »Océano y del espacio infinito *spatium infinitum* (1), en su »lucha fecunda, ¿no habian de haber producido *mas que el »Orbe de la Tierra y su bóveda celeste?* ¿Habrá de creerse »que *mas allá* de este mundo un conjunto tan vasto de ele»mentos se condene á un estéril reposo? No, ¡no! Si nues»tro globo es la obra de la naturaleza, y si los principios »generadores, por su propia esencia, conducidos por la ne»cesidad, despues de mil y mil ensayos infructuosos se han »unido en fin, se han modificado y han dado nacimiento á »masas de donde salieron el cielo, las ondas, la Tierra y »sus habitantes, conoce pues que en el resto del vacio, los »elementos de la materia han producido infinito número de »séres animados, de mares, de cielos, de tierras y sembra»do el espacio de Mundos semejantes al que se balancea »bajo nuestros pasos en las olas aéreas (2).»

(1) En otro lugar refutaremos el error de la infinidad formal del espacio.—Veánse los caps. XIX y XX.

(2) Lucrecio, *De natura rerum*, lib. II, v. 1047 y sig.—Flammarion, *Los Mundos imaginarios*, Parte II, cap. II.

Biblioteca Nacional de España

Esto es lo que rebatian y condenaban los Santos Padres como contrario al dogma de la creacion, de la nada, por la voluntad omnipotente de Dios.

Por lo dicho se apreciará el valor y oportunidad de los argumentos de Santo Tomás para demostrar la unidad del mundo, que no ha querido entender en su verdadero sentido Mr. Flammarion. Conviene tambien que se entienda que esta no es una doctrina dogmática, sino una disputacion filosófica. Respecto al mundo no hay en la teología mas que *una sola verdad de fe, un solo dogma*, á saber; *su creacion de la nada, en tiempo, por la libre y omnipotente voluntad de Dios.*

Santo Tomás no dice una sola palabra respecto á la habitacion de los astros. En la cuestion XLVII trata de la distincion de las cosas en comun, y la divide en tres artículos siendo inútil repetir que no es un punto dogmático, sino filosófico. Su vista está fija en los errores maniqueos, incesantemente renovados bajo diversas formas, y con la intuicion de su génio poderoso penetra hasta los modernos sistemas panteistas. Para convencerse de ello, basta leer las cuestiones anteriores y posteriores. En el primer artículo examina «si la multitud y distincion de las cosas proviene de Dios,» en el segundo, si proviene de él mismo la desigualdad de las cosas,» y en el tercero y último: «*Si hay un solo mundo*,» ó de otro modo, «Si el mundo es uno solamente.» Como se vé, todas son cuestiones relativas á las dificultades del gran dogma de la creacion, que ha demostrado mas arriba. En otro caso, y si tuviera el sentido que le atribuye Mr. Flammarion, el artículo tercero no tendria conexion con los precedentes.

Hé aquí ahora este artículo íntegro, literalmente traducido.

«Art. III.—Si hay solamente un mundo.

Biblioteca Nacional de España

1.—Parece que no hay un solo mundo, sino muchos. Porque, como dice San Agustin, (lib. 83, q. 46.) repugna decir que Dios crió las cosas sin razon. Pero por la misma razon que creó uno, pudo crear muchos; puesto que su poder no está limitado á la creacion de un solo mundo, sino que es infinito como hemos probado arriba. Luego Dios produjo muchos mundos.

2.—Ademas, la naturaleza hace lo que es mejor, y con mayor razon Dios. Pero seria mejor que haya muchos mundos, que uno solo, porque muchas cosas buenas son mejor que pocas. Luego fueron hechos por Dios muchos mundos.

3.—Ademas, todo lo que tiene forma unida á la materia, puede ser multiplicado numéricamente, quedando la misma la especie, porque la multiplicacion segun el número, se hace por la materia. Es asi que el mundo tiene una forma en la materia: porque asi como cuando digo *hombre*, significo la forma, y cuando digo, *este hombre*, significo la forma en la materia, del mismo modo, cuando se dice, *mundo*, se espresa la forma, y cuando se dice, *este mundo*, la forma con la materia. Luego nada impide que haya muchos mundos.

Pero á esto se opone, (*contra est,*) que San Juan dice: *el mundo fue hecho por él.*—I. 10.—En donde nombra el mundo en singular, como que existe un solo mundo.

(*Conclusion.* Habiendo creado Dios para sí mismo á todas las criaturas, y habiéndolas sometido á un órden admirable, es conveniente la existencia de un solo mundo, mas bien que de muchos.)

—Respondo que debemos decir: que el mismo órden que existe en las cosas, creadas *así* por Dios, manifiesta la unidad del mundo. Porque este mundo se dice uno por su unidad de órden, segun que unas cosas se ordenan á otras. Porque todas las cosas que provienen de Dios, guardan ór-

Biblioteca Nacional de España

den mutuamente entre sí y con el mismo Dios, como se ha demostrado antes. Por tanto es necesario que todas pertenezcan á un solo mundo. Y por eso aquellos pudieron admitir muchos mundos, que no reconocian por causa del mundo á alguna sabiduría ordenada, sino al acaso; como Demócrito, que escribió que por el concurso (fortuito) de los átomos habia sido formado este mundo y otros infinitos.

Al primer argumento, pues, se ha de decir, que la razon por la cual el mundo es uno, es porque todas las cosas deben estar ordenadas á un fin con un mismo órden. Por lo cual Aristóteles (lib. II. Metaph.) deduce la unidad de Dios que nos gobierna, de la unidad de órden que reina en todas las criaturas. Y Platon prueba, por la unidad del ejemplar ó tipo, la unidad del mundo, como exemplado. (tipo realizado).

Al segundo se ha de decir, que ningun agente intenta la pluralidad material, como fin, porque la multitud material no tiene término cierto, sino que de sí misma tiende á lo infinito: mas lo infinito repugna á la razon de fin. Pero cuando se dice que muchos mundos serian mejores que uno, esto se dice segun la multitud material. Y este mejor no es de la intencion de Dios al obrar; porque por la misma razon podria afirmarse, si hubiera hecho dos, que sería mejor que existiesen tres, y asi hasta lo infinito.

Al tercero se ha de decir, que el mundo se compone de toda su materia: porque no es posible que haya otra tierra, que ésta, pues toda tierra seria llevada naturalmente á este centro, donde quiera que estuviese. Y la misma razon vale para otros cuerpos, que son partes del mundo.» Hasta aquí Santo Tomás.

Véase ahora el comentario del cardenal Cayetano, uno de los mas autorizados y mas profundos espositores de la *Suma*.

Biblioteca Nacional de España

Art. III.—En el título se habla de la unidad numeral, y del mundo, no solo corpóreo, sino del *Universo*, y existente *de hecho*, no de mundos posibles. Porque no se trata aquí del poder de Dios, sino de la diversidad que se halla en las cosas en comun.

El cuerpo del artículo abraza dos cosas; 1.° responde á la cuestion. 2.° de la razon que da, deduce por corolario cómo pudieron opinar los antiguos filósofos. En cuanto á lo primero la conclusion afirmativa es que el mundo es uno solamente. Y lo prueba porque las criaturas están ordenadas mútuamente y al mismo Dios; luego es preciso, (para que nada escape de este órden), que todas las cosas pertenezcan á un solo mundo. Prueba la consecuencia, porque este mundo es uno con unidad de órden. De lo cual deduce como segundo corolario la diferencia entre los filósofos, á saber, que aquellos que admitieron como causa del mundo alguna sabiduría ordenadora, no admitieron muchos mundos, pero los que enseñaron que las cosas provenian del acaso, como Demócrito, pudieron suponer que habia muchos.

En la respuesta al argumento *tercero* hay que advertir, que toda esta respuesta está tomada de Aristóteles en el libro I *del Cielo y del Mundo*. Sin embargo, cuando dice el texto que no es posible que haya otra Tierra, la palabra *posible* no se toma por lo posible segun la potencia activa de Dios, ni por lo posible *lógico*, sino por lo posible entendido segun el poder que se observa en las cosas creadas, á la manera que decimos que no es posible que un muerto resucite. Este tratado, como ya se ha dicho, no se ocupa de lo que puede ó no puede Dios, sino de lo que se requiere para que haya distincion en las cosas.

Acerca de la razon de Aristóteles aducida en el texto para probar la unidad de la tierra, que toda tierra se dirigiria naturalmente al centro, do quiera que esté, es du-

GASPAR EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

dosa: mas por cuanto esto se refiere directamente al libro *De Cœlo*, de donde está tomada, no debe tratarse aquí esta cuestion especial, sino en su lugar propio.»

Los que comparen nuestra traduccion, hecha literalmente, (prefiriendo la propiedad á la elegancia), con la de Mr. Flammarion, observarán que éste no ha sido escrupuloso en guardar la fidelidad debida para no alterar el sentido. Observarán tambien cuán cierto es lo que hemos indicado, que Santo Tomás no se refiere de modo alguno á la habitacion de los astros. Por lo tanto sin ninguna razon nos objeta este artículo, como una fiel espresion de la opinion teológica, respecto á la habitacion de otros globos semejantes al nuestro. De manera que el desden hácia los teólogos, que se complace en afectar á cada paso, es tan injusto como infundado.

No negaremos que la respuesta al tercer argumento envuelve una objecion grave. Pero en esta respuesta conviene distinguir dos cosas; una que el mundo (el universo de que se trata), comprende la totalidad de la materia, lo cual es la base y fuerza de la argumentacion, y no puede ser mas cierto: otra, el error geocéntrico, del cual por una parte es responsable Aristóteles, y por otra es disculpable Santo Tomás por la época en que escribia. No estaba obligado á ser profeta, adelantándose seis siglos á los conocimientos de su tiempo.

Sin temor á que Flammarion nos acuse «de obstinados »en venerar esta autoridad, consagrada por los siglos, aun»que tan debilitada por ellos, que aun se tiene por verda»dero lo que se escribió en una época de ignorancia, y por »problemático lo que la ciencia de hoy nos revela con una »límpida claridad;» le diremos que en este punto opinamos exactamente como nuestro maestro. Nosotros, que escribimos en el último tercio del siglo XIX, y somos además

Biblioteca Nacional de España

partidarios de la pluralidad de globos habitados, defendemos en el mismo sentido que Santo Tomás, la unidad del *Cosmos*: y como los Santos Padres, rechazamos como una herejía los delirios de Lucrecio, que tanto complacen á Flammarion, y de toda la escuela de Epicuro.

¿Qué mucho? La misma ciencia moderna, la ciencia astronómica de nuestro sabio adversario, á pesar de su doble vista, y á medida que va ensanchando la esfera de sus conocimientos, defiende con nosotros la unidad del mundo, y para ello no emplea otros argumentos que los propuestos por Santo Tomás.

¡La unidad en la variedad! esa es la frase que circula en labios de todos, esa es la fórmula y el resultado de todos los descubrimientos científicos. ¡Y cuántas veces se emplea como un argumento contra el catolicismo! Testigos Figuier, Pezzani, y muchos espiritistas amigos del señor Flammarion. Pues bien, esta unidad en la variedad no es otra cosa que la espresion exacta, y el compendio de la doctrina del Doctor Angélico en la cuestion que nos ocupa. La grande y popular obra del sabio Humboldt, *Cosmos*, es una prueba concluyente.

La unidad de orígen, la unidad de régimen, la unidad de fin, tales son los grandes caractéres del universo, tales son los irrefutables argumentos de su unidad.

Hoy no hay ateos, ó si hay alguno, no merece figurar entre las personas ilustradas. La existencia de Dios brilla cada dia mas esplendorosa en sus obras: la creacion no solo es un dogma teológico, sino que además ocupa el primer rango entre las verdades científicas, cualquiera que sea el diverso modo de esplicarla. Las escuelas mas opuestas se dan la mano, y por distintos y aun contrarios caminos llegan con asombro á las mismas conclusiones. Pues bien, la creacion es *una*: todo cuanto existe, todo cuanto llena la

Biblioteca Nacional de España

inmensidad de los espacios, todo cuanto ensancha los límites insondables del universo, haciendo creer á muchos que es infinito, todo lleva indeleblemente grabado el sello de la unidad. Todo ha salido igualmente de la mano bienhechora del Omnipotente, sea por una accion simultánea, sea sucesiva, y todo está compuesto de la misma materia, como nos ha revelado el *analisis espectral*. Los elementos y las sustancias que conocemos en nuestro globo existen en los planetas, en el Sol, y hasta en los astros mas remotos. Santo Tomás tenia razon al afirmar que el mundo comprende la totalidad de la materia.

Esta universalidad de cosas está sabiamente sometida á un mismo régimen, dirigida por la misma accion inteligente y fecunda, gobernada por el mismo órden. La creacion entera con sus movimientos y multitud de fenómenos obedece á las mismas leyes universales, constantes é invariables. Los diversos fenómenos están encadenados recíprocamente, ó por su dependencia mútua, ó por su identidad de manifestaciones, ó por la produccion de los mismos efectos; y los individuos, por pequeños y aislados que parezcan, tienen tan varias como múltiples relaciones, cuya trascendencia afecta al todo. Solo nuestra Tierra tiene *ocho* movimientos en el espacio, combinados con la mayor armonía (1). Esta, como los demás planetas, gira alrededor del Sol, que á su vez forma parte de un sistema mas vasto, al rededor del cual se mueve, remolcando su cortejo de planetas, satélites y cometas, avanzando con una velocidad

(1) 1.° Rotacion sobre su eje en 24 horas.—2.° Traslacion al rededor del Sol recorriendo unas 660,000 leguas por dia.—3.° Movimiento de precesion de los equinoccios, ó año máximo, que dura 25,870 años.—4.° paralelismo del eje.—Inclinacion del eje.—Variacion del afelio, en unos 21,000 años.—5.° Oscilacion sobre el plano de la órbita.—6.° Movimiento de nutacion, debido á la accion de la Luna.—7.° Movimiento causado por la atraccion de los planetas, especialmente el gigantesco Júpiter, y la vecina Vénus.—8.° Traslacion del Sol con todo su sistema, con una velocidad de dos leguas por segundo.

Biblioteca Nacional de España

de 120 leguas por minuto hácia la constelacion de Hércules, á 264 grados de ascension recta y 25 de declinacion boreal. La ciencia sospecha la existencia de un inmenso astro central, alrededor del cual se verificarian en incalculables órbitas todos los movimientos estelarios. Los numerosos sistemas, situados unos con respecto á otros, á inmensos intervalos, estarian coordinados mútuamente por un lazo de órden superior, como la atraccion preponderante de ese gran cuerpo, especie de *Sol del Universo*. Si los movimientos propios de las estrellas diversamente apartadas, y del Sol mismo, se verificasen en inmensos círculos concéntricos, el centro de esos movimientos deberia hallarse á 90° del punto hácia el cual se dirige nuestro sistema solar. «El descubrimiento de las estrellas dobles nos muestra en el espacio un número inmenso de soles reunidos dos á dos en los campos del cielo, gravitando uno en torno del otro, y arrastando en su movimiento recíproco sendos sistemas desconocidos de mundos poblados, grupos de tierras estrañas muy distintas de la que habitamos, y cuyo movimiento impulsan dos centros móviles de gravitacion. ¡Magnífica prueba de la *unidad* de los mundos! esclama entusiasmado el mismo Flammarion (1).

La ley de la gravitacion universal abraza todos los cuerpos creados, desde el astro mas grandioso, desde las aglomeraciones de soles de las mas lejanas nebulosas, hasta la hoja seca que cae del árbol en nuestros bosques. Nada se escapa de su influencia poderosa, y por ella tiene cada uno asignado su puesto, y arreglado su movimiento en los espacios celestes, que en virtud de ella ha sabido conocer el hombre con la mayor exactitud. «Todo, pues, dice Flammarion, quien nos permitirá combatirle con sus propias ar-

(1) Flammarion, *Viaje por el espacio*, art. I, pág. 17.—Barcelona, 1876.

Biblioteca Nacional de España

mas, todo marcha en el universo por medio de una organizacion admirable de sencillez, puesto que los movimientos mas complicados en la apariencia, resultan de la combinacion de impulsos primitivos con una fuerza única obrando sobre cada una de las moléculas de la materia: única fuerza, por consiguiente, de que el Criador debe, digámoslo así, hacer uso constantemente. Pero tambien ¡qué desarrollo de poder el de esta produccion incesante de fuerzas cuya existencia no es esencialmente inherente á la de la materia! ¡Oh! ¡cuán vigilante debe ser la mano eterna que sabe á cada instante renovar semejantes fuerzas hasta en los átomos mas impalpables de los astros sin número, sujetos á poblar las regiones infinitas de la inmensidad! ¿No estamos en el caso de decir, con el rey profeta, inclinándose ante tanta grandeza: *Cœli enarrant gloriam Dei* (1)?»

«Sabemos por esperiencia contínua de nuestra vida, que siempre las correlaciones, las armonías y las leyes son la obra de una inteligencia, cuyo poder es proporcionado á la estension y á la perfeccion de los hechos y de las armonías coordinadas. Tenemos, pues, por evidente que el universo *está gobernado por una inteligencia*. Estas correlaciones y estas armonías están en relacion con las propiedades intrínsecas de la materia, y se refieren á ella de tal manera, que no existirian si estas propiedades sustanciales fuesen otras de lo que son.» «En el universo se perciben las huellas de un plan general, se renonoce la unidad del pensamiento que ha presidido (ó mas bien que preside eternamente y sin tiempo) al arreglo universal, y que conduce y gobierna sobre la ruta del infinito el carro colo-

(1) F. Petit, *Traité d'Astronomie*, XXIV y última leccion.—Flammarion, *Dios en la Naturaleza*, lib. I, cap. II.

Biblioteca Nacional de España

sal de la creacion.» «El universo es *una unidad* viviente, cuya existencia se desarrolla conforme á la idea primordial, y se eleva eternamente hácia su ideal inaccesible. El orígen y el fin existen simultáneamente en lo actual. Del mineral al organismo, del organismo á la vida, de la vida á la inteligencia, es un círculo de la materia y una ascension del pensamiento, siguiendo á una razon dominadora (1).»

«Cuando la mente, dice en otro lugar, se entrega á esos altos y magníficos estudios, siente en breve la grande armonía, la unidad admirable en que todas las cosas están confundidas; comprende que la creacion es *una*, que estamos incorporados en sus partes constitutivas, y que nos rodea por todos lados una vida inmensa, cuya existencia apenas sospechamos. Entonces todos los fenómenos toman su lugar respectivo en el concierto universal (2).»

«Una es, é inmensa la armonía que se desprende de la naturaleza toda, aunque sea diverso el tono de los sonidos que la componen. Sirviéndonos de una espresion gráfica, podemos decir que *objetivamente* el panorama del mundo se nos ofrece en una unidad eterna, y que *subjetivamente* tal panorama ha penetrado en nuestro espíritu como la única forma evidente de la obra de la naturaleza (3).»

Seguramente Mr. Flammarion, al escribir los pasajes que acabamos de copiar, y otros muchos semejantes que abundan en sus obras, no sospecharia ponerse tan de acuerdo con Santo Tomás y los teólogos escolásticos. En el mismo sentido que él defendieron aquellos la unidad del

(1) *Dios en la Naturaleza*, lib. IV, cap. II.
(2) *Las Maravillas celestes*, cap. último, pág. 567.--Edicion Gaspar y Roig, 1875.
(3) *Viaje por el espacio*, introduccion, pág. 10.

Biblioteca Nacional de España

mundo. La habitacion de los globos es otra cuestion distinta, y en ésta se dividieron las opiniones unánimes respecto á la primera.

Más diremos todavía. Muchos que admiten la habitacion de los astros, y no solo eso, sino que pasan por esclarecedores y principales campeones de esa hipótesis, no solo defendian la unidad del mundo, sino que avanzando mas que los escolásticos, negaban la posibilidad de muchos, y eran por lo mismo refutados por ellos; y los argumentos en que se fundaban, eran precisamente los mismos que hemos espuesto arriba, aunque llevándolos á consecuencias exageradas. Asi Descartes, para negar dicha posibilidad, afirmaba, que la materia de que consta el mundo no puede ser sino una, que ocupa todos los espacios imaginables. Por eso aunque hubiese mundos infinitos, no podrian tener sino una misma materia, y por consiguiente no podrian ser muchos. Para confirmarlo añadia, que repugna que existan dos ó mas universidades de cosas, porque ninguna seria universidad, puesto que no contendria las cosas, que se supone habria en las otras, para ser distintas. Volff hacia parecidas objeciones, fundado en el principio de la *razon suficiente*, que suponia faltar en la existencia simultánea de muchos mundos.

A lo cual replicaban los escolásticos, negando el principio fundamental de Descartes, que la esencia de los cuerpos consiste en la estension, y que el espacio es una estension material y corpórea, y añadian, que no hay repugnancia alguna en admitir pluralidad posible de materias distintas, distribuidas en diversos órdenes. Que Dios al crear el mundo, produjo tanta cantidad de materia, cuanta le pareció que bastaba para *este* mundo: pero que si hubiera querido, ó quisiera, crear otros, produciria otra tanta materia *nueva*, cuanta exigiese la constitucion de aquellos

Biblioteca Nacional de España

mundos. Al sofisma encerrado en la palabra *Universalidad*, respondian, que el mundo no es un *universo absoluto*: que es la universalidad de las cosas creadas, mas no de las que Dios puede producir. Si hubiese dos mundos, habria dos Universidades, pero ninguna comprenderia *todas las cosas*, sino que cada mundo seria respectivamente la universidad de las cosas, que Dios hubiera encerrado dentro de sus límites. A Volff respondian, probando la libertad absoluta de Dios en la creacion, y que no tuvo otra razon que el deseo de comunicar su bondad.

Con esto queda resuelta otra cuestion íntimamente enlazada con la que nos ocupa, y que al mismo tiempo es una confirmacion de nuestra prueba; nos referimos al célebre sistema del *Optimismo*.

Tanto los que sostenian como los que impugnaban este sistema, estaban profundamente persuadidos de la unidad del mundo, en el sentido espuesto: de lo contrario la cuestion hubiera sido inútil y sin fundamento.

No eran en verdad medianías los combatientes de uno y otro campo. Entre los defensores figuraban á la cabeza filósofos tan ilustres como Leibnitz, Volff, Jacquelot, y Malebranche, y entre los impugnadores, eminencias como Bossuet y Fenelon, y los sabios mas distinguidos de su época. Nosotros podríamos utilizar con cierta medida para nuestro asunto los argumentos de unos y otros, protestando sin embargo de reconocer la falsedad y peligrosas consecuencias de aquel sistema.

Malebranche ponia por principio que Dios no puede obrar por otra causa que por su gloria, de donde inferia, que al crear el mundo, eligió el plan y órden de cosas, que considerado todo, era el mas apto para manifestar sus perfecciones. Leibnitz afirmaba que Dios nada puede obrar sin una *razon suficiente*, por lo cual, determinado á crear, de-

Biblioteca Nacional de España

bió necesariamente elegir *lo mejor*; considerado en el conjunto de su existencia *progresiva* y sin fin.

Una de las razones que aducia Leibnitz, era que el universo actual es infinito, que comprende una infinidad de mundos, que los astros son otros tantos soles que alumbran á otros mundos poblados de habitantes, sea semejantes, sea muy diferentes de nosotros, no siendo nuestro globo sino un átomo en la inmensidad del universo, y por eso todo el conjunto es lo mejor posible, *optimum*.—Los adversarios de este sistema sin ocuparse de la verdad filosófica de esa hipótesis, y atendiendo únicamente al fondo de la cuestion, le redargüian sin embargo con ella, diciendo que este universo, por inmenso que se le suponga, por multitud de criaturas racionales y corpóreas que contenga, es un mundo *criado*, y toda criatura es esencialmente limitada y reducida; luego un *optimum* criado seria un infinito criado, lo cual envuelve contradiccion. Por otra parte, ¿qué importa á nuestra felicidad tal infinidad de mundos, cuyos habitantes pudieran ser mejores y mas dichosos que nosotros? Podriamos preguntar por qué los habria Dios tratado mejor que á nosotros; y esto solo sirve para prolongar la dificultad.

Por brillante que sea la hipótesis del Optimismo, por especiosos que parezcan los argumentos en que la apoyaban sus defensores, es indudable que conduce á las siguientes consecuencias, tan falsas como absurdas. 1. Que el universo es actualmente infinito. 2. Que si Dios no es libre para elegir en la creacion entre lo mas y lo menos, la misma necesidad moral le priva con mayor razon de la libertad de crear ó no crear, y la creacion es moralmente necesaria. Mas como Dios es absolutamente bueno, la creacion es *absolutamente* necesaria, como consecuencia de la naturaleza divina. 3. Que la misma necesidad que obliga á Dios á

Biblioteca Nacional de España

crear el mejor de los mundos posibles, debe obligarle tambien á crear el mundo *eterno*, asi en lo pasado como en lo porvenir. 4. Que si Dios no ha podido crear sino el mejor de los mundos posibles, como por encima de toda perfeccion finita hay siempre la posibilidad de una perfeccion mayor, no hay mundo alguno que Dios haya podido crear, y la creacion es imposible.

La tercera consecuencia es sin embargo aceptada por algunos filósofos modernos (y tal vez sin pensarlo por el mismo Flammarion (1), que pretenden que Dios estuvo moralmente obligado á crear el mundo *eterno* é *infinito*, regido esclusivamente por leyes generales, y en el cual no puede intervenir por una providencia especial. Estos filósofos racionalistas apoyan su opinion sobre el optimismo absoluto, con el objeto de negar la *revelacion* divina, y la necesidad y utilidad de la *oracion* y el culto que el hombre tributa á su Criador. La creacion, dicen, agotó el poder de Dios, y él mismo está sometido, segun la frase de Séneca, á las leyes de su obra. *Semel jussit semper paret.* Este Dios obediente les agrada y les basta. En efecto, tal Dios no puede incomodar á nadie, y nadie tiene que ocuparse de él, que no piensa en nosotros, y de quien nada se teme, ni se espera.

Podemos refutar este sistema con pruebas tan sencillas como concluyentes. Basta notar que los grados de perfeccion de los mundos posibles deben formar una série de valores indefinidamente crecientes por debajo de lo infinito absoluto, que es lo imposible para un conjunto de séres criados, y que es por consiguiente un límite ideal, que ningun mundo puede alcanzar. Esta série esencialmente

(1) Asi parece inferirse del sentido en que acepta el error de las generaciones espontáneas. Véase *Dios en la Naturaleza*, lib. IV, cap. II, *Contemplaciones científicas*, I, parte, y *Pluralidad de mundos*, lib. III.

Biblioteca Nacional de España

indefinida, en la cual cada término es esencialmente susceptible de mas y de menos, no puede contener un término último, superior á todos los otros, y que sea el mundo actual: porque decir que este mundo es el límite absoluto de la perfeccion de los mundos posibles, es decir que él mismo se halla fuera de la série indefinida de esos mundos, susceptibles todos de mas y de menos; es decir que es lo que no puede ser un mundo real. Pero si se admite que no es el límite absoluto de la perfeccion de los mundos posibles, se reconoce la posibilidad de una perfeccion mayor, lo cual es la refutacion del Optimismo.

Por otra parte, el mundo no puede ser absolutamente infinito en estension, ni contener actualmente un número infinito de séres, como demostraremos en su lugar. Podria, pues, ser mas estenso que es y contener mayor número de séres de toda especie, por ejemplo, otros astros habitados por otros séres, pues la fecundidad divina es inagotable. Luego la existencia de estos astros con sus pobladores añadiria algo á la perfeccion del mundo actual. Además, concretándonos á la tierra, es evidente que en el estado actual de las razas humanas, muchas cosas podrian ser mejores de lo que son, sin perjuicio del libre albedrío, y sin ningun inconveniente para el resto del universo. Luego este mundo no es el mejor de los posibles.

A la verdad podria invocarse la teoría del progreso, y replicar que el mundo actual, considerado en el conjunto de su pasado, su presente y su porvenir, es el mejor de todos los mundos que podrian caminar hácia la perfeccion. Pero sabemos que el pasado del mundo no puede ser actualmente infinito, y eterno: y si lo fuese, seria preciso, ó que no admitiese progreso, ó que este progreso que deja subsistir todavía tantas imperfecciones, hubiera comenzado en una época no muy lejana de la actual. Es evidente que

Biblioteca Nacional de España

este progreso tan lento es inconciliable con el optimismo absoluto.

Admitiendo el principio del mundo, debemos admitir que el mejor de los mundos posibles debió comenzar por el mejor de los estados posibles, en la via del progreso. Mas el estado actual, comparado con los precedentes, demuestra que no es así. Además en los estados que recorreria sucesivamente un mundo, para perfeccionarse hasta lo infinito, ninguno podria ser el mejor de todos, porque este seria el último, y en una duracion sin fin no hay época alguna que pueda llamarse la última. De modo que por perfecto que quiera suponerse el estado inicial de un mundo, creado perfectible, se podria siempre suponer otro estado inicial mas perfecto, seguido de un progreso mas rápido, y tambien sin término.

Luego entre todos los mundos posibles, progresivos ó no progresivos, no puede haber uno mas perfecto que los otros. Por consiguiente al querer imponer á Dios la necesidad moral de crear el mejor de los mundos posibles, se le impondria la imposibilidad de crear cosa alguna.

De lo dicho se infiere que muchos mundos, hablando en absoluto, no serian mejores que uno, porque todos reunidos serian siempre una série finita y limitada, y por consiguiente con la imperfeccion esencialmente inherente á su condicion de criaturas. En la escala de lo criado, comparativamente al infinito absoluto que es Dios, el cero es igual al número mas alto imaginable. Por eso Santo Tomás, al hacerse cargo de esta objecion en el artículo arriba citado, afirma que lo mejor no se entiende segun la *multitud material*, y que esta multitud no entra sino como cosa secundaria é indiferente en la intencion de la creacion.

El lector observará que nos hemos abstenido de presentar argumentos teológicos, pues no entra en nuestro ánimo

Biblioteca Nacional de España

hacer ahora una refutacion estensa del Optimismo. Nuestro objeto ha sido añadir una prueba de la unidad del mundo, y defender á Santo Tomás y los teólogos, tan equivocadamente juzgados por el señor Flammarion.

Ahora veremos que este mundo *uno* es como una nacion con muchas ciudades, ó un océano con muchas islas, todas pobladas por multitud de criaturas inteligentes; que respecto á la vida debemos juzgar de las partes de este mundo segun la parte que conocemos, de los astros segun la tierra: y que precisamente por ser *uno* este mundo, la vida se halla difundida en él, lo mismo que en la Tierra, en todos los globos que abarca su estension.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO IV.

Razones en favor de la pluralidad de mundos.—Argumentos de autoridad —de analogía—de congruencia—de sentimiento.

En el capítulo I, al hacer el análisis de las obras de Flammarion, se han podido entrever los principales argumentos en favor de la pluralidad de mundos habitados. Sin embargo conviene presentarlos aquí con mas estension, y al mismo tiempo despojados de los atavíos con que el autor los engalana, á fin de que el lector pueda juzgarlos facilmente, y apreciar su valor demostrativo.

Estos argumentos pueden clasificarse en argumentos —1.° de autoridad—2.° de analogía—3.° de congruencia —4.° de sentimiento.

1. Una opinion que tiene á su favor el testimonio de muchos sábios puede con razon llamarse probable, porque estos no se hubieran inclinado á ella, si no la hubieran visto fundada en algunas buenas razones. Cuando los defensores son muchos y notables, cuando la opinion ha sido defendida con constancia durante muchos siglos, y en diversos paises, á pesar de las contradiciones, cuando por otra parte los mismos defensores son contrarios entre si en religion, en fines y en intereses, y se combaten mútuamente en lo que no sea aquella opinion, ó en deducir de ella diversas

Biblioteca Nacional de España

consecuencias, esta opinion adquiere un grado de probabilidad, que se aproxima mucho á la certeza.

Tal es efectivamente la opinion de la pluralidad de mundos. Esta creencia se halla en el fondo de las teogonías de los antiguos pueblos, como los Galos, Celtas, Egipcios, Indios y otros. Se halla tambien robustecida con la autoridad de muchos y notables filósofos antiguos de todas las escuelas. Ademas de los que hemos mencionado arriba, fueron de esta opinion Leucipo, Diógenes, Metrodoro, Timeo de Locres, Parménides, Zenon de Elea, Anaxarco, Lucrecio, Plutarco, Macrobio, y otros muchos (1). Como se vé, la pluralidad de mundos no tuvo partidarios solamente entre los eleáticos, los pitagóricos ó los epicureos: los nombres que acabamos de citar, pertenecen á todas las escuelas filosóficas de la antigüedad. Entre los modernos citaremos á Leibnitz, Buffon, Condillac, Fontenelle, Huigens, Derham, Kant, Krause, Schelling, Swedenborg, Fourier, Reynaud, y Flammarion. Entre los corifeos de la incredulidad, la defendieron Bayle, Voltaire, Diderot, y los redactores de la *Enciclopedia*. Entre los protestantes tiene á su favor á los miembros mas eminentes de la Iglesia anglicana, como Chalmers, Brewster, Fuller, Noble, Gregori. Entre los católicos cuenta en su apoyo al cardenal de Cusa, al P. Rheita, á Guevara, á los obispos Orlando y Fraissinous, al conde Maistre, á Bonnet, á H. Martin, á Sabunde, al P. Gratis, á Mons, Maret, y al P. Felix (2). Por último, lo que es de mas peso en esta materia, profesaron la misma opinion los mas notables astrónomos, Kepler, Ticobrahe, Newton, Laplace, los dos Herschell, Lalande, Arago y Fergus-

(1) Desde los antiguos tiempos, dice Baylli, la opinion de la pluralidad de mundos, fue adoptada por todos los filósofos que tuvieron bastante genio para comprender cuan grande y digna es del autor de la naturaleza. *Historia de la astronomia antigua*, página 200.

(2) Véase apéndice al final de esta obra, nota A.

Biblioteca Nacional de España

son. En cualquiera ciencia hay innumerables opiniones, tenidas como probables, que no están fundadas tan sólidamente como esta. Por lo tanto la autoridad y número de los partidarios de dicha opinion bastan para persuadir su verdad á todo hombre razonable, que no pueda hacer estudios sérios sobre ella, y le convenga abrazarla.

En nuestros dias esta opinion se ha hecho popular, y cuenta cada vez mayor número de partidarios. Cada nuevo progreso de la astronomía la estendia mas y la hacia mas creible; pero cuando esta ciencia llamó en su auxilio á la física del globo, la fisiología, la biología y en general las otras ciencias naturales, y se vió que cada una en su esfera confirmaban sus afirmaciones sobre la habitacion de los globos, esto llevó la conviccion á muchos ánimos. Antes de nuestra época se retraian muchos de abrazar esta opinion, considerándola superior á las investigaciones humanas, pues en realidad, como la mayor parte de los críticos convienen en creer, se necesitaba el concurso y la correlacion de todas las ciencias, para establecerla sobre argumentos positivos. Desde que sucedió esto, la mayor parte de los hombres pensadores la concedieron sus simpatías, y en poco tiempo ha llegado á tal estado de probabilidad filosófica, que hoy es afirmada y aceptada casi sin discusion.

2. Las analogías pueden darnos diferentes grados de certidumbre, segun las diversas relaciones en que se funden, de semejanza, de medios á su fin, de las causas á los efectos, ó de los efectos á las causas. Es indudable que entre los planetas y la tierra existen todas estas analogías, que nos hacen pensar que aquellos tendrán habitantes como esta.

Mercurio es un globo bastante mas pequeño que la tierra. Su diámetro no mide mas que 1243 leguas, mientras que el de la Tierra mide 3183: su masa comparada á la de

GASPAR, EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

nuestro globo es solamente de 17 centésimas; su densidad es tres veces mayor que la nuestra: los cuerpos que caen en su superficie, recorren $5^m,63^c$ por segundo. La luz y el calor que recibe del sol, son siete veces mas intensos que los que recibe la Tierra en superficie igual. Su distancia al Sol es de 14.783,400 leguas, y recorre su órbita alrededor de él en 88 de nuestros dias, siendo su dia de algo mas de 24 horas. La inclinacion de su eje es de 75° lo cual origina estaciones muy desordenadas que duran solamente 22 dias. Digamos de una vez, por todas, que las alternativas de dias y noches, de estaciones y años tienen la mayor influencia sobre la habitabilidad de los planetas. Las observaciones de irregularidades visibles en lo interior de su creciente, han demostrado que este astro está erizado de montañas mucho mas altas que las nuestras, y cubierto de una atmósfera mas densa y mas elevada.

Venus es un planeta muy semejante á la Tierra. Su diámetro es de unas 3120 leguas, ó sea 0,98, siendo el de la tierra 1: su masa de 0,89, y su densidad de 0,92; los cuerpos recorren en su caida $4^m,45^c$ por segundo. Venus dista del Sol 27.618,600 leguas, y recibe de él dos veces mas luz y mas calor que nosotros. Su año es de 224 dias y 16 horas, y su dia de 23 horas. Este planeta está rodeado de una atmósfera muy elevada, casi siempre cargada de nubes, y por ella se distinguen los fenómenos crepusculares del alba y la declinacion del dia. Aquellas nubes derraman copiosas lluvias sobre sus empinadas montañas, algunas de las cuales tienen 40,000 metros de elevacion, y se precipitan en rápidos y caudalosos rios hacia sus hondos valles, ocupados por los mares. Su inclinacion sobre el plano de su órbita produce en ese mundo las estaciones mas desiguales y agitadas.

Todavía es mayor la semejanza que tenemos con Marte.

Biblioteca Nacional de España

Examinado con un buen telescopio, se descubre en su superficie una configuracion geográfica, cuya analogía con la de la Tierra es muy notable. En los polos se ven nieves deslumbradoras, y á medida que se acerca al ecuador, y cuando las nubes de este planeta no varian su cielo, se distinguen perfectamente los continentes y los mares. Las estaciones son casi las mismas que sobre la Tierra, como lo demuestra la inclinacion que tiene sobre su plano de rotacion, que es de 28°,42′, siendo de 23°,17′ la de la Tierra. Marte dista del Sol 58,178,600 leguas, y recorre su órbita en 687 dias, verificando su rotacion diurna en 24^h y 39^m. Su densidad comparada á la de la Tierra, es de 0,95 á 1; los cuerpos caen sobre él con una velocidad de $2^m,16^c$ por segundo, su volúmen es de 14 centésimas, y su superficie de 27; mide un diámetro de 1654 leguas, y recibe dos veces menos luz y calor que nuestro globo. Todo esto hace creer que los séres que habitan este mundo tienen la mayor analogía en su organizacion física con los que pueblan la tierra.

Júpiter es el mas voluminoso de los globos de nuestro sistema solar. Es 1,414 veces mayor que la Tierra; pero su densidad solo es de 24 centésimas, y los cuerpos recorren en su caida $12^m,49.^c$ Este gigantesco planeta tiene 35,713 leguas de diámetro, verifica su curso en un año doce veces mas largo que el nuestro, al paso que su dia solo tiene diez horas, y dista del Sol cerca de 200 millones de leguas. Las bandas móviles que se ven sobre él, parecen ser espesas nubes sometidas á la accion de los vientos alisios, que nos ocultan su configuracion geográfica. Jupiter recibe 27 veces menos luz y calor que la Tierra; pero se distribuye de un modo uniforme y constante en todos sus grados de latitud desde el ecuador á los polos, porque su ecuador coincide casi con el plano de su órbita, no siendo la oblicuidad

Biblioteca Nacional de España

de la eclíptica sino de 3.° 5.′ De aquí es que sus dias son siempre iguales, y no se conocen las vicisitudes de las estaciones, sino que disfruta de una perpétua primavera. Además está enriquecido con cuatro satélites ó lunas, que iluminan magníficamente sus noches. Por todo lo cual Júpiter es el planeta mas favorecido que recorre los cielos, y dotado de mejores condiciones para la vida.

Pero el mundo que ofrece mayores maravillas es el de Saturno, que se mueve á 364 millones de leguas del Sol. Su revolucion anual dura 30 años terrestres, y su revolucion diurna solo 10^h $16.^m$ Sus estaciones, mejor caracterizadas que las de la tierra, duran siete años y cuatro meses cada una, permitiendo ver durante sus largos inviernos amontonarse las nieves en sus polos. Saturno es 734 veces mayor que nuestro globo, su masa comparada á la de la Tierra es como 101 á 1, y su densidad como 0,14; los cuerpos recorren en el primer segundo de su caida 5^m 34^s; la inclinacion de su eje es de 31° 19′, y recibe del sol cien veces menos luz y calor que la Tierra en superficie igual. Le rodean dos inmensos anillos, cuyo diámetro es de 71,000 leguas, con un espesor de 50 leguas y una anchura de 12,000. Tiene tambien una corte de ocho satélites, que le alumbran, y enriquecen sus noches con los mas brillantes y magestuosos espectáculos. Todo el sistema de Saturno abarca en el espacio una estension circular de mas de 2,600 millares de millones de leguas cuadradas. «Las bandas alternativamente brillantes y sombrías que aparecen sobre Saturno y Júpiter, y que son un indicio cierto de las variaciones que se verifican en sus atmósferas, las diferencias que se notan entre las tintas de las regiones polares y las de las regiones ecuatoriales, la magnificencia del espectáculo de la creacion en Saturno, donde los juegos de la naturaleza por entre los misteriosos anillos deben ser

Biblioteca Nacional de España

para sus habitantes, de una esplendidez sin igual, y en Júpiter donde se reunen las condiciones mas favorables á la existencia, nos dicen claramente cuan lejos está de limitarse el dominio de la vida al pequeño mundo que nos ha dado el sér» (1).

A la distancia de 732 millones de leguas del Sol gira el globo de Urano, acompañado como el precedente de ocho satélites, recorriendo una órbita elíptica en 84 años y 3 meses. De esta distancia resulta que este planeta recibe 360 veces menos luz y calor que la Tierra, en superficie igual. El volúmen de Urano escede ochenta y dos veces el de nuestro planeta, siendo su diámetro 13,700 leguas; su masa comparada á la de la Tierra es como 14 á 1, su densidad como 0,18, y el peso á su superficie produce una velocidad de caida de 5^m 44^s por segundo. Los satélites de este planeta presentan la singularidad sin ejemplo en el sistema solar de moverse de Este á Oeste, mientras que los de otros planetas se mueven todos en sentido contrario. A pesar de las condiciones de este planeta, cree M. Flammarion que vive en su superficie una poblacion superior á la nuestra, asi en el órden físico como en el orden intelectual.

Por último, Neptuno cierra hasta ahora los límites del sistema solar, á una distancia de 1,150 millones de leguas. Este astro este 105 veces mas voluminoso que la tierra, y marcha acompañado de un satélite, ó acaso dos: su masa en comparacion á la tierra, es como 20 á 1, su densidad como 0,18, y los cuerpos caen con una velocidad de 5 metros por segundo. El tiempo que este planeta emplea en recorrer su órbita alrededor del sol, ó sea su año, equivale á cerca de 165 de los nuestros, y por consiguiente sus estaciones duran mas de 41 años cada una. La luz y el calor que el sol envia á Neptuno, es 1,300 veces menor que los

(1) Flammarion, *La pluralidad*, lib. II.

Biblioteca Nacional de España

que disfrutamos en la tierra. Esto, sin embargo, no es un obstáculo para su habitabilidad. La prodigiosa distancia que nos separa de este globo, no ha permitido hacer sobre él observaciones bien exactas.

Además de estos planetas principales, existe entre Marte y Júpiter, á unos 100 millones de leguas del sol, un número considerable de pequeños planetas, de los cuales se conocen ya unos 130. Sus distancias al sol, así como sus revoluciones y sus diámetros, varían entre límites muy extensos, así como la luz y el calor que reciben del astro central. El mas grueso de estos planetas apenas mide 105 leguas de diámetro, y el mas pequeño solo tiene 6. Esta pequeñez no es un obstáculo para que puedan ser el asiento de una vida floreciente.

Siendo, pues, los planetas mundos tan importantes ó mas que la Tierra, y tan semejantes á ella en sus condiciones de habitabilidad, es de creer que tambien están habitados como esta lo está.

Los fenómenos que la observacion ó la induccion nos enseñan que se verifican sobre la superficie de estos globos, el calor excesivo de algunos, el frio y la oscuridad de otros, etcétera, que se alegan como incompatibles con las condiciones de la vida sobre ellos, solo pueden referirse á las condiciones de la vida terrestre. Pero cuando hablamos de la habitacion de los mundos, no queremos decir que estén habitados por séres idénticos á nosotros.

Por otra parte, no es aventurado decir que todos los planetas reciben una cantidad de luz y de calor relativamente igual, sea que su suelo esté formado de sustancias ó elementos químicos á propósito para recibirlos y conservarlos, sea que sus atmósferas tengan poderosas propiedades absorbentes á medida de la distancia y necesidades del astro, sea que sus satélites hagan tambien el oficio de benéficos re-

Biblioteca Nacional de España

flectores, ó estufas movibles, sea que su calor central ejerza una accion notable sobre su superficie, ó por último, que los órganos de sus habitantes estén conformados en condiciones mas ventajosas, que es lo mas probable.

Sin embargo, concedemos sin dificultad que ni los hombres, ni los animales, ni las plantas de nuestro globo podrian vivir sobre ninguno de los planetas, ni aun sobre Marte ó Vénus, que son los mas semejantes. Más decimos, que casi no es posible concebir que estén poblados por séres idénticos á nosotros. Pero esto lejos de ser un argumento contra su habitacion, confirma su posibilidad, considerando que la organizacion física de los séres está en armonía con las condiciones de los lugares en que deben vivir.

En este punto la observacion de nuestro globo nos suministra uno de los mas poderosos argumentos de analogía sobre la habitacion de los astros. La vida está diversificada segun los lugares en qne se desarrolla. Los animales y las plantas de América, difieren notablemente de los de Europa; los del Ecuador son distintos de los de los polos, y perecieran trasladados allí, y vice-versa: el hombre mismo siente la influencia de los climas y centros en que habita, hasta el punto de que, siendo única la especie humana, presenta, sin embargo, muchos tipos distintos (razas), tan caracterizadas, que algunos han creido que constituian especies diversas. La ciencia rechaza esta opinion, afirmando que estas variedades se deben principalmente á las circunstancias locales. Por lo tanto, la experiencia y la sana lógica, nos mueven á admitir sobre los astros una infinita diversidad de organismos, que varían no solo de un mundo á otro, sino tambien sobre cada uno de ellos, segun su edad, sus climas, sus latitudes, y todos los demás elementos que hay que tener en cuenta segun su posicion astronómica, y su constitucion geológica y química especial.

Biblioteca Nacional de España

Y así como la vida varía segun los centros en que reside, así tambien no hay centro alguno que sea un obstáculo á que esta vida se manifieste y se propague. Hay animales que soportan fácilmente una temperatura de mas de 80 grados; otros que viven entre los hielos de los polos; otros que se desarrollan en una atmósfera envenenada, ó en una atmósfera sumamente enrarecida; otros que habitan en la profundidad de los mares, en medio de la oscuridad mas tenebrosa, sufriendo la enorme presion de sesenta atmósferas: ni el calor, ni el frio, ni la oscuridad de los lugares impiden el desarrollo de la vida animal y vegetal. Por consiguiente, seria una necedad negar séres vivientes á Mercurio, por ejemplo, porque se abrasarian, y á Neptuno porque se helarian y estarian en perpétuas tinieblas. Esto no tiene valor sino aplicado á los organismos terrestres, trasportados á aquellos planetas; pero de ningun modo lo tiene aplicado á los séres que allí nacen, que se encuentran en su propio centro.

Por último, vemos la vida diseminada por todas partes; la vemos invadir, lozana, todos los lugares; la vemos propagarse exhuberante en los sitios que parecen mas incompatibles con ella; la vemos amontonarse sobre sí misma en existencias parásitas, que á su vez son ocupadas por otros parásitos mas pequeños; la vemos multiplicarse con la diversidad mas asombrosa en números incalculables; y en una palabra, la vemos llenar los espacios, y que la mayor suma de vida está siempre completa. Esto nos hace discurrir que debe ser lo mismo en los otros mundos. No seria razonable creer que la Tierra fuese la sola morada de la vida, y que los otros planetas fuesen la morada de la muerte. Seria una insensatez suponer que esta vida tan abundante y extendida en la Tierra, fuese nula en los otros planetas, siendo mas importantes, y teniendo iguales y aun mejores

Biblioteca Nacional de España

condiciones para sustentarla. Seria una necedad admitir que la virtud creadora, tan pródiga y tan generosa sobre la Tierra, se hubiese mostrado tan avara sobre los demás mundos, y que los hubiera sacado de la nada para hacerlos eternos y silenciosos desiertos, corriendo vertiginosamente el espacio en una soledad mas espantosa que la misma nada.

3. Esta última consideracion nos hace pasar naturalmente á las razones de *congruencia*, que añaden nueva fuerza á las de analogía, que acabamos de manifestar.

Los argumentos de congruencia, si son oportunos y fundados, tienen generalmente mucha fuerza; unas veces por ser deducciones de las leyes y enseñanzas de la naturaleza, otras por referirse al órden constante de la Providencia y á sus fines, otras porque nos conducen al conocimiento de la verdad por la disconveniencia de lo opuesto, y otras por fundarse en relaciones de los efectos á la causa, etc. Esta clase de argumentos no es suficiente, sin embargo, para producir la certeza, á no ser cuando se enlazan necesariamente con principios mas evidentes; pero siempre encierran una gran probabilidad.

Partiendo del principio de que Dios nada hace en vano en la naturaleza, y que en todas partes resplandece la perfeccion y la sabiduría, así como tambien la unidad, el órden y la proporcion, y conociendo la importancia real de todos los planetas, es inexplicable que la Tierra sea el único entre todos los cuerpos celestes que esté habitado. En el órden y en la sabiduría de Dios entra que, siendo todos los planetas habitables, no dejen de tener habitacion. De lo contrario, la Tierra tendria un privilegio único, sin saber en qué fundarlo, siendo así que no tiene distincion alguna, ni mejores condiciones que los otros: privilegio que la haria el planeta mas importante del universo, cuando en realidad es de los mas insignificantes, y si se compara á los innume-

Biblioteca Nacional de España

rables astros que pueblan los cielos, es un átomo perdido en la inmensidad.

« Existe en el universo una ley constante de *unidad*, que enlaza á todos los séres en armoniosas relaciones, que hace que cada uno de ellos concurra á la armonía general, que nada exista aislado en la economía universal, y que las excepciones entre los séres sean mónstruos en el órden natural. ¿Fuera necesario extendernos sobre esta ley primordial, para manifestar que la naturaleza no ha podido establecer un sistema de mundos en el que uno de los miembros hiciese excepcion á la regla general, y que por consiguiente la tierra no seria habitada, si estuviese en el órden de las cosas que los planetas fuesen destinados á una eterna soledad?.... Luego desde el instante que nada hay aislado sobre este globo, que la ley de unidad está en él aplicada con profusion, en todo y por todas partes, es inadmisible que haya un mundo único en el universo, y que nuestro globo, haciendo excepcion entre los demás, sea el solo revestido de las maravillas de la creacion viviente. — Es indispensable optar entre estos dos extremos; admitir que la Tierra es una excepcion, un accidente en el órden general, ó admitir que es un miembro del sistema universal en armonía con los demás: es preciso, ó considerarnos fuera de la gran creacion, como esas monstruosidades que no caben en el sistema de tipos naturales, ó ver en nuestro mundo un eslabon de la inmensa série. En el primer caso, se proclama la muerte sobre la vida, la nada sobre el sér; en el segundo, se interpretan fielmente las lecciones de la naturaleza, y se prefiere la vida á la muerte. No es difícil la eleccion» (1).

Ningun objeto nace aislado, y menos único en su especie. De esto dedujeron los antiguos filósofos la pluralidad

(1) Flammarion, *La Pluralidad*, lib. III, c. 2.

Biblioteca Nacional de España

de mundos, por lo cual exclamaba enérgicamente Metrodoro, «que seria tan absurdo creer que no hubiese mas que »un solo mundo en el espacio infinito, como que naciese »una sola espiga de trigo en un extenso campo» (1). Añadia Plutarco, que no existiendo en la naturaleza cosa alguna que no tenga una nocion comun genérica, y diferencias específicas, en el mero hecho de existir el mundo, se comprende que no es único, sino que tiene algo por lo que conviene, y algo por lo que se diferencia de otros.

Y al paso que no hay objeto único, se observa que existen muchas especies distintas entre sí. Lo que sucede en la Tierra en pequeño, debe suceder en mayor escala en todo el universo, y podemos suponer que los planetas y los astros son otros tantos tipos de creaciones vivientes, otras tantas especies de la vida universal. El poder creador es infinito, su inteligencia infinita tambien, y hemos de creer que no se encierran en la Tierra todos los tipos de sus criaturas.— Mas por lo que hace al hombre, que es la criatura mas noble, ¿no habia de haber mas que una sola especie de séres compuestos de un cuerpo organizado y una alma racional? Hay muchas especies de animales y muchas especies entre los ángeles (2); ¿y la sustancia média habia de ser única? En verdad era conveniente que solo hubiese una especie sobre la Tierra, para que pudiera realizar sus fines con unidad y fraternidad, pues las especies afines tienden á devorarse ó á absorberse unas á otras. Pero era tambien muy conveniente que haya otras humanidades en otros mundos, para que los conozcan y glorifiquen al Criador. Todas estas humanidades formarian una grande armonía de inteligencias, que enlazarian á los mundos en el órden espiritual,

(1) Plutarco, *De placitis philosophi*, lib. I, cap. 5.

(2) Segun Santo Tomás, hay tantas especies como individuos. Summa, I p. quæst. 50, artículo. 4.°

Biblioteca Nacional de España

como están enlazados en el órden físico. De este modo la creacion se nos presenta mas majestuosa, y mas digna de la grandeza de su autor.

Tenemos poderosos motivos para creer que es así, pues no es verosímil que todas las maravillas de la creacion sideral carezcan de espectadores que las contemplen y admiren su magnificencia. Nuestro sol y todo su sistema no es único en el universo; es una de tantas estrellas que tachonan el firmamento. Por encima de nuestras cabezas ruedan millones de refulgentes soles, centros de otros tantos sistemas de mundos, predicando el poder y la majestad del Criador. La mano de Dios ha sembrado el espacio de globos gigantescos, con tanta abundancia como las arenas sobre las orillas del mar. El hombre no puede llegar á contemplarlos, aunque viviera eternidades, y aunque perfeccionara hasta un grado increible sus instrumentos: todo lo que puede alcanzar es á sospechar su existencia.—Si el hombre fuera la única criatura racional, casi toda la creacion estaria eternamente desconocida; y no se explica la creacion, no habiendo criaturas inteligentes para admirarlas.

¿Para qué fin arden tantos soles en la inmensidad, si nadie se aprovecha de su luz y de su calor? ¿Cuál es el objeto de todas esas criaturas y de todas esas magníficas armonías? ¿Cuál la razon de los movimientos de los globos esparcidos en los espacios? ¿Para quién se sucederian en los planetas los años y las estaciones, las noches y los dias? ¿A quién alumbrarian las cuatro lunas de Júpiter, y las ocho de Saturno? Para quién son aquellas atmósferas transparentes de los planetas, que los protegen, al par que producen los movimientos meteóricos, y despliegan las bellezas mas encantadoras en su aurora y en sus escrúpulos? ¿Para quién las nubes que se levantan sobre su suelo, y dejan caer la lluvia bienhechora sobre sus dilatadas campiñas?

Biblioteca Nacional de España

¿A qué conducen sus mares, sus rios caudalosos y sus elevadas montañas?—Si la existencia de las cosas tiene un objeto, como no se puede menos de reconocer, preciso es admitir que todas esas cosas son manifestaciones de la vida sobre otros mundos. La tierra ha sido creada para ser habitada; luego donde veamos las mismas condiciones de habitabilidad, debemos suponer la habitacion, sopena de considerar al poder creador como ilógico consigo mismo, y como inconsecuente con su propio modo de obrar.

4. Los argumentos, que hemos llamado de *sentimiento*, no se diferencian en el fondo de los precedentes; pero parecen mas fuertes, porque hieren con mas viveza la imaginacion.

Al contemplar el cielo en una noche serena, sentimos nacer en nuestra inteligencia pensamientos sublimes y en nuestro corazon sentimientos desconocidos. El misterioso y vivo centelleo de las estrellas nos atrae hácia sí, y nuestra alma desprendiéndose de los lazos de la materia, vuela mecida en poéticos ensueños, por los campos de la inmensidad. Reflexionando entonces que cada estrella es un globo muchas veces mayor que nuestra Tierra, comprendemos de una ojeada la grandeza del universo, y nos persuadimos íntimamente que la vida anima aquellos lejanos lugares bajo las mas variadas formas. La idea de que estén deshabitados nos parece tan absurda, que ni aun acertamos á concebirla. Esta persuasion íntima, esta conviccion profunda de la habitacion de los astros es un testimonio de su verdad.

Los dominios del Criador no deben ser dominios de muerte, sino el imperio de la vida: no deben ser desiertos silenciosos y vastas soledades, sino la residencia de séres vivientes, que cumplen sobre ellos su destino. Las obras mas bellas y prodigiosas de su infinita sabiduría, no deben ser

Biblioteca Nacional de España

masas inertes y áridas que se pasean desconocidas por el espacio con un órden mecánico, como colosales autómatas; sino la morada de criaturas inteligentes, que le tributan el homenaje libre de su reconocimiento: y desde todos los globos celestes deben elevarse hasta el trono del Eterno, formando un coro universal y armónico, fervientes adoraciones.

Si pereciese de repente la humanidad terrestre, si la tierra misma fuese aniquilada por un horroroso cataclismo, esto pasaria desapercibido por completo en el universo, como si pereciese solamente un grano de arena. ¡Tan poco significamos en él, mal que pese á nuestra vanidad! Y entonces ¿quedaria el universo sin ninguna voz que alabase al Señor? ¿Con que Dios solo es conocido y honrado en un átomo de su creacion? ¿En tan estrechos límites habian de encerrarse su gloria esterna, las maravillas de su gracia, y las comunicaciones de su bondad? ¡Cuán absurdo fuera pensar que si desapareciésemos de la escena de este vasto universo, quedaria todo desanimado y solitario como un conjunto de cuerpos inertes privados de vida y de luz!

¡Ah! diremos con Flammarion, si nuestra vista fuese asaz penetrante para descubrir, allí donde no distinguimos mas que puntos brillantes sobre el fondo negro del cielo, los soles resplandecientes que gravitan en la extension, y los mundos habitados que los siguen en sus carreras; si nos fuese dado abarcar bajo una mirada general esas miriadas de sistemas solares, y si avanzando con la celeridad de la luz, atravesásemos durante siglos de siglos ese número ilimitado de soles y de esferas, sin encontrar jamás ningun término á esa inmensidad prodigiosa en donde Dios hizo germinar los mundos y los séres: volviendo atrás la vista, mas no sabiendo ya en qué punto del infinito encontrar á este grano de polvo que llaman *la Tierra*, nos detendríamos

Biblioteca Nacional de España

fascinados y confundidos por semejante espectáculo, y uniendo nuestra voz al concierto de la naturaleza universal, diríamos en el fondo de nuestra alma: ¡Dios poderoso! ¡qué insensatos fuimos al creer que nada habia mas allá de la tierra, y que nuestra pobre morada gozaba sola del privilegio de reflejar tu grandeza y tu poderío! (1).

«Si la Tierra, dice en otro lugar, fuese el solo mundo habitado en lo pasado, en lo presente y en lo porvenir; si fuese la sola naturaleza, la sola residencia de la vida, la sola manifestacion de la potencia creadora, fuera un hecho incompatible con la esplendidez eterna el haber formado, como obra única, un mundo inferior, miserable é imperfecto: por lo tanto, el que crea en la existencia de un solo mundo habitado es inevitablemente arrastrado á esta conclusion monstruosa: que las divinas hipóstasis, eternamente inactivas hasta el dia de la creacion terrestre, no se han manifestado mas que para la creacion de una sombra, y que toda la efusion de su poder infinito solo ha dado por resultado la produccion de un grano de polvo animado.—Si la Tierra fuese el solo mundo habitado, fuera un mundo completo por sí mismo, cuya unidad seria manifiesta, y que, segun la observacion de Descartes, colmaria nuestras concepciones y no les permitiria buscar fuera de él alimento á nuestras aspiraciones, y la existencia de un estado superior al nuestro (2).» Pero, ¡cuánto dista de esto la realidad! ¿Cómo es posible, ni aun suponer razonablemente que la tierra sea la única morada de la vida, y que los demás astros solo sean eternas soledades?

(1) *La pluralidad*, lib. IV, el fin.

(2) Libro V, cap. II.—Al exponer las razones en contra de la pluralidad, refutaremos estos sofismas de Flammarion y los errores que envuelve. Aquí solo observaremos que la Sagrada Escritura dice repetidas veces que *Dios vió todo lo que habia hecho, y era muy bueno*, y en cuanto á lo segundo que el hombre no tiene su fin sobre la tierra. Véase tambien lo que decimos mas arriba del *optimismo y de la unidad del mundo*, cap. III.

Biblioteca Nacional de España

¡Oh mundos espléndidos, exclama, que bogais lejos de nosotros en los cielos! ¿seria posible que la fria esterilidad fuese para siempre la inmutable soberana de vuestros desolados campos? ¿seria posible que esta magnificencia, que parece ser vuestro patrimonio, fuese concedida á regiones solitarias y desnudas, en donde las solas rocas hubiesen de contemplarse eternamente en un tétrico silencio? ¡Espectáculo horrendo en su inmensa inmutabilidad, y mas incomprensible que si la muerte furiosa, pasando sobre la tierra, destruyese de un solo golpe á la poblacion viviente que resplandece en su superficie, envolviendo asi en una misma ruina á todos los hijos de la vida, y dejando rodar á la tierra en el espacio como un cadáver en una eterna tumba!»

Alejaos, añade en otro lugar, alejaos un instante con el pensamiento, oh lectores, á un lugar del espacio desde donde se pueda abarcar el conjunto del sistema solar, y suponed que el planeta en que hemos recibido el sér os sea desconocido. Convenceos bien de que, para dedicaros con libertad al estudio presente, no debeis ya considerar á la tierra como vuestra patria, ni preferirla á las demas moradas, y contemplad despues sin prevencion, y con ojos ultraterrestres, á los mundos planetarios que circulan alrededor del centro de la vida! Si sospechais siquiera los fenómenos de la existencia, si imaginais que algunos planetas están habitados, si se os dice que la vida ha escogido á ciertos mundos para depositar en ellos los gérmenes de sus producciones, ¿pensareis de buena fe, en poblar á este globo ínfimo de la tierra, antes de haber establecido en los mundos superiores las maravillas de la creacion viviente?— ¿Quién osaria decir que todos los mundos, excepto solo el mas miserable, están desiertos, y que habiendo sido tan bien dispuestos para recibir la vida, están condenados á una eterna muerte?

Biblioteca Nacional de España

Por último, hé aquí como se expresa Sir David Brewster, uno de los principales miembros de la Iglesia anglicana, reasumiendo en una magnífica peroracion los argumentos precedentes.

«Los espíritus estériles ó *almas viles*, como los llama el poeta, que puedan verse inclinados á creer que la Tierra es el solo cuerpo habitado del universo, no tendrán dificultad en concebir que pudiera igualmente haber sido privada de habitantes. Y mas aun si los tales espíritus están instruidos en las deducciones geológicas, deben admitir que estuvo sin habitantes durante innumerables años; y entonces llegamos á esta consecuencia insostenible; que durante innumerables años no ha habido ninguna criatura inteligente en los vastos Estados del Rey universal, y que antes de la formacion de las capas protozóicas, no hubo ninguna planta, ni animal alguno en la infinidad del espacio! Durante este largo período de muerte universal, en el cual la naturaleza misma estaba adormecida, el sol con sus hermosos compañeros, los planetas con sus fieles satélites, las estrellas en sus sistemas binarios, y el mismo sistema solar cumplian sus movimientos diversos, anuales y seculares, no percibidos, desconocidos, y sin llenar el menor designio concebible! Antorchas sin alumbrar nada,—focos sin calentar nada,—aguas sin refrescar nada,—nubes sin sombrear nada,—brisas soplando sobre nada,—y todo en la naturaleza, montes y valles, tierras y mares, todo existiendo y sin servir para nada. En nuestra opinion, semejante condicion de la Tierra, del sistema solar y del universo sideral, fuera igual á la de nuestro globo, si todos los buques de comercio y de guerra atravesasen los mares con camarotes vacíos y bodegas sin cargamento,—si todos los convoyes de los caminos de hierro estuviesen en plena actividad, sin pasajeros y sin mercancías,—si todas nuestras máquinas con-

MADRID

Biblioteca Nacional de España

tinuasen aspirando aire y rechinando sus dientes de hierro, sin trabajo alguno que efectuar. Una casa sin moradores, una ciudad sin habitantes, representan á nuestra mente la misma idea que un planeta sin vida y que un universo sin poblacion. Fuera igualmente difícil presumir por qué la casa se edificó, por qué se fundó la ciudad, y por qué el planeta fue formado, y creado el universo. La dificultad tambien seria grande, si los planetas fuesen informes masas de materia en equilibrio en el éter, inanimadas y sin movimiento como la tumba, pero es mucho mas grande aun, cuando en ellos vemos esferas enriquecidas de la belleza inorgánica y en plena actividad física, esferas que cumplen sus movimientos propios con una precision tan notable, que sus dias y sus años no discrepan jamás en centenares de siglos. La idea de concebir cualquier globo de materia, sea un mundo gigantesco dormido en el espacio, ó un rico planeta equipado como el nuestro, la idea, decimos, de concebir un mundo cumpliendo perfectamente la tarea que le ha sido señalada, sin habitacion en su superficie, ó sin estar en un estado de preparacion para recibirla, nos parece una de estas ideas que solo pueden ser admitidas por espíritus mal instruidos y mal ordenados, por espíritus sin fe y sin esperanza. Pero concebir además todo un universo de mundos en semejante estado, es á nuestro parecer el indicio de un espíritu muerto al sentimiento, y bajo la influencia de ese orgullo intelectual de que habla el poeta: «Preguntadle ¿por qué los cuerpos celestes brillan, por qué la tierra ha sido formada?—Es para mí, responde el orgullo: el mar se balancea para trasportarme, el sol sale para alumbrarme, la tierra es mi escabel y el cielo mi pabellon.»

«Mas, hemos errado al pensar que el universo estaba muerto. Al principio aun no habia nacido esta bella crisálida terrestre, de donde la mariposa de la vida debia salir:

Biblioteca Nacional de España

al mandato divino, las formas protozóicas aparecieron: mas tarde la primera planta, el molusco elemental, el pez, mas elevado, y el cuadrúpedo mas noble aun, aparecieron sucesivamente: en fin, el Hombre, imágen del Criador y obra de su mano, fue investido de la soberanía del globo. *La tierra, pues, fue creada para el hombre, la materia para la vida, y do quiera que veamos otra tierra, estamos obligados á convenir, que fue como la nuestra, creada para la raza intelectual é inmortal* (1).»

(1) *More worlds*, etc., ó sea, *Hay mas de un mundo*: esta es la creencia del filósofo y la esperanza del cristiano, cap. XII.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO V.

Nuevas razones, tomadas de la teología católica, que no ha presentado Mr. Flammarion.—El fin de la creacion.—Perfeccion de las obras *ad extra*.—Bondad de Dios con las criaturas racionales.—Los tipos de la mente divina.—La Omnipotencia ordenada.

La teología no sólo no es enemiga de la pluralidad de mundos, como supone Flammarion, sino que sus enseñanzas pueden esclarecerla, como una hipótesis grandiosa y digna de Dios. No sólo toda verdad, de cualquiera órden que sea, sino toda hipótesis razonable encuentran siempre en la teología un apoyo. Semejante á una fuente copiosa de razonamientos é ideas, riega con sus hermosas aguas todo lo que germina en el campo de la verdad.

No trataremos de apoyarnos en la Sagrada Escritura, siguiendo el ejemplo de aquellos que han pretendido ver indicada en algunos pasajes la pluralidad de mundos (1).

(1) Citaremos únicamente entre los católicos al R. P. Gratri en sus *Lettres sur la religion*, lib. XIV, y entre los anglicanos á Sir David Brewster en la obra citada antes, capítulo 1.—Hé aquí los principales textos que estos y otros escritores alegan.—*Yo hice la tierra y yo crié al hombre sobre ella; mis manos extendieron los cielos, y di mandamientos á toda la milicia de ellos.* Isaías, XLV, 12.—Parece que se ponen en igual caso la tierra y los cielos en órden á su habitacion: y se confirma por lo que añade en el 18: *No en vano crió la tierra*, (no para vacuidad, dice la Ferrariense), *la hizo para que fuese habitada*. Debemos pensar lo mismo de los astros, ó admitir que fueron creados en vano. Igual sentido ofrece aquella oracion de Nehemías: *Tú solo hiciste el cielo, y el cielo de los cielos, y todo el ejército de ellos: la tierra y los mares y todo lo que hay en ellos: y tú das vida á todas estas cosas, y el ejército del cielo te adora*, (II Esdræ, IX, 6,) lo cual

Biblioteca Nacional de España

Apreciamos como es debido el valor de tales testimonios, pero creemos que no se debe hacer intervenir en esa cuestion la autoridad de los libros sagrados; y si hemos de manifestar con toda franqueza nuestro parecer, añadiremos, que al aplicar dichos textos, se interpretan con demasiada libertad; pues la Sagrada Escritura nada afirma ni niega sobre este punto. Escrita para el hombre, solo se ocupa del hombre y de lo que directamente le concierne, mostrándole sus deberes en la tierra y su destino en el cielo. Solo haremos uso de la Escritura, cuando nos obligue á ello la necesidad de defender nuestros dogmas, desfigurados ó puestos en duda, ó con frecuencia negados terminantemente con motivo de cuestion. Pero al presente nos valdremos solo de la razon ilustrada por la fe.

Guiados por la luz de esta *antorcha que luce en un lugar tenebroso*, sabemos que el fin de la creacion del universo es la mayor gloria externa de Dios; y que ésta consiste en la manifestacion de sus atributos, como su ciencia, su poder,

supone criaturas inteligentes como en la tierra. Otros testimonios suponen á los astros dotados de razon, lo cual indudablemente quiere decir poblados de séres racionales, tomando el continente por el contenido, como cuando se toma la tierra por sus habitantes, como sucede con frecuencia en la Estritura. Tales son aquellos en que se dice que alaban á Dios los astros de la mañana, (Job XXXVIII, 7,) que las estrellas no están sin mancha delante del Señor, (¿tal vez pecado?) Ib. XXV, 5, y que cayó la tercera parte de las estrellas, lo cual acaso puede significar mundos prevaricadores como el nuestro. (Apocalipsis XII, 4.) Tambien es significativo aquel pasaje del Eclesiástico: *Belleza del cielo la gloria de las estrellas; el Señor ilumina al mundo en las alturas. A las palabras del Santo se presentarán á juicio, y no desfallecerán en sus vigilias;* (Eccli. XLIII, 10,) á la manera que se dice que *será juzgada la tierra*. Y en este mismo capítulo, despues de enumerar las obras mas admirables del poder divino, añade: *Muchas cosas mayores que estas están escondidas, porque es poco lo que hemos visto de sus obras.* Alegan tambien aquellos textos en que se dice que Dios *crió en el Verbo todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles*, (Coloss. I, 16,) y que el objeto de la redencion fue *restaurar en Cristo todas las cosas, asi las que hay en el cielo como en la tierra, en él mismo*, (Ephes. I, 10), ó como se lee en el griego; *recapitular, sumar, reunir* todas esas cosas para que no formen mas que un cuerpo, decual será Cristo la cabeza. El mismo Jesucristo dice que *tiene otras ovejas que no son de este aprisco*, (Joan X, 16), y que *en la casa de su Padre hay muchas mansiones*, (ibid. XIV, 2) y que no habrá mas que *un solo rebaño y un solo Pastor*.

Biblioteca Nacional de España

su bondad, etc., conocidos por criaturas inteligentes. Si solo existieran criaturas racionales sobre la tierra, ¿cómo se lograria este fin? ¿No estaria desconocida la máxima parte de la creacion? Nosotros sabemos que los *cielos predican la gloria de Dios, y el firmamento canta sus obras* (1), y que en el mismo órden de las cosas materiales, hizo el Omnipotente *cosas grandes y maravillosas é incomprensibles que no tienen número* (2). ¡Cuánto mas visibles y gloriosos aparecerian los atributos divinos, habiendo tantos mundos, poblados de criaturas que le conociesen y le amasen, como cuerpos luminosos hay en el cielo! El universo, como decia el célebre filósofo egipcio Trismegisto, es un libro de la divinidad, y todo lo temporal es un magnífico espejo de sus eternas perfecciones. Si la tierra por la multitud y diversidad de los séres que la pueblan nos hace formar tan sublime idea de Dios, es preciso admitir que Dios no es desconocido en esos inmensos globos, mayores que ella, que su mano ha sembrado en el espacio con tanta abundancia como el labrador siembra el trigo en sus campos. Esta gloria de Dios no debe faltar en ningun tiempo y en ningun lugar, supuesta la creacion. Luego se realiza fuera de la Tierra, que es un átomo, en los innumerables mundos que forman aquella. Luego habitan en ellos criaturas inteligentes que conocen al Criador.

Dios, como infinito que es, no puede ser conocido naturalmente de los séres infinitos sino por conceptos finitos, por medio de sus obras. Hasta que llegue el dia venturoso en que las inteligencias finitas, elevadas sobre sí mismas por la luz de la gloria, le contemplen intuitivamente por una inefable comunicacion, solo pueden tener de Dios un conocimiento de reflejo, por el conocimiento de sus criatu-

(1) Salmo XVIII, 2.
(2) Job IX, 10.

Biblioteca Nacional de España

ras. De modo que las criaturas, cualquiera que sea su importancia, solo son un *medio* para conocer y glorificar al Criador. ¿Cómo podria ser esto en aquellos mundos, las mas grandes y maravillosas obras materiales de Dios, á dónde la mirada del hombre no ha llegado ni llegará jamás? ¿Quién las conoceria? Las criaturas materiales, aquellos soles tan resplandecientes, que con tanta regularidad verifican sus movimientos, no conocen la mano que los ha sacado de la nada, y que los dirige á través de las alturas, «á la manera que un pastor gobierna su ganado.» No habiendo pues en ellos criaturas inteligentes, y no siendo el hombre capaz de conocerlos, su existencia pareceria supérflua y sin objeto.

Sabemos tambien que Dios ha hecho todas las cosas en *número, peso y medida*, y que *ha dispuesto todas las cosas con sabiduría*, guardando la debida proporcion en sus producciones, segun la importancia de sus criaturas. La idea de Dios nos obliga á creer que ha producido las criaturas mas perfectas, asociándolas y uniéndolas para la armonía general. Aunque todos los cuerpos suspendidos en el espacio forman un todo en el gran conjunto, sin embargo, cada uno de ellos vive separado de los demás, sin tocarse nunca con ellos, y moviéndose á distancias inmensurables, como si cada uno formase por sí mismo una creacion. Parece por lo tanto muy propio del plan divino que se reunan en cada globo lo menos perfecto y lo mas perfecto, lo irracional y lo inteligente, y lo material y lo espiritual.

Por otra parte no parece propio de aquella sabiduría que habiendo tanta multitud de criaturas materiales, hubiese tan pocas criaturas racionales que son las mas perfectas de las obras *ad extra*, y estas reducidas solamente á la Tierra. No parece propio que, exceptuando este pequeño rincon, toda la creacion fuese solamente materia. Una creacion puramente material seria el mas incomprensible de los

Biblioteca Nacional de España

misterios, y no valdria la pena de su variedad y de su magnificencia. Pero cuando se reflexiona que la materia ha sido hecha para el espíritu, cuando se considera como el asiento de la vida, y como la servidora de la inteligencia, la creacion se engrandece á nuestros ojos y se reviste de una claridad deslumbradora, desaparece la dificultad de su existencia, y se comprende la extension ilimitada que Dios la ha dado.

Por eso siendo el fin principal de la creacion la gloria externa de Dios, el fin secundario es la utilidad de la criatura racional. Sobre esta ha concentrado el Señor todas las maravillas de sus bondades, á esta hace que sirvan las mas nobles de sus obras, y ha grabado en ella su imágen y semejanza, invistiéndole de la soberanía de sus dominios. Cuando decimos que el hombre está hecho á imágen y semejanza de Dios, no queremos decir que le *represente* como un retrato á su tipo; lejos está de nosotros tan grosero *antropomorfismo*, tan miserable concepto de la Divinidad (1); sino que le

(1) Yerra gravemente el Sr. Flammarion cuando supone que el hombre se ha forjado á Dios á su imágen, y no por el contrario Dios ha hecho al hombre á la suya. Cuando se atribuyen á Dios miembros, afectos ó cualidades humanas es en sentido metafórico, porque el lenguaje humano no tiene otros términos para hablar de él. Pero no por eso suponemos que sea de naturaleza semejante á nosotros, aunque mas perfecta. Dios no podia hablar con los hombres, decia Tertuliano contra los marcionistas, á menos que se dignara hablar como ellos y atribuirse sus sentimientos y afecciones. Era preciso este lenguaje humano para poner al alcance de nuestra debilidad las grandezas de la magestad suprema.—Sabemos y confesamos que Dios es un sér espiritual, simplicísimo, inmutable é infinitamente perfecto, y por lo tanto no puede ser representado adecuadamente por ninguna imágen; de manera que ó no hemos de hablar de Dios, ó tenemos que hacerlo por *conceptos finitos*. La imágen de Dios consiste principalmente en nuestra alma. «El dominio que ejerce sobre la porcion de materia que le está unida, nos representa en algun modo la accion omnipotente del motor del universo: la multitud, variedad y rapidez de ideas de nuestra alma, la fidelidad de su memoria y sus presentimientos del porvenir parecen aproximarla á la inteligencia suprema que de una mirada abraza todos los tiempos, *todos los lugares y todas las revoluciones* de las criaturas: las miradas que sin cesar dirige sobre lo futuro, la extension de sus esperanzas, y el sentimiento profundo de su inmortalidad de que ella misma no puede despojase, son las señales con que Dios le advierte que ha de participar por gracia de la eternidad que El posee por naturaleza, etc. La Sagrada Escritura, por lo tanto, no nos engaña cuando nos dice que hemos sido criados *imágen* de Dios.» Entiéndase bien la doctrina católica, y dejará de ser impugnada.

Biblioteca Nacional de España

imita en las perfecciones mas excelentes que constituyen su Sér. Por ser inteligente representa aquella inteligencia simplicísima que es la vida de Dios: *Nosse et esse illi* (Deo) *unum est* (1): por ser inmortal representa la permanencia del sér divino, que es su condicion esencial: *¿Quis enim alius Dei census quam æternitas?* (2) y por su actividad productora participa un destello de su poder creador: *Qui autem omnia creavit Deus est* (3). Si Dios se complace en todas sus criaturas, no hay duda que se complace especialmente en sus criaturas racionales.

Esta nobleza de las criaturas racionales y esta complacencia con que Dios las mira, es otra fuerte razon para creer que las ha multiplicado en todos los orbes que ruedan por el cielo. Y concurriendo la creacion material á la felicidad de las criaturas inteligentes, no hay duda que aquellos orbes tienen el mismo destino, y por consiguiente sustentan otras tantas humanidades, á cuyo bienestar temporal contribuyen, y á las que sirven de medios para llegar á su último fin. En este caso cada una de aquellas sociedades y cada uno de sus individuos, llenará sobre su mundo respectivo su destino temporal por el cumplimiento libre de sus deberes, y despues tendrá un destino eterno, que consistirá como para nosotros en la vision beatífica y posesion de Dios. El sér inteligente, y por consiguiente inmortal, no puede ser satisfecho sino con la verdad absoluta y el bien infinito por toda la eternidad.

Para esto fue criado el hombre, para esto sacado de la nada, para esto dotado de una alma racional, y con ella de deseos insaciables, y para esto tambien redimido, despues de su prevaricacion, por una sangre divina, que se derra-

(1) San Agustin, *De Trinitate*, lib. XV, cap. 14.
(2) Tertuliano, *Contra Hermogenem*, cap. IV.
(3) Hebreos, III, 4.

Biblioteca Nacional de España

mó para devolverle la posibilidad de conseguir aquel fin. En esto se ve gloriosamente la razon que Dios tuvo para producir entes distintos de él, que es comunicar su bondad á sus criaturas, en cuanto puede ser participable por ellas. Tal es la enseñanza de la teología católica, conforme como siempre con la recta razon. «El fin de la voluntad divina, »dice el maestro mas autorizado de nuestras cátedras Santo »Tomás de Aquino, no puede ser otro que su misma bon- »dad. Pero no obra por producir este fin al sér, pues su »bondad es eterna é inmutable, de modo que nada la puede »acrecer, ni tampoco obra por su mejoramiento, ó por ad- »quirir este fin para sí, porque él mismo es su propia bon- »dad, sino que obra por este fin en cuanto que produce »sus criaturas para que participen este fin (1). Ahora bien, ¿esta bondad divina que se comunica porque quiere, que sale de sí misma y se difunde á todo lo que existe, que es la razon que le ha movido á obrar *ad extra*, que en el cielo ha producido los ángeles á millares de millares, y en la tierra ha criado al hombre y le ha redimido, habia de haber permanecido ociosa sobre los innumerables globos, que nos revelan su existencia por su simpático resplandor? Entre toda la creacion material, ¿se habia de haber limitado la liberalidad divina á sola la tierra, que es uno de los mas pequeños mundos salidos de su diestra?

Esta razon adquiere mayor fuerza si se considera el modo con que las criaturas, segun su finitud, participan de las perfecciones divinas. Cada una tiene su perfeccion peculiar que la distingue de las otras, y dentro de una misma especie hay diversos grados en los indivíduos que la componen, y que se distinguen entre sí. Estas perfecciones se encuentran en Dios de un modo eminente, mucho mas excelente que en ellas, como en su original. Quiere

(1) *Contra gentes*, lib. II, cap 25.

Biblioteca Nacional de España

esto decir que el cúmulo de perfecciones que segun nuestro concepto constituyen la esencia divina, aunque en realidad es única, simplicísima é inmutable, se reparte en múltiples y diversas porciones entre sus criaturas, que en tanto tienen verdad, bondad y belleza en cuanto que son producidas por Dios, que las hace tales, comunicándolas como quiere y del modo que quiere, un pequeño destello de sus gloriosos atributos. Protestamos sin embargo que no somos panteistas, pues creemos que hay tanta distancia esencial entre Dios y las criaturas como vá de lo infinito á lo finito.—Por otra parte, Dios no ha hecho dos cosas iguales en la naturaleza, ni dos animales, ni dos hojas de árbol y mucho menos dos astros. Luego parece regular que sobre estos ha debido distribuir los grados de sus perfecciones con tanta variedad como ha multiplicado su número. ¿Y es esto concebible sin que los haya hecho la morada de la vida y de la inteligencia?

La perfeccion de la naturaleza divina, única, simplicísima é infinita, que en acto es participable ó imitable por las criaturas de un modo finito, es al mismo tiempo el ejemplar y el tipo de todas las cosas producibles *ad extra* segun su naturaleza, su esencia, sus propiedades y su modo de existir. Dios conoce todas las cosas posibles con todas sus diferencias como si estuvieran en acto (1), porque conoce su omnipotencia y sabe hasta donde se extiende, y para poner en estado de realidad actual á las cosas posibles le basta únicamente *querer*. Siendo esto así, no habria cosa mas absurda que decir que Dios habia realizado sobre la tierra todos los tipos que viven desde la eternidad en su mente divina: y tambien seria poco fundado el suponer que entre la infinidad de aquellos tipos habia querido poner en acto algunos pocos

(1) *Deus non aliter scivit creata quam creanda.* San Agustin. *de Trinitate*, lib. XV, cap 15.

Biblioteca Nacional de España

solamente sobre la Tierra, dejando á todos los orbes reducidos á eternas soledades, ó que habiendo realizado en nuestro globo tan prodigiosa variedad de existencias, no se hubiera complacido en hacer lo mismo en otros lugares de sus vastos estados. La fecundidad divina que ha producido los soles en el cielo en tanto número como las flores sobre la tierra, que nos ha dejado entrever por el telescopio la inmensidad de su obra, no ha permanecido inactiva en las regiones sin límites del espacio, sino que las ha poblado de séres vivientes, que representen cada uno en su género una idea de su inteligencia soberana. Con todo, por grande que sea el número de aquellos séres, por elevada que sea su muchedumbre, siempre tendrá límites, en el mero hecho de ser una série de cosas finitas, y será infinitamente mayor la suma de las cosas posibles que Dios podria producir que las que ha producido ya.

Por esto no hay que temer, como muchos infundadamente alarmados, que esta doctrina de los teólogos que llaman á Dios el prototipo, el ejemplar ó la idea del mundo, vaya á parar necesariamente al Panteismo; como si el mundo fuera el mismo Dios exteriormente manifestado, ó la manifestacion exterior de Dios, á la manera que la casa es la manifestacion exterior de la idea del arquitecto. Seria absurdo decir que la casa es el mismo arquitecto por ser la manifestacion de su idea. La idea formal con que Dios se conoce á sí mismo como Ente *á se*, absoluto é infinito, no sale fuera, sino que se personifica en su Verbo, por medio del cual dá ser á todas las cosas distintas de él, conociéndolas como contingentes, mudables y por consiguiente esencialmente distintas de él, y sobre todo finitas. No tienen ninguna necesidad de ser, sino la sola voluntad divina, y por el contrario, Dios es necesario y esencialmente infinito antes de toda futuricion, y aun concepcion de las criaturas.

Biblioteca Nacional de España

Nota fecit, non facta cognovit, dice San Agustin (1). El genio profundo de Santo Tomás aclaró perfectamente este punto en unas pocas líneas: «La esencia divina, dice, es la »idea de las cosas, no ciertamente en cuanto es esencia, si »no en cuanto es entendida: pero las cosas criadas no imitan »perfectamente la esencia divina; por lo tanto la esencia no »es aprendida absolutamente por el entendimiento divino »como idea de las cosas, sino con proporcion de la criatura »que ha de ser hecha á la misma divina esencia, segun lo »que falta de ella ó la imita: y las cosas diversas la imitan »de diverso modo (2).» Y en el artículo anterior habia dicho: «Aunque algo de Dios se derive á la criatura, sin em»bargo, de ningun modo puede concederse que la criatura »tenga algo por aquel modo que lo tiene Dios; y aunque de »alguna manera concedamos que hay semejanza entre la »criatura y Dios, de ningun modo concedemos que haya »igualdad.»

Insistiremos todavía sobre este punto, por la gran importancia que tiene para resolver algunas cuestiones del dia, estractando algunas páginas de la *Teodicea cristiana* del sábio Mons. Maret.

«La existencia del mundo nos revela en la Divinidad un aspecto nuevo. El mundo existe por Dios, nada mas cierto: pero Dios no puede crear el mundo sin conocerlo, sin tener de él una idea, á la manera que el artista antes de dar cima á su obra, la lleva entera en su mente..... Ya que el mundo existe, es absolutamente necesario que el entendimiento divino no represente únicamente la esencia divina sino tambien todos los mundos posibles. Véase como concebimos este nuevo aspecto de la Divinidad: contemplando Dios su esencia infinita, vé diferentes grados de ser en número indefini-

(1) *De Genesi ad lit.* lib. V, cap. 18.
(2) *De veritate*, quæst. III, art. 2.

Biblioteca Nacional de España

do, los cuales corresponden á las perfecciones que encierra su inalterable simplicidad, y son capaces de reproducirla en cuanto lo permite la naturaleza de lo finito. Todos estos grados de existencia son otros tantos tipos é ideas, puestas por la inteligencia divina y existentes en ella.

Representaos, pues, todo cuanto existe en el universo en el momento presente, lo que ha podido existir en un pasado sin principio asignable, y lo que podrá existir en un porvenir sin término. Representaos todos los géneros, todas las especies, todos los individuos posibles de todos los mundos posibles, las numerosas relaciones que enlazan á todos los séres y las leyes que la rigen y coordinan en la unidad. Figuraos á todos esos mundos como un inmenso y sublime concierto del cual cada individuo es una nota; concebid este magnífico conjunto no en su realidad, sino en su idealidad, y tendreis al universo tal como existe en el entendimiento divino. Esta multitud indefinida es concebida en un solo acto, y representada por una sola palabra, que es el Verbo divino del mundo. Pero no hay que confundir este conocimiento de lo finito que existe en Dios, con la ciencia que Dios tiene de sí mismo.

Se me preguntará tal vez si no temo con la multiplicidad indefinida de ideas, que considero en la inteligencia divina, alterar su infinita simplicidad.—Nótese bien que la ciencia de lo finito, que existe en Dios, no es la condicion primera de la inteligencia divina. Hé aquí lo que hoy dia se olvida frecuentemente, y lo que conviene tener siempre presente. Dios se conoce y se ama, y en esto consiste su vida esencial y su felicidad suprema. En este ciclo infinito Dios es completo, si asi me atrevo á expresarme. Por una vista secundaria y bien distinta de la primera, aunque tenga en esta su razon y su principio, conoce Dios la multiplicidad indefinida de los séres que puede crear, y los vé con

Biblioteca Nacional de España

todas sus relaciones y por consiguiente con sus límites necesarios: pero tal multiplicidad, tales relaciones y tales límites no los vé en sí, sino fuera de sí, en la creacion y en las criaturas reales ó posibles. Con esta mirada no vé su propia esencia, sino la de sus criaturas; luego es evidente que esta mirada no supone en la esencia divina ninguna multiplicidad, contingencia, relacion ni límite, y que lo infinito queda siempre distinto de lo finito.

.....Cuando Dios quiere, puede realizar las ideas, las leyes y los mundos que concibe: por un acto de su voluntad infinita y omnipotente produce fuerzas vivas que trazan la imágen de los tipos divinos de su inteligencia. Estas fuerzas vivas son las sustancias.

Si la idea de lo finito conserva siempre en la inteligencia divina su carácter, sin confundirse nunca con la idea de la esencia infinita: si el conocimiento de lo finito no perfecciona á la divinidad ni añade nada á su esencia, á su vida y á su felicidad, con mas razon la realizacion de estos tipos en la creacion, ni la creacion entera pueden traer á Dios una perfeccion nueva ni un nuevo grado de felicidad.»

Notemos aquí de paso que al desarrollar el argumento de monseñor Maret, queda refutado el grave error de monsieur Flammarion, que en varios lugares de sus diversas obras cree formalmente en la infinidad de la creacion, y admite el absurdo de un infinito extenso y material. En otro lugar lo refutaremos con mas extension.

«La creacion, por inmensa que se la suponga, es necesariamente finita: el tiempo, el espacio, la multiplicidad son sus condiciones esenciales. La creacion existe necesariamente en el tiempo y en el espacio, y consiste necesariamente en una multiplicidad de séres. Extendámonos en lo pasado cuanto se quiera: apartemos hasta donde sea posible el principio del tiempo, sin que temamos amontonar millo-

Biblioteca Nacional de España

nes y millones de siglos: siempre nos vemos obligados á llegar á un punto en el cual el tiempo ha comenzado y en el cual la creacion no existia. Hágase con el espacio lo que se acaba de hacer con el tiempo; aléjense sus límites cuanto se quiera, dilátese sin fin, añádanse siempre séres que lo vayan llenando: por lo mismo que lo poblamos de nuevos séres le añadimos nuevos límites. Multiplíquense cuanto lo permite el cálculo los séres y las existencias: pues con esto mismo no se hace mas que limitarles.

»Aquí debo prevenir una mala inteligencia. Aunque es evidente que la creacion no puede ser verdaderamente infinita, no debemos creer que sea necesario limitarla á nuestro globo ó á nuestro sistema planetario. La revelacion no nos enseña los secretos del mundo; pero tampoco nos veda las investigaciones científicas, ni rechaza ninguno de los datos positivos de la ciencia. Si semejante idea, pues, deja mas satisfechos á nuestra razon y á nuestro corazon, podemos sin menoscabar la fé, representarnos la sucesion indefinida de diferentes creaciones: podemos poblar con nuevos mundos todos los puntos del espacio y del tiempo; podemos ir tan lejos como la ciencia, sin que por esto alcancemos los límites del poder divino, ni confundamos la creacion indefinida con el verdadero infinito.»

Como toda existencia sucesiva es necesariamente limitada, solo puede encontrarse en un punto determinado del espacio; porque si se hallase en todos los puntos de la inmensidad, seria perfectamente simple ó infinita: lo cual es contradictorio. Luego Dios vé lo finito en el espacio. Finalmente, Dios vé lo finito como múltiple, porque la idea de lo finito contiene necesariamente la de coleccion: y la divisibilidad y la sucesion suponen relaciones, las cuales por su parte suponen séres diversos y múltiplos, y por consiguiente limitados. La diversidad y la multiplicidad deben ser

CASPAR EDITORES MADRID
Biblioteca Nacional de España

ordenadas, deben conspirar á un fin comun: porque sin esta condicion la multiplicidad ofreceria la imágen del caos. Como el pensamiento divino es todo armonía, Dios establece una relacion entre todas las ideas que concibe, y de ahí nacen el órden, la unidad y la belleza. Pero ¿cuál es la belleza que es el término de todas las relaciones y de todas las leyes? No puede ser mas que la representacion de la esencia divina por medio de lo finito. Quiere Dios hacer una imágen de sí mismo, segun lo permite la naturaleza de lo finito, y quiere en cierta manera reproducirse en su sustancia, en sus propiedades, en sus leyes internas y en su vida: pero cayendo la imágen divina en la region de lo finito, entra en las condiciones necesarias de sucesion, tiempo, espacio, multiplicidad y limitacion. Concibo pues claramente que siendo inagotable la inteligencia divina, é infinito el objeto que quiere representar, han de existir una *infinidad de ideas que representen una infinidad de mundos posibles*, y que no obstante, á causa de la naturaleza de lo finito, tales ideas, tales séres, y tales mundos acercándose siempre mas á la perfeccion suprema no pueden reproducirla en su infinidad, y permanecen siempre inferiores á su modelo.

No siendo necesaria la creacion, veamos cuál puede ser su motivo; porque la divina sabiduría no obra ciertamente al acaso, ni tampoco por capricho. El motivo de la creacion es la bondad, y el mundo es un efecto del amor divino, porque siendo la bondad por esencia, quiere comunicarse por lo mismo, y llama libremente á las criaturas á la vida, y á la participacion de su sér y de su felicidad.

Aquí nace una cuestion que importa examinar á fin de disipar todas las dificultades que pudieran oscurecer el principio fundamental de la libertad del acto creador.—Podemos suponer que Dios, cuando quiere crear, escoge en el

Biblioteca Nacional de España

número indefinido de tipos que existen en su inteligencia, un tipo único, ó bien que no elige y que realiza sucesiva y progresivamente todos los tipos de su pensamiento, todos los mundos posibles.

En la primera hipótesis, al buscar la razon de la eleccion divina, se inventó el célebre sistema del *Optimismo*, del cual ya hemos hablado en otro lugar.—Este sistema fue considerado como plagado de errores y lleno de peligros. La segunda hipótesis parece mas á propósito para disipar todas las dificultades. Segun ésta Dios no escoge un mundo entre los muchos posibles, sino que los realiza todos en lo indefinido del espacio y del tiempo. Dios manifiesta la perfeccion de la idea que hay en él: todo lo que ha de nacer, nace en el momento señalado por la eterna sabiduría: el sér mas ínfimo se realiza lo mismo que el mas sublime, y todos los mundos se ven llamados sucesivamente á la existencia. Cada mundo en particular es como un episodio del inmenso poema de la creacion: todas las combinaciones se van formando y se vá desenvolviendo un plan magnífico en una duracion indefinida. De esta suerte la creacion será la mas perfecta, y la mas digna de Dios, la libertad divina quedará en su integridad, y su bondad será el único motivo de su accion. Si esta hipótesis os parece mas satisfactoria no veo razon fundada en las condiciones de la fé para que la desechemos. La opinion de la pluralidad de los mundos nunca se ha considerado como contraria á la fé (1).

Hé aquí como la doctrina teológica acerca de las ideas divinas, de la razon de la creacion, y del modo de su realizacion en el tiempo nos han conducido por distintos caminos á persuadirnos que es una verdad la pluralidad de mundos habitados.

Por último creemos que aquí tiene una aplicacion opor-

(1) Maret, *Teodicea cristiana* cap. XV y XVI.

Biblioteca Nacional de España

tuna el célebre argumento de la escuela Scótica: *Potuit, decuit, ergo fecit.*

Potuit, pudo Dios crear muchos mundos, como pudo crear uno, porque su omnipotencia no tiene límites. Ningun teólogo católico ha negado esto; y cuando el señor Flammarion lo supone, insistiendo en muchos lugares sobre ello, revela que no ha leido las obras de ese teólogo que se cree autorizado á desprestigiar. Los que han negado la posibilidad de muchos mundos han sido algunos filósofos, amigos del señor Flammarion, que afirman que el mundo es un efecto necesario de la naturaleza divina y por lo tanto único; ó aquellos que siguiendo á Descartes, han confundido la idea de *cuerpo* con la idea de *extension*, y suponen que la materia llena todos los espacios imaginables en una extension indefinida, de modo que no hay lugar para otros mundos fuera de la creacion actual. Con mayor razon pudo Dios poblar de criaturas racionales los globos semejantes á la tierra, que existen ya en los espacios. Los teólogos y filósofos católicos admiten criaturas posibles hasta lo infinito, (1) y no encierran la creacion y menos la virtud creadora de Dios en los estrechos límites de lo visible. Téngalo presente el señor Flammarion.

Decuit: convino que Dios crease muchos mundos, ó si se quiere, poblase de criaturas inteligentes muchos orbes. Todas las razones que hemos dado hasta aquí lo demuestran plenamente.

Ergo fecit: luego así lo hizo, porque Dios obra siempre segun su *potentia ordinata*, no atendiendo únicamente á las leyes de la justicia, sino tambien á las de la conveniencia, de la sabiduría y de la bondad. *Absolutamente* pudo no

(1) No queremos prejuzgar la difícil cuestion de si es finito ó infinito el número de los posibles. Nos referimos á la virtud infinita de Dios que puede obrar cosas finitas sin agotarse jamás ni por el tiempo ni por el espacio.

Biblioteca Nacional de España

obrar así, pudo dejar deshabitados los astros, pero segun su poder ordenado no es lo probable.

Vea pues Mr. Flammarion como la teología no es hostil á la habitacion de otros mundos, puesto que la presta argumentos. No tiene pues razon cuando la acusa de haber contribuido desde el principio del cristianismo á que esta idea quedase adormecida, y aun fuese contrariada. Otras causas concurrieron á ello en aquella época, de las cuales ya hemos indicado algunas en el capítulo I. La doctrina nueva y eminentemente práctica del cristianismo y su importancia social debió llamar toda la atencion de los hombres pensadores, haciendo decaer las opiniones filosóficas que se agitaban en un terreno puramente especulativo. Además las afirmaciones cristianas eran la negacion completa de aquella filosofía absurda que enseñaba esta hipótesis, y al ser convencida de falsedad aquella filosofía, debia ser rechazada con la misma dicha hipótesis, sin necesidad de llegar directamente á ella. Por otra parte era tal el estado de los espíritus, y el desaliento de las almas, era tal la corrupcion de las costumbres y la degradacion de los sentimientos, que el cristianismo solo debia atender á dar á los pueblos una instruccion sólida de cosas necesarias y á curar las profundas llagas sociales, sin cuidarse de si habia ó no otros mundos habitados; lo cual hubiera sido tambien un motivo de ardientes polémicas, y por parte de muchos una prevencion desfavorable contra el resto de la doctrina cristiana. Pero cuando se anunció por primera vez la grandiosa revelacion del cristianismo, cuando se conocieron las relaciones admirables entre Dios y el hombre, aquellos magníficos resplandores atrajeron todas las miradas, no dejando distinguir lo que habia fuera de la tierra; á la manera que cuando brilla el sol no permite ver las estrellas. Por eso era muy natural y muy disculpable pensar que la Tierra era el solo mun-

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

do habitado, agregándose para creerlo asi el testimonio de los sentidos, y el estado de la ciencia todavía en la infancia.

Es indudable que por espacio de siglos muchos teólogos combatieron la pluralidad de mundos, como tambien la combatieron muchos filósofos y hombres de ciencia, mas esto ¿qué tiene de reprensible? ¿No pueden los teólogos tener su opinion en las cosas libres? ¿O solo los teólogos son censurables? ¿O quiere por ventura Mr. Flammarion que todos los hombres piensen como él? Pero cuando aquella hipótesis estaba completamente olvidada sin que nadie pensase en ella, un teólogo, el cardenal de Cusa la resucitó, y otros teólogos la defendieron, sin merecer por eso ninguna censura de la Iglesia (1).

Al defender la pluralidad de mundos no trabajamos para el espiritismo, ó para el panteismo espiritual, ó para el origenismo filosófico moderno, ú otros sistemas que se refugian en aquella hipótesis, y la toman como punto de partida de sus errores. Trabajamos mas bien con intencion de combatirlos, haciendo ver que no hay contradiccion, como ellos pretenden, entre tal idea y la doctrina católica, y haciendo ver tambien que aunque en realidad haya muchos mundos, no por eso dejan de ser absurdos sus sistemas. Lo concedemos para atacarlos en su propio terreno, y tomárselo por conquista para la causa católica, que posee por derecho legítimo el cetro de toda verdad.

(1) Véase el apéndice, nota B.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VI.

Razones en contra de la pluralidad de mundos:—lógicas,—físicas,—morales,—teológicas.—Pequeñez y grandeza de la Tierra.

No tenemos reparo en confesar que nuestra opinion personal, por poco que valga, es favorable á la habitacion de los astros, sea simultánea, sea sucesiva. Sin embargo reconocemos que hay numerosas y fuertes razones contra ella. Nuestro deber es presentarlas aquí en toda su fuerza con la mas severa imparcialidad, ya para justificar á los teólogos que rechazaron dicha opinion, ya para que el lector pueda formar su juicio, y abrazar el partido que le parezca mas razonable.

En primer lugar los argumentos en que se apoya la opinion afirmativa no pueden producir una certeza filosófica; no pasan de simples conjeturas, y pueden ser rechazados con facilidad uno por uno. El mismo Flammarion confiesa que «la certeza filosófica de la pluralidad de mundos no existe todavía.» El doctor Plisson, en su libro sobre *los Mundos*, despues de haber estudiado las condiciones de existencia sobre los planetas, concluye: «La idea de la habitacion no es mas que una simple conjetura. Por plausible que pueda parecer, importa sin embargo no perder de vista,

Biblioteca Nacional de España

que solo se funda en relaciones de analogía, y no en pruebas directas é indubitables.»

En vano se invoca la autoridad y el número de los que han defendido esta hipótesis, pues siempre han sido muchos mas, y no menos notables los que han creido lo contrario. No hay absurdo que no se pueda defender apoyado en la antigüedad, cavando las obras de los filósofos y desenterrando sus delirios; que por otra parte no son otra cosa muchas veces que las tradiciones primitivas desfiguradas por una razon soberbia ú oscurecida. Los nombres modernos que se citan, en lo general, mas bien que á establecer esta opinion, contribuyen á hacerla sospechosa por las absurdas consecuencias que de ella deducen, y los fines á que la encaminan. «Hay una regla segura, dice el conde Maistre, para juzgar de las opiniones, lo mismo que los hombres, aun sin conocerlos: basta saber por quién son estimados y por quién aborrecidos. Esta regla nunca engaña. Desde que una filosofía es puesta en moda por los enciclopedistas seguida por los ateos, y alabada por los incrédulos, tened por cierto sin otro exámen, que es, al menos en sus bases generales, falsa y peligrosa (1).»—Mientras la pluralidad de mundos no conste con toda certeza, por datos positivos de la ciencia, estamos en el deber de rechazarla, al ver el abuso que hacen de ella para edificar falsos sistemas, los hombres mas hostiles al catolicismo. Si se replica que la defienden muchos católicos, diremos que estos ejemplos aislados solo pueden probar que la Iglesia no ha prohibido esta opinion.

Nada valen pues los argumentos de *autoridad*.

Casi podemos decir lo mismo de los argumentos de *analogía* (2). Las analogías entre los planetas y la tierra no son

(1) *Soirees de St Petersbourg*, IV.
(2) Véase Apéndice, nota C.

Biblioteca Nacional de España

tan perfectas que nos autoricen á suponer que estén habitados como esta, y tal vez el estudio de los planetas hace creer lo contrario. Cuando se hacen valer estas analogías se supone que estarán habitados por séres análogos á los de la tierra, y cuando se prueba que esto es imposible, se afirma que aquellos habitantes deben ser completamente diversos de nosotros, lo cual es una inconsecuencia. Por lo tanto ó no se deben alegar aquellas analogías, ó se debe discurrir conforme á ellas, que los habitantes de los planetas son hombres como nosotros. Pero esto es de todo punto imposible.

Mercurio que recibe siete veces mas calor que la tierra debe ser una esfera abrasadora, mas árida que los tristes arenales del Africa; nuestros líquidos estarian sobre él en estado constante de ebullicion hasta evaporarse, y el hombre se asfixiaria en su superficie. Las bruscas transiciones de calor á frio y vice-versa que se verifican en Venus serian un gran obstáculo á la conservacion y desarrollo de la naturaleza humana. El hermoso Júpiter está constantemente agitado por violentas y terribles tempestades, como lo prueban las espesas nubes que le envuelven; y su dia mas claro no escede á la luz de nuestros crepúsculos. Saturno que recibe cien veces menos luz y calor que nuestro globo está en peores condiciones de habitabilidad. En cuanto á Urano y Neptuno deben ser tristes desiertos de hielo, sumerjidos en una noche eterna. Estos son datos que suministra la ciencia. En vano se dirá que *puede ser* que el calor central de los planetas, ó su constitucion especial, ó la composicion química de sus atmósferas, ú otras cualesquiera causas, harán que todos participen el mismo grado de luz y de calor que la Tierra, y por consiguiente tengan iguales condiciones de habitabilidad: cuando se tiene la pretension de defender en nombre de la ciencia la habita-

Biblioteca Nacional de España

cion de otros mundos, es preciso presentar demostraciones positivas, y á nadie se contenta con un *puede ser*.

Aun siendo ciertas y exactas las analogías que los partidarios de la pluralidad de mundos alegan como los argumentos mas fuertes para persuadir su habitacion, nada prueban en realidad. Bien sabida es aquella tan ingeniosa como burlesca ocurrencia de Voltaire: «No tenemos sobre esto mayor grado de probabilidad que el de un hombre que tuviese pulgas, y de ahí dedujese que todos los que vé pasar por la calle las tienen tambien: es muy posible que en efecto estos transeuntes tengan pulgas, pero no está probado que asi sea en realidad.»

Por último esas analogías versan sobre la existencia misma del planeta, y su naturaleza especial, prescindiendo de sus habitantes. Las alternativas de dias y noches, estaciones y años son una consecuencia necesaria de su movimiento y revoluciones, y dado el sistema planetario no pueden menos de verificarse, pero son diferentes en cada uno segun su magnitud, y la estension de la órbita que corren. ¿Cómo seria habitado Neptuno cuyos inviernos y veranos, duran sin interrupcion mas de cuarenta de nuestros años? ¿Cómo se harian las funciones de la vida en Júpiter cuyo dia artificial no dura mas que cinco horas? Si desapareciera por cualquier evento la vida de la tierra, no por eso dejaria de tener montes y mares, atmósfera y nubes, dias y noches, años y estaciones. Luego aunque tengan todo eso los planetas pueden muy bien estar deshabitados.

El argumento sacado de la abundancia de vida que se observa sobre la tierra y su diversidad segun los centros en que aparece, puede probar á lo sumo que *es posible* que haya vivientes en los astros, lo cual nadie niega, pero no que los haya de hecho, que es lo que se debe probar. Pero

Biblioteca Nacional de España

pierde su fuerza este argumento, considerando que la vida no depende de las fuerzas cósmicas, ó de la actividad de la naturaleza, como pretenden los partidarios de las *generaraciones espontáneas*, sino de la sola voluntad de Dios, sin la cual nada puede vivir; y no tenemos ningun medio de saber si Dios ha querido desarrollar la vida en los planetas. Decir que la vida germina y se propaga, doquiera hay condiciones á propósito para sustentarla, es no decir nada: es afirmar la misma vida, porque existe de hecho: pero no probar que donde hay tales condiciones hay vida sino que la misma vida se ha manifestado de tal modo mas bien que de otro. Las condiciones de habitabilidad no son otra cosa que manifestaciones actuales de la vida, y mal podemos afirmar que existen aquellas condiciones donde no sabemos si la vida está manifestada. Por último incurren en el vicio que censuran á sus adversarios, á saber, juzgar de los planetas por nuestras ideas terrestres, que allí no pueden tener aplicacion. Y nótese aquí una contradiccion de los planetizadores: cuando impugnamos la habitacion de los planetas nos acusan que nos salimos de la cuestion por juzgarla segun nuestras ideas terrestres, y cuando ellos la defienden se valen de las mismas ideas.

Las cosas que dependen únicamente de la voluntad de Dios, no pueden saberse, y menos afirmarse, si él mismo no se digna revelarlas. *Aut á Deo disce, aut á nullo*, decia Tertuliano. Pero Dios nada nos ha manifestado sobre los habitantes de los planetas, y esto prueba ó que no existen, ó que para nada necesitamos saberlo. ¿Pero así como nos ha revelado espresamente la existencia de los ángeles, no lo hubiera hecho tambien de los planetícolas? Tenemos por lo tanto mas motivo para negar su existencia que para afirmarla. Mas aun en el caso de ser iguales el pro y el contra, los que la negasen se pondrian en mejor terreno, por el

Biblioteca Nacional de España

mero hecho de no haber ninguna razon positiva para afirmarla.

Por lo mismo nada valen los argumentos que se toman de la pequeñez material de la Tierra, y de ser un átomo perdido en la inmensidad del espacio. «La única razon, decia el célebre Huigens, que obliga á creer que hay criaturas racionales en los planetas, es que sin esto nuestra tierra tendria demasiadas ventajas sobre ellos.» ¿No es una razon singular esta única razon? exclama Gaume. Si la tierra fuese el único mundo habitado, dicen otros, seria el mundo mas importante del universo, cuando en realidad es de los mas insignificantes. Estos confunden torpemente la importancia física ó material de nuestro globo, con la importancia que tiene por razon de su habitacion, que son dos cosas muy distintas. Si la Tierra fuese el único planeta que tuviese el privilegio de ser la residencia de la vida, este privilegio se fundaria en la sola voluntad de Dios, que ha hecho cuanto ha querido en el cielo y en la tierra. Si Dios no hubiera querido crear mas que esta humanidad terrestre, ¿quién osaria censurarle? ¿Quién diria que esto fuese indigno de su bondad?

La excelencia de las cosas que Dios ha criado no se mide por leguas, ni por arrobas, ni por volúmen. Cuando sabemos lo que el Criador se ha dignado hacer por los habitantes de la tierra, su revelacion que les ha dado, su Hijo unigénito que les envió para redimirlos con su divina sangre, y que este mismo Hijo se complació en quedarse sacramentado entre los hombres, y por último que el mismo Dios los crió para sí mismo, y quiere darse á ellos como premio segun nos enseña la fe, la Tierra adquiere á nuestros ojos una importancia mayor que todos los astros del espacio. La tierra es un átomo en comparacion de esos mundos prodigiosos, suspendidos en el cielo, y el hombre es un átomo

Biblioteca Nacional de España

en comparacion de la tierra, y sin embargo este hombre tiene una inteligencia que ha pesado aquellos mundos, los ha medido, y los ha analizado á pesar de su asombrosa distancia. ¿Quién dirá pues que una alma racional no vale mas que una estrella? El alma espiritual, es cosa tan noble, tan perfecta, tan superior á los séres corporales, que se eleva sobre los soles hasta el trono del mismo Dios, con mas rapidez que desciende á nosotros la luz que ellos nos envian. Por eso la Tierra puede ser muy bien uno de los mundos mas insignificantes de la creacion material, y al mismo tiempo el mas importante por razon de su habitacion, y de las preferencias divinas de que es objeto. No hay ninguna repugnancia en ello.

La tierra que parece tan pequeña, cuando se estudia la astronomía, parece sumamente estensa, cuando se estudia la geografía y la Historia natural. La poblacion inteligente que vive en ella, tiene un vasto campo en donde desarrollar sus facultades, y no puede quejarse de estrechez para sus movimientos. Por eso no hay necesidad de ensanchar este campo en toda la estension de los espacios. Por otra parte mas de las tres cuartas partes de nuestro globo están cubiertas por los mares, ó montes ó arenales, en donde no pueden habitar las criaturas racionales, así es que pequeña y todo como es la tierra, es cuatro veces mas grande que lo que necesitan los hombres que la habitan. Esto indica que este pequeño número de hombres es suficiente para los fines de la providencia.

Ademas la misma pequeñez de la tierra, que sirve á los adversarios para fundar argumentos á favor de la habitacion de otros mundos, puede servirnos para deducir lo contrario. Sabemos que en el mundo todo está sabiamente regido por la ley de las compensaciones; lo adverso y lo favorable están combinados y mezclados admirablemente

Biblioteca Nacional de España

en todas las criaturas, que si son inferiores á otras bajo algun aspecto, son superiores bajo otro; y por miserable que sea la condicion de una criatura, tiene alguna ventaja exclusivamente propia entre todas las demás. Si pues la tierra es un mundo tan inferior y tan miserable en la parte material como la pinta el Sr. Flammarion, ¿no es justo que esta desventaja esté compensada en ella con ser la residencia de la vida, y el mundo de la inteligencia? Dios se complace en dar sus dones á los humildes, y en ensalzar á los pequeños. Hasta en la economía de la gracia sigue este camino; asi es que el hombre tiene mas privilegios de gracia que el ángel, á quien es inferior en naturaleza: y el Verbo no quiso tomar la excelente naturaleza angélica, sino la humana flaca y miserable, aunque del linaje de Abraham y de David.

Y hay otra razon poderosa tomada de la misma naturaleza del hombre que persuade esto mismo. El hombre tiene una soberbia satánica, un orgullo insoportable, y está muy bien colocado en este mundo inferior, concediendo el supuesto de nuestro adversario, para que no se ensoberbezca. Aunque tiene que luchar con tantos elementos adversos, y se ve forzosamente limitado en su accion por las condiciones del globo en que vive, le falta poco para divinizarse, y le domina un orgullo infinitamente grande. Asi pues la pequeñez de la tierra está compensada con ser el mundo de las inteligencias, y la vanidad del hombre está temperada con vivir en este mundo pequeño, en una lucha perpétua con la materia.

Flammarion confunde siempre la nocion de la Tierra como planeta, parte del universo, y como morada de la vida. Como planeta concurre á la armonía general del universo, y guarda la ley de la unidad con todos los demás, pero esta armonía y esta ley de la naturaleza no se alteran,

Biblioteca Nacional de España

porque sea la única que tenga habitantes, y posea por la voluntad divina este privilegio sobre los demás. El argumento de nuestro adversario tendria fuerza, si la manifestacion de la vida fuese necesaria, dadas las condiciones para recibirla, si fuese un efecto de alguna ley general de la naturaleza; pero nada vale, desde el momento que sabemos que depende de la accion directa del mismo Dios, que es libérrimo en la distribucion de sus dones.

No por eso quedarian desconocidas las maravillas de la creacion. La fe nos enseña que Dios crió innumerables ángeles, para que le alaben y bendigan, y son inteligencias privilegiadas que conocen perfectamente las obras divinas, y le glorifican por ellas, y aun, segun opinion de algunos teólogos notables, ellos son los que dirigen los movimientos de las brillantes esferas de los cielos, y se pasean por los astros. Nadie ignora cuánto partido han sabido sacar de esta opinion los poetas cristianos: opinion que no deja de tener fundamento en los Libros sagrados.—Ademas los bienaventurados conocerán la inmensidad de la creacion, y la sabiduría y bondad divinas, reveladas en sus criaturas; por lo cual no es necesario para este fin poblar á todos los astros de habitantes.—Y por último, hasta mientras vive en este grano de arena, el hombre ha logrado penetrar con sus telescopios en los campos de lo infinito, y ser espectador de aquellas maravillas, que predican con tanta elocuencia la gloria del criador.

De manera que los argumentos de *congruencia*, que son los mas fuertes que alegan los adversarios, tienen bien poca fuerza en realidad. Cuando el hombre quiere discurrir acerca del fin porque han sido hechos tantos soles en el espacio acerca del objeto de los movimientos, magnitud, años, dias, y satélites de los planetas, y demás cosas que admira por medio del telescopio, entra en rigor en un terreno que le

Biblioteca Nacional de España

está vedado. La doctrina católica nos dice que el fin de todas las cosas es la mayor gloria de Dios, pero de aquí no podemos pasar, y no sabemos de qué modo se consigue mejor ese fin. En la misma Tierra nos ha revelado el microscopio la existencia de una inmensa poblacion invisible, que ha estado hasta aqui y estará perpétuamente desconocida para la mayor parte de la humanidad. ¿Y porque esta multitud de séres haya estado desconocida, se podrá decir que Dios no ha conseguido en ella el fin de la creacion? Esto prueba que este fin no es como el hombre se lo figura. Luego de la misma manera ha podido y puede estar deshabitada la creacion sideral, sin perder nada por ello la gloria de Dios.

Nada mas aventurado ni temerario que intentar ajustar á nuestra flaca razon los fines de la Providencia divina. ¿Por qué esto, decís, por qué aquello?—*El que es escudriñador de la majestad, lo hundirá el peso de su gloria* (1).—*¡Cuán incomprensibles son sus juicios, é impenetrables sus caminos! Porque, ¿quién entendió la mente del Señor, ó quién fue su consejero?* (2) Nos rodea por todas partes el misterio, ¡y nos atrevemos á profundizar los planes y disposiciones de Dios! ¡Razon orgullosa! ¡No comprendes tus propios actos y pretendes comprender los fines de Dios, y encerrar en mezquinas leyes de tu invencion el inmenso plan de sus decretos, que enlazan acaso, en desconocidas relaciones, la vida de un insectillo con las grandiosas revoluciones de los astros! Sabemos que todas las cosas concurren á un mismo fin, pero no sabemos cómo: porque todas son igualmente partes del universo, lo mismo una estrella que un insecto, y para Dios no hay grande ni pequeño, pues todo dista de él un infinito. Por eso, tal vez, se complace mas en la de-

(1) Prov. xxv, 27.
(2) Rom. xi, 33.

Biblioteca Nacional de España

licada constitucion de un arador, que en el magnífico globo de Saturno, con sus ocho lunas y sus gigantescos anillos.

Mirada esta cuestion imparcialmente con ojos filosóficos, cuesta trabajo decir cuáles son mayores maravillas, y cuáles son obras mas gloriosas para Dios, las que nos revela el microscópio, ó las que nos revela el telescópio. Esos infusorios de pequeñez infinitesimal, para quienes una gota de agua es un océano, con ojos, estómago y órganos adecuados á su vida; esos espesos bosques que se distinguen perfectamente en un grano de musgo, no son menos admirables que el magnífico Sirio, ó las estrellas dobles que mezclan en los cielos sus luces de colores. Igualmente revelan la sabiduría y omnipotencia del Criador, lo grande, lo gigantesco, lo inmenso de los cielos y lo atómico, lo delicado, lo invisible é impalpable, por decirlo así, que vive en la hoja de una florecilla. A juzgar por la mole, si aquellos animalillos tuvieran inteligencia, ¿qué pensarian de nosotros? Se quedarian más atónitos que nosotros mismos, si nos demostraran, por ejemplo, que el sol fuese un animal racional. La desproporcion seria la misma, pues el sol no es tantas veces mas grande que nosotros, cuantas nosotros lo somos de los insectillos aludidos.

En la inmensa escala de la creacion, cada cosa ocupa su lugar propio, y no es fácil decir cuál es lo mas perfecto y cuál lo menos perfecto, pues no podemos juzgar sino por apreciaciones relativas. Por eso nuestras conjeturas sobre la vida de los astros, por especiosas que parezcan, y su comparacion con la Tierra, á no ser bajo el punto de vista puramente astronómico, son siempre aventuradas, y carecen de base sólida. Al estudiar las condiciones de la Tierra, hemos de evitar dos extremos igualmente viciosos: no debemos ser pesimistas como el Sr. Flammarion, ni optimistas como aquellos que la creen el mejor de los mundos posibles. Sabemos por la

CASTALIA, EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

Sagrada Escritura que Dios aprobó su obra en el principio, que la condicion de la humanidad era muy distinta que actualmente, y que muchas incomodidades que hoy sufrimos son pena y consecuencia del pecado. No seria indigno de Dios haber hecho de la Tierra la única morada de la vida, pues á sus ojos todos los globos salidos de su diestra eran de todo punto indiferentes en órden á colocar su criatura racional. De esto no se podria inferir «que las divinas hipostasis, eternamente inactivas hasta el dia de la creacion terrestre, no se manifestaron mas que para la creacion de una sombra, y que toda la efusion de su poder infinito *solo dió por resultado la produccion de un grano de polvo animado.*»

Al escribir esto Flammarion, olvidó que la creacion es el principio del tiempo; y por tanto, que necesariamente debió preceder una eternidad al ácto creador, no por inaccion de su poder, sino por condiccion esencial de la criatura, que del no sér pasó al sér. Olvidó tambien que la creacion no se limitó solamente á la tierra, sino que abarcó en un mismo acto á todo el universo, que ciertamente es algo mas que una sombra; y por último, que Dios no empleó para la creacion todo su poder infinito, sino que le bastó un acto simplicísimo de su adorable voluntad.

Mucho menos se infiere que si la tierra fuese el único mundo habitado, «deberia ser un mundo completo por sí mismo, que colmaria nuestras concepciones, y no les permitiria buscar fuera de él alimento á nuestras aspiraciones, y la existencia de un estado superior al nuestro.» Esto no podria afirmarse tan en absoluto, aun cuando tuviésemos nuestro último fin sobre la tierra, y hubiéramos de permanecer eternamente en ella; pero mucho menos sabiendo que estamos de paso, que somos peregrinos en ella, y que sus imperfecciones sirven para nuestra prueba. Esas aspi-

Biblioteca Nacional de España

raciones que nos hacen desear un estado superior al nuestro, son precisamente un argumento de que nos espera otra vida mejor.

Añadiremos ahora que, los argumentos de *sentimiento*, que hablan por lo general á la imaginacion, se emplean frecuentemente para defender las malas causas, que no se apoyan en razones sólidas, y que si se les despoja de su atavío retórico, no tienen ningun valor. Fácil seria presentar contra la pluralidad de mundos argumentos de este género, mas fuertes y numerosos que los que emplean los adversarios en su favor. Fácil seria hacer una pintura horrible de los planetas, *describiendo* con vivos colores, ya el calor abrasador de algunos de ellos, ya la triste lobreguez y frio que reina en otros, segun su mayor ó menor distancia al sol: y estos argumentos tendrian ciertamente la ventaja de estar apoyados en datos positivos é innegables de la ciencia, y hallaríamos abundantes materiales para formarlos en las obras mismas de Mr. Flammarion. Despues presentaríamos en contraposicion las bellezas y magnificencias de la Tierra, la variedad y riqueza de sus producciones, y todas las otras ventajas que entusiasman á los poetas, y todas las buenas condiciones que posee para hacer agradable la peregrinacion que hacemos sobre ella. Nadie habria entonces que no se persuadiese que nuestro globo era el único mundo adecuado para la vida.

Además podríamos reforzar estos argumentos con otros nuevos, sacados de las enseñanzas de nuestra fé. Podríamos ensalzar la dignidad del hombre, poco inferior á los ángeles, criado inmediatamente por Dios á imágen y semejanza suya, y destinado para poseerle por toda la eternidad. Podríamos ponderar la importancia de la Tierra, por haberse dignado visitarla personalmente el Hijo de Dios, y extendernos en consideraciones sobre este inapreciable pri-

Biblioteca Nacional de España

vilegio, que la pone á la cabeza de todos los cuerpos celestes, y hacer ver, además, que toda la creacion sirve para nuestro bien y felicidad, como si el hombre fuera su rey y su señor. Pero no faltará ocasion de exponer estos argumentos, en sus relaciones con la pluralidad de mundos, en su debido lugar.

Sin embargo, haremos notar que la primera impresion que causa la idea de la pluralidad de mundos es de extrañeza é incredulidad. Se necesita un gran esfuerzo de reflexion para creer en la probabilidad de esta hipótesis, y á pesar de eso, cuanto mas meditamos sobre ella, experimentamos una sensacion no sé si de estupor ó deslumbramiento, como si el alma se dilatase violentamente en toda la extension del espacio, ó cayese de golpe sobre ella el peso de la inmensidad. ¡Tan lejos está la pluralidad de mundos de ser una idea innata, ó una verdad de intuicion como le parece al Sr. Flammarion! Por el contrario, es como innata la propension á negarla, y esto constituye un argumento muy fuerte contra esta opinion, teniendo en cuenta que el alma tiende instintivamente hácia la verdad, y no rechaza instintivamente sino el error.

Por último, el carácter propio de la verdad, es producir la certeza y llevar la conviccion al ánimo; pero la pluralidad de mundos jamás pasará de ser una hipótesis mas ó menos probable. Por mas que se hagan observaciones; que se perfeccionen los instrumentos; que se descubran analogías; que se inventen argumentos, siempre será preciso que confesemos que hay en el firmamento un tesoro de portentos y maravillas, cuya llave no se nos confiará hasta la otra vida (1).

(1) Véase el apéndice, nota D.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VII.

Sentir de la Iglesia. — Libertad en que deja á sus hijos en esta y otras semejantes cuestiones. — La Iglesia y la astronomía.

Flammarion padece una grave equivocacion, que no podemos creer que sea intencionada, al juzgar que la doctrina de la Iglesia es contraria á la opinion de la pluralidad de mundos habitados. Importa mucho desvanecer esta falsa idea, para colocar la cuestion en su verdadero terreno.

Sobre este punto han sido siempre libres las opiniones, pues cualquiera que sea el partido que se abrace, los dogmas que enseña la Iglesia quedan siempre intactos, y nada tienen que temer. El lema constante de la Iglesia ha sido en todos tiempos aquel feliz consejo de San Agustin: *In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus charitas.* Jamás ha tolerado la mas leve discrepancia de pareceres en lo necesario, en lo sustancial de su doctrina, en los artículos de su símbolo, en la aplicacion de sus preceptos; pero en todo lo demás ha concedido á sus hijos la libertad mas ámplia de discusion. Buena prueba de esto son las vivas y ardientes polémicas sostenidas en sus escuelas, los diversos métodos de exposicion de los dogmas, y las múltiples opiniones mas ó menos rígidas, que se hallan en los tratados de teología moral. Todo el mundo tiene noticia de los tomistas, congruistas, augustinianos, etc., que dentro del mismo

Biblioteca Nacional de España

campo católico representaban y defendian las opiniones mas opuestas, aunque perfectamente acordes en todo lo sustancial: y aun hoy mismo, que los teólogos en general usan indistintamente los argumentos de una ú otra escuela para defender las verdades católicas, dejan entrever sus ideas personales, mas ó menos matizadas del color escolástico de los autores leidos con preferencia.

En el mero hecho de dejar libres las opiniones sobre la pluralidad de mundos, declara la Iglesia que este no es un punto dogmático, pues en otro caso habria dado su decision. «La Iglesia, dice San Agustin, no aprueba, ni practica, ni guarda silencio en lo que es contra la fé ó la sana moral.» Esta sola consideracion basta para responder á los sofismas de los adversarios. Por eso dicha opinion fue abrazada por unos y rechazada por otros con toda libertad.

Sin embargo, no negaremos que la teología en general se acentuó en sentido contrario á la hipótesis que nos ocupa; pero esto tiene su explicacion filosófica en el desarrollo del cristianismo, y en los conocimientos é ideas contemporáneas. La pluralidad de mundos no tenia fundamentos hasta los últimos tiempos, para poder parecer razonable. Para esto se necesitaban grandes conocimientos de física y de matemáticas, instrumentos de óptica, prolongados estudios, y un gran esfuerzo de imaginacion para inclinarse á aquella sentencia, contra el testimonio de los sentidos. Por eso no es de extrañar que la teología, ciencia de autoridad, se pronunciara por la opinion seguida por el mayor número, y al parecer mas conforme á los libros sagrados. Lo extraño seria que hubiera seguido el camino contrario. Además, no solo la teología, sino la filosofía, y lo que es mas importante, las mismas ciencias físicas y astronómicas de la época, rechazaban aquella hipótesis, ó no se ocupaban de ella.

Ciertamente que algunos antiguos filósofos paganos

Biblioteca Nacional de España

profesaron dicha opinion, aunque no sepamos cómo la adquirieron, y la enseñaban en secreto á sus discípulos de confianza, ocultándola á los profanos, pero los argumentos en que la fundaban eran absurdos y puramente arbitrarios; y hoy no se aprovecha ninguno de ellos para defenderla. Aquella opinion hubiera caido por sí misma, si otras causas no hubieran venido á sepultarla en el olvido.

El cristianismo traia una laboriosa tarea que cumplir en la revolucion radical que debia llevar á cabo en las ideas y en las costumbres, ó sea en las inteligencias y en los corazones. Esto no podia efectuarse sin grandes luchas, porque era preciso demoler todo lo existente para edificar sobre sus ruinas, y esto le costó cuatro siglos. Religion despreciada, odiada y mal comprendida, el cristianismo luchó primero por medio de la fé, y con la sangre de sus mártires, para hacerse oir á fuerza de virtud y heroismo, y despues se hizo razonador y filósofo, para confundir á las últimas reliquias del paganismo. Entonces debió desarrollar su nueva y grandiosa filosofía, establecer una por una sus verdades, y combatir los sistemas opuestos. La pluralidad de mundos no tenia la importancia que hoy ha adquirido, ni podia ser considerada en las vastas relaciones á que hoy se extiende; era entonces una opinion oscura y secundaria, y no podia llamar la atencion de la filosofía cristiana, obligada á discutir otros puntos mas interesantes. Cayó, pues, aquella opinion envuelta en la ruina de las escuelas que la defendian.

A veces, sin embargo, volvió á retoñar por breve tiempo en los errores de algunas oscuras ramificaciones del gnosticismo, y entonces era natural que algunos Padres, al condenar aquellos errores, condenasen tambien aquella opinion en que los apoyaban y que parecia igualmente errónea. Por eso no hay que extrañar que algunos la pu-

Biblioteca Nacional de España

siesen en el número de las heregías (1). La Iglesia, sin embargo, no aprobaba ni rechazaba estas apreciaciones personales. Cuando los Padres y los teólogos defendian la unidad del mundo, entendian por esta palabra, no la tierra solamente, sino la universalidad de todas las cosas existentes distintas de Dios, y en este sentido no iban tan descaminados. Por el contrario, los que defendian la pluralidad de mundos, en general erraban acerca de la creacion y de la influencia de Dios en el gobierno de las cosas visibles, ó tenian falsas nociones de las operaciones divinas *ad extra*. Pero los Padres, sin excepcion, creian que la eficacia del poder creador no se habia agotado en la produccion de este mundo, y admitian la posibilidad de otros muchos de una existencia sucesiva ó simultánea. Orígenes opinaba que Dios crea siempre mundos en número indefinido, los renueva y los reemplaza con otros, y nunca cesa en su accion creadora (2), y no fue ciertamente por esta opinion por la que mereció ser condenado en los concilios de Calcedonia, y segundo de Constantinopla.

Estando las ciencias físicas tan atrasadas, los Padres daban ciertamente una base errónea á sus raciocinios, pero no era mas sólida la de los contrarios, y á lo menos obraban como filósofos prudentes, siguiendo la opinion mas segura y admitida en aquel tiempo. Por lo demás no hay razon para morder á los Padres tan duramente como lo hacen algunos escritores modernos, por su escasez de conocimientos en las ciencias físicas, sabiendo que los filósofos de su época profesaron los mismos errores que ellos, ó acaso mayores. Los que hoy se burlan de los Padres por sus errores en astronomía, ¿hubieran sabido mas que ellos si hu-

(1) Véase Roselli, *Summa philosophica ad mentem Dio. Thomæ*, tomo III, quæst. II artículo 1.°

(2) *De principiis*, lib. III, cap. V.

Biblioteca Nacional de España

bieran vivido en su tiempo? Además los Padres eran mas escusables que los filósofos, porque estos estudiaban espresamente aquellas materias, al paso que aquellos solo las trataban por incidencia, supuesto que su principal objeto era esplicar las verdades de la fe, que son independientes de las artes ó las ciencias cultivadas por los hombres, por mas que muchas veces las llamen útilmente á su servicio. Además sus incesantes luchas con los herejes, no les permitian dedicarse á profundizar las ciencias naturales.

Esto no obstante poseyeron perfectamente todos los conocimientos de su época. En los grandes cataclismos que acompañaron y siguieron á las irrupciones de los bárbaros, las ciencias se refugiaron en el santuario, y se salvaron del naufragio. Los Obispos y los Monges conservaron los antiguos manuscritos. Como cada uno se veia obligado á formar su biblioteca, copiando ó haciendo copiar los libros que necesitaba, solo podia escoger aquellos que le eran mas útiles. Por lo tanto las obras de los antiguos filósofos no eran consultadas ni aun conocidas sino por muy pocos, hasta que estendiéndose la vida monástica, pudieron los monges dedicarse con tranquilidad á multiplicar aquellos ejemplares. En toda esta época era muy natural, prescindiendo del valor filosófico, que la opinion de la pluralidad de mundos, así como otras muchas, quedase oscurecida y olvidada por la misma fuerza de las circunstancias. Si algun teólogo laborioso, la encontraba, revolviendo viejos manuscritos, al verla por una parte mezclada con los mas groseros errores, y por otra en abierta oposicion con las ideas comunmente recibidas, y con el testimonio de los sentidos, hacía bien por entonces en rechazarla, ó en sepultarla otra vez en el olvido.—Más tarde, cuando la resucitó el cardenal de Cusa, y la defendieron algunos otros, la Iglesia no les puso ningun obstáculo, por mas que la opi-

Biblioteca Nacional de España

nion contraria tuviera mayor número de partidarios.

Hasta que llegó á ser una verdad demostrada el movimiento de la tierra, y la magnitud de los cuerpos celestes, no puede hacerse ningun cargo razonable á los que la negaron, y menos á los que negaron la pluralidad de mundos. Aun despues se dividieron las opiniones respecto á este último punto, que no depende necesariamente del primero, y que por otra parte no tiene otras pruebas que algunas analogías, que nunca pueden llegar á dar una certeza. Por eso aun despues de Galileo están en su perfecto derecho, y no son de modo alguno censurables, los teólogos ó filósofos que han negado la habitacion de los cuerpos celestes; y en verdad que éstos no escasean hasta en nuestra época, á pesar de conocer la importancia del universo.

Es, pues, esta opinion perfectamente libre, tanto bajo el punto de vista teológico como filosófico. De hecho las opiniones están divididas, y por una y otra parte se han llevado hasta los estremos mas exagerados. Mientras unos afirman que la pluralidad de mundos es enteramente contraria á las Sagradas Escrituras y á los dogmas católicos, otros por el contrario, sostienen que es una verdad claramente apoyada en los Libros Sagrados, y que sirve para esplicar muchos dogmas. El justo medio consiste en decir, y es lo verdadero, que aquella opinion en nada se opone á la doctrina católica, que la Escritura nada afirma ni niega acerca de ella, y que se esplican satisfactoriamente los textos que se alegan en pró ó en contra, y que la Iglesia, en el mero hecho de permitirla, la considera como estraña á las verdades de fe.

En este sentido se espresan teólogos notables, y creemos interpretar rectamente la actitud de la teología en nuestra época respecto á este punto. «Respecto á los habitantes de los planetas, nada define la religion, dice Per-

Biblioteca Nacional de España

rone (1).»—«En esta materia, escribe oportunamente Frayssinous, las opiniones son libres. Nosotros no decimos que los astros estén poblados de hombres como nosotros, pues de esto nada sabemos; pero en fin, ¿os parece estraño que la tierra, que no es mas que un punto en la inmensidad, sea la sola habitada, y que el resto del universo no sea mas que una vasta soledad? ¿Quereis colocar en el sol, en la luna, en los planetas, en los mundos estelarios, criaturas inteligentes, capaces de conocer y de glorificar al Criador? La religion no os prohibe abrazar esta opinion. La *pluralidad de mundos*, de Fontenelle, puede muy bien no ser mas que un ingenioso romance, pero sois libres para ver en ella una realidad. Hemos creido oportuno deber hacer todas estas advertencias, porque falta todavía conocer bien lo que la religion enseña positivamente, y lo que abandona á las disputas de los hombres: se le atribuye una doctrina que no es la suya, y se amontonan preocupaciones contra ella: de lo cual se sigue, que muchas veces se cree atacarla con éxito, mientras en realidad no se hace otra cosa que combatir contra quimeras (2).»—«Si se quiere, dice el P. Félix, que los planetas y los astros tengan sus habitantes capaces como nosotros de conocer, amar y glorificar al Criador, me apresuro á proclamar que el dogma no lo repugna, que nada afirma y que nada niega sobre esta libre hipótesis. La economía general del cristianismo mira á la tierra, nada mas que á la tierra; abraza la humanidad, nada mas que la humanidad que desciende de Adam y fue redimida por Jesucristo (3).»—«La opinion de la pluralidad de mundos—dice el sabio Monseñor Maret, despues de esponer la hipótesis de que

(1) *Tract. de Deo Creatore*, part. III, cap. I, núm. 290, nota.

(2) Frayssinous, *Conferences sur la religion*, tomo II, conf. II.

(3) *Conferencias* en la cuaresma de 1865, conf. III, — *El Génesis y las ciencias modernas.*

Biblioteca Nacional de España

Dios realiza todos los mundos posibles en lo indefinido del espacio y del tiempo, nunca se ha considerado como contraria á la fe. El ilustre José de Maistre adoptóla. Pero como no podemos determinar el número de mundos, nos encontramos en un terreno indefinido. La opinion que aquí proponemos no es nuestra opinion personal, porque es difícil tenerla en estas materias. Con todo creemos útil esponerla para que vea la razon hasta dónde puede llegar sin daño de la fe; *in dubiis libertas*. Esta esposicion ofrece todavía la ventaja de mostrar que el dogma nada tiene que temer de los progresos de la ciencia (1).»

Por esto se infiere cuánta es la sinrazon é injusticia de los adversarios, cuando suponen que la Iglesia es contraria á esa grandiosa hipótesis, que se complacen en defender los grandes pensadores modernos. La Iglesia solo puede ser contraria á las falsas y temerarias consecuencias que algunos deducen de tal hipótesis, y al obstinado empeño de presentarla en oposicion con los dogmas fundamentales del cristianismo.

¿Y por qué la Iglesia habia de ser contraria á esa opinion? ¿Porque seria incompatible con alguno de sus dogmas? La mas ligera reflexion basta para probar que no es así. Si los astros son mundos habitados, claro es que sus habitantes no son descendientes de Adam, y por lo tanto los dogmas del pecado original y sus consecuencias, la redencion, la gracia, etc., quedan perfectamente intactos, pues nada tienen que ver con aquellos. Negamos que la pluralidad de mundos se oponga á ningun artículo de la doctrina católica: si los adversarios opinan lo contrario, á ellos pertenece mostrar esta supuesta contradiccion, lo que no lograrán jamás.

Una cosa son los datos positivos de la ciencia y los des-

(1) Maret, *Teodicea cristiana*, leccion XVI, nota.

Biblioteca Nacional de España

cubrimientos modernos, y otra los absurdos sistemas que edifica sobre ellos una filosofía temeraria. La Iglesia, lejos de temer los primeros, los acepta con júbilo, los promueve y los bendice, porque sabe por esperiencia que la traen nuevas pruebas de su verdad. En cuanto á los segundos está ya acostumbrada á ser combatida en nombre de la ciencia, mal comprendida y mal interpretada, y sabe que estos ataques la proporcionarán muy pronto nuevos triunfos.

Particularmente la astronomía es la ciencia que menos debia atacar á la Iglesia, por ser acaso la que tiene que agradecerle mas beneficios. La astronomía ha sido siempre amada y protegida por la Iglesia, y cultivada por muchos de sus hijos. Las pacientes observaciones de los monges en la soledad de los claustros, continuaron las de los Egipcios y Caldeos, y fueron poco á poco corrigiendo los errores de la Edad media. En los techos de las catedrales, en los libros de coro y en los claustros de las abadías se escribian los mapas celestes. Muchos y muy notables astrónomos, por no decir los mas célebres, han sido individuos del clero, cardenales, obispos, canónigos, monges y simples presbíteros, que á fuerza de laboriosas y contínuas investigaciones enmendaron ellos mismos los errores pasados, y prepararon poco á poco el estado actual de la ciencia. El mayor número de los astrónomos despues de la era cristiana que cita Flammarion en su *Historia del cielo*, han sido clérigos ó religiosos, ó protegidos en sus estudios por miembros del clero.

Al clero se deben los principales descubrimientos y progresos de la astronomía, así como la invencion ó perfecion de los instrumentos necesarios para su estudio. El venerable Beda descubrió el equinoccio; San Isidoro de Sevilla se complacia en estudiar las revoluciones de los cuerpos celestes y escribir sus observaciones; el monge Gerberto, des-

Biblioteca Nacional de España

pues Silvestre II, formó el globo celeste, y abrió cátedras de matemáticas y astronomía; Rabano Mauro escribió su tratado del *Universo*, y el monge Blemmyde varias obras de cosmografía: el canónigo Lamberto dibujaba en el siglo XII curiosos mapas celestes; Juan de Beauvean, obispo de Angers, recopilaba en una obra toda la erudicion de su siglo; el monge Bacon y Alberto el Magno poseian tales conocimientos, que el vulgo los creia hechiceros. Son bien célebres los nombres del cardenal de Cusa, de Schomberg, cardenal de Cápua, y de Tideman Gysio, obispo de Culm. Copérnico fue canónigo de Varmia, Gassendi, clérigo, Mañan, religioso mínimo (1), Scheiner, jesuita (2), Soumille (3) y Chappe (4), fueron presbíteros, y Pingré, llamado por Flammarion el modelo de los matemáticos, fue tambien canónigo. Si Galileo tuvo émulos en el clero, tuvo tambien decididos protectores y buenos amigos. Casi todo el sistema de Newton es debido al presbítero Gregorio de Saint-Vincent, y á los PP. La-Faille, Guldin y Leotaud. —Por último, sin salir de la órden de los Jesuitas, esa brillante academia de tantos sabios, encontraremos los célebres nombres de Ricci, Schall, de Bell, Benvenuti, Angli, Aguillon, Kircher, Bunon y Sechi, y otros muchos que seria largo referir.

Tan lejos está la Iglesia de ser enemiga de la astronomía, que puede considerarse con razon como la nodriza de ella. Si esta ciencia no hubiera sido cultivada á la sombra del santuario, tal vez no habria llegado hasta nosotros, y seguramente no habria hecho los gigantescos progresos que

(1) Fue tambien inventor del *microscopio*.

(2) Scheiner y Rheita fueron los inventores racionales y reales del *telescopio*, en fuerza de perfeccionarlo.

(3) Se le debe la invencion del *termómetro real*.

(4) Es inventor del *telégrafo*.

Biblioteca Nacional de España

hoy admiramos. Los crasos errores de los antiguos indican sin embargo un buen deseo de descubrir la verdad, y sea como quiera, son el punto de partida de los conocimientos modernos. Para hacer un palacio se emplean primero los mas toscos materiales y piedras informes, y solo despues que está terminada la fábrica, recibe su pulimento y adornos. Todas las ciencias han estado algun dia en su infancia, y se han ido libertando lentamente á fuerza de perseverancia y estudio, de los errores en que crecieron envueltas, y aun hoy no hay ninguna que pueda lisonjearse de haber llegado ya á su perfecto desarrollo. Además, los que se burlan de la ignorancia de los antiguos, ¿están ciertos que no se burlarán igualmente de ellos los siglos venideros? El ejemplo de los llamados sabios del siglo XVIII, á quienes hoy la ciencia mira con lástima, podia servir de saludable escarmiento á los presumidos sabios del siglo XIX.

Considerada la astronomía con relacion á la pluralidad de mundos, es indudable que su descubrimientos prestan á esta opinion toda su firmeza, y la plantan sólidamente en el terreno científico. La teología, hoy como siempre, al colocarse resueltamente al lado de los progresos de la ciencia, acepta tambien las legítimas consecuencias á que ellos nos conducen. No por eso, como supone Flammarion, cambia ni altera, ni modifica sus dogmas, sino solamente modifica la forma de sus esposiciones. Solo en este sentido la teología es progresiva.

La palabra *progreso* aplicada á las verdades reveladas no tiene sentido. *Verdad* es sinónimo de inmutabilidad; y *revelacion divina* añade á la verdad el carácter mas inmutable de la veracidad infinita de su orígen. En esta parte no nos separaremos un ápice de la doctrina del *Syllabus*, que condena la proposicion de que la revelacion es progre-

Biblioteca Nacional de España

siva (1). Mas si se trata del conocimiento de estas verdades, y del modo de esponerlas y defenderlas, el progreso no solo es admisible, sino tambien necesario, segun las disposiciones de la humanidad en sus diferentes épocas. La religion no varía en sus creencias y doctrinas, pero en las polémicas con sus adversarios puede emplear diversos métodos y diversos raciocinios.

Pero cuando ocurre que las circunstancias, ó los progresos de las ciencias hacen necesario variar las esposiciones de algun pasaje bíblico, ó de algun punto teológico entendido hasta entonces en sentido contrario, hay que proceder con mucho estudio y madurez, y no pasar adelante sin tener para ello razones indudables, y aun evidentes. Entonces ocurre que prevalece la opinion nueva en armonía con la ciencia, decidiéndose por ella hombres sabios y competentes, que con su ejemplo y razonamientos atraen á los demás: pero durante mucho tiempo la vieja opinion sigue teniendo gran número de patidarios, mayor ó menor, segun la importancia y el tiempo que aquella imperó en las escuelas sin rival: y en lo sucesivo nunca le falta algun defensor rezagado, aunque esté solo, que la lleva al sepulcro con honor. Pero la prudencia aconseja no llegar á este estremo sin razones evidentes y de reconocida utilidad.

Esta es la razon porqué la teología procede lentamente, y algunas veces parece que las ciencias naturales la dejan rezagada, pero tambien es frecuente que estas hacen un feliz retroceso á inspirarse en las doctrinas de aquella, y entonces la colocan honrosamente á su cabeza. La teoría del

(1) Prop. V. que dice así: *Divina revelatio est imperfecta, et idcirco subjecta continuo et indefinito progressui, qui humanæ rationis progressioni respondeat.*—La revelacion divina es imperfecta, y por tanto sujeta á un progreso contínuo é indefinido, correspondiente al progreso de la razon humana.—Cond. en la Encíclica, *Qui pluribus*, 9 noviembre, 1846.

Biblioteca Nacional de España

movimiento de la tierra causaba una revolucion general en las ideas, por mas que no la concedamos tanta influencia sobre la religion, como algunos pretenden, y era prudente asegurarse bien de ella, antes de aceptarla. Esto es lo que hizo la teología, asi como tambien todos los filósofos de la época: y lo mismo sucede con su consecuencia de la pluralidad de mundos. Y si esta última hipótesis se hubiera planteado como era debido, no hubiera hallado tanta oposicion; pero desde su principio se quiso presentar como contraria á los dogmas, y esto no podia menos de contribuir á que los católicos la combatiesen vivamente, ó al menos la mirasen con recelo. Hoy que es discutida bajo su verdadero punto de vista, y han podido fijarse sus límites, se inclinan á ella los mas notables teólogos, y vé aumentarse cada dia el número de sus defensores.

A pesar de ser esto lo que dicta la sana razon, y una crítica recta é imparcial, ciertos filósofos pequeños insisten todavía en acusar á la Iglesia católica de haber querido ahogar en su cuna los grandes descubrimientos de la astronomía y sus legítimas consecuencias. ¿Y el proceso de Galileo? exclaman con indignacion. ¿No es verdad que el movimiento de la tierra fue condenado como una heregía? ¿No es cierto que esta injusta condenacion retrasó en muchos años las fecundas aplicaciones de tal descubrimiento? Luego la Iglesia erró, y además de errar, acreditó ser contraria á los progresos de las ciencias.—Muchas veces se ha propuesto, y se propondrá todavía este argumento, á pesar de haberle dado solucion satisfactoria. En primer lugar se ha dado á este proceso mas importancia de la que en realidad tiene, por haberlo exagerado desmedidamente los enemigos de la Iglesia romana, sin tomarse el trabajo de examinarlo con detencion é imparcialidad. Además se ha llenado de falsedades este hecho y se ha espuesto raras veces con la debida

CASPAR EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

exactitud por una y otra parte: por lo cual creemos oportuno dedicar un capítulo á esponer este punto con la conveniente estension y verdad.

Entre tanto dejamos consignado que la Iglesia nada tiene que temer de la astronomía; que nos deja en libertad absoluta de abrazar ó rechazar la opinion de la pluralidad de mundos habitados, y que nunca ha influido ni directa, ni indirectamente en la suerte de esta opinion.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VIII.

La verdad exacta acerca del proceso de Galileo.

En el apéndice á su libro, *La pluralidad de mundos*, Mr. Flammarion escribe lo siguiente:

«Desde la época de Copérnico y Galileo, se comprendieron en toda su gravedad las dificultades que el nuevo sistema del mundo iba á suscitar contra el dogma del Verbo Encarnado; y por mas que hayan dicho ciertos comentadores, no hay que ver solamente un asunto de celos ó de jesuitismo en el memorable proceso de Galileo. No es la *persona* del ilustre Toscano la que se tenia presente, sino los *principios* de que él se hacia defensor. Se viene repitiendo desde ochenta años hace, con Mallet-du-Pan, que Galileo no fue perseguido como buen astrónomo, sino como mal teólogo, y por haber querido poner el sentido de las Escrituras en armonía con el nuevo sistema del mundo: esta es una afirmacion demasiado absoluta y que ha sido harto venturosa. No; no atribuyamos este gran acontecimiento á los rencores de Maffei Barberini (Urbano VIII), quien por otra parte tenia buena opinion de su antiguo amigo, ni á su orgullo ajado con el papel de Simplicio que parecian hacerle representar sus célebres *Diálogos*, ni á la conspiracion de los tres frailes Caccini, Grassi y Firenzuola, comisario de la

Biblioteca Nacional de España

Inquisicion; hay, es cierto, algo de todo eso en este asunto bastante complicado, pero hay algo mas; hay una razon mas grave, á la altura de la causa debatida..... Esta razon es la que movia á Mgr Ciampoli á prevenir la condenacion de Galileo, escribiéndole en febrero de 1615: «Emplead mucha reserva en vuestras palabras, porque donde simplemente estableceis alguna semejanza entre el globo terrestre y el globo lunar, otro aumenta y dice que suponeis que hay hombres habitando la luna, y este otro empieza á discurrir cómo pueden haber descendido de Adam ó salido del arca de Noé, con muchas otras estravagancias en las cuales jamás habeis pensado.»

Antes de pasar adelante, vamos á demostrar que Mr. Flammarion se equivoca. Hé aquí lo que escribe muy á propósito Mr. Henry Martin, que es tal vez el escritor que ha estudiado mas á fondo este proceso.» No fue Galileo, no fueron los intérpretes y los continuadores fieles de su doctrina, sino sus adversarios y sobre todo sus enemigos, los que para alarmar á los teólogos, deducian falsamente que si nuestro globo es un planeta, seria forzoso necesariamente inferir que habria hombres en los otros planetas y en la Luna. Esta falsa consecuencia deducida por Lagalla, por el P. Scheiner y otros, fue combatida por el P. Campanella en su *Apología de Galileo*. Lejos de aceptar esta consecuencia, Galileo mostraba su imposibilidad con razones apoyadas en la ciencia, en 1613 en sus *Cartas sobre las manchas del Sol*, en 1616 en su carta de 28 de febrero á dom Muti sobre las montañas lunares, y en 1632 en sus *Diálogos sobre los sistemas del mundo*; declaraba que los cuerpos celestes no pueden estar habitados como la tierra por séres semejantes á nosotros, puesto que las condiciones de la vida son enteramente diferentes en aquellos. No obstante, sin afirmar nada, se inclinaba á creer, siguiendo el ejemplo del

Biblioteca Nacional de España

cardenal Nicolás de Cusa, que aquellos cuerpos podian ser la morada de séres mas ó menos inteligentes. Pero esta hipótesis, restringida á estos términos tan razonables, no solamente no ha sido jamás objeto de alguna censura eclesiástica, sino que muchos teólogos católicos la invocaron y la invocan todavía contra los pesimistas, que pretenden que todo es mal sobre la tierra, deduciendo que todo es mal en el universo. Lo que los teólogos rechazan y lo que la Iglesia rechaza con ellos, es la asociacion de esta hipótesis con la de la metempsicosis y las pruebas sucesivas de una misma alma humana, (1) trasportada, dicen, de astro en astro sin reposo y sin término: hipótesis renovada en nuestros dias con tanto ruido y tan poca razon por la escuela declamatoria de Mr. Juan Reynand, y los *druidistas*, refundida ahora en la escuela visionaria de los *espiritistas*. Galileo estaba bien lejos de semejantes quimeras (2).»

La opinion de la pluralidad de mundos no entró para nada en la condenacion de Galileo, ni se hace la mas mínima alusion á ella en todo el proceso.

Mucho se ha abusado de este proceso, no solo para desacreditar el tribunal de la Inquisicion, sino tambien para impugnar la infalibilidad de la Iglesia romana que nada tiene que ver en este asunto. Procederemos á examinarlo con la mas leal y sincera imparcialidad, apartándonos igualmente de las opuestas exageraciones y falsedades, con que le han abultado y oscurecido, por una parte los enemigos de la Iglesia, por otra los defensores de la misma, tal vez mas celosos que discretos. En este caso la mejor defensa de la Iglesia es procurar que se conozca netamente la verdad.

Concederemos de buen grado que en la condenacion de

(1) Que es precisamente la doctrina de Mr. Flammarion, como discípulo de J. Reynand.

(2) H. Martin, *Galilée*, I parte, cap. VIII.

Biblioteca Nacional de España

Galileo hubo un error lamentable, pero este error no fue de la Iglesia, ni del Papa, sino de un tribunal particular. Mas aquel tribunal cedió fatal é inevitablemente á las exigencias de su época, de modo que su error no tiene la trascencia que se le supone, por haber sido puramente material. Por otra parte la cuestion, á lo menos en su principio, no versaba principalmente sobre el movimiento de la tierra, sino sobre el empeño de conciliar este sistema con la Biblia. Era una cuestion hermenéutica mas bien que astronómica, y segun las ideas de entonces, la primera tenia á su favor contra la segunda los mayores grados de probabilidad y aun de certeza. Aun tratándose espresamente del sistema de Copérnico, no habria razon alguna para clamar contra aquel error en *nombre de la ciencia*, pues precisamente el tribunal que lo cometió, creia defender los intereses de la religion y de la ciencia, afirmando lo que segun los principios y estado de esta en aquel tiempo parecia verdadero. A ningun tribunal del mundo se puede, ni se debe, exigir mas. Lo que hoy es un error, parecia entonces una verdad, y lo que hoy es una verdad admitida, entonces parecia un error.

Esto que, para cualquiera persona imparcial y de buena fé, debe bastar para resolver todas las dificultades que suscita el proceso de Galileo, no es con todo la principal solucion que intentamos dar. Sin embargo es satisfactoria, y se nos permitirá todavía insistir en ella.

Para apreciar debidamente un acontecimiento pasado, es mal modo de discurrir juzgarle segun las ideas y las costumbres presentes. Hoy estamos impregnados del espíritu de tolerancia, libertad de opiniones, derechos del pensamiento, etc., cosas todas que nacen de una mala nocion de la libertad verdadera, y asientan su raiz en el indiferentismo; pero al fin, sea como quiera, esta es la atmósfera que

Biblioteca Nacional de España

respiramos. Entonces no era así; la verdad tenia sus derechos inatacables, la opinion se conformaba á la tradicion, y no se perdonaba fácilmente á quien tuviera la osadía de oponerse á lo que pensaba la generalidad. La autoridad era un argumento de peso, y casi en todas las cuestiones el primero que se invocaba. Por eso todos los inventores ó propagadores de una teoría nueva, han sufrido siempre las mas vivas contradicciones. En la línea de las hipótesis, podia ser defendida cualquiera, en la línea de las afirmaciones no era tan fácil, sin peligro.

Mas cuando esta idea nueva, no solo se anuncia como hipótesis, sino como verdad indiscutible, queriendo imponerla á todos y suscitando molestas polémicas, y es una idea que no solo se opone á la tradicion antigua, y la echa por tierra, sino que ofende á las reputaciones científicas, mas sólidamente sentadas, choca con las ideas universalmente recibidas, con los datos de la ciencia contemporánea, y hasta con el testimonio de los sentidos, y como si esto fuera poco, parece que está en contradiccion con las doctrinas religiosas, tal como á la sazon se entienden, y con los testimonios de la Biblia, libro creido divino é infalible, y cuya autoridad es definitiva en todas las cuestiones: ¿será estraño que esta teoría, sea rechazada como absurda, y condenada con rigor? ¿Será estraño que su campeon adquiera enemigos, si la defiende con tenacidad y tal vez con intemperancia? ¿Será estraño que existiendo entonces un tribunal, *espresamente* encargado de vigilar y examinar las ideas nuevas, á fin de impedir la propagacion de todas las que no fuesen conformes á la ortodoxia mas pura, condenase aquella como una heregía? Mas bien debia admirarnos la tolerancia, lentitud y madurez con que procedió. Pues esto sucedió en el proceso de Galileo. Seamos pues justos con sus contemporáneos, y no los condenemos con rigor, por mas que el tiem-

Biblioteca Nacional de España

po nos haya probado su desacierto. Nosotros en su caso y circunstancias hubiéramos hecho lo mismo.

Actualmente, en este siglo XIX, tan ufano de sus descubrimientos, no podremos tener la presuncion de que la ciencia haya dado su último paso. Atendido el progreso contínuo de la ciencia, hay siempre motivo para desconfiar de lo que la misma dicta, por temor de que llegue un dia en que aquello aparezca falso. La Iglesia conoce esto mejor que nadie, y por eso no presta fácilmente oidos á esta encantadora sirena, aunque sigue sus pasos uno á uno, á medida que avanza. ¿Qué sucedió á fines del siglo pasado? Los sábios de entonces invocaban á cada paso la ciencia, y apoyados en sus inciertos datos, se lanzaron á las deducciones mas temerarias; y nuestros contemporáneos tambien tienen algo del mismo vicio. El tiempo ha demostrado la falsedad y ligereza de los raciocinios de Voltaire, D'Alembert, Diderot, etc., y ha cubierto á sus autores de ridículo. ¿Y quién sabe el papel que nuestra pretenciosa ciencia representará ante la posteridad?

Pues bien, nosotros sabiendo esto mejor que en tiempo de Galileo, ¿qué haríamos si se presentase un hombre anunciando un gran descubrimiento, una gran teoría, pero en abierta oposicion con nuestras ideas, con nuestros sentidos, con nuestras creencias, y con los principios de la ciencia actual? A pesar de nuestra tolerancia, le calificaríamos de loco, de estúpido ó de visionario, y si nos persuadíamos que aquella teoría encerraba un peligro público, no vacilaríamos en condenar á su autor. Sin embargo, dentro de un siglo, tal vez el tiempo le habria dado la razon. En este caso ¿nos acusarian los hombres del siglo XXI? Es de suponer que sí. ¿Con razon? De ninguna manera; pues habíamos obrado con prudencia, y no tenemos obligacion de anticiparnos al porvenir.

Biblioteca Nacional de España

Tal vez alguno dirá que antes de entrar en la esposicion del hecho, tratamos de prevenir los ánimos por medio de un exordio habilidoso. Nada menos que eso, pues hemos comenzado aceptando toda su responsabilidad, y en su misma relacion hallaremos pruebas tan fuertes como la que dejamos espuesta.

El sistema de Copérnico habia hallado desde el principio numerosos y ardientes adversarios, pero en general fue bien acogido entre los teólogos. Su autor, sábio y piadoso canónigo de Warmia dedicó su libro al Papa Paulo III con la notable carta siguiente: «Dedico mi obra á Vuestra Santidad, para que vea todo el mundo, asi los sábios como los ignorantes, que no rehuyo su juicio y exámen. Vuestra autoridad y vuestro amor por las ciencias en general y por las matemáticas en particular me servirán de escudo contra mis malignos y pérfidos detractores, á pesar del proverbio que dice que no hay remedio para la mordedura de un calumniador. Los movimientos del Sol y de la Luna están indicados con tan poca precision en las hipótesis antiguas que no pueden determinar la constante y eterna duracion del año. Los antiguos no se valian de los mismos principios para esplicar las revoluciones de los cuerpos celestes. Tan pronto admiten círculos excéntricos, como los epiciclos, cuya aplicacion no se aviene con la totalidad del sistema. Ellos no tienen alguna base cierta: ni aun han sabido comprender y demostrar el problema mas importante, la forma del mundo y la simetría de los cuerpos celestes. Su sistema parece el cuerpo de un mónstruo, compuesto de miembros reunidos al azar. Al observar los movimientos de los planetas en relacion con los movimientos de la Tierra, no solo descubrimos una perfecta analogía y concordancia, sino que admiramos el órden y la simetría en el conjunto de los cuerpos celestes; el mundo entero forma un todo ar-

Biblioteca Nacional de España

mónico, cuyas partes están tan bien ligadas entre sí, que no es posible eliminar una sola sin introducir el desórden y la confusion. Yo estoy cierto que los matemáticos sábios y profundos aplaudirán mis descubrimientos, si (como es propio de verdaderos filósofos) examinan á fondo las pruebas que presento en este libro. *Mas si algunos hombres ligeros ó ignorantes quisieran abusar contra mí de algunos pasajes de la Santa Escritura, cuyo sentido tuercen, no por eso retrocederé; desprecio de antemano sus ataques temerarios.* ¿Por ventura Lactancio, escritor por otra parte célebre, pero ignorante en matemáticas, no quiso poner en ridículo á los que creian la esfericidad de la Tierra? No es de admirar que me esté reservada la misma suerte. *Pero las verdades matemáticas no deben ser juzgadas sino por matemáticos.* Si no me engaño, mis trabajos serán de alguna utilidad para la Iglesia, de la cual teneis el gobierno supremo.»

No se ocultaban á Copérnico las contradicciones que le esperaban; «que habria algunos, dice, que clamarán que sea yo condenado con mi opinion, creyendo absurdo lo que se opone á la opinion confirmada por muchos siglos.» Teniendo pues el ridículo *propter novitatem et absurditatem opinionis*, se resolvió á no publicar su libro. ¿Y quién venció entonces su repugnancia, quien le instó, y hasta le obligó á publicarle? El cardenal de Capua, Nicolás Schomberg, Tidemman Gisio, obispo de Culmi y otros muchos teólogos. Vea Flammarion cuán lejos estuvo el clero de rechazar el movimiento de la Tierra.

Sin embargo, dice el sábio jesuita español Juan Andrés, «este sistema publicado en 1546 y reconocido utilísimo por muchos astrónomos, y por el mismo cardenal Schomberg, que solicitaron del autor su publicacion, quedó oscuro y casi olvidado, ó solo mirado como una ingeniosa paradoja, y no escitó en el mundo astronómico aquel estrépito que de-

Biblioteca Nacional de España

bia causar su importancia, ni obtuvo por todo aquel siglo crédito particular. Retico, Reinold, Moestlin y otros pocos fueron sus declarados partidarios, pero solo Keplero y Galileo le dieron fama universal, é hicieron que lo abrazasen todos los astrónomos como un verdadero descubrimiento (1).» Añade que podria ser llamado sistema Galileyano.

Si Galileo se hubiera limitado á defender científicamente el nuevo sistema del mundo, nada habria tenido que lamentar. Pero como confiesan unánimes la mayor parte de los escritores, que se han ocupado de su proceso, la prudencia del gran filósofo no era igual á su ingenio, y con su intemperante celo por su causa, llegó hasta ser ocasion de que se prohibiese el sistema de Copérnico, que hasta entonces no habia sido censurado, y que á la sazon era defendido por muchos; y en su vejez se atrajo aquellos disgustos por no haber obedecido la órden, aceptada por él, de no defender el movimiento de la Tierra. Esta órden se le dió, no por prohibir tal sistema, sino para acallar las pasiones, y cortar las ardientes polémicas y rivalidades, que habia suscitado el giro inconveniente, dado á dicha cuestion. Debiendo haber sido ventilada en el terreno astronómico, fue llevada al terreno teológico. Este fue el mal.

En confirmacion de esto hay una razon tan fuerte como sencilla. O Galileo fue procesado precisamente por defender el sistema de Copérnico, ó no: si lo primero, debieron ser procesados con él, como reos del mismo delito, los que juntamente con él le defendian, ó al menos alguno de sus mas decididos partidarios. Mas vemos que no fue asi. Unicamente Galileo fue molestado. Resta pues admitir lo segundo, y en este caso averiguar la verdadera causa de su condenacion.

(1) Juan Andrés, S. J. *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura.*—Edicion de Madrid, 1784 á 1806. Tomo VIII, lib. I, cap. X.

Biblioteca Nacional de España

Los que conocen la historia de la Inquisicion, saben que para aquel tribunal no habia acepcion de personas. Por eso es increible que no hubiera procesado como á Galileo, á los monges Dominicos, que en 1612 defendieron en una academia pública contra algunos jesuitas el sistema copernicano; al P. Castelli, sábio benedictino, discípulo de Galileo y profesor en la Universidad de Pisa, á quien aquel dirigió la célebre carta que fue el orígen de su primer proceso, al padre jesuita Fabri, á monseñor Dini, á monseñor Ciampoli, todos grandes galileistas, al P. Torcuato de Cuppis, jesuita, á tantos otros partidarios dentro y fuera de Roma y sobre todo y principalmente al padre carmelita Foscarini, que precisamente poco antes del primer proceso en 1615, publicó en Nápoles, con aprobacion de la autoridad eclesiástica, un opúsculo en forma de carta, dedicado al P. Fantoni general de su órden, en el cual hacia una apología teológica de Galileo y del sistema de Copérnico, y al célebre P. Campanella, que durante el proceso, no temió dirigir al cardenal Cayetano, inquisidor, una excelente *Apología de Galileo*.

Esta razon adquiere todavía mayor fuerza, teniendo presente, que hasta entonces el sistema de Copérnico habia sido defendido públicamente, por pocos, es cierto, pero sin ningun obstáculo. En el siglo xv, la doctrina del doble movimiento de la Tierra, enseñada por el célebre belga Nicolás de Cusa, no le impidió llegar á cardenal. En 1533 el aleman J.-A. Widmanstadt habia sostenido en Roma la misma doctrina delante de Clemente vii y de muchos cardenales, y el Papa le regaló, como testimonio de satisfaccion, un precioso manuscrito griego. En 1543 el Papa Paulo iii habia aceptado con benevolencia la dedicatoria del libro del canónigo polonés Copérnico, en el cual exponia este sistema que lleva su nombre: y en el mismo año Celio Calcag-

Biblioteca Nacional de España

nini explicaba en Italia la rotacion de la Tierra. A fines del mismo siglo, Wursteis, sábio aleman, daba en Italia, sin inconveniente alguno, lecciones públicas en favor del sistema de Copérnico. El obispo don Diego de Zúñiga, en España, hacia uso del mismo sistema en sus comentarios sobre la Biblia, hácia el año 1614. Dos ó tres años antes, Wodderborn, de Escocia, y Roffeni de Bolonia, tomaban parte á favor de Galileo, en las polémicas de este contra sus adversarios. Galileo mismo durante muchos años defendió el mismo sistema sin mas contratiempo que la viva oposicion que le hicieron los peripatéticos.

En esta oposicion hemos de buscar el verdadero orígen de los disgustos de Galileo, y en la conducta de este la verdadera causa de su proceso. Como dice el conde Mr. Failloux, «sus doctrinas y descubrimientos excitaron el mayor sobresalto y alarma en las escuelas, por la renovacion súbita y radical que introducia lo mismo en la filosofía que en las ciencias: parecia, no solamente á sus rivales rencorosos, sino tambien á los espíritus tímidos y de corta vista, que derrotado el peripatetismo, todo amenazaba ruina, hasta la misma religion: ¡como si las palabras de Aristóteles pudieran ser comparadas á las de Aquel, *que no pasarán jamás*! Este espanto era infundado é imprudente, pero en muchos hombres era sincero.» Los temores infundados, el celo exagerado y mal entendido, las rivalidades de escuela, el despecho de unos, la envidia de otros, las humillaciones de no pocos, las malas pasiones que se escitan en el ardor de la polémica, se conjuraron contra Galileo, y se formó en torno suyo una atmósfera de prevenciones. A las objecciones de sus contrarios respondia Galileo con mas vehemencia que la debida, y no temia humillar y desprestigiar la filosofía peripatética, profesada á la sazon sin rival. Los ánimos se agriaban cada vez mas. Los adversarios, apurados los razona-

Biblioteca Nacional de España

mientos científicos, apelaron á la Biblia, como á un argumento decisivo, pretendiendo que las teorías de Galileo estaban en abierta oposicion con ella: con esto dieron un nuevo carácter á la cuestion. Galileo aceptó la polémica en este terreno, que no era el suyo, ni el que convenia á la materia, y escribió la célebre carta al P. Castelli, su discípulo y amigo, y mas tarde y con mas estension otra á la gran duquesa Cristina de Lorena, tratando de conciliar los textos de la Biblia con su sistema, violentando, al hacerlo, la interpretacion comun y tradicional. En estas sus apologías teológicas, preciso es convenir que Galileo manifestó ideas sumamente atrevidas, respecto á la interpretacion de la Santa Escritura. No deseaban otra cosa sus enemigos. Esta carta fue delatada á la Inquisicion en febrero de 1615, y al mismo tiempo le acusaron de ser *sospechoso en la fé*, á causa de sus relaciones amistosas con el revoltoso Fr. Paolo Sarpi, y con los luteranos de Alemania. Desde entonces se trataba, mas bien que de astronomía, del sentido de la Escritura y de la autoridad de los antiguos intérpretes; habia pues motivo para que interviniese la Inquisicion.

Este tribunal, segun su costumbre, incoó desde luego el proceso *secreto*, pero no se precipitó. Al contrario sus miembros mas ilustres dieron á Galileo pruebas de singular deferencia. Mgr Ciampoli, prelado íntimo amigo de Galileo, le escribia en 28 de febrero, que el cardenal Barberino (mas tarde Urbano VIII) le habia encargado decirle, «porque le profesaba particular estimacion, que seria lo mas prudente no salir de los límites de los *razonamientos matemáticos* propuestos por Copérnico, pues los teólogos pretenden tener solos el derecho de explicar la S. Escritura.» En 21 de marzo le escribia igualmente de parte de los cardenales del Monte y Belarmino, «que no tenia que temer ninguna contrariedad, mientras se contentase con exponer el sistema de

Biblioteca Nacional de España

Copérnico y sus demostraciones, sin entrar en esplicaciones de la S. Escritura, por ingeniosas que puedan ser.» Galileo sin embargo insistió en sus tentativas de conciliar su sistema con la Biblia, y en fin de aquel mismo año escribió su carta á la gran duquesa Cristina, divulgando algunas copias. El resultado de este primer proceso fue que se prohibió á Galileo enseñar y defender su sistema *de palabra ó por escrito*, pero sin imponerle pena alguna. Sus escritos, asi como los de Copérnico y otros, fueron puestos en el *Indice*. Pero la Inquisicion tuvo la consideracion de no nombrarle en todo el proceso, y mandó ademas que la prohibicion que se le hizo permaneciese *secreta*; á fin de cortar las polémicas y cuestiones. Pocos dias despues fue recibido por el Papa Paulo v en audiencia particular que duró tres cuartos de hora, y le aseguró que «las calumnias de sus enemigos no serian escuchadas, y que estaria al abrigo de todo peligro, mientras Paulo v ocupe el trono Pontificio.»

No obstante, los enemigos de Galileo, habiendo traslucido confusamente la mencionada prohibicion, empezaron á propalar, que habia sido condenado y habia abjurado su error. El cardenal Belarmino desmintió estos rumores con el siguiente certificado, escrito de su propia mano, que pidió el mismo Galileo. «Nos, Roberto, cardenal Belarmino, »habiendo sabido, que el señor Galileo ha sido calumniado, »y se le ha imputado haber hecho una abjuracion entre »nuestras manos, y haber sido condenado á una penitencia »saludable: á peticion suya, declaramos y afirmamos, con»forme á la verdad, que el mencionado señor Galileo no ha »hecho abjuracion alguna de sus opiniones y doctrinas, ni »entre nuestras manos, ni entre las de persona alguna que »sepamos, dentro ó fuera de Roma; y que no ha sido some»tido á ninguna penitencia, de cualquier especie que sea.»

Biblioteca Nacional de España

Este certificado es de 26 de mayo de 1616, y contiene además la declaracion publicada por la Congregacion del Indice, á saber, que la doctrina atribuida á Copérnico no debe ser sustentada públicamente sino *como una hipótesis*.

Aquí hubieran terminado todos los disgustos de Galileo, si este hubiera cumplido fielmente la promesa hecha al cardenal Belarmino, pero no fue asi. En sus escritos posteriores á esa fecha no se abstuvo de repetir algunos argumentos en favor del sistema copernicano, calificado, bien que por error, de falso y contrario á la Biblia. Asi lo hizo en 1618 en su *Discurso sobre el flujo y reflujo del mar*, en 1620 en su importante obra *El Ensayador*, denunciada por lo mismo á la Inquisicion, y en 1632 en sus célebres *Diálogos sobre los sistemas del mundo*, por cuya obra fue condenado. Este segundo proceso es el que ha dado márgen á las calumnias y exageraciones de los enemigos de la Iglesia.

Algunos pretenden que Galileo hizo imprimir sus *Diálogos* con una aprobacion supuesta; pero la imparcialidad nos obliga á declarar, que no tienen razon. Obtuvo la aprobacion con ciertas condiciones tocante al título, el preámbulo y final del libro, destinadas á hacer notar que el espíritu é intencion eran conformes al decreto de 5 de marzo de 1616. No se ocultaban al autor ni á sus amigos los peligros de aquella publicacion, que venia á sobreexcitar nuevamente las pasiones y polémicas acalladas: el sábio canónigo Pablo Aproino de Trevise, le aconsejó que no la imprimiese, «*por temor de alguna extravagancia que podria ocurrir*» sino que sacase algunas copias, y las enviase á las bibliotecas públicas de Venecia, Francia y Alemania. Pero ya era tarde, pues la obra estaba ya impresa.

Apenas se hizo del dominio público, no tuvo límites la irritacion de los peripatéticos, puestos en ella en ridículo, de una manera humillante, que alcanzaba indirectamente

Biblioteca Nacional de España

al mismo Papa Urbano VIII. Desde luego le acusaron que el libro no era conforme al original aprobado, y que habia omitido algunos argumentos en favor del antiguo sistema de Tolomeo, que se hallaban en el manuscrito: despues persuadieron al Papa que Galileo le habia engañado indignamente sobre la naturaleza y tendencias del libro, y que era un peligro para la religion por estar la publicacion autorizada en su nombre; y lo que es mas grave, recordaron la prohibicion hecha al autor en 1616 de no hablar del sistema de Copérnico y su promesa de obedecer, á la que faltaba abiertamente.

Se mandó á Galileo comparecer ante la Inquisicion, pero este se escusó largo tiempo, presentando certificaciones de médicos. Algunos de los mas poderosos protectores de Galileo, conociendo que aquel compromiso le habia venido por su imprudencia, se negaron á intervenir en su favor. El 13 de febrero de 1633 llegó á Roma y se le autorizó para hospedarse en el palacio de la embajada de Toscana, y el 12 de abril fue detenido en el palacio de la Inquisicion, en una de sus mejores habitaciones, donde solo estuvo veinte dias, volviendo luego á la embajada. El 22 de junio, despues de varios interrogatorios, exámen del libro, y de sus intenciones, se pronunció la sentencia contra Galileo, imponiéndole la abjuracion de sus errores y heregías sobre el movimiento de la Tierra y la inmovilidad del Sol, y la penitencia de rezar cada semana los Salmos Penitenciales: y además fue prohibido su libro, y él mismo condenado á reclusion. Para cumplir esta pena se le señaló el palacio de la Trinidad del Monte, ó sea el de la embajada de Toscana, y seis meses despues su propia casa de Arcetri. Mas tarde se le permitió ir á su casa de Florencia. Pero siempre tuvo completa libertad de salir, pasear, recibir á sus amigos y otros, en cuyo número se cuenta el célebre

Biblioteca Nacional de España

Milton, y sostener correspondencia con los sábios de Alemania, príncipes y prelados, que le distinguian con su amistad. Vuelto á Arcetri murió piadosamente, rodeado de sus amigos, el 8 de enero de 1642.

Los escritores racionalistas y hombres prevenidos contra la Iglesia romana, han acogido la necia fábula de que al levantarse Galileo de hacer la abjuracion exigida, exclamó, como protestando de tan odiosa imposicion: *E pour si muove*. «Y sin embargo la Tierra se mueve.» Preciso es no discurrir, ó tener espíritu muy hostil, para creer este cuento. Si fuera cierto, probaria en Galileo una tenacidad, incompatible con el hecho de su abjuracion, y un endurecimiento, que dadas las circunstancias, debió serle fatal y agravar su situacion. Los únicos testigos posibles de estas palabras hubieran sido sus mismos jueces, los cardenales inquisidores, y seguramente no las hubieran tolerado, ni su detencion en el Santo Oficio hubiera terminado dos dias despues, como de hecho terminó. Nada autoriza á creer tal fábula, ni en la relacion del proceso, ni en el carácter del tribunal que desplegaba todo su rigor contra las contumaces, ni en la conducta posterior del mismo Galileo.

Mas grave es, pero no menos absurda, la calumnia, segun la cual durante el interrogatorio de 22 de junio, Galileo fue sometido á la tortura. Nada es mas falso. Si Galileo hubiera sido atormentado, las piezas del proceso lo habrian dicho claramente, como lo expresaban en otros semejantes, siguiendo la práctica de todos los tribunales de Europa. Pero el proceso verbal de aquella sesion imaginaria no existe ni ha existido jamás, porque el catálogo completo de las piezas dado por Mr. de l'Epinois, y sus explicaciones sobre las diversas paginaciones de los fólios excluyen toda sospecha de una laguna. Por otra parte consta por la correspondencia del embajador Nicolini, que el 24 de junio

Biblioteca Nacional de España

le condujo él mismo á su palacio, y que el 6 de julio, Galileo en perfecto estado de salud paseó cuatro millas á pie á pesar de su edad avanzada. Por último, el papa habia mandado expresamente que no se pasase de la *amenaza*, segun la fórmula de costumbre, que se le guardasen las mayores consideraciones, *y se le molestase lo menos posible*. El mismo Galileo jamás temió ningun castigo personal, y cuando se le impuso la pena de reclusion, aunque tan dulce y moderada, se manifestó afligido, porque no la esperaba.

Veamos ahora cuán infundada es la acusacion, acogida hasta por algunos escritores católicos, que atribuyen la causa de la condenacion de Galileo al enojo personal de Urbano VIII, ofendido, dicen, en su amor propio de doctor y de poeta, porque Galileo se habia burlado de sus versos, y además le habia puesto en ridículo en los *Diálogos* bajo el nombre de Simplicio. Los que esto piensan no conocen la historia de Galileo, ni su carácter, ni su libro. Efectivamente si Galileo hubiera cometido esa imprudencia, hubiera dado pruebas de ser tan injusto como ingrato, lo cual no cabe en su carácter. Urbano VIII se habia manifestado constantemente su amigo y protector. Durante el primer proceso, siendo cardenal, ya hemos visto que le dió saludables consejos y le manifestó su estimacion, por mas que no participaba de sus opiniones, y cuando llegó á ser Papa, aseguraba que en 1616 él le habia librado de un contratiempo. En 1620 remitió al mismo Galileo con una carta sumamente amable una composicion en verso latino que habia escrito en honor de sus descubrimientos astronómicos, felicitándole por ellos: y en la misma época se hacia leer durante la comida y escuchaba con gran complacencia *El Ensayador* que le habia dedicado el mismo Galileo. Mas tarde el mismo Papa señaló una pension, sobre ciertos beneficios, á su hijo Vicencio, transferida luego á su nieto, y

Biblioteca Nacional de España

por último al mismo Galileo, que continuó disfrutándola, aun despues de su condenacion; y en setiembre de 1632, durante el segundo proceso repetia el Papa que Galileo habia sido y era todavía su amigo. En una palabra, Urbano VIII jamás cesó de dar á Galileo pruebas de su benevolencia y estimacion personal.

Para convencerse mas de ello, basta leer el diálogo. En él figuran tres personajes; un partidario de las ideas nuevas, Salviati; un hombre de mundo, despreocupado, Sagredo; y un peripatético, enemigo de toda innovacion, Simplicio. En el prefacio se dice expresamente que se ha dado este nombre al peripatético, en memoria de Simplicius, célebre comentador griego de Aristóteles. Salviati y Sagredo eran personajes reales, amigos de Galileo, con los cuales habia tenido frecuentes conferencias en Venecia; y en ellas habia tomado parte algunas veces un peripatético que no nombra, pero que aun vivia en 1632, el cual, dice, «deberá estar orgulloso de ser representando bajo el nombre ilustre de su querido y honorable cofrade, el griego Simplicius.» Es evidente, pues, que Urbano VIII, que por otra parte era poco afecto al peripateismo, no podia ser ese personaje, pues en aquella época residia en Florencia ó en Roma.

El P. Campanella, libertado de la prision por Urbano VIII, y el P. Castelli, protegido del mismo Papa, celebraban el papel de Simplicio, y seguramente no lo hubieran hecho, si hubieran visto en aquel personaje la menor semejanza con su bienhechor. Por último, harto crítica era la posicion de Galileo, y hartos los peligros que temia de sus *Diálogos*, para que no tratase de aumentarlos todavía con tan irreverente y temeraria como inmotivada alusion.

Resta desvanecer la odiosidad, que con ocasion de este proceso, se hace recaer sobre el clero. No el clero, sino solo algunos monjes, fueron los acusadores y enemigos de Gali-

Biblioteca Nacional de España

leo. Precisamente este tuvo en el clero sus mas útiles y decididos partidarios. Los PP. Campanella y Foscarini escribieron su apología, el P. Luis Maraffi, general de los Dominicos, era su amigo. Los PP. Cavalieri, Renieri y Castelli, fueron sus mas aventajados discípulos y amigos; fray Micanzio trabajó por publicar sus obras; los PP. José y Clemente, escolapios, le acompañaron en sus últimos años, «haciéndole amar la religion católica, cuyo verdadero espíritu representaban.» Entre los Prelados tuvo por amigos y defensores á Monseñores Dini, Ciampoli, Contarini, Serristorri, Piccolomini, arzobispo de Siena, y á los Cardenales Barberini, del Monte, Médicis, de San Sixto y otros. Ya hemos dicho como le distinguieron los Papas Paulo V y Urbano VIII. Por último, Fr. Gabriel Pierozzi, rector de los novicios de Santa Cruz, fue el primero que se atrevió á grabar sobre la tumba de Galileo un pomposo epitafio.

No hay que acusar al clero, ni exclusivamente á Roma, de haber condenado el sistema de Copérnico, sino á las exigencias de la época. Las universidades de Italia y España opinaban lo mismo, y (lo que deja muy atrás á la inquisicion romana) el parlamento de París por un decreto de 4 de Setiembre de 1624, confirmando una decision de la célebre universidad de la Sorbona, prohibió *bajo pena de la vida, profesar ó enseñar alguna doctrina contraria á los autores antiguos y aprobados*, es á saber, á los peripatéticos. Este decreto se aplicaba á los copernicanos.

Pero lo que conviene tener muy presente, y confirma lo que hemos expuesto es, que la condenacion de aquel sistema no fue tan absoluta y rigorosa, que no dejase abierta, de parte de Roma, la mas amplia tolerancia. Y precisamente el clero fue quien primero supo aprovecharse de ella. Asi vemos, que no obstante, la prohibicion de la Inquisicion y poco despues de la condenacion de Galileo, defendian el

Biblioteca Nacional de España

sistema de Copérnico, en Francia el Presbítero Gassendi, el P. Mersennes, Descartes y el conde de Noailles, aunque el decreto del Parlamento les impedia expresarse con toda libertad. En 1645, el astrónomo Ismael Boullian, sacerdote del Oratorio, expuso y defendió aquel sistema como el solo verdadero: y mas tarde opinaron lo mismo el P. Malebranche, Fenelon y el sabio expositor benedictino Dom. Calmet. En Italia mismo, en 1644 Andrés Argoli de Pádua; en 1656 el autor de la *Demostracion de las necedades de Dubois en sus ataques contra la hipótesis de Copérnico y de Descartes sobre el movimiento de la tierra*; en 1666, Borelli en Florencia, que preparó el gran descubrimiento de Newton sobre la atraccion; y en 1669, el P. Estéban de los Angeles, religioso Jesuato, uno de los sucesores de Galileo en la cátedra de matemáticas de Padua, defendieron el nuevo sistema, sin ser molestados por nadie. Esta tolerancia fue despues confirmada por una decision formal de la congregacion del índice, en tiempo de Benedicto XIV.

Esto prueba tambien que aquel sistema no fue tenido sériamente por una herejía, sino por la apreciacion de un tribunal particular, mas no de la Iglesia. Importa mucho aclarar esto, insistiendo en que la condenacion no fue hecha por *la Iglesia*, ni por *el Papa*. Ni Paulo V, ni Urbano VIII, firmaron la sentencia de la Inquisicion, ni despues la ratificaron públicamente. Aunque como doctores particulares opinasen que dicho sistema era inconciliable con la Sagrada Escritura; sin embargo, como soberanos Pontífices jamás pronunciaron *en nombre de la Iglesia*, ó sea *ex cathedra*, que dicho sistema era *herético y contrario á la Biblia*, lo cual seria preciso para atacar su infalibilidad. Solo la congregacion de cardenales ó la Inquisicion como falible, es la responsable de aquella decision. ¿Y no es glorioso para este tribunal que solo pueda echársele en cara un

Biblioteca Nacional de España

error, y este fatalmente impuesto por el espíritu de su época?

No hay pues razon alguna para acusar á la Iglesia. «En esto, dice el sabio jesuita Tiraboschi, debemos admirar la Providencia de Dios en favor de la Iglesia, pues en un tiempo en que la mayor parte de los teólogos creian firmemente que el sistema de Copérnico era contrario á la santa Escritura, no permitió sin embargo que la Iglesia se pronunciase sobre este punto, por un juicio solemne (1).»

«La divina Providencia, añade Mr. Th. Henri Martin, permitió que aquella falta de un tribunal particular fuese cometida una vez, para que sea imposible en el porvenir (2).»

(1) *Memoria storica seconda, sulla condanna del Galileo é del sistema copernicano*, pág. 555.

(2) *Galilée, les droits de la science et la methode de sciences phisiques*, parte I, capitulo VII.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO IX.

El principio de los mundos.—La creacion.—Definicion reciente del concilio Vaticano.—Historia de la formacion de los astros segun Moisés.—Objeccion de Mr. Flammarion.—Varias soluciones.

Hasta ahora hemos examinado la pluralidad de mundos en sí misma con relacion á la doctrina teológica. Hemos visto que aquella es una teoría racional, fundada y grandiosa, enteramente conforme á la idea justa del universo, y á la sabiduría y bondad de Dios; y que la Iglesia siempre ha dejado á sus hijos en libertad de admitirla ó rechazarla. Avanzando un paso mas, debemos remontarnos de la existencia de esos mundos á su orígen, elevarnos al primer momento en que salieron de la mano omnipotente del Criador, llamados á la vida con una sola palabra, y arreglados cada uno en su lugar propio en esta fábrica admirable, para que contribuyesen á su unidad y á su concierto, y predicasen la gloria de su Hacedor.

Nada mas importante que este estudio, ya para responder á las objecciones que se hacen contra nuestros Libros Sagrados, ya para explicar los mas árduos problemas, que turban y confunden á la filosofía, obstinada en seguir únicamente las escasas luces de la razon. La creacion, asi como es el principio, es tambien el fundamento de todo: admitida, penetran en la inteligencia claridades esplendorosas,

Biblioteca Nacional de España

negada ó desfigurada, la envuelven las tinieblas, el caos.

Todos los errores, todos los desvaríos de la filosofía antigua y moderna provienen de no haber conocido ó haber negado este dogma. Porque es evidente; los que quieren darse razon de la existencia del mundo, necesariamente han de admitir la creacion de la nada, segun la fe católica, ó una de las tres absurdas consecuencias siguientes. O la existencia eterna del mundo sin principio y sin causa, lo cual repugna y conduce al *ateismo*; ó su formacion de una materia preexistente, independiente de Dios, increada y eterna como él mismo, que es lo que constituye la doctrina de los dos principios eternos, ó sea el *dualismo*; ó la existencia del mundo desde la eternidad como producto necesario de la esencia divina, identificado con Dios, y participante de su misma sustancia, es decir, el *panteismo* (1). No hay medio; el mundo es temporal ó eterno; si temporal, empezó á ser, y por consiguiente es creado, si eterno, debe ser necesario, infinito, Dios mismo.

Pero la misma nocion del mundo, sér contingente, mudable y finito, sujeto á contínuos cambios y modificaciones indica que es temporal, dependiente, impotente, para ser por sí mismo lo que es, en una palabra, que no tiene ni puede tener en sí mismo la razon suficiente de su existencia, es decir, demuestra la necesidad de la creacion. Por el contrario la idea de Dios, Sér absoluto é infinito, y por consiguiente eterno, necesario é independiente, que tiene la razon suficiente de su existencia en su misma necesidad de ser, manifiesta que es quien ha producido los séres que no pudiendo existir por sí mismos, no podrian existir sin él: es decir, la idea de Dios demuestra la posibilidad y el hecho de

(1) De estos tres grandes sistemas de errores, nacen como consecuencias lógicas é inevitables, el *Idealismo*, el *Materialismo*, el *Fatalismo*, el *Racionalismo*, el *Escepticismo*, el *Comunismo*, etc.—Véase el P. Ramírez, *La creacion*, conf. X y siguientes.

Biblioteca Nacional de España

la creacion. «Así como si hubiese un calor existente *por sí*, de un modo *absoluto*, seria causa de todos los cálidos, que no tienen el calor por esencia, sino por participacion, así existiendo un sér absoluto, es necesario que existan por él todas las cosas que no son su *propio sér*.»

No hay sér que no pueda concebirse como no existente. La Tierra, por ejemplo, no es un sér necesario; podemos concebir *á posteriori* su no existencia, sea por la voluntad omnipotente de Dios, sea por la ruptura de la delgada capa que encierra en sus entrañas un océano de materias incandescentes (1), sea por cualquiera cataclismo que haciéndola saltar en mil pedazos, dispersase en el espacio sus restos abrasados, que marcharian con una velocidad vertiginosa á perderse en la masa solar. Luego lo mismo, y aun mejor, podemos concebir su no existencia *á priori*, sea cualquiera la teoría que se adopte sobre su primera formacion. Esto mismo podemos decir de cualquiera de los mundos. Cada uno de ellos podria desaparecer, y efectivamente algunos desaparecen como una flor de nuestros campos. Esto siendo esencial, puede aplicarse á toda la universalidad de los entes; todo lo que existe actualmente, puede perecer. Ahora bien, lo que tiene la existencia por sí mismo no muere. Lo que muere ha recibido de otro la vida, las propiedades, el sér; ha sido creado.

«Cuando alguna cosa es participada por muchos de diverso modo, es necesario que esta cualidad les haya sido dada por aquel en quien la misma se halla en toda su plenitud, en toda su perfeccion. De lo contrario si cada uno la

(1) Las observaciones termológicas y metalúrgicas sobre el acrecimiento progresivo de la temperatura, á medida que se desciende hácia el centro de la tierra, y los hechos geognósticos que universalmente se han comprobado en los dos hemisferios, han confirmado que la corteza sólida del globo no tiene mas que *diez* leguas de espesor. A esta profundidad, las sustancias conocidas como de mayor resistencia á la fusibilidad están en fusion.—V. Humboldt, *Cosmos*, tomo I, pág. 155, y tomo IV, pág. 32, Edic. Madrid, 1875.

Biblioteca Nacional de España

tuviese por sí mismo, por su esencia, no habria razon para que se hallase en uno con mas perfeccion que en otro. Pero todas las cosas semejantes en el sér, se diferencian unas de otras en la manera de ser, esto es, unas son mas perfectas que otras: luego es preciso que hayan recibido los diferentes grados de su perfeccion de Aquel en quien se halla toda perfeccion, que es por lo tanto la causa de su sér y de su modo de ser.»

Los que estén versados en la lectura de Santo Tomás habrán reconocido el estilo y dialéctica del Santo Doctor en los argumentos precedentes. Hé aquí otro en el que se descubre mas la agudeza y profundidad de su genio. Seguimos la traduccion parafraseada del P. Raúlica: «Nada hay aislado en el mundo; todos los séres que existen, pertenecen á alguna categoría particular llamada *género* ó *especie*. ¿Pero á qué debe atribuirse que séres numéricamente diversos, pertenezcan á una misma especie, á un mismo género? A que estos séres tienen algo que es *comun* á todos. A la facultad de raciocinar, que es comun á todos los hombres, se debe que estos formen por su reunion la especie humana. A la facultad de sentir, comun á todos los brutos, se debe que por su conjunto constituyan el reino animal. Pero este algo que es *comun* á séres numéricamente diversos, y que los reune á todos en una misma categoría, en un mismo género, no ha podido ser comunicado por uno de ellos á los demás, puesto que cada uno de los séres de una misma especie solo posee, *en propio*, el principio de su individuacion, que hace que sea él mismo, y es la razon por la cual se diferencia *numericamente* de los demás de la especie; pero no tiene en sí mismo, no posee en propiedad la causa, el principio comun á cierta cantidad de indivíduos, y que los reune en la misma especie. Indivíduos numéricamente diversos no pueden comunicarse mútuamente una nota, una cualidad

Biblioteca Nacional de España

comun á todos: la causa de este principio comun, que forma de muchos indivíduos una especie, reside fuera de ellos, reside en un sér que obrando igual é individualmente en dicha masa, es completamente distinto de cada indivíduo.—Pues bien, lo que es comun á *todos* los séres es el *sér* mismo. En efecto, los séres *son* de diferentes modos, y este diverso modo los distingue entre sí; pero á pesar de estas diferencias, tienen algo que es comun, que es idéntico en todos, y esta cosa es que *son*. Pero el hecho de *sér*, por lo mismo que es comun á todos, no puede proceder de ninguno de ellos; debe tener su razon en una causa comun y que reside fuera de todos ellos. Luego es evidente que ningun sér determinado, finito, individualizado por sus propios límites, puede ser la causa por la cual todos los séres *son*. Este sér comun á todos, á pesar de sus diferencias, no puede proceder de la materia siempre limitada, individualizada, particularizada é incapaz de producir mas que efectos particulares é individuales; este ser lo deben á una causa general, indeterminada, infinita, es decir, á Dios. Pero dar el sér es crear, pues crear es hacer que lo que no es, *sea*: luego si Dios es quien dió el sér á todos, verdaderamente los creó. Verdad inmensa y profunda que parece haber entrevisto Platon cuando dijo: Hay que admitir, anterior á toda multitud, una *unidad* en la série de las naturalezas, no menos que en la série de los números.»

Por último sostiene Santo Tomás que el solo hecho de la existencia del alma humana basta para probar á los mas ciegos la creacion del mundo de la nada. El alma humana es una verdadera sustancia, que subsiste en sí misma, pues por sí misma opera. El alma humana piensa, raciocina; luego es simple, espiritual é indivisible. Pero un sér simple, espiritual, indivisible y subsistente no puede salir de una materia preexistente; un sér enteramente espiritual

Biblioteca Nacional de España

no puede proceder de un elemento material. El *yo* no puede ser producto de la materia, asi como tampoco la vida puede ser producto de la muerte. ¿Podrá decirse que el alma existe desde la eternidad? Esto es absurdo, pues en tal caso seria un espíritu eterno, seria Dios. Luego es evidente que las almas humanas han sido hechas, han empezado á ser, y por lo tanto han pasado del estado de mera posibilidad á la existencia, es decir, han sido creadas. Si se admite pues la creacion de las sustancias espirituales, con mayor razon debe admitirse la creacion de las cosas materiales.

Todas las objecciones contra la doctrina de la creacion, dice el inmortal Balmes, dimanan de ideas groseras sobre la naturaleza de la causalidad; proceden de *superficialidad* ontológica é ideológica; cuanto mas se profundiza en estas ciencias, tanto mas clara se presenta la verdad de la creacion á los ojos de la filosofía, tanto mas fútiles se ven las dificultades.» Efectivamente la creacion, estudiadas sin prevencion sus pruebas, es el misterio mas racional de nuestra fe, el dogma que admite mas fácilmente nuestra razon.

Sin embargo á trueque de no someter su razon á la revelacion divina, algunos filósofos modernos, no quieren admitir principio en la existencia de los mundos, y pretenden probar que el universo fue criado desde toda la eternidad. Este es el único medio, dicen, de mantenerse á igual distancia del panteismo y de la supersticion. No consideran que la palabra *creacion eterna* implica contradiccion.

Efectivamente el mundo, creado *ab æterno*, envuelve la misma repugnancia que el mundo *increado*. Un mundo creado en la eternidad seria un mundo *sin tiempo*, porque la eternidad es invisible, *tota simul*, y coexiste siempre presente á toda sucesion: pero vemos que el mundo es una *duracion*, una coleccion de séres que nacen y mueren, unos despues de otros, y el mismo mundo está en continua é

Biblioteca Nacional de España

incesante mutabilidad. Mas como el tiempo no es otra cosa que la sucesion, el movimiento, la relacion de mutabilidad de los séres finitos, resulta el absurdo de que el mundo seria á la vez, bajo un mismo respecto, finito é infinito, temporal y eterno: infinito porque se le supone existente en la eternidad, la cual no tiene principio ni término, finito y temporal, porque es una sucesion de estados diversos, *un número*. Una série infinita de sucesiones repugna, pues seria una cantidad divisible y multiplicable, como toda cantidad, y por consiguiente multiplicable por sí misma, dando por resultado un infinito mayor, es decir, un mas y un menos, que nunca puede pasar de la línea de lo finito. La duracion pasada del mundo crece cada dia y crecerá indefinidamente. Cuando, á partir de hoy, el mundo habria durado un tiempo infinito en el sentido relativo de la palabra, su pasado seria mayor que hoy en esa cantidad infinita, sin que esto impidiese que continuase indefinidamente creciendo en duracion, pero no pudiendo jamás llegar á agotar la série de su aumento. La duracion futura del mundo es una simple posibilidad indefinida en un tiempo ideal, mas su duracion pasada es real; y aumentando sin cesar, es por consiguiente menor que otra duracion posible. Luego por grande que sea el número de siglos que podamos concebir, necesariamente hemos de llegar á un primer momento real; luego la duracion pasada del mundo ha tenido un principio, ó lo que es lo mismo, el mundo ha comenzado á ser, ha sido creado, y no existe desde la eternidad.

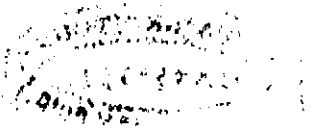
Los mas notables matemáticos de nuestros dias admiten y confirman esta prueba. Mr. Cauchi, el que hasta ahora ha llevado mas lejos las aplicaciones del cálculo infinitesimal, despues de haber declarado que no es posible admitir un número actualmente infinito en el sentido absoluto de

Biblioteca Nacional de España

la palabra, ni una série compuesta de un número actualmente infinito de términos, añade que; «esta proposicion fundamental se aplica igualmente lo mismo á una série de términos ó de objetos que hayan existido sucesivamente, que á una série de acontecimientos que se hayan sucedido unos á otros, ó á una série de términos existentes simultáneamente, y en todos casos es igualmente imposible que el número de estos términos, de estos objetos, ó de estos acontecimientos sea absolutamente infinito. Así, por ejemplo, si podemos afirmar que no existe en este momento mas que un número finito de estrellas, no será menos cierto que el número de estrellas que han existido, suponiendo que muchas han desaparecido, es tambien finito. Lo que decimos del número de estrellas, se debe entender igualmente del número de hombres que han vivido sobre la tierra, del número de revoluciones de la tierra en su órbita, del número de estados por los cuales ha pasado el mundo desde que existe. Ha existido, pues, un primer hombre, ha habido un primer instante en que la tierra apareció en el espacio, ha habido un primer momento en que comenzó á girar alrededor del sol, y el mundo mismo ha tenido principio. De este modo, *la ciencia nos lleva forzosamente á lo que nos enseña la fe; que la materia no es eterna... Si no admitimos esto como cristianos, debemos admitirlo forzosamente como aritméticos, como matemáticos* (1).»

Por concluyentes que sean estas pruebas metafísicas y matemáticas, agradará mas á los hombres, para quienes principalmente escribimos este libro, la siguiente prueba *física*, que en sustancia habia ya ocurrido al génio profundo de Santo Tomás. Una rama de la física matemática, rama nueva, pero que ya ha proporcionado grandes descubri-

(1) Citado por el sábio M. Moigno, *Los Mundos*, 1865, art. sobre *La imposibilidad de un número infinito, y sus consecuencias*, pág. 4.



Biblioteca Nacional de España

mientos teóricos y preciosas aplicaciones, la *thermodynámica*, ó teoría mecánica del calor, nos enseña que toda *fuerza viva* que se estingue, produce otra fuerza viva igual, ó bien un *trabajo mecánico* equivalente, y recíprocamente todo trabajo mecánico cumplido es reemplazado por un trabajo mecánico igual, ó por una fuerza viva equivalente. Asi pues, lo que es invariable en el mundo, no es ni la *cantidad de movimiento*, como creia Descartes, ni la *cantidad de fuerza viva*, como opinaba Leibnitz, sino la suma total única de las cantidades de trabajo y de los equivalentes de las fuerzas vivas en cantidad de trabajo. Mas la thermodynámica nos revela que hay dos especies de movimientos, los de las masas notables y los de las moléculas de cada masa: y que hay tambien dos especies correspondientes de fuerza viva y de trabajo, la una concerniente á las masas notables y la otra á las moléculas. Cuando una fuerza viva, ó un trabajo de la primera especie, cesan sin ser reemplazados por equivalentes de la misma especie, lo son por una fuerza viva molecular ó un trabajo molecular, y recíprocamente. Este es uno de los grandes principios de la teoría mecánica del calor. Ahora bien, si haciendo abstraccion de los movimientos moleculares que constituyen el calor, llamamos *reposo* á la ausencia de todo movimiento de las masas notables, se demuestra que por la transformacion de las fuerzas vivas de las masas y de su trabajo mecánico en fuerzas vivas y trabajo molecular, todo sistema material tiende necesariamente, si no al *reposo absoluto*, al menos al *reposo relativo* de todas las masas que componen el sistema, y que todo este debe llegar al reposo relativo en un tiempo finito, al fin del cual, habiéndose trasformado todos los movimientos relativos de las masas del sistema en movimientos moleculares, es decir, en calor, dichos movimientos subsistirán solos en las masas en reposo, y ya no podrá producirse movimiento

Biblioteca Nacional de España

alguno de aquellas masas por causas naturales intrínsecas. Por consiguiente todo sistema material, cuyas masas se hallan actualmente en movimiento relativo, es un sistema en el cual no se suceden los movimientos sino desde un tiempo limitado, y por lo tanto *estos movimientos han comenzado hace un número limitado de siglos, y por una causa que es preciso buscar fuera de las causas naturales inherente á ese sistema.*

El universo entero es un sistema de masas en movimiento relativo, unas con relacion á otras. Luego en virtud de las leyes naturales solas hay en el universo una disminucion contínua de la suma de los movimientos relativos de las masas, y un aumento contínuo de la suma de calor. En cada parte del universo, la suma actual de dichos movimientos es una cantidad finita, que debe agotarse naturalmente en un tiempo finito, y por consiguiente lo mismo se ha de decir de todas las partes tomadas en conjunto. Por lo tanto, la suma no agotada actualmente, de tales movimientos de las masas del universo no puede existir, sino desde un tiempo limitado. En una palabra, el orígen primero de los movimientos de las masas exige un Criador (1), y este orígen no es anterior á nuestra época, sino en una cantidad limitada de tiempo, cantidad que marca el principio de estos movimientos decrecientes; y estos movimientos cesarán naturalmente para siempre en un tiempo dado á no ser que la causa preternatural que los ha producido no les dé un nuevo impulso, que en verdad no contaria mas que el primero á su Omnipotencia creadora. Esta conclusion necesaria de los datos ciertos de la *termodynámica* es la negacion de la eternidad, sea de un mundo increado, sea de un mundo creado sin principio, y subsistente en virtud

(1) Hé aquí cómo este argumento viene á parar en el de Santo Tomás, y de los teólogos; *Ex motu, et primo movente immobili.*

Biblioteca Nacional de España

de la creacion eterna, sin intervencion del Criador en la duracion de su obra (1).

Hé aquí cómo las ciencias vienen á confirmar la sublime revelacion hecha por medio de Moisés: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*. El tiempo empezó con las cosas creadas, *en el principio*; antes de la creacion no habia tiempo. Por eso San Pablo, hablando del Verbo eterno dice, que *Dios hizo por él los siglos*, esto es, las cosas que los miden. *Por quem Deus fecit et sæcula*. La misma verdad fue mas y mas aclarada en lo sucesivo en los Libros Sagrados. Los Salmos la repiten á cada paso, invitando á todas las criaturas á glorificar al Señor, porque, *Él dijo y fueron hechas, mandó y fueron creadas*. Cuando los Profetas anuncian alguna cosa importante, recuerdan siempre que Dios, en cuyo nombre hablan, *creó los cielos y la tierra y todo cuanto hay en ellos*. La heróica madre de los Macabeos no hallaba motivo mas eficaz para inspirar valor á su hijo, que suplicarle, *que mirase al cielo y la tierra y cuanto en ellos se contiene, y recordase que Dios lo habia hecho todo, de la nada*. Este dogma era igualmente la base y el fundamento de la predicacion de los Apóstoles, exhortando al mundo que *se convirtiese de la vanidad de los ídolos al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra*. Desde el Génesis al Apocalípsis se repite de mil modos esta gran verdad.

Por eso la Iglesia procuró en todos tiempos, con el mayor interés, afirmarla y defenderla, sin tolerar jamás su negacion ó alteracion. Ella la proclama á la cabeza de su símbolo de fe, la repite en todas sus preces, en sus sacramentos, en sus bendiciones, la esplica por boca de sus Doctores, y la sanciona en sus mas importantes Concilios desde

(1) Tomamos esta prueba de Mr. Th. H. Martin, *Les Sciences et la philosophie*, Essai, V.—Véase M. Caro, *Le Matérialisme et la science*, nota B, al fin de la obra.

Biblioteca Nacional de España

el primero de Nicea hasta el último Vaticano (1). Merced á este dogma la filosofía católica recibió un carácter peculiar que la distinguió y la hizo superior á todas las escuelas antiguas, y en nuestros dias halla en su desenvolvimiento y consecuencias los argumentos mas fuertes contra la filosofía racionalista; y especialmente contra ese monstruoso *kraussismo*, que desacreditado en todas partes, se ha hecho moda en nuestra España.

La verdad de la creacion está bien sentada en los Libros Sagrados, pero sobre el tiempo de su principio no dicen una sola palabra. Esta sencilla observacion bastaria para resolver todas las dificultades que se hacen contra la relacion de Moisés, si los adversarios estuvieran dispuestos á aceptar observaciones razonables. La narracion de Moisés, dicen, que supone el mundo hecho en *seis dias*, es contraria á los datos de la ciencia, segun los cuales la formacion del mundo exigió millares y millares de años. Segun la hipótesis cosmogónica de Laplace, de Herschell, de Arago, de Humboldt, y otros ilustres astrónomos, hubo un tiempo en el cual no solamente nuestro sistema solar con todos sus planetas y satélites, sino tambien todos los otros sistemas estelarios se hallaron en estado de nebulosas, es decir, de materia gaseosa y difusa, y estas nebulosas se habian hallado anteriormente en estado de fluido menos densos, de modo que su formacion actual necesitó millares de siglos.

Ante todo diremos que la hipótesis de esos ilustres sá-

(1) Hé aquí la definicion del Concilio Vaticano: Si alguno niega á un solo Dios verdadero, Criador y Señor de las cosas visibles é invisibles: sea excomulgado. (Canon I.)

»Si alguno no confiesa que el mundo y todas las cosas que en él se contienen, así espirituales como materiales, fueron producidas por Dios de la nada, segun toda su sustancia:

»ó dijere que Dios no creó con voluntad libre de toda necesidad, sino tan necesariamente como necesariamente se ama á sí mismo:

»ó negare que el mundo ha sido creado para gloria de Dios: sea excomulgado.» (Canon V, del cap. 1 de la Constitucion *Dei Filius* ó sea sesion tercera, el 24 de Abril de 1870.

Biblioteca Nacional de España

bios no está demostrada. El gigantesco telescopio de lord Rosse (1), ha reducido á estrellas las nebulosas que antes se creian irreductibles, y debemos esperar que á medida que se perfeccionen los instrumentos sucederá lo mismo con todas. La opinion mas comun y mejor fundada, ya en las observaciones, ya en las analogías, es que todas las nebulosas son inmensas aglomeraciones de estrellas ya formadas. Pero aunque se conceda que hay nebulosas gaseosas, no compuestas de estrellas, faltaria probar que nuestro sistema se halló en el mismo caso alguna vez.

Aqui es oportuna una magnífica página debida á la pluma del R. P. Félix, contra esa pretendida ciencia que solo se apoya en hipótesis ó suposiciones para atacar al catolicismo: «Nada me parece mas sorprendente, dice, que la credulidad de la semi-ciencia, desheredada de la fe. Tales sábios que exigen en religion deducciones religiosas y demostraciones matemáticas, son de una credulidad de niño, cuando se trata de sus propios sistemas: y yo admiro su confianza ciega en todas las temeridades de la hipótesis y de la conjetura. Si los creis, nada escapa á la penetracion de su mirada; ellos ven hasta en las tinieblas la claridad científica. Preguntadles la edad exacta de cada planeta, lo saben. Preguntadles la historia de cada estrella; lo saben. Preguntadles las evoluciones y trasformaciones de cada nebulosa; lo saben. Preguntadles la naturaleza de cada sol, su estado primitivo, los cambios que ha sufrido; su pasado, su presente, y hasta su porvenir; lo saben. Lo saben, os digo. Todo lo saben, aun lo que no se puede saber. Ellos os dirán, si os conviene, el grado de incandescencia de la materia primera; ellos saben las leyes de la condensacion y del en-

(1) Este monstruoso instrumento tiene 1.m 83.c de abertura, y 17 metros de longitud, ó de distancia focal, entre el lente que está en el fondo y el ocular que está arriba. Costó seiscientos mil francos.

Biblioteca Nacional de España

friamiento; y vereis, salvo un ligero error, desarrollarse ante vuestros ojos todas las fases del mundo astronómico. Hélas aquí medidas y calculadas con sus fechas y sus cifras escritas en los cielos. Para pasar del fluido al líquido, cincuenta mil millones de millones de años; para pasar del líquido al sólido, no se debe poner menos, otros cincuenta mil millones de millones de años. De aquí la conclusion: total de la edad de no importa cuál sol, cien mil millones de millones de años. Si vos lo negais, negais la ciencia.»

«Tomáos la libertad de preguntar á este vidente de la ciencia moderna, cómo aquella materia fluida, vaporosa, elemental, ha llegado á darse el doble movimiento de rotacion y traslacion, que tiene cada cuerpo celeste, para marchar en la armonía general. ¿Por qué tiene estos dos movimientos, esta direccion mas bien que otra? ¿Cómo sin una voluntad positiva del Criador, que imprimió él mismo á todos los cuerpos celestes este doble movimiento inicial, puede explicar las armonías del universo y la mecánica del cielo? Nada detiene á la semi-ciencia incrédula; *supone* que estos movimientos son esencialmente inherentes á la materia primera. Desde entonces todo marcha corriente, y el jóven sábio de veinticinco años, bien reforzado de física, de química y de matemáticas, os va á referir, sin equivocarse una palabra, toda la historia de los mundos astronómicos, absolutamente como si hubiera asistido á su nacimiento, y hubiera presenciado todo el drama lejano de sus revoluciones. Y si Dios le dijese como á Job: ¿Dónde estabas tú cuando yo ponia las bases de la Tierra, y extendia en el espacio los pabellones del cielo? ¿Cuando los astros saltaban á mi voz en mi presencia, y resplandecian con su primera aurora?—No, Señor, podria responder el jóven revelador de los secretos celestes, no; yo no existia, ó no me acuerdo;

Biblioteca Nacional de España

¿pero qué importa? Del mismo modo que viendo con mis ojos la vieja encina del bosque puedo calcular los años de su crecimiento, así al ver la nebulosa en el fondo de mi telescopio, puedo contar sin engañarme las épocas de sus trasformaciones y los siglos de su duracion.»

—A la verdad, convendreis conmigo, que la ciencia no está hecha todavía sobre estos problemas que tocan á los orígenes y formaciones cosmogónicas; todos nosotros nos hallamos en este punto en presencia de una inmensa incógnita, y no tenemos derecho de esperar revelaciones nuevas.

—Es cierto, dice, la ciencia no está hecha; mas nosotros vamos á hacerla. Lo que todavía es una probabilidad, se va á convertir en certeza, y entonces ¿qué será de Moisés? ¿Qué dirá la Iglesia, la Iglesia que coloca en seis mil años de distancia la frontera extrema del tiempo?—Esperad, pues; Moisés os aguarda, y la Iglesia nada teme. Hoy mismo, y sin esperar el porvenir, quiero suponer que la ciencia está ya hecha. Sí, supongo que habeis demostrado que la creacion primera de todos los cuerpos celestes no fue en su orígen otra cosa que una materia fluida, lanzada en las inmensidades del espacio con un grado de calor que sobrepuja cuanto puede alcanzar la imaginacion; y que por efecto natural de las leyes que Dios hizo para gobernar toda materia, aquella materia elemental ha llegado á ser despues de millones de siglos el mundo que descubren nuestros ojos.

Esto es atrevido seguramente, es muy atrevido. Mas ¿creeis que por eso vais á confundir á Moisés y á desconcertar á la Iglesia? De ninguna manera. Escuchad la primera palabra del Génesis, y si podeis, medid toda la longitud y penetrad toda la profundidad que entreabre ante vosotros. *En el principio creó Dios el cielo.* ¡El cielo, es

Biblioteca Nacional de España

decir, la universalidad del mundo astronómico que rueda sobre vuestras cabezas. Pero ¿qué cielo? ¿Un cielo elemental ó un cielo acabado? Moisés no ha escrito en esta página mas que la gran palabra de la creacion, y deja un campo ilimitado á los exploradores de la ciencia. Si insinúa alguna cosa, es una creacion general del cielo y de la Tierra; es decir, de todos los elementos que componen una y otra: *creacion universal y primitiva anterior á las creaciones cuyo órden se refiere en la obra de los seis dias.* Cualquiera que sea el tiempo que mida en lo pasado las lejanas elaboraciones de las estrellas y los soles; que se necesiten millares de siglos para satisfacer á los datos de la ciencia, *supuestos* incontestables (ved cómo el dogma católico es de una tolerancia que os debe dejar satisfechos), ¿qué importa? Moisés no tuvo por objeto enseñar el modo cómo fue criado, sino por *quién*, y para *qué fin* fue criado. Moisés no escribió para revelar las leyes que gobiernan los astros. El no pretendió, dice San Agustin, hacer del pueblo hebreo un pueblo de sábios. Mas estando inspirado por el autor de toda ciencia, dice la verdad esencial, aunque no en una forma científica: traza los grandes rasgos de la ciencia, rasgos admirables de rectitud, de precision, de justicia y de órden, que se descubren cada vez mas sobre los horizontes de la ciencia, que se va extendiendo á medida que las tinieblas de la ignorancia huyen ante ella; como se ven aparecer las altas cimas de los continentes, cuando despues de la noche se extiende la luz sobre la tierra. Moisés solo dice una palabra, pero es decisiva. Toda su enseñanza astronómica se reduce á estos datos fundamentales: la materia creada, y un Dios creador; la materia en movimiento, y un Dios primer motor; la materia ordenada, y un Dios supremo ordenador. Alrededor de este eje radiante y fijo, que concentra é ilumina todo, la ciencia puede remover un millon de

Biblioteca Nacional de España

problemas: jamás le hará vacilar ni le oscurecerá.» (1).

Si esta solucion no satisface, añadiremos que, los seis dias de que habla Moisés, han de entenderse, segun la opinion comun, épocas ó períodos de duracion indefinida. Así lo creyeron muchos Santos Padres, y hoy lo creen casi todos los teólogos católicos, lo mismo que los protestantes. No es raro en la Sagrada Escritura tomar la palabra *dia* por un tiempo indeterminado: sirvan de ejemplo aquellos lugares, en los cuales manda Dios observar el rito de la Páscua de *dia en dia*, es decir, de año en año; y aquellos que hablan de los *dias del siglo*, y del *dia de la eternidad*. En las lenguas orientales la palabra dia se expresa por la voz *sare*, que propiamente significa revolucion: y tambien los clásicos griegos y latinos usan con frecuencia la palabra *dia* por tiempo ó época (2). Por último, los tres dias primeros no pudieron ser naturales, porque aun no habia sol para medirlos.

Sin embargo de aquí nace una grave dificultad, que no se descuida en notar Mr. Flammarion. Sea que aquellos dias se entiendan dias naturales, sea épocas, siempre resultará que se dice que el Sol, la Luna y las estrellas fueron criadas al dia cuarto, despues que la Tierra, lo cual es inconcebible y absurdo. Esta dificultad ya habia sido prevista por los Santos Padres, teólogos y expositores católicos. Unos y otros convienen que la creacion del Sol y las estrellas es anterior á la de la Tierra, y con mas razon á la sucesion de las operaciones en esta. Así opinan San Basilio, San Cesáreo y Orígenes, al explicar la creacion de la luz antes que la del sol, suponiendo que este astro existia ya, pero que sus rayos no podian penetrar hasta la tierra por la densidad de la atmósfera durante el cáos: que esta at-

(1) *El Génesis y las ciencias modernas*, conf. II.
(2) Cita ejemplos Petávio, *De Opif. s.x dierum*, lib. I, cap. 14.

Biblioteca Nacional de España

mósfera se oscureció bastante el primer dia para poder permitir la trasmision de los rayos solares, sin que pudiese distinguirse el disco de este astro, que no se manifestó completamente hasta el cuarto dia (1). Lo mismo creen algunos rabinos. Esta explicacion es conforme á los datos de la ciencia moderna, y la adoptan Mr. Boubée, Mr. Marcelo de Serres y recientemente P. Pozzy (2). Está tambien de acuerdo con el texto Samaritano, que presenta á la Tierra en estado de difusion, y con la version de los LXX, que la llama invisible é incompósita. —Santo Tomás sigue la misma opinion, añadiendo que si el Sol se dice hecho el cuarto dia, es porque entonces se le comunicó nueva virtud ó actividad, *sicut ex homine non musico, fit homo musicus* (3). Otros explican esta creacion del Sol y la Luna en el dia cuarto, en órden á producir determinados efectos, ó porque en ese dia les fue dado el complemento de su luz y propiedades con la perfeccion que hoy la conservan. Calmet declara que es necesario admitir alguna explicacion, como las dichas, si se ha de defender la creacion sucesiva segun el órden que refiere Moisés (4).

Otros mas atrevidos, aceptando el sentido literal, niegan, sin embargo, la fuerza de la dificultad. Segun estos el órden de la creacion nada supone relativamente á la importancia de las cosas criadas, como se infiere del mismo contexto, en que se refiere intercalada la creacion de obras mas y menos nobles; y la del hombre, que es la obra mas excelente, fue en el último dia. Por eso aunque el Sol y los astros fueren criados el dia cuarto, no se puede inferir

(1) S. Basilio, *Hexameron*, hom. 2. —S. Cesáreo, *Diálogo*. 1. —Orígenes, *Periarchon*, 10.

(2) En la excelente obra, *La terre et le recit biblique de la creation*, París, 1874. Hemos leido un extracto en la *Revue Catholique*, número de 15 de Agosto de este año 1876.

(3) Stus Thomas, *in II Sentent.* dist. XIII, q. 1., art. 4.

(4) Calmet, *Dicc. Biblicum*, artículo *Lux*.

Biblioteca Nacional de España

que sean de menor importancia que la Tierra. Tambien llama al Sol y á la Luna *las dos grandes lumbreras*, y sin embargo, sabemos que no es así en su grandor material, ó magnitud cuantitativa; pero lo son por razon de que nos envian mas luz que todos los demás cuerpos celestes, y porque así aparecen á nuestros sentidos.

«Moisés habla de los grandes cuerpos luminosos celestes, únicamente respecto á su importancia relativa á la tierra y al hombre, y no por su importancia real en el sistema general del universo. Por eso apenas menciona las estrellas. Las nombra con una sola palabra, como de paso, y en cierto modo para anunciar que fueron esparcidas en los cielos por el mismo poder que habia colocado en ellos el Sol y la Luna; cuerpos mas importantes y necesarios *para nosotros*, que ese ejército innumerable de astros, cuyo volúmen excede en mucho al de nuestro sol» (1).

Tenemos todavía otra solucion, que tal vez es mas oportuna en las circunstancias presentes, y que se apoya en la autoridad de San Agustin, de Bossuet, del cardenal Cayetano, de Berti, y del cardenal Wisseman.—Los seis dias del Génesis no significan seis espacios de tiempo, *sino seis órdenes de operaciones;* y el conocimiento de ellas en el Verbo divino, designado por la palabra *mañana*, y en las propias naturalezas de las cosas, significado por la palabra *tarde*. Así la creacion de los astros no supone posterioridad real, sino órden de la revelacion y de la narracion. Esto se explica por la simplicidad de la lengua hebrea, que á veces emplea semejantes locuciones y frases en un sentido distinto del ordinario, pero perfectamente inteligibles para la época en que se escribieron, y explicadas además por la tradicion oral. Bossuet en sus admirables *elevaciones*, sos-

(1) Serres, *Cosmogonía*, pág. 116.

Biblioteca Nacional de España

tiene que son seis diferentes progresos en la perfeccion de las obras, seis diversas manifestaciones de Dios en sus criaturas. El poder divino se complació en manifestarse por medio de incrementos graduales, elevándose en cierto modo con mesura de lo inanimado á lo organizado, de lo insensible á lo instintivo, y de la irracional al hombre, para quien fue formada la tierra como su palacio real.

Por último, en cualquiera de las hipótesis dichas, ¿quién será tan osado que se atreva á censurar el plan del Criador? El obró en todo con razones tan dignas de su infinita sabiduría, como superiores á nuestra comprension.

Cualquiera de las soluciones propuestas es satisfactoria. Cada uno puede adoptar la que mas le agrade y le parezca mas á propósito para responder á la dificultad.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO X.

Prosigue el anterior. — La gran Pirámide. — El firmamento. — El milagro de Josué.

Para responder á las objecciones que se hacen contra la cosmogonía de los Libros Sagrados, se ha dado una solucion general, que parece fútil, ó que rehuye la dificultad, pero que en realidad es sumamente profunda. No hemos querido tocarla en el capítulo precedente, porque nos parece tan importante, que merece que le dediquemos un capítulo especial.

Moisés sabia la verdadera constitucion del universo y la pequeñez de la tierra; pero su objeto no era explicar el sistema del mundo, sino que todas las cosas habian sido criadas de la nada. En la narracion se acomodó á la capacidad del pueblo rudo á quien hablaba, teniendo presente que en esta materia la generalidad de los hombres se expresa y se gobierna por el testimonio grosero de los sentidos. En todas las naciones y en todos los tiempos, los sábios como los ignorantes, han hablado y hablan de las cosas naturales segun su apariencia, y lo mismo hacen los hombres de ciencia de nuestros dias.

El grandioso asunto del libro de Moisés es el mas universal y admirable que puede concebirse: Dios y sus rela-

Biblioteca Nacional de España

ciones con el mundo, el hombre y su orígen y destino, la naturaleza y las criaturas. El escribia no solo para el pueblo hebreo, sino para todos los pueblos y todas las épocas: sus escritos nunca envejecen, son siempre de actualidad. Por eso sus libros debian tener un carácter de sencillez y universalidad que respondiese á las ideas generales, tanto del vulgó como de la ciencia, en todos los siglos. «Semejante posicion, dice Aug. Nicolás, admitida la exactitud del relato de Moisés, ha debido no serle siempre favorable. En efecto, antes de llegar al exacto conocimiento de las cosas naturales, que distingue tan eminentemente al siglo actual, y que depende de mil causas accidentales ó progresivas, el espíritu humano ha andado á tientas por mucho tiempo á la puerta de cada ciencia, abrazando grandes quimeras antes de descubrir la verdad: de donde se sigue, que esta verdad, que debia ser mas tarde el resultado del desarrollo y perfeccionamiento de las ciencias, si se hubiera presentado con anticipacion, sin explicarse y como arrojada bruscamente en la cosmogonía de Moisés, hubiera parecido al principio una quimera y un enigma, como la relacion de los prodigios de nuestra moderna industria hubiera parecido fabulosa y absurda á las inteligencias de Edad-média» (1).—«Si los autores sagrados, dice el abate Duclot, hubiesen hablado del sistema del mundo segun la verdad y exactitud filosófica, los pueblos no los hubieran entendido; antes bien los hubieran tratado como hombres poco dignos de fe, y se vieran tentados á desechar una revelacion que les venia por mano de personas que desmentian lo que ellos tenian por naturalmente indudable» (2).

Además de este objeto principal, Moisés se propuso ha-

(1) Augusto Nicolás, *Estudios filosóficos sobre el cristianismo*, primera parte, lib. II, párrafo 2.

(2) Du-doc, *Vindicias de la Biblia*, sobre el *Génesis*, nota 5.

Biblioteca Nacional de España

cer entender con toda claridad al pueblo hebreo, que los astros y las demás cosas visibles, á los que las naciones rendian un culto supersticioso, no eran Dioses, sino simples criaturas, para de este modo quitar á los Israelitas toda tentacion de adorar á esos cuerpos inanimados. En todas sus páginas resaltan la unidad de Dios, con exclusion de cualquiera otro, su grandeza y omnipotencia, y el cuidado especial que tiene de su pueblo escogido, cuya historia y vicisitudes manifiestan evidentemente una intervencion divina, directa y sobrenatural.

Y aquí, por si no se presenta otra ocasion, hemos de refutar brevemente un grave error de Mr. Flamarion, cuando dice que «el carácter que le ha sorprendido desde luego en el estudio de estos libros antiguos (de los pueblos orientales y entre ellos los Hebreos) es el *naturalismo* profundo que forma, en unos como en otros, el fondo de las ideas sobre el mundo. Otro carácter, no menos evidente, es el *antropomorfismo* que domina, sin que lo adviertan, todas sus concepciones, todas sus creencias.» La única escepcion que hace en favor de los Hebreos, es que profesan el monoteismo y tienen de Dios una nocion mas elevada.—Pero indudablemente nuestro sabio adversario convendrá con nosotros, en que habrá que hacer en favor de los hebreos alguna escepcion mas radical é importante, pues no puede atribuírseles ni el *naturalismo*, ni el *antropomorfismo*. En cuanto al naturalismo es evidente que no; basta abrir las páginas de la Historia Sagrada y se verá que llevan todas el sello de lo sobrenatural. Esto es tan cierto que los racionalistas modernos han calificado los hechos bíblicos de mitos ó alegorías, por su carácterter milagroso, que no quieren admitir. Desde la maravillosa historia del Paraiso y la caida original, hasta el paso del mar Rojo á pie enjuto, los libros de Moisés son una serie de acontecimientos prodi-

Biblioteca Nacional de España

giosos. Dios hablaba y gobernaba directamente á los Hebreos. Milagros, apariciones, promesas, profecías, todo les revelaba su presencia é intervencion. Ellos mismos se llamaban por antonomasia, *pueblo de Dios*. El sacerdocio era una tribu entera designada y escogida por el mismo Dios, asi como su culto y las minuciosas ceremonias que le acompañaban. En una palabra, no ha habido pueblo mas acostumbrado á lo sobrenatural. En cuanto al antropomorfismo, seria cierto, si los pasajes de la Biblia en que se atribuyen á Dios ojos, manos, afectos humanos, etc., hubieran de entenderse en *sentido literal*, pero esto seria violentarlos abiertamente. Ni lo permite el contexto, ni la idea elevada que tienen de Dios y de sus gloriosos atributos. El uso comun de hablar explica esas locuciones: nosotros mismos decimos que Dios *ve*, *oye*, *está sentado*, etc., sin que por eso lo creamos literalmente así.

Mas volviendo á nuestro asunto, decimos que Moisés sabia perfectamente el verdadero sistema del mundo, y vamos á probarlo. En primer lugar lo demuestran los rasgos magistrales de su narracion, que nos describen la progresion de la vida, de un modo enteramente conforme á los datos de la ciencia moderna, que ha hallado su confirmacion grabada con caracteres indelebles en las entrañas de la tierra. En el Pentateuco manifiesta los mas vastos y profundos conocimientos, como político, como legislador, como moralista, como historiador, como matemático, como médico, como naturalista y como poeta. Además de la inspiracion divina que le asistia, su genio profundo se habia enriquecido en Egipto con la educacion mas completa y esmerada, sin excluir la *doctrina secreta* de los sacerdotes que le habian educado por encargo especial de la hija del rey, la cual le habia adoptado por hijo.

Reconocemos en verdad que todo esto, por sí solo, no es

Biblioteca Nacional de España

una prueba suficiente de lo afirmado, pero su fuerza consiste en que se enlaza con un monumento que nos suministra una demostracion irrecusable, tan decisiva que no admite réplica, tan evidente que parece increible. Al verla se nos figura estar soñando: tal es el asombro que nos causa, y la fuerza con que nos rinde á la evidencia. Es la *gran Pirámide* de Egipto, gigante de cuarenta siglos, monumento el mas grandioso que han levantado los hombres.

Los eruditos ya sabian hace tiempo que la posicion de las pirámides de Egipto, suponia métodos astronómicos en aquel pueblo tal vez el mas antiguo que hizo observaciones astronómicas; pueblo que conocia la convexidad y redondez de la tierra, la causa de las fases y de los eclipses de la Luna y tambien del Sol, la duracion del año en trescientos sesenta y cinco dias y un cuarto; pueblo que dos mil ochocientos años antes de Jesucristo habia observado el orto de Sirio, que anunciaba los desbordamientos del Nilo, y habia hallado el gran ciclo ó período sotiaco. Pero no podian sospechar las maravillosas revelaciones que ha hecho recientemente la mayor de todas ellas, la de Gizeh, llamada de Cheops, por haberse creido falsamente que aquel rey estaba sepultado en ella; inmensa mole, tenida por una de las siete maravillas del mundo.

Mr. Piazzi Smith, astrónomo real de Escocia, ha publicado en 1874 un libro importante; *La gran Pirámide, faraónica de nombre, humanitaria de hecho*, que, segun declara, es un rápido compendio de otras cuatro obras, frutos de un trabajo hercúleo. Este sabio astrónomo ha hecho los estudios mas profundos, continuando los trabajos de Mr. John Taylor. Asombrado de sus descubrimientos esclama: *Lo verdadero puede muchas veces no ser verosímil*. Él llega á afirmar, tal vez á pesar suyo, que la gran Pirámide, no es una obra de los Faraones, ni hablando con

CASPAR, EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

propiedad, una obra humana, sino que es una obra *inspirada por Dios*, concebida y ejecutada con un fin misterioso y sobrehumano, que no debia revelarse sino en la época, en que la ciencia hubiera hecho bastantes progresos para entrar por sí misma en posesion de los datos grandiosos inscritos y monumentalizados en la gran Pirámide con tantos siglos de anticipacion.

Solamente en esta época, dice, y para humillar santamente á la ciencia moderna, tan orgullosa de sus conquistas que pretende emanciparse de Dios y de la fe, se le habia de mostrar en la gran Pirámide de Gizeh la relacion de la circunferencia al diámetro, la rectificacion y la cuadratura del círculo, la longitud del eje de rotacion de la Tierra, la duracion del año y del curso diurno de la Tierra sobre su órbita, la distancia de la Tierra al Sol, la densidad media de la Tierra y su peso aproximado, el ciclo de la precesion de los equinoccios, etc. Todos estos conocimientos, por asombroso é increible que parezca, se hallan escritos, no una sola vez, sino muchas veces en las dimensiones de la gran Pirámide y de sus partes esenciales, la antecámara, la cámara del rey, la cámara de la reina, los corredores subterráneos, etc.; y ningun hombre sensato é imparcial puede ponerlo en duda, porque allí están los números, más evidentes que la luz.

El número de coincidencias extraordinarias es tan grande, que no permite en ningun caso atribuirlas á la casualidad. No, mil veces no; no es la casualidad quien ha podido hacer y ha hecho que el codo de la gran Pirámide sea igual al codo de Moisés, igual al codo de Salomon, ó sea, la diezmillonésima parte exacta del eje de rotacion de la Tierra; que el perímetro de la base de la misma nos da la duracion exacta del año y del curso diurno de la Tierra sobre su órbita: que su altura nos revele la distancia exacta

Biblioteca Nacional de España

de la Tierra al Sol, etc., etc. Por lo mismo que las medidas de estas magnitudes, tomadas por los sabios, se han ido aproximando á las cifras de la gran Pirámide, tanto mas, cuanto la ciencia hacía mayores progresos, aquellas cifras son necesariamente verdaderas, intencional y no accidentalmente verdaderas.

Por otra parte, hay que notar que no es de hoy solamente el conocimiento de la ciencia numérica y geométrica de la gran Pirámide. Herodoto habia ya formulado, en términos que tal vez él mismo no comprendia, pero que sir John Herschell ha rectificado sin trabajo, una de la principales leyes geométricas, que dieron á este monumento único su forma de una sencillez admirable: que el triángulo de cada lado de la Pirámide es igual al cuadrado construido sobre la altura. El «padre de la Historia» fué mas lejos todavía, y casi nos reveló el carácter inspirado de la gran Pirámide, haciendo constar la presencia en medio de los obreros de un Rey pastor, descendiente de Sem; que hoy se cree haber sido el Sumo Sacerdote y Rey Melchisedec.

La astronomía de la gran Pirámide, parece en verdad que sobrepuja los límites de lo posible. Pero el hecho tan extraordinario como palpable de la orientacion exacta de sus cuatro lados y del eje del corredor de entrada, orientacion que aventaja los esfuerzos de la ciencia del siglo XIX, es en sí misma un hecho no menos increible que las culminaciones observadas de sus estrellas típicas, perfectamente visibles, aunque no sean de primera magnitud, tan admirablemente apropiadas á las necesidades cronológicas de todas las edades del hombre sobre la tierra, tan misteriosamente significativas. Este grande hecho, más claro que la luz, nos obliga á aceptar todos los demás.

Los corredores ascendientes y descendientes, asi como

Biblioteca Nacional de España

las cámaras, contienen tambien revelaciones y datos no menos admirables. Estos datos molestan é irritan á los demasiado numerosos adversarios de lo sobrenatural, ¿pero qué responder á la existencia cierta, y que todos pueden verificar, de aquellas líneas de fe trazadas sobre sus paredes de granito, asi como á la precision y elocuencia de los números? Hallar allí medida en pulgadas la célebre data de 2170, que la inclinacion del eje del corredor descendiente, y las dimensiones principales repiten bajo tantas formas, es asombroso, en verdad, ¿pero cómo hacer que no lo sea? Esta cifra maravillosa es el resultado de medidas que nada dejan que desear. Nada falta allí: el ángulo de inclinacion ó pendiente de la gran Pirámide nos revela el conocimiento de las matemáticas puras; el ángulo de inclinacion del eje de la galería grande nos da el número exacto de los dias del año solar tropical, y manifiesta el conocimiento de las matemáticas aplicadas, ó las ciencias físicas (1) de precision.

De este modo aquella masa estupenda, aquel inmenso libro de ciencia y verdad, ha venido en nuestra época á dar el mas duro y completo mentís á la insensata teoría que supone que el hombre en su estado primitivo fue salvaje, y que el género humano se desarrolla en contínuo progreso creciente. El primer monumento, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos, levantado por el hombre, es un monumento de ciencia sobrehumana y visiblemente inspirada. Las generaciones antiguas eran mas sabias que nosotros, como lo prueba entre otras cosas esta pirámide, la construccion del arca de Noé, la torre de Babel, y las gigantescas construcciones de Babilonia y Persépolis. Eran mas sabias, porque tenian fresca la memoria

(1) Véase la nota E al final de esta obra.

Biblioteca Nacional de España

de las lecciones recibidas, y tal vez conservadas de un modo duradero que nos es desconocido, del primer Doctor, Maestro y padre comun de todos los hombres, Adam, que á su vez habia recibido del mismo Dios la ciencia mas cabal de las cosas naturales y morales, para trasmitirla á su posteridad.

Sea lo que quiera, inspiracion divina, ó resultado de la ciencia infusa comunicada á nuestros primeros Padres en el Paraiso y trasmitida á sus descendientes, ó fruto de las laboriosas investigaciones de los sabios, por medios de que no podemos formar idea, lo cierto es que la gran Pirámide de Gizeh es un monumento vivo é irrecusable de la civilizacion mas floreciente, de los conocimientos mas cabales de astronomía, geometría y ciencias exactas. Las naciones que se asentaron desde el principio de un modo estable, como Egipto y la Caldea, eran á propósito para conservar la memoria de las tradiciones adámicas, cuyos restos desfigurados se notan en sus historias y religiones. Si no obstante, aquellas tradiciones se perdieron ó alteraron, atribúyase al monopolio de los sacerdotes idólatras, á las fórmulas misteriosas y geroglíficas de que las rodearon para hacerlas ininteligibles al comun de los hombres, á fin de especular ellos solos con ellas para adquirir riquezas, preponderancia y prestigio, y á las vicisitudes y trastornos, así naturales como civiles, que nos refiere la historia, ó cuya memoria yace perdida en los abismos de los siglos.

Es cierto tambien que aquellos pueblos fueron los primeros que se dedicaron á observar los astros, y adquirieron importantes conocimientos. Su cielo puro y despejado, sus noches templadas y serenas, su vida pastoril y sus costumbres, y hasta sus supersticiones, les ayubaban y estimulaban en sus observaciones. El hombre ha mirado siempre con avidez el espacio azulado, que además de su encanto

Biblioteca Nacional de España

natural á simple vista, tiene los encantos del misterio. Aquellos puntos luminosos que brillan en el firmamento atraen nuestras miradas como un imán misterioso, y parece que comunican á nuestra alma algo de su inalterable tranquilidad. El espíritu se abisma en aquellas inmensas regiones, y se eleva hasta el trono de Dios, que cree colocado sobre los brillantes astros como el lugar mas propio de su grandeza y majestad. Además el hombre ha visto en los astros unos benéficos guias y consejeros para muchos asuntos de su vida, y por eso los ha observado con esperanza, interés y gratitud.

Aquellas observaciones de los egipcios no fueron desconocidas á Moisés, y si no las consignó en sus libros, fue porque no era ese su objeto, y por otra parte no lo permitia la rudeza de su pueblo, esclavo de los sentidos y propenso á la idolatría. Algunos creen que las Pirámides fueron construidas por los hebreos durante su estancia en Egipto, y que esos son los grandes trabajos con que los oprimia Faraon, segun se lee en el Éxodo. Sin entrar á discutir el valor de esta opinion, asi como la que hemos citado arriba, que remonta su construccion á la época de Melchisedec, parece indudable que las pirámides existian ya en tiempo de Moisés.

Esto supuesto, se concederá sin dificultad que el Legislador judío tenia conocimiento de los datos astronómicos de la gran Pirámide de Gizeh, ya sea como autor inspirado, depositario de las antiguas tradiciones, y continuador de la magestuosa cadena de los Patriarcas, intérprete de sus enseñanzas, y él mismo Patriarca y Profeta á la vez; ya sea como perfectamente instruido, que es indudable se hallaba en todas las ciencias y conocimientos de Egipto, cuna del saber humano desde la mas remota antigüedad, á donde los sabios de todas las naciones acudian á

Biblioteca Nacional de España

completar sus estudios; y en donde él, como hijo adoptivo de la princesa, recibió la mas esmerada y completa educacion, que le permitió enterarse de todos los adelantos y observaciones de su tiempo. Sus libros, prescindiendo ahora de su carácter divino, manifiestan la mas vasta erudicion.

En confirmacion de esto tenemos en la sagrada Biblia preciosas indicaciones. El codo de Moisés es igual al codo de la Pirámide, lo cual es sumamente significativo, y constituye por sí solo una prueba suficiente. El plan y dimensiones del tabernáculo revelan grandes conocimientos geométricos, y tiene alguna semejanza proporcionalmente con la cámara del rey. A Moisés se debió el órden y notable distribucion de los campamentos hebreos durante los cuarenta años de su peregrinacion por el desierto. Por lo que hace á la astronomía, cuando habla de las estrellas dice que su multitud es innumerable como las arenas del mar, lo cual no aparece á simple vista: designa el planeta Vénus con el nombre de estrella de la mañana, ó lucero, y á Saturno con el nombre de Remphan; hace la distribucion del año arreglando los meses lunares al año solar, y manda observar con cuidado la neomenia ó Luna nueva. Los escritores contemporáneos ó poco posteriores conocian las principales constelaciones, Arcturo, Orion, las Pleyadas, y tal vez tenian idea aproximada de su magnitud é importancia. Además es frecuente en la Sagrada Escritura designar la tierra con la palabra *Thebel*, que equivale á la latina *orbis*, ó globo. En algunos pasajes hasta parece que se indica el movimiento de la Tierra. Para ensalzar la magestad de Dios, dice el libro de Job entre otras cosas, que *mueven la Tierra de su lugar*, y poco despues, que *delante de El se postran los que llevan el orbe* (1). En otro lugar enseña terminantemente que la Tierra se halla aislada en

(1) Job, IX, 6. 13.

Biblioteca Nacional de España

el espacio: *Dios es quien extiende el Norte sobre el vacío, y tiene suspendida la Tierra sobre la nada* (1).

Es cierto que algunas veces, si nos atenemos al sentido literal de la Sagrada Escritura, parece que enseña la inmovilidad de la tierra; pero si reflexionamos un poco en el contexto de aquellos lugares, hallaremos que no se trata allí del movimiento de nuestro globo, sino de su duracion, de su permanencia, del órden estable que se observa en ella. Las verdades de la Biblia son independientes de las erróneas interpretaciones que hayan podido recibir en cualquiera tiempo, y toda la responsabilidad de estas pertenece á sus autores.

A propósito de esto San Agustin y Santo Tomás nos dieron una importantísima regla de interpretacion. «Debemos precaver un error, dice el primero. Cuando disputemos contra adversarios, que arguyen con tanta sutileza, no hemos de insistir precisamente en algun testimonio de la Sagrada Escritura; porque ellos, no rindiéndose á la autoridad de las divinas letras, ó ignorando el sentido de ellas, despreciarán nuestros Libros santos, mas bien que repudiar lo que dicen constarles por razones ciertas ó por esperimentos bien probados.» (2) «En estas cuestiones, dice Santo Tomás, hemos de tener presentes dos cosas, segun el consejo de San Agustin. Primera, conservar inconcusa la autoridad de la Escritura. Segunda, como la Escritura divina es susceptible de recibir muchas interpretaciones, que ninguno insista en alguna esposicion, presumiendo que es el verdadero sentido de la Sagrada Escritura, aunque conste por razones ciertas que es falso: á fin de no esponer la Escritura á las irrisiones de los infieles, y no cerrarles el camino de la fe.» En nuestros tiempos es muy

(1) Job, XXVI, 7.
(2) *De Genesi ad literam*, lib. II, cap. I, núm. 4.

Biblioteca Nacional de España

interesante no olvidar un momento esos prudentes consejos.

Lo mismo debemos decir del error mas grosero que suponia la solidez del firmamento. Este error no tiene fundamento alguno en la Sagrada Escritura. La palabra hebrea *rakianj*, que los setenta tradujeron *Sereoma*, y la Vulgata *firmamentum*, no significa otra cosa que el espacio, la estension: y esta unas veces designa la atmósfera, en la cual se sostienen las nubes ó sea las *aguas superiores* en estado de vapor, y otras veces designa el espacio mas lejano en el cual se mueven los cuerpos celestes. Cuando Moisés habla en el primer verso de la creacion de los cielos y de la tierra, como ha traducido la Vulgata, debemos entender con mas propiedad, segun la espresion literal del testo hebreo, que Dios crió en el principio *Schamain*, esto es, las alturas, y *Heretz*, esto es, lo que está debajo de los piés. Si en el libro de Job, uno de sus interlocutores, Eliu, dice que los cielos son solidísimos como si fueran de bronce fundido, no se refiere á su solidez material, como se infiere del contexto, sino por una exageracion poética, quiere significar la grandeza indestructible de esta magnífica obra, en la cual no hay aparentemente mudanza ni variacion. Por otra parte, en el capítulo siguiente, es llamado un vano raciocinador, que habla como un ignorante. Diremos, por último, que si se quiere abusar de la Sagrada Escritura, tomando al pié de la letra las espresiones populares, no hay error que no pueda creerse sancionado en sus páginas.

Añadiremos cuatro palabras sobre el célebre milagro de Josué, piedra de escándalo de los incrédulos. Este milagro no es mas difícil é imposible que cualquiera otro, pues para Dios no hay cosas mas ó menos difíciles. La mismo puede suspender todas las leyes, que una sola: lo mismo detener la carrera de los astros, que el curso de una simple calentura. Esto supuesto ¿pudo Dios hacer el milagro de Josué,

Biblioteca Nacional de España

ó sea, hablando como el vulgo, la detencion del Sol? Nadie se atreverá á dudarlo. ¿Lo hizo? El testo sagrado nos lo afirma. ¿Cómo lo hizo? No sabemos, ni podemos imaginarlo, pero esto no basta para negas su verdad.

Los antiguos intérpretes que no conocian el sistema del mundo, pensaban que este milagro habia de entenderse en sentido literal: mas hoy nadie acepta aquella interpretacion. Los modernos creen que fue la Tierra la que se detuvo mas solo en su movimiento diurno alrededor de su eje, que es lo que se requiere para la prolongacion del dia, y no en su curso annúo de traslacion en su órbita; lo que basta para mantener todas sus relaciones con los demás planetas. Pero comprendiendo los efectos desastrosos que habria producido instantáneamente la detencion de la rotacion de la Tierra, otros no quieren admitir una detencion, sino solo una lentitud en su movimiento, ó disminucion de su velocidad, suficiente para prolongar la luz hasta que Josué completase su victoria. Bergier supone que aquel milagro no fue otra cosa que la prolongacion estraordinaria del crepúsculo. Galileo opinaba que aquella prolongacion, espresada en el testo en un lenguaje popular, solo habia sido un fenómeno óptico y meteorológico, un milagro local proporcionado al fin local para que se hacia, y no un fenómeno astronómico y universal. Algunos teólogos modernos siguen esta opinion, añadiendo que aquel fue un fenómeno luminoso del género de los parelios, ó de las auroras boreales. Por último, algunos pocos, siguiendo una interpretacion mas lata, dicen que la prolongacion del dia no fue mas que aparente á causa de la rapidez estraordinaria de la victoria de los Israelitas sobre sus enemigos: añaden que esta es tambien la opinion de algunos intérpretes hebreos, y de su historiador Josefo. Entre los católicos, Jahn, De Brentanno, Massi y algunos otros, han adoptado esta esplicacion, que tiene

Biblioteca Nacional de España

mas partidarios entre los protestantes. Segun estos últimos, Josué espresó enfáticamente, con una metáfora toda poética, su deseo de que el dia se prolongase para tener lugar de esterminar á sus enemigos, y efectivamente hizo en ellos tanto estrago como si el dia se hubiera duplicado en realidad. La razon que dan es que los versículos, en que se refiere el milagro, están tomados del libro *Haygaschar*, del cántico de victoria de Josué, despues de haber derrotado á los cananeos. En aquel libro, llamado tambien *Libro de los justos*, se coleccionaban todos los himnos y cánticos patrióticos, los hechos mas ilustres de los caudillos y todo lo que fuese de fausta memoria para Israel. Hoy solo quedan algunos fragmentos. Esta última opinion allana todas las dificultades. Cada uno puede seguir la que mejor le parezca, pues todas pueden defenderse católicamente. Por mi parte prefiero las de Galileo y Bergier.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO X (DUPLICADO.)

El Zodíaco.—Su carácter revelado.—Mística del Zodíaco.

Lo que se ha dicho en el capítulo anterior acerca de la ciencia física y astronómica de Moisés, no es una opinion aventurada. En confirmacion vamos á presentar otra prueba mas fuerte y mas directa: el carácter revelado del Zodíaco, y el conocimiento que de él tuvo Moisés.

La invencion del Zodíaco es antiquísima: no se puede asignar su orígen, que se pierde en los albores de las primeras edades históricas. Para hallar el primer uso de la denominacion de los signos celestes, debemos remontarnos á los hijos de Noé, reunidos al pié de la Torre de Babel. Cuando los hombres se multiplicaron, no hallaron otro medio para arreglar su vida y sus trabajos que el exacto conocimiento del curso del Sol y sus diversas posiciones. Para esto dividieron en doce partes iguales las estrellas, bajo las cuales pasa, porque se observó que las corre una sola vez, mientras la Luna las corre doce veces. Toda la série de preparativos y de operaciones que debian ocupar á la sociedad durante el curso de un año entero, fue espresada por doce palabras. Y si el uso de estas doce palabras, y las doce porciones del año que representan, ha pasado á todos los pue-

Biblioteca Nacional de España

blos, es una prueba de que proviene del orígen comun del género humano.

«Los nombres de los signos zodiacales, dice M. de Mirville, no solamente se encuentran en Orfeo y Homero, ochocientos años antes de la era cristiana, sino que los hallamos dos mil años antes por lo menos en el libro de Job, que nos habla de la creacion de las Pleyadas, de Orion y del Escorpion, de los *mazzaroths*, ó sea del Zodiaco.» (1)

El sábio Bailly, calculando la época en la cual las constelaciones debian manifestar la influencia atmosférica, que les atribuye el escritor sagrado, por la espresion de *benignidad ó temperatura elevada* (á propósito de *Kimah*, Pleyadas) y por la de *lluvias tristes* (á propósito de *Kemil*, Escorpion), Bailly, decimos, se veia obligado á remontar esa época á tres mil y aun á tres mil setecientos años antes de nuestra era. Ante la perpétua y constante conformidad de las divisiones del Zodiaco y de los nombres de los planetas, aplicadas en el mismo órden *en todos los tiempos y en todos los pueblos*, y ante la imposibilidad de atribuir esta uniformidad al *acaso*, «que jamás produce, dice el mismo, tan uniformes semejanzas,» se veia obligado á admitir la existencia de un pueblo primitivo antediluviano y á proclamar á Thunt, Seth, Fohi, ó de otro modo, á nuestros patriarcas, «como los primeros maestros de la ciencia.»

Esta hipótesis de un pueblo primitivo perdido, se *perdió* ella misma por la antigüedad fabulosa que Bailly le atribuia; pero encerrada en sus prudentes y justos límites, es una de las verdades que no es permitido negar.

El libro de los *Reyes* coloca la adoracion de los doce signos en la misma línea que la del Sol y la Luna, cuando

(1) La raiz de la palabra *mazzaroth* significa ceñir, rodear, y ninguna denominacion, dice Goguet, cuadra mejor á los signos del Zodiaco. Es tambien el nombre con que se designó en un principio el círculo de la esfera.

Biblioteca Nacional de España

nos refiere que Josias *esterminó á los arúspices y á los idólatras que quemaban incienso á Baal, y al Sol y á la Luna y á los doce signos* (las doce constelaciones del Zodiaco) *y á toda la milicia del cielo.* (1)

Newton hacia subir la invencion del Zodiaco á la espedicion de los argonautas. Dulaurte, á quien importaban poco los años, la fijaba á los seis mil quinientos antes de Jesucristo. En fin, el caballero Paravey, uno de los hombres que han estudiado esta cuestion en las fuentes mas variadas y mas curiosas, fija la invencion antediluviana del Zodiaco en *el orígen de todas las cosas*, y su renacimiento postdiluviano en los primeros tiempos de la Caldea y de Babilonia. En efecto, era una creencia difundida en todo el Oriente, que la doctrina de los Sabeos ó adoradores de los genios siderales, y la de los Magos, á la que se enlaza evidentemente el Zodiaco, ascendia á los primeros Patriarcas. Antiguas tradiciones referian que Adan habia instruido á sus descendientes en las revoluciones de los astros, y que los hijos de Seth, para perpetuar la memoria de sus enseñanzas, las habian grabado sobre dos grandes columnas, una de piedra y otra de ladrillo, con el objeto de que resistiesen á la accion del agua y del fuego.

O nos equivocamos mucho, dice Creuzer, ó no seria difícil demostrar que la mayor parte de las teogonías, y su íntima conexion con el calendario religioso, suponen, si no el Zodiaco, tal como le conocemos, al menos algo por el estilo, y que *preexistia* en cierto modo en el seno de todas las mitologías, bajo mil diversas formas, hasta que un concurso de circunstancias vino á coordinarle en el conjunto astronómico mas completo y definido, que nosotros poseemos.

Mas ¿cuál podia ser la razon de esta *preexistencia* zodiacal en el seno de todas las mitologías, ¿Cómo habia existido

(1) IV de los Reyes, XXIII, 5.

Biblioteca Nacional de España

un inventor (hombre ó pueblo: no importa), bastante inepto para dividir el cielo en imágenes estravagantes que no tienen ninguna relacion con la configuracion lineal de los astros, y sin embargo bastante hábil para imponer á todas las naciones y á todos los siglos esta creacion pueril y fantástica de su propio espíritu?

Habia en verdad una tradicion constante y general acerca de la revelacion positiva de aquellos signos. El sábio Malcolm nos ha mostrado un eco en el *Davistan*, libro sagrado de los Persas, en el cual, habiendo hecho remontar la invencion del Zodiaco á los hermosos dias de la edad de oro de Iran, añade «que los genios de los planetas están representados en las mismas figuras, bajo las cuales se habian aparecido á muchos santos profetas, y de este modo habian dado orígen á todos esos ritos.»

Esto conviene perfectamente con lo que nos refiere Jenofonte, que no era en verdad un espíritu apocado, acerca de Ciro, poco *soñador* por su naturaleza, el cual en el momento de su muerte daba gracias á los dioses y á los héroes de haberle instruido *tantas veces* por sí mismos de todos los signos del cielo, ἐν οὐρανοῖς. Los anales religiosos de todos los pueblos espresan igual reconocimiento por revelaciones análogas.

En cuanto á los judíos, ¿cómo podrian dudar del profetismo de dichos signos, cuando los hallaban en los libros de Moisés, en los de los profetas, y hasta en los antiguos *kabalistas*, y los veian representados en el *santo de los santos*, en la arca de la alianza, en las alas de los querubines y en las piedras preciosas del *ummin*?

Era imposible atribuir á invencion humana estos signos con los cuales se relacionaban tantas maravillas taumatúrgicas y proféticas. Lo sobrenatural de las unas garantizaba lo sobrenatural de los otros.

Biblioteca Nacional de España

No se puede menos de reconocer los doce signos en las doce estrellas del sueño de José, once de las cuales se postraban ante la otra que era la suya: y sobre todo en los doce hijos de Jacob, y en los epítetos proféticos que les da este patriarca sobre su lecho de muerte. No es posible desconocer la relacion de aquellos epítetos con los nombres modernos de los doce signos del Zodiaco. Sabido es que el autor del Génesis, en donde se contiene el testamento profético de Jacob, fue Moisés.

Así el *Hombre* ó el *Acuario* de la esfera está designado en Ruben, que en la profecía de Jacob «se precipita como el agua;» *Géminis* en la «asociacion fraternal de Simeon y Leví;» *Leo* en Judá, «que se recuesta como el leon;» *Piscis* en Zabulon, «que habita la mar y sus costas;» *Tauro* en Isacar, «que se estiende en sus establos;» el *Escorpion* en Dan, «que será como la serpiente, *mordens*;» el *Capricornio* en «Nephtalí, el ciervo;» *Cáncer* en Benjamin, «que cambia de la noche á la mañana;» *Libra* en «Aser, el panadero;» *Sagitario* en José, «cuyo arco ha conservado su fuerza,» y la *Vírgen* en Dina, «hija única de Jacob,» etc. (1)

Conocemos cuanto pudiera haber de arbitrario en esta interpretacion, si no la halláramos confirmada por la division subsiguiente del pueblo judío en doce tribus, y el hecho notable de que los estandartes de cada una ostentaban esas mismas respectivas figuras. ¿Cómo no hallar en este testamento profético la continuacion del solo sistema cosmológico que se encuentra figurado por todas partes en la estructura y en los detalles del templo, segun los planos de Moisés? ¿A qué atribuir esos doce signos, indicados especialmente por San Clemente, como representando los doce

(1) Génesis, XLVIII.

GASPAR, EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

signos del Zodiaco: á qué las doce piedras del pectoral del sumo sacerdote que significan lo mismo, y que como dice el citado Santo Padre, son símbolos que se refieren todos al *Sol* de justicia? Por poco que se conozca el espíritu tipológico de la Biblia, y la persistencia de estas asimilaciones cosmo-teológicas, se comprende cuánto habria de anormal en la escepcion que reusase reconocerlos en este caso.

Sin embargo no se vaya á inferir de aquí que vemos en todo eso el *orígen cierto* de los signos del Zodiaco: pues solamente nos parece probable. Mas como no ha habido profecía mas solemne que la de Jacob, la tradicion general que hace descender de ella este orígen, no debe ser despreciada. En todo caso podemos deducir de estas relacioues, verdaderamente notables, que el patriarca hacia alusion á los doce signos del Zodiaco y los aplicaba á los destinos de sus descendientes, cuyo porvenir conocia por revelacion.

Veamos cómo se espresa Villalpando, el autor del libro mas notable que se ha escrito acerca del templo de Jerusalem: «En la disposicion del campo de Israel nada habia concebido á la ligera y sin un gran designio. Todo, así como en el templo, representaba la sabiduría infinita de Dios en la formacion del universo. Vemos en efecto en este templo nuestro mundo *sublunar*, (1) dividido primero en cuatro partes, y rodeado despues por los *doce signos del zodiaco*; como en los campos de Israel iba siempre la tribu sacerdotal separada en cuatro falanges y rodeada por las otras doce: los cuatro primeros jefes llevaban en sus estandartes sagrados, Judá un leon, Ruben un hombre ó acuario, Efrain un toro, Dan un escorpion, hallándose aplicado un signo á cada tribu. ¿Quién no ve además que las otras siete mansiones diseminadas entre los doce campos que se

(1) Obsérvese bien que aquí solo se trata de nuestro sistema solar.

Biblioteca Nacional de España

refieren á los doce signos y á los cuatro puntos cardinales elementales, pueden referirse á su vez á las estrellas errantes que los astrónomos llaman *planetas?* Mas como al mismo tiempo se trata aquí del gobierno superceleste de la Iglesia, no hemos de ver solamente en medio de estos planetas el sol material que se levanta, se pone y vuelve á su lugar, sino mas bien el verdadero padre de todas las luces, el sol de la justicia, el verdadero Sol Cristo, resplandeciente con las siete luces de la gracia que derrama con abundancia sobre nosotros, marchando entonces en medio de las doce tribus de Israel, como despues en medio de los doce apóstoles, y apoyado sobre los cuatro evangelistas, por las cuatro partes del mundo.» (1)

Filon el Judío hacia notar á su vez que «el número doce es perfecto. Es, dice, el de los signos del Zodiaco, que el sol recorre en doce meses; número que Moisés honró, dividiendo su nacion en doce tribus, instituyendo los doce panes de la proposicion y colocando las doce piedras preciosas alrededor del racional de los pontífices.»

Y como no se trata aquí, en el siglo XIX mejor que en todos los otros, sino de buscar la verdad de buena fé y sin prevenciones, hé aquí lo que ha escrito recientemente un jóven sábio inglés, Sir Arthur Lumley Davids. «El sueño de José y las bendiciones de Jacob no pueden dejar alguna duda razonable acerca del conocimiento del Zodiaco por los antiguos Hebreos: estos apelativos reunidos no pueden significar otra cosa que los signos del Zodiaco.»

Todos los que no están ciegos hasta el punto de no ver en el Zodíaco mas que una invencion de los Griegos, nos conceden en general que es de una estrema antigüedad, que se pierde en la noche de las primeras edades. Los lec-

(1) Villalpando, *El templo de Jerusalem*, tom. II, parte 2 cap. 30.

Biblioteca Nacional de España

tores á quienes hemos podido convencer de las relaciones que sus signos tienen con los signos y animales mencionados por los profetas y en los libros sagrados, nos conceden tambien que lleva un sello de profetismo y revelacion. Pero todavía adquiriremos mas partidarios cuando hayamos logrado penetrar un instante en la significacion mística de esos mismos signos.

Debemos dar gracias á Dupuis de haber repetido en todos los tonos: «*Es imposible* descubrir el menor rasgo de semejanza entre las partes del cielo y las figuras que los astrónomos han trazado: y por otra parte el azar es imposible.

Sí; el azar es imposible. No es el azar el que, tres ó cuatro mil años antes de la encarnacion del Verbo, que se llama á sí mismo el *alpha* ó el primero, señaló con el astérico ∝ la figura del Toro, cuyo nombre *Aleph* significa tambien el *primero*. No es el azar el que en ciertas esferas colocó sobre su trono la cabeza de este Toro en actitud de hacer retroceder á un dragon, presentándole una *cruz* enarbolada. Es preciso saber que esta constelacion de Tauro era llamada «la *gran ciudad de Dios* y la *Madre de las revelaciones*, ó tambien el *intérprete de la voz de Dios*, el *Apis pacis* de Hermontis, en Egipto, el cual, dicen, proferia los oráculos relativos al nacimiento del Salvador. No es el azar quien en el zodiaco indio, muy anterior al de los Griegos, figuró al *dragon* sobre un *árbol*, y por bajo la *Vírgen* Kanya Dourga, la mas antigua divinidad del Olimpo indio, sobre un *leon* que tiraba del carro del *Sol*. Por otra parte Daswina, que correspondia antiguameate al signo de *Virgo*, y en Bengala corresponde todavía, es adorada bajo el nombre de la vírgen *adornada de la media luna*: ni mas ni menos añadiremos, que una Vírgen de Murillo.

Mr. Erard Mollien leyó en el Instituto un artículo que

Biblioteca Nacional de España

tenia por objeto probar la conformidad del zodiaco indio con la antigna teología de aquel país, y con todo el conjunto de sus fiestas, que se remonta lo menos tres mil años.—«Esta vírgen *Dourga*, dice, no es el simple *memento* de un hecho astronómico, sino la divinidad mas antigua del Olimpo indio: esta es positivamente aquella misma cuya vuelta anunciaban los libros de las Sybilas, como una época de renovacion universal. Todo prueba que las figuras zodiacales fueron trasmitidas á los Griegos por los Caldeos, los cuales las recibieron de los Brahmanes; y estos á su vez confesaban que las habian aprendido de los antiguos profetas. Se ve, pues, que es imposible trasformar en una simple *segadora* este signo de Virgo, que en casi *ningun pueblo coincidia con la época de la siega*; y por el contrario cuadra tan exactamente á las antiquísimas tradiciones de la Vírgen que habia de dar á luz al Salvador. No seria, pues, la teología la que estaria basada sobre la astronomía, como pretende Dupuis, sino mas bien la esfera habria tomado sus figuras de la teología.

Considerando este signo preferente en todos los zodiacos, en relacion con las tradiciones populares, el astrónomo ateo Lalande se vió obligado á escribir: «La constelacion de la *Vírgen* es la que contiene mas emblemas y mas alegorías. Ella representa la imágen del Dios de la luz, recien nacido, entre los brazos de la constelacion: y todas las imágenes de la Vírgen celeste, propuestas á la veneracion de los pueblos, la representaron lactando al Niño místico, que debia destruir el mal, confundir al príncipe de las tinieblas, regenerar la naturaleza y reinar sobre el universo.»

¿Es por ventura el azar ó la alusion á las estaciones lluviosas (siempre variables) quién dió lugar á la constelacion general de *Acuario*? Este signo del Zodiaco es una enseñanza histórica del pasado, como la Vírgen y los Peces repre-

Biblioteca Nacional de España

sentaban las esperanzas del porvenir. Este *Acuario* es el signo del diluvio. Los que lo duden, tengan la bondad de esplicar por qué en la esfera china del P. Gaubil la figura del Acuario griego está sustituida por unos asteismos, cuya traduccion es *rayos, cataratas, gemidos;* y por encima se ve al rey *Ty* deificado, que domina sobre las aguas: y además debajo de estas aguas se descubren nueve estrellas negras y funestas, formando cuadro, que representan á los Kouey, es decir, á los *divos* ó demonios, así como tambien á los hombres culpables. Lo mismo se halla dibujado en las esferas mongoles y japonesas, en las esferas persa é india de Scaligero y en los zodiacos de Denderah y Esné.

Pero el signo del Zodiaco mas significativo y mas rico en alegorías es el de Piscis. Se recordará que en el curioso testamento de Jacob este signo corresponde á Efraim el *elegido*. Pues bien; en el momento de la entrada del Sol en *Piscis*, el Mesías, el *Elegido*, el ἰχθύς de los primeros cristianos, hará su entrada en el mundo. Entre los brahmanes, su Mesías encarnado es tambien pez, y el agua es un elemento sagrado, porque el Mesías vivió en ella. Entre los rabinos, Dag significa igualmente pez y Mesías: y es sabido que el ídolo Dagon era mitad hombre y mitad pez. «Es un hecho afirmado (por Kepler) dice el doctor Sepp, que en el momento de la Encarnacion todos los planetas se hallaban en conjuncion en el signo de *Piscis*, al cual los Judíos llamaban desde el principio la *constelacion del Mesías*. En esta constelacion, añade, se hallaba la estrella de los Magos...» Todas las tradiciones judías, al anunciar esta estrella que vieron muchos pueblos, añadian «que ella absorberia los 70 planetas que presiden á las diversas naciones del universo.» En virtud de estas profecías naturales, prosigue el doctor Sepp, estaba escrito en los astros del firmamento que el Mesías apareceria en el año lunar del mun-

Biblioteca Nacional de España

do 4320, en ese año memorable, en que el coro entero de los planetas celebraba su jubileo.» Téngase presente que este no hace mas que copiar á Kepler.

Así, pues, nos vemos muy inclinados á creer en los ciclos ó períodos misteriosos, y en su grande influencia sobre los destinos del universo. Una multitud de espresiones y de emblemas bíblicos parecen indicarlo espresamente: y además estos períodos se repiten en la historia con una constancia de regularidad que desconcierta á la incredulidad misma, y citaremos por ejemplo al tan sábio como incrédulo Boulanger: «Kepler, dice, el mas grande y el mas cristiano acaso de todos los astrónomos, reconocia la suma importancia de todas estas conjunciones planetarias, cada una de las cuales, segun él, era un año climáterico de la humanidad. Esta conjuncion, añade en sus Estudios sobre el verdadero año del nacimiento del Salvador, esta conjuncion tan rara de los tres planetas, Saturno, Júpiter y Marte, se verificó en una region del Zodiaco *tan fecunda en significaciones*, la constelacion del pez Mesías, que atrajo la atencion de los magos.» Boulanger cita con respeto estas palabras de Kepler.

Sustituyendo, pues, al falso principio de la teología nacida de los signos del Zodiaco el principio verdadero del Zodiaco nacido de la teología, la fé como la razon pueden contemplar sin pena alguna, y hasta con admiracion, las analogías tan completas señaladas por San Leon entre las principales fiestas de la Iglesia y la marcha del Sol: analogías abrumadoras para los que cometan la falta de unirlas ligeramente, pero perfectamente consoladoras para todo el mundo cuando las verifica y las medita con atencion.» Hasta aquí el marqués de Mirville. (1)

Si quisiéramos acudir á la antigua *cábala* de los He-

(1) De Mirville, *Des Esprits*, tom. IV, art. Zodiaque.

Biblioteca Nacional de España

breos, hallaríamos en los signos del Zodiaco un símbolo mas sorprendente, casi increible. Segun la cábala, el orígen de la humanidad empezó en el signo de *Tauro*, al cual corresponde en frente el *Escorpion*, en hebreo pica-talon, instrumento de perdicion: alusion evidente á la seduccion de nuestros primeros padres y á la caida original. Esta contraposicion queda establecida por el órden mismo de los signos del Zodiaco. Si nos atenemos al círculo de estos signos, vemos que Tauro, ocupado por el Sol seis mil años atrás, tiene por opuesto al Escorpion. Esta primera línea es el simbolismo de Adam en el paraiso. La palabra Tauro quiere decir I, y tambien Aleph y Dios. Segun su etimología, es la primera era de Dios, que fue destruida por el tentador.

La doctrina secreta de los antiguos hebreos pone siempre en el principio á Tauro. Por ejemplo, en el Zodiaco veo primero el ojo del Toro (Aldebarán) dirigido hácia Jehovah. La suma de estas dos palabras: שׁוֹר יְהוָה (de Jehovah el Toro) da el número 532, gran número astronómico. Ya se sabe que las letras del alfabeto hebráico tienen un valor numérico, cuya interpretacion revela muchas veces el verdadero sentido de la frase.

Despues de Tauro se ve en el mismo Zodiaco la puerta de dos hojas ♊, que significa los Gemelos *(Géminis)* y así sucesivamente. Siguiendo la marcha secular del Zodiaco á causa de la precesion de los equinoccios, hallamos segun la misma ciencia antigua que á Tauro ha seguido *Aries*, símbolo del *Cordero pascual*, al cual corresponde en frente *Libra*, la Balanza, que significa el establecimiento de la justicia. Desde el principio de la era cristiana nos hallamos en la edad de *Piscis*, los Peces: pues bien, la palabra Peces en griego es ΙΧΘΥΣ, cuyas letras son las iniciales de esta frase es: Ιησους Χριστος Θεου Υιος Σωτηρ, *Jesus Christus Dei Filius*,

Biblioteca Nacional de España

Salvator: correspondiendo á ese signo en frente de *Virgo*, la Vírgen. Los peces del Zodiaco son los del simbolismo teológico, y se ven tambien esculpidos en las antiguas piedras de las catacumbas y en muchos objetos del culto católico.

Saldremos de Piscis el año 2000 para entrar en *Acuario* (regeneracion), al que corresponde en frente *Leo* (de la tribu de Judá), edad de fuerza tranquila y de perfeccion. Despues entraremos en *Capricornio*, el peor de todos los signos, al cual corresponde *Cáncer*, aun mas terrible. Entonces llegará el fin del mundo, porque la humanidad no podrá atravesar tan fatales signos. Pero sea de esto lo que quiera, no se puede negar que estas correspondencias cabalísticas son verdaderamente muy notables y estraordinarias. Esto no lo ignoraba Mr. Flammarion, pues lo copia en su *Historia del cielo*. (1) De lo cual se infiere que los antiguos hebreos, especialmente los que cultivaban las ciencias, no estaban tan ignorantes del sistema astronómico como algunos afectan suponer.

BIBLIOTECA NACIONAL

Moisés fue el gran maestro del pueblo hebreo, y cuanto mas se estudian sus libros, se encuentran mas ricos tesoros de todos los conocimientos, indicio de su divina inspiracion. Pero su objeto principal no fue enseñar la astronomía ó la física, sino la moral y la religion. Por eso sus libros, que para los sábios que los profundizan son una mina inagotable, para el pueblo á quien enseñan sus creencias y sus deberes, están escritos en lenguaje popular.

(1) *Historia del cielo*, tarde VI, pág. 167.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XI.

Doctrina católica acerca del fin de la creacion.—Equivocacion de Mr. Flammarion.—Varios fines.—En qué sentido se dice que todo fue hecho por causa del hombre.—Doctrina de Santo Tomás.—Los habitantes de otros mundos en el plan de la creacion.

La creacion *de la nada*, el principio de ser de todas las cosas, llamadas por un poder infinito del estado de no ser ó de mera posibilidad al estado de existencia, es una verdad indudable. La fé la enseña, la ciencia la ilustra, la razon la acepta. Mas, ¿por qué quiso Dios crear? ¿Qué fin se propuso al dar vida á tanta y tan admirable diversidad de criaturas? Es evidente que Dios, como inteligencia infinita y sabiduría absoluta, se propuso en la creacion algun fin digno de Él. ¿Cuál fué este?

La opinion de la pluralidad de mundos se enlaza íntimamente con la doctrina teológica acerca del fin de la creacion.

Esta doctrina no ha sido bien espuesta ó bien entendida por Mr. Flammarion. Efectivamente la teología no enseña, como supone una y otra vez nuestro ilustrado adversario, que el universo con todas sus criaturas haya sido creado para el hombre, como fin *único* y *principal*. Si se hubiera tomado la molestia de abrir algun autor escolástico, y especialmente el oráculo de nuestras escuelas, la Suma de

Biblioteca Nacional de España

Santo Tomás, hubiera visto en qué sentido el hombre estuvo presente en los altísimos designios del Criador; y probablemente se hubiera abstenido muchas veces de reprender nuestro orgullo y ridiculizar nuestra vanidad. Por nuestra parte vamos á evitarle ese trabajo, esponiendo la doctrina católica con la posible claridad. Unicamente lamentamos que un escritor distinguido, que ha llegado á hacerse popular, y sabe que sus libros han de ser leidos y aun traducidos en diversos idiomas, haya padecido en tantos lugares de su obra tan sensible equivocacion.

Hé aquí una cosa que sorprenderá á Mr. Flammarion. No son los teólogos, como él piensa, los que han sostenido que la felicidad del hombre es el fin total del universo, sino los incrédulos y racionalistas modernos, los padres de la filosofía alemana y de todos sus desvaríos, y muchos protestantes que por seguir su flaca razon se han apartado de las luminosas sendas de nuestra fé. Kant, Hegel, Wegscheider, Ammon, Mosheim, Hermes y otros varios, son los que enseñaron que Dios creó el mundo únicamente por causa del hombre, y no solo eso, sino que se atrevieron á refutar, como absurda, la doctrina católica, segun la cual Dios se propuso en la creacion como fin último, adecuado, supremo y principal, su propia gloria. Los teólogos impugnaron este absurdo error de los racionalistas con los argumentos mas contundentes, demostrando; —que reducen á Dios á la condicion de *medio*; —que habria tantos fines totales de la creacion como hombres hay en la tierra: —que la esperiencia enseña por desgracia que no hay uno siquiera que alcance la felicidad en esta vida, y la fé dice que muchos son eternamente infelices en la otra; —que hay muchas criaturas mas nobles que el hombre, por ejemplo el Angel; —que el hombre está abrumado de males; —y que no todas las cosas le sirven, como por ejemplo, «los diez y

Biblioteca Nacional de España

ocho millones de estrellas de la Via láctea, los sesenta millones que están fuera de la sesta magnitud hasta el término de la vision telescópica, las nebulosas lejanas y el número desconocido de las que no hemos visto ni veremos jamás.» Cuando los escritores católicos, sobre todo los ascéticos, afirman que la creacion tuvo por fin al hombre, entienden *siempre*, sin necesidad de otra aclaracion, el fin *secundario*, remoto y de consecuencia, que ciertamente, como veremos luego, fue en el plan divino la felicidad de la criatura racional.

Para inteligencia de esta doctrina, para establecer la línea divisoria entre el error de los racionalistas y la verdad filosófico-católica, suplicamos á Mr. Flammarion tenga la bondad de internarse un poco con nosotros en las áridas especulaciones de la metafísica cristiana, profundizar la teología polémica y recordar las poco elegantes distinciones escolásticas; aquellas distinciones, tal vez en lenguaje bárbaro, que parecian á muchos vanas é inútiles, y que sin embargo contienen la clave para resolver todas las objecciones y corregir los desvaríos de la nebulosa filosofía moderna. Esto será poco divertido, fuerza es confesarlo: no será tan atractivo como echar á volar la imaginacion por las luminosas estensiones de la constelacion de Cassiopea, hacer retroceder ó avanzar el tiempo y los sucesos en los rayos de la luz y soñar las mas caprichosas ficciones de nuestras supuestas existencias anteriores, como en *Lumen*; (1) pero en cambio será mas verdadero y sólido, y sobre todo sumamente interesante para formar idea recta de nuestras relaciones con Dios.

Ante todo conviene esplicar los diversos significados de la palabra *fin*.—Entendemos por fin lo que determina la accion, la razon del agente y de la obra. Los escolásticos

(1) Título de un libro de Mr. Flammarion.—Madrid, Gaspar y Roig, 1874.

Biblioteca Nacional de España

dividian el fin en *finis cujus*, fin propiamente, objeto para cuya consecucion se emplean los medios: *causa final*, que mueve ó determina al agente á obrar; *finis quia*, razon por la cual se quiere alguna cosa, que se llama fin, en cuanto es apetecible por sí, pero prescindiendo de poseerla ó no poseerla; *finis qui*, el objeto intentado que se desea para alguno; *finis quo*, la posesion efectiva de dicho objeto, que nos deja satisfechos; *finis cui*, el sugeto ó persona para quien se desea la cosa intentada ó á quien mira la intencion del agente. Este fin se subdivide en último, próximo y remoto. *Próximo* es el primero que se intenta, y tiene razon de medio. *Remoto* es mas principal, encaminado al objeto de la obra, y tambien tiene razon de medio respecto del fin *último*, el principal de todos, el único, el fin verdadero y real del agente y de la accion que ejecuta. Por él obra, y se dice *propter quem*. El fin último es lo que es apetecido é intentado por sí mismo, y todas las demás cosas son apetecidas por causa de él.

El fin se divide de otro modo: en principal, secundario, y accesorio, en el órden de la intencion. Además en fin de *la obra* y fin *del operante;* fin de la obra, ó material, á lo que la misma obra se refiere ú ordena; fin del operante, ó intencional, lo que el agente se propone; por ejemplo, dice Santo Tomás: el que edifica una casa, reune los materiales, los arregla y levanta el edificio. Hecho esto, se ha conseguido el fin de la obra. Pero esto era intentado por lucro que se espera de ella, y este lucro es el fin del operante. Finalmente, los escolásticos llamaban fin *formal* ó *interior* á la accion misma de disfrutar la cosa intentada, y fin *objetivo* ó *esterior* á la misma cosa á la cual se encamina la intencion y la accion. Analícese cualquiera accion segun estas ideas y se descubrirán sus móviles y circunstancias hasta sus últimas consecuencias.

Biblioteca Nacional de España

Aplicando estas ideas al fin de la creacion, vemos aclararse maravillosamente su concepto, y establecemos con el P. Perrone las conclusiones siguientes:

I. En la creacion no hubo fin alguno *por modo de causa*, distinta de Dios realmente ó segun nuestro concepto.

En ella no hubo fin *cujus*, porque siendo Dios infinito y soberanamente feliz, de nada carece, nada necesita y nada pudo proponerse *adquirir*. No hubo *causa final*, pues Dios fue absolutamente libre en su determinacion y en su accion. Decir lo contrario es una temeridad ó una necedad, segun San Agustin. «Si alguno os pregunta, dice, ¿por qué hizo Dios el cielo y la tierra? habeis de responder que porque quiso. La voluntad de Dios es causa del cielo y de la tierra, y por eso es mayor que uno y otra. Si insiste, ¿por qué quiso? supone que hay algo mayor que la voluntad divina, lo cual es falso. Deténgase, pues, la temeridad humana: no promueva cuestiones nécias, pues la voluntad de Dios no reconoce causa alguna que pueda influir en ella.» (1) Santo Tomás esplicó mas profundamente el pensamiento de San Agustin. «Toda causa eficiente, escribe, es mayor que su efecto: pero nada hay mayor que la voluntad de Dios; luego esta no tiene causa alguna... En la voluntad, el fin es á lo que se ordena al fin, como en el entendimiento los principios son á las conclusiones. Si alguno quiere con un acto el fin y con otro acto las cosas que se refieren al fin, querer aquel será causa de querer estas: mas no, si con un solo acto quiere el fin y las cosas que á él se refieren, porque ninguno puede ser causa de sí mismo. Y sin embargo se dirá con verdad que quiere dirigir al fin las cosas que á él se refieren. Pero Dios, así como con un solo acto entiende todas las cosas en su esencia, así tam-

(1) *De Genesi contra Manichaos*, lib. I, cap. II.—Idem *Lib* 83 *qq. q.* 28.

Biblioteca Nacional de España

bien con un solo acto quiere todas las cosas en su propia bondad. Luego así como en él, entender las causas no es su causa de que entienda los efectos, sino que los entiende su causa, del mismo modo querer el fin no es causa de que quiera las cosas que van al fin: pero con todo quiere que estas cosas se dirijan al fin. Quiere, pues, que tal cosa sea por tal cosa, pero no por la una quiere la otra.» (1) De lo cual se infiere la gran verdad, tan importante contra los sistemas modernos panteistas, de que la voluntad divina es la causa primera, libérrima é independiente de todas las cosas: y que queriendo Dios necesariamente su bondad, que es el fin á que se ordena su voluntad, quiere sin embargo libremente á las criaturas contingentes, que son ordenadas á dicha bondad como á su último fin. Dios no necesita de las criaturas, pero estas no pueden existir sin participar de la bondad de Él, segun la respectiva condicion de cada una. Cuando Dios crea, no son las criaturas el fin por quien obra, produciéndolas. El mundo no es un efecto de la naturaleza divina, sino de su libre voluntad. «Cuando queremos el fin, añade, en otro lugar, no por eso queremos necesariamente las cosas que se refieren al fin, á no ser tales, que sin ellas no pueda existir el fin... Mas como la bondad de Dios es perfecta, y puede existir sin las criaturas, porque estas ninguna perfeccion le acrecen, se sigue que no es necesario á Dios querer las cosas distintas de él, sino libre y voluntario.»

II. El fin de la creacion del mundo *por modo de razon*, con que Dios la quiso segun nuestro modo de concebirle, es su misma bondad.

Dios, al obrar *ad extra*, obra ciertamente por algun fin como agente perfecto y sapientísimo. El bien es lo que to-

(1) *Summa*, p. I. q. 19, art. 5.

Biblioteca Nacional de España

das las cosas apetecen, y el fin aquello en que termina y descansa el apetito: luego el bien apetecido por sí mismo, y el fin son una misma cosa. Pero Dios no puede tener otro fin que á sí mismo: porque el objeto adecuado de la voluntad divina no puede ser otro que el sumo bien, la suma bondad, que es el mismo Dios, con cuya bondad son buenas todas las cosas, participándola por alguna semejanza. Dios pues no obra por el fin para ser perfeccionado por el, como las criaturas, ni por deseo del fin, puesto que nada le falta: sino porque destina sus obras á un fin por amor de su bondad, para utilidad de sus criaturas.

Santo Tomás espone esta doctrina en varios lugares de sus obras con el acierto y precision que le distinguen. «El fin de la voluntad divina no puede ser otro que su propia bondad. Mas no obra por producir este fin al sér, como el artífice obra por la construccion del artefacto, puesto que su bondad es eterna é inmutable, de modo que nada la puede acrecer: ni obra por su mejoramiento, puesto que es infinita y absoluta: ni obra por adquirir este fin, como un rey combate por adquirir ó conquistar una ciudad, pues él es su misma bondad. Luego obra por un fin, en cuanto produce sus efectos para que participen este fin: en cuanto da vida á sus criaturas comunicando su bondad (1).»

«Todo agente, dice en otro lugar obra por un fin; en otro caso no se seguiria de su accion esto mas bien que aquello, sino por casualidad. Mas el primer agente, que es propiamente el único verdadero agente, no debe obrar por adquisicion de algun fin, lo cual seria contra su perfeccion; sino que se propone solamente comunicar su perfeccion, que es su bondad. Y toda criatura intenta conseguir su propia perfeccion, que consiste en asemejarse mas y mas á la per-

(1) *Contra gentes* lib. II, cap. 23.

CASPAR, EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

feccion y bondad divina. Por eso pues esa bondad es el fin de todas las cosas (1).»

Y mas claramente aun en otro lugar despues de distinguir entre el fin de la obra y el fin del operante, continúa: «Toda obra divina está ordenada á un fin determinado; de lo cual se deduce que tambian por parte de la obra Dios obra por un fin. Mas como el fin de la obra siempre se reduce al fin del operante, debemos considerar igualmente de parte del operante el fin de su accion, que es el bien del mismo en sí mismo... Porque Dios ama perfectísimamente su bondad, y por eso quiere que esta bondad se multiplique del modo que es posible, á saber, por alguna semejanza: de lo cual proviene la utilidad de la criatura, en cuanto recibe alguna semejanza de la bondad divina... Y en este sentido dice San Agustin, que nosotros existimos, porque Dios es bueno (2).»

La liberalidad divina no se propuso en la creacion ninguna utilidad suya, sino la utilidad de las criaturas, que sacó de la nada comunicándose á ellas. Por eso toda criatura es buena en su naturaleza, porque participa de la suma bondad. Dios ama á sus hechuras, en las cuales ve imágenes finitas de su infinidad. No puede concebirse ejecucion mas noble de un pensamiento eterno, manifestacion mas gloriosa del poder creador. Dios es un padre bondadoso; la creacion es la obra del amor, que halló el secreto de rebosar fuera de sí. La vida brotó de su seno inagotable, y como Dios nada podia recibir, quiso dar.

III. El *fin cui*, último de todos y principal de la creacion del mundo, es la gloria de Dios, que resulta del conocimiento de sus infinitas perfecciones por parte de las criaturas, y de la alabanza que estas le deben.

(1) *Suma*, p. I, q. 45, art. 4.
(2) *In II, Sent.* d. I, q. 2, art. 1.

Biblioteca Nacional de España

La creacion en la criatura no es otra cosa que una relacion necesaria al Criador, como al principio de su sér: todo se refiere, y no puede menos de referirse á Dios. La felicidad de las criaturas consiste en llegar á este término supremo de la intencion divina al sacarlas de la nada, y de este modo se enlaza el fin particular de cada una de ellas con el fin general de todas que es Dios. Pero las criaturas pueden por culpa suya no conseguir su fin propio, mas el fin último de su existencia, la gloria de Dios, se cumple de todos modos.

Esto es lo que enseña la Sagrada Escritura, la Tradicion, y la razon. *Todo lo hizo el Señor para sí mismo*, dice el libro de los Proverbios (1). *Todo el que invoca mi nombre, para mi gloria le crié, le formé; le hice*, anuncia Isaias en nombre del Señor (2). *Todas las gentes fueron criadas para alabar, invocar y glorificar á Dios*, afirma el Deuteronomio. (3). Porque el Señor, *puso sus ojos en los corazones de los hombres, para mostrarles las grandezas de sus obras, á fin de que alaben su santo nombre, para gloriarse en sus maravillas*, dice el Eclesiástico (4). Esta es la obligacion de la criatura racional, la cual segun su cumplimiento recibirá premio ó castigo. *Todo el que me glorificare*, dice el Señor, *será glorificado por mí, pero los que me desprecian, serán abatidos* (5). El Apóstol San Pablo llama *inexcusables, á los que habiendo conocido á Dios por sus obras manifiestas, no le glorificaron* (6). Las mismas criaturas irracionales publican á su modo la gloria de Dios y cumplen el gran fin de la creacion: *Los cielos cantan la gloria*

(1) *Prov.* XVI, 4.
(2) *Isaias*, XLIII, 7.
(3) *Deuteron*, XXVI, 19.
(4) *Eccl*, XVII, 7.
(5) *I de los Reyes*, II, 30.
(6) *Romanos*, I, 19.

Biblioteca Nacional de España

de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos (1). Por eso todas las criaturas son invitadas á bendecir al Hacedor. *Bendecid todas las obras del Señor al Señor, alabadle y glorificarle por siglos* (2). Esta verdad se encuentra repetida en casi todas las páginas de los Libros Sagrados.

Todos los Santos Padres, asi Griegos como Latinos, sin escepcion alguna, enseñan esta misma verdad, asi en sus tratados apologéticos, como en sus catéquesis, y sobre todo en sus homilias, en las que sacaban el mayor partido de ella, para aquellas vivas exhortaciones al culto divino, para aquellos magníficos apóstrofes y brillantísimas descripciones, que son los mas ricos ornatos de la elocuencia cristiana. Nos contentaremos con citar á Lactancio: «Este mundo fue hecho, para que nazcamos; nacemos, para conocer al Hacedor del mundo y nuestro: le conocemos, para adorarle: le adoramos, para conseguir la vida eterna por premio de nuestros trabajos; conseguimos este premio, para servir á Dios eternamente, hechos semejantes á los ángeles, y ser su reino sin fin. Esta es la suma de las cosas, este el designio de Dios, este el misterio del mundo: al cual son agenos los que siguiendo los halagos terrenos, y aficionados á sus bienes caducos, arrastran por el cieno de los deleites mortíferos sus almas criadas para el cielo (3).» Mosheim comete un grave error, que no se comprende en su ilustracion, cuando afirma que hasta el siglo XII todos profesaron la opinion de Platon que todas las cosas habian sido criadas para utilidad del hombre, y que solos los Escolásticos, enemigos de Platon y partidarios de Aristóteles, rechazaron aquella opinion, afirmando que Dios habia creado todas las cosas para su gloria. Ya hemos visto que esta

(1) *Salmo*, XVIII, 1.
(2) *Daniel*, III, 57.
(3) Lactancio, *Divin. Instit.* lib. VII, cap. 6.

Biblioteca Nacional de España

doctrina, que Mosheim llama nueva, se funda en la Escritura y en los Padres, y veremos ahora que la demuestra la razon.

Efectivamente la razon nos dicta que el primer agente de todas las cosas es por necesidad el fin último de todas ellas, porque no puede haber cosa alguna independiente de él. Es una verdad evidente que hay una providencia que se extiende á todas las cosas, y esta providencia no es otra cosa que la ordenacion de las criaturas á un fin. Todos los séres están semetidos á su mirada vivificante, y cada uno es una nota del concierto universal. La naturaleza es una armonía eterna, un órden invariable, un himno incesante que publica y ensalza la gloria del Criador. Las perfecciones de este lucen de un modo múltiple en el universo, que es su hechura, y en medio de esta asombrosa variedad descuella una unidad de órden y de inteligencia, que es como el sello del orígen comun de las criaturas, y de su fin tambien comun. Porque el Ente perfectísimo debió proponer á sus criaturas un fin perfectísimo y nobilísimo; y nada existe mas perfecto y mas noble que Dios, y nada existe sino Él que en lo interminable del tiempo y en lo indefinido del espacio pueda realizar la condicion de fin general. Este Ente nada necesita para su perfeccion interna, para su felicidad esencial, pero su gloria externa que depende de los homenajes de las criaturas puede aumentarse en estas, y por eso todas deben concurrir á promoverla. Cuando Dios produjo el universo, la marcha uniforme de las criaturas hácia su fuente primera para retribuirle en gracias y bendiciones, segun su capacidad respectiva, lo que habian recibido en vida, en sér, en aptitud de obrar, fue decretada en los designios eternos, y fue tambien inseparable de su operacion. Porque Dios que obra con el mayor órden y sabiduría, necesariamente debió querer lo mas excelente que es

Biblioteca Nacional de España

él mismo, su propia gloria, antes que lo menos excelente, la perfeccion de la criatura. Por otra parte esta criatura necesariamente habia de ser un espejo que retratase algun grado de la perfeccion divina, en cuanto esta puede ser manifestada exteriormente por representaciones finitas. Por último el agente supremo, causa y motor de todos los agentes segundos, debe llamar á sí los fines de estos y sus operaciones, para ordenarlas todas á uno solo. Y esto es tanto mas cierto cuanto que todas las criaturas anhelan el progreso, progresan efectivamente, y aspiran á obtener el último grado de su perfeccion en Dios, como su último fin.

Asi pues la gloria de Dios es el eje alrededor del cual gira el universo y sus maravillas, es el centro de todas las existencias, es la forma de la creacion.

IV. Dios tuvo por fin *cui* inmediato al hombre, en la formacion de nuestro globo y de todos los animales que le pueblan.

Noténse bien las espresiones del Padre Perrone, cuyo libro ha servido de texto á casi todos los teólogos modernos. La gloria de Dios es el fin último y principal de la creacion del universo: la utilidad del hombre el fin próximo, pero no último, de la formacion de la tierra. Mr. Flammarion hará bien en rectificar su juicio.

La Sagrada Escritura habla á cada paso en este sentido. *El cielo del cielo del Señor, y á los hijos de los hombres dió la tierra*, dice el Salmista, (1) y hemos escrito en la portada de este libro, condensando en ese pasaje nuestro pensamiento y nuestro plan. *Le constituyó sobre las obras de sus manos*, dice en otro lugar, *sometiste todas las cosas bajo sus pies*; y para que no haya lugar á duda, añade; *los animales de la tierra, las aves del aire y los peces del mar* (2).

(1) *Salmo*, CXIII, 16.
(2) *Salmo*, VIII, 7.

Biblioteca Nacional de España

Esto es enteramente conforme á las palabras de Dios, al criar al hombre: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, y que domine los peces del mar y las aves del cielo, y las bestias, y toda la tierra, y todo reptil que se mueve en la tierra* (1). Hé aquí hasta donde se estiende el cetro del hombre, su soberanía real: hé aquí su papel en el fin de la creacion.

Sin embargo puede afirmarse en un sentido lato, no exclusivo ni restrictivo, que otras muchas cosas, y aun el universo entero fueron hechos por causa de él. La Tierra, formada para el hombre, debió ser alumbrada, calentada y fecundada por el Sol: este astro es el que mas servicios y utilidades nos presta, y tal vez nos prestará mas en lo sucesivo á medida que vayan dando resultados los estudios sobre las aplicaciones del calor solar, y por eso es cierto que fue hecho por causa del hombre, sin que por eso sea menos verdad que fue hecho igualmente para servir á las humanidades de los demás planetas. La luna es nuestra mas complaciente servidora, cuya utilidad todos conocen. Vénus nos ha servido para fijar nuestra distancia al Sol y conocer la figura de nuestro globo; Marte, nuestra tierra en miniatura, ha facilitado nuestros conocimientos astronómicos y á su estudio se deben los mayores progresos de la astronomía: los satélites de Júpiter nos han servido para calcular las longitudes, y medir la velocidad de la luz. Las estrellas nos han ayudado á calcular los tiempos, fijar las épocas, aclarar la historia por la determinacion de las fechas. La Osa mayor es nuestro reloj de noche: la estrella Polar es nuestro guia bienhechor á través de las soledades del mar ó de los desiertos: etc., etc. ¿Y quién sabe los beneficios que nos reportarán ulteriores investigaciones? La humanidad no es una sola generacion. Dios nos ha dado el uni-

(1) *Génesis*, I. 26.

Biblioteca Nacional de España

verso como pábulo á nuestra incansable actividad, y nos ha dejado esplotarlo progresivamente en nuestro provecho como una mina inagotable. No somos del parecer de aquel que dijo que el descubrimiento de un plato nuevo es mas útil á la humanidad que el de una estrella. Aquel materialista probablemente no habia levantado sus ojos al cielo en una noche serena. Afortunadamente los sábios no piensan como él, y debemos esperar que sus vigilias no serán esteriles para el porvenir.

Las ciencias han llegado á un grado de esplendor, que parece que ya no podrán ejercitarse sobre nuevos descubrimientos, sino solo sobre aplicaciones de sus principios. Y sin embargo en realidad se está á la mitad del camino, y se vislumbran á lo lejos los horizontes mas deslumbradores de las conquistas del genio y del saber, en que la ciencia de nuestros grandes hombres de hoy sea los rudimentos de los futuros escolares. La astronomía, á pesar de ser la ciencia mas antigua, y á pesar de sus asombrosos decubrimientos se encuentra todavía en la infancia, como si necesitára para desarrollarse tantos siglos, como los mundos, que estudia necesitan para su formacion. «Vendrá un dia, dice Séneca, que todas las cosas que ahora están ocultas, saldrán á la luz del dia por la diligencia de una larga edad.»—Las artes no han llegado todavía á su solsticio. La industria de los siglos venideros, ayudada por el trabajo de sus antecesores, podrá llegar á esa altura que nosotros no podríamos alcanzar. Así como nosotros nos maravillamos de la ceguedad de los que nos han precedido, asi nuestra posteridad admitirá nuestra ignorancia.»

¡Salud á los génios que vienen! ¡Salud al hombre futuro que habrá conquistado verdaderamente el cetro de la creacion! ¿Creeis que no llegará mas allá? Dejad correr los siglos. ¿Qué son los siglos en la vida de la humanidad?

Biblioteca Nacional de España

Dejad correr los siglos y el hombre dominará su vasto imperio como glorioso soberano. ¿Quién sabe si hará á los vientos fieles auxiliares de sus asuntos, si se hará trasportar por la electricidad, si hallará el secreto de comunicar con los otros mundos, que brillan en el espacio, como vigilantes ojos, que le miran con interés? Si hace solo cinco siglos, la oscilacion de un péndulo en el reloj eterno, se hubiera presentado alguno anunciando á nuestros antepasados nuestro estado actual, le hubieran tenido por loco ó por visionario. Lo mismo nos sucede ahora. Pero hemos visto ya tanto, que nada puede parecernos increible en adelante, por sorprendente que sea: y por eso debe sernos permitido abandonarnos á placenteras ilusiones.—En una palabra, si los cuerpos celestes nos han dado hasta ahora pequeña utilidad material, es posible que en adelante nos aprovechemos de sus servicios, para poder afirmar que en *cierto modo* han sido hechos para el hombre.

Por otra parte la finalidad de las cosas no se ha de atender por la utilidad material que reportan, sino por lo que nos sirven para nuestro perfeccionamiento y para conseguir nuestro último fin. Esto es lo mas importante, y en este sentido los astros mas luminosos, las nebulosas mas apartadas, nos han servido de *escalones* para nuestra elevacion, y nos sirven de *medios* para alcanzar nuestra felicidad eterna. Ahora bien, los *médios* se ordenan al fin.

Jamás se ha apreciado en su justo valor la dignidad del hombre, la nobleza de su alma, y el poder de su inteligencia, hasta que este ha sabido subir á los cielos, recorrer sus inmensidades, y conocer sus maravillas. El hombre por este conocimiento se ha colocado al nivel de la grandeza del universo: ha demostrado que está hecho á imágen y semejanza de Dios. Su inteligencia se ha espaciado en horizontes grandiosos, dignos de su avidez insaciable de sa-

Biblioteca Nacional de España

ber. El ha descubierto las leyes del universo, conoce los mundos que le componen, sabe el peso de estos, su densidad, su masa, su volúmen, su velocidad, su calor, su luz. Esto es asombroso, pero la ciencia ha llegado hasta lo increible. Sorprendiendo un rayo fugitivo de su luz, ha sabido descomponerlo y analizarlo, y por él ha conocido la constitucion de los astros y las materias que los forman. «¿Cuál no será nuestro asombro, exclamaremos con Flammarion, al ver que el espectróscopo ha podido penetrar en la estension inconmesurable de los cielos, y sorprender en el fondo de aquellos desiertos inexplorados la constitucion química de los astros que brillan pacificamente en esas profundidades? Esas estrellas lejanas, que pueblan por millares las campiñas etéreas, y que no conocen ni aun la existencia de nuestra tierra oscura é invisible, ni pueden en manera alguna adivinarla: esas estrellas, decimos, han entrado, por decirlo asi, en el *dominio intelectual* de los habitantes de esta tierra; despues de medir la espantosa distancia que nos separa de algunas de ellas, hemos llegado á conocer los elementos que arden en esos vastos incensarios.—Los resultados obtenidos en estos últimos años son verdaderamente maravillosos, sobre todo si se tiene en cuenta lo estremadamente difícil de percibir el débil rayo que viene de las estrallas, de esos astros tan sumamente lejanos, que apenas se ven sino como puntos imperceptibles en el campo de los telescopios mas fuertes (1).»

Pero todavía ha hecho el hombre otras cosas tan admirables como el *análisis espectral*. «La polarizacion de la luz, tan sabiamente estudiada por Arago, se funda, á decir verdad, en el exámen del *lado* de los rayos luminosos. Ahora bien: ¿qué idea se puede nadie formar del *lado* de un rayo luminoso cuando se sabe que millones de millones de estos

(1) *Contemplaciones científicas*, cap. XIV, pág. 261 y 270.

Biblioteca Nacional de España

rayos pueden pasar juntos por el ojo de una aguja sin confundirse?—La teoría de los colores se funda en la diferencia de velocidad de los rayos, y en la longitud de las ondas luminosas. Ahora bien: ¿se puede concebir que se haya medido esta velocidad y esta longitud, cuando se sabe que un rayo de luz puede llegar á producir 728 millones de millones de vibraciones por segundo, y que la longitud de estas ondulaciones puede no ser mas que de 423 millonésimas de milímetro?—El cálculo de la distancia de las estrellas á la Tierra está fundado en la observacion del movimiento aparente de que parecen animadas en derredor de una posicion media, por un efecto de perspectiva debido al movimiento de traslacion de la Tierra al rededor del Sol. Y repitamos, ¿se puede concebir que se haya medido la amplitud de este movimiento aparente cuando se sabe que puede ocultarle el espesor de un cabello? Sin embargo, el hombre ha sabido realizar tan portentosos descubrimientos: y eso que la ciencia no ha llegado ni con mucho al límite de su desarrollo. Al contemplar tan asombrosas maravillas de la inteligencia del hombre, comprendemos que vale él solo mas que los astros materiales, y que no es imposible que éstos, como fin secundario de su creacion, hubieran sido formados, para que aquel se perfeccionase y engrandeciese con su estudio, ejerciendo nobilísimamente sus facultades naturales.—No hay que despreciar al hombre, no hay que complacerse en humillarle, como lo hacen muchos de nuestra época para negar su orígen y destino divinos; si respecto de la moral está rebajado por seguir sus pasiones, en cuanto á la inteligencia tiene motivos para estar satisfecho de sí mismo.

A muchos parecerá débil este razonamiento que acabamos de hacer. No pretendemos que se le dé mas valor que el que tiene, y hablando con franqueza damos mucha ma-

Biblioteca Nacional de España

yor importancia al siguiente, que considera á las criaturas como *medios* para que el hombre consiga mas facilmente su último fin. Efectivamente, de este modo vamos á parar con nuestro argumento al verdadero fin de la creacion que es la gloria de Dios. Es evidente que el hombre, como enseña sabiamente el *Catecismo*, tan olvidado por desgracia en esta época, es evidente que el hombre «fue criado para servir y amar á Dios en esta vida, y despues gozarle en la eterna:» ó como dicen los teólogos, esplicando las relaciones del hombre con las criaturas, por causa de él fueron hechas todas las cosas en este sentido; *ut eorum usu et contemplatione frueretur, atque hic veluti per gradus ad Dei notitiam, admirationem, amorem ac predicationem assurgeret... ad vitam æternam consequendam*, para que gozase en su *uso* (de las que estén á su alcance, no en las mismas cosas, que no son nuestro fin), y en su *contemplacion* (respecto de aquellas que están sobre su esfera de accion, como los astros), y por ellas se elevase como por grados al conocimiento de Dios, (primera revelacion que nos hacen las criaturas manifestando la existencia de su Criador), á su admiracion, (por el sello de su grandeza, sabiduría y bondad grabado en las maravillas de sus obras), á su amor, (como Bien sumo, perfeccion infinita, padre amantísimo), y por último á su glorificacion, á su alabanza, á su adoracion, natural despues de conocerle y amarle: y todo esto con el objeto de conseguir la vida eterna, para continuar allí la glorificacion divina por siglos infinitos. Asi el fin del hombre se enlaza estrechamente con el fin de la creacion.

Al proponerse Dios, como fin de su obra, su propia gloria, necesariamente tuvo presente la felicidad de la criatura racional. Porque la gloria externa de Dios consiste en ser conocido, amado y glorificado, y precisamente en esos tres actos consiste nuestro bien sumo, nuestra felicidad,

Biblioteca Nacional de España

nuestra vida eterna. Por eso decia profundamente Santo Tomás, que Dios no quiere su gloria por sí mismo, sino por nosotros, porque su gloria consiste en nuestra felicidad. Ahora bien; entre todas las cosas criadas, ninguna nos sirve tanto para conocer y amar á Dios, como las estrellas; y cuanto mejor comprendemos la magnitud é importancia de éstas, tanto mas elevada idea formamos de la grandeza de Dios, de su majestad, de su poder, y de todos sus glosiosos atributos. No hay ninguno, que elevando sus ojos al cielo, y sabiendo lo que valen aquellos magníficos globos, no levante al mismo tiempo su corazon á aquel *Señor excelso é inmenso*, de quien nos dice la Escritura, *que lleva los cielos en su puño*. Ante la idea de su inmensa grandeza, nuestra admiracion no reconoce límites, nuestro corazon esperimenta las mas tiernas emociones, y nuestros labios murmuran una plegaria, ó una esclamacion de adoracion. Su santa ley nos parece suave, sus mandamientos ligeros, el mundo y sus falsos goces nos hastían y deseamos desprendernos de los lazos carnales para volar á contemplar cara á cara aquella perfeccion infinita de Dios, que vemos representada como en enigma en las criaturas. Así, pues, aquellas criaturas que nos reportan menos utilidad material, son las que mas nos ayudan á conseguir nuestro último fin.

Y para terminar, si queremos apurar la materia, cuando se dice que todas las cosas han sido hechas para el hombre, ¿por ventura se ha de entender en esta vida? Esto sería formar una idea errada de la naturaleza humana y de la estension de la creacion. No, el hombre no tendria tiempo ni medios para disfrutar su vastísimo y desconocido patrimonio, que de nada le serviria. Y esta es la razon principal, confirmada por la esperiencia, por la cual los incrédulos niegan esta finalidad. Entendámoslo en su verda-

Biblioteca Nacional de España

dero sentido y todo se esplica. El hombre, peregrino de un dia, tiene bastante con la tierra, única porcion de su herencia, que se le da en esta vida. En ella, como en un vehículo humilde, hace su viaje á tomar posesion de sus riquísimos dominios, del reino de los cielos. La razon ilustrada por la fe nos permite creerlo así. Sabemos que despues de esta vida, en la bienaventuranza eterna, el Criador de todos los mundos se da á sí mismo como premio al hombre; y ¿nos parecerá estraño que le dé tambien sus criaturas? La doctrina católica nos enseña que los bienaventurados ven en Dios todas sus criaturas, y entienden sus naturalezas, sus destinos y su papel en los fines de la Providencia. La gloria *esencial* consiste en la vision intuitiva sobrenatural de la perfeccion divina, la gloria *accidental* en el conocimiento y posesion del universo. De este modo no estarán perpétuamente vedadas para el hombre tantas riquezas y maravillas que ha vislumbrado de antemano desde su pequeño globo, con la mayor admiracion.

En esto, como en todo, aparece la superioridad de la doctrina católica sobre las escuelas racionalistas. La teología nos coloca de un salto, allí donde la incredulidad nos quiere hacer subir por escalones interminables de muchas vidas. Estos incrédulos ¡cuán pobre idea forman de la vida futura, de la inmortalidad! Nosotros por el contrario, afirmamos una sola vida, sin transmigraciones y sin cambios, vida eterna, complemento y ápice de nuestra perfeccion personal, dichosa y feliz. En aquella vida tendremos tiempo de recorrer los espacios y visitar los mundos que los llenan: los dotes del cuerpo glorioso nos permitirán hacerlo con facilidad.

Tal es el sentido en que puede sostenerse que la felicidad del hombre es el fin de la creacion. ¿Pero es esto decir que el universo no haya sido hecho igualmente para los

Biblioteca Nacional de España

habitantes de los astros? Nada menos que eso. El Omnipotente, cuya mirada vivificadora abarca los siglos y los espacios, la eternidad y el infinito, tuvo presentes, del mismo modo que al hombre, á los ánjeles y todas las criaturas racionales; en una palabra, los mundos. La *predestinacion*, fantasma que aterra á los incrédulos porque no la comprenden, existe desde *ab æterno* en la mente divina, y antes de criar al mundo, Dios habia decretado la felicidad de sus criaturas. La creacion, que se dirige como fin principal á la gloria divina, tiene muchos fines secundarios; y segun la doctrina espuesta, los habitantes de Júpiter, por ejemplo, podian pensar rectamente de la misma manera que nosotros, que todo habia sido hecho para utilidad de ellos.

Si las radiantes esferas, cuyo centelleo llena de plácido encanto nuestras noches, son como parece indudable la morada de criaturas inteligentes, y por consiguiente inmortales, hay que convenir que Dios las formó como al hombre para su propia gloria, y en su pensamiento eterno asoció esta gloria á la felicidad de aquellos séres, capaces de conocerle y glorificarle. Como entes espirituales, revestidos de un organismo material, están en contacto inmediato con el mundo esterior, y este mundo les sirve para adquirir sus ideas y conocimientos y para satisfacer sus necesidades físicas. Ven, pues, á Dios en sus obras, y en ellas le glorifican: asi cumplen su destino temporal, y preparan su destino eterno, que no puede ser otro que la posesion del bien sumo, del mismo Dios. Luego las criaturas son tambien para ellos *medios* para conseguir su último fin.

En el universo hay una ley general, que se observa constantemente en todas sus partes, á saber: que los séres menos perfectos sirven á los mas perfectos, lo insensible á lo sensitivo, lo sensitivo á lo animal, lo instintivo á lo ra-

Biblioteca Nacional de España

cional, la materia al espíritu. Los séres compuestos de espíritu y materia son cada uno como un campo de batalla de los elementos opuestos que los componen; pero siempre y en todos casos, aun dejándose dominar de su parte inferior, subordinan la materia que les es estraña. Es decir, que la criatura racional domina por su inteligencia el globo en que vive, sea en provecho de su cuerpo, lo cual es el desórden moral, sea en provecho de su espíritu, lo cual es el órden y la rectitud. Pero la raíz y el fundamento de esta soberanía reside en su alma. Ahora bien; el alma, como sustacia simple, proviene inmediatamente de Dios, el cuerpo sigue las leyes del desarrollo de la materia en su respectivo globo. Dios, pues, al producir aquellas criaturas, grabó en ellas como en nosotros su propia imágen, sea por razon de la inteligencia, sea por razon del dominio que las comunicó; quiso, pues, que dominasen el globo en que habitan, y ordenó las partes de aquel globo á la criatura racional como á su inmediato fin.

De este modo la creacion del universo se nos revela bajo un aspecto tan nuevo como grandioso. Es la obra de un padre universal, cuyo corazon y cuya solicitud pertenecen por entero á cada uno de sus hijos, como si no tuviera otros; ha provisto á todas sus necesidades, y les ha sometido las obras de sus manos. Cada uno de los globos luminosos que ruedan en los espacios etéreos es como un aposento de la casa de nuestro padre, y en cada uno de ellos tenemos hermanos que no conocemos, pero á quienes podemos saludar desde lejos, como los antiguos Patriarcas saludaban sus queridas esperanzas. Vivimos en esta casa de nuestro Padre como en nuestra propia casa, como si el mundo fuera exclusivamente nuestro, aunque en esta vida no disfruta cada uno mas que una pequeña porcion de su patrimonio. Pero en todos los globos del espacio es cono-

Biblioteca Nacional de España

cido su Hacedor, y en todos ellos se le dirige igualmente la tierna invocacion de *Padre*, que enaltece á la mayor dignidad á los labios que la pronuncian. Terminada esta peregrinacion entraremos todos en posesion, *in solidum*, de nuestra rica herencia, en otra *casa no hecha de mano, eterna en los cielos*.—Allí conoceremos á esos hermanos, cuya existencia hemos adivinado, como ellos tal vez han adivinado la nuestra, y que como nosotros han sabido conquistar el reino inmortal. Confundidos en un estrecho abrazo, sabremos tal vez que nuestras miradas se han cruzado muchas veces con las suyas en las estensiones celestes, que no hemos sido del todo estraños, y que nos animaba mútuamente la consoladora esperanza de encontrarnos un dia al lado de nuestro Padre comun. Entonces los millones de humanidades estelarias, rebosando dicha y felicidad, dilatado nuestro corazon en las emociones mas puras de gratitud y adoracion, iluminada nuestra inteligencia con el conocimiento mas sublime de las perfecciones divinas, caeremos todos unánimes á los pies del Todopoderoso, entonando estasiados el himno de los serafines: *Santo, santo, santo, Señor Dios de Sabahoth, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria*. Entonces estará cumplido en todas sus partes el último fin de la creacion.

GASPAR EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XII.

La Encarnacion y Redencion.—Importancia de esta doctrina.—Otra equivocacion de Flammarion.—El dogma católico.—Motivo, extension y eficacia de la Encarnacion y Redencion.—Escuelas scotista y tomista.—La muerte del Hijo de Dios.

El beneficio de la creacion en favor de la criatura racional se aprecia tanto mas cuanto mejor son conocidas las criaturas. Cada una es una maravilla. No daremos un solo paso por nuestra tierra sin llenarnos de admiracion. Los minerales, las plantas, las flores, los animales, con su multitud y variedad, su belleza y su magnificencia, contienen cada uno una prueba de la sabiduría infinita que los formó. Y sin embargo la tierra, el mar, los aires con todos los séres que los pueblan son un átomo invisible en el conjunto de las cosas existentes, una muestra imperceptible de su multitud y grandiosidad. Si levantamos los ojos al cielo quedamos anonadados de asombro. ¿Quién ha podido contar las espigas de todos los campos, las hojas de todos los árboles, las flores de todas las primaveras y las arenas del mar? Pues tan imposible es contar los globos luminosos que componen el universo sideral. Mas si reflexionamos que cada uno de esos brillantes mundos son otros tantos soles mayores que nuestro Sol, que probablemente animan un cortejo de planetas, moradas de la vida, y llenos de tantas rique-

Biblioteca Nacional de España

zas como nuestra tierra, no hallamos palabras para espresar nuestra admiracion. Pero si de lo infinitamente grande bajamos á lo infinitamente pequeño, y descubrimos en cada gota de agua una numerosa poblacion viviente, en cada hoja una nacion de séres animados, en cada hongo un bosque, en cada centímetro de musgo un jardin, en cada copo de nieve un palacio, nuestro asombro crece tanto que casi se convierte en estupor. No es mas prodijioso y sorprendente descubrir un sistema de mundos en cada estrella, que descubrir un mundo organizado en cada átomo. Dios ha multiplicado profusamente en lo grande como en lo pequeño las manifestaciones de su gloria.

La creacion es en verdad una obra grande y admirable pero la Encarnacion del Hijo de Dios, y la Redencion del mundo es todavía mayor.

En la creacion resalta la bondad, la sabiduría, la omnipotencia divina; en la Encarnacion y redencion todos sus atributos. «En ese altísimo misterio están juntas todas las divinas perfecciones. En él está Dios con su espantable omnipotencia, con su perfecta sabiduría, con su maravillosa bondad, con su terribilísima justicia, con su altísima misericordia, y sobre todo con aquel inefable amor que domina y señorea todas sus otras perfecciones.» Para crear le bastó querer, y la nada no le opuso resistencia; para redimir al mundo debió enviar á su Hijo unigénito, revestido de nuestra flaca naturaleza, y tuvo que vencer voluntades libres y rebeldes, que no quisieron ó no supieron apreciar este beneficio. Por la creacion Dios no habia dado al hombre mas que las criaturas en patrimonio, y por la Encarnacion se le da él mismo, se incorpora á la humanidad y se hace hombre. Por este medio el dogma de la redencion ha conquistado mas sólidamente los corazones que el de la creacion, y Dios en Jesucristo tiene sobre nuestras almas

Biblioteca Nacional de España

derechos mas íntimos que Jehovah. En la creacion quedó feliz en su inmensidad; en la Encarnacion y redencion debió *salir* en cierto modo *de sí mismo*. Por eso este misterio pareció una locura á la sabiduría terrena, que le ha negado, porque ha quedado ciega con su resplandor.

Este inefable misterio es la base y el fundamento de nuestra fé: todos los otros dogmas sin este serian puras abstracciones desnudas de toda virtud. Su conocimiento es tan importante que el Evangelio hace consistir en ello la vida eterna.—*Esta es la vida eterna, dice, que os conozcan á Vos, solo Dios verdadero, y á vuestro Hijo, que nos enviasteis, Jesucristo* (1). *Yo no creo saber nada,* exclamaba San Pablo, *sino á Jesucristo crucificado* (2). Sin este dogma seria inesplicable el cristianismo; mejor dicho, no existiria. Por eso los enemigos de nuestra religion, han atacado ese dogma con preferencia, ó han tratado de desfigurarle. Por eso la práctica constante de la Iglesia ha sido en todos tiempos no admitir á nadie en su sociedad, ni á la participacion de sus sacramentos, sin que tuviese conocimiento de este misterio: y enseña ademas que este conocimiento es necesario para la salvacion.

Por lo tanto no estamos conformes com Mr. Flammarion, en que no se debe discutir sobre este dogma, esponiéndolo en todas sus relaciones con la tierra y con los otros mundos: pues esto, dice, «solo habrá servido para debilitar en las mentes disputadoras el esplendor glorioso de la magestad divina. ¿Porqué hacerse tanto daño? Los que juzgan al misterio cristiano indiscutible,—y lo es efecto,—los que tributan al dogma una fé absoluta, no pueden ni aumentar ni fortalecer esta fé absoluta. Su modo de obrar ha causado

(1) Joan. XVII, 3.

(2) I Cor. II, 2. San Bernardo comentando este texto decia con razon que el conocimiento de este misterio es la filosofía mas sublime.

Biblioteca Nacional de España

asombro. Teneis la palabra de Dios, se les ha dicho, la venerais y la adorais ¿por qué pues osais hacerla descender á la arena científica? ¿Cómo os atreveis á comparar la ciencia de Dios con nuestro escaso y pobre saber? ¡Cómo! ¿el Ser infinito se ha dignado venir en persona á revelaros la verdad, y osais discutir ante él, pesar sus leyes impenetrables, y comparar audazmente el polvo de nuestro hormiguero al atrio de su templo? La fe no admite semejantes pretensiones; ó es absoluta ó no existe. Cesad, pues, de ser ilógicos con vosotros mismos; puesto que sabeis con certeza que teneis la verdad, conservadla íntegramente; si hay contradiccion entre ella y nuestra pobre ciencia humana, dejad subsistir la contradiccion, mas no plegueis irrespetuosamente vuestra verdad á las exigencias de esta ciencia. Pero si acontece que nuestra pobre ciencia humana, por mas endeble que sea, abra de vez en cuando una brecha desastrosa en vuestro edificio, ese hecho debe ser para vosotros un indicio nada equívoco de que ese edificio no es eterno (1).»

Aquí hay varias equivocaciones y un sofisma. Si los dogmas no fuesen combatidos y no hubiera un tenaz empeño en presentarlos como incompatibles con la ciencia, si la fé de todos los creyentes fuera tan sólida, ó su instruccion tan vasta, que pudieran sobreponerse ó resolver todas las objecciones, no habria necesidad de descender á la arena, aun cuando siempre conviene demostrar que nuestra fé es racional, que esas pretendidas contradicciones no existen, que esas objecciones no tienen ningun valor. Pero cuando nuestra fé se ve injustamente atacada, nos vemos precisados á defenderla. A nosotros nos basta en verdad la palabra divina, pero tenemos que confirmar la fé vacilante de muchos incautos, á quienes preocupan demasiado vuestros so-

(1) *Pluralidad de mundos*, nota A II, pág. 514.

Biblioteca Nacional de España

fismas. Por otra parte el católico, segun el consejo de San Pedro, debe estar siempre dispuesto á dar satisfaccion de sus creencias. ¿Pretendeis acaso que abandonemos nuestros dogmas á merced de las mas atrevidas conjeturas? Cuando con ocasion de la pluralidad de mundos se niega ó se pone en duda la Encarnacion del Hijo de Dios sobre la tierra, ¿hemos de permanecer impasibles, consintiendo la ruina de muchos espíritus débiles? Tenemos que probar que no hay contradiccion alguna entre nuestros dogmas y las conquistas de la ciencia, ya que nos obligan á ello, por una parte los ataques de nuestros enemigos, y por otra las vacilaciones de nuestros hermanos. Por último, suponeis gratuitamente que la ciencia humana puede abrir una brecha desastrosa en nuestro edificio. Esto no es posible, porque tenemos la palabra divina; pero si aparentemente lo fuera, ¿no sería un deber nuestro llamar á la misma ciencia á repararla?

Creemos oportuno esponer brevemente el dogma católico de la Encarnacion y Redencion, pues tal vez leerán este libro algunos que lo tengan olvidado. ¡Cuán dichosos fueramos si pudieramos restaurar en algunas almas la doctrina religiosa que aprendieron en su niñez!

La doctrina católica enseña que Dios crió al hombre perfecto, y le constituyó en estado de justicia y de gracia santificante, colmándole ademas de excelentes dones sobrenaturales, á saber, la ciencia, la integridad, la inmunidad de miserias, y lo que es mas sorprendente, la inmortalidad en el cuerpo. Esta doctrina está solidamente fundada en la Sagrada Escritura, en la autoridad de los Padres y Concilios, y en las tradicciones de todos los pueblos que conservan la memoria de una primera *edad de oro*, ó de felicidad.

Pero aquel estado felicísimo de nuestros primeros padres duró bien poco. Quebrantaron el facil precepto que

Biblioteca Nacional de España

Dios les habia impuesto para probar su obediencia, y por ello fueron despojados de aquellos dones excelentes, y reducidos al estado miserable en que hoy nos hallamos, pues nos trasmitieron el reato de su culpa y sus tristes consecuencias. Aquella caida del hombre es lo que se llama *pecado original*; es el fundamento de todos los dogmas cristianos, que necesariamente la suponen, de la venida de Jesucristo, de la redencion, la gracia etc.—Es tambien, segun confesion de Voltaire, el fundamento de la doctrina religiosa de todos los pueblos antiguos; y entre las numerosas pruebas que podriamos alegar, solo haremos notar el hecho, de que todos los pueblos tenian ritos espiatorios para purificar al niño á su entrada en la vida, en la idea de que todos nacemos impuros y pecadores.

La misericordia divina se compadeció del hombre pecador, y quiso restituirle á su estado de nobleza y santidad, á fin de que no pereciese para siempre la obra de sus manos. El hombre jamás hubiera podido por sí mismo recuperar la gracia y la justicia: para esto necesitaba un auxilio divino. Al lanzar Dios la sentencia de condenacion contra el hombre, la endulzó con la promesa de un *reparador* que habia de ser su propio Hijo. Este vino en el tiempo oportuno, dió su vida por el hombre y satisfizo plenamente por su pecado. *La gracia*, exclama el Apóstol, *abundó mas que el delito, para restaurar en Cristo todas las cosas, asi las que hay en el cielo como las que hay en la tierra en él mismo.*

Chateaubriand demostró en una bella página la necesidad de este reparador. «Sabemos, dice, que el hombre fue criado en un estado perfecto, pero que cayó de el por su pecado. Esta tradicion se robustece con la opinion unánime de todos los filósofos de todos los tiempos y paises, que nunca han podido explicarse el hombre moral sin suponer un primitivo estado de perfeccion, del cual cayó la natu-

Biblioteca Nacional de España

raleza.—Si el hombre ha sido creado, lo ha sido para algun fin: por consiguiente, habiendo sido criado perfecto, el fin á que venia destinado no podia dejar de serlo.—Pero ¿la causa fiñal del hombre no ha sufrido alguna alteracion en virtud de su caida? No, puesto que el hombre no ha vuelto á ser criado; no, puesto que la raza humana no ha sido aniquilada para ser reemplazada por otra. Asi pues, aunque el hombre se ha vuelto mortal é imperfecto, merced á su desobediencia, ha subsistido no obstante con sus fines inmortales y perfectos. Mas, ¿cómo llegará á estos fines en su actual estado de imperfeccion? No puede con sus propias fuerzas por la misma razon que un enfermo no puede conseguir lo que un hombre en plena salud. Luego habiendo quedado los fines del hombre tan perfectos como antes de su pecado, aunque él haya sufrido una degeneracion, es necesario admitir una ayuda para que sea puesto en aptitud de conseguir su fin, una reparacion para su ruina, una medicina para su enfermedad. Una redencion ó un medio cualquiera de hacer al hombre capaz de sus fines, es una consecuencia necesaria del estado en que ha caido la naturaleza humana (1).»

Al llegar el tiempo oportuno el Hijo de Dios encarnó en las purísimas entrañas de la Vírgen María, por obra del Espíritu Santo, sin concurso de varon. Tomó nuestra flaca naturaleza con todas sus miserias, escepto el pecado, y reunió en su persona la naturaleza divina y la humana, á fin de poder ser verdadero *mediador* entre Dios y los hombres, «juntando en sí mismo, como en un punto céntrico, la esencia creadora, y las sustancias creadas.» Nos enseñó una doctrina divina, nos dió ejemplos de virtud sublime, estableció la verdadera religion con que Dios ha de ser adorado, y cumplida su mision, se ofreció á la muerte por nosotros,

(1) *Genio del Cristianismo*, part. I. lib. I. cap. 4.

Biblioteca Nacional de España

como víctima espiatoria, nos redimió y satisfizo verdadera y propiamente por nuestros pecados.

La obra maestra de la sabiduría de Dios fué, conciliar en este misterio el exceso de su bondad con los derechos de su justicia, y perdonar á los hombres de una manera, que los apartase eficazmente de toda ocasion de pecar. Necesitaba una reparacion infinita, y la tomó en su propio Hijo á quien *no perdonó, sino que le entregó á la muerte por todos nosotros* (1). Así conoce el hombre la gravedad del pecado, supuesto que solo un Dios podia satisfacer dignamente por él.

El gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo se dió á sí mismo por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos para sí como pueblo agradable, seguidor de buenas obras.—Para que justificados por su gracia, seamos herederos, segun la esperanza, de la vida eterna (2). Con estas palabras manifiesta el Apóstol San Pablo todo el plan de la redencion, que consiste en curar las heridas que causó el pecado, y restituir al hombre á su fin nobilísimo, que es la *moralidad perfecta* en esta vida, y la *felicidad completa* en la eterna.

Tal es la compendiosa esposicion del dogma católico (3), cuya verdad está sólidamente asentada sobre clarísimas y numerosas pruebas de los Libros Sagrados, de la Tradicion, de la existencia misma del cristianismo, de sus efectos prodigiosos en la sociedad, y de las mismas necesidades de la naturaleza humana. La índole de este libro no nos permite desarrollarlas con estension, como tal vez conviniera á muchos de nuestros lectores, que no hallan con frecuencia ocasion de estudiar estas materias. Sin embargo para el

(1) *Romanas*, VIII, 32.
(2) A *Tito*, II, 14. y III, 7.
(3) Véase al índice al final, nota F.

Biblioteca Nacional de España

objeto que nos hemos propuesto de conciliar nuestros dogmas con las revelaciones astronómicas de la pluralidad de mundos, basta que demos una ligera idea de lo que opina la teología acerca del motivo, eficacia y estension de la encarnacion y redencion.

Las escuelas católicas, conviniendo unánimes en lo sustancial del dogma, discrepan en algunos puntos, que las llevan á opuestas consecuencias, segun el diferente modo con que lo consideran. Reconocen todos que el fin próximo y adecuado de la Encarnacion fue la redencion del género humano, como enseñan repetidamente las Santas Escrituras *Dios envió su Hijo al mundo, para que el mundo sea salvo*, leemos en el Evangelio de San Juan (1). *Vino el Hijo del Hombre á salvar lo que habia parecido*, añade San Mateo (2). *Palabra fiel*, exclama San Pablo, *y digna de todo crédito, que Jesucristo vino al mundo á salvar á los pecadores* (3). Esto mismo está espresado claramente en todos los símbolos de nuestra fé.

Pero los *Scotistas*, avanzando mas, pretenden, que aunque el hombre no hubiera pecado, y por lo tanto no hubiera habido necesidad de redimir al mundo, la Encarnacion se hubiera realizado en otro órden de cosas, tomando el Verbo nuestra naturaleza *íntegra*. Los argumentos en que fundan su opinion son tan curiosos como agudos, dignos de la proverbial sutileza de esta escuela. En efecto, dicen, la Encarnacion es la obra mas excelente del poder divino, la mayor de las obras *ad extra*, que es llamada por excelencia la *obra de Dios*. No se comprende, pues, que esta obra maravillosa y altísima hubiera dependido en su manifestacion de una cosa tan accidental, como el pecado

(1) San Juan, III, 17.—XII, 47.
(2) San Mateo, XVIII, 11.
(3) I á Timoteo, I, 15.

Biblioteca Nacional de España

de la criatura libre.—Por eso el Hijo de Dios es llamado *primogénito* de toda criatura, y esto no puede entenderse de su generacion eterna, sino de su generacion temporal, como lo entendian los antiguos Padres en sus disputas contra los arrianos. De manera que el decreto de Encarnacion del Verbo es anterior á la misma creacion, y por otra parte la creacion fue hecha por él y en él. *Jesucristo*, dice el Apóstol, *es la imágen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque en él mismo fueron formadas todas las cosas en el cielo y en la tierra... Todas fueron criadas por él y en él, y es anterior á todas las criaturas, y todo lo que existe, se conserva en él* (1). Por otra parte Jesucristo es uno de los fines al cual se ordenan todas las criaturas, *propter quem omnia, et per quem omnia*. En este sentido decia San Cirilo, que «Cristo es fundado antes de nosotros y todos somos sobre-edificados en él, antes del principio del mundo, en la presciencia de Dios.»—Este argumento adquiere mayor fuerza si se considera que el fin último y total de la existencia de las cosas es la gloria de Dios, y siendo la encarnacion la obra divina mas excelente, es la que mas gloria le dá y le podia dar: luego supuesta la creacion, es lógico que se hubiera realizado la encarnacion, en cualquier estado de la humanidad. Bajo otro punto de vista, ninguna criatura es capaz de dar á Dios la gloria debida, aun suponiendo que conociese perfectamente todas las obras divinas. Solo el Verbo encarnado podia dar á Dios un culto digno, de valor infinito, como criatura divina, permítase la espresion: y por lo tanto Dios quiso la Encarnacion del Verbo por *sí mismo*, principalmente, prescindiendo de toda prevision del pecado de Adam; aunque cometido este, la ordenó para reparar sus estragos, recibiendo una condigna satisfaccion. Y en todo caso, era conveniente

(1) *Colos.* I, 15.

Biblioteca Nacional de España

que el Verbo humano hubiera enseñado á los hombres las verdaderas relaciones que los unen con Dios, el culto que deben tributarle, y la grandeza de su último fin. Jesucristo debia dirigir á los hombres con su doctrina y con su ejemplo, pues la criatura necesitaba un modelo divino, en quien fijar sus ojos para avanzar en la perfeccion, puesto que en todos los estados reales ó posibles de la humanidad sobre la tierra, el hombre hubiera sido un ser perfectible y progresivo. «El Hijo de Dios, hecho hombre, dice Donoso Cortés, es á un mismo tiempo la realizacion de todas las cosas perfectas, representadas en todos los símbolos, y figuradas en todas las figuras, y la figura y el símbolo universal de todas las perfecciones. El Hijo de Dios, hecho hombre, así como es Dios y hombre á un tiempo mismo, es la idealidad y la realidad juntas en uno. La razon natural nos dice, y la experiencia diaria nos enseña que el hombre no puede llegar en ningun arte, ni en ninguna cosa á aquella perfeccion relativa á que le es dado subir, sino tiene delante de los ojos un modelo acabado de una perfeccion, mas alta... Luego era cosa excelentísima y convenientísima que la humanidad entera tuviera delante un modelo universal de universal é infinita perfeccion (1).»— Ademas Jesucristo es la cabeza de los hombres y de los Angeles, y á él deben unos y otros la gracia que les ha sido dada, y su elevacion al estado sobrenatural: pero esta gracia les hubiera sido dada, aunque no se hubiera cometido el pecado, como efectivamente se dió á los ángeles, y al hombre inocente en el Paraiso; luego en todo caso se hubiera realizado la Encarnacion.—Finalmente, omitiendo otros argumentos, en virtud de la Encarnacion la naturaleza humana, por efecto de su union hipostática con el Verbo, fue elevada á la dignidad mas sublime, á la nobleza

(1) *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo, y el socialismo*, lib. III, cap. IX.

Biblioteca Nacional de España

mas excelsa que puede concebirse. Todas las criaturas participaron en cierto modo de esta dignidad de una criatura semejante á ellas, la cual por lo mismo es el lazo de union de lo infinito con lo finito, y en ella estaban todas representadas para darse la mano con la divinidad. Por eso el Hijo de Dios quiso tomar la naturaleza humana, que reune á la vez en sí mismo la creacion espiritual y la material. Y hasta el universo material ha de ser gloriosamente renovado al fin de los siglos, cuando aparezca Jesucristo con su humanidad glorificada, rodeado de sus Santos, á consumar la inefable unidad, que es el término de todas las obras divinas, y de nuestras altísimas esperanzas. *Erit Deus omnia in omnibus*. Ahora bien, si el Verbo se dignó elevar á su divino consorcio á la naturaleza caida, miserable y pecadora, ¿no la hubiera elevado con mayor motivo, si hubiera permanecido inocente y santa, como salió de las manos de Dios?

La escuela *tomista* seguia la opinion contraria, y no la defendia con menos fuertes argumentos. Desde luego probaba que la argumentacion scotista no tenia valor alguno sino en la suposicion de la Encarnacion ya realizada. Despues echaba por tierra las razones de sus adversarios, contestándolas del modo siguiente: Jesucristo es llamado primogénito de toda criatura, por razon de su dignidad, y excelencia, no por razon del tiempo de su futuricion en la mente divina. La creacion fue por él y en él, en cuanto Dios.—La Encarnacion es la obra mas grande de Dios, supuesto el pecado; pero sin éste no hubiera sido necesaria. No por esto dependió de éste, como causa accidental, pues fue un efecto libérrimo de la misericordia divina. Esta obra de la misericordia divina no es menos gloriosa á Dios que la manifestacion de su Verbo en otro órden de cosas. Esta gloria suprema de Dios se hubiera cumplido mejor, si el

Biblioteca Nacional de España

Verbo hubiera tomado la naturaleza angélica.—Los dones dados á los ángeles y al hombre antes de su caida, eran efecto de la liberalidad de Dios, como Criador.—La elevacion de nuestra naturaleza en Cristo fue puramente gratuita, y la bondad divina quiso sublimarla á una grandeza en proporcion á la grandeza de su caida. Una vez resueltos los argumentos de los scotistas, la escuela tomista confirmaba su opinion demostrando que está mas sólidamente fundada en la Sagrada Escritura y en la autoridad de los Santos Padres, que no asignan otra razon ó motivo de la Encarnacion, sino el pecado. En resúmen, los scotistas argüian por el principio, los tomistas por el hecho: los primeros preferian la razon teológica, los segundos la autoridad.

San Francisco de Sales escribió una bella página, cuya doctrina es como un medio entre las dos opiniones espuestas, y tal vez merece la preferencia sobre ellas. «Todo lo que Dios ha hecho, dice, fue destinado á la salud de los hombres y de los ángeles: y hé aquí el órden de su providencia en este particular, segun que, atendiendo á las Santas Escrituras y doctrina de los antiguos, la podemos descubrir de la manera que nuestra flaqueza nos permite hablar de ella.—Dios conoció eternamente que podia hacer cantidad innumerable de criaturas de diferentes perfecciones y calidades, á quien poder comunicarse; y considerando que entre todos los modos de comunicacion, el de mayor excelencia era juntarse á alguna naturaleza criada, de tal suerte que la criatura quedara como incrustada é ingerida en la divinidad, haciendo con ella una persona, como su infinita bondad de suyo y por sí misma es comunicativa, resolvió y determinó hacer una comunicacion como ésta... Asi esta soberana clemencia se comunicó fuera de sí á una criatura tan perfectamente, que guardando

Biblioteca Nacional de España

cada una de las naturalezas, criatura y Dios, sus propiedades, estuviesen con todo unidas de tal modo que constituyesen una sola persona. Pero entre todas las criaturas que esta Omnipotencia soberana pudo producir, tuvo por bien hacer eleccion de aquella humanidad que despues con efecto se unió á la persona de Dios Hijo.—Habiendo, pues, preferido la humanidad sacrosanta de nuestro Salvador, dispuso además la Providencia que su bondad no se estrechase solamente en la persona de su querido Hijo, sino estenderla, en gracia de él mismo, á otras muchas criaturas. —Y porque vió Dios que podia hacer de varias maneras la humanidad de su Hijo, en ser verdadero hombre, como por ejemplo, criando de la nada no solamente el alma sino el cuerpo, ó formando el cuerpo de alguna materia ya hecha, como en Adam y Eva, ó bien por generacion ordinaria, ó bien al fin por generacion extraordinaria de mujer sin concurso de varon, determinó hacerla de este modo último. Demás de esto la Providencia divina determinó criar todo el resto de las cosas en favor del Salvador, para que los ángeles y los hombres pudiesen sirviéndole, tener parte en su gloria... Bien previó que el primer hombre abusaría de su libertad, y perdiendo la gracia, perderia la gloria, pero miró con ojos de piedad á nuestra naturaleza y resolvió perdonarla. Mas para que la suavidad de la misericordia se adornase con la beldad de su justicia, determinó salvar al hombre por via de redencion rigorosa: la cual no pudiendo obrarse sino por su Hijo, decretó que él rescatase á los hombres, no solo por una de sus acciones amorosas, que hubiera sido suficiente á rescatar millones de mundos, sino por muerte de cruz; á la cual le destinó, queriendo fuese partícipe de nuestras miserias, para que lo fuésemos nosotros de su gloria, manifestando así los tesoros de su bondad en esta redencion copiosa, abundante, superabun-

Biblioteca Nacional de España

dante, magnífica y excesiva... Así, pues, todo fue hecho en vista de este hombre divino. De manera que el gran Salvador fue el primero en la intencion divina en el plan eterno, que formó la Providencia, de la produccion de las criaturas (1).» Hé aquí una bella y profunda teología, que en nuestro concepto es la que mejor atina al fin y motivo de la Encarnacion.

Poco añadiremos respecto á la estension y eficacia de la redencion. Siendo una obra tan grandiosa y excelente, es claro que no podia tener límites su virtud. En cuanto al precio, satisfizo plenamente por el pecado original y por todos los pecados actuales ó personales que se han cometido y que se cometerán. *Se entregó*, dice terminantemente la Escritura, *para redimirnos de toda iniquidad* (2). Y en otro lugar: *La Sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado* (3).—En cuanto al beneficio, nos hizo hijos de Dios, capaces de obras sobrenaturales, herederos de la gloria, y para decirlo de una vez con las palabras de San Pedro, *participantes de la naturaleza divina*. — En cuanto al tiempo, se estendió en lo pasado á todas las generaciones, que le habian saludado desde lejos, y por eso Jesucristo es llamado *Cordero inmolado desde el principio del mundo*; y en lo porvenir permanecerá su eficacia hasta la consumacion de los siglos.—En cuanto al espacio, fue poderosa para *restaurar todas las cosas*, dice San Pablo, *así las que hay en el cielo como las que hay en la tierra, en él mismo*.— Es interesante conocer esta doctrina, que, como veremos despues, derrama tanta luz para averiguar si los innumerables mundos del espacio tuvieron alguna parte en los beneficios de la Redencion.

(1) San Francisco de Sales, *Práctica del Amor de Dios*, lib. II, cap. 4.
(2) A Tito, II, 14.
(3) I Joan, I, 7.

SANPAR, EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

No merecia menos la grandeza del sacrificio de nuestro Salvador, que se ofreció voluntariamente á la muerte, como víctima espiatoria por los pecados del mundo. Aquel sacrificio realizó todas las antiguas figuras, y con una sola oblacion consumó para siempre la santificacion de los rescatados. Y á fin de que fuese mas apreciable quiso morir muerte de cruz: tan dolorosa, como el mas atribulado de los hombres, tan afrentosa como el mas criminal de los malhechores. Esta muerte divina ha inspirado á los escritores ascéticos, á los oradores sagrados y á los poetas cristianos páginas tiernísimas de elocuencia conmovedora. ¡Qué mucho! cuando los labios moribundos de Jesucristo pronunciaron aquellas palabras, *Consummatum est*, que anunciaban el cumplimiento exacto de los designios divinos, la realizacion de las profecías, el rescate del universo, el último límite de su amor, y el último dolor de su martirio, la naturaleza entera manifestó su duelo en tan estupenda tragedia: se rajaron los peñascos, tembló la tierra y se oscureció el sol.

Rousseau dijo con acierto que *la muerte de Jesucristo fue la de un Dios.*

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIII.

El dogma católico y la pluralidad de mundos.—Se presenta la objecion astronómica con mas fuerza que Mr. Flamma ion.—Objecion teológica.—Soluciones.

Llegamos á la parte mas interesante de este libro, al verdadero fondo de la cuestion. Lo palpitante del debate se encuentra en este capítulo. ¿*El dogma católico, que afirma la Encarnacion del Hijo de Dios sobre la tierra, es incompatible con la opinion de la pluralidad de mundos habitados?*— ¡Sí! exclaman los incrédulos de todos colores; ¡Sí! repiten los espiritistas y todos los modernos partidarios de la metempsícosis; ¡Sí! aseguran los que tratan de utilizar esta hipótesis en favor de sus sistemas erróneos.—Nosotros por el contrario, respondemos categóricamente: ¡No!—La Sagrada Congregacion del Indice comisionó recientemente al sabio Ab. Moigno, director de *Les Mondes*, para que en su nombre declarase á Mr. Flammarion, que nuestros dogmas no se oponen á la existencia de otros mundos, poblados de criaturas inteligentes y responsables, y que la fe católica nada tiene que temer de la doctrina, de que él se ha constituido en el mas ferviente apóstol.

Esta declaracion nos abre un ancho camino en la polémica. No tenemos necesidad de negar la hipótesis, como

Biblioteca Nacional de España

lo han hecho algunos, tal vez con mayor celo que discrecion, alarmados mas de lo justo por las dificultades aparentes que suscita, y por la actitud de los adversarios. Ya lo hemos dicho repetidas veces; por poco que valga nuestra humilde opinion, nos colocamos resueltamente con ella entre los partidarios de la habitacion de los astros, y nos parece que con ella nuestra fe católica, que defenderemos hasta el último aliento, se desarrolla en un horizonte mas grandioso. Ni la posicion, ni el volúmen, ni la constitucion física de la Tierra nos autoriza á suponer razonablemente, que ella sola tenga el privilegio de ser la morada de criaturas inteligentes, con exclusion de los millares de mundos semejantes y aun superiores á ella. Estos mundos deben tener un fin mas alto que el de recrear nuestra vista, mucho mas habiendo una infinidad de ellos que no vemos ni veremos jamás. Dios ha poblado el universo de séres que le conozcan y le alaben, sirviendo á los altos fines de su providencia: suponer que éstos se hallan únicamente limitados á nuestro pequeño globo, seria formar una pobre idea de la bondad divina, y de su sabiduría infinita que nada ha hecho inútil.

Ahora bien, si se coteja esta doctrina con las enseñanzas de nuestra fe, no ciertamente como es en sí, sino como la entienden los adversarios, desde luego surge en toda su fuerza la objecion siguiente, que presenta Mr. Flammarion, en nombre de los incrédulos, reservándose con todo su opinion personal.

«Hé aquí la consideracion, no tratemos de disimularlo, que forma á un tiempo el argumento de los filósofos anticristianos y la dificultad de los creyentes: No siendo la Tierra que habitamos mas que un átomo insignificante en la universalidad de los mundos, ¿sobre qué se fundaria el privilegio con que se la favorece de haber sido el objeto espe-

Biblioteca Nacional de España

cial de la bondad divina, y haber recibido en su habitacion al *Eterno en persona*, no desdeñando bajar á encarnarse en un grano de polvo terrestre? ¡Favor infinito, para algunas orgullosas tribus humanas, que ni lo merecen ni lo comprenden!»

«A este argumento se agrega otro que deriva, no del misterio cristiano, sino de la doctrina cosmogónica contenida en los Libros Sagrados, ó enseñada por la tradicion y fundada sobre ellos. Este nuevo argumento puede espresarse como sigue: La doctrina religiosa de los Libros Sagrados enseña la unidad de la Tierra, de la humanidad adámica, de la familia redimida por la divina Sangre; nos muestra á la Tierra como el solo lugar de pruebas para las almas, al cielo como el lugar de las recompensas á donde las almas van á recibir, para una eternidad, el puesto reservado á sus virtudes. Dogmas en contradiccion, cuando menos aparente, con la doctrina de la pluralidad de Mundos (1).»

«La dificultad del misterio cristiano ha sido, en primer término, espresada como sigue: Si se admite la pluralidad de tierras habitadas y de humanidades, es preciso admitir: ó que estas humanidades han permanecido fieles á la ley de Dios y no han necesitado de la venida del Redentor, ó que han pecado como la nuestra y han debido ser redimidas. En el primer caso, esas humanidades impecables, puras y desprendidas de la materia, están por ese mismo hecho, segun el dogma, eximidas de la ley del trabajo, y por consiguiente su desarrollo parece imposible; estos séres se manifiestan sin objeto de perfeccionamiento, sin fuerza de actividad.»—«Además, se ha añadido, no hay virtudes posibles en semejante paraiso; en la estancia de la felicidad y

(1) Ciertamente, por suponer falsamente que la pluralidad de mundos se relaciona con el error de la pluralidad de existencias.

Biblioteca Nacional de España

de la paz, la idea de la misericordia no puede tener aplicacion, ni aun siquiera ser mentada; la justicia solo puede ser comprendida donde existe la injusticia, y la verdad donde está la mentira; los atributos morales del Sér Supremo no pueden ser conocidos y descritos sino donde existen lo deshonesto y lo falso; su poder, su sabiduría y su bondad no pueden ser representadas sino en un mundo material, regido por las leyes de la materia, sobre el cual el hombre, en su naturaleza física, esté sometido á su accion y á su intervencion.» Y por eso la primera parte del precitado dilema ha parecido inaceptable.—En el segundo caso, si esas humanidades han pecado como la nuestra, y han tenido que ser redimidas, el prestigioso privilegio de la Redencion pierde de su grandeza, porque se encuentra repetido en millones de millones de tierras semejantes á la nuestra, cae en la ley comun, forma parte del órden general, su esplendor sin segundo queda eclipsado, y con él el brillo divino de que estaba revestido.»

Ante todo haremos observar, por via de anticipacion, que el autor de esta última objecion ó dilema, cualquiera que sea, no ha entendido la ley del trabajo, ni la condicion de la naturaleza inocente, ó segun sus palabras, impecable. Es cierto que Dios impuso al hombre esta ley en pena de su pecado, pero no es menos cierto que ya se la habia dado en el Paraiso, como conveniente al desarrollo de sus facultades naturales. El Génesis nos dice que Dios puso al hombre en el Paraiso, *ut operaretur illum*, para que lo cuidase y lo labrase. La ley del trabajo en aquel estado dichoso hubiera sido tan fácil y suave, como despues del pecado es dura y penosa. Toda criatura, por lo mismo que es esencialmente limitada, es esencialmente perfectible, y se perfecciona tanto mas, cuanto menores obstáculos encuentra en el desenvolvimiento de su accion. Pero el pecado, al in-

Biblioteca Nacional de España

troducir el desórden en la naturaleza y crear el lamentable antagonismo que sentimos entre la parte superior y la parte inferior, entre el espíritu y la carne, vino precisamente á multiplicar aquellos obstáculos; de manera que el perfeccionamiento de la criatura libre es mas difícil en el estado de pecado que en el estado de inocencia.

Porque la perfeccion consiste en la elevacion de la inteligencia, de la conciencia y del corazon; de la inteligencia, por la ciencia, de la conciencia, por la moralidad, ó mejor dicho, por la santidad, del corazon, por los sentimientos. Ahora bien, la esperiencia, de acuerdo con la razon, enseña que el estado actual de nuestra sociedad, consecuencia de la caida original, no hace ni ha hecho otra cosa que suscitar obstáculos á esos elementos de nuestra perfeccion. La inteligencia turbada, la moralidad hollada, los sentimientos corrompidos ó estragados; tal es el tristísimo cuadro que nos presenta la historia. ¡Qué cúmulo de circunstancias, guerras, luchas, sistemas, vicios, ambiciones, pasiones se han opuesto al progreso de la humanidad! Es cierto que la humanidad ha progresado, aunque lentamente, en cuanto á la inteligencia; pero en cuanto á moralidad y sentimientos es poco mas ó menos lo que ha sido en todos tiempos; y mucho mas si se considera, no colectivamente, sino en los individuos. Y la causa de esto radica precisamente en nuestra naturaleza viciada por el pecado. Verdad profunda que proclamó San Pablo cuando dijo: *Veo una ley en mi carne que repugna á la ley de mi espíritu, y que me tiene cautivo bajo la ley del pecado, que hay en mis miembros* (1); verdad conocida de los mismos paganos, y espresada con energía en aquella amarga queja de Ovidio: *Video meliora, proboque, deteriora sequor.*

No es menos falso lo que añade, «que no hay virtudes

(1) Romanos VII, 23.

Biblioteca Nacional de España

posibles en semejante paraiso...; y que los atributos morales del Ser Supremo no pueden ser conocidos y descritos sino donde existen lo deshonesto y lo falso, ect.» Precisaente es todo lo contrario. Lo positivo no se conoce en lo privativo. Siendo las virtudes cosas positivas, no se han de conocer en sus vicios opuestos. Hagamos una suposicion. Supongamos que de repente desapareciesen de nuestra tierra las miserias, la injusticia, la mentira, lo deshonesto y lo falso. ¿No se conocerian en este caso la misericordia, la justicia, la verdad y los atributos del Ser Supremo? Tal paradoja escede los límites de lo absurdo (1). La virtud es la sanidad del alma: es el buen uso de la libertad, que siendo defectible y pecable, practica sin embargo el bien por deber y por conviccion. Las humanidades siempre fieles á la ley de Dios serian necesariamente humanidades virtuosas y perfectas. Las virtudes *teologales*, fé, esperanza y caridad, serian su patrimonio; las virtudes *cardinales*, prudencia, justicia, fortaleza y templanza, serian su estado social y su nobleza. ¿Qué mayor virtud y perfeccion puede concebirse que cumplir en envidiable armonía sus destinos temporales, y encaminarse derechamente á su último fin? Por eso envidiamos el estado felicísimo en que hubiéramos vivido, sino hubieran prevaricado nuestros primeros padres; por eso todos nuestros esfuerzos, y la obra misma de la redencion, se encaminan á restituirnos á él (2).

Así, pues, la primera parte del dilema propuesto no ha debido ser rechazada tan de ligero, como inaceptable.

(1) Apurando las consecuencias de este principio, iríamos á parar al error de los filósofos, que pretendieron que no hay acciones virtuosas mas que las que tienden directamente al bien general de la sociedad y utilidad de nuestros semejantes: y que el vicio contribuye mucho mas que la virtud al bien y prosperidad de los pueblos. Desconocen verdadera base de la virtud, que es Dios, y por eso la degradan.

(2) Se objetará que Jesucristo no nos restituyó los dones superáditos que teniamos en el paraiso, la integridad, la inmortalidad, etc. A lo cual se responde que aquellos dones eran accidentales y propios de aquel estado. Lo esencial, que es la gracia, se nos resti-

Biblioteca Nacional de España

En cuanto al segundo miembro, se supone gratuitamente que aquellas humanidades, caso de haber pecado, debieran haber sido redimidas de la misma manera que nosotros. Podian haberlo sido por cualquiera otro de los infinitos medios, tan incomprensibles como eficaces, que la sabiduría divina tiene siempre á su disposicion. De todos modos no se infiere que la redencion multiplicada en los millones de mundos perdiese por eso de su grandeza. Por el contrario, á nuestro juicio, aquella obra divina brillaria con mayor esplendor relativo si se multiplicase tantes veces como astros hay en el cielo. No es esto decir que creamos en esta multiplicacion, pues lejos de eso opinamos en contra de ella, sino manifestar el vicio de la argumentacion. Por otra parte el dilema es manco porque entre sus dos miembros cabe medio. Podian suponerse aquellas humanidades en estado de naturaleza *inocente y elevada*, ó solo en estado de naturaleza *íntegra*, ó bien en estado de mera naturaleza *in puris*, ó en estado de naturaleza caida y *no reparada*, como beneficio indebido. Los que escriben sobre materias relacionadas con el dogma, seria bueno que antes estudiasen un poco de teología. En todo caso el argumento es vicioso y débil. Hemos insistido en esto, porque todos saben que manifiestar el vicio y flojedad de un argumento equivale á anticipar su solucion.

Sin perjuicio de hacer esto despues, creemos oportuno primero reforzar con nuestra rancia teología la espresada objecion. Tenemos la desgracia, de la cual no sabemos arrepentirnos, de haber estudiado en viejos librotes forrados

tuye con creces. La objecion tendria fuerza, si en el mundo solo hubiera reinado el pecado original, y no hubiera habido pecados personales; pero Jesucristo satisfizo tambien por estos. De aquí es que la redencion solo se aplica á los que quieran eficazmente aprovecharse de ella, poniendo los medios. El pecado infeccionó la *naturaleza*, y por ella á la persona: Jesucristo salva á la *persona*, y por ella á la naturaleza. Al fin del mundo, los elegidos compondrán la verdadera *natura eza reparada*, en todas sus partes.

Biblioteca Nacional de España

de pergamino, y nos queda la rara costumbre de acudir con frecuencia á ellos. Por medio de sus empolvadas páginas conversamos amigablemente con los antiguos frailes y monjes que, á pesar de lo que abundan los ingratos, no podian sospechar lo malo que hoy se dice de ellos: y en estas mudas conversaciones nos dan todos los dias provechosas y sólidas lecciones y sanos consejos.

La objecion puede proponerse de dos modos: ó fundada en la insignificancia de la Tierra, ó en las necesidades de las innumerables familias de los mundos que todas deben ser ordenadas á la vida eterna, á la union con Dios. La primera es la objecion del incrédulo. La tierra es un grano de arena insignificante en la inmensidad de los mundos; sus habitantes en comparacion á los de todos los astros son como un pequeño insecto á la multitud de séres vivientes: es por lo tanto inverosímil que Dios la haya hecho teatro de sus mas estupendas maravillas, enviando á su propio Hijo á morir por los habitantes de este átomo que nada supone en la creacion.—Esta objecion parece fuerte por sí misma, pero la teología la refuerza mas. Este átomo, dice, ¿habria sido objeto de este privilegio divino, para que Dios perdiese aquí el fruto de su misericordia y de su amor? Verificada la redencion, y anunciada á la humanidad, todos los corazones debieran estar inflamados en el amor divino, pues Dios hubiera completado su beneficio, dando á todos la gracia de creer, para que su obra fuese eficaz: todos los hombres debieran salvarse, para que la sangre divina no quedase inútil en ninguno. Pero esto no es así. La mayor parte de la humanidad no conoce á Jesucristo; la religion fundada por el Salvador está desgarrada por innumerables sectas, y los mismos católicos no viven como exige su fé. En esta Tierra que físicamente es un átomo imperceptible, Dios apenas es conocido, innumerable multitud no le dá el culto que me-

Biblioteca Nacional de España

rece, otros le blasfeman y le niegan. Los pecados del hombre se multiplican, sus errores no cesan, su soberbia le ciega, y responde á los beneficios divinos con la indiferencia y con la ingratitud. Mientras toda la creacion glorifica á Dios, el hombre le ofende y le blasfema. La Tierra es la discordancia de la creacion. Ahora bien, todo esto debió representarse claramente en la presciencia divina; ¿cómo, pues, envió á su divino Hijo al mas indigno de los mundos, el mas insignificante en lo físico, el mas perverso en lo moral? ¿Por que no le dejó perecer, solo con retirar un momento su mano vivificadora? Y si á pesar de todo quiso salvarle, ¿por qué no se salvan todos, por qué no le conocen, por qué le aman?—Tal es la dificultad en su espresion mas formidable.

Hé aquí la otra dificultad que nace del dogma de la Encarnacion. Dios hace las cosas en número, peso y medida; su providencia se estiende por igual á todas sus criaturas, y no hay en él acepcion de personas. Si su providencia manifiesta á veces una predileccion especial, esta es siempre en favor de las criaturas mas nobles, de las criaturas racionales, en órden á la salvacion. Ahora bien, las razas planetarias tienen que salvarse del mismo modo que la raza terrestre, y por lo mismo deben ser objeto de la misma Providencia especial. Luego si la Encarnacion se verificó en la Tierra, debió verificarse igualmente en todos los globos celestes, lo cual es *imposible*, y al parecer impone cierta necesidad á Dios. O si no se verificó en los astros, no hay razon alguna para que se verificase en la tierra, que por razon de su pequeñez, es un globo menos poblado que cualquiera de los otros mundos. De lo contrario se hubiera hecho en su favor una escepcion odiosa que no cabe en la suprema bondad y sabiduría de Dios. Porque los mundos estelarios, ó son superiores, ó iguales, ó inferiores á la

Biblioteca Nacional de España

Tierra. En el primer caso son mas dignos del glorioso privilegio de albergar al Hijo de Dios; en el segundo, milita la misma razon á favor de todos; en el tercero, deberá distinguirlos mas la misericordia divina por razon de su mayor miseria. Luego en ningun caso se esplica el privilegio de la Tierra, ni por su importancia física, ni por su importancia moral. El lector observará que ni siquiera nos abstenemos del sofisma, á trueque de reforzar todo lo posible la dificultad.

Flammarion nos dice que se han intentado cuatro soluciones para estos argumentos. Por nuestra parte, no hemos tenido el gusto de ver ningun libro que trate espresamente esta materia en su relacion con el dogma (1). Hélas aquí, tal como él mismo las presenta.

«La primera, la mas controvertida, y la que ha parecido menos aceptable, supone que en virtud de la facultad especial de ubiquidad divina, inherente á la esencia misma de Dios, el Verbo se ha encarnado simultáneamente sobre cada uno de los mundos prevaricadores. La naturaleza, el modo y la duracion de esta Encarnacion general habrian sido fijados préviamente en los designios eternos. El Cristo habria nacido, sufrido y muerto *á un mismo tiempo*, sobre todas las tierras perdonadas por el Sér ofendido y convida-

(1) Despues de escrito este libro ha llegado á nuestras manos la obra del abate Pioger, *Le dogme chretien et la pluralité des mondes habités*, cuyo título nos sedujo; pero de nada nos hubiera servido, á no ser para impugnarle en muchos puntos. Su obra tiene 485 páginas, de las cuales emplea 370 en demostrar la pluralidad de mundos, estendiéndose en datos astronómicos sobre cada uno de los planetas. En la segunda parte, que titula *Filosofía religiosa*, en que se ocupa de las dificultades del dogma de la Encarnacion, copia literalmente y casi íntegro el apéndice de Flammarion, y apenas añade por su parte sino alguna respuesta que en nuestro concepto deja intacta la dificultad, y algunas hipótésis aventuradísimas, sin fundamento en la teología. Tambien hace suyas, sin citarle, muchas ideas de Flammarion que nosotros hemos impugnado. La precision y pureza teológica, propia de nuestra España, nos obliga aunque con sentimiento á hacer esta declaracion. Sin embargo nos complacemos en confesar que el autor consigna en la primera de su obra, que si se contienen en ella algunas proposiciones contrarias á las decisiones de la Iglesia, é. las reprueba y condena de todo corazon.

Biblioteca Nacional de España

das al banquete divino. Esta hipótesis parece haber suscitado dificultades insuperables, y cuenta muy escasos partidarios. Por lo que no nos estenderemos mas largamente sobre ella.»

«En la segunda esplicacion, el Hijo de Dios se habria encarnado igualmente sobre todos los mundos pecadores, como ha encarnado sobre la Tierra; mas por un acto múltiple y no en el mismo instante. Habria redimido una tra otra á las humanidades culpables, visitándolas á su vez.»

Estamos de acuerdo con Mr. Flammarion: estas dos hipótesis son inadmisibles y atrevidas. La Sagrada Escritura repite en muchos lugares que Jesucristo murió *una sola vez* para borrar los pecados de muchos; que se ofreció una *sola vez*; que con *un solo* sacrificio realizó la salvacion de los hombres, y que con este sacrificio restauró lo que hay en los cielos y en la Tierra en él mismo. Jesucristo subió á los cielos con su humanidad, y allí no está multiplicado con las supuestas innumerables humanidades asumidas. Por último, es inútil multiplicar las encarnaciones, puesto que una sola tiene virtud suficiente para redimir todos los mundos. Prescindimos de señalar los absurdos á que conducen derechamente esas hipótesis, sobre todo la primera.

«Una tercera teoría, añade Flammarion, supone que la Tierra es el solo mundo en donde por su desobediencia la humanidad haya incurrido en la desgracia del Señor, y trata de esplicar cómo no queda oscurecido el carácter de la Magestad divina por la suposicion de que Dios se haya dignado rescatar á esta familia culpable, por insignificante que sea. Vamos á esponer cómo ha sido sostenida esta opinion por su defensor el eminente teólogo Chalmers.

»Supongamos, dice, que entre las innumerables miriadas de mundos, uno de ellos sea contagiado por una epidemia moral que se estendiera sobre toda su poblacion, y la

Biblioteca Nacional de España

arrastrara bajo la sentencia de una ley, cuyas aplicaciones fuesen inflexibles é inmutables. No seria una tacha en la persona de Dios si, por un acto de justa indignacion, barriese esta ofensa lejos del universo que ha contaminado. No debiera sorprendernos tampoco si entre la multitud de los demás mundos que halagan el oido del Altísimo con el himno de sus plegarias, con el incienso de la pura adoracion que se eleva hácia su trono, dejase perecer solitariamente al estraviado mundo en la culpabilidad de su rebelion. Mas decidme, ¡oh! ¿decidme si no seria un acto de la mas esquisita ternura en el carácter de Dios, si tratase de reducir á sí á esos hijos que el error ha seducido? Y por muy poco numerosos que sean cuando se comparan con la multitud de sus adoradores, ¿no seria conforme con su compasion infinita el enviarle mensajeros de paz para atraerlo y admitirlo afectuoso, antes que perder al solo mundo que se ha apartado del buen camino? Y si la justicia reclama tan gran sacrificio, ¿decidme si no seria un acto sublime de bondad divina el permitir á su propio Hijo sufrir la carga de la espiacion, á fin de poder nuevamente mirar á ese mundo con complacencia, y tender la mano de la invitacion á todas sus familias?» (1)

«La cuarta proposicion conciliadora tiene por objeto demostrar que la Encarnacion divina, aunque teniendo por teatro á la Tierra, puede haber estendido su poder redentor á todos los mundos culpables. Esta proposicion ha sido emitida por sir David Brewster, en contestacion á la obra teológica del doctor Whewell contra la pluralidad de Mundos.»—Nos ocuparemos de ella en el capítulo siguiente.

Pueden darse otras soluciones, sea indirectas, sea directas, que en nuestro humilde juicio tocan mas de cerca el fondo de la cuestion.

(1) Véase la nota G al final de la obra, donde insertamos este discurso, casi íntegro.

Biblioteca Nacional de España

En primer lugar, dice muy bien Flammarion, se ha contestado con razon que el argumento carece de valor y de la mas leve autoridad. Fuera tener una idea falsa é incompleta de la Omnipotencia el imaginar en ella gradaciones de mas y de menos. Lo infinito nada tiene de comun con las flaquezas de lo finito; y cada vez que nosotros prestamos á Dios nuestro modo de sentir, le atribuimos implícitamente las flaquezas de nuestra naturaleza. Los que se vean inclinados á prestar á Dios nuestras ideas sobre las grandezas relativas, sobre lo menor y mayor, sobre lo fácil y lo difícil, consideren el grano de trigo que germina debajo de la Tierra, y digan si no es tan grande Dios en la germinacion de ese grano, como en la direccion de un mundo. Estudien la naturaleza y digan si le es mas difícil á Dios encender un Sol que entreabrir una rosa. Sin la menor razon, por consiguiente, se presentaria á la Tierra como indigna de la atencion divina, por causa de la innumerable multitud de mundos que navegan en el seno del espacio: la universal é idéntica presencia de Dios envuelve á la creacion como el Océano á una esponja, la penetra, la llena: es la misma por do quiera y su carácter de infinidad le está inviolablemente adherido. La providencia del pajarillo es infinita como la providencia de la Via láctea, ni menos cuidadosa, ni menos sábia, ni menos poderosa, *infinita*, en una palabra, en el único sentido inherente á este carácter.

A los ojos de Dios todas las criaturas son iguales, lo mismo el invisible microzoario que el corpulento elefante, lo mismo el microscópico planeta Hestia que solo tiene seis leguas de diámetro, que el gigantesco Sirio, que es catorce veces mayor que nuestro Sol: todas son igualmente obras suyas, y como limitadas esencialmente se encuentran por lo mismo á igual distancia absoluta de su gloriosa infinitud. Dios pues no miró la pequeñez de la tierra, sino que solo

Biblioteca Nacional de España

atendió á que necesitaba un remedio supremo para no perecer. Dios atiende á todas y cada una de las criaturas, á sus necesidades, á sus miserias, como si fueran el único y especial objeto de su predileccion y solicitud.

«El número infinito de criaturas que en los innumerables mundos puede haber, no es capaz de confundir los efectos de su providencia, la cual á cada criatura asiste, como si fuera sola. Figuraos que en la inmensidad del espacio no hubiera sino Dios solo y una criatura sola: esta entonces no ocuparia mas á nuestro Dios, ni experimentaria mayores efectos de su solicita y cuidadosa providencia, que los experimentaria ciertamente en caso de ser infinitos los mundos de criaturas racionales. La unidad y la infinidad de criaturas son una misma cosa en los cálculos de la Omnipotencia, de la Sabiduría inmensa y de la infinita bondad de nuestro Dios. Este á cada uno de nosotros nos mira, observa, mantiene y cuida, como si fueramos solos. Nosotros hemos experimentado efectos inesplicables de la bondad de Dios, que pone su gloria en ensalzar á los humildes. No seamos culpablemente curiosos en indagar los beneficios que á otras criaturas suyas se ha dignado hacer (1).» Pero el objeto principal de esta providencia tan sabia y misericordiosa es la salvacion eterna de sus hijos: luego si hubiese un mundo que por su culpa tuviese un obstáculo insuperable para conseguir aquel fin, es lógico y razonable suponer que la Providencia tendió sobre él una mirada de piedad, y trató de remover aquel obstáculo á toda costa, so pena en caso contrario de aniquilar á ese mundo prevaricador, que habia aberrado de su fin, que se habia colocado fuera del concierto universal. Y si aquel obstáculo no podia ser removido sino por el sacrificio de su

(1) Hervás y Panduro, *Viaje estático al mundo planetario*, tomo III, jornada segunda, cap. III.

Biblioteca Nacional de España

Eterno Hijo, en sustitucion de los culpables, era muy digno de su clemencia aceptarlo asi, para salvar á aquel.

Si alguno, como es posible, no queda todavía satisfecho le preguntaremos con el Apóstol San Pablo: *¿Quién fué el consejero de Dios?* ¿Quién es el hombre para tratar de investigar los designios divinos? ¿Si quiso que su Unigénito Hijo encarnase sobre la Tierra y no en otros mundos, no tendria razones altísimas para ello, por mas que escedan nuestra capacidad? *Dios ha hecho cuanto ha querido en el cielo y en la Tierra, en el mar y en los abismos* (1), y el hombre no debe hacer otra cosa que acatar y adorar sus juicios. A pesar de la pequeñez de la tierra no la ha juzgado indigna de la presencia de su Hijo; y este no quiso tomar *la naturaleza angélica, sino la humana del linage de Abraham* (2). No procede pues la dificultad, porque no podemos ni debemos investigar la razon de tal misterio. La revelacion nos asegura que es cierto y tenemos muchas pruebas de su verdad. *Sus testimonios han sido hechos creibles en gran manera* (3). Solo nos queda el derecho de examinar estas pruebas, para someter nuestra razon al peso de su autoridad; pero si estas pruebas son sólidas, como efectivamente lo son, solo nos resta exclamar con el Apóstol: *¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduria y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios y misteriosos sus caminos* (4)! El sacrificio mas precioso que el hombre puede hacer á Dios, no son ciertamente las víctimas, ni las mas ricas ofrendas materiales, sino aquella parte mas noble de su alma que le distingue de los brutos y le asemeja á los Angeles; el entendimiento, aceptando humildemente las

(1) Salmo 134, 6.
(2) Hæbreos, II, 16.
(3) Salmo 92, 5.
(4) Romanos, XI, 33.

CASIMIRO EDITOR MADRID

Biblioteca Nacional de España

verdades que Dios le reveló. De lo contrario, el que es indiscreto *escudriñador de la majestad, será oprimido por el peso de su gloria* (1). Negar los misterios, porque no los comprende nuestra flaca razon, es unir la infidelidad á la ingratitud.

Esto no obstante podemos vislumbrar alguna razon por la que el Hijo de Dios quiso encarnar en nuestro pequeño globo, y en esta razon hallaremos sin duda una solucion mas directa de la dificultad. Dios quiso venir á nosotros por el esceso mismo de nuestro mal. Habíamos caido tan bajos, y habíamos quedado tan postrados de la caida, que se necesitaba el impulso de un brazo divino para levantarnos. ¡Pobre humanidad agitada como una débil barquilla en la oscuridad de la noche por las olas alborotadas de un mar de crimenes y errores! Los escritores que tratan de la necesidad de la revelacion pintan con vivos colores, sin salirse de la verdad histórica, los males de todo género que asolaban á la humanidad, su miseria, su ignorancia, su ceguedad, sus vicios, su degradacion moral, y de aquí deducen la necesidad de una doctrina divina, para levantar al hombre de aquel espantoso abismo en que yacia. Todos convienen en que la sociedad estaba perdida y marchaba rápidamente á la descomposicion, á la ley del mas fuerte, al estado salvaje en que los hombres se hubieran devorado unos á otros como fieras. De este mismo esceso de males deducen los teólogos la necesidad de la redencion. Tanta como es la pequeñez de la Tierra, tanta era la grandeza de nuestra miseria: por su volúmen material apenas era visible en el universo, por su desgracia moral era el mundo que mas debia atraer las miradas divinas. La perversidad de sus habitantes habia llegado á tal estremo, que se necesitaba todo el poder divino para vencer el inveterado dominio del mal.

(1) Proverbios, XXV, 27.

Biblioteca Nacional de España

Entre las innumerables tribus felices de los globos celestes, parecia mayor nuestra desdicha; y las entrañas misericordiosas del Padre comun de todos se conmovieron de lástima por este mundo perdido y desheredado de la felicidad. Por eso quiso salvarle de un modo tan glorioso que fuese superior al esceso de su postracion.

Cuando en una familia hay un hijo enfermo, se concentran en él con mayor ternura el amor y los cuidados de los padres. Cuando en otra hay un hijo díscolo y estraviado, el cariño paternal, saturado de amarguras, no piensa mas que en él. En uno y otro caso no se omite ningun medio ni se perdona ningun sacrificio, por costoso que sea, para salvar al hijo enfermo, ó volver al buen camino al hijo criminal. La Tierra era como el hijo pródigo, de que nos habla el Evangelio, que habia disipado su patrimonio entre rameras, y se habia visto reducido á la triste condicion de guardar puercos. Al volver arrepentido á la casa de su padre, á quien tanto habia ofendido, este le recibió con los brazos abiertos, y celebró su vuelta con un banquete de parabien. Pero la Tierra, mas desgraciada y abatida, no podia volver á su Padre y hasta le habia olvidado y desconocido, y su Padre mismo la fué á buscar. La Tierra era tambien aquella oveja estraviada, de que igualmente nos habla el Evangelio, por la cual el buen Pastor dejó todo su rebaño para volver en su busca, á fin de librarla de los lobos, y habiéndola encontrado rendida y fatigada, la trajo sobre sus hombros al redil. Estas son unas pálidas figuras de la conducta de nuestro Dios en la economía de la redencion.

Bajo otro punto de vista este mundo perdido á pesar de su insignificancia, encerraba tesoros de inestimable valor que era preciso rescatar. Cada alma vale mas que un Sol material, mas que mil soles, por su naturaleza espiritual. El espíritu mas inferior supone mas en la creacion que un sis-

Biblioteca Nacional de España

tema de mundos, porque es capaz de conocer y glorificar á Dios y aquellos no. De la materia al espíritu hay una distancia inmensa; y el valor de los mundos debe apreciarse por lo que valen sus moradores. Pero los moradores de la tierra tenian un valor inmenso á los ojos de Dios porque en cada uno de ellos veia su propia imágen: imágen oscurecida, y medio borrada, es verdad, pero que por lo mismo era preciso restaurar. Algunas de estas almas, merced á la redencion, le habian de amar con un amor tan puro, habian de elevarse tan alto en la contemplacion de sus perfecciones, habian de servirle con tal celo, habian de tributarle un culto tan ferviente, que en ellas conseguiria por completo, en cuanto cabe en una criatura, los fines de la creacion. Y aun cuando otras muchas serian indignas de su bondad, esta misma bondad queria no omitir medio alguno por su parte para atraerlas á sí, para abrirles el camino de la salvacion, á fin de que si perecian por propia culpa, imputasen su ruina á sí mismas, y no al abandono de El. Los que conocen el valor de las almas y sus destinos futuros, y su impotencia para conseguirlos, no deben encontrar dificultad en admitir la Encarnacion del Hijo de Dios. La Tierra tan pequeña entre los mundos, vale el precio de sus habitantes, y estos el precio de la sangre divina que se derramó para su rescate.

Los lectores imparciales, que estén exentos de preocupaciones y prevenciones contra el dogma, reconocerán, si no nos equivocamos, que las soluciones indicadas son satisfactorias. Tenemos sin embargo otra enteramente fundada en los principios teológicos, y que para muchos resolverá mas radicalmente la dificultad. La pequeñez de la Tierra, la condicion ingrata y perversa de sus habitantes, lejos de ser un obstáculo, son una razon en favor de la Encarnacion.

Biblioteca Nacional de España

El Hijo de Dios buscó la gloria en la humillacion, y encarnó por eso en la Tierra, mundo pequeño y de habitantes degradados. Lo que es una locura para el mundo, es la sabiduría de Dios. El no podia ser glorificado ascendiendo, pues era infinito, feliz en el seno de su gloria, magnífico y excelso, y antes de la formacion de la Tierra resonaban plácidamente en sus oidos *las alabanzas concertadas de las estrellas de la mañana, y los himnos de regocijo de los innumerables espíritus angélicos* (1), que le conocian y hacian su santa voluntad. No podia ser glorificado ascendiendo dentro ó fuera de sí mismo, y halló un nuevo modo de glorificacion, descendiendo voluntariamente al nivel de la mas indigna criatura. ¡Nuevo género de gloria, que no comprende el mundo, porque es propio de solo Dios!

El Apóstol San Pablo nos revela esta gloria desconocida: *Estando en forma de Dios, y siendo igual á Dios, se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo, y haciéndose hombre igual al hombre: y se humilló, hecho obediente hasta la muerte, pero muerte de Cruz; por lo cual Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre; que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra, y en los infiernos; y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo participa la gloria de Dios Padre* (2). Misterio anunciado ya por Isaias, que vislumbró la gloria del Salvador en la ignominia de su suplicio. El Profeta Rey, personificando á Jesucristo, hablaba á cada paso de su abatimiento voluntario como principio de su exaltacion soberana. El mismo Jesucristo nos recomienda que imitemos su ejemplo de humildad; quiso no solamente tomar carne humana, sino nacer en un establo, y vivió pobre y oscurecido,

(1) Job, XXXVIII, 7.
(2) A los Filipenses, II, 7.

Biblioteca Nacional de España

hasta que empezó á cumplir su divina mision. El Evangelio es la demostracion contínua de la voluntaria humillacion y abatimiento del Hijo de Dios, encaminados siempre á realizar los fines de su venida. Por eso es lógico y no debe sorprender á nadie, que segun este plan, escogiese á la tierra para teatro de sus maravillas, con preferencia á otros mundos mayores, en donde hubiera podido encarnar.

En esta conducta habia unas miras profundas, dignas de su altísima sabiduría. Queria salvar al mundo por la virtud contraria á su pecado, que fue la soberbia. *El principio de todo pecado es la soberbia*, decia el Eclesiástico (1). *No permitas jamás que la soberbia domine en tus pensamientos ni en tus palabras*, aconsejaba Tobias á su hijo, *porque en ella tuvo principio toda perdicion* (2). La soberbia es el pecado propio de las inteligencias; por ella pecaron los ángeles rebeldes, nuestros primeros padres, y probablemente las familias prevaricadores de otros mundos. Siendo pues la soberbia el principio de todo pecado, era conveniente que la humildad fuese el principio de toda remision. El Salvador nos dió el preservativo mas seguro contra los desvanecimientos del orgullo, y el antídoto mas eficaz contra sus funestas consecuencias. *Contraria opposuit medicamenta peccatis*, dice San Gregorio el Grande. Y en esta medicina que ha de curar nuestros males, encerró al mismo tiempo la condicion de toda nuestra grandeza. El que se humilla, será ensalzado.—El que no se humillare, no entrará en el reino de los cielos.—Si se estudia á fondo el cristianismo, se hallará que está fundado sobre la humildad.

La grandeza del Hijo de Dios brilla y resplandece mas y mas en este oscurecimiento incomprensible; su majestad crece por su anonadamiento. Las criaturas tienden á ele-

(1) Eccli., X, 15.
(2) Tobías, IV, 14.

Biblioteca Nacional de España

varse, *y caen*, quieren salir de su esfera, y se arruinan: Dios se complace en bajar, y adquiere nueva gloria. ¡Y cosa notable! la medida de este abatimiento divino es tambien la medida de la divina nobleza del hombre, porque ensalza al hombre á la altura de Dios, tanto como Dios se ha abajado á la condicion de hombre. El Salvador descendió tan bajo, para elevar á las criaturas tan alto, á fin de consumar la unidad inefable que se propuso en sus designios eternos. Si hubiera tomado la naturaleza angélica, ú otra de los mundos mas superiores, no hubiera sacado plenamente su gloria sino de estas naturalezas celestiales; pero quiso descender hasta el grado mas ínfimo de la naturaleza racional, para comunicar su valor á estas naturalezas inferiores, y divinizar en cierto modo á todas las criaturas. Al hacerse *carne*, segun la enérgica espresion de San Juan, juntó en sí mismo la creacion entera, espiritual y corporea, tomándola desde su fondo mismo para consagrarla en su *todo*, y hacerla perfectamente digna de su Autor.

Misterio es este que ciega á la incredulidad por la abundancia de su luz, pero que ilumina esplendorosamente á los hijos de la fé. La fé es el telescopio de la inteligencia, respecto á los dogmas cristianos. Asi como el telescopio hace descubrir innumerables estrellas á que no puede llegar la simple vista, asi la fé nos descubre luminosas verdades, á que no puede llegar la razon, y nos demuestra sus magníficas relaciones, que nos dejan satisfechos acerca de los misterios. El creyente está como en su centro en medio de su claridad esplendorosa, el incrédulo no vé nada.

La solucion que acabamos de dar es de seguro la que mas vale para los creyentes, y la que menos vale para los racionalistas, si bien es cierto que estos no quedarán satisfechos con ninguna. Crean por favor y todo lo encontrarán fácil y razonable. Se realiza en esto', dice Augusto Nicolás,

Biblioteca Nacional de España

la bella alegoría de la *caverna* de Platon. Este gran filósofo representa, como es notorio entre los literatos, el oscurecimiento y ceguedad en que estamos sumidos acá bajo, comparándolos al de unos desventurados reos confinados en las profundidades de una caverna donde yacen encadenados, y cuyo fondo no ven. En este fondo se mueven sombras de objetos exteriores á los cuales tienen vueltas las espaldas, y no viendo sino esas sombras las toman por realidades. «Pero, dice Platon, rompamos sus cadenas. Queda libertado uno de esos cautivos, se levanta inmediatamente, vuelve la cabeza, camina y encuentra el foco de luz: pero sobrado débil para lo que esperimenta, deslumbrado, lleno de asombro con brillo tan vivo, quisiera huir y volverse á sus sombras; ¡esa es la realidad! dirá.—Pero arranquémosle ya de esta sima, arrastrémosle á su pesar hasta la luz del dia. ¡Ah! ¡Cuál brama, cual se enfurece por esta saludable violencia!.. Repentinamente hiere la luz en sus ojos: llenos estos de claridad tanta no distinguen ninguno de los objetos que nosotros llamamos reales: este cambio repentino le ciega, y solo poco á poco irá descubriendo este mundo, nuevo para él... Desde luego, sus miradas se detendrán y se fijarán mas facilmente en la imágen de los hombres y de los demás cuerpos terrestres, que le representa el espejo del agua; despues de este ensayo, fijará su vista en los cuerpos mismos; mas tarde contemplará los cielos velados por la noche, verá la luna, las constelaciones, cuya luz templada le deslumbrará menos que el Sol, y los resplandores ardientes del dia.—Y en fin el Sol, no ya su imágen débil, sino el Sol mismo no le hace cegar; atrévese á admirarlo sobre el trono de los aires...» «Tales han de ser los progresos de la razon.» exclama Platon.—Tales son, decimos nosotros, los progresos de la fé.

«Hé aquí nuestra condicion, continúa el filósofo. La

Biblioteca Nacional de España

cárcel subterránea es el mundo visible: el cautivo que sube á tierra y cuyos ojos se abren á nuevos objetos, es el alma que se eleva á la fuente y cumbre de la inteligencia. Si; yo he concebido esta dulce y consoladora esperanza para nuestra alma: ¿es fundada, es razonable?—Dios lo sabe: por lo que á mí toca, cumplo con manifestar los pensamientos que nacen en mí (1).»

Tal es la imágen del mundo pagano á la venida de nuestro Redentor, y tales los efectos que la doctrina de este produjo en las inteligencias. Tal es todavía la imágen de esos pobres incrédulos que están sentados en las tinieblas y en la region de sombras de muerte, tomando por realidades las quimeras de su fantasía. Braman y se enfurecen cuando son llevados á la luz; pero si Dios abre sus ojos, entran dichosos en posesion de la verdad, y contemplan atónitos un mundo espléndido, en lo que antes veian el absurdo y la contradiccion. ¡Oh! ¡si supieran cuánta es la felicidad de creer!

Por último, volviendo al argumento, si no se comprende la Encarnacion del Verbo sobre la Tierra, por la pequeñez é insignificancia de esta, tampoco se comprenderia sobre él astro mas gigante y esplendoroso. ¿Hay acaso algun mundo bastante digno para merecer atraer al Hijo de Dios? El sol mas encendido de las regiones etéreas es como nada, si se compara con el resto de la creacion, y la dificultad quedaria siempre en pie. La estrella mas radiante y voluminosa es como un polvo vil respecto á la grandeza del Verbo, y no significa á sus ojos mas que nuestra pequeña Tierra. Y además, ¿no podria preguntarse por qué habia escogido á aquel mundo con preferencia ó exclusion de los demás? ¿En qué podia fundar su privilegio glorioso de ser la morada del divino reparador? Se repetirian siempre las mismas objeciones que se hacen por causa de nuestro globo, y tal vez

(1) *República*, lib. VII.

Biblioteca Nacional de España

otras nuevas. Luego el argumento cae por su peso. Sí; para la obra maravillosa de manifestarse las misericordias divinas nada significa la grandeza ó pequeñez material. La Encarnacion es un privilegio puramente *gratuito*, que ningun mundo pudo merecer. Ya hemos visto que era mas conveniente á sus fines, que se realizase en un mundo inferior.

A la confirmacion teológica de la dificultad, responderemos solamente en dos líneas. Dios quiere que todos los hombres se salven y á todos da los medios para ello, y por todos envió á su Hijo. Si no todos se salvan, no es por defecto de Dios ni por ineficacia de la redencion.—La Providencia deja obrar á las causas segundas, y si todavía no es conocido, lo será en el progreso de la humanidad. La objecion está exagerada, pues Dios es mas conocido y adorado que lo que aquella supone, y sobre todo incomparablemente mas que antes de la venida del Salvador. Pero el hombre es libre y Dios quiere sus homenajes libres, sin coartar ó imponer necesidad á ninguna voluntad. De aquí los pecados, de aquí la lentitud con que la humanidad viene á la fé á aprovecharse de los beneficios de la divina sangre, de aquí todos los demás obstáculos que se oponen á su accion restauradora. Añadiremos que los frutos de la redencion no se limitan solamente á nuestra época, sino que abrazan todos los tiempos hasta la consumacion de los siglos: y aun se extienden con poderosa eficacia fuera de nuestro globo. Por otra parte, sabemos por la Iglesia que ha de llegar un dia en que todos los hombres profesen la misma religion católica, sirviendo á Dios en espíritu y en verdad. ¿Cuándo será ese dia venturoso? Dios lo sabe; pero sabemos ciertamente que vendrá.—Omitimos otras respuestas. Esa es una objecion muy conocida, mil veces resuelta, y no creemos necesario detenernos mas en ella.

Biblioteca Nacional de España

Poco añadiremos para la segunda dificultad, tomada de las necesidades de los otros mundos, iguales á los de la Tierra, y del órden comun de la Providencia, pues ya queda resuelta con lo dicho. Siendo la Encarnacion la union del Criador y la criatura, tan perfecta que es personal, tan completa que abraza lo espiritual y lo corpóreo, y siendo esta union para siempre, pues aun dura y durará eternamente, es claro que no debió verificarse sino una *sola vez*. Habiendo tenido lugar en la Tierra, no pudo repetirse en otros mundos, ni simultánea, ni sucesivamente. En cuanto á sus efectos, veremos que pueden llegar á todos los mundos con la misma virtud.

De esto nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

Entre tanto dejamos sentada esta conclusion: LA DOCTRINA DE LA PLURALIDAD DE MUNDOS HABITADOS EN NADA SE OPONE AL DOGMA CATÓLICO DE LA ENCARNACION Y REDENCION.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIV.

La Encarnacion y Redencion (continuacion).—Su influencia sobre los otros mundos.—Chalmers, Brewster, P. Raulica.—Tomasino.—Fundamentos teológicos de esta opinion.

La dificultad astronómica contra el dogma de la Encarnacion y Redencion desapareceria por completo, si se pudiese probar que la eficacia del sacrificio divino habia alcanzado á todos los mundos.

Muchos lo han creido así, aunque sin afirmarlo en absoluto. Por nuestra parte nos parece una opinion tan probable como la misma habitacion de los astros.

Creemos oportuno exponer cómo se han expresado sobre el particular algunos teólogos, así protestantes como católicos. Empecemos por los primeros.

Hé aquí cómo se expresa el americano Chalmers. «En la objecion que el incrédulo deduce de la astronomía para oponerla á la verdad de la revelacion cristiana, se encuentra desde luego una asercion y despues una consecuencia. La asercion es que el cristianismo se ha establecido para la ventaja exclusiva del pequeño mundo que habitamos, aislado del resto del universo. La consecuencia es que Dios no prodigaria su solicitud multiplicada de tantos modos sobre un campo tan insignificante.

Biblioteca Nacional de España

Estas objeciones son fútiles y caen por sí mismas. ¿Cómo, en efecto, saben los incrédulos que el cristianismo se ha establecido solamente para la ventaja exclusiva de esta tierra y de sus habitantes? ¿Cómo pueden decirnos que si fuésemos á los demás planetas hallaríamos que la persona y la religion de Jesucristo serían allí desconocidas? ¿No se encuentran las personas que tales aserciones presentan, en la posicion del filósofo que quisiera indicar ya el reino animal ó la historia civil de los presuntos habitantes de estos planetas? A pesar de cuanto ellos pueden decir, la redencion que nos ha sido proclamada no es un acontecimiento aislado; el contagio moral que discurre sobre nuestro mundo puede haber llevado sus estragos sobre todos los planetas, el Dios *cuyas obras son todas maravillas* (Job. v. 9, salm. LXXII, 18) que ha sembrado con tantos mundos el campo de la inmensidad, y que ha extendido sobre ellos *la sombra de su omnipotencia* (Salm. XCI, 1), puede haber enviado á cada uno de ellos un mensaje de amor y dar seguridad *al corazon de sus habitantes sin esperanza* (Eph. XI, 12) por alguna manifestacion irresistible de ternura. Angeles enviados del Paraiso pueden haber hecho resonar la bóveda azulada de cada planeta con el *anuncio de una grande alegría*, diciendo: *Paz sobre esta tierra, buena voluntad para con todas sus familias, y gloria en lo mas alto de los cielos á Aquel, que desde su trono supremo* ha dado cartas de gloria y perdon tan magníficas, que ellas llevan la buena nueva (San Luc. II, 10, 44) de la vida y de la reconciliacion á las innumerables esferas de una creacion pecadora. «El Hijo eterno, de quien está dicho, que *por él fueron creados los mundos* (Col. 1, 16), puede haber tenido el imperio de muchos mundos pecadores *colocado sobre su hombro* (Is, IX, 6), y por el poder de su palabra misteriosa haberlos *despertado á todos de la muerte* espiritual. Este

Biblioteca Nacional de España

mismo *espíritu que se movia sobre la superficie de las aguas* (Génesis, 1, 2) y que hizo salir del caos un sistema admirable, ha podido sacar el órden y la armonía de las ruinas y estragos de una rebelion moral extendida por todas las esferas.» (1)

Chalmers se contenta con emitir la hipótesis: el sábio Brewster avanza un paso mas, y la apoya con un argumento *a pari* y otro *ex supposito concesso*. No hemos tenido el gusto de leer su obra, y haber visto desarrollada mas extensamente esta argumentacion, de la cual solo conocemos una pequeña muestra, que trae Mr. Flammarion. «Es tan injurioso, dice, para los intereses de la religion como degradante para los de la ciencia, ver á los partidarios de la una y de la otra colocarse en un estado de mútuo antagonismo. Discutiendo libremente el asunto de la Pluralidad de Mundos, no advertiremos colision alguna entre la razon y la revelacion.»

Abordando la gran dificultad de la Encarnacion del Verbo, sir David Brewter comienza por establecer que, segun todas las probabilidades, un gran número de humanidades han sido sometidas como la nuestra á la influencia del mal. Al contrario, pues de la hipótesis del americano Chalmers, que, en la suposicion de un solo mundo prevaricador, muestra cuánta es la ternura del Eterno Padre para con esta familia, cuando prefiere el sacrificio de su Hijo á la pérdida de sus criaturas, M. Brewster trata de explicar la redencion posible de todas las humanidades culpables. Veamos su proposicion.

«Cuando, al principio de nuestra era, se verificó en Jerusalen el gran sacrificio, fue por la crucificacion de un hombre, de un ángel ó de un Dios. Si nuestra fé fuese la de los arrianos y de los socinianos, la dificultad religiosa

(1) Véase apéndice, nota G.

Biblioteca Nacional de España

escéptica queda allanada: un hombre ó un ángel puede igualmente ser enviado para la redencion de los habitantes de los otros planetas. Mas si creemos, con la Iglesia cristiana, que el Hijo de Dios fue necesario para la expiacion del pecado, la dificultad se presenta bajo su mas formidable aspecto.

«Cuando murió nuestro Salvador, la influencia de su muerte se hizo extensiva hácia atrás, en lo pasado, á millares de hombres que nunca habian oido su nombre, y hácia adelante, en el porvenir, á millones que no lo habian de oir jamás. Aunque solo se difundiese en la ciudad santa, la Redencion se extendió á las mas lejanas tierras y á toda raza viviente en el antiguo y el nuevo mundo. La distancia en el tiempo ó en el espacio no atenuó su saludable virtud. Fue una fuerza «incomprensible para las inteligencias creadas» que la distancia no modificó. Todo poderosa para el ladron en la cruz, en contacto con la fuente divina, conservó el mismo poder en la sucesion de las edades, sea para el Indio y el Piel-roja del Occidente, sea para el árabe salvaje del Oriente. Por un poderío de misericordia que no comprendemos, el Padre celestial extendió hasta ellos su saludable poder. Pues bien, emanando del planeta medio del sistema, quizá por necesitarlo mayormente, ¿por qué este poder no habria de extenderse á los de las razas planetarias del pasado, llegado el dia de su redencion, y á las del porvenir, cuando la medida de los tiempos se haya cumplido?»

Para hacer comprender mejor su argumento, el autor hace la suposicion que nuestro globo, al principio de la era cristiana, se haya dividido en dos partes, como el cometa de Biela parece haberlo sido en 1846, y que sus dos mitades, el antiguo y el nuevo mundo, hayan viajado, bien como una estrella doble, bien independiente la una de la otra.

Biblioteca Nacional de España

En esta hipótesis los dos fragmentos ¿no hubieran participado del beneficio de la Cruz? El viejo y el nuevo mundo ¿no habrian alcanzado el mismo favor? El penitente de las orillas del Misisipí ¿no habria recibido la misma gracia que el peregrino de las márgenes del Jordan? Si, por consiguiente, los rayos del Sol de justicia, llevando sobre sus alas la salvacion, hubieran atravesado el vacío que hubiese separado entonces el mundo americano y el mundo europeo así divididos, todos los planetas,—Mundos creados por ese mismo Dios, formados de los mismos elementos materiales, bañados en la aureola del mismo Sol,—¿no han podido igualmente participar del mismo don celestial?» (1)

Un sábio y piadoso escritor católico del siglo pasado, el abate Para du Phanjas, sigue la misma opinion: «La religion, dice, nada nos enseña en favor ni en contra de la poblacion de los planetas. Si estos están habitados por criaturas racionales, por hombres mas ó menos semejantes á nosotros, la Providencia siempre sábia y consiguiente para conducirlas á su último fin, las habrá surtido ó dado el órden de cosas convenientes; y este órden será semejante ó diverso del nuestro respecto al Divino Mesías, manantial de toda gracia y de todo mérito: se podrá decir que tales criaturas no tienen necesidad de Redentor, como nosotros la hemos tenido; ó que si la tienen, sus méritos han sido aplicados á ellas, como á nosotros, del modo que la Eterna Sabiduría habrá querido determinar.»

Pero sobre todos la defiende expresamente el P. Ventura Raulica, el elocuente orador de la catedral de París, que supo atraer alrededor de la cátedra sagrada á los mas descreidos de su época. Su autoridad es de gran peso, ya por su profunda erudicion universalmente reconocida, ya por el lugar en que hablaba, en donde no caben opiniones

(1) Citado por Flammarion, apéndice, nota A, pág. [illegible]

SANTARÉN, EDITOR
MADRID
1879

Biblioteca Nacional de España

aventuradas, ya por el auditorio á quien se dirigia, ya por dar en cierto modo á su opinion el carácter de un punto doctrinal.

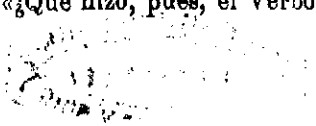
«La suprema felicidad de la criatura racional consiste, dice Santo Tomás, en la vision de Dios en su esencia; mas esta felicidad es superior á la naturaleza del entendimiento creado. Luego ninguna criatura racional puede tener un movimiento de voluntad ordenado á la adquisicion de esta felicidad, á menos que sea ayudada por un agente sobrenatural; y la accion de ese agente dirigida á dicho fin es lo que nosotros llamamos el auxilio de la gracia.»

«Los mismos ángeles no pudieron obtener la gracia que los santifica y los eleva hasta Dios, sino por Jesucristo; y por consiguiente fue necesario, dice Santo Tomás, que el misterio de la Encarnacion se revelase en comun á todos los ángeles en el momento de su creacion.»

«Habiendo conocido los ángeles desde un principio este misterio, sometieron á él sus entendimientos y le adoraron; colocaron en los méritos del Verbo toda su confianza y su amor, y por esta fé, esta esperanza y este amor, fueron confirmados en la gracia y admitidos á la vision beatífica de Dios.»

Añade que es necesario admitir que la misma revelacion fue hecha al hombre aun antes que pecase, y que el Verbo, habiendo determinado descender á la creacion y unirse á ella sin confundirse con ella, quiso tomar la naturaleza humana que se halla en el grado mas ínfimo de las inteligencias creadas, y continúa: «Si el Verbo eterno, al descender á la creacion, se hubiera detenido en uno de los grados intermedios de esta interminable escala de séres inteligentes, los grados inferiores, y el hombre, que es el último de todos, hubiera quedado fuera de su accion restauradora.»

«¿Qué hizo, pues, el Verbo divino? Recorrió la inmensa



Biblioteca Nacional de España

escala de los séres inteligentes hasta su última grada. Descendió hasta el hombre, se hizo hombre, y de este modo comprendió y encerró en su accion restauradora todas las especies superiores al hombre, todos los ángeles, todos los espíritus, si es que se encuentran en los diversos sistemas celestes, de los que cada estrella es el sol y el centro, así como nuestro sol es la estrella y el centro de nuestro sistema.»

Expone luego la completa regeneracion del hombre por la redencion, y pasa á demostrar con algunos pasages de San Pablo, que la influencia restauradora de Cristo se extendió á todas las criaturas.

«No es esto decir, prosigue, que el pecado original haya infestado los cielos y los habitantes de los astros, si es que en los astros hay habitantes. La falta de Adan no pudo penetrar donde no está la generacion ni la raza de Adan. Así es que ni los ángeles ni las otras criaturas inteligentes que puedan encontrarse en los globos celestes necesitaron ser rescatados del pecado. Esto es decir que los ángeles y todos los demás espíritus, sea cualquiera su naturaleza y su condicion, han tenido necesidad de ser elevados del estado de naturaleza al estado de gracia; han tenido necesidad de ser santificados, de ser trasformados y colocados en el órden sobrenatural, á fin de agradar á Dios, y de entrar en sociedad de amor, en comunion de gloria y de felicidad con Dios, todo lo cual lo han conseguido por Jesucristo.» «El mismo misterio que reconcilió y rescató la naturaleza humana porque era culpable, realzó á la naturaleza angélica y á las demás inteligencias que puedan existir en el universo, porque eran imperfectas.»

«Así, pues, Jesucristo es todo; todo existe por Jesucristo; nada hay verdadero, nada bueno, nada santo, nada divino ni perfecto, sino en él y por él: *Ex ipso et per ipsum*

Biblioteca Nacional de España

et in ipso sunt omnia. Todas las inteligencias han participado de su accion divinizadora de diferentes maneras y segun sus necesidades. Habiendo sido criado todo por él como causa ejemplar de todo: *Omnia per ipsum facta sunt*, ha sido tambien restaurado y elevado por él como causa eficiente de todo: *Instaurare omnia in Christo*.»

«El misterio de los oprobios, de las penas y de la muerte de Jesucristo es el misterio propio de nosotros los que teníamos necesidad de tal remedio. Mas en cuanto á la union del Verbo con la naturaleza humana, y por ella con toda la creacion de los espíritus y de los cuerpos, que ha sido reasumida y representada en el hombre, que es espíritu y cuerpo al mismo tiempo, ese misterio único ha comprendido todas las naturalezas creadas en la extension de sus efectos divinos; ha sido el sacrificio de todos los tiempos y de todos los lugares; la accion inmensa, la obra universal; y el cielo y la tierra, las estrellas y los mares, los ángeles y los hombres, el universo entero ha sido restaurado, purificado y ennoblecido por la sangre de Jesucristo.» (1)

Además de los escritores citados defienden la misma opinion el célebre De Maistre, Augusto Nicolás, y algunos otros. Este último se vale de ella para resolver la dificultad que suele hacerse sobre el número de los réprobos; idea que tambien apunta el P. Félix. No aventuramos, pues, una opinion nueva, y ahora vamos á ver los fundamentos que la teología suministra para sostenerla.

Desde luego debemos entrar en la dificultad como la propone Mr. Flammarion: ¿Aquellas humanidades pecaron, ó se conservaron fieles á la ley del Señor? Y antes de esto, ¿aquellas humanidades, una vez creadas, fueron dejadas en el estado de naturaleza *in puris*, ó dotadas de la gracia

(1) *La razon filosófica y la razon católica*, conferencias predicadas en 1851 por el M. R. P. Ventura de Raulica. Confer. IX, núm. 7 al 12.

Biblioteca Nacional de España

santificante, y elevadas al órden sobrenatural? Respecto á este segundo punto, juzgando por lo que sabemos acerca del ángel y del hombre, podemos conjeturar que Dios se complació en adornarlas de los dones excelentes de su gracia. Sabemos que los ángeles y el hombre, apenas fueron criados, y probablemente en el primer momento de su existencia, recibieron la justicia original, ya como conveniente á la perfeccion de su estado, ya como una profusion de la complacencia divina, ya como necesaria para conseguir su último fin, á que no podian llegar con solas sus fuerzas naturales. Es verosímil por lo tanto que las familias planetarias fueron favorecidas con los mismos dones; aunque no podemos afirmarlo, porque siendo aquellos dones puramente gratuitos, y de todo punto indebidos á la naturaleza, pudo Dios dejar sin ellos á aquellas criaturas, destinándolas á una felicidad del órden natural. Es probable tambien que Dios haya guardado en la constitucion moral de las razas inteligentes la misma gradacion de diversidad que vemos en la constitucion física de los globos que habitan.

Mas en cualquier estado que se consideren, como que toda criatura es esencialmente defectible por razon de su limitacion, asi como tambien es perfectible y capaz de progreso, es lo mas probable que muchas razas estelarias sucumbieron á la influencia del mal. Toda inteligencia limitada está espuesta al error, toda voluntad libre está espuesta al estravío, y por eso no es creible que entre tantas inteligencias no haya habido alguna que haya errado, y entre tantas voluntades alguna que se haya apartado de la ley. Sin embargo, esto mas bien prueba que en aquellos globos ha reinado el pecado actual, ó sea personal de los indivíduos, que la defeccion total de la especie. El principio de la naturaleza puede conservar su primitivo estado de integridad, y haber faltado algunos indivíduos. En este

Biblioteca Nacional de España

caso la necesidad de la Redencion no es tan apremiante como en la Tierra, ni debe seguir el mismo órden. Aquellos indivíduos habrian podido obtener la remision de su pecado por el arrepentimiento ó por la expiacion, volviéndose á Dios con el buen uso de sus facultades, aprovechando el auxilio de la gracia actual, y entrando por la conversion y el conocimiento en el concierto universal de su respectiva humanidad. La fé en el Cristo, revelado á aquellos mundos por algun medio desconocido, hubiera elevado á los sanos y hubiera sanado á los enfermos, para elevarlos tambien despues.—Esta seria otra razon, por la cual la Encarnacion se verificó solamente en la Tierra, por ser esta desde su orígen víctima de una defeccion universal.

Esto no obstante, no suponemos que la humanidad terreste fuese aquella única y triste escepcion entre los mundos. Nos figuramos el universo como una vasta ciudad, en la cual hay buenos, malos y medianos, y cada uno tiene su diverso grado de cultura, de ilustracion, de vicio ó de virtud. Por eso si los primeros troncos de las razas de otros mundos fueron puestos á prueba, como Adam, lo cual es probable, no dudamos que muchos sucumbirian como él. Y hemos dicho que es probable que fueran tentados, porque Dios se complace en el homenaje libre de sus criaturas, y sin duda les dió una ley para que le manifestasen su humilde sumision. Puesta la ley, ya está la libertad á prueba de cumplirla ó no. Además el tentador que sedujo á nuestros primeros Padres, ¿no procuraria derribar tambien á los primeros progenitores de otras razas? De creer es que sí, y que lo consiguió. Tal vez esto es lo que nos anuncia la Divina Escritura, cuando nos revela que el gran Dragon que fue vencido juntamente con todos sus secuaces, arrastró con su cola *una tercera parte de las estrellas*. ¿No podrian significar las humanidades que viviesen en ellas?—

Biblioteca Nacional de España

Si fuese aceptable esta interpretacion, la hallariamos confirmada con mayor claridad en otros lugares de los Libros sagrados, en que se habla del *oscurecimiento* de las estrellas, de su *caida*, de su *tristeza*, de su *estremecimiento*, de su *confusion*; comparados con otros en que se habla de ellas como si estuvieran dotadas de *inteligencia* y *libertad*. Hay especialmente para nuestro caso unos textos notables en el libro de Job. En el mismo sentido que dice que Dios *halló maldad en sus ángeles*, dice despues que *los cielos no están limpios en su presencia*, y mas adelante, que *las estrellas no son limpias, no están sin mancha, delante de Él* (1). Indudablemente en esos pasajes se habla de la limpieza moral, como se infiere del contexto, pues tratan de persuadir á Job que no hay hombre alguno sin pecado, y para ello hacen este argumento: ¿cómo te atreves á asegurar que estás sin mancha, tú, hombre, gusano de la tierra, cuando ni las estrellas son limpias á los ojos de Dios, ni los cielos son puros en su presencia, y hasta en sus ángeles halla maldad? Si se habla, pues, de limpieza moral, supone entes libres y responsables. Estos no pueden ser los mismos astros materiales, pues no valdria el argumento; y por otra parte estos astros son fatalmente arrastrados en su curso sin ninguna libertad. Luego son los habitantes que los pueblan; razas pecadoras que no tienen la limpieza de la santidad (2).

Es evidente que estas razas prevaricadoras necesitaron tomar parte en los beneficios de la redencion; pero de aquí no se infiere que necesitasen el sacrificio del Hijo de Dios sobre su propio mundo. Bastó para todos el sacrificio con-

(1) Job., IV, 18.—XV, 15.—XXV, 5.

(2) No doy mas valor á estas interpretaciones, puramente personales, así como á las demas que haya hecho ó haré en el resto de la obra, que el que les dé la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, á cuyo juicio me someto sin reserva alguna, como hijo humilde y fiel.

Biblioteca Nacional de España

sumado en el Calvario, cuyo valor es infinito. La virtud de la sangre divina, así como abraza toda la duracion del tiempo, así tambien abraza toda la estension del espacio; así como se estiende á los siglos pasados y futuros, así tambien se estiende á la inmensidad de los mundos. No hay tribu inteligente á quien no haya llegado la influencia vivificante de los méritos de Jesucristo; sea en aquellos dichosos mundos que conservaron la inocencia primitiva, en los que resplandeció como un aumento de felicidad, como una prueba de los resplandores eternos y una anticipacion de la bienaventuranza; sea en aquellos cuya limpieza solo habia sido empañada por defecciones parciales, á los que comunicó un impulso vigoroso hácia la perfeccion; sea en aquellos infelices que como la Tierra habian caido hasta lo mas profundo del abismo, á los cuales tendió una mano misericordiosa, haciendo resonar en sus oidos el anuncio de la gracia y del perdon, y abriéndoles el camino de la virtud en el tiempo, y del cielo en la eternidad.

Si consultamos las Sagradas letras, hallaremos muchos lugares que nos permiten creerlo así. San Pablo lo indica repetidas veces en sus cartas. *Hemos recibido la redencion por su sangre*, dice á los de Efeso, *el perdon de los pecados segun las riquezas de su gracia que sobreabundó en nosotros..... para* RESTAURAR *en Cristo todas las cosas, así las que hay* EN EL CIELO *como las que hay* EN LA TIERRA *en el mismo* (1). En otra carta explica en qué consiste esta restauracion, diciendo: *Nuevas son las criaturas en Cristo; pasó lo viejo, y hé aquí que todas las cosas han sido renovadas. Mas todas las cosas por Dios que nos reconcilió consigo por Cristo... porque Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, no imputándoles los delitos de ellos* (2). Esta mag-

(1) A los de Efeso, I, 7, 10.
(2) II á los Corintios, V, 17, 19.

Biblioteca Nacional de España

nífica doctrina es anunciada todavía con mas claridad en la carta á los colosenses: *Tenemos redencion, y perdon de los pecados, por la sangre de Cristo, que es imágen de Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles..... Y Dios se complació que habitase en él toda plenitud, y por medio de él* RECONCILIAR *todas las cosas para él mismo,* PACIFICANDO *por la sangre de su cruz, sea las que hay en la tierra, sea las que hay en los cielos.* (1) En estos pasajes se enseña con claridad que los efectos de la redencion se han estendido fuera de la tierra, ó mejor dicho, que Jesucristo ha redimido los cielos del mismo modo que la tierra. Estos cielos á los que llegó la influencia de la sangre del Salvador, no era el cielo de los bienaventurados, en donde nada habia que restaurar, ni que reconciliar por su cruz. Tampoco debemos entender los ángeles malos, á quienes nada aprovechó la sangre de Jesucristo, por estar sujetos á una reprobacion irrevocable. Resta, pues, que entendamos los habitadores de otros mundos que llenan las regiones de los cielos, familias de viadores, que habian pecado como la tierra, y que como esta tierra necesitaban la reparacion, la reconciliacion y el perdon.

La redencion se presenta asi en su influencia mas vasta, en su universalidad mas lata, abrazando no solamente todos los hombres, sino todas las criaturas racionales que existan ó puedan existir. Por eso Jesucristo es llamado repetidas veces *Salvador del mundo*, propiciacion por los pecados *de todo el mundo*, cordero que quita los pecados *del mundo*, etc., tomando esta palabra en su mayor estension. En otros lugares se dice que la redencion es copiosa y abundante,—como una fuente de aguas cristalinas que rebosa,—como una luz resplandeciente en las tinieblas,—como una pisci-

(1) A los Colosenses, 1, 14, 20.

Biblioteca Nacional de España

na de salud,—y otras no menos espresivas, sin limitar jamás la eficacia de su virtud. Esta es la doctrina de todos los apóstoles, compendiada en aquella espresion de San Pablo: *Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia*. En este sentido canta la Iglesia en el himno de la Pasion, que la tierra, los mares, los astros, el mundo todo son purificados con la sangre preciosa de Jesucristo: *Terra, pontus, astra, mundus,—hoc lavantur flumine:* y en el himno de la Natividad de Jesus se entusiasma ante la idea de que los astros, la tierra, los mares, y todo lo que vive bajo el cielo, es decir en la estension del espacio, le saludan con cánticos nuevos como á su Salvador. (1)

Todos los Padres, todos los concilios, todos los teólogos están conformes en no reconocer límites á la eficacia de la redencion, aun estendida fuera de nuestro globo. Aunque no creian en la pluralidad de mundos y muchos ni aun la sospechaban, afirmaban sin embargo que la sangre del Salvador tenia virtud para redimir todos los mundos posibles. «El altar se hallaba en Jerusalem, escribia Orígenes, pero »la sangre de la Víctima bañó al universo (2).» San Gerónimo asegura que á principios del siglo V era comun la opinion de que «la redencion pertenecia tanto al cielo como »á la tierra (3).» «Nada puede compararse con el milagro »de la salud, exclama San Gregorio Nacianceno, pues unas »gotas de sangre redimieron á todo el universo (4).» Y mas expresamente San Cirilo de Alejandría: «No hubiera podi»do satisfacer por los pecados de todos *(universorum)*, si »solo hubiera sido un puro hombre. Pero siendo Hijo de

(1) Hunc astra, tellus, æquora,
Hunc omne quod cœlo subest,
Salutis auctorem novæ
Novo salutat cantico.

(2) Orígenes, *Hom. I in Levit.*, núm. 5.
(3) San Gerónimo, *Epist.* LIX *ad Avitum*, cap. 1.
(4) San Greg. Naz., *Oratio* 45, núm. 29.

Biblioteca Nacional de España

»Dios, todas las criaturas se aprovecharon de su muer»te (1).» Pero ninguno tan terminante como Santo Tomás: ocupándose del error que limitaba la suficiencia de la redencion, exclama: «Esto es herético, porque la sangre de »Jesucristo es suficiente para la redencion, aunque sea de »muchos mundos (2).»

Mas aunque muchos mundos no hubieran tenido necesidad de ser redimidos del pecado, por haber conservado la inocencia, hubieran necesitado al menos ser librados de la esclavitud de la materia. Las criaturas inteligentes unidas á un cuerpo material, si bien por medio de él se ponen en comunicacion con el mundo esterior, sienten las necesidades y miserias de su influencia, y padecen en cierto modo el peso de su corrupcion. *El cuerpo corruptible agrava al alma*, dice el libro de la Sabiduría (3), como un peso que lleva siempre encima y la impide muchas veces sus operaciones. Conviene, pues, á la perfeccion de la criatura establecer en absoluto el imperio de la parte espiritual sobre la parte animal, y destruir su mútuo antagonismo. Conviene dar vigor al espíritu para avanzar rápidamente en el progreso, aumentar la armonía de aquellas humanidades, y librarlas de la desdicha que es inseparable de su condicion limitada. Indudablemente la redencion produjo esos efectos, como nos permite creerlo la carta de San Pablo á los Romanos. «La esperanza de las criaturas, dice, consis»te en alcanzar la condicion de hijos adoptivos de Dios. »Porque la criatura está sujeta á vanidad, contra su vo»luntad, sino por aquel que la contiene en la esperanza; »por lo cual la misma criatura será librada de la servidum»bre de la corrupcion á la libertad de la gloria de hijos de

(1) San Ciril. Alex. *De recta fide, ad Regin.*, cap. 7.
(2) Stus. Thomas, *in ep. Coros.* I, 24, *lect.* VI.
(3) Sabiduría, IX, 15.

Biblioteca Nacional de España

»Dios. Porque sabemos que toda criatura gime, y está como »de parto, esperando ser redimida de su cuerpo (1).» Estos gemidos ¿no habian de haber obtenido algun consuelo? ¿No habria llegado á aquellos mundos el *gran gozo* de la venida del Salvador? Las razas inocentes no habian de ser de peor condicion que las culpables, tanto mas cuando estas no solo habian sido perdonadas, sino que ademas habian adquirido una nobleza altísima al ser rescatadas por un precio infinito, y elevadas por la gracia al órden sobrenatural.

Esta es otra razon que nos persuade la influencia de la redencion en todas las razas planetarias; que todas, culpables ó no, necesitaban ser elevadas al órden sobrenatural de la gracia, para poder conseguir su último fin, la vision de Dios. «Siendo la vida eterna, dice Santo Tomás, un fin que excede la capacidad y proporcion de la naturaleza creada, es necesario que esta sea dirigida á él por el mismo Dios, que es autor de la naturaleza, del fin supremo á que es ordenada y de los medios para conseguirla.» Jesucristo encarnó para restablecer este órden, y toda gracia viene por él. Por consiguiente todos los que sean llamados á la vision beatífica, ángeles, celícolas ú hombres, necesariamente deben ser elevados á ese órden, y por lo tanto tienen parte en los frutos de la redencion.

Este argumento es de gran peso, porque se apoya en una doctrina segura y universalmente admitida. «¿Quién es tan visoño en el polvo teológico, dice muy á propósito el sabio P. Tomasino, que no tenga sabido que para llegar, para alcanzar su bien final una naturaleza, es necesario que refluya al manantial de donde proviene, y que refluya por el mismo camino que fluyó? Ahora bien, como todas las naturalezas intelectuales han provenido de Dios Padre por el Verbo, es necesario que por el mismo Verbo vuelvan á

(1) A los Romanos, VIII, 19, 22.

Biblioteca Nacional de España

subir á él; como el Verbo es el camino por el cual descendieron de su orígen y principio, ha de ser tambien el camino por donde deben volver. Como es el Mediador por el cual el Padre descendió, se comunicó á ellas, ha de ser el Mediador por el cual hayan de elevarse hasta el Padre; como es el canal por donde se derraman los beneficios del Padre para criarlas y enriquecerlas con dotes de inteligencia y virtud, ha de ser tambien el canal por donde la piedad y adoracion de las mismas llegue á su liberalísimo bienhechor. Luego llámese Pontífice ó Mediador, no hay otro para las criaturas racionales, sea en estado de inocencia, sea despues de su caida, sea para criarlas, sea para renovarlas, sea para purificarlas, sea para beatificarlas; no hay otro, repito, sino el Verbo que puede llevar todas las criaturas al Padre (1).»

Pero aquí nace una dificultad. Para que los mundos pudieran aprovecharse de los beneficios de la redencion, esta debió serles conocida, y ¿cómo puede ser, si ni aun sospechan la existencia de nuestro insignificante planeta? ¿Y quién puede asegurar que se les reveló?—Dada la existencia de los habitantes de otros mundos, necesitaban, segun hemos dicho, esa revelacion, y esto nos basta para inferir que Dios se la hizo. Podemos fundar nuestras conjeturas en muchos testimonios de los Libros santos: *Dios produce la concordia en sus excelsos. ¿Acaso tienen número sus ejércitos? ¿Y sobre quién no nacerá su luz?* (2). Esa concordia, esa pacificacion parece que se atribuye á los innumerables soldados que sirven á Dios, y á la luz que le anuncia. Esta *luz* es el Salvador, que vino á iluminar al mundo. El Salvador es como una *lámpara encendida*, que contemplarán todas las gentes, dice Isaías. *El Señor dará á conocer su*

(1) Thomasino, *Theolog. dogm.* Tract. de *Incarnatione*, lib. II, cap. II, núm. 7.
(2) Job. XXV, 3.

Biblioteca Nacional de España

Salvador, y revelará su justicia en presencia de las gentes, dice David. *Jesucristo*, dice el Apóstol, *fue ofrecido una sola vez para destruir los pecados de muchos, y despues sin pecado aparecerá á todos los que le esperan, para salvarlos*. Por último, sabemos que Dios ensalzó á su hijo, *dándole un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los celestes, de los terrestres y de los inferiores, y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre* (1). Podemos, pues, creer, que el Salvador no es desconocido en ninguno de los globos, sea en aquellos que estaban *sentados en tinieblas y sombras de muerte*, á los que venia á iluminar, sea en aquellos que *se regocijaban en sus vigilias*, glorificando á Dios.

Reasumiendo pues lo que hemos dicho, contestamos á la dificultad propuesta por Mr. Flammarion. Aquellas humanidades de los astros, si no pecaron, no tuvieron necesidad de ser redimidos del pecado como la Tierra, pero necesitaron ser elevadas al órden sobrenatural. Si pecaron, no fue necesario que la Encarnacion se repitiese en cada uno de los mundos, pues bastó para redimirlos el sacrificio infinito en el Calvario. En uno y otro caso la redencion aprovechó á los mundos inocentes y á los mundos pecadores. Era indiferente que esta obra maravillosa se realizase en cualquiera de los globos, para estender sus efectos á los demás. Si se realizó en la tierra, á pesar de su pequeñez, fue, ó porque el hombre la necesitaba mas, por el esceso de su mal, ó porque la condicion del hombre relegado á los últimos límites de la creacion intelectual, exigia que el restaurador universal descendiese hasta él, para abrazarle en su accion reparadora; ó porque el Hijo de Dios quiso destruir la raíz de todo pecado, la soberbia, por medio de la virtud opuesta, la humildad.

(1) Isai. LXII, 9.—Salmo, 97, 2.—Hebreos, IX, 28.—Filipenses, II, 10.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XV.

Las humanidades de otros mundos. — Su naturaleza, su organizacion, su estado social. — ¿Son hermanas nuestras? — Qué tenemos de comun con ellas.

Podemos pues creer que los cuerpos celestes no son estensiones vacías sin vida y sin animacion, no son palacios deshabitados, no son templos sin adoradores. La vida en sus variadas manifestaciones ha reinado en ellos en lo pasado, ó reina al presente, ó reinará en el porvenir. Tal vez algunos, habiendo cumplido su destino las familias que los pueblan, ruedan solitarios, semejantes á casas ruinosas ó tierras desoladas en donde han perecido sus moradores, esperando acaso nuevas trasformaciones y nuevas razas. Otros han llegado al apogeo de una vida lozana y vigorosa, multiplicada bajo diversísimas formas, y reina en ellos la civilizacion mas floreciente. Otros se hallan en decadencia, siendo en ellos cada vez mas difíciles las condiciones de habitabilidad. Otros en fin, sometidos actualmente á terribles revoluciones geológicas, están preparándose para recibir á su rey, á la criatura racional. La observacion telescópica nos permite creer que hay mundos de diversas edades, que unos mueren y otros nacen, unos han sido destruidos y sus restos vagan por el espacio, habiendo algunos fragmentos llegado hasta nosotros apresados por la

Biblioteca Nacional de España

atraccion de nuestro planeta, y otros se hallan en via de formacion. La materia no descansa, sus trasformaciones no cesan, lo mismo en el átomo orgánico que en los astros mas colosales. La vida no es otra cosa que el flujo y reflujo universal.

Cuando nos persuadimos de la habitacion de los mundos, vuela nuestra imginacion á sus radiantes esferas, y nos esforzamos en adivinar la naturaleza de sus desconocidos moradores. Desgraciadamente nada podemos saber con certeza, ni tenemos medios para ello. No por eso seguiremos el ejemplo de muchos, que dejándose llevar de los caprichos de una imaginacion mas lozana que erudita, han poblado los mundos de creaciones tan fantásticas como inverosímiles, en parte sueños, y en parte delirios. Tales utopias son puramente arbitrarias, sin ningun fundamento racional. No nos detendremos en la esposicion de tales desvaríos, por curiosos y pintorescos que sean, pues á nada conducen, y nos limitaremos estrictamente á las conjeturas aceptables que nos permiten formar los datos científicos y la induccion filosófica. No será del todo estéril este capítulo, pues servirá para resolver muchas dificultades que se oponen á la habitacion de los mundos.

Además de los que han poblado á los mundos de séres quiméricos, hijos solo de su fantasía, hay dos opiniones enteramente opuestas, que les dan por habitantes, una los séres mas superiores, otra los mas inferiores, entre las criaturas vivientes: la primera, seguida por algunos sabios ilustres, tales como D'Mirville, Humphry David, y Lamartine los suponen poblados por los *ángeles*, la segunda, que cuenta menos y oscuros partidarios, supone que son la morada de las *almas de los brutos*.

«Mi creencia, dice el ilustre Sir Humphry David, es que toda teoría metafísica sobre la marcha general del uni-

Biblioteca Nacional de España

verso debe ante todo tomar por base *la fe cristiana*..... Si este pequeño globo que habitamos ha sido modificado en su valor intelectual por sus habitantes activos y poderosos, me inclino á creer que en los otros mundos y otros sistemas planetarios, séres dotados de una naturaleza superior han obrado de una manera mas admirable bajo la influencia de la voluntad divina. La Escritura nos enseña que existen inteligencias de una naturaleza mas elevada que la del hombre. No puedo dejar de suponer que esos genios ó serafines pueden ejercer sobre la naturaleza una accion poderosa, análoga á las que he creido ver, por ejemplo, en la esfera de Saturno, cuyos habitantes parece que dirigen la meteorología de su mundo.—Segun las observaciones astronómicas es cierto que ocurren grandes cambios en el sistema de las estrellas fijas. Sir William Herschel creia haber descubierto con su telescopio nebulosas, que no son mas que materia cósmica luminosa en via de formar soles. Los astrónomos piensan que algunas estrellas se han apagado, pero es mas que probable que hayan desaparecido por consecuencia de movimientos particulares. Yo acabo sin duda de espresar una idea mas poética que sábia, y sin embargo no puedo renunciar á la opinion de que las inteligencias angélicas habitan estos sistemas, que espíritus superiores residen en aquellos universos lejanos, y que pueden ser los instrumentos intelectuales de la IDEA INFINITA para efectuar en aquellas alturas cambios semejantes á los que tienen lugar sobre la Tierra (1).»

«Cuando me abandoné á mis ilusiones sobre aquellos *gigantes de llamas*, añade Lamartine, los contemplé verosímilmente animados por la inteligencia y el amor. ¡Esto es hecho! esclamé, he hallado mi poema; y no era *solamente*

(1) *Les derniers jours d'un philosophe*, traduccion de M. Flammarion, dial. VI. *Le Temps*.

Biblioteca Nacional de España

un poema lo que yo creí hallar, sino creacion, teogonía, historia: la de miriadas de espíritus invisibles pero evidentes que llenan el vacío entre Dios y la nada, que pululan en sus rayos, y que son, yo no lo dudo, tan numerosos como los átomos que se nos aparecen flotando en un rayo de sol... yo creo comprenderlo todo á la vez (1).»

«Pero el genio moderno, esclama Mr. Mirville despues de espresar la misma opinion, solo responde á esto con la sonrisa ó con la indignacion. «No queremos pluralidad de mundos á ese precio,» dicen: y lo estamos viendo todos los dias, cuando apoyados en un principio admitido, tratamos de estender por este lado la teoría de lo infinito, proclamada en todas las otras cosas; cuando intentamos desarrollar en este sentido la *escala de los séres*, que á cada paso se nos afirma sin principio y sin fin. Al punto los defensores de las leyes de continuidad, las estrechan y las violan, rompen la escala y declaran audazmente que entre las criaturas organizadas y «la gran causa inteligente y misteriosa,» que aun se dignan admitir, no son posibles otras criaturas. Esto indigna por su falta de lógica, pero es frecuente, y seria fácil señalar su causa.»

Con perdon de esos ilustres sabios, esta opinion nos parece mas brillante que sólida. Los ángeles como sustancias puramente espirituales é incorpóreas, no necesitan estar en un lugar material, como en su residencia ordinaria. Ellos están en Dios, que segun la bella espresion de Malebranche es el lugar de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos. Ellos siendo inextensos, no pueden ocupar determinadas partes de la extension, á no destruir su naturaleza simple é inmaterial. Se dice que están en algun lugar en cuanto que son sustancias finitas que no pueden hallarse simultáneamente en todas partes, y tambien en

(1) *Entretiens*, ent. XVIII, p. 161.

Biblioteca Nacional de España

cuanto que manifiestan su presencia en algun lugar por medio de su operacion. En este sentido se dice que las cosas materiales están en su lugar, *existiendo*, y los ángeles están en el suyo, *operando*. Pero aun asi se hallan en el lugar *deffinitive*, como dicen los escolásticos, que es el modo de sér propio de los espíritus, no *circumscriptive*, que es el modo de estar propio de los cuerpos. Los ángeles vuelan por todas las esferas, atraviesan todos los espacios, recorren todos los astros con una rapidez incomparablemente mayor que la de la luz. Por lo tanto los ángeles que hay en los mundos, no están allí como en su morada habitual, y menos siendo sus únicos habitantes, sino como están en la Tierra, á saber, *espíritus administradores enviados para ministerio en favor de aquellos que han de recibir la herencia de salud* (1). De la misma manera, nosotros cuando estemos glorificados, volaremos de planeta en planeta, de estrella en estrella, de sol en sol. Localizar á un ángel á un globo dado, seria en cierto modo constituirle en prision; seria limitar su actividad, é impedir sus operaciones, seria violentar su condicion natural. Prescindimos de que los ángeles no son viadores, están ya en su término, y gozan la vision beatífica de Dios. Por último parece regular que los mundos materiales estén habitados por séres, inteligentes sí, pero organizados. Entre los ángeles y el hombre cabe un número indefinido de especies de criaturas racionales, y es de creer que Dios, para manifestacion de su gloria, ha producido tanta diversidad específica de criaturas inteligentes, como de astros materiales. Como demuestra Suarez siguiendo á Santo Tomás, la distincion y el órden de especies conspiran á la perfeccion del mundo y hacen mas ostensibles la sabiduría y el poder de Dios.

(1) Hebreos 1, 14.

Biblioteca Nacional de España

Si los espíritus angélicos son innumerables, y la distincion de sus especies contribuye á la mayor ostentacion de los atributos divinos, ¿por qué no contribuirá igualmente la multitud y variedad de especies de criaturas racionales que pueblan el inmenso mundo visible?—Nos ha parecido conveniente impugnar esa opinion por evitar que algunos se dejen seducir por su aparente especiosidad, pues nos llevaria de consecuencia en consecuencia á tener que negar muchos puntos de la doctrina sobre los ángeles, que admiten todos los teólogos.

La segunda opinion que hace á los astros morada de las *almas de las bestias*, á pesar de la agudeza de su autor, el ingenioso y sutil Guevara, creemos que no necesita refutacion. Los que conocen la estension de los cielos, el número é importancia de los astros que los alumbran, y las razones que hemos dado en favor de su habitacion, nos parece que no quedarán satisfechos con asignarles tan pobres colonos.

Debemos creer que las colonias planetarias se componen de criaturas inteligentes unidas á un organismo material, cualquiera que sea, que las pone en comunicacion directa con el mundo esterior. Su naturaleza análoga en cierto modo á la nuestra, en cuanto á ser un compuesto de dos sustancias, espiritual y corpórea, es enteramente distinta en cuanto á la forma y cualidades accidentales, segun la índole de su propio mundo. Tal vez en algunos mundos no se conoce la muerte, como hubiera sucedido á nuestros primeros padres si no hubieran pecado, y aquellos afortunados habitantes no son inmortales á medias como el hombre, sino en su totalidad, sin sentir la necesidad de la separacion del cuerpo y su miserable corrupcion. Pero en todo caso aquellas criaturas son inteligentes, y como tales libres, responsables é inmortales. Son por lo tanto séres

Biblioteca Nacional de España

perfectibles y progresivos en su inteligencia y en su voluntad: con la inteligencia cultivan la ciencia, con la voluntad el bien y la virtud.

Intentar formarnos una idea de sus organismos, seria golpear en el vacío, pues el hombre no tiene ningun medio de conocerlos, ni puede abrigar la esperanza de conocerlos jamás, hasta la otra vida. Solo podemos creer que están organizados del modo mas conforme á las condiciones de su mundo, para cumplir en él individual y colectivamente sus destinos temporales y conseguir su último fin. En la infinita série de las mansiones estelarias no hay una probablemente cuyos habitantes sean iguales á los de otra y menos á los que conocemos sobre la tierra. «Si no existen, dice Bonald, dos hojas, dos orugas, dos hombres semejantes, ¿qué sucederá con dos planetas, dos torbellinos planetarios, dos sistemas solares? Cada globo tiene su economía particular, sus leyes, sus producciones. Quizá haya mundos tan imperfectos, relativamente al nuestro, que solo tengan séres de las clases inferiores. Otros mundos, por el contrario, pueden ser tan perfectos que no haya en ellos mas que séres correspondientes á las clases superiores. En estos últimos mundos, las rocas están organizadas, las plantas sienten, los animales razonan, los hombres son ángeles (1).»

Las analogías que nos llevan á admitir la pluralidad de mundos, nos obligan del mismo modo á suponer la diversidad de los séres que los habitan. La astronomía nos enseña que las condiciones de habitabilidad de un mundo difieren notablemente de las de otro. Asi por ejemplo, el hombre, tal como está constituido, no podria vivir sobre Mercurio, en donde hace un calor mayor que el del agua

(1) *Contemplacion de la naturaleza*, cap. V.

Biblioteca Nacional de España

en ebullicion y casi igual al del hierro candente, y tampoco podria vivir sobre Urano, en donde el calor es trescientas sesenta veces monor que á la superficie terrestre. Mucho menos los habitantes de esos planetas podrian vivir respectivamente los del uno en el otro. Pero esto prueba que la organizacion de ellos está dispuesta de manera que viven perfectamente en su centro que para otros sería mortal.

«Debe suponerse, escribe el erudito P. Feijoó, cuyo claro ingenio abrazó todos los conocimientos de su época, que asi hombres como brutos y plantas deben ser de muy distinto temperamento de el de las mismas clases de vivientes que hay en la Tierra. No hay motivo para pensar, que el planeta que mas analogía tiene con el globo terráqueo, no se distingue de él bastantemente: y á propósito de la mayor ó menor diversidad de los astros, respecto de nuestro globo, es preciso que los habitadores de ellos sean en temperamento y cualidades, mas ó menos diversos de los que hay acá. Pongo por ejemplo: segun la analogía del planeta Marte con el globo terráqueo, acaso pudieran habitar aquel planeta vivientes no muy diversos de los nuestros. Los que hayan de habitar la Luna, la cual carece de atmósfera sensible, ya es preciso que se diferencien mas; y si queremos estendernos á hacer habitables el Sol y las estrellas fijas, es consiguiente que sea mucho mas diverso el temperamento de sus habitadores. ¿Pero no hay repugnancia en que el Sol sea habitado? Yo no la hallo. Convengo en que este astro no es solo virtualmente caliente, como quieren los peripatéticos, sino formal y extremadamente ardiente, con grande esceso al fuego elemental. Con todo, ¿por qué no podia Dios criar vivientes, cuyo temperamento tolere, y aun se halle como en su elemento propio en ese océano de fuego? Son sumamente injuriosos

Biblioteca Nacional de España

á la Omnipotencia, los que ciñen su actividad á la estrechez de sus esperimentales ideas. Concedo que no hay animal alguno de cuantos los hombres conocen capaz de vivir y conservarse en el fuego. Pero ¿en qué razon ó discurso cabe medir la posibilidad por la existencia, ó lo que Dios pudo hacer por lo que hizo (1)?»

«Aunque nosotros, dice en otro lugar, no conozcamos otras criaturas compuestas de cuerpo y espíritu que las de la especie humana, no se puede sin temeridad pensar que en los senos de la posibilidad no las haya, ó lo que es lo mismo, que Dios no pueda producirlas. Si no viésemos en el mundo mas que una especie de brutos, creerían muchos que ni entre los posibles habia otra: y no veo mas repugnancia en que haya muchas especies de animales intelectuales, que en que haya muchas de animales brutos. Hagamos otro paralelo. Si no nos constase ni por revelacion ni por tradicion, mas que la existencia de una especie angélica, creerian muchos, que ni entre los posibles habia mas que una especie de espíritus puros: y solo sabemos que hay muchas posibles, porque sabemos que hay muchas existentes. Preguntaré yo, ¿qué mas repugnancia se encuentra en que haya muchas especies de espíritus no puros ó espíritus informativos de cuerpos orgánicos, que en que haya muchas de espíritus puros?—Supuesta la posibilidad de animales intelectuales de otra especie, los pobladores de otros mundos no pueden ser de nuestra especie, sino de otras diversas... Es, pues, forzoso, que los habitadores de los cuerpos Planetarios tengan unos cuerpos de diversísima temperie y organizacion que los nuestros; á cuya diversidad específica de organizacion y temperie corresponden tambien, segun buena filosofía, almas informantes de diversa especie. Diversa organizacion específica pide

(1) *Teatro crítico*, tom. VIII, disc. VII.

Biblioteca Nacional de España

diversa forma informante, por cuya razon la organizacion específica de un bruto, no solo no es capaz de ser informada del alma racional, mas ni aun de la alma sensitiva de otro bruto de distinta especie.—De este sistema es dependencia consiguiente, que los habitadores de los planetas sean no solo de diversa especie que la humana, mas tambien de diversidad específica recíprocamente entre sí mismos los que habitan diversos globos, pues los mismos globos son en constitucion y temperie, no solo diversos de de nuestro globo, mas tambien recíprocamente entre sí mismos (1).»

El sábio benedictino se adelantó al conocimiento de la ley fisiológica establecida por las observaciones posteriores, á saber, que todos los vivientes poseen una organizacion acomodada á los centros en que viven, y que los diversos centros modifican al cabo de algunas generaciones el organismo de los seres trasladados á ellos. Aunque es cierto que todos los séres del reino animal forman una cadena cuyos anillos van á parar por gradaciones insensibles hasta el hombre, que es su coronamiento, no es menos cierto que los diversos grados se diferencian radicalmente segun la diversidad de los centros, de las influencias, de las sustancias asimiladas, de los climas, de las densidades, etc., en relacion á sus condiciones de existencia. Las aves que han de cruzar los vientos están organizadas de diferente modo que los peces que deben vivir en las profundidades de las aguas, y estos de diferente modo que los mamíferos, y el elemento de los unos seria mortal para los otros. La misma especie humana, cuya unidad es indiscutible, presenta variedades notables de color, de forma, de constitucion, de caractéres, segun los climas y las regiones que habitan sus diversas razas, que descendiendo todas de un tipo primiti-

(1) *Cartas eruditas*, tom. II, carta 26.

Biblioteca Nacional de España

vo, han sido modificadas por la influencia de los respectivos centros, en donde nacen y mueren. Sin razon por lo tanto se niega la habitacion de los astros, porque ni el hombre, ni ningun animal de la tierra podria vivir en ellos, y seria mas lógico inferir que la sábia mano que ha distribuido la vida sobre nuestro mundo y la ha organizado segun los lugares y los tiempos, sin que ningun elemento haya sido obstáculo á su poderoso desarrollo, ha producido en cada mundo una variedad infinita de organizaciones segun sus condiciones biológicas.

«Sobre la Tierra, en los fósiles del mundo primitivo, en los terrenos antediluvianos, en el asperon cretáceo de las formaciones geológicas, en una gota de agua, en una hoja del prado tenemos animales microscópicos: ahí hallamos una cantidad innumerable, indeterminada, de formas, de figuras variadas, de seres diversos cuyos modos de existir nos abren un campo ilimitado. No bastarian millones y millones para contar la variedad de formas que reviste la animalidad terrestre, desde el pólipo que marca la línea divisoria del mineral y del vegetal, hasta las libélulas de las aguas cuyo límpido dominio es el aire. ¿De qué infinita diversidad no es fuente nuestra morada? Si solo fuerzas inherentes á nuestro modesto globo han producido semejante série de existencias ¿qué será si consideramos tantos mundos estraños al nuestro, en donde tantos elementos desconocidos estuvieron en accion desde el orígen de las edades? Vida vegetal, vida animal, vida humana, se pueden producir bajo sistemas completamente estraños á los que conocemos: estraños por sus funciones y consiguientemente por sus órganos, estraños por su modo de existencia interna lo mismo que por su aspecto esterior (1).»

La inteligencia divina, tan pródiga en la tierra de di-

(1) *Los mundos imaginarios*; I parte, cap. XII.

Biblioteca Nacional de España

versidad de producciones animales y vegetales, no ha agotado aqui los tipos y las formas de los séres, y creemos que de mundo en mundo ha multiplicado en combinaciones tan inconcebibles para nosotros como maravillosas en sí mismas, otra série innumerable de nuevas creaciones. La fantasía del hombre ha sabido concebir séres nuevos y estraños, hijos de su capricho y en nada parecidos á los que conocemos, con los cuales ha poblado las vidrieras de colores, las cornisas y los coros de nuestras catedrales, ¿cuánto mas la Sabiduría eterna tiene en sus tesoros criaturas deconocidas que ha realizado en los diversos mundos, como nos anuncian estos con su misma diversidad?

La fantasía mas lozana en sus esfuerzos mas ingeniosos no puede ni aun llegar á sospechar lo que será la vida en aquellas vastas mansiones, en donde la realidad sobrepuja á las mas brillantes quimeras. ¡Qué nuevas y magníficas creaciones ostentan aquellos mundos alumbrados por soles múltiples de varios colores! Hay mundos iluminados por un sol azul oscuro y otro rojo escarlata, como en la constelacion de Perseo, del Dragon y de Tauro: hay otros, como en la constelacion de Andrómeda, que tienen un gran sol central anaranjado, y otro mas pequeño que gravita en torno suyo, de color verde esmeralda. En Hércules, en la cabellera de Berenice, en Casiopea etc., hay soles rojos y verdes: en la Serpiente, en Ofiuco, en Andrómeda reciben los cuerpos planetarios la luz de dos soles que tienen toda la sucesion de colores que precede al azul: otros solo poseen soles rojos, como el sistema γ del Leon, y otros grupos por último son alumbrados por un sol amarillo y otro azul, como se ve entre otros muchos, en Cáncer, la Ballena, y Eridan. ¿Quién puede imaginar la diversidad de séres que suponen esos mundos apartados? ¿Cuál es la influencia de la naturaleza exterior sobre el organismo vital de los séres,

Biblioteca Nacional de España

sobre su forma, sobre su modo de existencia? ¿Qué inmensa variedad debe originar en la física y en la economía fisiológica de los sistemas que pertenecen á aquellos astros maravillosos? ¿A cuántas variaciones de calor, de magnetismo, de electricidad, de fuerzas desconocidas no dan lugar aquellas ricas y esplendorosas creaciones? Mil y mil formas, imágenes, tipos, combinaciones acuden en tropel á nuestra fantasía, como las vagas visiones de algun ensueño deslumbrador, y sin embargo estamos convencidos que todo lo que imaginemos será siempre inferior á la realidad.

En aquellos mundos superiores viven criaturas en alto grado superiores al hombre terrestre. Revestidos de una materia ligera y sutil, no encuentran en ella un perpetuo enemigo que les impide sus operaciones y turba sus facultades intelectuales, sino un auxiliar dócil para el desarrollo de su actividad. Tal vez las necesidades físicas no los atormentan como á nosotros, el sueño no los rinde, el hambre no los desfallece, la sed no los acosa, la concupiscencia no los domina: y si necesitan reparar sus fuerzas gastadas por el trabajo, que es la ley de la perfeccion, no tendrán necesidad de vivir matando, como en nuestro planeta; sus habitantes no se verán en la dura necesidad de conservar su vida á costa de la vida de los demás. Por otra parte hay en nuestra naturaleza muchas cosas que nos degradan, unas que son un crímen, otras una miseria, todas una vergüenza; y á pesar de ser comunes y ordinarias en todos los hombres, ninguno se atreve á hacerlas en público. No creemos que todos los mundos estén sometidos á esta triste condicion.

Es probable tambien que algunos estén dotados de nuevos sentidos, mas numerosos, mas perfectos, y mas fieles que los nuestros. «¿Hay imposibilidad intrinseca, pregunta nuestro inmortal Balmes, que se oponga á una organiza-

Biblioteca Nacional de España

cion diferente de la que poseemos, y por lo mismo, á un género y órden de sensaciones totalmente diverso del que experimentamos? Parece que no; y si esta imposibilidad existe, el hombre no la conoce.... Si el sordo que no tiene idea de los sonidos, el ciego que no sabe lo que son colores, procederian muy mal negando la posibilidad de las sensaciones de que ellos carecen, no discurríriamos con mas acierto nosotros afirmando que no es posible un órden de sensaciones diferente del que tenemos. Si es posible un órden de sensaciones enteramente nuevo, no envuelve ninguna contradiccion un animal dotado de un sexto ó septimo sentido; la imaginacion no alcanza lo que serian las nuevas sensaciones, pero la razon no ve en ellas ninguna imposibilidad» (1). El hombre terrestre por la debilidad de sus sentidos y la limitacion de sus órganos, vive en la ignorancia mas completa de lo que pasa á su alrededor. Hay sonidos que el oido humano no puede apreciar y rayos luminosos que no puede percibir nuestra vista. En el sonido solo sentimos las vibraciones desde *diez y seis* hasta *treinta y seis mil* por segundo. En los colores solo vemos los del extremo rojo al estremo violeta. Las ondulaciones del rojo son las mas lentas, *cuatrocientos cincuenta y ocho millones* por segundo, y las del violeta las mas rápidas, *setecientos veinte millones*. Mas allá de estos límites ni nuestros oidos oyen, ni nuestros ojos ven, y sin embargo la inmensa série de rayos de luz que se nos escapan son los que mas obran en la naturaleza, los del *infra-rojo* por el calor, los del *ultra-violeta* por la accion química. Estas y otras muchas cosas que nos pasan desapercibidas deben tener sin embargo sus admiradores. Y bien ¿en la inmensa estension de los espacios no habrá criaturas cuyos sentidos estén en relacion con esas maravillas? ¿Entre todos los astros de la creacion,

(1) *Filosofía fundamental*, libro II, cap. XVI.

Biblioteca Nacional de España

no es de suponer que habrá muchos, cuyos habitantes sean de organizacion tan delicada, que puedan apreciar todos los fenómenos de su mundo?

Cuando nos representamos lo que serán las sociedades de aquellos mundos afortunados, cuando en alas de la imaginacion nos trasladamos á aquellas pacíficas naciones, donde reina la inteligencia y la cultura, quisiéramos hallar medios de comunicar con ellos, de preguntarles si son efectivamente tan dichosos como nosotros creemos. Espontáneamente acude á nuestros labios aquel sublime apóstrofe que les dirige Young, que no es indigno de un poema épico: «Quiero elevarme de esfera en esfera, y recorrer la radiante escala que la noche me presenta. No titubeo mas; me entrego á la imaginacion. Arrebatado sobre sus alas de fuego, me lanzo de la Tierra como desde mi barra. ¡Oh! como veo alejarse su globo y decrecer á mi vista! ¡Con qué velocidad me siento subir! He rebasado el astro de la noche; toco al velo azul de los cielos. Ya pasé, ya penetré en los lejanos espacios. Aquí es donde alcanza el ojo inteligente del astrónomo, aquí es donde se limita su vista prolongada por el maravilloso tubo. En cada planeta que encuentro sobre mi camino, me detengo, le pregunto sobre Aquel que hace brillar y girar su orbe. Desde el vasto anillo de Saturno, donde muchas tierras como la nuestra se perdieran me elevo y sigo audazmente el vuelo atrevido del cometa. Llego con él en medio de esos soles soberanos, que brillan con una luz independiente, almas de los mundos, por los cuales todo vive y respira. ¿Qué veo aquí? Un espacio sin límites sembrado de inflamadas fuentes; de globos mas vastos que los nuestros, girando en mas elevados círculos. Avancemos mas allá; apenas ha empezado mi carrera. Esto sin duda no es mas que el pórtico del palacio del Eterno... ¡Qué error el mio! El Eterno está mucho mas alto; sigo su-

BIBLIOTECA NACIONAL

Biblioteca Nacional de España

sabiendo. Cuanto mas avanzo hácia él, mas se aleja de mí.«

«¿En dónde estoy? ¿Dónde está la tierra? ¿Sol, dónde estás? ¡Qué estrecho es el círculo donde viajas! Estoy aquí erguido sobre la cumbre de la naturaleza. Mis miradas dominan su recinto. ¡Cuántos millares de cielos y de mundos veo rodar bajo mis pies, como granos de brillantes! Llegado tan lejos y á regiones tan nuevas para mí, ¿cómo pudiera no tener curiosidad por saber quienes son los habitantes de estos climas tan diferentes de la Tierra? Jamás ningun mortal abordó vivo aquí.»

«¡Oh! vosotros situados tan lejos de mi mezquina morada, á una distancia que los mas rápidos rayos de mi sol no podrian atravesar en un siglo, estoy errante lejos de mi patria. Busco nuevas maravillas á la admiracion del hombre. ¿Cuál es el nombre de esta comarca del dominio inmenso del Señor á quien todo obedece? Habitantes de la mansion de la felicidad ¿sois mortales ó dioses? ¿Sois una colonia venida de los cielos? Cualquiera que sea vuestra naturaleza, debeis vivir otra vida, hablar otro lenguaje, tener muy diferentes ideas que el hombre. ¡Cuánta variedad en las obras de nuestro Criador! ...Mas decidme, ¿de qué naturaleza son vuestros pensamientos? ¿La razon está aquí entronizada? ¿Reina soberanamente sobre los sentidos ó se sublevan contra ella? Cuando su antorcha se apaga, ¿teneis otra segunda cuya luz os guia? ¿Vuestros venturosos reinos gozan aun de su edad de oro? ¿Han conservado su inocencia vuestros primeros padres? ¿Os es fácil y natural la virtud? ¿Es esta vuestra última morada? ¿Sois trasladados vivos, ú os precisa morir si teneis que variarla? ¿De qué especie es vuestra muerte? ¿Conoceis el dolor y la enfermedad? ¿Os es conocido el azote horrendo de la guerra? En el instante en que os hablo, una guerra fatal despedaza á la afligida Eu-

Biblioteca Nacional de España

ropa; asi llamamos á un pequeño rincon del universo donde se agitan reyes insensatos. En el mundo en que he nacido, no se espera que venga la muerte á consecuencia de los años; la intemperancia acelera la obra de la vejez. La muerte se ha juzgado demasiado lenta para destruirnos, ha depuesto su carcaj, ha suspendido sus guadañas, y encomendado á los reyes mantener en lugar suyo una continúa carnicería de la especie humana. La ambicion de estos le sirve mejor que su cuchilla. ¿Creereis que se han visto algunos, que han hecho degollar á su rebaño despues de haberlo despojado, y que han bebido en un banquete la sangre de muchos millares de súbditos?»

«¡Oh! habitantes de esos mundos lejanos, respondedme: ¿están sentados sobre tronos los que os envian á morir? ¿Crea dioses entre vosotros el furor de la destruccion? ¿Encuentran ahí gloria los conquistadores derramando vuestra sangre? Mas, quizá estais exentos de la muerte y el dolor; quizá un éter puro y sutil compone vuestro ser privilegiado. Libres de la pesadez y de la corrupcion, os elevais sin duda, os cerneis á placer en el espacio. ¿Cuán diferente es vuestra suerte de la de nuestra humanidad! Tristes esclavos de un limo vil y grosero que mata al alma, somos un todo compuesto de dos partes que no pueden avenirse y que se hacen una guerra eterna. Pero vosotros no teneis ninguna idea del hombre ni de la Tierra, (este es el nombre de un hospital que encierra á los locos del universo.) La razon misma es allí insensata, y muchas veces hace el papel de locura. ¡Qué estraño os debe parecer este relato! ¿No habeis oido nunca hablar de la existencia de este género humano? ¿El carro inflamado de Enoch y de Elias no ha pasado cerca de esos lugares? ¿El ángel de las tinieblas, al caer de los cielos, no ha manchado la pureza de vuestro éter? ¿No ha eclipsado por algunos instantes vuestro globo

Biblioteca Nacional de España

con el paso de su inmensa sombra (1)?..» ¿Qué puede añadirse á tan elevados pensamientos? ¿No es ciertamente muy racional creer que habrá mundos en esa venturosa edad de oro? Sí, nuestro estado social, asi como las condiciones de nuestro globo, revelan que la tierra es un mundo inferior, y que debe haber otros muchos exentos de sus miserias.

Nuestro espíritu se engrandece vislumbrando la riqueza de los dominios que nos están reservados. Por mas estraños que seamos en la actualidad á aquellos mundos, creemos que sus habitantes son hermanos nuestros, á quienes algun dia conoceremos. Ciertamente no descienden de Adam, no tienen nuestra organizacion, nuestra forma, nuestros sentidos, pero son hijos de Dios, tienen una alma

(1) Young. *Noches.*—«Si me equivoco, prosigue, multiplicando los universos, mi error es sublime. Se apoya sobre una verdad, tiene por base la idea de la grandeza de Dios. ¿Y quién me demostrará que es un error? ¿Quién osará señalar límites á la Omnipotencia? Asi crea un mundo, como crea un átomo. Diga *¡Sean!* y nacerán millares de mundos. No condenes mi entusiasmo, oh frio censor, déjame estas ideas que me engrandecen y me inflaman. Mi imaginacion no puede hundirse en el mudo y desierto imperio de la nada, sin esperimentar un sentimiento de horror; desea aniquilarlo estendiendo los límites del ser; cree aumentar asi la gloria del Criador.

»La esperiencia misma viene en apoyo de mi conjetura. Desde lo infinitamente pequeño hasta lo infinitamente grande, los dos términos de la creacion se corresponden y se equilibran mutuamente; el pensamiento no debe temer descender demasiado hácia la estrema pequeñez, ni elevarse demasiado hácia la estrema grandeza. Siempre el error está en la cortedad, y nunca en el esceso ¿Qué efecto pudiera parecer demasiado grande cuando se piensa en la causa? ¡Admirable Arquitecto! Mi alma puede descender ó elevarse á su voluntad en la inmensidad de tu idea, sin separarse jamás del centro. *Yo soy*, es tu nombre. Toda existencia te pertenece. La creacion no es aun mas que una nada; no es mas que un velo flotando ante Tí, como flota ante el astro la atmósfera ligera.

»Sabios de la tierra, observadores de la naturaleza, genios superiores que volais sobre las huellas de Newton, ¿habeis descubierto á Aquel que se á la cumbre de la creacion hundida en las profundidades de un abismo? ¿Habeis encontrado el orbe del gran Ser, del Sol universal que atrae á sí á todos los seres? ¿Habeis reconocido á los satélites que le rodean, las estrellas de la mañana que asisten á su despertar y forman su córte? No es la ciencia; la religion es la que me guiará hasta El; el amor humilde penetra donde la soberbia razon no puede alcanzar... Cada uno de esos astros es un templo donde Dios recibe el homenaje que le es debido. He visto humear sus altares; he visto elevarse el incienso hácia su trono; he oido resonar las esferas con los conciertos de su alabanza. Nada hay profano en el universo. La naturaleza toda entera es un lugar consagrado.»—Este modo de considerar la naturaleza es magnífico. No habrá lector que, al leer este inspirado pasaje, no sienta rebosar en su pecho el entusiasmo.

Biblioteca Nacional de España

racional, una inteligencia, sentimientos religiosos, y un mismo destino que nosotros: y la semejanza de las cosas se ha de medir por su parte mas noble. Lo accidental que nos diferencia es nada, lo esencial que nos aproxima, es todo. Si de repente fueramos trasladados á aquellos mundos, quedaríamos agradablemente sorprendidos de hallarnos tan conformes en ideas con sus moradores, aun cuando ellos sean mas sábios y hayan avanzado mas en la via del progreso.

La verdad es una é inmutable: sus principios eternos no varian de globo en globo; lo mismo son en nuestra pequeña tierra, que en las hermosas esferas de Vega ó del Cisne, que en todas las ilimitadas regiones de los cielos. La verdad eterna, Dios, envia sus vivos reflejos á todos los lugares, y *la luz de su rostro está sellada sobre todas las criaturas racionales*. Su existencia y atributos son conocidos en toda la creacion, porque *la grandeza y hermosura de las criaturas da á conocer al Criador, de modo que los que no le conozcan ó no le glorifiquen son inexcusables* (1). En todos los mundos, Dios, segun la espresion de Leibnitz, debe ser la primera razon de todas las cosas.—La idea de Dios lleva inseparablemente unida la idea de una religion, porque el ser dotado de inteligencia y facultad de amar no puede menos de conocer que le ligan innumerables relaciones y deberes con ese Sér supremo á quien debe la existencia y todo lo que es. Poco á poco iremos formando un cuerpo de verdades, que deben ser conocidas en todos los mundos posibles.

Lo mismo que las verdades metafísicas, han de ser conocidas las verdades morales. El ente inteligente y libre tiene necesariamente el faro de la *conciencia* que le ilumina sobre

1) *Sabiduria*, XIII, 5.—A los *Romanos*, I, 20.

EDITORES MADRID ROIG

Biblioteca Nacional de España

sus actos y sobre las acciones de los demás: tiene el mismo instinto moral, el sentimiento vivo que le hace conocer y calificar lo bueno y lo malo, la virtud y el vicio de un modo mas pronto y mas universal que la reflexion. Estos principios son tan inmutables y universales, como la misma fuente de donde emanan, la justicia infinita, y no pueden variar como no varía la esencia de la criatura racional. El bien y el mal se diferencian esencial y metafísicamente, antecedentemente á toda criatura: de modo que las leyes de la moral tienen que ser las mismas en todos los mundos de prueba, aunque estén mas elevados que el nuestro en la práctica del bien. Hallaríamos, pues, en los astros las mismas virtudes que existen sobre la Tierra, aunque en grado mas perfecto, los mismos deberes, aunque mejor conocidos, las mismas reglas, aunque mejor observadas. Porque los principios universales de la moral no han de ser establecidos con el asentimiento general del género humano, aun considerado en el estado actual de nuestra civilizacion, como erradamente opina Mr. Flammarion. Es un hecho bien triste que la desmoralizacion aumenta á medida que la civilizacion avanza; si bien reconocemos que esto consiste en que la civilizacion está mal dirigida hácia un naturalismo tan absurdo como pernicioso. ¿Qué seria de la sociedad si la moralidad dependiese de tan inconstante criterio? Todos los dias estamos viendo que en una misma nacion y en un mismo pueblo hay diferentes apreciaciones acerca de la moralidad de un hecho. No: los principios morales son superiores é independientes de la aceptacion humana: son leyes eternas tan constantes é invariables como las del universo físico; y precisamente por esto son idénticos en todos los tiempos y en todos los espacios.

Así, pues, cuando nuestras miradas se elevan á la bóveda estrellada en una noche serena, podemos enviar nues-

Biblioteca Nacional de España

tros afectos á aquellos hermanos que viven allí cumpliendo su mision, tal vez tan dichosos como anuncian los plácidos resplandores de su mundo. Misteriosas simpatías nos atraen á aquellas regiones lejanas; ellos son, como nosotros, operarios del tiempo que están negociando la eternidad. Conocer y amar á Dios en esta vida, y despues gozarle en la eterna; tal es el programa comun que todos los globos tienen que realizar. Somos, pues, hermanos, el universo es una sola familia de peregrinos, que vamos por distintos caminos á la morada del Padre universal. El fin de la criatura racional no puede ser otro que Dios. Luego todas las criaturas racionales nos hemos de encontrar alrededor de su luminoso trono, en donde se estrecharán los lazos de nuestra fraternidad.

Esto es tal vez lo que nos anuncian las sublimes visiones del Apóstol *del amor*, sus grandiosas revelaciones de la eterna bienaventuranza. Cuando vayamos allá, encontraremos hermanos que no conocemos: *una multitud inmensa, que nadie puede contar, de todas las gentes y tribus y pueblos y lenguas, de pie ante el trono, en presencia del Cordero, vestidos de estolas blancas y con palmas en la mano, glorificando á Dios.* Uno de los ancianos los dá á conocer, hace su presentacion al Apóstol San Juan, y en su persona á todos los fieles: —*¿Estos que visten estolas blancas*, pregunta, *sabes quiénes son, y de dónde han venido?*—*Vos lo sabeis, Señor*, responde el Apóstol.—*Estos son*, dice el Anciano, *los que han venido de una tribulacion grande*, han pasado por apretadas pruebas, *y han lavado y purificado sus estolas en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, y le sirven dia y noche en su templo; y el que está sentado en el trono habitará entre ellos* (1).

¡Salud, pues, oh mundos espléndidos, pues hemos ave-

(1) Apocalipsis, cap. VII, 9, 13.

Biblioteca Nacional de España

riguado que no nos sois extraños! ¡Salud, numerosas poblaciones, que participareis nuestra herencia, sin que por eso disminuya nuestra riqueza! ¡Salud, moradores de brillantes mansiones, que habitareis con nosotros otra *morada mejor, no hecha de mano, eterna, en los cielos!* Allí lucirán sobre nosotros los benéficos rayos del hijo de David, *estrella esplendorosa y matutina,—antorcha de la ciudad santa, que no necesita de sol ni luna* (1). ¡Oh servidores del Altísimo, que en todas las esferas cantais su gloria, mientras llega el dia venturoso de nuestra union en el cielo, hagamos resonar por todo el universo las alabanzas de nuestro Dios. *¡Bendecid al Señor todas las obras del Señor, alabadle y ensalzadle por siglos de siglos!* (2)

(1) II Corint. V. 1.—Apocalipsis, XXI, 22. XXII, 16.
(2) Daniel, III, 57.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XVI.

La vida futura.—¿Viviremos sobre los astros?—El cielo.—La bienaventuranza.—Conocimiento del universo.—¡A los mundos!

«¡Oh! habitantes de la tierra, exclama Bonald, que habeis recibido razon suficiente para persuadiros de la existencia de otros mundos, ¿no pisareis jamás esos lugares? El Sér infinitamente bueno que os los muestra desde lejos ¿os rehusará siempre su entrada? No: llamados un dia á ocupar un lugar entre las gerarquías celestes, volareis como ellas de planeta en planeta, caminareis de perfeccion en perfeccion. Todo lo que ha sido negado á nuestra condicion terrestre, lo obtendreis bajo esta economía de gloria; conocereis, como habeis sido conocidos.»

«¡Qué hermoso espectáculo, dice Hervás y Panduro, presenta á nuestra vista la estrellada bóveda de los cielos! ¡Cuánto en estos resplandece la infinita grandeza del Criador! Millones de millones de mundos anuncian su gloria, y las criaturas intelectuales que los habitan reconocen y adoran al que los ha criado... Nosotros en la eternidad conoceremos esos innumerables mundos, y comprenderemos lo maravilloso que en ellos hay. ¿Cuáles serán nuestra admiracion y casi nuestro aturdimiento al descubrir objetos totalmente nuevos, ó de los que antes no teníamos sino una

Biblioteca Nacional de España

idea imperfectísima? ¡Cuál será el resplandor en que distinguiremos las divinas perfecciones, cuyo imperio se dilata hasta una infinidad de mundos al tiempo mismo que nosotros creíamos que se empleaba en el solo mundo que habitamos! ¡Qué manantial inagotable de conocimientos tan nuevos y diferentes! ¡Qué materia tan deliciosa y abundante para glorificar al Criador, árbitro y Señor de tantos mundos!» (1) En los mismos términos se expresa el sabio y piadoso Sturm (2).

Oigamos á sir David Brewster: «Cuando nuestros conocimientos sobre el espacio, dice, no se extendian mas allá del Océano, solo podia colocarse la morada de los bienaventurados en el cielo empíreo. La vida futura, envuelta en una sombra vaga, aparecia como un sueño á la razon del cristiano, aunque fuera una realidad para su fé: en vano pudiera preguntarse cuál seria esa vida futura en sus relaciones materiales: en cuáles regiones del espacio hubiera de efectuarse: qué deberes y qué trabajos la ocuparian, y qué dones intelectuales y espirituales la cabrian en suerte (3). Pero cuando la ciencia le hubo enseñado la historia pasada de nuestra tierra, su forma, su volúmen y sus movimientos; cuando la astronomía hubo observado el sistema solar, medido los planetas, proclamado que la tierra es una esfera mezquina, que no tiene ningun lugar distinguido entre sus gigantescas compañeras, y cuando el telescopio hubo establecido sistemas de mundos mucho mas allá de los límites del nuestro, la vida futura del sábio tomó asiento entre esos mundos, en un espacio sin límites, así como en una duracion sin fin. Sobre las alas del águila, la imaginacion del cristiano se elevó hasta el zénit, y siguió su vuelo hasta el

(1) *Viaje estático*, tom. III, segunda jornada, pág. 257.

(2) *Reflexiones sobre la naturaleza*, mes de mayo, dia 20.

(3) Sin embargo, la teología católica responde á todas esas cuestiones. Brewster, como protestante, tal vez no ha leído los teólogos católicos posteriores á la *Reforma*.

Biblioteca Nacional de España

horizonte del espacio sin alcanzar jamás un término que se alejaba sin cesar, y la infinidad de los mundos, en medio de una vida infinita, descubrió los campos de la vida futura.» (1)

Aunque no tan abiertamente como los anteriores, monsieur Th. Henry Martin sigue la misma opinion. «Yo pienso que, segun la Escritura santa, los cuerpos celestes pueden ser considerados como partes del *reino de los cielos*, que los bienaventurados en su union con Dios y en la sociedad de Cristo y de los ángeles podrán recorrer libremente durante la eternidad.»—«Debemos creer, dice San Agustin, »que entonces tendremos cuerpos tales, que estaremos en »cualquiera parte que queramos, y cuando queramos (2).» «Tú estarás donde quieras, dice en otro lugar el Santo Doc»tor, y do quiera que vayas, Dios estará contigo... (3)» ¿No es, en efecto, lo mas probable que la córte principal del poder de Dios, la morada reservada á sus elegidos, el *cielo* llamado así en los libros sagrados, en lugar de estar en el vacío, en el espacio fuera del universo, está en las regiones celestes de los astros, en medio de las maravillas mas bellas de la creacion, donde resplandecen la grandeza, la sabiduría y la bondad del Criador? (4)»

(1) Citado por Flammarion, apéndice, nota A, II, pág. 302.

(2) Sermon 142, *de resurrect. corp.*, c. III, núm. 5.

(3) Id. cap. VIII, núm. 11.

(4) *La Vie future*, cap. IX, § 2 y 5.—Segun Lambert *(Lettres cosmol.)*, para que el sistema estelar pueda tener un equilibrio estable, es preciso atribuir á las estrellas movimientos generales de circulacion en órbitas inmensas alrededor de centros desconocidos. Un distinguido astrónomo contemporáneo, M. Mœdler (citado por Arago, *Astronomía popular*, XIII, 3), segun la discusion de un gran número de observaciones de los movimientos propios de las estrellas, ha creido poder fijar en direccion de las Pléyades la posicion del centro á cuyo alrededor circularian casi todas las estrellas visibles para nosotros; pero ha hallado poca acogida entre los sabios. Mr. de la Codre *(Le Ciel*, part. 1), ha supuesto que un astro inmenso es el centro comun de las revoluciones de todos los grandes sistemas astelarios, cada una de las cuales tiene su centro particular, y que este grande astro es el sitio principal de la gloria de Dios, y la capital del *reino de los cielos*, que los bienaventurados habitarán un dia. Nada hay decisivo en favor ni en contra de esta hipótesis.

Biblioteca Nacional de España

Segun nuestra costumbre, hacemos preceder nuestra humilde opinion de autoridades respetables que la robustezcan. Sí; abrigamos la esperanza de volar de astro en astro y conocer sus maravillas, y creemos poder defender esta opinion sin separarnos un ápice de la severa ortodoxia proverbial en nuestra España, ni de la solidez de las opiniones teológicas aprendidas en nuestros seminarios. Este será el objeto secundario de nuestra bienaventuranza, despues de la resurreccion. Pero antes de este tiempo veremos todas las criaturas en la esencia divina, y allí contemplaremos las magnificencias de los mundos que hemos de visitar.

El cielo no es un espacio vacío, mas allá de las esferas, mas allá de los astros, envolviendo las cosas visibles como una inmensa cubierta, segun creian algunos antiguos, por desconocer totalmente la astronomía, lo cual no es extraño, atendida la ciencia de su época. Confundian el cielo teológico, mansion de los bienaventurados, con el cielo cosmológico, lugar de los astros que suponian fijos y como clavados en su bóveda, y de aquí creian que ambos eran del mismo órden. Los descubrimientos modernos han disipado los errores acerca del número de los cielos, así como de los cielos fijos, los cielos cristalinos, haciendo cambiar por completo la nocion del universo; y no permiten sostener en nuestra época la concepcion antigua del *cielo empíreo*. En el estado actual de la ciencia, á cuyos datos se acomodan siempre las opiniones libres de la teología, hay que admitir que el cielo de los bienaventurados, el lugar de la gloria eterna, debiendo ser material, puesto que en él han de existir algun dia los cuerpos resucitados, no es otra cosa que el mismo universo, lleno de la presencia de Dios, que se revela intuitivamente á los justos; no es otra cosa que la inmensidad de la creacion.

Siendo esto así, se infiere lógicamente que los astros son

Biblioteca Nacional de España

partes del cielo, son ó pueden ser nuestra morada: son probablemente aquellas *muchas mansiones*, que nuestro Salvador nos dijo, *que hay en la casa del Padre;* son aquellas ricas ciudades que forman su reino. De esta manera se comprende que el universo es un *solo redil y un solo Pastor*.

El cielo está donde está Dios, manifestado tal cual es á los elegidos. Apenas muere un cristiano, si está perfectamente puro, cae en el seno de Dios que lo llena todo con su inmensidad. El Altísimo descorre el velo que le oculta á nuestras miradas, enriquece á aquella alma dichosa con el *lumen gloriæ*, y la admite á su vision beatífica. Esto es una verdad de fé que definió el Papa Benedicto XII, y mas tarde el concilio Ecuménico de Florencia. «¡Qué seguridad! »exclama San Cipriano, cerrar un momento los ojos con que »vemos á los hombres y al mundo, y abrirlos en el mismo »instante para ver á Cristo y á Dios. El juez justo nos da »el premio sin dilacion de tiempo (1).» Esa es la bienaventuranza, eso es el *cielo.—El reino de Dios está dentro de vosotros*, decia nuestro adorable Salvador.

Por lo tanto, el cielo de los santos está en todos los lugares del espacio, ó mejor dicho en lenguaje escolástico, *coexiste* á todos los lugares, es la *ubiquidad* formal. Segun esto, el cielo no tiene límites; y significa tanto un *estado* permanente de felicidad absoluta, como un *lugar determinado*, donde esta se realiza. *La casa del Señor es grande sobremanera,—y los cielos de los cielos no pueden contenerle.* Su córte es extensa, grandiosa, infinita, como corresponde á la magestad divina, á su glorioso reino y á los millares de millares de bienaventurados que habitan en ella. Diremos que se extiende en todos los espacios, y mas allá de todos los espacios reales, y no habremos dado una idea exacta de

(1) *Exhortacion al martirio*, hácia el final.

Biblioteca Nacional de España

su latitud. ¿Quién será tan mezquino en sus concepciones, ó tan aventurado en sus juicios, que ose decir del cielo «hasta aquí llega, y no se extiende mas allá?»

Mas como los moradores del cielo son séres finitos no pueden estar á un mismo tiempo en todos los lugares, por su limitacion natural, no están presentes en todo el cielo. Luego si no queremos admitir el inconveniente de que alguna parte del cielo les sea perpétuamente desconocida, ó que estén localizados, inmóviles, inertes y sin libertad en alguna parte de él, es lógico y razonable suponer que se trasladan de un punto á otro. Esta no es una opinion ligera, sino fundada en las sagradas letras y en los Santos Padres. En las altísimas visiones de los profetas, David, Isaías, Ezequiel y San Juan, aprendemos que en el cielo hay un grande é incesante movimiento, animales simbólicos que andan, espíritus veloces, ángeles que vuelan, ejércitos que marchan, gentes que circulan por la ciudad santa, vírgenes que siguen al Cordero á donde quiera que vaya, etc., etc. Por otra parte, los bienaventurados son esencialmente activos, y seria una violencia para ellos, incompatible con su dicha, permanecer siempre en un absoluto quietismo. La gloria no cambia su naturaleza, sino la perfecciona, la eleva y la enriquece con dotes preciosos. Se trasladan, pues, de un punto á otro, de una mansion á otra, sin separarse de Dios, que está siempre con ellos, sin ser privados un momento de la vision beatífica. Llevan consigo su gloria, como los demonios llevan sus tormentos. Si van á Marte están en el cielo, si se pasean por la Via láctea están en el cielo, si recorren las constelaciones del Norte, Casiopea, Andrómeda, Pegaso, y de allí pasan á las constelaciones del Sur, Orion, La Hidra, el Centauro, á millones de millones de leguas, están siempre en el cielo. *Moventur celerrime*, dicen los teólogos; *in ictu oculi*, dice el apóstol, y no emplean lar-

Biblioteca Nacional de España

go tiempo en sus viajes (1). Y al estar presentes en cualquiera de los astros, no salen del cielo.

Para comprender mejor esto, importa formar una idea clara de lo que es la bienaventuranza. Boecio la define: «un estado perfectísimo en que se poseen todos los bienes:» San Agustin, «la reunion y colmo de todos los bienes;» y los eclesiásticos con mas precision: «el bien Sumo capaz de saciar adecuadamente el apetito racional.» Es evidente que el objeto de la bienaventuranza esencial no puede ser otro que Dios. Todas las demás cosas fuera de él, ni son bienes verdaderos, ni son durables. Solo Dios puede saciar adecuadamente á la criatura racional en su deseo ilimitado de conocer, porque es la infinita y suma verdad, y en su deseo de amar, porque es soberanamente perfecto y Sumo Bien.

Él mismo se nos propone como nuestra bienaventuranza perfecta. *Yo seré tu premio grande sobremanera*, nos dice en la persona de Abraham (2). El corazon descansa en Él y se anega en delicias y gozos inefables: *Serán embriagados de la abundancia de sus bienes, y les dará de beber en el torrente de su deleite, porque en Él está la fuente de la vida y por su luz veremos la luz* (3). Inefable ventura, que como dice San Pablo: *el ojo no vió, ni la oreja oyó, ni los deseos del corazon llegaron jamás hasta la altura de la felicidad que Dios tiene preparada para los que le aman* (4). Efectivamente es así porque *sabemos*, dice San Juan, *que cuando apareciere, seremos semejantes á él, porque le veremos tal*

(1) «Dios comunica á las sustancias materiales (y con mayor razon á las inmateriales), una actividad casi ideal; decia el arcángel Rafael instruyendo á Adam. ¿Qué dirás de mi propia rapidez? Salido esta mañana de las alturas del cielo, donde está el trono de Dios, he llegado á este Edem antes de medio dia, y he franqueado una inmensurable distancia, que todos los números conocidos no sabrian espresar.» —Milton, *Paraiso perdido* canto VIII.

(2) Génesis, XV, 1.

(3) Salmo XXXV, 9.

(4) I á los Corintios, II, 9.

Biblioteca Nacional de España

cual es (1). Esto es lo que se llama vision intuitiva. No puede darse ponderacion mas sublime.

Esta bienaventuranza supone una operacion actual, perfectísima y en grado máximo de las facultades del alma, en tres actos inseparables, la vision divina, el amor y el gozo consiguiente á la posesion, ó á la union del alma con su bien: cuyos actos son designados por los teólogos con el nombre genérico de *vision beatífica*, que los comprende. Esta es la felicidad *esencial* que nace inmediatamente de la vision y posesion de Dios, y que no se interrumpe un solo momento en toda la eternidad. Pero aunque perfectísima y absoluta no absorbe las facultades del alma hasta el extremo de enagenarla del mundo exterior. Por el contrario, produce una felicidad *accidental*, que consiste en ciertos placeres ó goces adicionales, que los bienaventurados sacan de las criaturas. Por la primera, el alma se transforma en Dios, se abisma en él, aunque sin perder su propia naturaleza y su entidad personal; «á la manera que si el hierro se mete en el fuego, se vuelve rojo y caliente, y participa de la naturaleza del fuego sin perder por eso su naturaleza de hierro.» Por la segunda está en comunicacion con los ángeles y los santos, con las personas que ama y con las criaturas que quiera conocer ó visitar.

No por eso los bienaventurados pierden algo de la contemplacion divina. «Cuando una de dos cosas, dice Santo »Tomás, es razon y regla de la otra, la ocupacion del alma »acerca de la una no impide ni retarda su ocupacion acerca »de la otra. Y como Dios es conocido por los santos, como »la razon de todas las cosas que ellos harán ó conocerán, »por eso su ocupacion en las cosas sensibles y esteriores, ó »en cualquiera otra que deseen contemplar ú obrar en nada

(1) I Joan. III, 2.

Biblioteca Nacional de España

»impedirá la contemplacion divina, ó viceversa. Una po»tencia puede ser impedida en sus actos por la operacion »de otra, si no basta por sí misma para la intensidad de su »accion, ó para ella necesita su auxilio. Pero en los santos »todas las potencias están perfectísimas, y cada una puede »obrar con toda intensidad, sin ser impedimento á la ac»cion de otra, como sucedió en Cristo (1).» Jesucristo gozó en su alma de la vision beatífica mientras vivió en la tierra; es una verdad de fé. Sin embargo, eso no le impidió trabajar, predicar, atender á todas las cosas, y hasta padecer en su naturaleza humana. Lo mismo sucederá con los bienaventurados; al contemplar las bellezas de los astros no perderán un punto la vision de Dios.

Hay un grave errror acerca de la bienaventuranza, que ya hemos indicado, y que importa mucho desvanecer, pues no solo es propio del vulgo ignorante que se forma un cielo á su modo segun sus pobres aspiraciones (2), sino de muchos *llamados* filósofos, que ignoran hasta los rudimentos mas sencillos de la doctrina católica, y no por eso dejan de atacarla: mejor dicho, precisamente por eso la atacan. Cuando vemos á Pezzani, y á muchos espiritistas por ejemplo, blasfemar acerca de la bienaventuranza cristiana, calificarla de inmovilidad estúpida, ponerla en la misma línea del embrutecedor *Nirvana* indio, como si fuera un completo anonadamiento, en lugar de indignarnos por su osadía, nos causan lástima por su ignorancia. ¡Qué razon tenia Tertuliano cuando pretendia que la religion no fuese condenada sin ser conocida! *Ne ignorata damnetur*, clamaba. Preveia que la incredulidad moderna negaria al catolicismo hasta una mirada de exámen imparcial.

(1) Stus. Thomas. *Suppl.* q. 82, art. 5.

(2) Esto no obstante, las concepciones populares de los católicos sencillos, acerca del cielo, son ciertas en el fondo en cuanto le consideran como la vision de Dios, y como un estado exento de todo mal y lleno de todo bien.

Biblioteca Nacional de España

Este error consiste en creer que la vision beatífica absorberá las facultades del alma y todo nuestro sér de tal modo, que el hombre quede como suspenso y estático, sin conciencia casi de lo que pase á su alrededor. Error que conduce fácilmente á un panteismo vago, á una especie de absorcion de la criatura en la esencia divina, y casi un aniquilamiento total. No cabe idea mas falsa de la bienaventuranza. Por el contrario, es la actividad mas incesante, el movimiento, la animacion, la vida, el ejercicio mas notable de nuestras facultades mentales, el vigor mas activo de nuestros cuerpos glorificados, la perfeccion última, en una palabra, de todo nuestro sér. Hasta cuando vivimos en la tierra somos incesantemente activos: nuestra inteligencia no cesa de formar ideas, discurre, piensa, aprende, combina, y no descansa ni aun en sueños; nuestra voluntad ama, apetece, desea, y no bastándole los objetos reales, se forja ilusiones: nuestros ojos no se cansan de ver, vagan, corren, pasean de belleza en belleza, nuestros oidos no se cansan de oir, y están siempre ávidos de sonidos agradables y de melodías; y siendo asi en la tierra, ¿no habíamos de ser mucho mas activos en el cielo? ¿Allí que nuestra perfeccion natural de alma y cuerpo llegará al colmo de que seamos capaces segun nuestros méritos? Creer lo contrario es formar idea bien grosera del cielo. La accion tanto de nuestra alma, como de nuestro cuerpo, es una ley de nuestro sér, que no se puede cambiar sin cambiar radicalmente nuestra naturaleza, ó mas bien sin destruirla. Mas la gloria no destruye nuestra naturaleza, pues en tal caso no sería gloria; no sería vida eterna, sino muerte; no sería felicidad, sino desdicha. Lo primero que es y quiere todo ente es su propio sér, su conservacion, y despues aspira á la perfeccion, es decir, á su mejoramiento en el sér y en el obrar: y tiene horror á la inaccion, á la pérdida, al re-

Biblioteca Nacional de España

troceso, que es una especie de *no-sér*. Luego en el cielo seremos mucho mas activos que en la tierra: nuestro entendimiento poseerá la verdad del órden natural y sobrenatural, nuestra voluntad poseerá el bien sumo, y con él todos los bienes creados, y nuestro cuerpo se moverá, cuando quiera y como quiera, sin cansancio y sin fatiga, de un lugar á otro lugar. Y entonces, ¿será posible que no haya de visitar alguna vez esos mundos brillantes en los que ha fijado desde la tierra sus ávidas miradas, queriendo sondear sus desconocidas maravillas? ¿Será posible que deje por ver alguno, teniendo para recorrerlos toda laa eternidad? Por nuestra parte no lo dudamos, y ante es lisonjera esperanza nos sentimos engrandecer. Mas esto, ¿cuándo sucederá?—Cuando es posible: despues de nuestra resurreccion.

Entre tanto no nos serán desconocidos aquellos mundos: los veremos en Dios. Es doctrina corriente que los bienaventurados ven las criaturas en Dios, consideradas segun su sér eminencial, de modo que nada de lo existente se escapa á su mirada. La esencia divina contiene todos los tipos y representaciones de las cosas visibles con toda su perfeccion y con todas sus diferencias, y los elegidos ven todo en movimiento en aquel Océano de vida sin fondo y sin riberas. Unidos á Dios descubren todos los secretos de la creacion, contemplan todas sus maravillas, conocen todos sus misterios, y beben sin cesar en la fuente infinita de la vida. Esto es evidente, porque Dios como Sér infinito contiene en sí toda realidad; la realidad absoluta de un modo propio y formal, la realidad finita de las criaturas, de un modo virtual ó eminencial. Todo sér real es la realizacion de una idea divina y nos representa al tipo vivo que es causa de su existencia, y subsiste siempre en el pensamiento de Dios. Allí están los mundos, allí son conocidos como en su manantial.

Biblioteca Nacional de España

Pero además las criaturas son conocidas en el Verbo, segun el sér propio y real que tienen en sí mismas. Esto puede suceder de dos modos, *formalmente*, con la misma vision que la esencia divina, por representarlas el Verbo como un espejo, ó segun San Agustin como «la razon de todas las cosas temporales;» ó *causalmente*, con una vision distinta de la vision beatífica, pero causada por ella, de modo que esta vision es la causa, al menos moral, del conocimiento de las criaturas. Es como un conocimiento por revelacion, como una ciencia infusa del mundo visible en su propia realidad. San Agustin llama al primer modo conocimiento *matutino*, y al segundo, conocimiento *vespertino*. El primero es el mas perfecto, «porque en comparacion, dice, de aquella luz con que veremos á las criaturas en el Verbo, todo conocimiento que tenemos de ellas en su propia naturaleza es como la luz del crepúsculo (1).»

Pero además de este conocimiento de las criaturas, consiguiente á la vision beatífica y comunicado, tienen otro directo é inmediato de las mismas, que adquieren por el ejercicio de sus facultades naturales, y es el objeto secundario de su bienaventuranza. Como la gloria perfecciona en alto grado las facultades naturales, es claro que éstas se han de ejercitar en cosas de su órden, en conocimientos naturales, como son los de la creacion visible. Porque la vision divina es puramente sobrenatural, y debida al auxilio extrínseco de la *luz de la gloria*, que comunica al alma una potencia de conocer que de ninguna manera se halla en su propia naturaleza. Pero es conveniente que en aquel estado de perfeccion soberana las facultades naturales no queden, como tales, inactivas y sin objeto: de lo cual se infiere que las aplicarán á las maravillas del mundo exterior.

(1) *De Genesi ad litteram*, lib. IV, cap. 23.

Biblioteca Nacional de España

Esta sana teología es enteramente conforme á la razon. La bienaventuranza es el cúmulo de todos los bienes, ¿y quién negará que es un bien conocer perfectamente el universo? Será un bien accidental, secundario, accesorio, convenimos en ello, pero no por eso menos precioso para el hombre que encuentra en él la satisfaccion de una aspiracion racional. «Las criaturas inteligentes, dice Santo Tomás, tienen un deseo natural, (inherente á su misma naturaleza) de conocer todo aquello que pertenezca á la perfeccion de su entendimiento,» y este deseo no se pierde al subir al cielo. El alma lleva consigo sus deseos é inclinaciones buenas, y ciertamente es un deseo bueno el que tiene por objeto contemplar y conocer las obras de Dios. Luego los bienaventurados han de saber todas las cosas, de las que tienen un apetito natural; porque en el cielo se han de ver satisfechos todos los deseos lícitos y honestos. Por eso decia Guillermo de París: «Verán los bienaventurados todo lo que les convendrá ó los deleitará.»

Mientras vivimos en el mundo no vemos las cosas sino de un modo confuso y por un prisma oscuro. La mayor parte de los hombres, ya por su género de vida, ya por sus ocupaciones, ya por su limitada capacidad, no conocen la grandeza del universo, las obras admirables de Dios, ni aun en su pequeño globo. Hasta los sabios que consagran su vida al estudio de la naturaleza, no adquieren, aun á costa de muchas vigilias, sino un conocimiento limitado é imperfecto, y éste entre dudas, vacilaciones y misterios. ¿Pero es probable, es concebible siquiera que todas las magnificencias de la creacion, ese inmenso cielo estrellado, esos mundos luminosos, ese sol deslumbrador, esta nuestra tierra que á pesar de su pequeñez contiene tantos objetos admirables, en una palabra, todo el vasto teatro del universo que retrata las perfecciones divinas, nos fuesen para siem-

GASTÓN EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

pre desconocidos? ¿No sabemos que su conocimiento contribuye á la mayor gloria de Dios? Entonces, pues, en el cielo, conoceremos el universo en sus detalles y en su conjunto: despues de haber estudiado un mundo volaremos á otro; despues de haber admirado un astro con todos los séres que le pueblan iremos á otro lejano á contemplar nuevas maravillas, y cargados de rico botin entonaremos entusiasmados el ¡SANTO, SANTO, SANTO! al Criador. Sí; es conveniente que conozcamos á Dios de todos los modos que seamos capaces. Por la vision beatífica le conocemos en sí mismo por intuicion, por gracia, por elevacion, y es conveniente que le conozcamos en sus obras, con un conocimiento natural, aunque siempre dependiente y condicionado de nuestro estado de beatitud.

Para esto es claro que debemos trasladarnos de un mundo á otro mundo, como lugares de nuestra observacion. «Es necesario admitir, dice Santo Tomás, ese genio »universal á quien estamos seguros de encontrar para apo»yar toda opinion razonable, es necesario admitir, que los »cuerpos glorificados se han de mover segun su voluntad, »para ejercer en acto esa facultad que poseen virtualmente, »y manifestar la excelencia de la sabiduría divina: así como »tambien para que su vista se recree en las bellezas de las »diversas criaturas, en las cuales resplandece eminente»mente la sabiduría de Dios. Pero los sentidos no pueden »ser afectados sino por las cosas presentes, aunque es cierto »que los cuerpos glorificados pueden hacer uso de ellos á »mayor distancia, que los no glorificados, ó que los senti»dos de aquellos tienen mayor alcance que los de éstos. »Mas no por eso se disminuirá su beatitud, que consiste en »la vision de Dios, pues le tendrán siempre presente (1).»

Esto nos será sumamente fácil, porque nuestro cuerpo

(1) Stus. Thomas, *Suppl.* quæst. 84, art. 2.

Biblioteca Nacional de España

estará dotado de dones excelentes que le harán semejante en sus propiedades á un espíritu. Lo tosco y grosero de la materia desaparecerá, y nuestro cuerpo será semejante al cuerpo glorioso de Jesucristo, *el cual trasformará el cuerpo de nuestra flaqueza, haciéndole conforme al cuerpo de su claridad* (1). Estas dotes son la *impasibilidad*, que los hará inmortales, incorruptibles, invulnerables, exentos de todas las necesidades físicas y capaces de vivir en cualquiera centro; la *claridad*, que los hará resplandecer con grande hermosura; la *sutileza* ó facultad de penetrar á través de los cuerpos: y la *agilidad*, que es la facultad de trasladarse con la rapidez del pensamiento á los puntos mas distantes del universo. En la mera concesion de tan excelentes dones, especialmente del primero y el último, se ve que Dios ha querido que sus elegidos puedan presenciar en todas sus partes y en todos los lugares el grandioso espectáculo de sus variadas obras. Para estar siempre en un punto, no eran necesarios tales dones, y Dios nada hace supérfluo é inútil.

Añadiremos que los bienaventurados han de disfrutar, como adicionales á su felicidad esencial, inefables placeres del entendimiento, y placeres de los sentidos. El conocimiento de las cosas es la fuente de los mayores placeres del espíritu, placeres quizá los menos conocidos en general de todos los que nuestra naturaleza puede gozar, y sin embargo los mas puros, los mas elevados y los mas satisfactorios. Nuestra sed de saber las cosas y sus causas ha de quedar completamente satisfecha; el órden de la Providencia se descubrirá á nuestros asombrados ojos; las ciencias nos manifestarán todos sus secretos, y sin mas que ser bienaventurados, seremos físicos, astrónomos, historiadores,

(1) A los Corintios, XV, 44.—A los Filipenses, III, 21.

Biblioteca Nacional de España

moralistas, jurisconsultos, teólogos, y todo eso con la mayor perfeccion. Todos esos conocimientos serán claros, distintos, completos, sin mezcla alguna de duda, sin incertidumbre, sin posibilidad de error, porque el error es una imperfeccion del espíritu que no cabe en un estado de perfeccion como es el de la beatitud; y si hubiese dudas ú opiniones erróneas podria ocurrir que los bienaventurados tuviesen pareceres contrarios, y uno á otro se engañasen sin malicia alguna; cosa contradictoria é impropia de aquel estado feliz.

De la misma manera los sentidos tendrán tambien sus placeres, la vista contemplando en todos los objetos la belleza perfecta, las formas acabadas, la hermosura mas ideal, el oido embriagándose en torrentes de armonía, músicas deliciosas, cánticos suavísimos, el olfato recibiendo las mas esquisitas fragancias, los mas vivificantes aromas, los mas depurados perfumes, el gusto (aunque en el cielo no se ha de comer ni beber), tendrá tambien sus agradables sensaciones, y el tacto gozará de todo aquello que no repugna á aquel estado de santidad é incorrupcion. Esto es justo: el hombre ha servido á Dios con todos sus sentidos, ha padecido por él, los ha mortificado por su amor: luego debe ser recompensado en todo su sér, lo mismo en todos los sentidos del cuerpo, que en todas las facultades del alma. Además de esta razon, hay otras no menos principales que dá Santo Tomás. «Toda potencia ó facultad es mas perfecta cuando obra sobre su objeto propio, que cuando está inactiva; y como la naturaleza humana alcanzará en el cielo su mas alto grado de perfeccion, se sigue que cada sentido obrará allí segun su naturaleza.»—«Todos los bienaventurados resucitarán con sus cinco sentidos en toda perfeccion: mas la perfeccion de los sentidos consiste en su actividad, y en la facultad de recibir impresiones de objetos esterio-

Biblioteca Nacional de España

res y comunicarlas al alma; por lo tanto los sentidos se han de ejercitar sobre sus objetos propios, contribuyendo por su parte á aumentar accidentalmente la felicidad (1).»

De esta doctrina se deduce rigorosamente la verdad de la opinion que defendemos. La contemplacion y conocimiento del universo, ¿no es por ventura un orígen de placeres para el alma y para los sentidos? Contemplar los cuerpos celestes como realmente son, traspasar los descubrimientos de las ciencias, conocer su magnitud, sus movimientos, sus leyes, sus distancias, su constitucion, seguirlos en sus gigantescas órbitas, presenciar los múltiples fenómenos que en ellos ocurren del calor, de la electricidad, de la luz; ver aquellos magníficos paisajes de una naturaleza siempre vária y nueva, aquella vegetacion desconocida, aquellos encantos nunca imaginados, aquellas maravillosas escenas; recorrer el universo en fin, y conocer todos los mundos con sus perfecciones, sus bellezas, sus armonías y sus esplendores: ¿puede haber un placer mayor? ¡Oh, qué dicha la nuestra! ¡Ser viajeros universales de la creacion!

Sí; te visitaré, ¡oh Sol brillante! sin que me deslumbren tus torrentes de luz, sin que me abrase tu calor. Os visitaré, ¡oh blanca Vénus! alegría de nuestros crepúsculos, ¡oh hermoso Júpiter! el de la perpétua primavera, ¡oh magnífico Saturno! el de los gigantescos anillos. Recorreré tus llanuras, ¡oh benéfica estrella Polar! que has sostenido tantas esperanzas. Penetraré en vuestros esplendores, ¡oh fúlgido Sirio! estrella la mas brillante del cielo, ¡oh refulgente Orion! la mas rica y maravillosa de las constelaciones, ¡oh luminoso Aldebaran! ¡oh misteriosas nebulosa! ¡oh soles azules, soles de oro, soles de esmeralda, y admiraré los magníficos efectos de vuestros raudales de luz

(1) *Supplementum*, quæst. 82, art. 4.—*Contra gentes*, lib. IV, cap. 86.

Biblioteca Nacional de España

coloreada. Todo lo veré; no tendreis misterios para mí, ¡oh creaciones opulentas del espacio! ¡oh reinos dilatados del firmamento. Mi inteligencia se regocija de antemano en la idea de vuestra contemplacion futura: me siento dilatar en vuestra inmensidad, como si creciera mi sér hasta contener vuestra grandeza. Estremecido de mi propia elevacion, me postro delante del Altísimo, que me tiene reservada esta dicha, y le adoro: mis labios no saben mas que balbucear ¡gloria á Dios! mis potencias se abisman en Él, mi gratitud rebosa de mí. Y cuando vea que vuestras magnificencias esceden en mucho á lo que la imaginacion concibe ahora, repetiré una y mil veces: ¡gloria á Dios! ¡gloria á Dios!

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XVII.

La vida futura (continuacion). — Gravísimo error de Mr. Flammarion.— La pluralidad de existencias. — Sus absurdos. — Sus funestas consecuencias.

La pluralidad de mundos que, estudiada con el criterio católico, es sumamente racional, y se presta á tan fecundas como elevadas aplicaciones, segun hemos visto, es empequeñecida con el criterio racionalista, y desviada á consecuencias tan absurdas como perniciosas. ¡Quién lo creyera en el claro talento de Mr. Flammarion! Esa grandiosa tésis, que con tanto acierto y tan sólidos argumentos demuestra, no le ha levantado á la verdadera concepcion de su grandeza. En lugar de llevarle por convencimiento al campo de la fé católica, en lugar de hacerle admirar la importancia y trascendencia de sus dogmas, que iluminan á aquella tésis con nuevos resplandores, en lugar de descubrirle los horizontes luminosos de las doctrinas teológicas, le han desviado de dichos dogmas, seguramente por no haberlos estudiado, y le han precipitado en el mas lamentable error. Mas ¡qué error tan absurdo! La pluralidad de existencias. Admite que viviremos sobre los astros, pero haciéndonos pasar sobre ellos una série interminable de vidas y de pruebas. Cree que los cuerpos celestes son las regio-

Biblioteca Nacional de España

nes de nuestra inmortalidad, pero llevando eternamente las almas á través de los espacios infinitos, y del inmenso archipiélago de los mundos, segun la frase de su maestro Juan Reynaud. Para llegar á esta consecuencia, no valia la pena de haber empleado antes tanto trabajo. A la verdad no era de esperar tan pobre desenlace, tan frio desencanto.

«Ahora, dice, que las regiones de la inmortalidad se han hecho mas visibles, desde la aurora sagrada en que la mano de Urania separó el velo que las cubria: ahora que el cielo nos ha aparecido en su grandeza y en su verdad, nos hemos hecho grandes rompiendo el círculo estrecho de los dogmas antiguos, y nuestra vista súbitamente se ha acrecentado, abarcando la extension del universo.» «Otras veces considerábamos á la tierra que habitábamos como sola en la naturaleza, y creíamos que siendo la única expresion de la voluntad creadora, era el solo objeto de la complacencia y del amor de su Autor. Nuestras creencias religiosas estaban fundadas sobre este sistema egoista y mezquino. Creíamos entonces á nuestra humanidad bastante importante en su valor absoluto, para ser el fin de una creacion que dependia completamente de nuestros destinos: para nosotros el principio de la Tierra era el principio del mundo, así como el fin de la Tierra nos representaba la consumacion de todas las cosas. La historia de nuestra humanidad era la historia de Dios mismo: tal era el fundamento de nuestra fé (1). Ahora esas ideas falsas se han alejado de nuestros espíritus mejor iluminados: conocemos mejor nuestro estado real... Las tierras que se balancean en el espacio han sido consideradas por nosotros como estaciones del cielo y como las regiones futuras de nuestra inmortalidad. Allí está la Man-

(1) Ya dejamos demostrado cuán infundadas y erróneas son estas apreciaciones. Partiendo de tan falso supuesto, no son de extrañar los errores y equivocaciones de Flammarion.

Biblioteca Nacional de España

sion celestial de muchas moradas, y allí, donde entrevemos el lugar á que han llegado nuestros padres, reconocemos el que nosotros habitaremos algun dia. Toda creencia, para ser verdadera, debe estar en consonancia con los hechos de la naturaleza. El espectáculo del mundo nos enseña que la inmortalidad de mañana es la de hoy ó la de ayer, que *la eternidad futura no es otra que la eternidad presente;* esta es nuestra fé. Nuestro paraiso es el infinito de los mundos.»

«El destino moral de los séres, continúa, nos ha parecido de este modo íntimamente ligado al órden físico del mundo, porque el sistema del mundo físico es como la base y la armazon del sistema del mundo moral. Son dos órdenes de creaciones necesariamente solidarias. Debemos considerar á todos los séres que componen el universo ligados entre sí por la ley de unidad y solidaridad, tanto material como espiritual, que es una de las primeras leyes de la naturaleza. Debemos saber que nada nos es extraño en el mundo, y que nosotros no somos extraños á ninguna criatura, porque una parentela universal nos reune á todos... Somos todos hermanos: la verdadera patria de los hombres es el universo infinito... Esta es la *Humanidad colectiva*. Los séres desconocidos que habitan todos esos mundos del espacio son hombres que participan de un destino semejante al nuestro. Y esos hombres no nos son extraños: *los hemos conocido*, ó deberemos conocerlos algun dia. Son de nuestra inmensa familia humana; pertenecen á *nuestra* humanidad.»—«De cualquier modo que sea, y á pesar de la oscuridad que nos rodea todavía cuando intentamos visitar en espíritu ese mundo misterioso, debemos, como discípulos fieles de la filosofía natural, esforzarnos por comprender en su sencillez y en su grandeza la enseñanza siempre unánime de la naturaleza. Pluralidad de mundos, pluralidad de existencias: ved dos términos que se completan y se ilumi-

Biblioteca Nacional de España

nan mútuamente (1).» Termina diciendo que esta doctrina es la base de sus creencias religiosas, lo cual habia ya indicado en su introduccion.

Notaremos desde luego que al sacar esta conclusion de sus estudios, Mr. Flammarion comete muchas y enormes inconsecuencias, muchas y manifiestas contradicciones, que no se comprende como se han escapado á la agudeza de su ingenio. Todos los argumentos con que demuestra la pluralidad de mundos habitados, parten del supuesto de que aquellos séres son *distintos* del hombre, criaturas racionales de *especie distinta* de la nuestra: y lo mismo los animales y las plantas. Solo en este sentido es admisible su habitacion, y cesan las dificultades que se hacen contra ella, tomadas de las diversas condiciones de los globos. Y hé aquí que al final de su obra, en el coronamiento del edificio, echa por tierra la base de dichos argumentos, y pretende que sus moradores son indivíduos de *nuestra* misma humanidad. Tanto valdria en este caso dejarlos deshabitados, porque ¿cómo es posible, ni aun concebible siquiera, que haya habido bastantes hombres para poblarlos? El número de mundos que recorren la inmensidad es mayor que el de todos los hombre reunidos que ha habido y probablemente que habrá sobre la tierra. Serian, pues, eternamente silenciosas soledades, si no tuvieran otros colonos.

Prescindiendo de esto, una de las mas fuertes razones para probar la habitacion de los astros, es la congruencia de que estén poblados por criaturas racionales, que conozcan y glorifiquen al Criador. Estas criaturas, como inteligentes y libres, son por lo mismo responsables, y hacen allí sus pruebas temporales en órden á su fin: premios ó penas

(1) Flammarion, *Pluralidad de mundos*, lib. V, cap. III.—Tambien defiende espresamente el mismo error en su fantástica obra: *Lumen, Narraciones del infinito.*

Biblioteca Nacional de España

que no pueden menos de ser eternas, como corresponde á su naturaleza inmortal. Y siendo así, ¿es lógico ahora suponerlos habitados por hombres que tienen ya sus pruebas hechas en nuestro globo? Y si se replica que estas pruebas deben repetirse indefinidamente para el progreso de la criatura, se incurre en mas monstruosa contradiccion. Porque en este caso siendo infinito el número de los mundos, segun cree Mr. Flammarion, siendo las regiones de nuestra inmortalidad, siendo nuestra eternidad, jamás acabaria esa *série interminable de pruebas*; el hombre estaria siempre en camino sin llegar jamás á un término; estaria siempre en progreso sin progresar nunca bastante, pues jamás podria dejar de ser finito: y habria que admitir el absurdo de que el hombre, la criaturá racional, la criatura mas excelente de los mundos, no tendria *un fin*. Mientras todas las cosas que existen, tienen un órden y un destino en los planes sapientísimos de la Providencia, él estaria en cierto modo fuera de sus designios, seria una excepcion: mientras todas las cosas se refieren á Dios como á su fin último, el hombre estaria para siempre alejado de Él y en posibilidad de alejarse mas, pues como ente libre podria pecar y retroceder. Hé aquí un viajero que nunca llega ni sabe á dónde va, hé aquí el *judío errante* condenado á andar sin parar. Peregrino eterno por los vastos espacios, me le figuro como esos pobres viajeros de los desiertos de Africa, que acosados por la sed, descubren á lo lejos, por efecto del espejismo, imaginarios lagos de agua fresca, que á medida que ellos avanzan deshalados, se van alejando cada vez mas. Así el hombre, con aspiraciones incesantes que nunca lograria, con deseos ardientes de dicha que nunca veria satisfechos, seria como el juguete de un genio maligno que se divirtiese con sus destinos. ¡Pobre desterrado perpétuo de las regiones de la felicidad! Esto no es así, no; porque es tan impo-

Biblioteca Nacional de España

sible, como desesperante para el hombre, como injurioso para Dios.

Mas si se dice que estas pruebas han de tener fin alguna vez, y el mismo fin que enseña el catolicismo de unirse el alma á Dios, puesto que es el único digno y el único capaz de satisfacer nuestras aspiraciones infinitas ¿entonces para qué multiplicar las pruebas, cuando alguna ha de ser necesariamente la última, y en esta podria tambien salir mal? ¿Para qué pasear inútilmente al alma por los sistemas siderales? ¿Para qué prolongar las estaciones y retardar la llegada al término final, pues por mucho que se retardase seria como nada en comparacion de la eternidad? Los que tienen tan limitada concepcion de la vida futura, se parecen al viajero que suspirara por su patria y le pareciese demasiado corto el camino, ó se quejara de haber de llegar á ella demasiado pronto. Con la necesidad y el sentimiento que tenemos de lo infinito, la prolongacion de la prueba no seria mas que alargar nuestras miserias: aunque poseyéramos la creacion entera, jamás gozaríamos de la verdadera felicidad.

Añadiremos que esta llegada al fin, segun la entiende Mr. Reynaud, maestro de Flammarion, mas bien que felicidad y vida eterna, deberia llamarse muerte eterna. «Remontando hácia la eternidad, dice, enouéntrase un límite en que Dios existe y en que la creacion no existe aun: así como descendiendo de la misma eternidad, encuéntrase tambien otro límite en que existiendo siempre Dios, no existe ya la creacion, *porque ha entrado otra vez en el seno de su autor;* pero ni penetrando en los siglos pasados, ni amontonando millones sobre millones de siglos venideros, no podemos ni alejarnos ni acercarnos un solo paso á alguno de estos dos límites inasequibles, *mas allá de los cuales el vacío ocupa el universo.*» Un poco mas adelante dice mon-

Biblioteca Nacional de España

sieur Reynaud hablando del principio de actividad, que enlaza todas las criaturas entre sí para adherirlas juntas á Dios: «Suprimid este principio de actividad, y todo se amortigua, *el mismo Dios vuelve á entrar en el sueño.*»—De este modo, dice monseñor Maret, la consumacion final no es otra cosa que volver á entrar la creacion en el seno de Dios, la absorcion de las criaturas en Dios, el sueño de Dios que equivale á su aniquilamiento, el vacío absoluto. Tal es en último resultado el paraiso de Mr. Reynaud, paraiso en el que desaparece la personalidad, y que se asemeja mucho á la nada. A este extremo se llega sin embargo partiendo de las ideas panteistas. Mr. Reynaud reprende á los cristianos el apresurar demasiado la consumacion final, y por cierto, al concebirla como él, se encuentra siempre demasiado cercana (1). Efectivamente, para ser así, valiera mas que no llegase.

Lo dicho que manifiesta la contradiccion en que cae nuestro ilustrado adversario, al deducir de la pluralidad de mundos la pluralidad de existencias, es tambien una refutacion de este error. Pero no obstante, apuntaremos algunas otras razones para patentizar mas su absurdo.

Desde luego se puede notar que es una hipótesis gratuita y sin ningun fundamento. No haremos aquí la historia de este error, remontándonos á su orígen en Egipto y la India, de donde Pitágoras lo importó á Grecia; descubriéndole en las creencias de los druidas, hallándole luego en algunos herejes oscuros de los primeros siglos de la Iglesia, mas tarde en Orígenes, para llegar por último á las escuelas panteistas y espiritistas de nuestra época. Tampoco buscaremos su causa en nuestra concepcion falsa de la inmortalidad del alma, en la corrupcion del dogma de la resurreccion de la carne, en un sentimentalismo exagera-

(1) *Ensayo sobre el Panteismo*, cap. VIII, pág. 500.

Biblioteca Nacional de España

do ó en el deseo de negar la eternidad del infierno, etc., etc. Decimos que es una hipótesis gratuita, porque no hay ningun motivo racional para afirmarla: ni la experiencia, que está contra ella, como es evidente, ni la revelacion, que la es mas contraria, ni una revelacion nueva, que es una pretension temeraria y absurda, ni la intuicion, que no cabe en esta materia, ni la induccion de otras verdades establecidas, pues precisamente se opone á ellas y echa por tierra las mas principales. No se apoya en ninguna prueba física, ó moral, ó metafísica, ó lógica; y lo mas extraño es que tenga partidarios en nuestro siglo que se precia de ilustrado.

La inmortalidad de nuestra alma supone la persistencia idéntica de su sér, y esta persistencia supone la conciencia al menos de sí misma, el conocimiento de su propia existencia y la distincion de todo sér que no sea su propio *yo*. Como sustancia simple é inmaterial, lleva en su propia naturaleza la necesidad consiguiente de ser lo que es. Pero el alma por sí sola no es todo el hombre; depende del cuerpo y forma con él un todo completo, un compuesto necesario, una personalidad. En el hombre el consorcio estrecho de las dos sustancias que le forman es su propia esencia, y hace una sola *unidad*. Es el principio operante, el sugeto responsable, el verdadero *yo*. Aunque el alma puede existir temporalmente sin el cuerpo y de hecho existe despues de la muerte, este es un estado transitorio, y la persona se ha de reconstituir un dia en su integridad. La inmortalidad del alma se extiende, pues, á todo, para no permanecer siempre incompleta. «El cuerpo, dice Santo Tomás, es un instrumento por cuyo medio el alma ejerce su operacion específica, la operacion de entender lo visible y cumplir uno de los fines de su sér; de donde se infiere que el alma está unida al cuerpo por su mayor bien.» «El alma, continúa

Biblioteca Nacional de España

el Santo Doctor, no constituye por sí sola la naturaleza humana; no es mas que una parte de ella: y en este supuesto es claro que no puede tener su *perfeccion natural*, sino en tanto que está unida al cuerpo.—El cuerpo en verdad no es de esencia del alma: mas el alma por la naturaleza misma de su esencia debe estar unida al cuerpo. Esta es la razon porque no es el alma sola, sino todo el compuesto de cuerpo y alma lo que forma precisamente la especie humana.» Pero las especies no perecen ni pueden perecer, únicamente pueden acabarse sus indivíduos. Estando unidos el cuerpo y el alma de una manera sustancial, como la forma á su materia, es evidente que es contra la naturaleza del alma permanecer siempre separada del cuerpo. Pero nada de lo que es contra la naturaleza, puede ser perpétuo ni durar siempre: luego no debe ser perpétua esta separacion. El absurdo de la pluralidad de existencias destruye este órden natural del alma al cuerpo y viceversa, destruye la personalidad humana, es contraria á la naturaleza del alma y á su complemento natural.

Porque el alma no puede formar persona sino con su propio cuerpo, ni puede obrar sino por medio de él, como partes sustanciales que son ambos de la naturaleza humana: luego no puede tener otra union sustancial con otro cuerpo, ni aun humano: así es que el alma de Antonio no puede informar el cuerpo de Juan, ó vice-versa. ¿Cuánto menos, pues, podrá informar otros cuerpos de distinto organismo en otros mundos para nuevas existencias? Por eso el hombre tiene un horror instintivo á la muerte, porque rompe esos estrechos lazos de sus dos partes, divide, aunque sea temporalmente, su personalidad, y le constituye en un estado violento que no le es natural. En medio de este horror á la muerte, en todos tiempos y en todos los pueblos se ha tenido profundo respeto al cadáver, como á

Biblioteca Nacional de España

un objeto sagrado: como si conservase algo del espíritu que le ha animado y no se hubieran roto en absoluto sus lazos con él. Dado el absurdo de la pluralidad de existencias, no se concibe ni el horror á la muerte, ni el respeto de los cadáveres, ni la veneracion de los sepulcros. Mas todavía: es un hecho universal de la humanidad que siempre se ha llorado la muerte y se ha celebrado el nacimiento; pero en el atroz sistema que estamos refutando, deberia suceder lo contrario. La muerte debiera ser celebrada como la libertad del espíritu, y el nacimiento llorado como su prision. El nacer seria una desgracia para el espíritu desencarnado, pues le abatiria, le oscureceria sus facultades, y hasta le quitaria la conciencia de su propio sér. De modo que esa utopia no solo es contraria á la naturaleza, sino tambien á los instintos y sentimientos fundados en ella.

Por otra parte, si la inmortalidad supone la persistencia de ser, claro es que no debe sufrir interrupciones, no debe ser un *tránsito* interminable, sino constituir un *estado* permanente. Nada mas contrario á esto que la pluralidad de existencias, que en rigor no seria otra cosa que una sucesion contínua de muertes. De manera que la inmortalidad, que es la condicion de no morir, se convierte en este sistema en la condicion de morir incesantemente, en una mortalidad interminable. La vida eterna no pasaria de ser una vida temporal mil y mil veces repetida, sin relacion entre sí una con otra. ¡A eso se limitan sus aspiraciones! Tal inmortalidad seria una especie de muerte eterna. Este argumento es irrefutable. Supongamos que el alma haya pasado por mil vidas: al renacer en otro mundo, sin ninguna conciencia de lo pasado, se encontria forzosamente como si naciese por la primera vez. Luego las muertes que habian terminado sus existencias anteriores, y habian cortado radicalmente todas sus relaciones, sus ideas, sus afec-

Biblioteca Nacional de España

ciones, sus recuerdos, y hasta la conciencia de su propio sér, equivalian á una verdadera aniquilacion. ¿Qué nos queda hoy, qué tenemos de nuestras supuestas existencias anteriores? Menos que el paso de la nave por el agua, menos que el paso de la flecha por el aire, menos que el paso de la mirada por el espacio; el vacío absoluto, la nada. Y lo mismo sucederia necesariamente cada vez que se repitiese una nueva encarnacion. ¡Hé aquí á lo que se reduce esa pretendida multitud de vidas: á fugaces relámpagos que interrumpen por breves instantes el horror de una muerte eterna!

¡Cuán desgraciados fuéramos, si al cerrar los ojos en esta vida, hubiéramos de dar un adios eterno á nuestras ideas, á nuestros conocimientos tan trabajosamente adquiridos, á nuestras relaciones, á nuestros sueños, á nuestros padres, á nuestra familia, á todo lo que amamos! Adios eterno, sí; porque al abrir los ojos en otro mundo, naciendo de otros padres (¡qué horror, oh padre mio! ¿Podría yo tener ni amar otro padre que á tí?) Todo lo pasado sería para nosotros como si no hubiese sido: sería menos; es decir, la nada. Renuncie, pues, el hombre al noble empeño de prolongar en cierto modo su permanencia sobre la tierra, por medio de sus obras, á vivir en la memoria de algunas generaciones, haciendo ilustre su nombre. ¡Gloria, fama, laureles, monumentos, siempre habeis sido un vano sueño, pero con este sistema inhumano, lo sois todavía mas! Séres queridos, que consolais nuestra peregrinacion sobre la tierra; padres, hermanos, amigos, ¡adios para siempre! al nacer en otros mundos no tendremos la mas mínima idea de vosotros. Tendremos otros padres (1) y

(1) Si las encarnaciones se repitiesen sobre la tierra, podria darse el caso de que, encarnando alguno por ejemplo cien años despues de su muerte, fuese hijo de sus propios nietos; de este modo seria á un mismo tiempo ascendiente y descendiente de sí mismo.

CASPAR, EDITORES MADRID
Biblioteca Nacional de España

otras personas á quienes amar, y vosotros tal vez, encarnados en el mismo mundo, pasareis á nuestro lado como estraños, ¿quién sabe si como enemigos? sin sopechar siquiera los tiernos lazos que aquí nos unieron. ¡Tal es la bienaventuranza que nos promete esta filosofía sin corazon!

Mas ¿qué hablo de lazos que nos unen? No: segun esta filosofía cruel, hasta en la actualidad debemos considerarnos como estraños. No hay paternidad, no hay generacion, no hay, por consiguiente, esos tiernos fundamentos del amor. Porque si hemos vivido ya en vidas anteriores, si venimos de otros mundos, nuestros padres no han sido tales: no han sido sino unos meros instrumentos inconscientes de la formacion de nuestro cuerpo, esta vil envoltura de nuestro espíritu preexistente, que debemos abandonar para siempre en la muerte. La altísima nobleza de la paternidad que confiere al hombre la dignidad de creador de un nuevo sér, es injuriada y destruida por esta nueva filosofía. Si fuera cierto lo que ella enseña, la generacion de un hombre sería una obra inferior á la creacion de una estátua. Sus pensamientos carnales no comprenden la dignidad de causa que Dios, *de quien toma orígen toda paternidad en los cielos y en la tierra* (1), ha comunicado al hombre, para la propagacion de su especie, concurriendo Él mismo, como causa primera, al acto generador, á la obra de la naturaleza, no al desórden moral que muchas veces la acompaña: y como concausa, porque crea el alma, á la perfeccion del sér engendrado. En este absurdo sistema, el hombre no es verdaderamente *padre*, autor de la existencia del hijo, y en esta parte seria inferior en dignidad al bruto. Los partidarios de la pluralidad de existencias deliran sobre este particular, mas que los clubs ateos de la *Internacional*, de modo que la pluma se resiste á escribir.

(1) A los de Efeso, III, 15.

Biblioteca Nacional de España

Como si esto fuera poco, este impío error va á degradar á nuestra alma en su propia esencia, que es entender y querer. Si el alma ha vivido alguna vez, necesariamente ha tenido ideas y afecciones; pero al nacer á una vida nueva, viene absolutamente despojada de ellas. Observad á un ciego de nacimiento; leereis en su fisonomía un pensamiento reconcentrado, una meditacion interior, como si tuviera visiones de otro mundo. Si hubiera vivido anteriormente, debiera tener intuicion, ya que no vista. Preguntadle por colores, figuras, superficies, dibujos, y no tiene la menor idea. De la misma manera un sordo-mudo, preguntadle por sonidos, músicas, armonías, rumores; le hablais en lenguaje incomprensible y no sabrá qué responder. Dicen los nuevos origenistas que los sueños son muchas veces recuerdos de las existencias anteriores, y estos sueños se recuerdan con frecuencia al despertar. ¿Esos ciegos y esos sordos jamás sueñan? ¿Cómo, pues, no adquieren ni aun por el sueño alguna de esas ideas que no pueden adquirir por los sentidos que les faltan? Luego su alma ha sufrido en sus facultades esenciales un aplanamiento total.

Nosotros no necesitamos de los sentidos para ponernos en comunicacion con lo distante ó lo pasado. Para trasladarnos por ejemplo á nuestro pueblo natal, para ver las risueñas escenas de nuestra infancia, nos basta querer, y enviar allá nuestro pensamiento. Al punto *vemos* la blanca ermita de la Santa Vírgen, poéticamente asentada sobre una verde colina, las frescas praderas, el rio á sus pies, el paseo, los puentes, las cuestas: llegamos á nuestra casa, saludamos á nuestra familia, penetramos en nuestro aposento, y vemos tal mueble, tal cuadro, tal florero, los pájaros, los libros, hasta los menores detalles. Si nos quedáramos ciegos solo sería para el lugar presente; dentro de nos-

Biblioteca Nacional de España

otros llevaríamos un mundo de bellezas, de imágenes, de luces y esplendores. Por eso Milton y Homero describen mejor que otros poetas, porque pintan al vivo lo que ven con los ojos del alma, con una claridad nueva, de un modo mas ideal.

Otras veces vienen súbitamente á nuestra alma con luminosa viveza ideas estrañas, solucion repentina de problemas que buscamos en otro tiempo en vano, recuerdos perdidos, deseos amortiguados, sin buscarlos, sin procurarlos, á la manera de intrusos. Tal vez cuando estamos mas absorbidos en una meditacion profunda, un pensamiento frívolo ó pueril viene de repente á interrumpir la gravedad de nuestra sesion mental, tal vez es un recuerdo molesto, tal vez se apodera de nosotros una idea fija que no podemos desechar. En caso de apuro encontramos recursos inagotables, ideas variadas, y hasta un lenguaje elocuente. Y es que nuestra alma nada pierde de lo que ha adquirido una vez. Pensamientos, ideas, conceptos, podrán permanecer dormidos en su fondo, podrán bullir en nuestra mente de un modo confuso, podrán estar al parecer enteramente olvidados, pero en rigor están allí, y se manifiestan cuando llega la ocasion. Y nuestra alma posee energías desconocidas para evocarlos, potencias vigorosas para hacer uso de ellos, resortes ocultos que los hacen revivir. Por eso el hombre es muchas veces superior á sí mismo: no es otra cosa lo que se llama inspiracion.

Ahora bien; esas pobres almas de los ciegos, de los sordo-mudos, de los idiotas, de los salvajes, vendrian á la vida nueva con sus facultades completamente oscurecidas ó inutilizadas, con sus energías amortiguadas, con sus potencias sin actividad. Nosotros, que no tenemos esa desgracia, venimos en un estado de la mayor desnudez: tenemos que adquirir todas nuestras ideas, desde las mas rudimentales,

Biblioteca Nacional de España

y no somos otra cosa que lo que nos hace la educacion. Esto solo indica que es absurda la preexistencia, y que nuestra primera vida es la presente; pero si así no fuera, ¿qué terrible cataclismo no habria sufrido nuestra alma al entrar en la existencia actual? ¿Qué espantoso rio Leteo habia atravesado al aparecer en la vida, pero en una vida que ha de ser una prueba de la mas tremenda responsabilidad? Y esto mismo tendria lugar en todas las vidas sucesivas. Toda vida seria, pues, para el alma un castigo atroz, casi equivalente á un infierno. El alma, al empezar una existencia mundana, habria sufrido y habria de sufrir un sacudimiento mayor y mas desastroso, que si hoy fuera reducida de repente al estado de idiotismo. Eso no puede hacerlo ni aun el mismo Dios, sin faltar á su justicia, y sin destruir á la misma alma, ó cambiarla radicalmente de lo que es.

El órden de la Providencia no es ese. Cuando produce sus criaturas, las pone en disposicion de conseguir directamente su fin, y las da medios oportunos, segun sus necesidades. *Non bis in idem*: la repeticion seria por su parte un indicio de flaqueza, de ignorancia, ó de impotencia, vicios que no caben en Dios.—Si damos una ojeada por el universo, encontraremos por todas partes un plan tan sencillo como sábio, desde los cuerpos celestes regidos por una ley universal, que los encadena en el vacío, hasta las fuerzas químicas, que obran en la molécula invisible. La unidad es la ley de los séres, su vida y su carácter, y la perfeccion de cada ente consiste precisamente en su unidad. Todas las cosas, selladas con su distintivo, entran en el plan general y se dirigen derechamente, sin dilaciones y sin rodeos á su respectivo fin. Todas ellas, de cualquier modo que se consideren, son una confirmacion de este axioma escolástico: «Dios y la naturaleza no hacen por mu-

Biblioteca Nacional de España

chos actos lo que pueden hacer por uno:» y tambien: «Los entes no se han de multiplicar sin necesidad.» ¿Y solo el hombre sería una escepcion de esta regla general? Cuando todas las ciencias concurren á hacerle entrar en la unidad de los séres, como un eslabon de su interminable cadena, ¿se habia de separar en el modo de conseguir su fin, y no habia de llegar á él, sino pasando por mil estados, en cada uno de los cuales perdería su unidad? El seria multiplicado en cada vida, precisamente en su existencia corporal, que le pone en relacion con el mundo exterior, lo cual le haria uno y múltiple á la vez. El individuo que habia vivido en la Tierra, no seria el mismo que viviese en Júpiter, ó en la Osa mayor y así sucesivamente.—Por otra parte, siendo el fin del hombre la felicidad, y teniendo un deseo invencible y constante de ella, dilatársela tanto en infinitas existencias, equivaldria á negársela de antemano, haciéndole desde luego desgraciado. Dios le habria dado un deseo que no podria saciar. ¿Para qué serviria al hombre su inmortalidad, si no habia de ser dichoso, ó al menos se le habia de retardar la dicha siglos y siglos? *Vita, si non est beata, non est vita*, decia San Agustin. La vida no merece este nombre, si no es feliz.

Pasando á otro órden de pruebas, vemos que la pluralidad de existencias, tan absurda, es además inútil é injusta. Las almas necesariamente empezaron á ser alguna vez; luego en aquella primera existencia tenian aptitud para su fin, y Dios les dió medios suficientes para llegar á él. Eran inmortales, y desde aquel momento las transiciones de tiempo eran supérfluas para ellas, una vez cumplida su prueba. Eran libres, y como tales, *debian* salir victoriosas en aquella prueba, apartándose del mal y practicando el bien. Merecieron, pues, con su conducta, premios ó castigos, propios de su naturaleza inmortal. Se hallaban,

Biblioteca Nacional de España

pues, en las mismas condiciones, que se hallarian en cualquiera de las vidas siguientes, puesto que en éstas no tienen memoria ni conciencia de lo pasado. Dios no crió para el tiempo á los séres inmortales, sino para la eternidad: no hay para estos séres mas tiempo, que el que habitan en el mundo, y al salir de él, entran en los siglos eternos. Por eso su prueba terrestre debe ser única y final.

Si estas vidas son, como dicen, para enmendar las faltas cometidas en otras anteriores, es absolutamente necesario conservar la memoria de aquellas vidas, y la conciencia de aquellas faltas, para poder corregirlas. Pero lejos de eso ni aun se tiene la conciencia de la identidad personal. Es por lo tanto peor, que si habiendo alguno errado su camino, se le hiciese empezar de nuevo poniéndole una venda sobre los ojos. Estas vidas, en el mero hecho de estar despojadas del recuerdo, serian inútiles para el hombre, é indignas de la justicia de Dios. Hasta la dignidad nuestra se ofende ante la idea de vernos condenados á recorrer ciegamente una série interminable de pruebas durante la eternidad. En cada existencia nueva retrocederiamos incesantemente al punto de partida. ¡Terrible sarcasmo del destino! ¿No es mas racional, mas digno de la bondad de Dios, de su amor á las criaturas, y de su sincero deseo de salvarlas, mostrarles el camino derecho, el premio al término de él, y darles además luces y fuerzas para caminar? Esto es lo que hace. La revelacion, la redencion, la gracia, los sacramentos, la promesa de un premio infinito, y la amenaza de una pena eterna, son los auxilios eficaces que dá al hombre para que no yerre su única prueba. Y si alguno á pesar de todo se estravía, le llama por mil medios al camino del bien. ¿Para qué se necesitan mas pruebas?

Indudablemente esto es mejor que el sistema desapiadado de arrojar al alma en el océano de la vida, despojada

Biblioteca Nacional de España

de la memoria, y condenada en cierto modo al suplicio de las Danaides de llenar un tonel sin fondo. Esto es mas justo que condenar al hombre á ir, cual otro Sisifo, cargado siempre con la peña de su exitencia, que al llegar á la cumbre caeria de sus hombros, rodando hasta el abismo, para volver á empezar de nuevo. Porque ¿quién no peca? ¿Quién no cae? ¿Qué criatura podria lisonjearse, aun puesta en las condiciones mas favorables, de que pasaría una vida siempre inmaculada?

Para las almas puras, dignas por tanto de recompensa, seria una injusticia hacerlas pasar de nuevo por el crisol de la prueba, en la que podian sucumbir, perdiendo el estado sublime que habian obtenido con sus méritos anteriores. Para las almas criminales, sometidas al castigo, seria tambien una injusticia sustraerlas sin ningun mérito á la pena merecida como consecuencia natural de sus culpas. Dios, que es la misma justicia, así como no puede dejar de premiar al bueno, tampoco puede dejar de castigar al criminal.

Y hé aquí que el sistema de la pluralidad de vidas, llega á ser inmoral, porque asegura á los malos la mas escandalosa impunidad. Sí, porque por toda pena de sus delitos se ofrece al criminal la perspectiva de una vida nueva. Que prevalezca este sistema, y vereis al hombre abandonarse á sus pasiones, correr tras de todos los vicios y romper todos los frenos. El temor de un infierno eterno, y la ira de un Dios justiciero, no bastan muchas veces para contenerle en sus deberes, ¿y bastaria el temor, ó mejor dicho la esperanza de otra vida en otro mundo, sin conciencia de este, ni temores ni remordimientos? ¿No sabeis que hay hombres tan perversos y tan brutales que no se detienen por nada por satisfacer sus locas pasiones, y otros tan empedernidos, que ha enmudecido en ellos el grito de la con-

Biblioteca Nacional de España

ciencia? ¿No habeis oido con espanto el eco aterrador de las horribles blasfemias de los clubs ateos que han gritado: «*Viva el infierno*» y «*Dios es el mal?*» No enseñeis otra doctrina sobre la vida futura, sino la pluralidad de existencias, y vereis bien pronto á dónde va á parar la sociedad.

El alma, segun este impío sistema, tendria el derecho ilimitado de emprender el curso de sus inmigraciones en la gerarquía de los mundos, sin que jamás pudiera Dios detenerla ni castigarla de otro modo, que proporcionándola el modo de ofenderle siempre. «Y no se diga, escribe Pioger, que el alma se cansaria de la monotonía de su marcha y de sus faltas: pues el pecado es un abismo sin fondo, que por sí mismo va haciéndose cada vez mayor y arrastrando mas. Esta tierra que habitamos bastaria al pecador para la eternidad á pesar de su estrechez, pues solo pide tiempo y duracion para quedar contento. ¿Qué haríamos de una mansion que se renovase incesantemente por el cambio de los tiempos y de las cosas? Dispondríase uno como para continuar una série de viajes encantados. En vez de la terrible perspectiva del juicio que hace de la muerte el escollo solemne de la vida, marcharia el pecador hácia la tumba con la seguridad de un transeunte que atraviesa un pórtico, y en la ironía de su impunidad diríase á sí mismo: El universo es grande, los siglos son largos, verifiquemos desde luego la circumnavegacion de los mundos y de los tiempos; pasemos de Júpiter á Vénus, de Vénus á Saturno, del primer cielo al segundo, del segundo al tercero, y si despues de recorridos los espacios y períodos innumerables, llegasen á faltarnos soles, nos presentaremos á Dios para decirle:—Hénos aquí, nuestra hora no ha llegado todavía: fabrícanos nuevos cielos y nuevos astros, porque si tú estás cansado de esperarnos, nosotros no lo estamos aun

Biblioteca Nacional de España

de viajar, de maldecir, y de pasarnos sin tí... Tal es, dada la doctrina de la transmigracion de las almas, el término del órden moral (1).»

«¿Qué dicen los partidarios de la metempsícosis futura á las almas enervadas y degradadas? pregunta Monsieur T. H. Martin.—Los menos irrazonables dicen: «Si persistis en la misma via, ireis siempre de mal á peor en las pruebas sucesivas de la vida futura, hasta el dia en que el exceso mismo de la degradacion os obligará á dejar de amarla.» Estas almas responderán: «Gocemos pues de nuestro estado presente, mientras lo amamos aun, pues que siempre habrá tiempo de salir de él, cuando ya no lo amaremos.»—Otros les dicen: «Siempre avanzareis de una á otra vida, aun á pesar vuestro, hácia ese fin sublime, cuya apetecible belleza no comprendeis; pero avanzareis mas lentamente por culpa vuestra.» ¡Ah! contestarán ellas: «Identifiquémosnos, pues, mas y mas con lo que amamos, para avanzar lo mas lentamente que podamos hácia lo que no apetecemos (2).

Tales son efectivamente los deseos de los impíos. ¿Qué mas quisieran ellos, sino que este sistema pérfido fuese una verdad?

Por último este sistema conduce inevitablemente al fatalismo. Porque supone que el hombre viene al mundo con *predisposiciones* desconocidas de una vida anterior, con hábitos inveterados tan pronunciados que al tomar este cuerpo los marcaria en su cerebro, haciéndole dilatarse en protuberancias fatales, indicio de pasiones de que no tendria la menor idea. Habiendo de obrar con estas predisposiciones, es mas difícil su prueba, y es de creer que saldrá mal en ella. Esto le esclavizaria mas en el mal, y aumentaria

(1) *La vie apres la mort*, cap. XVI.
(2) *La Vie future*, cap. VII, § 5.°

Biblioteca Nacional de España

las dificultades en la existencia posterior. La libertad ya debilitada por las seducciones del mundo presente, que hablan á los sentidos mas alto que la razon, tendria que vencer mayores resistencias, superar mayores obstáculos, precisamente cuando tendria menos fuerzas. Asi es que iria descendiendo paso á paso, de mundo en mundo, hasta degradarse tanto que la fuese imposible la rehabilitacion. Por otra parte la hipótesis que combatimos supone que aquellas disposiciones nativas son efecto de la justicia divina que nos envia con ellas, y son la única huella de la vida anterior. Las desigualdades de la vida presente, la condicion en que uno nace, la educacion que recibe, los bienes ó males que le rodean, deben atribuirse á los méritos ó deméritos de las vidas pasadas, antes que en esta se haya podido merecer ó desmerecer. De manera que los afortunados del siglo, aunque sean unos infames, habrán sido los justos de la vida pasada, mientras que los pobres y desgraciados, cuanto mas desgraciados fuesen, habrian sido los mayores criminales del pasado, y seria preciso mirarlos con horror. ¡Cuán monstruosas consecuencias se deducen de este error inhumano y cruel! ¡Qué desprecio á los miserables, qué insulto á la desgracia! ¡Qué servilismo para obrar! ¡Qué cambio en las relaciones sociales! ¡Qué interés mezquino, que sensualismo, que degradacion!

Si por el contrario se supone que cada nueva existencia marca un paso de avance en el camino del progreso, se quitan los principales estímulos de la virtud. Cuando sea difícil ó comprometido el cumplimiento del deber, nadie querria hacer un sacrificio inútil, puesto que tarde ó temprano habia de llegar al término, y obrase como quisiera, habia de alcanzar la salvacion. Ponga ó no nada de su parte, el hombre es como empujado fatalmente hácia ese progreso: ¿para qué quiere pues la libertad? Mas la criatura racional,

Biblioteca Nacional de España

como finita, necesariamente ha de llegar á un punto en la via de su progreso que no pueda pasar mas allá, porque su condicion esencial de criatura no la permite llegar á lo infinito. Cuando haya llegado pues al grado máximo de perfeccion de que es capaz, cuando haya tocado el límite de su progreso, ¿qué hareis con ella? ¿Volverá á empezar su camino? Esto es inícuo. ¿La dejareis estacionaria é inactiva? Esto es contrario á su actividad natural, esto seria una imperfeccion, un retroceso. ¿La abismareis en Dios? Esto seria destruirla, aniquilarla. No queda otra solucion que la católica: unirla moralmente á Dios, como bien Sumo, conservando su propia identidad; y constituir en esa union su última perfeccion, su último fin, su suprema felicidad:

Sin necesidad de aducir otros argumentos, que omitimos en gracia de la brevedad (1), podemos dar por demostrado que la hipótesis de la pluralidad de existencias, bajo cualquier aspecto que se examine, es tan absurda como desastrosa en sus consecuencias. Por eso nos ha sorprendido que haya caido en este error un hombre de tan claro talento como Mr. Flammarion.

No; la pluralidad de mundos habitados no conduce á tan absurdo corolario, que antes bien la despoja de toda su grandeza. Los mundos son nuestro patrimonio, es cierto, pero solo en el sentido que hemos espuesto en el capítulo anterior. La religion, las creencias de todo el género hu-

(1) Este capítulo es un rapidísimo bosquejo de algunos otros de nuestra obra: *La pluralidad de existencias del alma, ante el sentido comun*, que es un complemento de la presente, y debe leerse á continuacion. Nuestro deseo era publicarlas juntas, pero no ha sido posible.

El lector habrá observado que nos hemos abstenido de presentar argumentos de la Sagrada Escritura, Concilios y Santos Padres. En dicha obra los presentamos en gran número y con estension. Aquí los hemos omitido, porque los partidarios de este error, por lo general, no admiten su autoridad. Por otra parte estos errores se refutan con mas fruto por sola la razon.—Véase el apéndice, nota H.

Biblioteca Nacional de España

mano, la conciencia, el sentido íntimo y las ciencias nos dicen de comun acuerdo lo que debemos creer acerca de la vida futura. No hay mas pruebas que la vida presente, y despues de ella, justicia para todos; premios ó castigos por toda la eternidad.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XVIII.

El infierno eterno.

Habiendo tratado de la vida futura, y de la pluralidad de existencias, no podemos dispensarnos de decir dos palabras acerca del infierno, pues precisamente la negacion de este dogma ha contribuido á propagar aquel error. Mas como su demostracion no entra en el plan de este libro, seremos muy breves, limitándonos á esponer sus fundamentos con la posible claridad.

Respecto al infierno, solo es *de fé* su existencia y duracion sin fin. Todo lo demás que se refiere al lugar, naturaleza de la pena, gravedad é intensidad de la misma, estado normal de los réprobos etc., puede ser mas ó menos probable, pero no se puede afirmar con certeza. Sin embargo la opinion general en la Iglesia católica es que la pena consiste en el *fuego*, y aunque el negarla no seria una *herejía*, seria ciertamente una *temeridad*.

La existencia del infierno y su eternidad fue enseñada por Jesucristo con la mayor precision. Repetidas veces habla de la *gehenna*, del *fuego inextinguible*, del *gusano que no muere*, de la *condenacion*, del *fuego eterno*. Esta doctrina era del todo conforme á la que habian enseñado los Profetas. Baste decir que esta verdad se encuentra espresada clara-

Biblioteca Nacional de España

mente en mas de *ciento y veinte* lugares de la Sagrada Escritura.

Todos los Santos Padres unánimes predicaron la misma doctrina. Solo dos ó tres parece que se desvian algun tanto en algunos pasajes oscuros de sus obras, y aun estos probablemente están adulterados por los origenistas.

De tal manera se halla este dogma en el fondo del cristianismo, que á escepcion de Orígenes, no lo ha negado ninguno de tantos herejes como han combatido la fé católica.

Esta creencia se asienta en lo íntimo de la conciencia humana, y es el dogma fundamental de todas las religiones. Ella es tan antigua como el mundo, y tan estendida como la raza de los hombres. No hay tal vez ninguna verdad que tenga el asentimiento tan unánime y constante del género humano.

La razon encuentra este dogma muy conforme á sus principios. En efecto, Dios como sábio y supremo Legislador, ha debido poner á sus leyes una *sancion* que las haga eficaces; y esta no puede ser otra que una pena eterna para sus infractores. Solo esta puede ser eficaz para contener á los hombres: cualquiera otra, por larga que se suponga, no conseguiria su objeto. Los que atacan el dogma del infierno os concederán todos los suplicios imaginables, y toda la duracion que se les quiera dar, y no se sublevarán mas que contra una sola cosa, la eternidad de estos suplicios, sin reparar que con esto mismo atestiguan su necesidad, y que es el único freno para el hombre.

La misma justicia humana impone castigos en cierto modo eternos, en cuanto le es permitido hacerlo; por ejemplo, la pena de muerte que aparta al criminal de la sociedad para siempre; el destierro *perpetuo*, la cadena *perpetua*, que durarian eternamente si el hombre fuese eterno en esta

Biblioteca Nacional de España

vida.—La historia llena de perpetua infamia la memoria de algunos perversos, como Neron, Andrónico etc., y la posteridad los mirará siempre con horror. Dios con mas motivo que ve todas las cosas presentes en su eternidad no puede mirar á un réprobo como á un justo. El pecado está siempre vivo, y por eso su pena debe durar siempre. ¿Porqué habria de cambiar el destino del pecador? ¿Acaso Dios le debe aniquilar, frustrando él mismo la satisfaccion de su justicia?

Pero, dicen los incrédulos, ¿cómo es posible que un Dios infinitamente bueno y misericordioso castigue eternamente á sus criaturas? Admitir el infierno, seria destruir la bondad de Dios, seria hacerle un verdugo cruel, lo cual equivale á negarle.

—No es así. Por ser Dios infinitamente bueno no puede menos de castigar á los que han abusado indignamente de su bondad. La bondad de Dios, asi como su justicia y severidad, consiste en el amor del órden, de lo justo, y de lo recto, y debe ejercerse segun la *recta razon*, como dice Santo Tomás. Por lo tanto no puede consistir en un perdon indiscreto ó una piedad mal entendida que dejase la maldad *impune*, pues como es infinitamente bueno, es tambien infinitamente justo.—Por ser Dios infinitamente bueno, debe amar infinitamente el bien y aborrecer infinitamente el mal; luego aborrece infinitamente el pecado y por eso lo castiga con una pena eterna. La bondad y la justicia de Dios deben ser iguales en castigar el crímen que en premiar la virtud. Luego siendo eternos los premios destinados á los buenos, deben ser tambien eternas las penas de los malos. Hallais muy puesto en razon, dice Melebranche, que una recompensa eterna sea digna de Dios: aprobad pues igualmente sus rigores esternos.»

—Dios nos crió únicamente para la felicidad, replican

CASPAR, EDITORES
MADRID

Biblioteca Nacional de España

—Es cierto y nada omitió por su parte para que la consigamos, hasta el sacrificio de su unigénito Hijo. Por eso si alguno se condena no es por culpa de Dios, sino por la suya propia, por no seguir el camino que el misno Dios le trazó por ser feliz eternamente.

—Pero para todos los pecados hay misericordia y perdon, insisten.

—Sin duda alguna, si hay arrepentimiento y enmienda. Pero esto solo es posible en esta vida, no despues de la muerte, cuando ya ninguno puede obrar, ni tiene gracia para la conversion.

Todas las objecciones contra el infierno provienen de un sentimentalismo exajerado, y de una falsa idea acerca de la responsabilidad humana y la justicia divina.

«No obstante, dice Mr. Bautain, á menos que se renuncie la idea del verdadero Dios, á no ser que la razon renuncie á sí misma, que se llegue á negar la libertad y la personalidad de la criatura inteligente, la razon está obligada á admitir esta terrible verdad porque se deduce de premisas necesarias. Si es verdad que el Sér Creador es inmutable en su poder, si la criatura inteligente es libre, inmortal, indestructible: si abusa de su libertad poniéndose voluntariamente en oposicion con la voluntad, el poder y la sabiduría de su divino Autor; si se ha fijado en esta oposicion, sea por un solo acto decisivo é irrevocable, como el ángel, sea en virtud de actos reiterados y sucesivos, como el hombre, es preciso y de suma necesidad que esté sujeta á las consecuencias de lo que ha hecho. Dios quiere siempre lo que quiso en el acto de crear, la dicha de la criatura; y esta, una vez que se ha fijado en la oposicion, no puede cambiar ni ser cambiada: ha agotado el amor divino, y ha inutilizado todos los medios de gracia, mediante los cuales podia llegar á el. Persiste pues en la oposicion, su pecado

Biblioteca Nacional de España

es permanente, y la suerte que se ha creado con el pecado lo es tambien. En todo no hay arbitrariedad alguna por parte de Dios: no hay mas que lo que la criatura quiso, y quiere todavía. Si su suerte es feliz, porque está conforme con su naturaleza, con su ley, es deudora de esto á Dios y *á sí misma* por medio de Dios. Si es infeliz, la causa de su desdicha está en su voluntad pervertida. Es la que se crea un infierno en su *yo*, en su conciencia, en su persona: y el lugar del universo que habita, persistiendo en su rebelion, (pues es necesario que cada criatura tenga su lúgar y su mundo), el lugar en que están reunidos estos seres ingratos y orgullosos, llenos de odio y de revolucion, es el infierno exterior, el lugar de la tortura y del tormento... El dogma formidable de las penas eternas, anunciado tan positivamente en el Evangelio, tan constantemente enseñado y creido en la Iglesia cristiana, se deduce lógicamente de las primeras verdades de la metafísica; y la razon no puede rechazarle sin negar su ley, sin negar al mismo Dios, y la libertad de la criatura racional... Entre la idea de la bondad infinita y la creencia en un castigo sin límites por un delito momentaneo, hay una verdad intermedia, un término medio, la libertad de la criatura inteligente, su inmortalidad, su indestructibilidad. A esta voluntad atiende Dios y jamás la violenta: y á ella es necesario referir el desórden y sus consecuencias, y no á la voluntad divina. Y observad que esta verdad dogmática se hace tanto mas terrible, en cuanto es una deduccion de principios necesarios. No se encuentra aquí una justicia vengadora deseosa de castigar. Por una parte hay el amor desdeñado, y por otra el orgullo rebelado; hay una ley inflexible que se aplica á la criatura, como justicia rigurosa, bajo la cual ha caido, porque asi lo ha querido, en virtud del acto de su propia libertad (1).

(1) Mr. Bautain, *Correspondencia religiosa*, tomo II, carta 57.

Biblioteca Nacional de España

Por último la razon y la revelacion nos dicen de consuno, que toda criatura que no sigue el camino marcado para conseguir su fin, por cierto no llegará á el. El camino para conseguir el fin del hombre, es la virtud, el cumplimiento del deber, mas como muchos hombres perversos no le siguen, y mueren en ese estado, claro es que estos no llegarán á su fin. Si no llegan á su fin, que es la gloria eterna, es evidente que están eternamente privados de ella. Esta privacion es la mayor pena del infierno, es el infierno mismo, es la condenacion. Mas como todo el que se desvia voluntariamente de su fin es digno de una pena; ademas de la privacion de la gloria que se sigue necesariamente del pecado, el pecador debe sufrir una pena exterior.

Finalmente el infierno en rigor no es otra cosa que la diferencia esencial entre el bien y el mal, que ha de durar por toda la eternidad. Todas las cosas que existen, tienen un término; y este término es, ó el aniquilamiento, ó la eternidad. Luego la eternidad de premio para el bien y de castigo para el mal (1).

(1) «Si pesamos bien, dice Tillotsen, los términos en que están concebidas las amenazas del Evangelio, tendremos cuantas razones pueden darse para persuadirnos de que las penas de los malos son eternas. Al menos, no podemos estar seguros de lo contrario, y tenemos sobrado tiempo para prevenirnos y evitar esta desgracia. No esperemos á que una triste esperiencia nos lo haga conocer; entonces seria ya demasiado tarde, y no podriamos evitar el efecto de una sentencia tan terrible, ni conseguir que fuese revocada... Si nuestros espíritus se penetrasen bien de esta idea, bastaria ella ciertamente para hacernos insensibles á todas las seducciones del vicio. Porque ademas, el partido que él nos propone, es infinitamente desventajoso, pues que para indemnizarnos del peligro infinito de ser desgraciados para siempre, no nos ofrece mas que el goce de algunos placeres de corta duracion.»—*Discurso sobre la eternidad de las penas.* Merece leerse este discurso por la novedad con que presenta los argumentos y resuelve las dificultades, llevándolas con *mucho ingenio* á un terreno eminentemente práctico. Este discurso se halla casi entero en la *Razon del Cristianismo*, por M. Genonde, tomo II, *pág.* 247.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIX.

Los mundos en el espacio.—¡El infinito!—Otro error de Mr. Flammarion. (1)

Cuando se tienen nociones, siquiera superficiales, de la astronomía; cuando se tiene idea de la magnitud y prodigiosa distancia de los cuerpos celestes, no es posible contemplar el grandioso é imponente espectáculo de los cielos en el silencio de una noche serena, sin experimentar un profundo sentimiento de asombro. No sé qué vagas inspiraciones nos arrebatan á un órden de pensamientos enteramente nuevo: el misterioso encanto que nos ha producido su primera impresion se va cambiando poco á póco en un confuso olvido de nuestro propio sér: y recordando lo que nos enseña la astronomía, sentimos una especie de vértigo de lo infinito, un desvanecimiento de nuestro pobre cerebro ante la idea abrumadora de la inmensidad.

¿Cuánta es la vasta extension de los cielos? pensamos. ¿Dónde están los límites del espacio inconmensurable? ¿Hasta dónde se extienden los apartados confines de la creacion? ¿Cuál es la última unidad que cierra el número de las estrellas? ¿Cuál es aquella region en donde ya no hay mas allá? Aturdidos por lo incompaensible, nos parece que so-

(1) Tomamos los datos de este capítulo de las obras de: Flammarion, *Las maravillas celestes;* Humboldt, *Cosmos;* y Reguero Argüelles, *Astronomía Popular.*

Biblioteca Nacional de España

mos arrastrados á un abismo, en cuyo fondo resuena este eco temeroso: ¡lo infinito!

Para formar una idea de la extension y grandeza del universo, debemos proceder por conceptos parciales.

Primeramente hagamos un esfuerzo para apreciar la magnitud colosal del globo de la Tierra. Subid sobre una alta montaña, cuya mole ya os parece enorme, el pico del Mediodía (Pirineos) por ejemplo, jamás hollado por planta humana: tended la vista á vuestro alrededor y contemplad la inmensa extension que se desarrolla á vuestros pies: por buenos que sean vuestros ojos, no alcanzareis á ver una milésima parte de la superficie de la Tierra.

Figuraos la vasta extension de toda la hermosa provincia de Valencia, con su bella y populosa capital, su multitud de pueblos, sus deliciosas huertas, sus dilatadas llanuras, sus amenos campos: para formar el globo terrestre se necesitarian cuarenta mil provincias como esta.

Representaos un dado gigantesco, cada arista del cual midiese un kilómetro de largo; tendríamos así un volúmen de mil metros cúbicos. Pues bien, para formar un volúmen igual al de la Tierra, seria necesario poner juntos un millon de millones, ó sea un billon de esos dados de á mil metros cúbicos. En una palabra, la superficie de nuestro globo es de quinientos diez millones de kilómetros cuadrados, de los cuales cerca de tres cuartas partes son ocupadas por los mares. El que quiera recorrer esta superficie, andando cada dia cien kilómetros, deberia emplear en su viaje cerca de *catorce mil* años. Un tren, marchando dia y noche sin detenerse, con una velocidad de cincuenta kilómetros por hora, ó sea catorce metros por segundo, tardaria en recorrer la misma distancia *mil ciento sesenta y cuatro* años: y si despues quisiera atravesar el globo de parte á parte, pasando en línea recta por su centro, emplearia todavía otros diez

Biblioteca Nacional de España

dias en un gigantesco túnel de doce mil kilómetros.

Y sin embargo esta masa colosal, este globo tan vasto es como nada en el universo. Si se pusiera sobre el Sol apenas haria el efecto de una pequeña montaña, y seria preciso reunir un millon y cuatrocientas mil tierras para formar un globo de las mismas dimensiones que el Sol. La Tierra es uno de los mas pequeños planetas de nuestro sistema. Si quereis formar una idea de la magnitud de nuestro globo comparativamente al Sol y á los demás planetas, emplead el procedimiento de un profesor, cuyo nombre no recordamos, con sus discípulos. Tomad catorce decálitros de trigo, ó sea ciento cuarenta litros, y amontonadlos imitando en lo posible una esfera: esta representará al Sol. A setenta y cinco metros de distancia poned un solo grano de trigo, y este será la Tierra en su proporcion exacta con el Sol, ya como volúmen, ya como distancia. A cincuenta y cuatro metros poned algo menos de un grano y tendreis el planeta Venus: á veintinueve metros la décima parte de un grano representará á Mercurio: un séptimo á ciento doce metros será Marte: mil cuatrocientos setenta granos á trescientos noventa metros representan á Júpiter, y ciento diez granos á dos mil doscientos cincuenta metros figuran á Neptuno. La Luna equivaldria á la quincuagésima parte de un grano. Los pequeños planetas ó asteroides á algunos átomos de un grano molido, en las mismas proporciones.

Si se colocára el globo terrestre en el centro del globo solar como un hueso en medio de una fruta, la distancia de noventa y seis mil leguas que nos separa de la Luna, estaria comprendida en el interior del cuerpo solar; la Luna misma se hallaria absorbida en él, y todavía para ir desde la Luna hasta la superficie del Sol, siguiendo el mismo radio, habria que recorrer una distancia de ochenta mil leguas.

Biblioteca Nacional de España

Nuestra distancia al Sol es de treinta y ocho millones de leguas. Para ir hasta él en línea recta, con la velocidad del tren arriba dicho, necesitariamos trescientos cincuenta años, y hariamos nuestra primera estacion en la Luna á los trescientos veinte dias de nuestra partida. Una bala de cañon, corriendo cuatrocientos metros por segundo, ó sean trescientas sesenta leguas por hora, nos llevaria á aquel astro en unos doce años: y si el cañonazo se disparase en el Sol y pudiera llegar hasta nosotros el sonido, tardaria en venir mas de catorce años. La luz recorre el mismo camino en poco mas de ocho minutos.

Trasladados al Sol nos hallariamos en un globo un millon y cuatrocientas mil veces mayor que nuestro planeta, que tan grande nos ha parecido. Desde allí abarcaríamos la inmensa extension de sus dominios, que hasta el último de los planetas conocidos, Neptuno, comprende una circunferencia cuyo radio es mil ciento cuarenta y siete millones de leguas, abrazando por lo tanto un campo de siete mil millones. Sin embargo no se limitan aquí las fronteras del imperio solar, pues la poderosa red de su atraccion sujeta á los miles de cometas que vagan errantes por las profundidades celestes, y algunos de los cuales se aleja en su afelio treinta y dos mil quinientos millones de leguas, como el de 1680, cuyo período ha sido calculado en tres mil años: extendiendo su dominio á esos apartados confines, que aun ignoramos si serán los últimos en realidad.

En verdad estas distancias nos abruman, estos números nos confunden; y sin embargo, ¿qué es el vasto sistema solar en comparacion del universo? Lo que una gota de agua en el mar.

Cada una de las estrellas que contemplamos sumidas en los abismos del espacio, es el centro de un sistema planetario tal vez mas extenso que el nuestro. Sirio es un sol ca-

Biblioteca Nacional de España

torce veces mayor que el que nos alumbra, y por lo tanto unos veinte millones de veces mayor que el globo terrestre. Orion y Arturo son poco menos; los siete luceros de la Osa Mayor le exceden tambien, y en una palabra, innumerables estrellas, por no decir la mayor parte, le sobrepujan en volúmen y resplandor. Si nuestro Sol fuese trasladado á la distancia en que aquellas brillan, apareceria como una estrella de tercera ó cuarta magnitud.

A pesar de la apariencia que presenta la perspectiva, inmensas distancias separan todos esos sistemas del nuestro: distancias tales, que los números mas altos de nuestra extensa numeracion apenas pueden expresar las mas cortas. Un centímetro aparente de la esfera celeste es en realidad un espacio incalculable de millones de leguas; y tal vez las estrellas que parecen mas próximas entre sí, son las mas distantes.

Para medir esas distancias, no hay número. La velocidad del tren indicado, la celeridad del sonido ó de una bala de cañon, la rapidez de la electricidad, corriendo años y siglos, no significa nada. Tomemos por tipo la velocidad de la luz, *setenta y siete mil leguas por segundo*.

Partiendo del Sol, dirijamos en línea recta nuestro vuelo hácia la estrella mas cercana á la Tierra, nuestra estrella *vecina*, α del Centauro. Pasado el primer segundo, hemos andado *setenta y siete mil* leguas, pasado el siguiente, *ciento cincuenta y cuatro mil*... Ya han trascurrido diez segundos.., un minuto... diez minutos: hemos pasado la órbita de la Tierra... hemos andado *cincuenta millones* de leguas. Continuemos una hora... cuatro horas: estamos mas allá de la órbita de Neptuno. No nos detengamos: marchemos un dia, dos dias... llegamos á las últimas fronteras del dominio del Sol, á la escentricidad mas lejana de los cometas, *treinta y dos mil millones* de leguas. Sin suspender nuestra mar-

Biblioteca Nacional de España

cha vertiginosa, caminamos una semana... un mes... un año... tres años... atravesamos los abismos de la extension, devoramos la inmensidad. ¡Cuán lejano está todavía el término de nuestro viaje! Adelante, ¡un esfuerzo mas! Otro mes... tres... seis... ocho meses: ya hemos llegado.—Para llegar á la estrella *mas cercana*, en alas de la luz, que del Sol á la Tierra, no tarda mas que ocho minutos, hemos debido emplear *tres años y ocho meses* en un camino de *ocho billones y treinta mil millones* de leguas: ó exactamente, ¡8_2,029.400$_1$,000.000!

Así se puede formar una idea del espantoso valor de la cifra numérica que representa esa distancia. De otro modo, como esa cifra supera á todos los números que estamos acostumbrados á emplear, no seria para nuestro ánimo de ninguna significacion y no la podríamos comprender.

¡Y esa es nuestra estrella mas cercana! La que sigue inmediatamente en el órden de la distancia es una estrella situada en otras regiones del cielo, en la constelacion del Cisne. Es nuestra segunda vecina, lo cual no impide que esté casi tres veces mas apartada de nosotros que la primera: *veintiun billones* de leguas, que la luz tarda *nueve años y medio* en recorrer. La tercera es Vega de la Lira, á mas de *cincuenta billones*, que suponen para la luz un camino de *veintiun años*. Sirio está algo mas distante, y para llegar á él tarda la luz *veintidos años*. A la primera de la Osa mayor emplea veinticinco, á Arturo veintiseis, á la Estrella Polar cincuenta, á la Cabra *setenta y dos años*, que representan una distancia de *ciento setenta billones, cuatrocientos mil millones de leguas* (1).

No hay estrella de primera magnitud cuya luz llegue á nosotros en menos de tres años. Segun esto, la distancia de las estrellas de diferentes órdenes, tan grandes en reali-

(1) Véase apéndice, nota I.

Biblioteca Nacional de España

dad como Arturo, Vega, etc., debe ser tal que la luz no pueda recorrerla; para las estrellas de segunda magnitud en menos de seis años; para las de cuarta en doce; para las de sexta en treinta y seis; para las últimas visibles con el telescopio de tres metros en mil cuarenta y dos; para las últimas que alcanza el telescopio de seis metros en dos mil setecientos. Estas son distancias calculadas por el mínimum. Pero hay estrellas cuya luz no nos llega en menos de *diez mil* y aun de *cincuenta mil años:* y nebulosas cuya luz emplea millones de años para llegar hasta nosotros. Los rayos luminosos que vienen de las estrellas nos refieren, pues, la historia antigua de esos astros, y no su estado actual.

Pero lo que importa que nos persuadamos, al formar idea del universo, es que todos esos astros, que brillan en la noche como puntos casi imperceptibles, son otros tantos soles, iguales ó mayores que nuestro Sol, centros de sistemas de planetas, cometas y satélites, tan vastos como el que acabamos de admirar. Alejándonos del Sol hácia un punto cualquiera del espacio, le veremos disminuir en magnitud y perder la importancia capital que parecia ser su privilegio. Cuando lleguemos á los límites de su sistema, ya no nos presentará mas que el aspecto de una grande estrella; y alejándonos aun mas le veremos descender á la magnitud de una estrella sencilla. En fin, si dirigiéndonos á un astro cualquiera del cielo, continuamos asistiendo al decrecimiento aparente del Sol que se hunde detrás de nosotros en las profundidades del espacio, mientras que aquel se reduce á una pequeña estrella que en breve se pierde entre la multitud de las demás, el astro á que nos dirigimos perderá, por el contrario, su aspecto modesto, se aumentará su magnitud, resplandecerá, y agrandándose á medida que nos acercamos á él, vendrá á ofrecerse á nuestra vista como un verdadero Sol no menos importante que el nuestro por su

Biblioteca Nacional de España

poder luminoso y calorífico, y por los dones que dispensa á los planetas de su dominio.

Pero ¿qué maravillas nunca imaginadas apercibimos al acercarnos á esos soles? Nuestro Sol es un indivíduo aislado en la sorprendente diversidad de los mundos: el espacio es un glorioso teatro de las mas asombrosas concepciones. Hemos llegado á otros mundos extraños, inverosímiles, no naturales para nosotros. La vida, las fuerzas que la conservan, la luz, el calor, la electricidad, los períodos de los dias y de las noches, las estaciones, los años, el mundo visible é invisible, todo aparece trasformado. Estamos en la superficie de globos celestes iluminados por varios soles de todas magnitudes, de toda especie de luces, de todos matices, y por lunas de discos multicolores. Nada semejante hemos visto sobre la Tierra. ¿Será esto realmente nuestra creacion? ¿Son por ventura otros universos?

«Observemos los tipos esenciales de la admirable variedad que distingue á esos mundos del nuestro. A la simple vista ó con telescopios de mediano poder, todas las estrellas aparecen como simples puntos luminosos. Si se emplea un instrumento que multiplique considerablemente, el observador queda sorprendido al ver que alguno de esos puntos se duplican: se perciben dos estrellas en vez de una. Y no solamente se distinguen estrellas dobles, sino tambien triples, cuádrnples y hasta séptuples, como la notable estrella *e* de la constelacion de Orion.»

«La luz blanca de nuestro Sol envia sus rayos resplandecientes desde la azulada altura, y gracias á la atmósfera transparente, cuyos mil reflejos forman un océano de luz, todos los objetos que pueblan la superficie del globo están envueltos en su claridad. Sin embargo, esta luz blanca no es simple, pues contiene en su rayo todos los colores posibles: y los cuerpos, en vez de parecernos revestidos todos

Biblioteca Nacional de España

de una blancura uniforme, absorben ciertos colores de ese rayo complejo y reflejan los demás. Esta reflexion es la que constituye á nuestros ojos su diversa coloracion. Esta depende, pues, del modo de obrar de las moléculas de la superficie reflejante, de su disposicion para recibir ciertos rayos del espectro y rechazar los demás. Pero la suma de todos estos colores constituye el blanco originario, única fuente de esas diversas apariencias.»

«Ahora bien; supongamos por un momento que en vez del blanco manantial de toda luz que nos inunda, tenemos un Sol azul turquí: ¡qué cambio de decoracion se verifica súbitamente en la naturaleza! Las nubes pierden su argentina blancura, y el oro de sus arreboles, para desplegar bajo del cielo una bóveda mas sombría: la naturaleza entera se cubre de una penumbra coloreada: las mas hermosas estrellas se presentan á la vista en medio del dia: las flores toman un tinte opaco que reemplaza al esplendor de sus brillantes atavíos: las campiñas se dilatan envueltas en la bruma hasta el extremo del horizonte: un nuevo dia luce bajo los cielos. Conocemos tan poco el fondo de las cosas, nos atenemos de tal modo á las apariencias, que el universo entero nos parece renovado por esa ligera modificacion de la luz solar.»

«¿Qué sucederia si en vez de un solo sol azul turquí, siguiendo con regularidad su curso aparente, marcando los años y los dias por su única dominacion, viniera de repente á unirse con él un segundo sol de color rojo escarlata, que le disputara sin cesar el imperio del mundo de los colores? Figurémonos que al medio dia, en el momento en que el sol azul extiende sobre la naturaleza esa luz de penumbra, que hemos descrito poco há, el incendio de un foco resplandeciente asoma por el Oriente sus llamas. De improviso se levantan perfiles verduzcos á través de la luz difusa, y en

Biblioteca Nacional de España

frente de cada objeto un rastro sombrío viene á cortar la claridad azul extendida sobre el mundo. Despues el sol rojo sube, mientras el otro desciende: y los objetos son coloreados al Oriente por los rayos del rojo y al Occidente por los del azul. Mas tarde un nuevo mediodia luce sobre la tierra, mientras que al Poniente se desvanece el primer sol, y entonces la naturaleza se enciende con un rojo escarlata. Por la noche apenas el Occidente ve palidecer como lejanos fuegos de Bengala los últimos rayos de la púrpura solar, una nueva aurora presenta por el lado opuesto los fulgores azulados del cíclope de ojo azul. La imaginacion de los poetas, el capricho de los pintores ¿crearán en la paleta de la fantasía un mundo de luz mas atrevido que este? ¿La loca mano del delirio, la ardiente imaginacion de la quimera, trazando sobre su dócil lienzo los estravagantes rasgos de su voluntad, levantaria por ventura un edificio mas sorprendente que este?»

Lo que acabamos de decir, á propósito de una tierra iluminada por dos soles de diversos colores, uno azul brillante y otro vivo escarlata, nada tiene de imaginario: es un mundo real que se encuentra en la constelacion de Perseo. Y este mundo no es único en su género, sino que se realiza igualmente en el sistema de Ofiuco, en el del Dragon, en el de Tauro, en el de Argos y en otros muchos lugares del espacio, sin mas diferencia que en los unos es mas grande ó de color mas intenso, el sol rojo que el azul, ó viceversa. Hay tambien mundos iluminados por soles dobles, anaranjado y verde, rojo y verde, azul y amarillo, blanco y azul, oro y rubí. Los soles que constituyen esos sistemas múltiples difieren radicalmente del nuestro por su coloracion.

«¡Qué variedad de claridades deben esparcir dos soles, uno rojo y otro verde, uno amarillo y otro azul sobre un

Biblioteca Nacional de España

planeta que circule alrededor del uno y del otro! ¡Qué encantadores contrastes! ¡Qué magníficas alternativas deben producir un dia rojo y un dia verde, sucediendo alternativamente á un dia blanco y á la oscuridad de la noche! ¿Qué naturaleza es aquella? ¿Qué inefable belleza reviste de un esplendor desconocido aquellas tierras lejanas, diseminadas en el espacio sin límites?»

«Si los planetas que giran por aquellas alturas inaccesibles están rodeados de satélites, como sucede á la Tierra, Júpiter y Saturno, que presentan sus gigantes espejos al hemisferio oscuro de aquellos mundos, ¿cuál debe ser el aspecto de sus lunas alumbradas á un tiempo por varios soles? Esa luna que se levanta entre las montañas lejanas está dividida en cuartos de diversos colores, uno rojo y otro azul: aquella otra no ofrece mas que un creciente amarillo; la de *mas allá*, que está en su lleno, es verde, y parece una inmensa fruta suspendida en el espacio. Luna rubí, luna esmeralda, luna ópalo, ¡qué diamantes celestes! ¡Oh noche de la Tierra modestamente argentada por nuestra luna solitaria! Bella eres cuando el espíritu tranquilo y pensativo se contempla. ¿Pero qué eres al lado de las noches alumbradas por aquellas lunas maravillosas?»

«¿Y qué son los eclipses de sol en esos mundos? ¡Soles múltiples, lunas múltiples! ¿A qué juegos infinitos de luz no dan lugar vuestros resplandores mútuamente eclipsados? El sol azul y el sol amarillo se acercan: su claridad combinada produce el verde sobre las superficies iluminadas por ambos á la vez, y conserva el amarillo ó el azul sobre aquellas que no reciben mas que una sola luz. Pronto el amarillo se acerca á ponerse bajo el azul y eclipsa parte de su disco, y el verdor esparcido por el mundo va palideciendo hasta morir fundido en el oro que derrama en el espacio sus irradiaciones cristalinas. Un eclipse total colora al mun-

Biblioteca Nacional de España

do de amarillo: un eclipse anular presenta un anillo azul, rodeando una esfera de oro. Poco á poco el verde renace y recobra su imperio. Añadamos á este fenómeno el que se produciria, si alguna luna viniese en medio de este eclipse dorado á cubrir el sol amarillo y á sumergir al mundo en la oscuridad, continuando despues segun la relacion existente entre su movimiento y el del Sol, ocultándole á su salida del disco azul y dejando la naturaleza detrás de una cortina nueva y azulada. Añadamos además... Pero no, el tesoro de la naturaleza es inagotable, y tomar de él á manos llenas es como no tomar nada (1).»

Tengamos presente que esos astros, en los que las maravillas de la creacion varían indefinidamente, no tienen número. La extension indefinida y el número indefinido se corresponden mútuamente en el espacio: la creacion no tiene límites asignables en los séres que la forman, ni fronteras asignables en las regiones que llena.

En verdad que las estrellas visibles á la simple vista no pasan de *seis mil*, pero las que descubre el telescopio hasta la décimasexta magnitud, se elevan á unos cien millones. En el campo de los telescopios no se distinguen ya ni constelaciones ni divisiones: un polvo fino brilla allí donde la vista natural no encuentra mas que una oscuridad negra, sobre la cual resaltan dos ó tres estrellas. A medida que los descubrimientos maravillosos de la óptica aumentaron la potencia visual, todas las regiones del cielo se cubrieron de esa arena fina de oro, y vendrá un dia en que la vista admirada, elevándose hácia esas alturas desconocidas, se encontrará detenida por la acumulacion de las estrellas que se suceden incesantemente, no hallando delante de sí mas que un tejido delicado de luz.

Tal es el número de astros visibles, esto es, de los que

(1) *Las Maravillas celestes*, parte 6 cuadro II, cap. 7, pág. 149 y siguientes.

Biblioteca Nacional de España

se encuentran bastante próximos á las regiones del espacio que ocupamos, para que sus rayos puedan llegar hasta nosotros. Mas allá el número continúa creciendo en las regiones de lo invisible. Ante este cuadro, y recordando las distancias recíprocas de las estrellas diseminadas en el espacio, se comprenderá fácilmente que la luz de ciertas estrellas emplee mil, diez mil, cien mil años, para llegar hasta nosotros, recorriendo sin embargo setenta y siete mil leguas por segundo.

Digamos ahora que la mayor parte de las estrellas que vemos en el cielo, y particularmente las que pertenecen á la *Via láctea*, ó se encuentran en las regiones cercanas, forman un mismo conjunto, un mismo grupo, designado en la astronomía bajo el nombre de *nebulosas*. Nuestro sol pertenece á esta enorme aglomeracion de astros semejantes á él, y ocupa una parte central en la Via láctea. Esta nebulosa está aislada: sus límites están definidos bastante claramente, y ningun grupo, ninguna estrella brilla en el desierto que la rodea, dibujándose en el cielo bajo la forma de una claridad difusa que nuestros lectores no habrán dejado de observar durante las noches serenas. Herschell calculó por medio de observaciones minuciosas y métodos ingeniosos que la Via láctea no contiene menos de *diez y ocho millones* de soles. Este número de estrellas y sus distancias recíprocas suponen en esta nebulosa una extension que la mente no puede concebir: setecientas á ochocientas veces la distancia de Sirio al Sol, ó lo que es lo mismo, cincuenta y dos *billones* de leguas, multiplicados por *setecientos*. La mente se queda aturdida y no comprende nada. Para aclarar un poco la idea diremos que la extension de la Via láctea en el sentido de su longitud es tal, que la luz no puede recorrerla en menos de *quince mil años*. Así, pues, como nos hallamos hácia el centro de esa nebulosa, cuando

GASPAR EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

en el campo de un poderoso telescopio observamos las pequeñas estrellas lejanas situadas en las profundidades de la Vía láctea, nuestra retina recibe la impresion de un rayo luminoso que ha salido hace siete ú ocho mil años de un Sol análogo al nuestro, y que forma parte del mismo grupo sideral.

«Pero esta vasta y opulenta nebulosa lejos de ser sola en el universo, no es mas que la humilde compañera de una multitud no menos espléndidas, que constelan, tanto ó mas brillantemente quizá las regiones etéreas. Hay en el cielo un gran número de vías lácteas semejantes á la nuestra, alejadas á tales distancias, que se hacen imperceptibles á la simple vista. Si se preguntara á qué distancia de aquí hubiera de ser trasladada la nuestra, para ofrecernos el aspecto de una nebulosa ordinaria (subtendiendo un ángulo de 10′), contestaríamos con Arago que fuera menester alejarla á una distancia igual á trescientas treinta y cuatro veces su longitud, que como hemos dicho, no puede ser recorrida por la luz en menos de quince mil años. A esta distancia nuestra nebulosa se veria desde la Tierra bajo un ángulo de diez minutos, y la luz emplearia en llegar á nosotros 334 veces 15,000 años, ó lo que es lo mismo, *cinco millones y diez mil años:* ¡5.010,000! Tal es probablemente la distancia de muchas aglomeraciones de estrellas que estudiamos en el campo de nuestros telescopios.»

El universo está formado por millares y millares de nebulosas, que contienen millones de estrellas, y distan una de otra extensiones incalculables. Están distribuidas por el espacio inmenso en todas direcciones, en todos sentidos, siguiendo todas las rutas imaginables y revistiendo todas las formas posibles. Y todas las innumerables estrellas que las forman están en movimiento en los cielos. Nada hay fijo en el universo, ni existe un solo átomo de materia en

Biblioteca Nacional de España

reposo absoluto. Las fuerzas formidables de que la naturaleza está dotada, extienden universalmente su accion. Esos movimientos de traslacion de los soles en el espacio son insensibles á nuestra vista, porque se ejecutan á una inmensa distancia; pero son mas rápidos que cualquiera celeridad que podamos observar sobre la Tierra. Hay estrellas que corren por el vacío con una rapidez de veinte leguas por segundo: y para la vista que pudiera prescindir del tiempo y del espacio, el cielo seria un verdadero hormiguero de astros diversos, cayendo en todas direcciones en el vacío eterno. La estrella que es nuestro sol cae arrastrando consigo la Tierra y los planetas, con una celeridad de ciento veinte leguas por minuto, ó siete mil doscientas leguas por hora, penetrando mas y mas cada dia, cada año y cada siglo en las profundidades de la inmensidad.

A pesar de esta marcha desenfrenada nunca llegarán á un límite en donde se deban detener ó retroceder. Su camino dura lo que su existencia: millones y millones de años nada significan para medirlo. Y al recorrerlo sin cesar, cumplen la ley que les ha impuesto el Criador. *Cœli enarrant gloriam Dei:* los cielos publican en el lenguaje mas elocuente la gloria de Dios.

Hé aquí una pequeña idea del *espacio*. Nuestro pensamiento se esfuerza en vano por representarse esas inmensas distancias y esos números prodigiosos. Confundido y anonadado al aspecto de tal riqueza infinita, no sabe hacer mas que admirar en silencio esa indescriptible maravilla. «Elevándose sin cesar mas allá de los cielos visibles, atravesando las llanuras lejanas de este Océano sin límites, descubrirá siempre un nuevo espacio: siempre se ofrecerán nuevos mundos á su ávida investigacion, sucediéndose los cielos á los cielos, las esferas á las esferas: detrás de los desiertos se abrirán otros desiertos; despues de una inmensidad se pre-

Biblioteca Nacional de España

sentarán á su vista otras inmensidades, y aunque el alma *viajando sin descanso durante siglos* con la rapidez de la imaginacion, perpetuase su vuelo mas allá de los límites *mas inaccesibles de lo imaginable*, allí *mismo* se abriria ante ella el infinito de una nueva extension inexplorada: el *infinito del espacio se opondria al infinito del tiempo*, rivalizando incesantemente sin que jamás el uno pudiera vencer al *otro; y el espíritu se detendria estenuado de fatiga* en el vestíbulo de la creacion infinita como si no hubiera adelantado un solo paso en el espacio.»

Mortal orgulloso, exclama admirado el poeta inglés Kirke-White, levanta tus miradas hácia la bóveda estrellada, contempla los diamantes innumerables de que está ricamente sembrado el carro imperial de la noche. Los telescopios te mostrarán las miriadas mas espesas que la arena de los mares. Cada una de esas pequeñas antorchas es la gran fuente de luz, el Sol central alrededor del cual viaja fraternalmente una familia de planetas: cada mundo está poblado de séres vivientes semejantes á tí. Ahora, mortal orgulloso, ¿dónde está tu grandeza? ¿Qué eres en el anfiteatro del universo? Menos que nada en verdad. Sin embargo, el Dios que levantó ese maravilloso edificio de los mundos, tiene cuidado de tí como del mendigo que pide los restos de tu mesa.

Pasemos á refutar el error de Mr. Flammarion.

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XX.

¡Lo infinito! (continuacion). — El espacio, la estension. — El número, la unidad.

«Espacio, lugar de la criatura, que se estiende por encima de toda criatura, mas allá que la imaginacion y el pensamiento pueden concebir, ¿cómo debemos definirte? ¿cómo nombrarte? ¿cómo circunscribirte? ¿Eres infinito? ¿Eres finito, ó solamente indefinido? ¿Cuál es tu relacion con el mundo, tu relacion con los espíritus, tu relacion con Dios? Todos los ecos de la creacion responden: «¡Misterio! ¡Misterio!»

Efectivamente es así; cuanto mas meditamos en él, menos le comprendemos. Es el grande escollo donde se han estrellado ilustres filósofos, el mar donde han naufragado grandes talentos. Si la razon se lanza sola en sus profundidades, se pierde: es preciso que lleve en la mano la antorcha de la filosofía cristiana, que nace de la revelacion. Con esta luz descubrimos que esas vastas estensiones, cuya idea nos confunde, esos altos números, cuyo peso nos abruma, tienen un límite, porque ninguna cosa creada puede ser infinita. La infinidad real de la estension, como la infinidad real del número, son conceptos que repugnan. No por eso el universo pierde nada de su grandeza inconmensura-

Biblioteca Nacional de España

ble, indefinida, inasequible, asombrosa; pues solo nuestra débil inteligencia es sobrado pequeña para abarcarla y comprenderla. Por eso el lenguaje humano no tiene otras espresiones para dar idea de su grandeza que las de inmenso é infinito; y así se esplica que Flammarion, deslumbrado por las revelaciones de la astronomía, todavía incompletas, haya incurrido en el error de creer en su *infinidad formal*. En esta parte le disculpamos de buen grado, por mas que estemos dispuestos á refutar este error.

Prescindiremos de las diversas opiniones sobre la naturaleza del espacio. Desde luego afirmamos que no es la inmensidad divina, como suponia Clarke, ni una concepcion subjetiva de nuestro espíritu sin realidad exterior, como pretende Kant. Sea la misma estension de los cuerpos, segun la opinion de Descartes, sea la relacion ó el órden entre las cosas existentes, y aun entre las posibles, como si existiesen, segun el parecer de Leibnitz, sea lo positivo de la extension en Dios, como cree Fenelon, sea la idea de la extension en abstracto, como dice Balmes, sea la posibilidad indefinida de dicha extension, independientemente de los cuerpos, como piensa H. Martin, sea la condicion esencial de la limitacion de las cosas materiales, que si existieran fuera del espacio, serian indefinidas ó inmutables; como quiera que sea, nos conocemos demasiado pequeños para tomar parte en esa cuestion. Mi pobre inteligencia no ha acertado á fijarse sobre el particular: si me inclino á una opinion, me abruman las dificultades de las otras, y cuantos mas esfuerzos hago por abarcar esa grandiosa idea del espacio, conozco que mi cerebro estalla. Una sola cosa comprendo muy bien como teólogo y como filósofo: que el espacio no es infinito.

Lo infinito, como enseñan los metafísicos y teólogos, y aun el mismo Tiberghien, es toda realidad, sin partes, sin

Biblioteca Nacional de España

forma, inmutable, necesario, eterno, simple, perfectísimo, y por lo tanto *único*. ¿Habrá alguno que se atreva á afirmar que el espacio tiene todos estos atributos? Esto sería afirmar el panteismo. De donde resulta que el espacio, sea lo que quiera, no es infinito.

Y no se diga que confundimos lo infinito absoluto con lo infinito relativo. Esto es no decir nada. Infinito relativo es una contradiccion en los términos; es el absurdo mas inconcebible del krausismo.

El espacio, si es una realidad, ha debido ser criado, pues no es Dios, y por lo tanto es finito: si es solo una relacion, coexiste con los cuerpos que contiene, y por consiguiente participa la condicion de la limitacion esencial de éstos. *Relata sunt simul natura et cognitione*. De todos modos es distinto de Dios, como el mismo mundo; luego no tiene su necesidad de ser, que es la raiz de la infinitud.

«No me es posible concebir, dice d'Alembert, mas que un solo infinito, es decir, el sér infinitamente perfecto ó infinito en todo género. Todo infinito que no lo fuera mas que en un género, no sería verdadero infinito. Quien dice género ó especie, dice manifiestamente límite y exclusion de toda realidad ulterior, lo cual establece un ser finito ó limitado. Encerrar lo infinito en los límites de un género es no haber consultado bastante la idea de lo infinito. Es visible que no puede encontrarse mas que en la universalidad del ser, que es el sér infinitamente perfecto en todo género, é infinitamente simple. Si pudieran concebirse infinitos limitados á géneros particulares, sería posible decir que el sér infinitamente perfecto en todo género era infinitamente mayor que estos infinitos; porque además de que igualaria á cada uno de ellos en su género, y le aventajaria igualando á todos juntos, tendria una simplicidad su-

Biblioteca Nacional de España

prema que le haria infinitamente mas perfecto que toda esta coleccion de pretendidos infinitos (1).»

A nuestro parecer la raíz del error que impugnamos está en confundir lo infinito *metafísico* con lo infinito *matemático*, y no comprender que este último, como número, no pasa jamás de la línea de lo finito. Los astrónomos al afirmar la infinidad del espacio, y la infinidad de los globos celestes, entran en un terreno que no es el suyo, porque estas son cuestiones esencialmente inaccesibles á la observacion y á la induccion esperimental. El telescopio les dice que la distancia de las últimas nebulosas es mayor que toda cantidad *asignable*, pero deja intacta la cuestion de saber si la estension actual del mundo es relativamente infinita, sin ningun límite posible. Su resolucion pertenece exclusivamente á la metafísica y á las matemáticas puras.

El infinito *metafísico* es el sér sin limitacion esencial, que exige en su nocion todas las perfecciones absolutas, todas las realidades completas, y la necesidad de ser, de tal modo, que su no existencia repugna, y ni siquiera es concebible. Claro es por lo tanto que este no puede ser el universo, sino solo Dios. Por eso se dice que lo infinito llena y contiene al universo, como el mar á la esponja; y lo mismo que esta en el Occéano, las criaturas son esencialmente limitadas en aquella infinidad. De otro modo serian partes suyas, y hénos aquí de nuevo en el panteismo. El infinito metafísico no puede aumentar, ni disminuir, ni cambiar: es esencialmente lo que es.

El infinito *matemático* es la cantidad que escede á todo límite asignable ó concebible, pero que sin embargo es esencialmente capaz de aumento por adicion, ó de disminucion por sustraccion. En matemáticas *lo infinitamente*

(1) Encyclopédie, art. *Infini*.

Biblioteca Nacional de España

grande absoluto se concibe como mayor que toda cantidad posible, y lo infinitamente pequeño absoluto como menor que toda cantidad divisible. De manera que es una série que fluctúa necesariamente, dice Pascal, entre la nada y el infinito real absoluto, estando siempre á infinita distancia de esos dos extremos, que como cantidad son lo imposible.

Esta concepcion del infinito matemático como una cantidad inconcebible, variable siempre entre el *cero* y el *todo*, es confirmada por el cálculo infinitesimal. Aquí se hace uso de los infinitamente pequeños, que son tales relativamente á las cantidades asignables por nosotros, pero que sin embargo son de tal modo desiguales entre sí en una misma naturaleza de cantidades, que no solamente el uno puede ser una parte alícuota del otro, sino que un infinitamente pequeño de segundo órden es infinitamente mas pequeño que otro de primer órden, y otro de tercer órden es infinitamente mas pequeño que otro de segundo, y así sucesivamente. Porque estos infinitamente pequeños son fracciones cuyo numerador es una cantidad finita. Los infinitamente pequeños de primer órden tienen por denominador el infinito relativo á la primera potencia: los de segundo órden, este infinito multiplicado por sí mismo: los de tercer órden la tercera potencia de dicho infinito, etc., etc., Lo mismo sucede en el órden inverso con los infinitamente grandes, elevados de una en otra potencia. Luego es evidente que estos llamados infinitos por ser siempre superiores á toda cantidad *asignable*, en el mero hecho de no ser superiores á toda cantidad *posible*, son finitos en realidad.

Tal es la condicion esencial y necesaria del número. Un número mayor que todo otro en absoluto, es un número imposible. Tomemos la série natural de los números enteros crecientes, y supongámosla realizada hasta lo infi-

Biblioteca Nacional de España

nito y compuesta de un número absolutamente infinito de términos. El número igual á la suma de estos términos, seria mayor que el primero, y por consiguiente éste no seria infinito. De manera que esta suposicion es imposible, porque envuelve contradiccion. Toda série absolutamente infinita habia de contener todos los números posibles, y por consiguiente los cuadrados evidentemente posibles de estos mismos números. Estos cuadrados no podrian ser en número inferior al de los términos de la série que se supone absolutamente infinita: de lo contrario seria al mismo tiempo finita é infinita. Seria mucho mayor si los cuadrados fuesen en número infinito, y en este caso se daria el absurdo, de que seria infinitamente mayor que ella misma. Repugna pues esencialmente una série infinita de números finitos: y donde hay número, hay nesariamente fin. «Mas la multitud de las cosas, dice Santo Tomás, es como la especie del número; pero ningun número puede ser infinito, porque todo número es una multitud medida por la unidad.»

Segun esto la estension real del mundo en un tiempo dado es una cantidad finita, por mas que sea *infinitamente grande* en el sentido ordinario de esta palabra en matemáticas, es á saber, mas grande que toda estension asignable y concebible por nosotros. Si en lugar de considerar al mundo en un instante dado, consideramos su estension como variable y susceptible de aumento por espansion ó por creacion, deberemos decir que esta estension, infinitamente grande en el sentido espuesto, puede ser todavía infinitamente mas grande, si así place al Criador; pero deberemos añadir que permanecerá siempre necesariamente mas pequeña que toda otra estension posible: porque siendo la estension una cantidad susceptible de aumentar indefinidamente, una estension mayor que toda otra

Biblioteca Nacional de España

posible, seria por lo mismo una estension imposible.

Un ejemplo acabará de aclarar esta nocion del infinito matemático y de sus límites móviles, que se alejan siempre de un infinito á otro infinito de órden superior, sin poder llegar jamás á lo infinito matemático absoluto, que es lo imposible, y menos á lo infinito metafísico que como esencialmente indivisible, no es una cantidad.

Entre las esferas, si no asignables, al menos posibles, podemos siempre concebir una cuyo volúmen sea equivalente al de un paralelipípedo rectángulo dado. Supongamos un paralelipípedo, cuyas dos dimensiones sean conocidas y finitas, y su tercera dimension sea infinita. El volúmen de este paralelipípedo será un infinito de primer *órden*, y lo mismo sucederá con el volúmen de la esfera, cuyo diámetro será infinito.

Supongamos que una sola de las tres dimensiones del paralelipípedo sea finita, y las otras dos sean infinitas: en este caso su volúmen y el de la esfera equivalente serán un infinito de segundo órden, infinitamente mas grande que el anterior. Y si las tres dimensiones del paralelipípedo fuesen infinitas, tendríamos un infinito de tercer órden, y asi sucesivamente. Los volúmenes y los diámetros irian aumentando cada vez de un modo infinito. La relacion del volúmen de la esfera terrestre con esas esferas infinitas seria una fraccion infinitesimal de primero, de segundo, de tercer órden, etc., etc. Si suponemos que el volúmen de la esfera del mundo, ya infinito en el sentido matemático, va aumentando, llegará á ser un infinito de primero, segundo ó tercer órden, es decir, infinitamente mayor que toda magnitud asignable, sin poder llegar jamás á ser un infinito absoluto. Luego la estension actual del mundo es una cantidad desconocida, infinita en el sentido espuesto, pero realmente *finita* en el sentido absoluto de la palabra. Supo-

Biblioteca Nacional de España

ner infinito lo que esencialmente no es tal, es estrellarse contra lo imposible y lo absurdo (1).

Este argumento de la naturaleza de la estension y de la naturaleza del número es irrecusable. Aplicándolo á nuestro asunto, hallaremos que el número de las estrellas por mas que esceda á todo lo que podemos concebir, es en realidad finito. Hay una unidad que es la última en esta série y la cierra, limitando á un mismo tiempo el número de los astros y el espacio en que existen. Podemos aplicar el razonamiento anterior. Si el número de las estrellas fuese infinito, ¿cuánto mas infinito seria el número de todos los séres que hay en ellas? ¿Cuánto mas infinito el número de todos los átomos que las componen? Y asi sucesivamente nos veríamos precisados á recorrer eternamente una série interminable de séries infinitas, lo cual envuelve contradiccion.

Sea A el número de las estrellas. Supongamos un globo, nuestra Tierra, que caminase incesantemente en línea recta en sentido longitudinal con la velocidad de la luz: cada vez iria dejando atrás estrellas y planetas, individuos de la série. Ahora bien, *atrás* y *adelante* son términos finitos. Si hubiera andado por espacio de mil millones de años, ¿habría llegado al límite? Decís que no: enhorabuena. Pero al menos habria pasado millones, billones, quintillones de leguas y de globos, todos los astros, todas las nebulosas, mas allá del término de la vision telescópica. Si de repente todos esos globos en número incalculable B fuesen restados de la creacion por la omnipotencia divina, ¿disminuiria el número total A? En caso afirmativo, deberíamos confesar que ese número capaz de disminucion, no es infinito. En caso negativo habria que admitir que esa creacion que hemos contemplado en el capítulo anterior y tan estu-

(1) Véase Th. H. Martin, *Les Sciences et la Philosophie*, essai V.

Biblioteca Nacional de España

pefactos nos ha dejado, esa creacion que es la base de nuestra deduccion del infinito, no entra en la série A sino como una fraccion atómica, como un accidente, y que su valor real es como cero, es una verdadera nada.

Dupliquemos, tripliquemos, centupliquemos el número B. Continuemos sin parar quitando de la série A, que se supone infinita, y añadiendo á la fraccion restada B: tanto crecerá ésta que se haga igual y aun superior á la primera: luego habria dos infinitos de un mismo *género*, lo cual repugna, puesto que el infinito real es necesaria y esencialmente *único*. De otro modo podria existir un número infinito de infinitos. Si se replica que la série B, á pesar de tantas adiciones, nunca llegará á ser infinita, se habria dicho una verdad evidente. Pero de aquí sacamos la consecuencia irresistible de que tampoco la série A puede ser infinita, porque se compone como B de números finitos.

Hay una repugnancia intrínseca en que lo infinito se componga de números finitos. Tomad un número dado para componer un infinito: añadidle una unidad, otra, otra, otra, las que querais. ¿Es finito ó infinito? Si finito, consta nuestro aserto: si infinito, una sola unidad, la última que hayais añadido, le ha elevado de repente de la línea de lo finito á lo infinito. Es decir, que esa unidad ha llenado por sí sola esa inmensa distancia que separa los dos órdenes, y es ella sola la verdadera infinidad. Mas como esta unidad, que ha realizado tal milagro, es igual á las unidades precedentes de la série, habrá que devorar el absurdo de que es á un mismo tiempo finita é infinita: finita, en cuanto conviene con sus semejantes, infinita, en cuanto eleva la série al órden de la infinitud. Además, esta unidad habria alterado y trasformado de tal manera la esencia del número, que le habria absorbido en sí misma, como si no tuviera á su lado ningun valor; y por otra parte, al

Biblioteca Nacional de España

hacerle infinito, le habria despojado de su condicion necesaria de ser multiplicable y divisible. No sería, pues, número, ó de serlo, permanecería necesariamente finito.

Siendo pues finito el número de los cuerpos, se sigue necesariamente que es igualmente finito el espacio que los circunscribe, y con el cual coexisten. Donde no hay cosas extensas, no puede *haber estension, como donde no hay* sol, no hay luz ni calor. Mas allá del último límite del espacio no hay ni aun el vacío; aquel límite es una privacion de estension ulterior y de cosas existentes; es propiamente el límite de la existencia. Ni aun puede decirse mas allá, sino simplemente el *no ser*. Al buscar el infinito, nos encontramos con el *cero*.

De manera que la cuestion puede ser resuelta en estos términos: ¿El espacio tiene límites?—Es evidente.—¿Dónde están estos?—Ni lo sabemos, ni lo concebimos. Pero cuando hallamos que una cosa es cierta, debemos admitirla, *por incomprensible que sea*.

Es indudable que el espacio comprende todo lo positivo de la estension, pero esta es real, es por su naturaleza y necesariamente limitada por sus dimensiones. Reconocemos sin embargo que nuestra mente puede concebir y en efecto concibe la idea de un espacio indefinido, es decir, de un espacio que esceda los límites de la realidad. Pero esta es una idea abstracta, formada de la idea del espacio que conocemos ocupado por los cuerpos: «y asi como el entendimiento, dice Orti y Lara, se eleva de la consideracion de varios objetos particulares de una misma especie al concepto universal de ella, con solo prescindir de las cosas singulares que los distinguen, y atender á las que son comunes á los objetos observados, asi tambien de la concepcion de varios espacios particulares se eleva al concepto universal del espacio. Este concepto no comprende únicamente los espacios

Biblioteca Nacional de España

particulares de que ha sido abstraido, ni se limita á todos los espacios reales que comprende el universo criado, ni por último se puede comprender mentalmente en límite alguno porque fuera de todo espacio particular, mas allá de toda cosa finita, y de todo límite real ó imaginario, concebimos como posibles nuevos espacios ocupados por nuevos cuerpos: de suerte que no nos representamos espacio alguno que no podamos mentalmente aumentar dilatando indefinidamente sus límites. Lo mismo sucede con las otras ideas universales. Asi la extension de este concepto del espacio universal carece de límites. ¿Pero se infiere de aquí por ventura que á estas ideas corresponda fuera de nosotros un valor tambien universal, distinto de la realidad de los objetos observados? De ningun modo: porque si bien es cierto que á las ideas universales corresponden fuera del espíritu que las concibe, objetos reales y positivos, pero su realidad no existe en el universo del modo como nosotros la concebimos, porque nosotros entendemos por medio de conceptos universales las cosas que existen de un modo real y concreto en la naturaleza. Por no conocer esta distincion caen en gravísimo error todos los que realizan, por decirlo asi, las ideas ó conceptos abstractos, como es el concepto del espacio, suponiéndole un valor real infinito, cuando solo es en *cierto modo* infinito el concepto universal que tenemos de él (1).»

Si pasamos ahora á los argumentos teológicos y metafísicos, hallaremos todavía una demostracion mas clara y comprensible de lo que acabamos de decir. En efecto lo que es infinito tiene en sí mismo la razon suficiente de su existencia, ó mejor dicho, existe por la necesidad de su esencia. Ademas posee formalmente todas las perfecciones absolutas y simples, de un modo intensivamente infinito, supuesto que ha de ser la raiz de toda realidad. Al mismo tiempo es

(1) *Lecciones sobre la filosofía de Krausse*, lecc. III, pág. 86.

Biblioteca Nacional de España

siempre todo en acto, y nada en potencia, al revés de las cosas criadas que son mas en potencia que en acto. En una palabra, estudiando lo que exige rigorosamente la noción de lo *infinito*, vemos que este no puede ser otro que Dios. Luego tenemos que escoger entre esta alternativa: ó proclamar abiertamente el panteismo, ó negar que el universo sea infinito.

Porque en el mero hecho de reconocer en este formalmente un atributo divino, no podemos menos de concederle todos los demás, que son inseparables. Por ejemplo, dada la *infinidad* supone la *inmensidad*, esta la *inmutabilidad*, esta la eternidad, esta la necesidad de ser, esta la aseidad: luego el universo seria formalmente Dios. Y hé aquí lo que contradice á la evidencia, pues vemos que el mundo es contingente, dependiente, mudable, compuesto, múltiple, condicionado, y temporal, lleno ademas de imperfecciones, cosas todas abiertamente incompatibles con la infinidad. No insistimos mas en estos argumentos, ya por ser clarísimos, ya porque los hemos desarrollado suficientemente al tratar de la creacion.

No se crea exagerada la disyuntiva que hemos puesto, pues es admitida por todos los filósofos, libres de preocupacion. Citaremos en confirmacion un testigo nada sospechoso, por ser del campo racionalista, Mr. Julio Simon: «La »infinidad del mundo, dice, en duracion y en estension es »una doctrina sostenida por todos los que rehusan admitir »la existencia de un Dios distinto y separado del mundo.» Y mas adelante; «Sin poderlo evitar, los que admiten los errores del tiempo eterno, y del espacio infinito, van á parar derechamente al panteismo (1).»

No creemos que Flammarion quiera ser incluido en este número. Confiamos pues que reconocerá su error.

(1) *Religion natural*, 1.ª parte, cap. II, pág. 72.

Biblioteca Nacional de España

Recordaremos que si la doctrina de la pluralidad de mundos habitados halló tan viva oposicion en muchos Santos Padres y teólogos, fue porque sus defensores la relacionaban y aun la fundaban en este absurdo de la infinidad de los globos. Como estos errores resaltan con tanta evidencia y son tan contrarios á verdades ciertísimas dogmáticas y filosóficas, los teólogos los rechazaban con energía, y con ellos todas sus consecuencias. Con lo cual prestaron un verdadero servicio á la sana filosofía, impidiéndola derrumbarse en los mas hondos abismos.

Efectivamente esta doctrina de la pluralidad de mundos nada tiene mas contrario á la filosofía y al dogma, que el afirmar la infinidad formal del espacio y del número. Si estas dos tésis se suponen inseparables y relacionadas bien pronto la primera caeria envuelta en los absurdos de la segunda. Por eso cayó en la execracion juntamente con los demás errores de Jordano Bruno, condenado en el siglo XVI, por sus ideas panteistas. Y estas ideas provenian de negar en absoluto los límites de la estension y del número, renovando las opiniones de Xenofanes sobre la estension infinita del universo, y las de Anaximandro y Epicuro sobre el número infinito de los mundos. Espinosa en el siglo XVII abrazó los mismo errores, y fué á parar á los mismos absurdos. Bruno y Espinosa son los jefes del panteismo moderno, los precursores de Schelling y de Hégel.

En una palabra todos los panteistas y todos los materialistas antiguos y modernos han profesado los mismos errores de la infinidad actual del universo, ó del número infinito de mundos finitos, ó ambos á la vez. El que admita los mismos errores, en lugar de hacer un servicio á la doctrina de la pluralidad de mundos, creará contra ella dificultades enojosas, y renovará recelos amortiguados, y prevenciones olvidadas.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XXI.

Los mundos en el tiempo.—El fin del mundo.—La renovacion final ¡Nuevos cielos!—¡La eternidad!

Si el universo fuera infinito, seria tambien eterno é inmutable. Esto es evidente, porque el infinito, como sér realísimo, está todo en acto y nada en potencia. No puede mudarse adquiriendo, porque nada le falta, ni perdiendo, porque todo le es esencial, ni cambiando, porque es simple, ni pasando de lugar á lugar porque es inmenso, ni envejeciendo, porque es *á se*.

Mas el universo está sujeto á una continua mutabilidad, y esta es la demostracion evidente de su finitud. Nadie lo sabe mejor que Mr. Flammarion, en cuyas obras se halla á cada paso la confirmacion astronómica de esta verdad, que ya consta con toda certeza por la metafísica.

Los mundos viven en el tiempo, como todos los séres finitos, pasando por continuas trasformaciones hasta llegar al término de su existencia: nada hay que pueda resistir á la fuerza demoledora de los siglos. Un poeta dijo que los luceros son las flores de los cielos, como las flores son las estrellas de la tierra; y dijo con esto una verdad, cuya trascendencia tal vez él mismo no alcanzaba. Las estrellas nacen, brillan y desaparecen, á semejanza de las flores, sin mas diferencia que estas solo duran una mañana, y aque-

Biblioteca Nacional de España

llas duran siglos incalculables. Pero una mañana y mil siglos significan exactamente lo mismo en el reloj de la eternidad.

Flammarion nos enseña que hay estrellas que se han apagado para siempre y han desaparecido del cielo. El astrónomo Ulugh-beigh decia en 1437 que una estrella del *Cochero*, la *undécima* del Lobo y seis estrellas mas, entre ellas cuatro de tercera magnitud inmediatas al pez Austral, y todas marcadas en los catálogos de Tolomeo y de Abdurrahman-Sofi, no se veian ya en su tiempo. Casini en el siglo XVII, y Herschell á fines del XVIII, señalaron un gran número de estrellas que habian desaparecido completamente. En nuestros dias los diarios científicos (5 de Marzo de 1862) nos dan noticia de la desaparicion de toda una nebulosa, (*Nebulosa*, de Hind.)

Otras estrellas han aparecido súbitamente, han brillado con un resplandor insólito y se han apagado á la vista de una misma generacion. Tales son las estrellas nuevas que se iluminaron en tiempo del emperador Adriano, en el siglo segundo de nuestra era, en tiempo de Honorio, en el cuarto, la notable estrella observada por Albumazar en el Escorpion, y la que apareció en el siglo décimo, bajo el emperador Othon I. Tal es la memorable estrella de 1572, que enriqueció durante diez y ocho meses la constelacion de Casiopea, cuyo brillo era superior al de Sirio, Vega y Júpiter. En los primeros dias de su aparicion podia distinguirse á las doce del dia. Despues fue debilitándose su brillo de mes en mes, pasando por todas las magnitudes, hasta que desapareció por completo. Desde que los hombres observan las estrellas se cuentan veinte y dos apariciones de estrellas nuevas, dos de ellas en nuestra edad: una el 28 de abril de 1848 en Ofiuco, y la última en la constelacion de la Corona en Mayo de 1866.

Biblioteca Nacional de España

En otras estrellas se han observado cambios notables de coloracion. Tal es Sirio, que obras de la antigüedad citan como de un color rojo muy pronunciado, y actualmente es del blanco mas puro. La citada de Casiopea, segun dice Humboldt, era blanca en los dos meses primeros de su aparicion, luego pasó al amarillo, despues al rojo, y por último palideció hasta su completa extincion.

El brillo de algunas estrellas ha disminuido, al paso que el de otras aumenta. Eratóstenes, que vivió 276 años antes de Jesucristo, decia de las estrellas de la constelacion del Escorpion: «Están precedidas de la mas hermosa de todas, la estrella brillante de la garra boreal:» y esta hoy no escede en brillo á los asterismos de alrededor. Hiparco señalaba como «notablemente hermosa» la estrella de la mano de Aries, que hoy es de cuarta magnitud. — α de la Osa Mayor era de primera magnitud cuando Flamsteed formó su catálogo; hoy apenas es de segunda. Por el contrario hay otras cuyo resplandor adquiere mayor intensidad. Tales son la 31 del Dragon que ha crecido desde la séptima á la cuarta magnitud, la 34 del Lince que ha subido desde la séptima á la quinta, y la 38 de Perseo que se ha elevado desde la sexta á la cuarta. Por último hay estrellas cuyo brillo esperimenta una variacion periódica. La trigesima de la Hidra de Hevelio varía desde la cuarta magnitud á la desaparicion en un período de 494 dias: la periodicidad de x del cuello del Cisne es de 404 dias y pasa desde la cuarta á la undécima magnitud. La estrella o de la Ballena, llamada la *maravillosa*, varia en 334 dias entre la segunda magnitud y la desaparicion completa. Otros astros tienen variaciones mas rápidas: δ de Cefeo desciende de la tercera á la quinta magnitud en cinco dias y ocho horas: β de la Lira sufre la misma variacion periódica en seis dias y nueve horas; γ de Antinóo pasa en siete dias desde la cuarta á

Biblioteca Nacional de España

la quinta magnitud. Pero el período mas corto es el de Algol de la Cabeza de Medusa, β de Perseo, que en un dia y 10 horas termina su declinacion, y en el mismo tiempo vuelve á su máximun, siendo por consiguiente su período completo de 2 dias, 20 horas y 48 minutos.

Todo esto demuestra que en los apartados senos del espacio hay en accion gigantescas fuerzas que producen en los mundos contínuas trasformaciones, y los hacen pasar por espantosos cataclismos, de que son una pálida imágen los mayores conocidos en la tierra. Si la distancia nos permitiera conocer muchos globos, los veriamos convertidos en inmensas soledades, sin vida, sin animacion, sin movimiento, como sucede á nuestra Luna, rodando silenciosos por el vacio en una muerte helada, al paso que veriamos á otros animarse súbitamente para empezar llenos de vigor el ciclo de sus destinos.

El mismo Sol, inmenso globo de materias en fusion que hierven y se agitan alborotadas, está siendo teatro de revoluciones físicas, de las cuales no podemos formar idea ni por los mas horribles terremotos de nuestro planeta, ni por las mas desastrosas erupciones de la lava de nuestros volcanes, ni por las mas violentas trombas de nuestros mares. Sobre su superficie se levantan altísimas olas de sustancias derretidas, que se agitan tumultuosamente en abrasadores remolinos, y se precipitan en espantosos chorros por las aberturas de sus manchas. Llamas voraces de incalculable elevacion dilatan sus encendidas lenguas por el esterior del astro, alimentadas por los gases de su atmósfera. A veces se han visto puentes inmensos de sustancias inflamadas arrojados de repente sobre una mancha negra, atravesarla de un estremo al otro como un arco de estrias luminosas, y luego disolverse y hundirse en los abismos de los torbellinos interiores. Algunas de las manchas del sol ocupan

Biblioteca Nacional de España

una estension de treinta mil leguas de diámetro: lo cual ya sean aberturas formadas en su capa esterior, ya aglomeraciones de gases oscuros, ya solidificaciones parciales de la superficie líquida, cualquiera opinion que se adopte, basta por sí solo para dar una idea de las prodigiosas fuerzas que despliegan allí sus energías perturbadoras. Los movimientos de que están animadas esas manchas, ya para aumentarse ó disminuirse, ya en su accion interna, son á veces de una rapidez inaudita. Observadores modernos han seguido un meteoro luminoso en su carrera á través de un grupo de manchas, y llevaba una rapidez de *dos mil leguas por minuto*. Por otra parte se ha seguido tambien la carrera de los torbellinos circulares, que arrastraban en su tumulto manchas tan grandes como nuestro globo, y se ha visto que se hundian en los abismos con una celeridad espantosa. Este astro glorioso llegará á estinguirse algun dia, ya por efecto de los trastornos que tienen lugar en él, ya por la grandísima é incesante irradiacion de su calor en el espacio, sin reparar sus pérdidas. ¿*Qué cosa mas brillante que el Sol*? dice el Eclesiástico, *y sin embargo perecerá* (1). Esta muerte será lenta, es verdad, porque el calor del Sol se calcula en mas de ocho millones de grados.

Para disminuir en una cantidad sensible necesitaria un millon de años: para apagarse por completo tres mil millones de millones. Pero el tiempo no para jamás; devora los siglos lo mismo que minutos, y en su duracion no hay fechas largas.

Mucho antes de esa época, sonará la última hora para nuestra Tierra y todos los planetas del sistema, ya sea por efecto del enfriamiento, ya por su absorcion en el astro central, ya por otras mil causas consiguientes á la disminucion

(1) Eccli., XVII, 30. Aquí tambien la Biblia se anticipó á la ciencia.

Biblioteca Nacional de España

de la luz y el calor, que harán imposible la vida y la vegetacion.

Sin embargo lo mas probable es que nuestra Tierra acabará por el fuego, como se indica en varios lugares de la Sagrada Escritura, que hablan de la conflagracion universal, de la consumacion por el fuego, de terremotos, trastornos, y cataclismos, llamas devoradoras, y espesos torbellinos. Esta es tambien la opinion de los Santos Padres, y teólogos en admirable unanimidad. Y es preciso reconocer que esta opinion es la mas conforme á los datos de la ciencia, que nos enseña que nuestro globo es una inmensa masa de materias en fusion, cubierta de una corteza sólida de solas diez leguas de espesor: es decir, mas delgada comparativamente que la cáscara de un huevo en relacion á su volúmen. Sábese ademas por los instrumentos escrutadores de los observatorios, que esta superficie tan delgada se encuentra en perpetua agitacion, y que no pasan nunca treinta horas sin que se anote un terremoto mas ó menos intenso. Este espantoso hervidero respira por las inflamadas bocas de unos seiscientos volcanes: si estos se cerrasen por cualquier evento, el globo estallaria en mil pedazos. Y sin necesidad de esto, una convulsion mas violenta que las conocidas, bastaria para anegarnos en un horroroso diluvio de ardientes lavas.

Lo que hemos dicho del Sol y de su sistema planetario se puede aplicar á las estrellas, que son como él globos incandescentes. Su vida, su calor, su luz, su influencia magnética, durarán mas ó menos, pero llegará un instante en que tengan fin. La analogía nos lo hace suponer con fundamento; la teoría mecánica del calor, ó *termodynámica*, esa nueva é importantísima conquista de la física moderna, nos lo confirma. Esta rama de la ciencia demuestra la existencia de un progreso contínuo del universo hácia un es-

Biblioteca Nacional de España

tado de reposo relativo de las masas que le componen. Por efecto de las fuerzas vivas inherentes á cada masa, sus grandes movimientos se trasforman en movimientos moleculares ó sea, en calor, y estos movimientos son los únicos que subsistirán en las masas en reposo, sin que puedan adquirir ningun otro movimiento por causas naturales intrínsecas. Siendo el universo un sistema de masas en movimiento relativo unas con otras, hay en él en virtud de solas las leyes naturales una disminucion contínua de la suma de dichos movimientos relativos, y por lo tanto un aumento continuo de la accion molecular. Luego llegará un dia en que naturalmente dejen de moverse, á no ser que la virtud creadora les comunique una fuerza nueva, como nos enseña la teología tan injustamente desdeñada por los sábios modernos. Por eso Santo Tomás, y los que le siguen, no andan en esta parte tan errados, como se cree, cuando enseñan que cesará el movimiento de los cuerpos celestes. Flammarion debiera haberlo recordado al escribir el cap. IV de la segunda parte de su libro «*Los mundos imaginarios*» y tal vez le hubieran parecido mejor los argumentos del Doctor Angélico, que en esto como en otras muchas cosas, se adelantó por una especie de intuicion admirable á los descubrimientos modernos. Digamos de paso que el artículo que copia Mr. Flammarion no está traducido con la debida exactitud. Las premisas se resienten del estado de los conocimientos físicos de aquella época, pero la consecuencia metafísica no tiene réplica; y las objecciones que el mismo Santo propone al principio de la cuestion no serian indignas de un astrónomo del siglo XIX.

Pero ¿es esto decir que el mundo haya de ser aniquilado? De ninguna manera: y seria un grave error el afirmarlo.

Ya hemos dicho una y otra vez, y repetimos nueva

Biblioteca Nacional de España

mente con el sábio benedictino Calmet: «Con mucha frecuencia la Sagrada Escritura habla del mundo, no como es en sí en realidad, sino segun las apariencias. La Tierra que habitamos se nos presenta como la parte principal del universo, y todas las demás cosas como accesorios. Por lo tanto cuando oimos que el mundo será consumido por las llamas, y que será creado un nuevo cielo y una nueva tierra, nos es permitido, sin oponernos á la verdad de la Escritura, explicar todo eso de sola la Tierra en que vivimos. No solo la Escritura, mas tambien los escritores profanos llaman á la Tierra *el mundo*, aunque en realidad es una minima parte del universo (1).» Y luego confirma su opinion con pasages de los Libros Sagrados, y de escritores gentiles, como Lucano, Lucrecio, Ovidio, Séneca, y otros. De manera que el fin del mundo no significa á lo sumo otra cosa que la destruccion de nuestra Tierra, ó lo que es mas probable, el fin de las generaciones humanas, de la descendencia de Adam. Adviértase ademas que estas y otras semejantes cuestiones no son puntos de fé: son simplemente cuestiones de escuela, ó interpretaciones particulares, que cada uno puede libremente aceptar ó rechazar.

En efecto la razon nos dicta, segun la idea que tenemos de Dios y de su bondad infinita, que no es conveniente que ninguna cosa sea aniquilada. Todas las cosas son buenas, y no hay razon para que Dios destruya los bienes que él mismo crió. Su mano bienhechora conserva su obra en todos los momentos por una accion directa que le dá el ser. ¿Porqué habia de retirar esta mano para que pereciesen las criaturas, y las habia de lanzar en los abismos de la nada, teniendo que emplear el mismo poder que para criar? Dios produjo á sus criaturas, por comunicarles su propia bondad y efectivamente se la comunicó en diversos grados del

(1) Calmet. *Dissert. de fine mundi, et statu post judicium.*

Biblioteca Nacional de España

modo que cada una la puede participar: ¿se habria pues agotado la generosidad divina, se habria cansado de comunicarse á nuevas criaturas? Dios que como fin último se propuso su gloria externa, por la manifestacion de su grandeza en la creacion visible: ¿se cansará alguna vez de esta gloria, ó podria llegar un dia en que el universo no valiera ya para ese fin? El aniquilar al mundo equivaldria á no haberlo creado, pues el tiempo de su fugaz existencia seria como nada en la estension infinita de la eternidad. Pero Dios no se arrepiente ó se retracta de lo que hizo con perfectísima sabiduría, y tiene siempre las mismas razones para conservar su obra, que tuvo para sacarla de la nada. Podria decirse que tiene mayores razones; porque la existencia de las cosas, consiguiente á los decretos divinos irrevocables, las dá en cierto modo derecho á su conservacion. Mas esto no debe entenderse en sentido distributivo, pues vemos que todos los séres materiales mueren ó se trasforman. Los individuos pasan, las criaturas se suceden unas á otras, pero la creacion no perece. Este el sentido de aquel pasage del Ecclesiastes, de que abusaron tanto algunos obstinados peripatéticos en tiempo de Galileo: *Una generacion pasa y otra generacion viene, mas la tierra permanece siempre* (1): y mas adelante lo esplica con mayor claridad: *Aprendí que todas las obras, que hizo Dios, perseverarán perpetuamente.* Pasaje bien terminante que el Ilmo. Scio comenta como sigue: «Duran esas cosas, ó en sí mismas, como los elementos, los astros, etc., ó en su semejante y especie como los animales, las plantas, etc. Y ninguna sustancia de cuantas Dios crió al principio, se aniquila ó pasa á la nada, como lo enseña Santo Tomás, *I part, quæst CIV, art.* 4 (2).»

(1) Eccles., I, 4.
(2) Id. III, 14 y 15.

Biblioteca Nacional de España

Esta es una doctrina corriente, y no nos detenemos mas en ella.

Dios restaura todo aquello que pasó, añade el sagrado texto que acabamos de citar. Los incendios, los terremotos, las terribles revoluciones geológicas que borrarán la vida de la superficie de la tierra, y destruirán sin dejar vestigio alguno todas las obras humanas, la prepararán y renovarán para ser tal vez morada de otras razas mas afortunadas.

Esta renovacion se halla anunciada en muchos lugares de la Sagrada Escritura. *Sabed que yo criaré nuevos cielos y nueva tierra, que subsistirán delante de mí*, dice el Señor por boca de Isaias (1). *Segun las promesas del Salvador esperamos unos cielos nuevos y una nueva tierra, en donde mora la justicia*, dice San Pedro (2). *Ví un cielo nuevo y una tierra nueva*, añade San Juan; *y dijo el que estaba sentado en el trono*; *Mirad que renuevo todas las cosas* (3). San Pablo anuncia igualmente que *todas las criaturas serán libradas de la servidumbre de la corrupcion* (4). La tradicion eclesiástica, y los espositores están unanimes en este punto, sin mas diferencia que algunos pocos opinan que se trata de una verdadera creacion de otra tierra nueva distinta de la presente, (que será destruida), con otros nuevos astros, ó bien con los mismos astros que se presentarán bajo un aspecto nuevo. En la actualidad, teniendo en cuenta los adelantos de la astronomía que nos han iniciado en el verdadero sistema del mundo, esta opinion no me parece sostenible. Debemos pues entender una verdadera *renovacion* de nuestra tierra, una gloriosa trasformacion de sus condiciones, que la hagan superior al imaginario estado de la

(1) Isaias, LXV, 17.—LXVI, 22.
(2) Pet. III, 13.
(3) Apocalipsis, XXI, 1, 5.
(4) Romanos, VIII, 21.

Biblioteca Nacional de España

primitiva edad de oro. Los nuevos cielos significan probablemente que los astros que adornan nuestras noches aparecerán mas visibles y mas bellos.

Hasta aquí estamos en el campo de la doctrina católica, de la sana teología. Lo que se refiere al modo de esa renovacion, y al estado del mundo despues del juicio final, pertenece á las opiniones libres; ó mejor dicho, como estas no pueden apoyarse en una base cierta de los Libros Sagrados ó de las ciencias físicas, pertenece á los dominios de la imaginacion. Algunos buenos escolásticos demostraron en esta parte que eran poetas, y hasta novelistas. Por eso es necesario distinguir cuidadosamente entre la doctrina cierta y la opinion personal.

Leemos tambien que el Sol y la Luna brillarán con mayor claridad. *Será la luz de la Luna*, dice Isaias, *como la luz del sol, y la luz del sol será siete tantos como luz de siete dias* (1). ¿Pero acaso estas espresiones deben entenderse á la letra? No podemos afirmarlo. Tal vez se refieren al estado dichoso de la bienaventuranza eterna, tal vez al triunfo glorioso de la Iglesia, tal vez no pasan de ser una imágen poética para espresar la dicha de los hebreos, al volver libres á su patria despues de una larga esclavitud. De todos modos y sin alterar la disposicion del universo ni aun de nuestro sistema, bastaria entre los mil medios que tiene á su disposicion la sabiduría infinita, aumentar la intensidad luminosa del sol, ó simplemente dotar á nuestra atmósfera de otras propiedades mas poderosas de absorcion y reflexion, y tambien á cierta altura de la potencia de aumentar los objetos lejanos como un inmenso telescopio. Despues de los dias brillantes de este globo renovado, sus noches estarian llenas de encantos, por la contemplacion

(1) Isai., XXX, 26.

Biblioteca Nacional de España

de los astros que ostentarian sus maravillas con magnífico esplendor.

En resúmen lo que la teología tiene por cierto es lo siguiente: que el mundo, ó mejor dicho, la tierra, ha de tener fin; que este fin ha de ser por medio del fuego; que no ha de ser aniquilada, sino por el contrario ha de ser renovada, ó lo que es lo mismo, trasformada en un alto grado de perfeccion. Creemos que esto es preferible á ciertas desconsoladoras utopias astronómicas, que reducen nuestro sistema planetario á una gigantesca necrópolis de masas negras y heladas, agitándose ciegamente siglos y siglos en las tinieblas del vacío. ¿Podria escogitarse un fin mas desdichado y mas indigno de tanta grandeza? ¿Y vendrian á parar en eso tan admirables obras del Señor?

Esto supuesto hay muchas razones que persuaden la verdad de dicha renovacion. La primera es la que dá el apóstol en su carta á los Romanos, en aquella magnífica prosopopeya, en que nos pinta los sentimientos y deseos de las criaturas inanimadas. «Estas, que por el pecado del hombre han venido á ser contra su voluntad y contra su primer destino instrumentos ú ocasiones de pecado, esperan con gran deseo el tiempo en que los hijos de Dios parecerán en la gloria. Porque entonces quedarán libres de la servidumbre en que Dios las ha puesto despues del pecado: estado violento que las hace gemir, como si sufrieran dolores de parto, y en el que no hallan otro consuelo sino la esperanza que tienen de que se acabará, y que participarán en su manera de la gloriosa libertad de los hijos de Dios (1). Las criaturas habian sido degradadas en cierto modo por el hombre, cuando las obligó á ser cómplices de sus iniquidades, sirviéndose de ellas para ofender á Dios, en lugar de tomarlas como medios para glorificarle. Habian perdido

(1) Romanos, VIII, 19.—Paráfrasis del Ilmo. Scio.

Biblioteca Nacional de España

su dignidad, desde que nadie usaba de ellas dignamente, pero la recobraron por Jesucristo, desde que enseñó al hombre á mirar á las criaturas bajo el verdadero punto de vista que las debia considerar. Mas como el abuso de ellas continúa por parte de los impíos é infieles, mientras que los buenos merecen por su buen uso, es conveniente que en la consumacion final sean depuradas de su involuntaria complicidad, y ennoblecidas por lo que sirvieron á los juntos; y por haber sido siempre testigos y pregoneros de la gloria y majestad del Criador.

Por otra parte esta tierra en la que el brazo del Omnipotente ha hecho ostentacion de sus maravillas, que ha sido teatro de la Encarnacion del Hijo de Dios, que ha sido santificada por su presencia corporal, y regada con su preciosa sangre, por el mismo hecho participa de reflejo la gloria del Redentor. Los lugares célebres por algun acontecimiento histórico son conservados con cuidado; los edificios en donde ha nacido y vivido algun personaje importante son restaurados por cuenta del Estado, que no permite dejarlos perecer; cualquier objeto notable, cualquier monumento, cualquier sepulcro, y hasta cualquier mueble, son considerados como joyas nacionales, y se procura perpetuarlos á toda costa, y preservarlos de las injurias del tiempo. Segun esto, discurriendo por analogía, debemos confesar que entre todos los astros del espacio, no hay uno mas digno que la Tierra de la inmortalidad. Patria, cuna y sepulcro del Salvador, templo y trono de su magestad, cátedra de su doctrina, sagrario de su amor, es una especie de reliquia gloriosa del dominio público de los habitantes del cielo. Por lo tanto no es conveniente que perezca, no debe perecer.

De este modo la naturaleza renovada contribuirá á la bienaventuranza accidental de los elegidos. «El mundo fue

Biblioteca Nacional de España

hecho, dice San Buenaventura, para que las criaturas racionales conociesen como por un espejo al Criador, á quien no podian ver en su propia naturaleza. Conviene pues que en el siglo futuro sea perfeccionado este espejo, á fin de que la gloria del Criador resplandezca mas en la hermosura de las criaturas... Y por cuanto los elementos fueron inficionados por el pecado del hombre, es justo que sean purificados y renovados por la glorificacion del mismo hombre.» «A un mismo tiempo debe ser renovado el mundo y glorificado el hombre» añade Santo Tomás (1). Y se confirma porque la fé nos dice que uno de los dotes de los cuerpos gloriosos será la claridad, que naturalmente ha de reflejar sobre la naturaleza material, de la cual son parte dichos cuerpos. Ademas ya hemos dicho en otro lugar que entre los goces secundarios de los santos será uno de los principales el conocimiento y contemplacion de la creacion visible, lo cual pertenece á la perfeccion de sus facultades naturales.

Por último, para no ser difusos, sabemos que todas las criaturas, segun su respectiva capacidad, han de participar de la accion regeneradora de Cristo. *Terra, pontus, astra, mundus, hoc lavantur flumine.* Pero las criaturas inanimadas é insensibles solo pueden participar esta accion, adquiriendo un nuevo grado de perfeccion natural. Cuando los antiguos conquistadores volvian triunfantes de alguna expedicion gloriosa, se llenaba de flores su camino, se adornaban las calles y todo se revestia de fiesta y de gala: así el triunfo glorioso de Nuestro Señor Jesucristo debe ser acompañado de la pompa mas rica de toda la naturaleza. Entonces se habrá realizado aquel gran acontecimiento que describe el Apóstol, y es el fin supremo de la creacion:

(1) San Bonavent. *Comp. theolog. verit.* lib. VII, cap. 20.—Stus. Thomas, *Suppiem.* quæst. XCI, art. 1.

Biblioteca Nacional de España

«Así como en Adam mueren todos, así tambien todos serán »vivificados en Cristo. Mas cada uno en su órden: las pri»micias Cristo; despues los que son de Cristo, que creye»ron en su advenimiento. Luego será el fin; cuando hubiere »entregado el reino á Dios y Padre, cuando hubiere des»truido todo principado, y potestad y virtud. Porque es »necesario que él reine, hasta que ponga á todos sus ene»migos debajo de sus pies. Y la enemiga muerte será des»truida la postrera, porque todas las cosas sujetó debajo de »los pies de él. Y cuando dice: Todo está sujeto á él, se »exceptua sin duda Aquel, que sometió á él todas las cosas. »Y cuando todo le estuviere sujeto: entonces aun el mismo »Hijo (en cuanto hombre) estará sometido á aquel que so»metió á él todas las cosas, para que DIOS SEA TODO EN »TODOS (1),»

BIBLIOTECA NACIONAL

Desde aquel momento nuestra suerte quedará definitivamente fijada por toda la eternidad. *El ángel juró por el que vive en los siglos de siglos que ya no habrá tiempo*, es decir, las vicisitudes y cambios que le acompañan: ó de otro modo, segun el mismo texto, *que será consumado el misterio de Dios, como lo anunció por sus siervos los profetas* (2). Nada faltará que cumplir, todo estará realizado y habrá llegado la consumacion final. Es el tránsito del órden del tiempo al órden de la eternidad.

¡La eternidad! La eternidad con toda su latitud y su duracion abrumadora. Esta idea se presenta á nuestra alma con una magestad grandiosa y terrible. Su pensamiento espanta, como si todo nuestro sér se viera de repente abrumado con su duracion; su esperanza consuela, como si lleváramos en nuestro interior un principio divino. La conciencia de nuestra propia grandeza nos aterra, tanto mas

(1) 1.ª á los de Corinto, XV, 21 á 28. Traduccion del Ilmo. Scio.
(2) Apocal., X, 6.

GASPAR, EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

cuanto que tenemos á nuestra vista el contraste de la muerte como lúgubre vestíbulo de la vida eterna. ¿Puede concebirse nada mas pavoroso? La seguridad de nuestra existencia sin fin nos fortalece, y realzados á nuestros propios ojos dilatamos una mirada serena por los horizontes infinitos de la duracion. ¿Puede imaginarse alteza mas sublime? Es cuando mejor comprendemos que estamos hechos á imágen y semejanza de Dios.

¡Oh eternidad! Su pensamiento nos abruma con su peso, pero nos levanta á su nivel con su verdad. La idea de la inmortalidad es superior á la pequeña de mi concepto, pero su certeza existe en lo íntimo de nuestro sér. Por el cuerpo somos pequeños como átomos, por el alma somos grandes como la creacion. Nuestro espíritu sobrevivirá á las revoluciones de los astros; cuando se apague la luz de estos, nosotros seremos siempre luminosos existiendo en Dios. Ellos pueden perecer y perecerán, ó al menos se trasformarán, porque son cuerpos materiales, nosotros no podemos dejar de ser, porque nuestra alma es inmaterial, llevamos en nosotros un principio de simplicidad. Por eso una alma vale mas que los soles del espacio. ¡Y sin embargo tantos afanes por prolongar un dia esta vida miserable que solo es un punto en nuestra duracion inmortal!

Nos afanaríamos en vano en intentar abarcar la idea de la eternidad. Viviendo en el tiempo, encadenados á su curso y experimentando las contínuas vicisitudes de la sucesion, no podemos representarnos la eternidad sino como una duracion sin límites, pero esto no basta para explicarla. Seria preciso trasportarnos por encima de todo el órden de cosas que conocemos, y aun así nuestra limitacion no habria concebido en realidad sino la idea del tiempo. Esos globos gigantescos que llenan los espacios podrian ser desgastados uno despues de otro, quitándoles solo un átomo cada siglo,

Biblioteca Nacional de España

sin que se disminuyera en nada la eternidad. Podrian despues repetirse creaciones mas vastas para volver á ser destruidas de nuevo del mismo modo, y la eternidad permaneceria entera. No es una medida, no es una sucesion, no tiene partes, es la permanencia necesaria de ser, es necesariamente indivisible, no se la puede concebir sino como un solo instante, *siempre presente*. Para dar de ella una idea imperfecta, se compara al punto central á cuyo alrededor giran los innumerables puntos de la circunferencia, porque coexiste simultáneamente á todos los instantes del tiempo. Vivir siempre, siempre, siempre... eso es la eternidad.

Tal es la suerte que nos está reservada. Nunca sabremos apreciar bastante este inmenso beneficio de Dios. Nuestra alma es inmortal... somos eternos... ¡Qué grandeza! Pero al mismo tiempo ¡qué responsabilidad!

Procuremos, pues, con nuestras buenas obras asegurar una eternidad feliz. Por poco que pongamos de nuestra parte la conseguiremos, porque Dios quiere que todos los hombres se salven, y á todos dá los medios para ello. *De tal modo amó Dios al mundo, que dió á su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que consiga la vida eterna* (1). «¡Oh mortal, dice un santo, vive teniendo siempre presente que eres inmortal!.»

(1) Joan, III, 16.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XXII.

Sentimientos que debe inspirarnos la doctrina de la pluralidad de mundos habitados.

La doctrina de la pluralidad de mundos no es una doctrina estéril, que á lo mas sirva para entretenimiento de algunos ocios, ó pábulo inagotable de la fantasía. Siendo así, no hubiéramos perdido el tiempo en ella. Es una doctrina que ensancha los horizontes de todas nuestras ideas, las modifica ó las cambia: una doctrina que nos enriquece con muchos conocimientos nuevos, fecundísimos en interesantes consecuencias, y adquiere una importancia religiosa y filosófica, que nadie puede desconocer.

Nos complacemos en afirmarlo. Las asombrosas conquistas de la ciencia moderna nos llevan á pasos de gigante á una filosofía nueva: filosofía que hoy se está todavía levantando laboriosamente con el concurso de todas las ramas de la ciencia, semejante á esos gigantescos obeliscos de una pieza, que son asentados sobre su base, tirando de muchas cuerdas á la vez en direcciones opuestas. Entre los infatigables operarios que concurren á este fin, la astronomía ocupa el lugar mas distinguido, y sus enseñanzas han obtenido el primer puesto en el coliseo de la verdad. Pero lo que consuela es el hecho glorioso é indubitable de que esta filosofía

Biblioteca Nacional de España

nueva viene á ser la confirmacion racional de nuestras creencias, y avanza magestuosamente irradiando los mas vivos fulgores sobre todos los dogmas de nuestra fe.

Solo la falsa ciencia es hostil al catolicismo. Las afirmaciones y tentativas de la ciencia sólida, cuando son hipótesis poco fundadas, pasan fugaces y se desacreditan por sí mismas; cuando llegan al rango de verdades demostradas, se apresuran espontáneamente á cobijarse bajo el manto de la religion.

La opinion de la pluralidad de mundos viene tambien, ya lo hemos visto, á buscar su mas fuerte apoyo en la doctrina católica, cuyas puertas habia tenido cerradas hasta aquí, por suponerla sin fundamento enemiga, á causa de la perversa escolta que traia. Esta escolta se ha visto que eran soldados revoltosos é indisciplinados que la llevaban cautiva, y cuando nosotros la hemos rescatado, amenazan sublevarse contra ella. Tan lejos está dicha opinion de ser contraria á nuestros dogmas, que los hace aparecer mas grandes y mas creibles. Eso es lo que no esperaban muchos, al observar los escrúpulos de ciertos católicos pusilánimes, las vacilaciones de otros, y los malignos pronósticos de la incredulidad.

Al mostrarnos la grandeza del universo ha levantado y esclarecido prodigiosamente la idea que ya teníamos del poder y la grandeza de Dios. Sabíamos por la fe y la razon que Dios es omnipotente, y la doctrina de la pluralidad de mundos nos ha descubierto la riqueza y magnificencia con que Dios ha hecho ostentacion de este glorioso atributo. Al contemplar los innumerables mundos esparcidos en la bóveda celeste, al conocer la magnitud colosal y las inmensas distancias de esos astros que solo aparecen como puntos luminosos, hemos apreciado mejor la grandeza infinita del Señor, *que extendió los cielos como nada, y los desplegó como*

Biblioteca Nacional de España

tienda para habitar (1), *y los encierra en la palma de su mano* (2). Los cielos le glorifican; los astros de la mañana le alaban (3); *él envia la luz y va; la llama y le obedece con temblor. Y las estrellas dieron luz en sus mansiones, y se alegraron, fueron llamadas y respondieron: «Aquí estamos,» y brillaron con regocijo para aquel que las crió* (4).

Además el espectáculo de los cielos nos ha confirmado la verdad de nuestro dogma de la creacion. Tantas maravillas ¿podrian ser obras del acaso? «¡Casualidad, exclama Balmes, un mundo, donde se descubren por todas partes cálculo y geometría! ¡Casualidad, unos movimientos sujetos á la ley de la razon directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias! ¡Casualidad, las revoluciones de los planetas, describiendo los radios sectores áreas proporcionales á los tiempos! ¡Casualidad, el que los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas sean entre sí como los cubos de los ejes mayores de sus órbitas! Asómbranos la vista de un *planetario* en que el ingenio del hombre haya llegado á representar el movimiento de un sistema, ¿y no reconoceremos inteligencia, no veremos la mano de la sabiduría infinita al levantar los ojos al planetario real y verdadero, con sus cuerpos de colosales dimensiones, recorriendo órbitas inmensas, con velocidad inconcebible, con precision rigurosa? (5)» ¿Pero qué es nuestro sistema planetario con relacion al universo? Un átomo. De manera que, como dice el sábio, *por la grandeza y hermosura de las criaturas podemos venir al conocimiento claro de su Criador* (6).

(1) Isaías, XL, 22.
(2) Id. 12.
(3) Salmo XVIII, 1.—Job, XXXVIII, 7.
(4) Baruch, III, 33.
(5) Balmes, *La Sociedad*, número del 1.º de agosto de 1845.
(6) Sabiduría, XIII, 5.

Biblioteca Nacional de España

Entonces es natural elevar nuestros pensamientos al Altísimo con la mas ferviente adoracion. Postrados en su divina presencia, le hacemos el sacrificio de todo nuestro sér: hemos conocido su grandeza y los deberes que nos impone: sabemos lo que significa ser nuestro Dios y nuestro Señor. Con religioso éxtasis nos asociamos en espíritu á las entusiastas aclamaciones, que suben hasta él de todos los lugares de su vasto imperio: somos una nota en el concierto universal de los mundos, y quisiéramos poder ofrecerle en cada latido de nuestro corazon las adoraciones fervorosas de todas las criaturas. No; no somos extraños á esos mundos brillantes, en donde es conocido y adorado nuestro Dios: tiernos lazos nos unen á esas esplendorosas humanidades, y la inmensidad acorta sus distancias para reunirnos en unos mismos deberes y en un mismo fin. La doctrina de la pluralidad de mundos es un auxiliar poderoso de la religion.

Pero ¿qué acciones de gracias deberemos tributar á ese Sér adorable, rico en misericordias, que entre los innumerables séres que ha producido, se ha dignado llamarnos á la existencia, y darnos además el conocimiento de su infinidad y de sus obras maravillosas? *Bendeciremos al Señor que nos dió inteligencia* (1), diremos con David: y le tributaremos humildemente el homenaje de nuestra razon, que es lo principal que nos hace grandes. Para él, como son de él, todos nuestros pensamientos; para él todas nuestras ideas; para él todas nuestras alabanzas. Por eso San Pablo nos aconseja repetidas veces, que *en cualquier cosa que hagamos, sea de palabra, sea de obra, demos gracias á Dios;—pues tal es su voluntad* (2).

Cuando consideramos los innumerables beneficios, de naturaleza y de gracia, de que nos ha dotado el Señor, á

(1) Salmo XV, 7.
(2) Colosenses, III, 17.—1.ª Tesalonicenses, V, 18.

Biblioteca Nacional de España

nosotros átomos insignificantes del universo, polvo impalpable de la creacion; cuando consideramos que entre las miriadas sin cuento de los astros, entre el número sinnúmero de sus familias, nos ha buscado su mirada vivificadora para enriquecernos de sus dones, como queriendo con su abundancia vencer nuestra ingratitud... nos parece imposible que los pechos de todos los hombres no sean una hoguera inextingible del divino amor. *¡ Ojalá tuvieran sabiduría é inteligencia, y se acordasen de su último fin!* (1) exclamamos con Moisés. Pues bien, el conocimiento del universo, cuando se extienda á todas las clases sociales, realizará este milagro, abrirá los ojos á la humanidad, como una especie de revelacion visible que vendrá á confirmar las verdades de la revelacion sobrenatural, de que es depositaria la Iglesia católica. La ciencia habrá conducido al mundo á la religion; la ilustracion le habrá traido á la fe. Esperemos confiados. La humanidad progresa, es indudable: y este progreso, si es verdadero, la ha de llevar á Dios.

Pero el beneficio que resalta con una grandeza asombrosa es la redencion. Nuestra pequeña Tierra, apenas visible entre los mundos, ha tenido el privilegio de recibir en persona al Hijo de Dios, que se dignó tomar nuestra naturaleza para libertarnos del yugo del pecado. ¿A cuánto nos obliga esta gloriosa dignacion? ¿Qué importancia nos da entre los sistemas planetarios? No hay lucero en el espacio que brille como nuestro globo. Desde aquí, como de un foco luminoso de gracias, parten las divinas influencias á todos los mundos lejanos, comprendidos en la universalidad de la accion restauradora de Cristo. Todos los mundos nos pertenecen en cierto modo por una altísima ciudadanía.

(1) Deuteronomio, XXXII, 29.

Biblioteca Nacional de España

No la importancia material de nuestro globo, que nada supone entre los millones de soles; no la dualidad del Cielo y de la Tierra erróneamente afirmada en los antiguos sistemas del mundo; no las efímeras conquistas de nuestra ciencia, sino la importancia moral de haber sido teatro de las obras mas estupendas del poder y de la misericordia divina, es lo que nos constituye reyes de la creacion. ¿Quién no se siente atraido hácia nuestro Salvador, como con un irresistible iman? ¿Quién no se postra á sus plantas, anonadado de reconocimiento y amor? No solamente se dignó visitarnos, no solo nos redimió del pecado y nos abrió las puertas del cielo, no solo nos dió una doctrina admirable para ser felices en esta vida y en la eterna, sino que quiso hacer de nuestro planeta el trono de su gloria, el centro de sus misericordiosas irradiaciones. Nosotros que mas de cerca las hemos aprovechado, le debemos mas. El debe ser nuestra gloria, como dice el apóstol: *Lejos de mí el gloriarme en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado á mí y yo al mundo* (1). Nuestro corazon y *nuestros ojos han de estar fijos en él, autor y consumador de la fé, Jesús, el cual, habiéndole sido propuesto gozo, sufrió el suplicio de la cruz, menospreciando la confusion, y está sentado á la diestra del trono de Dios* (2).—*Y debemos tener confianza de entrar, por virtud de su sangre, en el santuario* (3), esto es, en el cielo, en donde Jesucristo entró el primero, para introducirnos despues.

¡Al cielo! Esa es nuestra patria, ese es el objeto de nuestras aspiraciones. Los mundos nos invitan á contemplarlos y recorrerlos, y de antemano nos han dejado vislumbrar sus variadas maravillas. ¡Cuán despreciables nos

(1) Gálatas, VI, 14.
(2) Hebreos, XII, 2.
(3) Hebreos, X, 19.

Biblioteca Nacional de España

parecen las cosas de la tierra! ¡Como debemos despreciarlas! Cuando contemplamos los falsos halagos de la vida, desde este doble punto de vista, ya como cristianos, ya como conocedores del universo, pierden todo su falaz atractivo, y echamos sobre ellos una mirada de desden. Aunque poseyéramos toda la tierra, ¿qué vale? ¿de qué seríamos dueños sino de un grano de arena en la inmensidad? Afánense los mortales por un puñado de tierra, que cabe en el hueco de la mano, sacrifiquen su conciencia y su alma á la adquisicion momentánea de un poco de polvo. ¡Qué lástima inspiran á los que conociendo la doctrina de la pluralidad de mundos levantan sus ojos al cielo y se abisman en su contemplacion!

¡Al cielo! á nuestra patria verdadera, á aquellas ricas regiones, abundantes de verdaderos bienes, porque son la córte del Sumo Bien. Somos peregrinos sobre la Tierra; no nos detengamos en el camino; no nos desviemos un solo punto de la línea recta que nos lleva á la ciudad santa, en la que se encuentra reunido todo cuanto es digno de ser amado por un sér inteligente é inmortal.

¡Al cielo! á la casa de nuestro padre, en la que hay muchas mansiones, á cual mas esplendorosas y magníficas, que nos será permitido visitar. *Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra: buscad las cosas de arriba en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios* (1). Allí es donde se encuentra la plenitud del gozo, allí se disfrutan deleites sin fin.

Ved ahora el camino: hé aquí la leccion mas provechosa de la pluralidad de mundos. *Habiendo de ser deshechas todas las cosas de la tierra, ¿cuáles os conviene ser en santidad de vida y de piedad? Esperando y apresurándoos para la venida del dia del Señor, en el cual los cielos ardientes serán*

(1) Cálatas, III 2.

Biblioteca Nacional de España

disueltos, y los elementos se fundirán con el ardor del fuego. Pero esperamos, segun las promesas de Jesucristo, nuevos cielos y nueva tierra, en los que mora la justicia. Por tanto, muy amados, esperando estas cosas, procurad que él os halle inmaculados é irreprensibles, en paz (1).

(1) II Petri, III, 11.

FIN.

Biblioteca Nacional de España

APÉNDICE.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

APÉNDICE.

NOTA A. (Al capítulo V).

He consultado mas de cien autores católicos de filosofía y teología, pertenecientes á diversas épocas, que tratan espresamente esta materia, sin contar otros muchos que se ocupan de ella por incidencia, y sin contar tampoco las cartas, revistas, artículos, etc. Todos absolutamente admiten la *posibilidad* de muchos mundos.

En cuanto á la habitacion de los planetas y cuerpos celestes, preciso es confesar que hasta principios del siglo pasado, la mayoría está contra ella. Desde esta época se observa un cambio notable, se discute con argumentos nuevos, y la mayoría son los que están á su favor. En general se puede decir que los que la niegan, solo la examinan bajo un aspecto, ó partiendo de un principio erróneo, ó suponiendo que los habitadores de los *mundos han de ser hombres organizados como nosotros.* Pero los que tienen algunas nociones de astronomía, los que comprenden la importancia del universo, y el verdadero sentido en que se defiende esta opinion, la admiten como cierta, ó al menos como probable.

Entre los individuos del clero católico que la admiten como cierta, ó como probable, ó como verosímil, merecen ser citados los siguientes:

El cardenal Nicolás de Cusa, en su libro *De docta ignorantia.*

El cardenal de Polignac, sucesor de Bossuet, en el *Anti-Lucrecio.*

El P. jesuita Fabri en sus *Novæ quæstiones.*

El P. A. Rheita, en su obra *Oculus Enoch et Eliæ, sive Radius sidereo-mysticus*, etc.

El Genuense en su *Philosophia* muy conocida.

Raimundo Sabunde, ó el P. jesuita que publicó su obra *Las Criaturas.*

El P. Atanasio Kircher en el *Itinerarium extaticum.*

El P. Daniel en el *Viaje al mundo de Descartes.*

El célebre presbítero Gassendi en el *Syntagma philosophicum*; *De cœli siderumque substantia.*

Fabricius en su *Biblioteca nova.*

El P. Teodoro de Almeyda en las *Recreaciones filosóficas.*

El presbítero Hervás y Panduro en el *Viaje estático al mundo planetario.*

El obispo Fraysinous en sus *Conferencias.*

El sabio Feijóo en su *Teatro crítico* y en las *Cartas eruditas.*

El presbítero Guevara, en su conocida *Philosophia*, que tantos años ha servido de texto en los seminarios.

El P. Gratry, en su obra *Les Sources de la incredulité.*

El presbítero don José Reguero Argüelles, racionero de Toledo, en su obra *Astronomía física.*

El obispo Maret en su apreciable *Teodicea cristiana.*

El P. Ráulica en la *Razon filosófica y la Razon católica.*

El sabio abate Moigno en su notable revista *Les Mondes.*

El abate L. M. Pioger en su obra *La pluralité des mondes.*

Y otros muchísimos.

Biblioteca Nacional de España

NOTA B. (Al capítulo V.)

Raimundo Sabunde, célebre filósofo y teólogo español del siglo XV, escribió una notable obra con el título de *Teología natural*, ó *libro de las criaturas*, de la cual se hicieron numerosas ediciones y se publicaron traducciones en todos los idiomas de Europa. Un sacerdote de la Compañía de Jesus, de fines del siglo pasado, la refundió y le dio una nueva forma, acomodada á los adelantos de las ciencias y á las necesidades de los tiempos modernos.

Nuestros lectores verán con gusto un párrafo interesante de dicha obra relativo á la habitacion de los astros. El fondo pertenece al antiguo sabio, la forma al jesuita moderno. De todos modos es curioso hallar espresados con tanto vigor y brillantez por un teólogo, tanto tiempo anterior á Flammarion, los mismos argumentos que este aduce, y descubrir que nada nos enseña que él mismo no haya podido aprender en las obras de esos teólogos á quienes mira con tanta prevencion.

EXISTENCIA DE OTRAS CRIATURAS SEMEJANTES AL HOMBRE.

«¿Estará señalado únicamente al hombre el superior encargo, estará confiado solamente al hombre el elevado ministerio de proclamar la honra y gloria de Dios? ¿Tan solo el hombre habrá sido llamado á la alta dignidad de conocer al Criador universal y de amarle? ¿Pero qué son los *hombres todos ante la creacion entera? ¿Cómo es posible que solo* al hombre estén descubiertas las grandezas de Dios? En la inmensidad de la creacion, ¿no habrá otra criatura privilegiada? Consultemos otra vez el gran libro de la naturaleza universal: estudiémoslo atentamente.

Hemos dirigido nuestra vista hácia las innumerables especies de criaturas que nos rodean, y nos han dejado atónitos su órden, su número y sus cualidades. Instigados por una provechosa curiosidad, hemos aumentado el poder de nuestros ojos, y hemos llegado á descubrir un nuevo mundo de criaturas, antes invisibles, en la tierra, en el agua, en el aire, en las plantas y flores, en los frutos, y hasta en los mismos animales. Pero atendiendo á la inmensa extension de los espacios impenetrables á nuestra vista, por aumentada que esté, hemos deducido con certeza que nosotros no alcanzamos á ver del universo entero mas de lo que ve en nuestro hemisferio el insecto microscópico que nace, vive y muere en la hoja de un árbol. Pero si nuestro ojo no alcanza á penetrar en los espacios inmensos de lo creado, si tan limitado es, tan reducido y miope, ¿lo será igualmente nuestro entendimiento? Y habiéndose elevado este tantas veces sobre la vil esfera de las cosas terrenas y caducas, habiéndose lanzado hasta la morada de la Divinidad, y penetrado hasta sumergirse en la inmensidad del Ser divino, ¿desconfiará él encontrar otras criaturas hijas de un mismo padre, aunque imperceptibles á nuestra vista? No por cierto. Entre lo invisible y la nada hay una distancia infinita.

¿Habrá, pues, criaturas en el espacio que media entre nosotros y el Sol, en Júpiter y Saturno, en Marte y Urano? Lo ignoramos. *Pero si en* la Tierra, sujeta á nuestras miradas, no descubrimos un palmo de lugar desocupado, ¿podremos creer que reine la nada en tan grandes é inmen-

Biblioteca Nacional de España

sos espacios? La superficie de los planetas es extensísima, y la de Júpiter solo es ciento veinte y tres veces mayor que la de la Tierra. ¡Qué horribles é interminables desiertos serian ellos si estuviesen faltos de criaturas! Y por otra parte ¿con qué motivo suponemos nosotros que la Tierra, que no es otra cosa que un planeta como los demas, sea exclusivamente privilegiada? ¿Cómo podemos creer que estén despoblados tan vastos horizontes? ¿De qué serviria la rotacion de los planetas sobre sus ejes, que les produce los cambios de temperatura y los períodos de noche y dia, si no hubiese en ellos vivientes que alumbrar y á quienes dar calor? Los mas célebres y modernos astrónomos han descubierto en los planetas, con auxilio de fuertes telescopios, atmósferas de aire, aguas, montes y volcanes, y admirables analogías con cuanto hay sobre la Tierra.

Cuando vemos á esta abundar en criaturas vivientes, para las cuales sirven el aire, el agua y el fuego, ¿por qué no hemos de decir otro tanto de la existencia de criaturas vivientes en los planetas, para cuyo bienestar tienen el aire, el agua, el *fuego que en ellos descubrimos*? De la vista de las raices de un árbol arrancado de la tierra deducimos nosotros con certeza en fuerza de la analogía la existencia de las raices ocultas de otro árbol fijo todavía en la Tierra. Practicando la anatomía de los miembros interiores de un animal, conocemos la existencia de iguales miembros en los demas animales de la misma especie. Las cosas, pues, que nosotros conocemos claramente que están en la tierra destinadas á las criaturas vivientes, y que igualmente descubrimos en los planetas, nos guian al conocimiento de la existencia de otras criaturas vivientes en estos; al modo que encontrando nosotros por acaso en los bosques de alguna desconocida playa rastros de la presencia del hombre, juzgamos con certeza que aquella playa no está desierta, sino poblada, aunque no lleguemos á ver los hombres que la pueblan; asi la luz, el calor, el aire, el agua y demas cosas existentes en los planetas nos hacen creer en la existencia de criaturas vivientes en ellos. Y si las leyes de la analogía nos han llevado á admitir la poblacion de todos los planetas, las mismas leyes de analogía, ayudadas de otros fundamentos, nos hacen suponer que todas las estrellas fijas pueden ser otros tantos soles, en torno de los cuales rueda una multitud de otros planetas. ¿Diremos que estas inmensas regiones estén yermas y desiertas? ¿Y podremos creer que la omnipotencia de Dios, que tan magnífica y espléndida se ha mostrado en nuestro globo y en los mas cercanos á nosotros, haya sido avara y parca en los mas lejanos?

Trasportémonos por un momento á estos espacios inmensos; ábranse *á nuestro espíritu esas desconocidas regiones*, y ébrios de gloria y trasportados de júbilo estrechemos en nuestro corazon á otras criaturas semejantes á nosotros, otros hijos del padre universal. ¡Qué multitud de séres! ¡Qué variada organizacion! ¡Cuántas naturalezas nuevas y especies no conocidas! ¡Qué modificaciones y diferencias! En todos estos sistemas de cosas se notan grandes analogías, en todos está impreso el sello de la diestra mano del Omnipotente. ¡Oh! ¡Cómo proclaman por doquiera la sorprendente sabiduría del Artífice universal los incesantes descubrimientos, la admirable é infinita variedad y la ordenada disposicion de una creacion que raya en la inmensidad! ¿Dónde está ahora nuestro Sol? ¿Dónde está la Tierra? ¿Dónde han quedado los hombres con sus pequeñeces de reinos é imperios?

Escuchad, oh criaturas, nuestras lejanas voces. ¿Sois acaso felices? ¿Ha penetrado alguna vez el desórden y el pecado en vuestras moradas? ¿Hay entre vosotros alguna afortunada especie que conozca la mano be-

GASPAR EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

néfica que la sacó de la nada? ¿Hay mas de una tal vez? ¿Las ha invitado Dios á que le amen? ¿Las ha encargado de propagar su gloria? ¿Aspirais vosotras á su inefable felicidad, ó la estais ya gozando? Pero ¡ah! median entre nosotros, lenguaje, expresiones, sentimientos desconocidos y distancias inmensas que hacen inútiles nuestras indagaciones. Bajemos á la Tierra... mas de paso observemos: ¡cuántas enormes masas! ¡qué leyes de mútuo influjo y atraccion! ¡qué proporcion en los medios, y qué grandeza en los fines! ¡qué movimiento tan espantosamente rápido el de estos innumerables cuerpos que ruedan á la vista del Criador en profundo y respetuoso silencio! Y la Tierra? ¡Oh, cuán pequeña es la Tierra en presencia de todo lo criado!

EXISTENCIA DE LOS ESPÍRITUS.

La innumerable multitud de nuevas criaturas, que confusamente y como en embrion hemos visto, y á quienes hemos saludado por pocos instantes ¿será acaso el término de la creacion? ¿Quedó en esos límites parada la mano del Omnipotente? Estudiemos la naturaleza de los séres: observemos é indaguemos atentamente. Dios nos abrió el libro de la naturaleza para que descifrándolo descubriésemos verdades ocultas, necesarias y útiles al hombre.

Conocemos séres puramente materiales, y séres compuestos de materia y espíritu. Luego la materia está dotada de dos modos de existir, esto es por sí sola, y unida á otra diversa sustancia, á un espíritu. Pero no vemos en la naturaleza á los espíritus existir de otra manera que ligados á una porcion de materia; con lo que por este lado pareceria la materia mas privilegiada que el espíritu. El espíritu, pues, de nobleza tan superior á la materia, el espíritu criado á imágen de Dios, ¿será en cierto concepto inferior á la materia? ¿La materia será en tantos entes intrínsecamente libre de sentir los preceptos del espíritu: y el espíritu sentirá siempre el peso y las ataduras de la materia? Esto es imposible. La naturaleza estaria en desórden si el espíritu no gozase en otros séres de una independencia natural de la materia. ¿Existirá, pues, tambien el mundo de los espíritus? Ciertamente. Lo acabamos de descubrir. El gran libro de la naturaleza, escrito de la mano infalible de Dios, nos lo ha mostrado.

Si el universo de los espíritus es mas noble, si se acerca mas á la imágen de Dios que el universo de la materia, ha de tener preferencia de lugar, de cualidades y de número sobre el universo de la materia. Si el número de los séres puramente materiales y mistos es tan grande, inexplicable é inconcebible ¿cuánto mas grande, inexplicable é inconcebible no será el de los espíritus? Si las cualidades, bellezas y magnificencia del universo de la materia son tan encantadoras y sorprendentes ¿cuánto mas lo han de ser las del universo de los espíritus? Y si nuestro mundo está dividido en gradaciones naturales, y si con razon suponemos existir semejantes gradaciones en los demas mundos, ó sean orbes celestes; con mas motivo hemos de creer que haya estos grados y órdenes de dignidad en el universo de los espíritus. ¿Quién nos franqueará la entrada en este universo á nosotros que nos deleitamos en las cosas grandes? ¿De qué naturaleza es la luz que le ilumina? ¿Son acaso tinieblas junto á ella los brillantes rayos de nuestro Sol?

HIMNO EUCARÍSTICO EN LOOR Y GLORIA DEL CRIADOR UNIVERSAL.

Espíritus afortunados que andais en torno á nosotros conociendo nuestras grandezas y vanidades, ¿sois acaso vosotros los que de vez en cuan-

Biblioteca Nacional de España

do enviais penetrantes rayos de luz al interior de nuestras almas? ¿Sois vosotros los que nos ofreceis con aspecto halagueño y lisonjero las bellezas de la virtud? Vosotros, que en tantas distintas especies llenais todos los lugares y espacios: vosotros, especialmente los que mas de cerca escuchais nuestras voces, lanzaos ahora á las regiones superiores, y entonad un himno de gloria al Criador universal. Id de lugar en lugar, de espacio en espacio, penetrad de uno en otro globo, pasad de esta á la otra esfera, y en todas partes invitad, haced esfuerzos para que con júbilo se eleve este himno al Eterno. Haced que concurran tambien á su modo las criaturas insensibles; y sean los primeros anuncios de tan alto festejo sus melodiosos conciertos, sus cualidades armónicas, excitadas por vosotros con la maestría con que soleis tañer el arpa de oro. Y luego las criaturas todas, que en la frente llevan escrito el nombre de Dios, y que conocen y tienen por fin á Dios: hombres y séres que no tienen nombre conocido, y espíritus de todas gerarquías... expresen al Supremo Bienhechor su gratitud con toda la efusion y ternura del corazon.

Gran Dios, que abrazas lo pasado, lo presente y lo futuro: que conoces todo lo criado y lo por criar; que eres grande lo mismo en tus obras mas pequeñas que en las mayores; Trinidad augusta en la unidad mas perfecta, que criaste el mundo y sacaste de la nada los entes todos, y en medio del vacío los colocaste cual triunfal enseña de tu poder, no deseches este himno de alabanza que en nuestra pequeñez osamos dirigirte. La palabra no puede expresarte, el pensamiento no te comprende, y sin embargo, Tú eres el objeto de nuestro gozo y de nuestros temores. Nosotros nos regocijamos en conocerte de algun modo; pero nos regocijamos mucho mas en comprender que tú eres grande hasta ofuscar nuestra vista y sobrepujar nuestras potencias. Tu grandeza es la mayor de las grandezas, tu bondad no tiene igual, y tu amor excede á todos los amores; porque tú solo eres verdaderamente poderoso, tú solo grande, tú solo altísimo, tú el Señor de la interminable muchedumbre de los séres que criaste. A tu presencia desaparece toda grandeza criada, apágase la luz de los astros, toda magnificencia es vanidad; y todo el universo criado y posible no es mas que un átomo. Los cielos que tan majestuosamente anuncian tu gloria, los astros, que propalan tu poder, perecerán á una señal tuya, se extinguirá su luz, se pararán sus armónicos movimientos; pero tú serás siempre el mismo. Tú eres en todo grande y completo, que de nada necesitas, que en tu esencia increada te deleitas, á la cual nada puede quitarse, ni es susceptible de aumento ni disminucion. Los séres criados que anuncian tu gloria, y propagan tu amor; nada te dán; y las recompensas de tu magnífica generosidad son en bien y ventaja de ellos mismos. Tu sosegada complacencia al ver los virtuosos esfuerzos que hacemos nosotros tus criaturas, ni te engrandecen mas, ni te hacen mas feliz: á nosotros sí que tus mercedes nos hacen grandes y felices. Sea, pues, eterna alabanza, y dése honor perpétuo á tu nombre tres veces santo. Respondan las generaciones futuras á nuestras voces de júbilo y de accion de gracias. ¡Goce siempre y sea feliz el que te ame! ¡Desgraciado el que en todo lugar y tiempo no busca tu honor y gloria!»

(*Las criaturas, grandioso tratado del hombre*, lib. I. cap. VII. Edicion de la librería religiosa. Barcelona, 1854.)

Quien desee ver largamente expuestas las razones en pró y en contra de la pluralidad de Mundos habitados, lea el *Viage estático al mundo planeta-*

Biblioteca Nacional de España

rio, por el Pbro. D, Lorenzo Hervás y Panduro, especialmente el tomo II, jornada segunda, pág. 114 y siguientes, y tomo III, jornada segunda, página 194 á 259. Edicion de Madrid, 1794. Estudia la cuestion bajo todos sus aspectos, físico, metafísico, teológico, etc, Entre otras cosas notables, hallamos las siguientes frases que recomiendo á mi cándido amigo C..... E.....: «El escándalo que la ignorancia de algunos cristianos se finge al oir la probable existencia de innumerables mundos, *es la única arma* con que el vicioso irreligionario les hace guerra, pretendiendo infamar al cristianismo. Pero en vano. *Si dificilmente conoceis, oh hombres, el mérito y utilidad de las cosas terrestres, y con gran fatiga hallais las que teneis inmediatas a nuestra vista; ¿quién será aquel que llegará á investigar las cosas que hay en los cielos?* (Sapientía, cap. IX. vers. 16.) Esta vana persuasion (contra la pluralidad) se pretende autorizar ignorantemente con la religion; y como tal persuasion á la menor reflexion se descubre poco conforme á la razon, á las obras visibles de la naturaleza y á los atributos de nuestro gran Dios: en los espíritus pusilánimes la ignorancia produce escándalo nocivo á la religion, y á los impíos la irreligion suministra armas para el triunfo aparente de su impiedad.»

Recomendamos á nuestros lectores desocupados, que evacuen si les es posible esta cita del tomo III. Su lectura les parecerá tal vez un poco pesada, pero sacarán de ella mucho fruto.

En cuanto á Mr. Flammarion, esperamos que modificará su opinion, y se convencerá de que la pluralidad de mundos, si bien ha tenido muchos adversarios entre el clero, no ha tenido igualmente mejores defensores que el mismo clero.

Biblioteca Nacional de España

NOTA C. (Véase el capítulo VI.)

VALOR DEL ARGUMENTO DE ANALOGÍA.

—Hijo.—¿De qué clase será esta analogía: *la Tierra está habitada; luego los planetas lo están?*

—Padre.—*De la mas débil*: porque solo está fundada sobre la relacion de semejanza. Pero si se repara en que los planetas tienen revoluciones diurnas y anuales, y por consiguiente que son sucesivamente iluminadas y calentadas sus partes, parece que la Providencia nos da á entender en algun modo que ha dispuesto este órden periódico para la conservacion de algunos habitantes: y esta analogía fundada en la relacion que hay entre los medios y el fin, tiene mas fuerza que la primera.

No obstante, aunque pruebe que la Tierra no es la única habitada, no prueba que todos los planetas lo son; pues lo que el Autor de la naturaleza repite en muchas partes del universo con un mismo fin, puede ser que algunas veces no lo permita, sino como una consecuencia del sistema general: y puede suceder tambien que una revolucion convierta un planeta habitado en un desierto."

(*Lógica de Condillac*, por D. Valentin de Foronda. Seccion XVIII, página 170. Edicion de Madrid, 1820.)

Biblioteca Nacional de España

NOTA D. (Véase el capítulo VI.)

UN ARTÍCULO CONTRA LA PLURALIDAD DE MUNDOS.

(Tomado de *La Cruz*, número del 19 de Agosto de 1875, que á su vez lo toma de *La Civilta Cattólica*.)

¿HAY HABITANTES EN OTROS PLANETAS?

Acaso nuestros lectores, que contemplan en el cielo sereno de una bella noche de verano aquellos millares de astros que brillan vagamente, imaginando que cada uno de ellos es un sol rodeado quizás de tantos planetas como el nuestro, ó de mas aun, habrá dejado de sentir el deseo de ver resuelto de una vez aquel antiguo problema: si todo es desplobiado y muerto en los cuerpos celestes visibles é invisibles, sobre todo en los planetas pertenecientes á nuestro sistema, ó si en ellos se despliega tambien la vida, y con ella la alegría de los séres orgánicos, tanto vegetales como animales.

Por cierto que no debemos esperar la solucion del problema de la ayuda de los instrumentos ópticos, por mas perfeccionados que sean. Sin hablar de los otros, el giganlesco telescopio de refraccion recien construido en Inglaterra suprime 382,000 kilómetros de la distancia que media entre la tierra y la luna, y coloca así el ojo del observador á 128 kilómetros de este satélite; pero deja, sin embargo, una distancia que no puede ser explorada en manera alguna, no solo respecto á las estrellas, sino tambien á los planetas tanto mas próximos á nosotros.

Pero si la óptica no se halla en situacion de satisfacer por *sí sola* á tan atrevida indagacion, con todo, no es menos verdadero que los progresos hechos en nuestros dias en los ramos de las ciencias naturales nos suministran datos para la solucion, si no segura y completa, al menos parcial y probable de tan árduo problema. El distinguido astrónomo francés Sr. Faye ha emprendido el trabajo de recoger y de coordinar dichos datos, de los cuales parece concluirse, no sin fundamento, que la existencia de séres orgánicos fuera de nuestro globo está tan lejos de poderse suponer por simples deducciones de analogía, que mas bien debe llamarse imposible con respecto á una parte de los astros, y muy improbable en los otros. No carecerá de interés resumir aquí en pocas palabras las tésis principales de la disertacion escrita por él sobre este argumento, é inserta en el *Annuaire du bureau des longitudes*, 1874. «Cuando la astronomía, dice, consideraba la tierra como el globo central, en cuyo alrededor estaban distribuidos gradualmente todos los astros, y al universo como una vasta esfera cuyo centro era nuestro globo y en cuyo alrededor giraba la esfera con el sol, la luna, los planetas y las estrellas, todo arreglado de modo que moderase oportunamente las condiciones de la vida, la luz, el calor y los cambios de las estaciones, el hombre podia creerse fácilmente el centro del universo y el único fin inmediato de la creacion. Mas en el siglo XVII todas estas ilusiones desaparecieron para dar lugar al senti-

Biblioteca Nacional de España

miento de nuestra pequeñez, y que casi es una nulidad material ante la inmensidad de los espacios y la grandiosidad del universo. De aquí nació la idea de la pluralidad de los mundos con que Fontenelle y sus contemporáneos creyeron poder representar el universo como una vasta complicacion de mundos independientes entre sí, provisto cada uno de todas las condiciones exigidas para que se desarrolle la vida en toda su plenitud y bajo todos sus aspectos.

»La ciencia actual, no solo está lejos de favorecer tan fantásticas hipótesis, sino que nos guia á conclusiones del todo opuestas. En efecto: el análisis espectral, confirmado en muchas de sus partes por el análisis químico de los meteoros, ha venido arraigando en nosotros la idea capital de que todos los cuerpos de la naturaleza, ya sean planetas de nuestro sistema, ya aquellos soles que llamamos estrellas, ya las nebulosas mismas, tanto regulares como amorfas; en una palabra, toda la materia distribuida en los espacios del universo, es compuesta de los mismos elementos, gobernada por las mismas fuerzas físicas, sujeta á las mismas leyes químicas, dotada de los mismos caracteres esenciales á los elementos de que se componen los cuerpos terrestres, y esto hasta en las mas insignificantes particularidades de la mas delicada experiencia. Una analogía tan perfecta de los seres inorgánicos nos lleva á conjeturar con gran probabilidad que la existencia orgánica debe tambien mantenerse ligada en todo el universo á las condiciones de que la vemos depender en nuestro globo; y tanto mas, si se considera la grande actividad que conservan las leyes arriba dichas bajo la influencia misma de la vida. Ahora, si un estudio exacto de los cuerpos celestes nos demuestra que algunas de las condiciones indispensables á la vida orgánica sobre nuestro globo, apenas si se encuentran en uno ó dos planetas, tendremos un buen argumento para asegurar que la presencia de séres vivos en los cuerpos celestes es, por lo menos, muy improbable. Y bien: esto es justamente lo que ahora puede probarse hasta la evidencia.

»Veámoslo primero en la temperatura. Los gérmenes, cualesquiera que sean, necesitan para iniciarse en la vida una temperatura que no alcance á 60 grados, y para desarrollarse una que no baje hasta la congelacion del agua. Como consecuencia de esta ley sucede que sobre la misma tierra, á pesar de que sus aguas, suelo y aire están poblados por una variedad casi infinita de séres orgánicos, se encuentran de repente vastísimas regiones en donde la vida desaparece á causa de una diminucion, pequeña á las veces, de temperatura, y otras en donde el aumento de pocos grados la haria desaparecer por un exceso de calor. Esta sola consideracion excluye la presencia de la vida de todos los cuerpos que brillan con luz propia, ó, lo que es lo mismo, *de todos aquellos que vemos en el cielo, menos los planetas.* Desde que se ha conocido mejor la naturaleza de nuestro sol, nadie piensa ya en las estrellas habitadas. Quiere decirse otro tanto de las nebulosas, al paso que el espectroscopio nos manifiesta en ellas la presencia de hidrógeno, y tal vez de ázoe incandescentes. Evidentemente la vida solo puede encontrarse en un globo ya frio, unido á otro cuerpo caliente, mas ó menos próximo, que le suministre en moderadas dósis el calor indispensable, sin pasar los límites bastante estrechos que arriba indicamos. Tal es el servicio que presta á la tierra nuestro sol, y que los demás soles deberian prestar á sus planetas. No se debe negar que la constitucion física de muchos de ellos los ponga en situacion de esparcir en torno suyo, tal como nuestro sol, una luz y un calor constante, durante un largo curso de siglos.

Biblioteca Nacional de España

»Una gran masa, fluidez de la misma y mantencion de una *fotósfera* durables de irradiaciones constantes, son condiciones que se encuentran con frecuencia en los cuerpos celestes. Y esto no obstante, falta mucho para que todos los soles sean aptos para mantener la vida en los cuerpos circunvecinos. Excluyamos en primer lugar las estrellas variables, como la *O* de la Ballena que brilla durante algun tiempo con luz bastante viva como estrella de primera magnitud, y se debilita despues poco á poco hasta quedar invisible, reducida á la catorzena magnitud, por casi once meses. Excluyamos además las estrellas demasiado débiles, sea por estar ya enfriadas ó por ser de masa demasiado pequeña para poseer una elevada temperatura; y aquellas donde el análisis óptico nos revela, mediante las estrías de su espectro, la existencia de combinaciones químicas, como tambien aquellas coloreadas de rojo, de azul y de azul verdoso, puesto que su luz carece de ciertas irradiaciones necesarias para el desarrollo de los séres organizados. Excluyamos por fin, aquellos grupos de estrellas condensadas por centenares y millares de espacios mas ó menos estrechos, en los cuales la temperatura debe sobrepujar con mucho los límites admisibles. Quedan á pesar de esto muchísimas estrellas, cuya temperatura no presentaria dificultad. Mas hé aquí que se presentan nuevas restricciones por parte de los sistemas planetarios. La creacion de los planetas, sugerida por muchos hechos, es aquella que las hace derivar de su sol, en la época de su formacion. Habiéndose esparcido primitivamente en un grande espacio, la masa de éste, una vez animada, gracias á su calor original, de un movimiento suficiente de rotacion, enfriándose, podrá abandonar en torno suyo algunos anillos circulares de materias falibres, cuya condensacion formará planetas que continuarán circulando como los anillos primitivos, en órbitas poco excéntricas, con tal que las masas de éstos sean muy pequeñas respecto á la masa central, y sus distancias mútuas considerables. Donde un sistema planetario sea formado de esta manera, la temperatura fomentada por el sol central, podrá ser idónea para el mantenimiento de la vida; lo cual no sucederia en la hipótesis de órbitas muy excéntricas, como las de los cometas. Pero nada nos autoriza á suponer que el movimiento de todos los soles sea cual se requiere para la formacion de un sistema planetario tal como lo hemos descrito. Y verdaderamente la observacion nos confirma, por una parte que los movimientos de rotacion entre los cuerpos celestes varian sobremanera, y por otra sabemos que el movimiento necesario á la formacion de un arreglado sistema planetario tiene su medida. Si la masa primitiva, cuya condensacion debia engendrar el sol y su séquito de planetas, no tiene movimiento rotatorio, ó lo tiene demasiado lento, conserva una figura esférica, de que nos ofrecen ejemplos algunas nebulosas; y concentra en sí misma toda su materia sin dar lugar á la formacion de planeta alguno. Si al contrario, la rotacion excede á todas en velocidad, todo el líquido se altera gradualmente; la masa central cesa de mantener su preponderancia, y en vez de un sol rodeado de pequeños satélites, se forma un sistema de soles, dobles, triples, cuádruplos.

»La cuestion ha venido así limitándose al exámen de sistemas análogos al nuestro; sistemas ya disminuidos de las precedentes condiciones, y en donde tambien encontraremos nuevas restricciones. En primer lugar, la condicion de temperatura excluye á los planetas cuyo eje de rotacion sea muy inclinado hácia el plano de la órbita. En Vénus, por ejemplo, dicha inclinacion, de 37°. debe ocasionar variaciones inútiles de temperatura. Deben igualmente excluirse aquellos globos, como la luna, cuya

Biblioteca Nacional de España

rotacion, demasiado lenta, dejaria mucha influencia á las irradiaciones nocturnas, y aquellos, como Saturno, que están rodeados por anillos opacos, cuya sombra proyectada justamente sobre las regiones mas favorables al desarrollo de la vida, produce aquí y allá eclipses periódicos y contínuos: no hay necesidad de hablar de Urano, que con cada uno de sus hemisferios vé el sol, mas ó menos, durante el curso de media revolucion, es decir, 42 años, mientras el otro hemisferio permanece un tiempo igual sepultado en las tinieblas.

»Mas las mejores condiciones de situacion astronómica serian nulas, aun bajo el solo aspecto de la temperatura, si el globo en que se busca la vida no está envuelto en una atmósfera capaz de observar y moderar el calor durante el dia y de oponerse al enfriamiento durante la noche. La luna nos prueba suficientemente que estas condiciones pueden no ser llenadas. Es, pues, necesario excluir de cualquier sistema á los planetas privados ó escasamente provistos de atmósfera. Y nótese que no bastaria una capa exclusivamente formada de gases permanentes: sin el vapor de agua seria en extremo permeable al calor y demasiado limitada su accion moderadora.

»Resumamos las primeras condiciones que se refieren á la temperatura: para que un globo sea habitable es necesario que forme parte de un sistema solar, cuyo astro central esté provisto de una *fotósfera* de irradiaciones completas y constantes; que la rotacion de dicho globo y su distancia al sol correspondiente satisfagan ciertas condiciones algo estrechas; que este envuelto en una capa gaseosa y cubierto en parte por cierta cantidad de líquidos, cuyos cambios de estado no se alejen mucho de límites fijos de temperatura para suministrar el vapor necesario; y finalmente, que posea una masa superior con mucho á la de los 135 globos pequeños que se mueven entre las órbitas de Júpiter y Marte, «sobre los cuales una piedra lanzada por la mano de un niño correria riesgo de convertirse inmediatamente en un cuerpo extraño, ó en un satélice girador en torno de su planeta, y sin detenerse mas.»

»Vienen en seguida las condiciones geológicas, y señaladamente una conveniente distribucion de la superficie en sólido y líquido, y un equilibrio estable del mar, de modo que sus movimientos se reduzcan á simples oscilaciones en determinadas fuentes. La densidad media de Saturno y de Júpiter, por lo demasiado escasas, excluye estas condiciones; las cuales, sin hablar de Vénus, aun poco conocida, solo se encuentran, á la verdad, en la Tierra y en Marte. Y tambien, en cuanto á este último, conviene reconocer que el aspecto tan invariable de sus continentes rojos, contrastando con sus mares ligeramente verdosos, no favorece mucho á la idea de una vida orgánica extensamente desarrollada sobre su superficie.

»Pasando, finalmente, á las condiciones químicas, el análisis espectral, y á falta de éste el de los meteoros, nos han manifestado sin duda que los elementos necesarios á la vida, el ázoe, el oxígeno, el hidrógeno, el carbon, el calcio, el hierro, el azufre, el fósforo, están generalmente hablando, bastante repartidos en el universo. Aun en el vapor de agua se ha descubierto en muchos cuerpos celestes, desde que Jannsen dió su curioso espectro de absorcion. Con todo, en la cuestion que nos ocupa es un hecho notable que el ázoe, el oxígeno y el carbon no hayan sido descubiertos en ninguna de las estrellas. Por este hecho tan constante, estaríamos á punto de deducir la carencia de estos importantísimos elementos, tambien en los planetas formados por el acaso, alrededor de las estrellas, si nuestro sol no viniese precisamente á debilitar la deduccion, el cual,

Biblioteca Nacional de España

encontrándose en el mismo caso, tiene solamente á la tierra entre sus planetas, abundantemente provista. No se negará, por otra parte, que dicha carencia de ciertos elementos en las masas centrales es un obstáculo bastante grave contra el que quisiera suponer *á priori* la presencia de séres en los planetas.

»Es cosa sabida que pueden formarse atmósferas escasas y aun totalmente privadas de oxígeno; en confirmacion de lo cual pueden citarse Júpiter, Saturno, y sobre todo Urano, cuyas atmósferas difieren de la nuestra, esencialmente en su composicion. Sus espectros parecen indicar la presencia de gases ó vapores compuestos, que ejercen una absorcion, de naturaleza por nosotros desconocida. Agrégase que el ázoe, el oxígeno y el vapor de agua no bastarian por sí solos aun á las exigencias de la vida. Esta desapareceria bien pronto de nuestro globo si las pequeñas dósis de ácido carbónico, contenidas en nuestra atmósfera, y en nuestra agua, viniesen á eliminarse, ó al contrario, á aumentarse mas allá de ciertos límites.»

No seria difícil multiplicar las observaciones semejantes á las ya expuestas y acordes con ellas. Pero estas bastan á justificar la conclusion de M. Faye. Lejos de poder admitir *a priori* que las condiciones necesarias á la vida se encuentran naturalmente verificadas en todos, apenas se puede citar, fuera de la Tierra, á dos planetas de *nuestro sistema* donde solo sean probables: y el único globo sobre que podemos pronunciar juicio con certidumbre entera, es decir, la Luna no cumple una sola condicion.

(*De La Civiltà Cattòlica.*—Publicado en España en *La Cruz*, Agosto de 1875.)

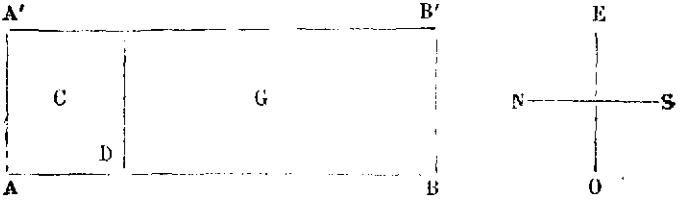
Biblioteca Nacional de España

NOTA E. (Véase el capítulo X).

LA GRAN PIRÁMIDE.

«En la imposibilidad de exponer en tan breve espacio el conjunto de los resultados suministrados por el estudio matemático de la gran Pirámide, en su totalidad y en sus detalles, me propongo reproducir en esta breve reseña las pasmosas revelaciones acerca del pavimento de la antecámara ó vestíbulo de la cámara del rey.

El pavimento de la antecámara consta de dos partes: la una BD de granito, y la otra AD de piedra calcárea. No puede ocultarse que el arquitecto usó *intencionadamente* de dos clases de materiales, y lo que sigue probará que una intencion aun mas misteriosa presidió á las dimensiones relativas asignadas por él á estas dos clases de materiales.



La longitud AB es, en pulgadas piramidales, 116,26±0,02.

La longitud BD de la porcion de granito es 103,03±0,1.

Luego: 1.°—116,26 es el diámetro (2 r) de un círculo, cuya área es 106,16; y 103,033 es el lado (c) de un cuadrado cuya área es 106,16, es decir que $\pi r^2 = c^2$.

2.° 116,26 × π = 365,24, número de los dias del año, como tambien el número de los codos sagrados contenidos en la longitud del lado de la base cuadrada de la gran Pirámide.

3.° 116,26 × π × 5 × 5 (el 5 es un número esencialmente piramidal) = 9131 pulgadas piramidales; esto es, la longitud del lado de la base cuadrada de la gran Pirámide, deducida de la média de todas las medidas.

4.° 116,26 × 50 (número de capas horizontales de los materiales entre el nivel de la antecámara y la base inferior de toda la Pirámide, = 5813 pulgadas piramidales, altura vertical primitiva de la gran Pirámide, deducida de la media de todas las medidas.

5.° 103,033 pulgadas piramidales × 50 = 5151,65 p. p.; esto es, la longitud de un lado de un cuadrado igual en superficie á la seccion principal de la gran Pirámide, longitud deducida de la média de todas las medidas.

6.° La longitud 116,26 de la antecámara *dividida* por 2 es 58,13 pulgadas piramidales; esto es, la centésima parte exacta de la altura 5814 de

Biblioteca Nacional de España

la gran Pirámide, calculada segun la longitud 9131 pulgadas piramidales del lado de la base, junto á la inclinacion 51° 51′ 15″ de los lados, medidos tambien directamente.

7.° 103,33 pulgadas piramidales $5 \times 5 = 515{,}165$; esto es, la longitud de la diagonal cúbica de la cámara principal de toda la gran Pirámide, la mas abundante en datos científicos, es decir, de la cámara llamada del rey, cuyas dimensiones son todas múltiples de 5, 10 ó 50.

A estas sorprendentes coincidencias, el profesor Mr. Hamilton L. Smith de Nueva York, ha añadido otras no menos interesantes.

8.° El centro de la piedra inferior de granito de la pared de la antecámara, divide su altura, igual á 149,59 pulgadas inglesas, en dos partes, que están entre sí, en la escala centesimal, en relacion de la base á la altura vertical de la gran Pirámide, de suerte que la altura de la antecámara, que Mr. Piazzi Smyth ha encontrado igual á 149,59 pulgadas, es igual á la suma de la base de la gran Pirámide y de su altura dividida por 100; lo cual, en pulgadas inglesas, es así:

$$\frac{\text{base } 9140 + \text{alt. } 5819}{100} = 149{,}59 \text{ pulgadas inglesas.}$$

9.° Esto no es mas que el bosquejo: el problema adquiere cada dia nuevas proporciones, y su solucion se presenta mas sorprendente.

La última carta del profesor Hamilton L. Smith á Mr. Piazzi Smyth, de 21 de marzo de 1875, anuncia el importante descubrimiento, realizado por él en la antecámara, que nos revela la intencion del arquitecto cuando señalaba á la cámara del rey, situada mas lejos, sus proporciones actuales, y que prueba de nuevo hasta la evidencia que en esta pieza, la mas maravillosa de la gran Pirámide, na-la hay accidental y sin una precisa significacion.

Las paredes Este y Oeste de la antecámara están adornadas con dos artesones de granito pulimentado. El arteson del Este tiene 103,033 pulgadas piramidales de altura, y el del Este 111,8 ó 111'803, medidas medias tomadas por Mr. Piazzi Smyth en 1865, y publicadas en 1867.

La razon de tener el arteson del Este 103,033 pulgadas de altura, ha sido ya esplicada anteriormente; pero ¿quién en el mundo entero de la ciencia moderna, se atreveria á decir por qué la pared Oeste es de una altura diferente, y por qué esta altura es de 111,083 pulgadas?

Nadie, de seguro; pero hé aquí que Mr. L. Smyth nos lo revela.

10. La longitud de la cámara del rey, multiplicada por la altura del arteson de la pared Oeste de la antecámara, y dividida por 100, ó $206{,}066 \times 1{,}1103 = 230{,}388$ pulgadas $=$ á la altura de la cámara del rey, deducida de la media de todas las medidas, $=$ á la mitad de la diagonal del pavimento, 460,777 pulgadas piramidales, media média de todas las medidas.

11. La diagonal cabal de la cámara del rey, multiplicada por 10 y dividida por la longitud de la misma, ó $\frac{5151{,}65}{206{,}066} = 25{,}000$ pulgadas piramidales, $=$ á la longitud del codo sagrado de la gran Pirámide, $=$ al codo de Moisés y de Salomon, $=$ á la diez millonésima parte del semi-eje de rotacion de la tierra.

12. Dos ángulos formados por líneas cuyas direcciones están indicadas por puntos marcados sobre el pavimento y los muros de la antecámara,

Biblioteca Nacional de España

son precisamente: el uno el ángulo 51° 51′ 14″ de la inclinacionó pendiente de la gran Pirámide, y el otro el ángulo de inclinacion del eje de la gran galería: el uno nos da el π de las matemáticas puras, el otro el numero exacto de los dias del año solar tropical, de las matemáticas aplicadas ó de las ciencias físicas de precision.

Uno de mis sabios amigos, Mr. Ricardo Proctor, ha hecho á la tésis de la inspiracion divina del arquitecto de la gran Pirámide, una objecion, grave en apariencia: «Si estos datos astronómicos y matemáticos, de la mas alta concepcion y extremadamente precisos, han sido divinamente inspirados y trazados en la gran Pirámide, era sin duda con el objeto de enseñarlos al género humano. Empero el género humano no ha aprendido estos datos por la gran Pirámide, puesto que se han descubierto hace poco; luego la inspiracion divina no está patente.» Si nosotros tuviéramos que apoyar esta divina inspiracion, no nos seria muy difícil, á pesar de la objeccion de Mr. Proctor. Católico ferviente, cree en la inspiracion de las profecías de Isaías, Ecequiel y Daniel; no obstante ¿cuántas profecías hay, como nos lo indica el mismo Evangelio, aun las que conciernen al Mesías, y que el mismo Jesucristo ha querido revelárnoslas, que no han sido comprendidas sino al tiempo de cumplirse, ó despues? San Pedro habla tambien de cosas acerca de la salud, que no deben revelarse sino en los últimos dias: *salutem paratam revelari tempore novissimo.* Pero no se trata aquí de demostrar la inspiracion divina del arquitecto de la gran Pirámide, ó su ciencia extremadameote avanzada; trátase solamente de saber si todos estos datos tan curiosos y exactos están, no una, sino diez veces trazados en la gran Pirámide. Es un hecho fácil de comprobar. ¿Atreveríase Mr. Proctor á negarlo?

Entonces le diria con Mr. Hamilton L. Smyth:

«¿Cómo esplicar que en presencia de tantos hechos elocuentes, haya hombres distinguidos que, no tan solo no aceptan, sino que rechazan con energía la teoría científica, aunque no egiptológica, de la gran Pirámide? Véome obligado á preguntar «si los hombres se han vuelto locos» cuando, para sostener hipótesis preconcebidas, se empeñan en cerrar los ojos á una luz mas clara que la del dia. Esto es verdaderamente desesperante, y (¿para qué no decirlo?) desagradable.

»Y no soy yo, humilde clérigo, sino un sabio astrónomo americano, el que así habla.»

F. Moigno.—*La grande Pirámide; pharaonique de nom, humanitaire de fait.*—París, 1875.—En el prólogo.

Biblioteca Nacional de España

NOTA F. (Véase el cap. XII.)

CONOCIMIENTO É INCOMPRENSIBILIDAD DEL MISTERIO DE LA ENCARNACION.—SOLUCION Ó RAZON DE LAS OBJECIONES QUE SE OPONEN CONTRA ÉL.

El misterio de la Encarnacion es un sistema maravilloso que á todo provée: que no solamente resuelve todas las dificultades conocidas, sino que descubre inmensamente mas allá una multitud de problemas cuya solucion presenta al mismo tiempo. Jamás fue dado al espíritu contemplar un plan tan vasto, tan rico y tan completo; y comparados con él los sistemas humanos, no son mas que los ensayos del arte respecto de la grande obra de la Naturaleza.

Pero, se dice: solo aparece tal este misterio considerado en sus contornos, por decirlo así, y en sus fines; porque considerado en sí mismo confunde y desespera la mente. ¡Dios hecho hombre, el Verbo hecho carne, el Eterno, el Gran Ser, el Creador y Gobernante de los mundos, naciendo de una mujer en un rincon oscuro de nuestro planeta: el Infinito, reducido á las proporciones mas exíguas de lo finito; y estos dos términos que se excluyen recíprocamente, unidos en un solo sugeto! ¿Cómo puede ser esto? Si tal misterio lo explica todo, es á costa de que nada pueda dar la esplicacion del mismo, y solo alivia á la razon respecto de todos los problemas de nuestros destinos, para devorarla y tragársela en cierto modo, como un esfinge, en el único gran problema de su incomprensibilidad. He aquí la objecion, y como el arrecife que queda en el fondo de todas las bellas soluciones que sacais del misterio que le oculta, arrecife contra el que vienen á estrellarse todas estas soluciones por luminosas que sean. ¿Qué podreis contestar á esto?

I.

«¡Raza humana! conténtate con el *quia*.— STATE CONTENTI, UMANA CENTE, AL QUIA.—Si hubieses podido verlo todo, no hubiera sido necesario que María diera á luz.»

Esta contestacion es la da el genio, con el doble ascendiente de su autoridad y de su sumision.

Un santo obispo, Theodoto, la dió ya á Nestorio anteriormente, en el concilio de Efeso: «Si quieres conocer este misterio, le decia, sabe *por qué* se verificó; en cuanto a saber, *cómo* se efectuó, solo su divino artífice lo sabe. *Si vis cognoscere, dice* QUIA *factus est,* QUOMODO *vero factus sit, solus ille miraculorum opifex novit.*»—«Los milagros, añadia, nos manifiestan el por qué de su operacion; pero yo dejo á Dios el saber la razon de la operacion de los milagros.»

Esta escepcion de incontestacion no es arbitraria, sino al contrario, perfectamente satisfactoria y racional.

Los dogmas cristianos solo son incomprensibles en un sentido: en ellos se advierten como dos caras: la una vuelta hácia el lado de Dios y es el *cómo*; la otra hácia el lado del hombre; y es el *por qué*. ¿Cómo se hizo Dio

Biblioteca Nacional de España

hombre? lado luminoso, brillante, deslumbrador de riquezas intelectuales y de fecundidad moral. Esta faz luminosa es tan admirable, que basta ella sola para probar la verdad del misterio y para respondernos la faz oscura.

«La Religion,» decia, en un admirable discurso, la única voz elocuente que hizo por oir el lenguaje de la fé en el siglo décimo octavo, «la Re»ligion se asemeja á aquella milagrosa nube que guiaba á los hijos de »Israel en el desierto; por la una parte aparece el dia; por la otra la noche. »Si todo fuera tinieblas, no viendo nada la razon, huiria con horror de tan »espantoso objeto; por eso se nos da la luz suficiente para satisfacer las »miradas que no la buscan con exceso; dejad, pues, á Dios esa noche »profunda donde le place retirarse con sus rayos y sus misterios. Pero tal »vez direis: Quiero penetrar con él en la nube; quiero desgarrar ese velo »que me fatiga la vista, y mirar mas de cerca esos objetos misteriosos que »con tanto cuidado se oculta á nuestra vista. Pero con esto vuestra pru»dencia se acredita de locura, y á fuerza de ser filósofo, dejais de ser ra»zonable. ¡Temeraria filosofía! ¿Por qué ese empeño soberbio de compren»der el Infinito? Ese grano de arena que huello con mis pies es un abismo »que no puedes sondear, ¿y querrás obligar al Sér que encierra en sí todos »los séres, á empequeñecerse lo bastante para que lo abarque completa»mente ese pensamiento, sobrado limitado para abarcar un átomo?»

A esta elocuencia del buen sentido, agreguemos la exactitud de un argumento puramente racional y filosófico.

En los conocimientos humanos de cualquier órden que sean, aun los mas exactos, como las matemáticas, solo se esplican las cosas, en definitiva, por las cosas que no se esplican. Es propio de las cosas con que se esplican las demás, ser inesplicables, ser, por consiguiente, tanto mas inesplicables cuanto son mas esplicativas. Así la cosa mas esplicativa de todas, lo que todo lo esplica, Dios, es una causa absolutamente inesplicable.

Estas respuestas á la pretension de comprender el misterio de la Encarnacion en sí mismo, son rigurosamente satisfactorias, y deben aplicarse tanto mas á este misterio, cuanto que Dios, el Infinito, no está en él solamente en operacion sino en persona; que es su sujeto y su objeto; la causa y el efecto; el todo, y que por consiguiente, su incomprensibilidad es una incomprensibilidad central.

Hé aquí los sentimientos que la fé, que la filosofía misma, digna de este nombre, deben concebir respecto de este misterio. La razon, ilustrada por las reflexiones que acabamos de indicarle, debe reconocer que esta debe ser la condicion de un dogma cuyo objeto es el *Infinito*, es decir, la *Incomprensibilidad* en persona. Esta incomprensibilidad se puede decir, tiene toda la exactitud y rigor de una ecuacion matemática: solo puede elegirse entre ella y el absurdo; el absurdo de querer que sea y no sea á un tiempo mismo una cosa. Así es que debe atraer al entendimiento, lejos de violentarle, como el prejuicio mas legítimo de la presencia del Infinito.

Y no obstante, tememos no haber satisfecho aun á ciertos entendimientos sinceros pero sumamente preocupados. No porque impugnen las consideraciones precedentes, sino su aplicacion al misterio de la Encarnacion.

Acaso dirán:

Entramos plenamente en las ideas que acabais de esponer. Reconocemos que el *Infinito*, debe y tiene que ser *incomprensible*. El misterio en Religion, no nos rechaza sino que antes bien nos atrae. El misterio de la Encarnacion nos encanta mas particularmente por la belleza, por la riqueza moral de su economía, y desde luego abrazaríamos su fortificadora y

Biblioteca Nacional de España

santa creencia, si por otra parte, en sí mismo, en su organismo, solo fuese oscuro, incomprensible, por incomprensible que fuera.

Pero no es que nos parezca incomprensible, sino contradictorio, puesto que debemos creer:

Que Dios, el *Infinito*, es al *mismo* tiempo *finito*, criador y criatura, Dios y hombre á un mismo tiempo;

Que Dios, que es *universal*, dejó un *lugar* para venir á otro; que *vino*, que *descendió* del cielo á la tierra, y volvió á *subir* de la tierra al cielo;

Que Dios, que es *inmenso* é indivisible, estuvo *circunscrito* enteramente en un hombre, en un niño;

Que Dios, que es Eterno, *nació*; que Dios que es impasible, *murió*; nació por la *maternidad* de una *Virgen*; murió á manos de sus mismas criaturas;

Que Dios, en fin, que es la Grandeza y la Majestad por esencia, se abatió hasta hacerse hombre, hasta hacerse carne.

Nada de esto es incomprensible. Lo comprendemos; pero lo comprendemos contradictorio. ¿Es acaso por una ilusion de nuestra ignorancia? Es posible, pero entonces, disipadla. No tenemos mas confianza en nuestra razon que la que debemos tener sobre estas materias, tanto mas, cuanto que esta razon misma se halla atraida y encantada por las pruebas históricas y por la economía moral del cristianismo. Pero por autorizada y satisfecha que se halle la fé bajo este concepto ¿lo está á costa de admitir contradicciones por el otro? ¿No podeis disiparlas de manera que solo quede el misterio? ¿No podeis al menos hacernos entrever esplicaciones que dejen libre nuestra razon y la pongan en disposicion de adherirse á un dogma que se recomienda ya tan eficazmente á nuestra alma?

La sinceridad con que hemos formulado estas dificultades nos da el derecho de reclamar que se oigan con igual sinceridad nuestras contestaciones.

Estas se han dado hace largo tiempo. Con ellas se impuso silencio hace quince y diez y seis siglos á Nestorio, á Celso, á Praxeas, á Marcion, y ellas descansan asimismo en la antigua majestad de sus victorias, como ejércitos aguerridos en el arsenal de la Verdad.

De ahí las sacaremos para que aparezcan nuevamente á la luz del humano entendimiento.

II.

Primera objeccion. ¿Cómo admitir que Dios, el Infinito, sea al mismo tiempo finito, Creador y criatura, Dios y hombre, en Jesucristo?

—Hay en Jesucristo dos naturalezas, la naturaleza divina y la naturaleza humana, el Infinito y lo finito; y una sola persona, la persona del Hijo de Dios, que tambien es Dios.

Si estas dos naturalezas no formaran mas que una naturaleza, habria en esto contradiccion, porque seria absurdo concebir que el Infinito y lo finito fuesen una misma cosa. Pero estas dos naturalezas permanecen siendo dos naturalezas en Jesucristo, tan distintas despues de esta union como lo hubieran sido antes de ella. No hay pues contradiccion sobre este punto.

Tambien habria contradiccion si estas dos naturalezas formaran una sola persona; porque una persona no puede componerse de dos naturalezas que no pueden adicionarse. Pero la Persona en Jesucristo es lo que ella es, Hijo de Dios, sin el auxilio de la naturaleza humana. Conteniendo

Biblioteca Nacional de España

aquella en sí toda clase de perfecciones, no ha recibido de la naturaleza humana otras nuevas: ha unido á sí una naturaleza humana para perfeccionarla, mas no para perfeccionarse ella misma. En esta accion aquella lo hace todo, y lo que se le ha unido no le atribuye nada; en una palabra, no entra de ningun modo la Divinidad en composicion con la humanidad en Jesucristo. No hay pues tampoco contradiccion sobre este segundo punto.

¿Dónde está pues la contradiccion?

No hay duda que Jesucristo es Dios y hombre, pero no por composicion y por adicion, sino por *union*.

Las dos naturalezas divina y humana, distintas en Jesucristo, se hallan solamente *unidas* en su persona, que tenia ya la naturaleza divina por su generacion eterna del Padre, y que tomó la naturaleza humana por su generacion temporal de María, pero que tomó y guardó esta naturaleza humana distintamente de la naturaleza divina, de manera que fuese *distintamente* aunque simultáneamente Dios y hombre.

Esta union es prodigiosa é incomprensible seguramente; pero no implica contradiccion.

Si solo hubiese puros espíritus y cuerpos brutos, nos pareceria un monstruo de contradiccion la dificultad de figurarse un ser que reuniera en la unidad de su persona la naturaleza espiritual y la corporal, que fuese á un tiempo mismo espíritu y carne, que viviera distinta y doblemente en el mundo de las mas altas abstracciones metafísicas, y en el de las sensaciones mas terrenas, que recorriera los campos de lo infinito y estuviese al propio tiempo aprisionado en las mas estrechas condiciones de lo finito, y no obstante, este sér existe, es el hombre, somos nosotros mismos.

Pues bien, el Verbo al unir á su naturaleza divina, nuestra naturaleza humana, no hizo mas que redoblar en cierto modo el prodigio de esa union de dos naturalezas en un solo sér que se manifiesta en nosotros. El unió á su naturaleza divina una naturaleza que era ya de suyo una union prodigiosa de la naturaleza espiritual y de la naturaleza material. «¿Qué es el hombre? Dice San Agustin. Es una alma que tiene un cuerpo. ¿Qué es Jesucristo? Es el Verbo que tiene una humanidad» *¿Quid est homo? Anima rationalis habens corpus. ¿Quid est Christus? Verbum Dei habens hominem.*

SEGUNDA OBJECCION. ¿Cómo concebir que Dios, que es universal, haya dejado un lugar para venir á otro; haya sido *enviado*, haya *venido*, *descendido* del cielo á la tierra y haya *vuelto á ascender* de la tierra al cielo?

—El Hijo de Dios no dejó lugar alguno ni vino á ningun otro. Este es un modo comun de hablar para acomodar la incomprensibilidad de la naturaleza divina á la debilidad de los hombres, que, sin esta condescendencia de lenguaje, jamás hubieran podido instruirse de los misterios de su salvacion. Así los astrónomos anuncian todos los dias en sus tablas astronómicas la *salida* y la *puesta* del sol, sin perjuicio de la verdad del sistema de Galileo sobre la inmovilidad de este astro. Al mismo tiempo que la Iglesia emplea este lenguaje, enseña que no debe entendérsele á la letra, y profesa con todos los Santos Padres, que *venir* por parte del Hijo de Dios, *no es otra cosa que manifestarse;—que no es cambiar de lugar, sino aparecer allí donde no se le veia anteriormente*; que esto no es una *emigracion*, sino una *exhibicion* de la Divinidad.

Yo añadiré, que estas expresiones *ser enviado*, *descender*, aplicadas al Hijo de Dios no son tan solo un modo comun de hablar como acabo de exponer, sino que tienen tambien un sentido [illegible] que justifica el

MADRID

Biblioteca Nacional de España

uso que se hace de ellas, pero un sentido metafísico y moral. El Hijo *procede*, sale en efecto, eternamente del Padre, sin desprenderse de su seno. Su aparicion entre nosotros ha sido como una extension en lo visible de esta procesion misteriosa é invisible que hizo al Hijo *enviado* del Padre, así como el rayo de luz es el enviado del sol.—Es igualmente exacto decir que Dios *descendió*, en el sentido de que se abajó su grandeza hasta el nivel de nuestra miseria, *exinanivit semetipsum*. Pero en todo esto no hay nada contradictorio, como lo seria el cambio *local* de él que está á un mismo tiempo en todas partes

Inútil es desarrollar mas aquí esta explicacion: hállase llena de riquezas de que conviene saber privarnos.

Tercera objeccion. ¿Cómo pudo Dios, que es inmenso é invisible, localizarse enteramente en Cristo? Dios, decís, no mudó de lugar, permaneció inmenso y universal; no hizo mas que manifestarse en la humanidad de Cristo. Pero esta humanidad no era inmensa como él; estaba circunscrita al estado de hombre, de niño llevado en los brazos, en el seno de María. ¿Cómo pudo contenerse el Inmenso en el seno de una mujer, sin cesar de ser Inmenso? Evidentemente hay en esto contradiccion.

—Cuanto importa que nuestra razon sea modesta y reservada en los juicios que hace de las operaciones de Dios, se convence de sacar yo mi respuesta á esta dificultad del ejemplo de un fenómeno natural que no parece menos contradictorio, y que es sin embargo, de una verdad palpable; ejemplo tanto mas aplicable á la encarnacion del Verbo de Dios cuanto que no es otro que la encarnacion del verbo del hombre, y que lo que no podemos menos de admirar tratándose de nosotros, mal podriamos considerarlo imposible en Dios.

Hé aquí como se dió esta bella explicacion en el concilio de Efeso por San Theodoto:

«En Cristo *habita corporalmente la plenitud de la Divinidad*, y no »obstante, esta Divinidad lo llena todo y sobrepuja con su inmensidad mas »allá de la universalidad de las criaturas.» Hállase enteramente en uno solo, sin separacion de ningun otro. Y no os parezca lo que estoy diciendo imposible; porque en efecto, en el momento en que os hablo, profiero un verbo, una palabra, y esta misma palabra va toda ella á un solo oyente, al mismo tiempo que va tambien toda á la generalidad del auditorio. Uno solo la posee en su generalidad y al mismo tiempo se desborda en la multitud y aun mas, cada uno de vosotros la contiene toda entera. Si pues una cosa tan efímera y contingente como la palabra humana os ofrece el fenómeno de hallarse en su totalidad en uno solo, sin perjuicio de comunicarse á todos ¿que puede haber de sorprendente en que Dios que está todo entero en el cielo y en el Universo, haya estado entero al mismo tiempo en la humanidad del Verbo?

Cuarta objeccion. ¿Cómo puede decirse que Dios *nació*, que Dios *murió*? ¿Cómo puede el Eterno haber comenzado á ser, y cesado de ser? ¿Cómo el Hijo de Dios nacido del Padre antes de todos los siglos pudo nacer segunda vez de María? ¿Cómo pudo morir siendo imposible?

—No hay nada que debilite esta dificultad. No hay paliativo ni giro alguno que pueda disminuir su inflexibilidad y su fuerza. Es de fé que Dios *nació*, que María *es Madre de Dios*, que Dios *murió* y que los judíos *crucificaron á Dios* y fueron *deicidas*. Esto no es un modo de hablar. Sucedió así realmente; y si así no hubiera sido, no habria ya Cristianismo.

¿Pero qué deducir de esto? ¿Qué es incomprensible? Seguramente. ¿Contrario á la razon? Lo niego.

Biblioteca Nacional de España

Por su nacimiento de María, Aquel que es ya Dios de suyo, toma la naturaleza humana, se apropia una humanidad, y esta suscepcion de una humanidad, es lo que se llama nacimiento.

Es muy cierto que *Aquel* que nace entonces es Dios, y es tambien muy cierto que no nace como Dios sino como hombre, lo cual es profundamente incomprensible; pero no contradictorio.

Para que fuera contradictorio hubiera sido preciso que Dios de suyo hubiese nacido en cuanto Dios. Entonces, en efecto, el Eterno comenzaria á ser. Pero naciendo en cuanto hombre, no hace mas que unir á su Divinidad preexistente una humanidad que toma como nosotros en el seno de una mujer, y en este sentido decimos que él nace.

Digo él nace, porque lo repito, no es un hombre quien nace, ó hablando de otro modo, quien toma la existencia humana, sino el Hijo de Dios quien toma esta existencia humana, ó hablando de otro modo, quien nace en cuanto hombre.

Asimismo, él es quien vive, quien padece y quien muere en cuanto esta existencia humana vive, padece y muere, pues que esta existencia es suya, y que su Persona es la persona de ella, su *yo*, así como es la Persona, el *yo* de su existencia divina.

Esta no tiene nada que separar en este nacimiento y en esta muerte, porque es enteramente distinta de la naturaleza humana, no obstante hallarse entera y solamente unida á ella por la comunicacion de la persona.

Tal es el misterio de la Encarnacion. Misterio seguramente cual no lo hubo jamás, pero asimismo, cual debió siempre ser, siendo el mismo Dios su sugeto.

Hé aqui, por lo demás, con que bellas analogías, sacadas tambien de la palabra humana, se esplica por San Theodoto en el concilio de Efeso este gran misterio, ya en cuanto al nacimiento, ya en cuanto á la muerte del Hijo de Dios.

«No me digais ¿cómo siendo ya el Verbo el Hijo único del Padre como »puede nacer de nuevo de una Vírgen? Nació del Padre segun le corres»ponde por naturaleza; pero nació de la Vírgen segun la dispensacion ó »economía de la Religion. En el primer caso en cuanto Dios, en el segun»do en cuanto hombre. Igualmente vuestra palabra es la primogenitura »de vuestro entendimiento. Pero esta palabra, al ser parte de vuestro es»piritu, expresada en seguida en caracteres sensibles formados por vuestra »mano en el papel, recibe de ella en cierto modo una nueva existencia. No »porque comience á ser cuando mano la escribe, pues que existia ya en »vuestra mente antes de este momento, sino porque entonces recibe esta »palabra de la mano que la formula en caracteres, una existencia visible »que no tenia anteriormente.»

Esta analogía encuentra bellas razones de congruencia en la relacion que los Santos Padres hacen á porfía observar entre la Escritura y María, puesto que ambas llevan el Verbo, ambas lo llevan misteriosamente, ambas virginalmente. Mas adelante volveremos sobre estas fecundas indicaciones.

Demos lugar aquí con preferencia á las bellas reflexiones de San Agustin sobre la generacion de Cristo por una madre vírgen, para responder á la dificultad secundaria, relativa, no ya al nacimiento del Hijo de Dios, sino al modo como se efectuó este nacimiento.

»El primer hombre cuya caida causó la del género humano, dice San »Agustin, no nació, sino que fue hecho sin padre ni madre, por la sola »operacion de Dios; el primer modo de formarse el hombre en Adan, fue,

Biblioteca Nacional de España

»pues, de tierra. El segundo modo de formacion es el que hizo salir la »mujer de un costado del hombre. El *tercer modo* de formacion es el que »hizo nacer al hombre de la union de los dos sexos. El cuarto, en fin, »cuyo fruto es Dios Hombre, Cristo, fue de una sola mujer. De estas cuatro »suertes de formacion, una sola nos es *familiar*, *sin ser menos misteriosa* »que las otras tres. Esta la percibimos solamente con los ojos de la carne: »aquellas con los de la fe. Habiase verificado pues ya una formacion sin »participacion de la mujer ni del hombre; ya otra formacion por la parti»cipacion del hombre sin la mujer; ya otra tercera con la participacion del »hombre y de la mujer; restaba la cuarta por la *participacion* de la *mujer* »sin el hombre. Pero esta redimió á todas las otras. La primera y la se»gunda, en efecto, habian caido, la tercera resultó de su ruina; en la cuar»ta encontraron todas las tres sus reparacion.»

¿Qué hay de inadmisible, pregunto ahora, en este nacimiento del hijo de Dios de una madre virgen, ya se considere en sí mismo, ya en su modo de efectuarse? ¿Qué no hay, al contrario, que no sea conveniente y maravillosamente ordenado, atendiendo tan solo al organismo del misterio, cuyas razones morales se exponen en otra parte?

Así se deja entrever y concebir el sistema del nacimiento del Hijo de Dios.

En cuanto al misterio de su muerte, hé aquí la admirable explicacion que de él daba San Theodoto en el concilio de Efeso.

«No es un puro hombre á quien crucificaron los judíos, y no es esta »sola naturaleza humana que veian los ojos lo que ellos traspasaron, sino »que el objeto de su sacrílego atentado fue el mismo Dios que se apropió »las impresiones de la naturaleza humana que él habia unido á *sí*. Pon»gamos un ejemplo para que esto pueda concebirse mas fácilmente. Supon»gamos que un rey da un decreto, fruto de su munificencia, confiriendo á »una de sus ciudades grandes franquicias: que dicta un edicto en »pergamino, en que se consigna este decreto por escrito, el cual remite á »dicha ciudad. Si aconteciera que este decreto, que en la lengua de los ro»manos se llama sagrado, se interceptase en el camino por algun pérfido »y celoso enemigo de aquella ciudad, por algun audaz rebelde, y que este »*lo desgarrara*, decidme entonces ¿qué es lo que se habria desgarrado? »¿El pergamino solamente, ó el edicto real asimismo? Si fuese el perga»mino tan solo, podria redimirse este delito á poca costa, y en su conse»cuencia, el que *lo rasgó* redimiria su accion con una ligera multa. Y no »obstante, le aguarda al delincuente el mayor suplicio, la pena capital, por »considerarse que no se limitó á desgarrar el pergamino en que estaba es»crito el edicto real, sino que desgarró tambien el *mismo edicto*. La palabra »imperial en sí misma insensible, es tal que no pueden ajarla ni rasgarla »manos humanas, y no obstante puede decirse con verdad que fue des»garrada porque le estaba apropiada la fragilidad del pergamino y de los »caracteres que le espresaban. Ya veis por este ejemplo, de que modo »*puede suceder que lo que es impasible en sí*, *sea* pasible de violencia á »causa de su asociacion con una naturaleza pasible. No se venga diciéndonos, pues, que el judío clavó en la cruz á solo un hombre. Porque este »hombre que en ella se veia era el pergamino; pero lo que este contenia »en los caracteres trazados en él, era la palabra real, proferida no por los »labios, sino por la naturaleza misma de su autor. El Verbo, en efecto, »*única produccion del Padre, no es una simple enunciacion, sino una per*»sona sustancial y subsistente. No pudo padecer nada en su propia natu»raleza, divina; pero todos los padecimientos de su humanidad visible le »pertenecian por apropiacion.»

Biblioteca Nacional de España

Nada puede añadirse á esta bellísima explicacion, y el ingenio que tratase de aventajarla se faltaria á sí mismo.

Resta la QUINTA OBJECION.—¿Cómo pudo Dios tomar nuestra naturaleza en el seno de una mujer, sin menoscabar la Majestad de su naturaleza propia? ¿Cómo concebir que Aquel para quien no son los cielos bastante grandes ni bastantes puros, se haya hecho hombre, se haya hecho carne?

—Ya hemos dado, y aun daremos en otra parte las razones morales, el por qué de esta conducta del amor infinito de Dios, tanto mas digna de este amor, cuanto que parece mas indigna de la Majestad divina.

El corazon se halla sobre este punto plenamente satisfecho. Pero tal vez el entendimiento repugne todavía admitir este envilecimiento de la Majestad de Dios, aun como una manifestacion en igual grado de su amor, y vea en ello una especie de imposibilidad racional.

Vamos, pues, á satisfacer esta repugnancia en lo que tiene de mesurada y circunspecta.

Para ello nos basta dejar hablar tambien al elocuente y santo obispo de Ancyra, y despertar de su silencio y de su olvido aquella potente voz que confundió á Nestorio y arrebató de la admiracion á la ciudad de Efeso.

«No me pongas siempre delante, decia San Theodoto, los miembros de »una vírgen, como oprobios para la Divinidad; porque nada tienen que »sea indigno por su naturaleza. Si hubieran sido indignos y vergonzosos »para Dios, no los hubiera Dios formado con sus divinas manos, porque »Dios no crea nada malo, y al contrario nada que no sea escelente... Si, »pues, cuando Dios formó los miembros de la mujer, no juzgó que con esto »amenguaba su majestad, ¿cómo al venir á habitarlos recibiria su dignidad »ofensa alguna? No puede ser indigno de Dios habitar su propia obra...

»Pero aun insistes, y no te parece decente que Aquel que habita los »cielos venga á hospedarse en el hombre.—No es por razones filosóficas, »sino por pasion y preocupadamente como juzga así nuestra naturaleza. »Dime, te suplico ¿qué hay mas grande que el hombre sin exceptuar ni »aun el cielo? No te detengas á considerar el explendor de los elementos; »no te seduzca la elegancia de los colores y de las formas que se ostentan »en la naturaleza; no te dejes tampoco deslumbrar por la magnificencia »de los rayos del sol, no te ofusques, en fin, de que segun la expresion de »Job fuimos revestidos de piel y de carne. Pero considera la excelencia del »alma racional, contempla la constitucion moral del hombre, y entonces »no podrás dejar de admirar este ser divino. El hombre tiene una inteli»gencia, por la que es dado dominar y someter á sí á todos los demás ani»males. Recibió manos servidoras de sus pensamientos, con los cuales, »como por medio de instrumentos, obra toda clase de maravillas. El »solo, de todos los demás animales, fue instituido libre de coaccion; »él solo fue criado dueño de su voluntad. ¿No ves al sol obedecien»do á la necesidad de dar su giro? ¿No observas como siempre constan»te y semejante á sí mismo, no cesa de girar en su orbita? ¿Y por qué es »esto? Porque no es árbitro de su voluntad. Pero tú, tú te avanzas libre, »haces lo que quieres. Tu no sufres violencia alguna; el sol es esclavo, el »hombre es libre... No hay, pues, nada sorprendente ni increible en que »Dios haya venido á habitar en el hombre, á quien hizo complaciente»mente á su semejanza, declarando de este modo desde el orígen la pre»ferencia que tenia por él.

»Es cierto que tomó barro para formar su cuerpo, haciendo, no obstan»te su alma á imágen de su divinidad. Pero ¿por qué, aquel á quien debia »decorar tan cuidadosamente fue formado de tan vil materia? Por que no

Biblioteca Nacional de España

»tomó Dios del explendor del sol la materia con que debia erigir al hom»bre, sino de la tierra, y no solamente de la tierra, sino del polvo, del ele»mento mas *ínfimo*, del que todo el mundo huella con sus pies? ¿Quieres »saber por qué? Pues formó al hombre de tan vil materia precisamente »porque debia honrarle con su semejanza, por temor de que exaltara de»masiado su orgullo honor tan grande, y para que hallando su superioridad »un contrapeso en el recuerdo de su baja extraccion, no se envaneciera »demasiado y pudiera así reconocer siempre, que honor tan inmenso no »lo debia á su propio mérito, sino á la munificencia de su autor.»

»Necesario es, pues, convenir en que el hombre es un noble animal; »no obstante, que sobreviniendo despues las pasiones haya sido contami»nado de ignominia; pero no le mires despues de su ofensa, aprecia su no»bleza, porque existia antes de su transgresion; y no encontrarás tan in»digno de un Dios de bondad el que mirando por el bien de semejante »criatura, se comunicase á ella del modo que lo hizo.»

No hemos creido parecer sobrados difusos citando este magnífico trozo, muy *propio* para manifestar cuan gran fondo de filosofía, de razon y de elocuencia existe en los Padres de nuestra fe, y cuanta riqueza adquiere por ella su genio.

Así se resuelven todas las dificultades de contradicion aparente en el misterio de la Encarnacion, las únicas que sea necesario tratar de aclarar, menos con razones y comparaciones rigurosas, que con ejemplos explicativos del conocimiento de este misterio, puesto que ellos mismos nos ofrecen misterios naturales bastante profundos para doblegar nuestra razon al yugo sobrenatural de la fe, y analogías bastante vivas para iluminar su aquiescencia.

Las objeciones que los entendimientos débiles oponen á este misterio, son precisamente los motivos que determinan á abrazarlo á los entendimientos superiores.

»¿No es Cristo, pues, Dios para vosotros, dice San Hilario, porque sien»do Eterno nace, inmutable crece, impasible, padece, viviente, muere, y »muerto, vive, y en todos estos casos confunde á la naturaleza? Pero yo os »suplico me digais ¿qué otra cosa es todo esto que ser Omnipotente, es »decir, Dios?

»No me preguntéis, pues, mas, dice San Juan Crisóstomo, como se ve»rificó ó pudo efectuarse todo esto. Donde Dios quiere, el órden natural »cede; todo se dispone á su voluntad. Quiso, pudo, descendió, salvó. *Voluit, »potuit, descendit, salvavit.*»

(Augusto Nicolas, *La Virgen María y el Plan divino*, apéndice).

Biblioteca Nacional de España

NOTA G, (Véase el capítulo XIII.)

LA REVELACION CRISTIANA CONSIDERADA EN ARMONÍA CON LA ASTRONOMÍA MODERNA, discurso del doctor protestante Tomás Chalmers.

La Biblia es la autoridad á que debemos someter sin reserva nuestro entendimiento y nuestros pensamientos. Sin el *testimonio* auténtico de un enviado del cielo, nada conozco de los consejos del cielo. Yo puedo creer en todo lo que llega inmediatamente á mí por los sentidos del hombre exterior, y por la inteligencia del hombre interior, pero ni uno ni otro pueden instruirme acerca de los designios de Dios, de los sucesos ó de los planes de su sublime monarquía, ni hacer conocer las *salidas de aquel que es de eternidad en eternidad.* (Mich. v. 2, ps. 5, cap. 2.) Es verdad que mi imaginacion puede lanzarse hácia las visiones de una teología siempre varia; pero el consejo del Señor subsistirá. Y ahora que una comunicacion auténtica se encuentra delante de mí, y que ella tiene por sí misma toda la solidez de una demostracion experimental, debo sentarme delante de este documento como un escolar, examinar prolijamente sus lecciones y someter el ejercicio de mis facultades intelectuales á su instruccion y su testimonio. Sabemos que hay una filosofía superficial que despide en torno suyo un brillo seductor, que trata la Biblia con desprecio y que ha introducido el espíritu del Anticristo en muchos establecimientos literarios; pero no es este el espíritu sólido, profundo y circunspecto de esta verdadera filosofía, *que ha trabajado tanto para ilustrar los tiempos modernos*; porque, mientras mas se cultiva y comprende este espíritu, se hallará mas en armonía con aquel *en cuya virtud, todo cuanto se eleva contra el conocimiento de Dios es abatido, todas las vanas imaginaciones, son destruidas, y todos los pensamientos del corazon, conducidos cautivos y sumisos á la obediencia del Cristo.* (Cor. X, 5)

La tierra hace una revolucion anual en torno del sol, y descubrimos otra semejante y con las mismas circunstancias en todos los demas planetas. Para ellos tambien se suceden la luz y las tinieblas alternativamente, y los encantos del estío son seguidos de los rigores del invierno: y Dios ha dicho: *Sean hechas lumbreras en el firmamento del cielo, y separen el dia y la noche, y sean para señales, y tiempos, y dias, y años: para que luzcan en el firmamento del cielo, y alumbren la tierra. Y fue hecho así.* Para ellos tambien, Dios ha hecho las estrellas, *y púsolas en el firmamento del cielo, para que luciesen sobre la tierra, y para que presidiesen el dia y á la noche, y separasen la luz y las tinieblas. Y vió Dios, que era bueno.* (Gen. cap. 1.)

En estas magníficas disposiciones de la divina sabiduría, podemos ver que Dios ha hecho en favor de los planetas las mismas cosas que respecto

Biblioteca Nacional de España

de la tierra que habitamos. ¿Quién podrá asignar un límite á los descubrimientos de los siglos futuros? Dia llegará, acaso, en que nuestros instrumentos de observacion resolverán, por el testimonio de los sentidos, esas teorías que hoy nos ofrecen pruebas tan evidentes por el medio de la analogía, y aquellos desplegarán á nuestra vista vestigios incontestables de arte, industria é inteligencia.

Los descubrimientos de la ciencia nos hacen ver que ese sol, colocado como en un trono en el centro de su sistema planetario, distribuye la luz, el calor y la vicisitud de las estaciones, á una estension de superficie muchas centenas de veces mayor que la de la tierra que habitamos. Ellos nos enseñan que cuando esta misma tierra tan poderosa á nuestros ojos, llegue con toda la prodigiosa multitud de séres que la habitan á caer en la nada, existen mundos, en donde un suceso tan terrible y espantoso para nosotros, no será notado ni conocido, y otros para los cuales vendrá á ser, todo lo mas, la desaparicion de una pequeña estrella, cuya débil luz habrá cesado. Este cuadro deberia enseñarnos á no considerar nuestra tierra como el universo de Dios, sino á reconocer que ella no es mas que una de las diversas mansiones (S. Juan, XIV, 2), que Dios ha creado en favor de sus adoradores.

Pero los planetas se hallan todos ligados al sol, y giran en torno suyo, mientras que las demas estrellas no reconocen su dominio. Las estrellas fijas se hallan á una distancia inconmensurable; si la totalidad del sistema planetario formase un globo de fuego, desde la estrella mas vecina, no pareceria mas que un punto luminoso. Si desde el sol se lanzase un proyectil con la rapidez de una bala de cañon, gastaria centenas de millares de años antes de recorrer ese enorme intervalo que separa de nuestro sistema la estrella fija mas inmediata á nosotros. Mas, ¿qué podrán ser esas estrellas colocadas tan lejos de nuestro sistema planetario? Deben ser masas de un inmenso grandor; porque el sol, á la distancia prodigiosa, aun de las mas próxima de las estrellas fijas, seria reducido él mismo á la apariencia de una estrella; algunas presentan como él variaciones periódicas de luz; es, pues, natural concluir que como ellas se asemejan á nuestro sol, son otras tantas masas luminosas de un inmenso grandor, que giran como él sobre sus ejes.

¿Diremos, pues, que estos vastos luminares fueron creados sin objeto? Nuestro sol no es simplemente mas que uno de estos luminares, y sabemos que tiene mundos adictos que siguen con él su movimiento. Convengamos, pues, en que cada una de estas estrellas puede ser el índice de un sistema tan vasto y brillante como aquel de que hacemos parte. Existen mundos que ruedan en esas lejanas regiones, y estos mundos deben ser las *mansiones* de la vida y de la inteligencia. (S. Juan, XIV, 2.) La Divinidad reina en ellas con toda la magnificencia de sus atributos, y *viaja en la grandeza de su fuerza* sobre todos los puntos de una monarquía vasta é ilimitada. (Is. LXIII, 1.)

Mas, ¿para qué sujetar los dominios del universo á la vista del hombre ó al poder de su genio? La energía creadora de Dios no ha entrado en reposo porque la imaginacion debilitada no puede seguirle al traves de *esas altas regiones que se extienden tanto mas allá de lo que el ojo ha visto* ó de lo que *el espíritu del hombre* ha podido concebir. (I, Cor II. 9.) La inmensidad ofrece bastante espacio para que podamos creer que nuestro sol forma parte con otros millones de soles, de un sistema de eminente mecanismo en virtud del cual esten todos sujetos á una misma ley y á un ordenamiento único. Concluiremos, pues, de toda esta teoría, cuán pe-

Biblioteca Nacional de España

queño es el espacio que ocupa nuestro mundo, y cuan secundaria es su importancia en medio de los objetos tan brillantes que lo rodean, y diremos que, para un ser cuya vista fuese capaz de abrazar la universalidad de la creacion, la mansion destinada á nuestra especie, podria ser de tal pequeñez, que fuese colocada entre los objetos microscópicos, y que respecto del único ser que posee este ojo universal, podemos sin duda esclamar: *¿Qué es el hombre para que os acordeis de él; y el Hijo del Hombre, que os dignais visitarle?*

Aun cuando esta tierra llegase á *ser quemada* (S. Pedr. III, 10.) aunque llegase á sonar *la trompeta de su disolucion* (S. Mat. XXIV, 31—I, Cor. XV, 52.—2, S. Pedr. III, 11); aun cuando ese *cielo* llegase á *retirarse como un libro que se enrolla* (Ap. VI. 14.—Is. XXXIV, 4) y que toda la gloria visible, que ha impreso en él la mano de la Divinidad llegase á anonadarse para siempre, este suceso, tan formidable para nosotros, no seria, en la alta escala de las creaciones del Omnipotente, mas que un giron suprimido, que dejaba todavía el universo de Dios como un cuadro completo de grandeza y majestad. Y, ¿qué viene á ser este mundo y sus habitantes, comparados con la multitud de mundos que llenan la inmensidad? El universo en general, sufriria tan poco por la destruccion de nuestro planeta, como la verdura y frondosidad de un bosque por la caida de una sola hoja. Nos diferenciamos de la hoja tan solo, porque seria necesaria la operacion de los mas grandes elementos para destruirnos; pero estos elementos existen, y si la mano del Todopoderoso los dejase caer sobre nosotros, esparcirian en un instante el silencio, la soledad y la muerte sobre toda la naturaleza. Pues esta pequeñez y este estado precario, es el que nos hace tan cara la proteccion del Todopoderoso. Dios, cuya autoridad es suprema, reside sobre todos los mundos y podemos reposar con tanta mas seguridad en su providencia, como si fuéramos los únicos objetos de su solicitud. Aunque su pensamiento encierre en su vasta estension la inmensidad de todas estas maravillas, le soy tan bien conocido como si fuese el único objeto de su atencion. Observa todas mis ideas, hace nacer todas mis sensaciones, y se encuentra á mi diestra para darme el aliento con que respiro y todos los bienes de que gozo.

Pero, dice el incrédulo, ¿es verosimil que Dios quisiese enviar á su eterno Hijo, á morir por los miserables habitantes de un punto tan insignificante en el vasto campo de la creacion? ¿No arroja la astronomia una sospecha acerca de la verdad del Evangelio, y cómo conciliar la grandeza de ese movimiento asombroso que hubo de verificarse en el cielo para la redencion del hombre caido, con la obscuridad de nuestra especie?

En la objecion que el incrédulo deduce de la astronomía para oponerla á la verdad de la revelacion cristiana, se encuentra desde luego una asercion, y despues una consecuencia. La asercion es que el cristianismo se ha establecido para la ventaja exclusiva del pequeño mundo que habitamos aislado del resto del universo. La consecuencia es que Dios no prodigaria su solicitud multiplicada de tantos modos sobre un campo tan insignificante.

Estas objeciones son fútiles y caen por si mismas. ¿Cómo, en efecto, saben los incrédulos que el cristianismo se ha establecido solamente para la ventaja exclusiva de esta tierra y de sus habitantes? ¿Cómo pueden decirnos que si fuésemos á los demás planetas, hallariamos que la persona y la religion de Jesucristo serian allí desconocidas? ¿No se encuentran, las personas que tales aserciones presentan, en la posicion del filósofo que quisiera indicar ya el reino animal, ó la historia civil de los

Biblioteca Nacional de España

presuntos habitantes de estos planetas? A pesar de cuanto ellas puedan decir, la redencion que nos ha sido proclamada no es un acontecimiento aislado; el contagio moral que discurre sobre nuestro mundo puede haber llevado sus estragos sobre todos los planetas, el Dios *cuyas obras son todas maravillas* (Job. V, 9, salm. LXXII, 18,) que ha sembrado con tantos mundos el campo de la inmensidad, y que ha estendido sobre ellos *la sombra de su omnipotencia* (Salm. XCI, 1) puede haber enviado á cada uno de ellos un mensage de amor y dar seguridad al corazon de sus habitantes *sin esperanza* (Ep. 11, 12) por alguna manifestacion irresistible de ternura. Angeles enviados del Paraiso pueden haber hecho resonar la bóveda azulada de cada planeta con el *anuncio de una grande alegria* diciendo: *Paz sobre esta tierra, buena voluntad para con* todas sus familias, y *gloria en lo mas alto de los cielos á aquel, que desde su trono supremo*, ha dado cartas de gloria y perdon tan magníficas que ellas llevan la buena nueva (S. Luc. II, 10, 44) de la vida y de la reconciliacion á las innumerables esferas de una creacion pecadora. «El Hijo eterno, de quien está dicho, que *por él fueron creados los mundos* (Col. I, 16,) puede haber tenido *el imperio* de muchos mundos pecadores *colocados sobre su hombro* (Is, IX, 6) y, por el poder de su palabra misteriosa, haberlos *despertado* á todos de la *muerte* espiritual. *Este mismo espiritu que se movia sobre la superficie de las aguas.* (Génesis 1, 2) y que hizo salir del caos un sistema admirable, ha podido sacar el órden y la armonía de las ruinas y estragos de una rebelion moral extendida por todas las esferas.

«¿Quién es semejante al Eterno, nuestro »Dios, que habita en lo excelso, que atiende »á las cosas pequeñas en los cielos y sobre »la tierra?»

(Salm. CXIII, 5. 6.)

Ya hemos procurado poner á la vista de nuestros lectores la asombrosa estension del espacio, hormigueando de mundos innumerables; hemos querido hacerle sentir la temeridad de lanzarse mas allá de los límites de nuestra astronomía, y sobre todo esto hemos aventurado la asercion: que aun cuando todo lo que es visible á los cielos, llegase á precipitarse en la nada, esto no seria mas que la desaparicion de un leve giron de las cosas creadas.

Observemos ahora el giro que la incredulidad ha dado á todo esto. «Una porcion del universo tan reducida y baladi como la nuestra no ha podido ser jamás objeto de la espresa y señalada atencion del Ser Supremo, y por su salvacion, Dios no se habria *manifestado* en ella, revestido *de carne humana* (I. Tim. IIV, 16.) Y tampoco el Hijo eterno de Dios, el que nos ha sido revelado como el que ha *hecho todos los mundos* (Col. I. 16.—Heb. I, 2.) *como sosteniendo un imperio* (Is. IX, 6.) no habria querido despojarse de la *gloria que tenia con el Padre antes que el mundo fuese* (San Juan, XVII, 5), y descender sobre este indigno teatro para participar en él de nuestras enfermedades y coronar esta humillacion por el oprobio y las agonías de un cruel martirio.

Antes de entrar á lo que consideramos la respuesta directa á esta objecion notaremos que ella tiende á despojar á la Divinidad de un atributo que aumenta el esplendor de su carácter incomprensible. Porque es una

Biblioteca Nacional de España

noble demostracion de la sabiduría de Dios, la accion continua é infatigable que da á las leyes que conservan la estabilidad de este vasto universo: manteniendo el órden y la armonía en las esferas, su poder debe abrazar al mismo tiempo el inconmensurable círculo de los séres creados. El observa con tanta atencion como si fuera el objeto exclusivo de sus solicitudes, á cualquiera individuo de los que viven sobre la tierra.

Para aplicar estas consideraciones al asunto que nos ocupa, supongamos, que entre las miriadas innumerables de mundos hubiese uno que estuviese sujeto á la condenacion de una ley, cuya sancion seria irrevocable é inmutable; no debia sorprender el que Dios, por un movimiento de justa *indignacion*, hiciese desaparecer del universo aquel escándalo tan en desacuerdo con la perfeccion del universo mismo, y no debíamos admirarnos, aun cuando dejase perecer en su criminal rebelion á este mundo estraviado y solitario. Pero, decidme, ¿no respiraria el carácter de Dios la suavidad de la ternura mas esquisita, si le viésemos poner en uso todos los medios para llamar á sí estos hijos que se habian alejado, y gravar á su Hijo propio con el peso de la espiacion, con el fin de poder volver á mirar á este mundo con la complacencia y sonrisa del amor, y tender el cetro de invitacion á todas las familias? El *argumento* del incrédulo se dirige, pues, á suprimir y anonadar una de las perfecciones del carácter de Dios; y, ¿no deberiamos nosotros, á medida que conocemos mas la *estension* de la *naturaleza*, concebir una mas alta idea de aquel cuya *autoridad* soberana abraza los intereses de un tan vasto universo? ¿Y no es aumentar los brillantes atributos de Dios, el creer que todo en este mundo, se encuentra, como en otros, bajo su inmediata proteccion?

Mas, supongamos por un momento que el pensamiento de Dios se ocupase de tal *modo* del cuidado de otro mundo, que no pudiese estenderse hasta percibirse de nuestra imperfeccion. ¿No advertiriamos aqui bajo algunas señales de esa inatencion y negligencia? Decidme si en todo cuanto es accesible al hombre en esta inmensa profusion de sabiduría y de bondad que se halla esparcida en torno nuestro, no descubrimos que los *pensamientos* de este ser *impenetrable* (Rom. XI, 23.) *no son nuestros pensamientos y si sus vias no son nuestras vias.* (Is. LV, 9.) Y cuando pienso que seria despojarle de su suprema autoridad sobre los séres que ha formado, el suponer que un simple *pajarillo cayese en tierra sin su voluntad.* (S. Mat. X, 29), en vano intentaria la ciencia y el arte de los sofistas arrebatarme lo que forma mi consuelo y mi ventura. Yo no abandonaria el ancla de mi confianza en Dios; nada temeria, porque yo valgo mas que muchos pajarillos. (S. Mat. X, 31.)

El telescopio fue el que proveyó á los incrédulos la objecion que combatimos; pero hácia el mismo tiempo fue inventado otro instrumento, que ofreció á nuestras miradas una escena no menos maravillosa, y recompensó al espíritu investigador del hombre con un descubrimiento que sirve para neutralizar enteramente esta objecion. Este fue el microscopio. El primero me conducia á contemplar un sistema en cada estrella; el segundo me descubria un mundo en cada átomo. Por el telescopio se ha descubierto que ningun objeto por vasto que sea, está fuera del poder de la Divinidad, pero por medio del microscopio hemos descubierto que ningun objeto, por imperceptible que sea á la vista del hombre, es indigno de la condescendencia divina, y que el mismo Dios, cuya influencia sostiene las esferas y los movimientos de la astronomía, puede llenar los retiros y escondrijos misteriosos de cada átomo con la intimidad de

Biblioteca Nacional de España

su presencia y *viajar en toda la grandeza* (Is. LXIII, 1.) de sus inalterables atributos sobre cada punto y hasta los límites mas remotos del universo que ha *formado*.

Los que piensan que Dios no manifestará en favor de este mundo, el poder, la bondad y condescendencia que el Nuevo-Testamento le atribuye, porque hay tantos otros mundos que exijen su atencion, tienen de él la misma idea que formarian de un hombre, y no solamente proceden contra las reglas de una sana lógica, sino que llevan tan lejos como es posible la audacia de su impiedad, pues que se atreven á trazar un límite en torno de este Dios impenetrable.

Para terminar todos estos esclarecimientos no añadiré mas que un simple artículo, sobre lo que considero como el estado preciso de este argumento.

Es admirable, y mas que admirable, que el mismo Dios, cuya presencia se manifiesta de un estremo á otro de la inmensidad, vuelva sus miradas sobre todo lo que nos rodea, con una energía tan grande como si comenzase la obra de la creacion, y que prodigue sobre cada punto las innumerables variedades de la existencia, y los inagotables tesoros de su bondad. Mas por incomprensible que sea la maravilla, le prestais vuestra fé, porque creeis en el microscopio. Pero hay gran número de personas que jamás han hecho uso de este instrumento y que estan convencidas de la verdad de estas revelaciones; su confianza, pues, reposa sobre el *testimonio de los libros*, y el *de sus semejantes*. Detengámonos ahora, y fijemos la atencion sobre este punto. Es admirable que Dios se interesase en la redencion de un solo mundo, hasta el punto de enviar *á su Hijo bien amado* (S. Mat. III, 17), para cumplirla, y que él con el mismo objeto, *poderoso para salvar, viajase en el grandor de su fuerza* (Is. LXIII, 1.) y desplegase toda la energía. Pero ya se han manifestado sobre vosotros maravillas semejantes; y estando dada la prueba de su bondad, habeis abandonado todos los juicios que habiais formado acerca del Dios impenetrable (Rom. XI, 33.) y habeis permanecido en la fé de sus maravillas. Yo pido en nombre de la sana y consecuente filosofía, que hagais lo mismo respecto del asunto que nos ocupa; que lo considereis como una cuestion puramente testimonial, y que retengais y pongais en práctica en vuestras indagaciones sobre este punto una leccion que debeis haber aprendido en otras indagaciones, á saber: *la profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios, que sus juicios son impenetrables, é incomprensibles sus caminos* (Rom. XI, 33.)

Supongamos, pues, que la prueba se halle establecida, y que el mismo espíritu que está familiarizado con todo lo que las ciencias naturales tienen de sublime, *sea llevado á someter sus pensamientos y á hacerles capaces de la doctrina del Cristo* (2, Cor. X, 5.) ¿Con qué veneracion, con qué reconocimiento, con qué admiracion no consideraria la venida á este bajo mundo, de aquel que *hizo todas estas cosas* y sin el cual, nada de lo que ha *sido hecho, ha sido hecho* (S. Juan. I, 4)? Cuanta grandeza no brilla sobre la redencion de un mundo salvado, cuando se piensa que esta redencion fue hecha por aquel que se despojó de la gloria de una tan vasta monarquía, que vino aquí bajo á la mas humilde de sus provincias bajo el esterior de un *siervo, que tomó la forma de nuestra naturaleza* (Hebr. II, 7.—Hebr. II, 17) degradada, y se entregó por nosotros á los sufrimientos, á las aflicciones y á la muerte. En este amor de un salvador espirando á manos de aquellos en cuyo favor *derramaba su alma* (Is. 4, III, 12) en una cruel agonía, *hay una profundidad, una altura y una latitud que es-*

Biblioteca Nacional de España

ceden á mi inteligencia (Ep. III, 18, 19.) Ah! que yo no mire jamás en adelante *con negligencia una tan grande salud* (Heb. II, 3), ni pierda mi parte de una espiacion certificada por aquel que esclamó que *ella estaba consumada* (S. Juan XIX, 30.) *El justo murió por los injustos, á fin de que él nos llevase á Dios* (I. S. Ped. III, 18), no dudemos jamás de nuestra aceptacion en esta via de comunicacion con nuestro *Padre que está en los cielos* (San Mat. VI, 9.) Abrazando esta via, hagamos todo lo que nos manda, tomémosle por guia; porque, *¿qué le retribuiremos nosotros por los beneficios* (Salm. CXVI, 12), *tan misteriosos, á el que asi se ha acordado de nosotros, á el que asi se ha dignado visitarnos?* (Salm. VIII, 4).

Hemos procurado probar en esta argumentacion que Dios estiende su prevision y vigilancia hasta las estremidades mas remotas de la creacion, y manifiesta por todas partes una sabiduría tan *completa* y tan *buena* (Efes. III, 10). Hemos dicho que el plan de la redencion podia abrazar en sus influencias y consecuencias las criaturas de Dios que pueblan otras regiones, y que argumentar como si el plan no estuviese hecho mas que para la ventaja exclusiva de la especie á que pertenecemos, es una pura suposicion del incrédulo que cae por sí misma cuando se pone de manifiesto su frivolidad. Muy distantes nos hallamos de estar dispuestos á cerrar los ojos sobre una sola cuestion que pudiese suscitarse acerca de las pruebas del cristianismo; la armadura defensiva de una política tímida y reservada no sienta bien á nuestra religion; ella tiene toda la majestad de la verdad y la dignidad que da la sancion de los siglos, ella ha llegado hasta nosotros adquiriendo nuevas fuerzas en cada batalla que ha ganado en las numerosas controversias de las generaciones precedentes. Ya venga á las manos con el orgullo y la filosofía, ó ya se encuentre en oposicion directa con las preocupaciones de la multitud, ella se apoya sobre sus propias fuerzas, y rechaza con desden lejos de sí todos los auxiliares de la supersticion.

(De *La Razon del Cristianismo*, por Genonde, tomo II, pág. 293 y siguientes.)

Biblioteca Nacional de España

NOTA H. (Véase el capítulo XVII).

INDICE DE LA OBRA INÉDITA

LA PLURALIDAD DE EXISTENCIAS DEL ALMA, ANTE EL SENTIDO COMUN.

POR DON N. A. P.

Cap. I.

Reseña del libro de Mr. Andrés Pezzani «La pluralidad de existencias del alma.—Que este error no tiene ninguna relacion ni fundamento en la doctrina de la pluralidad de mundos habitados.

Cap. II.

Errores antiguos y modernos sobre el orígen y destino del alma.—Egipcios, Indios, Druidas, Fariseos.—Los Remphain de la Biblia.—Los Pitagóricos.—Los Neoplatónicos.—Orígenes.—El panteismo.—El espiritismo.

Cap. III.

La pluralidad de existencias es absurda y herética.—Testimonios de la Sagrada Escritura,—de los Concilios,—de los Santos Padres.—Creencias de todos los pueblos.

Cap. IV.

Argumentos tomados de la misma naturaleza del alma.—Espiritualidad, inmortalidad.—Numerosas pruebas.—Un argumento nuevo.—Una escursion histórica.

Cap. V.

Argumentos deducidos de las facultades y operaciones del alma.—Memoria, inteligencia, voluntad.—Energía del alma.—La educacion.—La ciencia.—El arte.—Los sueños.

Cap. VI.

Argumentos de los actos morales.—El libre albedrío.—Sus pruebas.—Necesidad de premios y castigos.—Sus pruebas.—Justicia y Providencia de Dios.—La filosofía de la historia.—El último fin.

Biblioteca Nacional de España

CAP. VII.

Dicha pluralidad destruye la personalidad humana.—Su grandeza y dignidad.—Union sustancial del alma y el cuerpo.—La esencia de nuestro *yo* consiste en este compuesto.—Su disolucion temporal.—El perispíritu.

CAP. VIII.

Argumentos contra la pluralidad de existencias tomados de la idea de la vida y de la muerte.—Vida fisiológica y vida del pensamiento.—Misterio de la vida.—Fuerza vital.—Revelaciones de la muerte.—El cadáver.—Los cementerios.—El respeto á los sepulcros.

CAP. IX.

Nuevos argumentos deducidos de la idea de generacion.—Altísima dignidad de la paternidad humana, destruida por esa absurda opinion.—Principio de la existencia de todos los séres.

CAP. X.

Argumentos sacados de los atributos divinos.—Presciencia,—gracia,—justicia,—bondad.—La imágen divina.—Dios último fin.

CAP. XI.

Otros argumentos deducidos de la idea y deseo de la felicidad.—Los postulados de la razon práctica, de Kant.—Felicidad objetiva y formal.—Inutilidad de muchas pruebas, en muchas vidas, para fijar nuestra suerte futura.—Estado permanente despues de la muerte.

CAP. XII.

El error de la pluralidad de existencias conduce al mas desolador fatalismo.—Es inmoral.—Peligros que envuelve para la sociedad.

CAP. XIII.

Doctrina católica acerca del orígen del alma.—Sus solidísimos fundamentos.—Es la única razonable y verdadera,—digna de Dios y digna del hombre.—Objeciones.—Solucion.

CAP. XIV.

Doctrina católica acerca del destino del alma.—La mas conforme á nuestra razon,—á nuestros instintos,—á nuestras aspiraciones.—Objeciones.—Solucion.

CAP. XV.

El alma separada del cuerpo.—Su modo de ser y obrar.—Santo Tomás.—Suarez.—Los Escolásticos.—Errores modernos.

Biblioteca Nacional de España

Cap. XVI.

Apariciones de los Santos.—Apariciones de los difuntos.—Las comunicaciones del espiritismo.—Funesto error de esta secta.—Fantasmas.—Espectros.—Inspiraciones.—El mundo invisible.

Cap. XVII.

La vida eterna.—No es el quietismo.—Gloriosa actividad de nuestra alma.—Ultimo límite de la perfeccion de nuestro ser.

Cap. XVIII.

La bienaventuranza.—En qué consiste.—¿Qué es el cielo?—Vision beatífica.—Influencia sobre las facultades naturales.—Conocimiento del universo físico.

Cap. XIX.

El infierno.—Su existencia y eternidad.—Pruebas deducidas de la justicia y magestad divina,—de la libertad humana,—de la imposibilidad de enmienda despues de la muerte,—de la conciencia,—del mérito,—de la pena,—de las creencias de todos los pueblos.

Cap. XX.

La resureccion de la carne.—Su posibilidad.—Su verosimilitud filosófica.—Dotes del cuerpo glorioso.—El juicio final.

Cap. XXI.

¡La eternidad!... (Conclusion).

Biblioteca Nacional de España

NOTA I. (Al capítulo XIX).

CÓMO SE DETERMINAN LAS DISTANCIAS DE LAS ESTRELLAS Á LA TIERRA, Ó CALCULO DE LA PARALAJE.

«¿Por qué medios ha llegado el hombre á conocer las primeras distancias de las estrellas?

»Hay en astronomía hechos que sorprenden por su grandeza, y que traspasan de tal modo la esfera de las ideas habituales del hombre, que este se inclina á ponerlas en duda, á pesar de la afirmacion de los astrónomos, y á relegarlos á la categoría de las pretensiones engañosas en que á veces se ha envuelto la ciencia para ilusionar al vulgo. De este número son las principales conquistas de la astronomía estelar, y especialmente las determinaciones relativas á la distancia de las estrellas.

»Trataremos de dar una idea del método de que se han servido los astrónomos para obtener esas distancias; y con esta esposicion procuraremos disipar la prevencion desfavorable que tienen muchos contra las aserciones perfectamente fundadas de la astronomía moderna.»

«Supongamos que atravesamos una gran llanura rodeada de árboles. Por consecuencia de nuestra marcha, los árboles cambiarán de posicion respectiva relativamente á nosotros. A medida que avanzamos, los que están de frente parece que se separan unos de otros, los de los costados que caminan hácia atrás, los de detrás que se estrechan cada vez mas. Este movimiento aparente de los árboles, inmóviles en realidad, proviene solo de nuestra marcha; los mas cercanos pasan delante de los mas lejanos, llevados por un movimiento opuesto al nuestro; los mas lejanos, permanecen inmóviles. Si, llegando á cierta distancia de nuestro punto de partida, volvemos á él para repetir el mismo movimiento, igual fenómeno se reproducirá en la traslacion aparente de los árboles. Este hecho vulgar que todos han podido observar, nos ayudará á comprender cómo se puede calcular la distancia de ciertas estrellas, y por qué no se puede determinar la de muchas otras.

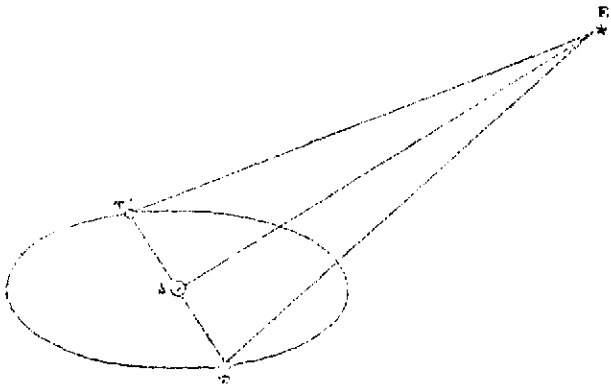
»En virtud del movimiento elíptico anual de la Tierra sobre su órbita alrededor del Sol, las estrellas mas cercanas á nosotros obran como los árboles de que acabamos de hablar: tienen un cambio de posicion aparente en el cielo. Describen cierta elipse sobre la esfera terrestre. Mientras que las mas lejanas permanecen inmóviles, las mas próximas se manifiestan por una traslacion tanto mayor cuanto mas cerca están de nosotros. Esto sentado, veamos con qué método se llega á determinar la distancia de las estrellas á la Tierra.

»Representemos á la órbita terrestre por la curva circular siguiente. Sea S el Sol, situado en el centro; sea TST' el diámetro de la órbita terrestre; sean T la posicion de la Tierra en cierta época del año, T' su po-

CASPAR, EDITORES MADRID

Biblioteca Nacional de España

sicion seis meses despues, y por consiguiente, á la estremidad del mismo diámetro; sea, en fin, E la estrella cuya distancia se quiere medir.



»Imaginemos que el observador en T mide primero el ángulo STE, luego que, llegado á T', mide en seguida el ángulo ST'E. Es sabido que en todo triángulo la suma de los tres ángulos es igual á dos rectos, esto es, á 180°. Si por lo tanto, se hace la suma de los dos ángulos medidos STE y ST'E, y se resta esta suma de 180°, se tendrá el valor del ángulo T'ET, tercer ángulo del triángulo. El valor de este ángulo será conocido tan exactamente como si el observador hubiese podido trasportarse á la estrella E y medirlo directamente.

»La mitad de este ángulo, ó sea el ángulo SET, es el ángulo bajo el cual se ve, desde la estrella, el rádio de la órbita terrestre. Este ángulo se llama la *paralaje anual* de la estrella E.

»Tomando siempre observaciones correspondientes á dos puntos diametralmente opuestos de la órbita terrestre, se podrá obtener, en el curso del año, un gran número de medidas de la paralaje anual de la estrella E. En nuestro ejemplo, hemos supuesto que la línea ES, es perpendicular á la línea TT', y que por consiguiente la estrella está situada en el polo de la ecliptica. El método es el mismo para los demás casos, aunque un poco menos sencillo, y nuestro ejemplo es suficiente para hacer comprender la naturaleza de esta clase de determinaciones.

»La paralaje anual de una estrella, es pues *el ángulo bajo el cual, colocados en la estrella, se vería de frente el rádio de la órbita terrestre.* Este ángulo es mas ó menos grande, segun que la estrella esta mas ó menos cercana.

»Veamos ahora cómo se procede en la práctica para determinar la paralaje.

»Recordemos lo que llevamos dicho sobre el movimiento aparente de las estrellas causado por la traslacion anual de la Tierra alrededor del Sol. La curva descrita por la estrella sobre la esfera celeste, es una pequeña elipse semejante á la que describe la Tierra en su órbita, cuando la estrella observada se encuentra en el polo de la ecliptica. En todas las posicio-

Biblioteca Nacional de España

nes comprendidas entre este polo y la eclíptica misma, se observa que esa elipse cuyo eje mayor permanece constante, se estrechan cada vez mas, y que para las estrellas situadas en el plano de la eclíptica se convierten en líneas rectas iguales al eje mayor.

»Siendo pues la paralaje anual de una estrella, como llevamos dicho, el ángulo subtendido á la estrella por la mitad del eje mayor de la órbita terrestre, se vé que esta paralaje es, al mismo tiempo, precisamente igual al ángulo subtendido á la Tierra por la mitad del eje mayor de la elipse descrita por la estrella.

»Es por lo tanto evidente que se podrá deducir inmediatamente el conocimiento de la paralaje por el del movimiento anual de una estrella.

»A Bessel, atrónomo de Kœnigsberg, se deben las primeras investigaciones y las primeras determinaciones relativas á la paralaje de las estrellas.

»Habiendo notado este astrónomo que una estrella de la constelacion del Cisne, la 61ª, estaba animada de un movimiento propio, supuso que debia ser una de las menos lejanas,—como en el ejemplo de los árboles de que hablábamos. Trató por lo tanto, de reconocer cuál es la estension del movimiento periódico que esperimenta á consecuencia del de la Tierra, y para esto la comparó, en diversas épocas del año, á dos estrellas cercanas, no animadas de movimientos propios, y por consiguiente hundidas muy lejos de ella en los cielos. Las observaciones numerosas y estremadamente exactas á que se dedicó este hombre laborioso, le permitieron determinar de un modo incontestable el movimiento anual y periódico de la 61ª. del Cisne, debido á la traslacion de la Tierra alrededor del Sol, Durante seis meses del año esta estrella se acercaba constantemente á una de las dos con que él la comparaba; durante los seis opuestos se aproximaba á la otra. El resultado de estas comparaciones fue que el ángulo subtendido por el semi-eje mayor de la elipse es igual á 0'',35. Estas observaciones se hicieron en 1838. Desde esa época el resultado obtenido por Bessel ha sido confirmado unánimemente por las observaciones posteriores hechas en diversos observatorios.

»Acabamos de decir que el semi-eje mayor medía 00''35. Pues bien, *para que la largura aparente de una línea recta cualquiera, vista de frente, se reduzca á* 00'',35, *es preciso que esta línea esté á una distancia del ojo igual á* 595,435 *veces su largura*. No siendo otra cosa la paralaje anual de la 61.ª del Cisne, que el tamaño aparente del semi-eje mayor, ó á muy poca diferencia, del rádio de la órbita terreste visto por un observador colocado sobre la estrella, es consiguiente que la distancia de esta estrella es igual á 595,435 veces el rádio de la órbita terrestre.

»Se han podido medir algunas otras paralajes: las de las estrellas cuyo movimiento es apreciable. Decimos *algunas*, porque este movimiento es tan escaso, en otros términos, las estrellas están tan lejanas, que el rádio de la órbita terrestre es infinitamente pequeño comparado con sus distancias, y que las dos líneas TE, T'E son casi paralelas. Para dar una idea de la exigüidad de este movimiento, inferior á 1'', diremos que los hilos de platino que atraviesan el campo del anteojo y sirven para fijar la posicion de las estrellas, hilos mil veces mas finos que los de las telarañas, *cubren la porcion entera de la esfera celeste en donde se efectúa* el movimiento anual de esas estrellas. Por esto no pueden emplearse los instrumentos ordinarios en esta clase de determinaciones.

»Entre esas *algunas* estrellas cuyo movimiento aparente se ha podido medir, citaremos especialmente la estrella α del Centáuro, que se ha en-

Biblioteca Nacional de España

contrado ser la mas cercana. Su paralaje es igual á 00'',91. Es la distancia mas corta de todas: es igual á 226,400 veces el rádio de la órbita terrestre, porque para que una línea recta cualquiera se reduzca á 00'',91, es preciso que esta línea esté distante 226,400 veces su largura.

»Para espresar estas distancias en leguas, basta, evidentemente, multiplicarlas por el valor del rádio de la órbita terrestre, igual, en número redondo, á 38.000,000 de leguas. Por tanto, nada hay mas fácil que formar el siguiente cuadro, que representa los nombres de las principales estrellas cuya paralaje ha sido medida, el valor de cada paralaje, la distancia que resulta en rádios de la órbita terrestre, y en fin, la distancia en leguas. De las cuarenta estrellas cuya distancia se ha determinado, á diferentes grados de aproximacion, las siguientes son las que merecen mas confianza y que pueden ser consideradas, en los límites que guardan, como rigurosamente exactas.»

		DISTANCIA Á LA TIERRA.	
	PARALAJE	RADIOS DE LA ÓRBITA TERRESTRE.	MILLONES DE LEGUAS.
α del Centáuro.	0'',91	226,400	8.603,200
61.ª del Cisne.	0, 35	589,300	22.735,400
β del Centáuro.	0, 21	936,000	35.568,000
α de la Lira (Wega).	0, 17	1.130,700	50.830,000
α del Can mayor (Sirio).	0, 15	1.373,000	52.174,000
* de la Osa mayor.	0,133	1.550,900	58.934,200
α de Bootes (Arturo).	0,127	1.624,000	61.712,000
α de la Osa menor (Polar). . . .	0,106	3.078,600	117.600,000
α del Cochero (la Cabra).	0,046	4.484.000	170.400,000

(Tomado de Flammarion, *La Pluralidad de mundos habitados*, apéndice, nota E, pág. 336).

FIN DE LAS NOTAS.

Biblioteca Nacional de España

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE LIBRO.

Prologo. v

Capítulo I.

Reseña de las obras de Mr. Camilo Flammarion: *La Pluralidad de mundos habitados*, y *Los Mundos imaginarios y los Mundos reales*. . . 1

Cap. II.

Qué objeto se proponen los defensores de la pluralidad de mundos habitados. 25

Cap. III.

Estado de la cuestion.—Diverso significado de la palabra *Mundo*.—*Cosmos*.—*Universo*.—La unidad del mundo.—El Optimismo. . . 39

Cap. IV.

Razones en favor de la pluralidad de mundos.—Argumentos de autoridad,—de analogía,—de congruencia, de sentimiento. 63

Cap. V.

Nuevas razones, tomadas de la teología católica, que no ha presentado Mr. Flammarion.—El fin de la creacion.—Perfeccion de las obras *ad extra*.—Bondad de Dios con las criaturas racionales.—Los tipos de la mente divina.—La Omnipotencia ordenada. . . . 85

Cap. VI.

Razones en contra de la pluralidad de mundos:—lógicas,—físicas,—morales,—teológicas.—Pequeñez y grandeza de la Tierra. . . 103

Biblioteca Nacional de España

CAP. VII.

Sentir de la Iglesia.—Libertad en que deja á sus hijos en esta y otras semejantes cuestiones.—La Iglesia y la astronomía. . . . 117

CAP. VIII.

La verdad exacta acerca del proceso de Galileo 131

CAP. IX.

El principio de los mundos.—La creacion.—Definicion reciente del concilio Vaticano.—Historia de la formacion de los astros segun Moisés.—Objecciones de Mr. Flammarion.—Varias soluciones. . 153

CAP. X.

Prosigue el anterior.—La gran Pirámide.—El firmamento.—El milagro de Josué. 173

CAP. X (duplicado).

El Zodiaco.—Su carácter revelado.—Mística del Zodiaco. 189

CAP. XI.

Doctrina católica acerca del fin de la creacion.—Equivocacion de monsieur Flammarion.—Varios fines.—En qué sentido se dice que todo fue hecho por causa del hombre.—Doctrina de Santo Tomás.—Los habitantes de otros mundos en el plan de la creacion. . . . 203

CAP. XII.

La Encarnacion y Redencion.—Importancia de esta doctrina.—Otra equivocacion de Flammarion.—El dogma católico.—Motivo, extension y eficacia de la Encarnacion y Redencion.—Escuelas scotista y tomista.—La muerte del Hijo de Dios. 227

CAP. XIII.

El dogma católico y la pluralidad de mundos.—Se presenta la objecion astronómica con mas fuerza que Mr. Flammarion.—Objecion teológica.—Soluciones. 243

CAP. XIV.

La Encarnacion y Redencion (continuacion).—Su influencia sobre los otros mundos.—Chalmers, Brewster, P. Raulica.—Tomasino.—Fundamentos teológicos de esta opinion. 269

CAP. XV.

Las humanidades de otros mundos.—Su naturaleza, su organizacion, su estado social.—¿Son hermanas nuestras?—¿Qué tenemos de comun con ellas? 287

Biblioteca Nacional de España

CAP. XVI.

La vida futura.—¿Viviremos sobre los astros?—El cielo.—La bienaventuranza.—Conocimiento del universo.—¡A los mundos! . 309

CAP. XVII.

La vida futura (continuacion).—Gravísimo error de Mr. Flammarion.—La pluralidad de existencias.—Sus absurdos.—Sus funestas consecuencias. 327

CAP. XVIII.

El infierno eterno. 351

CAP. XIX.

Los mundos en el espacio.—El infinito.—Otro error de Mr. Flammarion. 357

CAP. XX.

Lo infinito! (continuacion).—El espacio, la extension.—El número, la unidad. 373

CAP. XXI.

Los mundos en el tiempo.—El fin del mundo.—La renovacion final.—Nuevos cielos!—¡La eternidad! 387

CAP. XXII.

Sentimientos que debe inspirarnos la doctrina de la pluralidad de mundos habitados.—¡Al cielo!—Conclusion. 405

APÉNDICE.

NOTA A..... Individuos del clero católico, que admiten la pluralidad de mundos habitados, ya como cierta, ya como probable. 415
NOTA B..... El célebre filósofo y teólogo español Raimundo Sabunde.—Existencia de criaturas racionales semejantes al hombre.—Existencia de los espíritus.—Himno eucarístico en loor y gloria del Criador universal.—El Pbro. español don Lorenzo Hervás y Panduro. 416
NOTA C..... Valor del argumento de analogía en cuanto á la habitacion de los planetas. 421
NOTA D..... Un artículo contra la Pluralidad de mundos habitados, publicado en la *Civiltà Cattolica*. 422
NOTA E..... La Gran Pirámide, por el Ab. Moigno. 427
NOTA F..... Doctrina de Augusto Nicolás.—Conocimiento é incomprensibilidad del misterio de la Encarnacion.—Solucion ó razon de las objeciones que se oponen contra él. 430

Biblioteca Nacional de España

NOTA G..... *La revelacion cristiana considerada en armonía con la astronomía moderna*; discurso del doctor protestante Tomás Chalmers. . . . . .
NOTA H.... Indice de la obra inédita *La pluralidad de existencias del alma, ante el sentido comun*, por don N. A. Perujo. .
NOTA I..... Cómo se determina las distancias de las estrellas á la Tierra, ó cálculo de la paralaje. . . . . .

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

OBRAS DE AUGUSTO NICOLÁS.

EL ESTADO SIN DIOS: Traducido al castellano por don José Vicente y Caravantes.—Un tomo, 8 rs. en Madrid.—En provincias 9.

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO; nueva demostracion sacada de los últimos ataques de la incredulidad, y en especial de los dirigidos por Mr. Renan en su obra, titulada: *Vida de Jesus*, traducida al castellano y anotada por don José Vicente y Caravantes. Segunda edicion.—Un tomo en 4.° de 400 páginas, en toda España, 20 rs.

JESUCRISTO. Introduccion al Evangelio, estudiado y meditado para el uso de los nuevos tiempos.—Un abultado tomo con 500 páginas, 16 rs. en Madrid y 18 en provincias.

LA REVOLUCION Y EL ÓRDEN CRISTIANO: Obra complemental de *El Estado sin Dios*, traducida por don José Vicente y Caravantes.—Un tomo en 8.°, 12 rs. en Madrid.—En provincias 14, franco de porte.

HISTORIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO: Exposicion de los Santos Evangelios, por M. J. E. Darras, canónigo de Ajaccio y de Quimper, y autor de la grande *Historia general de la Iglesia*, desde la Creacion hasta nuestros dias, traducida por don José Vicente y Caravantes, doctor en derecho civil y canónico. Adornada con láminas grabadas en acero. Con licencia de la autoridad eclesiástica.—Un tomo de 750 páginas, en toda España, 40 rs.

¿EN QUÉ HEMOS PARADO? Estudio sobre acontecimientos actuales, por monseñor Graume, protonotario apostólico, doctor en teología, traduccion del francés, de don Gabino Tejado.—Un tomo en 8.°, 10 rs. en Madrid.—En provincias 11, franco de porte.

Biblioteca Nacional de España